

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

LA ALPUJARRA

Introducción, notas y edición

Eladia Raya

A dissertation submitted to the Graduate Faculty in Hispanic and Luso-Brazilian Literatures in partial fulfillment for the degree of Doctor of Philosophy, The City University of New York

2009

© 2009

Eladia Raya

All Rights Reserved

This manuscript has been read and accepted for the Graduate Faculty in Hispanic and Luso-Brazilian Literatures in satisfaction of the dissertation requirement for the degree of Doctor of Philosophy.

Professor William Sherzer

December 5, 2008

Chair of the Examining Committee

Distinguished Professor Lía Schwartz

December 5, 2008

Executive Officer

Professor William Sherzer

Distinguished Professor Lía Schwartz

Distinguished Professor Isaías Lerner

Supervisory Committee

THE CITY UNIVERSITY OF NEW YORK

Abstract

LA ALPUJARRA DE PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN, A CRITICAL EDITION

by

Eladia Raya

Adviser: Professor William Sherzer

This dissertation is a critical edition of a travel book published by one of nineteenth-century Spain's most prominent authors. *La Alpujarra* is the last of the three well-known travel books authored by Pedro Antonio de Alarcón, and it is considered his most important. *La Alpujarra* was first published in 1874, and it was edited by the author himself for its second edition in 1882. The purpose of my dissertation is to compare and contrast both editions. To accomplish this goal, I have documented all the variations in the 1882 edition, using textual notes that appear as endnotes in my critical edition. These variations appear at the end of the text in the section "Aparato crítico." In addition to textual notes, I have added explicatory notes in the form of footnotes. Some of the explicatory notes are further explained in the complementary notes at the conclusion of the author's text.

The first part of my dissertation consists of a preliminary study divided into four chapters. The first chapter presents a brief biography of the author, highlighting the most important aspects of his life and his literary career. The second chapter deals with the topic of European travelers and travel books in nineteenth-century Spain; and more specifically, in the region known as la Alpujarra, and the city of Granada, the capital of

the old Kingdom of Granada, in Andalusia. European romantics favored both sites as the object of their attention, inasmuch as these locales represented the exotic ideal, the stereotypical so-called, “Spanish Orientalism.” The third chapter deals with the creation of the myths and legends based on the history and peculiar geographical features of this region, as portrayed in literary works from the seventeenth to the nineteenth century.

Chapter four offers a literary analysis of *La Alpujarra*: its structure and literary style; and acknowledges Alarcón’s literary viewpoint, and his perceptions of the region: its landscape, history and people.

Acknowledgements

I would like to express gratitude to my dissertation adviser, Professor William Sherzer without whose patience, understanding, encouragement and guidance this project would have never been realized.

I would also like to thank my readers, Distinguished Professors Lía Schwartz and Isaías Lerner, whose expertise and insight are most valuable.

And of course, the Hispanic & Luso-Brazilian Literatures Department at the Graduate Center and its outstanding Executive Officer, Distinguished Prof., Lía Schwartz, who provided me with the niche from where I could expand my wings and reach the goal I desired.

Thanks should go out to my good friend, José Luis Madrigal, for his proofreading assistance and valuable advice.

Last, but not least, I would like to dedicate this work to my daughter, Cristina.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

I.	Semblanza biográfica de Alarcón. Los libros de viajes de Alarcón. Configuración de <i>La Alpujarra</i> dentro de sus libros de viajes: comienzo de la segunda etapa literaria y exponente de su ideología	1
II.	La literatura de viajes. La literatura de viajes en el siglo XIX El concepto de “literalidad” del género. El viaje a Granada y a la Alpujarra en el siglo XIX. El libro de de viajes en 1874, panorama nacional y últimos viajeros románticos. Posición de <i>La Alpujarra</i> en el contexto de los libros de viajes de la época	36
III.	El mito de la Alpujarra. Origen del mito. Trayectoria del mito. El mito de la Alpujarra en <i>La Alpujarra</i>	59
IV.	<i>La Alpujarra</i> : Tratamiento del paisaje y de la historia. Estructura y estilo	95
	Nota Previa.....	138
	Bibliografía	146

LA ALPUJARRA

PROLEGÓMENOS	161

PARTE PRIMERA: El Valle de Lecrín.

I.	Preparativos para el viaje	172
II.	En la Vega de Granada. Los Llanos de Armilla. El Mulhacén.....	174
III.	El suspiro del Moro.....	181
IV.	Lo que fue de Boabdil.....	186
V.	El Valle de Lecrín. El Padul. Las aguas y los montes. La Fuensanta del Valle	194
VI.	Ochenta años en seis kilómetros	201
VII.	Dúrcal. El día de San José. La Madre de Andalucía. Una emboscada. Talará y Chite. Panorama del Valle	218

VIII. Tres leguas en tres minutos. Una mañana de nieve. Una espada y una daga. Quién era D. Fernando de Valor	227

IX. En Béznar. Naranjas y limones. De Regidor a Rey	239

X. El Puente de Tablate. Llegada a la venta. ¡A caballo! Lanjarón. Adiós al mundo	247

PARTE SEGUNDA: La Taha de Órgiva.

I. Lo que hay donde no hay	261

II. Dos encuentros. Llegada a Órgiva	266

III. ¿Cuál es la etimología de la palabra Alpujarra? ¿Se debe decir la Alpujarra, o las Alpujarras? Cuáles son los verdaderos límites de esta región? Historia antigua. Geografía moderna.....	273

IV. En Órgiva (por la tarde). La Posada del Francés. El Alcalde de Otívar. Moras y cristianas. Una torre célebre. La tapia de un huerto. Albacete de Órgiva. El Río Grande y el Río Chico. Los jamones de Trevélez. La Taha de Pitres	287

V. En Órgiva (por la noche). Más de un candil en viga. El Rosario. La taza de Teresa. Entre el día y la noche no hay pared	302

PARTE TERCERA: La Contraviesa.

I. Diferentes maneras de amanecer. El acto de aparejar. Segunda campaña contra el mulo	313

II. Tres alpujarreños. El Puerto de Jubiley. Cuesta arriba. En la cumbre. Cuesta abajo	321

III. La nueva primavera. Coronación de Aben Humeya. La Venta de Torviscón. Torviscón y su rambla. Algunos peñones sueltos	328

IV. Subida a la Contraviesa. Historia de una uva	343

V. Mapa de piedra y agua	350

VI. Singularidad de las montañas alpujarreñas	355

VII. De cabeza al mar. Alforfón. Recuerdos y tradiciones. Albuñol a lo lejos. Llegada a Albuñol	361

PARTE CUARTA: El Gran Cehel.

I.	Albuñol pintoresco, histórico. Geográfico, estadístico, agrícola, poético y otras muchas cosas.....	370
II.	Sesión nocturna. Noticias de la Guerra.....	386
III.	La Cueva de los Murciélagos.....	393
IV.	Las Angosturas de Albuñol. La costumbre de vivir. Lontananzas, perspectivas, panoramas alpujarreños. La Encina visa.....	399
V.	Noticias de Constantinopla y de otros puntos. El peñón de las Guájaras. Llegamos a Murtas	410
VI.	En Murtas. Una noche a la antigua española. Catalina de Arroyo	420
VII.	Asechanza contra Aben Humeya. Aparece en escena Aben Aboo. Bárbaro tormento	426
VIII.	Toque de Diana. Orden del día. Mecina Tedel. Los caballos no quieren matarse. El Castillo de Juliana, Jorairátar. Recuerdos de un asesinato. Una soirée en Cojáyar. Casta Diva.....	433

PARTE QUINTA: La orilla del mar.

I.	Cortijeros y cortijeras. De Murtas a Turón. Acerca de los higos. De cómo mi primo clavó clavos.....	449
II.	Viaje aéreo. Vista de Berja	460
III.	Una hora en Adra	467
IV.	Playas y puntas. ¿Llegamos o no llegamos?	471
V.	Historia pura.....	489

PARTE SEXTA: La Semana Santa en Sierra Nevada.

I.	Lunes Santo. Descansamos en Albuñol. Cosas de la luna. Martes Santo. Nos trasladamos a Murtas. Preparativos para la peregrinación a Sierra Nevada	500
II.	Miércoles Santo. Vista panorámica de Sierra Nevada.....	507
III.	Sigue el Miércoles Santo. Cádiar. Una tragedia. El drama de Martínez de la Rosa. Cosas de los historiadores. Narila. Por la señal... de la Santa Cruz... Yátor.....	518

IV. En Sierra Nevada. Vislumbres de África. Las Tinieblas. Miserere	537
V. Jueves Santo, Yegen, primera Estación. Válor, segunda. Nechite, tercera. Mecina-Alfahar, cuarta. Mairena, quinta, Júbar, sexta. Laroles, sétima.....	549
VI. El Viernes Santo. Cuadro sinóptico de la Alpujarra y de la presente obra	581
VII. Bajada a Ugíjar. Pasamos por Picena y Cherín. Ugíjar en Viernes Santo y en los demás días del año. El Cortijo de Unqueira. Las Tres de la tarde. Muere Jesús entre dos ladrones	585
VIII. Crímenes y muerte de Aben Humeya	596
IX. Reinado y muerte de Aben Aboo.....	610
EPÍLOGO: La Expulsión de los Moriscos.....	617
Notas Complementarias	638
Aparato Crítico.....	669

INTRODUCCIÓN

I. Semblanza biográfica de Alarcón. Los libros de viaje de Alarcón. Configuración de *La Alpujarra* dentro de sus libros de viajes: Comienzo de la segunda etapa literaria y obra exponente de su ideología. La reacción de la crítica de su época ante *La Alpujarra*

En 1882, año de la segunda edición de *La Alpujarra*, Alarcón ronda los 50 años. Su carrera literaria ha sido hasta ese momento extraordinaria, como lo ha sido hasta cierto punto su propia vida. Nace el 10 de marzo de 1833 en Guadix, provincia de Granada, en el seno de una familia hidalga venida a menos. Es el cuarto de los diez hijos de don Pedro de Alarcón y doña Joaquina de Ariza. En esta antigua ciudad, cabeza de obispado, pasa su infancia y primera juventud. Precoz y ávido lector, Alarcón sueña desde muy pronto con el mundo fascinante que mapas y libros le presentan, lejos del reducido y estático mundo de la vieja *Acci* “rodeada de cerros” (OC 6a)¹ en donde la catedral es “alma y vida” no sólo de la ciudad sino también de Alarcón, por el decisivo impacto que

¹ La sigla OC se refiere a la edición de las *Obras Completas* de Alarcón preparada por Luis Martínez Kleiser en su segunda edición de 1954.

tiene en la vida y futuro del autor, según él mismo confiesa en su obra *De Madrid a*

Nápoles:

...en ella recibí mis primeras impresiones artísticas. Ella me dio idea del poder revelador de la arquitectura; allí oí la primera música; allí admiré los primeros cuadros. Allí también en las grandes solemnidades brillaron ante mi vista portentos de lujo (el tisú, el brocado, el oro, la pedrería), ora en cálices, custodias y andas, ora en las vestiduras. Allí, entre nubes de incienso, al fulgor de millares de luces, al son del órgano, escuchando las concertadas voces de los cantores y los gemidos de los violines de la capilla, entreví el arte, soñé la poesía, adiviné un mundo diferente del que me rodeaba en la ciudad. Y museos, teatros, monumentos arquitectónicos, conciertos, alcázares dorados, espectáculos brillantes, todo cruzaba por mi imaginación como una profecía; todo palpitaba en mis entrañas, cual si un ser misterioso se despertase dentro de mí; todo se me revelaba, a la manera que los fulgores de la gloria brillan antes los extáticos. Así, pues, las maravillas de la tierra, el sentimiento de las artes, el *sursum corda* de la poesía se manifestaron en mi existencia en horas de mística devoción, y la fe y la belleza, la religiosidad y la inspiración, la ambición y la piedad, nacieron unidas en mi alma, como raudales de una sola fuente... (OC 1444a-b)².

En Guadix estudia gramática latina y filosofía, obteniendo el título de bachiller a los catorce años en Granada, donde comienza a estudiar Jurisprudencia en 1848, carrera que tiene que abandonar por falta de recursos económicos. Como única alternativa regresa al seminario de Guadix, a estudiar Teología, y allí comienza su formación literaria leyendo cuanto libro cae en sus manos, lectura ecléctica y desigual que su biógrafo Catalina califica de “revuelta y malsana”, “confusión espantosa de ideas heterogéneas”. El joven Alarcón estudia y escribe “sin criterio ni regla”. Su formación es “apasionada y arbitraria” propia del autodidacta³. Se inicia en la escritura componiendo mayormente poesía, según él mismo nos dice: “mi primer tartamudeo literario consistió en componer versos”. Y continúa: “escribí desde la edad de diez años a los diecinueve

² También cita y comenta este recuerdo de su ciudad natal M. Baquero Goyanes en la introducción a su edición de *El escándalo* (Madrid: Espasa-Calpe, 1973). Para una completa biografía de Alarcón véanse los trabajos de Mariano Catalina, Luis Martínez Kleiser, Julio Romano, Enrique Pardo Canalis y Armando Ocampo.

³ Así lo ve Borges en su prólogo a *El amigo de la muerte*, por Pedro Antonio de Alarcón (Madrid: Siruela, 1984) 9.

mis primeros versos, artículos y novelas” (OC 4). En Guadix también escribe tres obras de teatro que fueron representadas por una compañía local.

Con su amigo y paisano, Torcuato Tárrago, funda *El Eco de Occidente*, “semanario de literatura, ciencias y artes” que durante tres años se publica en Cádiz, primero, y luego en Granada. En él aparecen sus primeros cuentos. Al mismo tiempo libera una lucha interior entre su verdadera vocación, la literatura (junto al sueño y la ambición de llegar a ser escritor en la corte), y la carrera impuesta por las circunstancias de su vida, el sacerdocio, para el que carecía de vocación, según confiesa Alarcón en una carta mencionada por su biógrafo, L. Martínez Kleiser. Resuelve el conflicto al colgar los hábitos y abandonar Guadix en enero de 1853 con dirección a Cádiz, donde permanece por espacio de un mes trabajando en *El Eco de Occidente*, antes de desplazarse a Madrid con intención de publicar la continuación de *El diablo mundo* de Espronceda, pero encontrándose con que ya había sido terminado por el amigo del poeta, Miguel de los Santos Álvarez.

Al fracasar su primer intento de abrirse camino en Madrid, regresa a Granada, donde continúa trabajando en *El Eco de Occidente*; forma parte de la *Cuerda granadina*, grupo de jóvenes escritores y artistas calificado por Julio Romano de “sociedad de artistas de talento, de agudo ingenio y de humor a prueba de desdichas”⁴. Dicha agrupación estaba compuesta por Alarcón, Fernández y González, Manuel del Palacio, Moreno Nieto, Castro y Serrano, Mariano Vázquez, Fernández y Jiménez, González Bande, Ronconi y otros, algunos de los cuales más tarde constituyeron la *Colonia granadina* en Madrid. A raíz de la revolución de 1854, funda un periódico de corte

⁴ Hipólito González y Rodríguez de la Peña (Julio Romano), *Pedro Antonio de Alarcón* (Madrid: Espasa Calpe, 1933[1886]) 69.

revolucionario *La Redención* desde el que ataca a los poderes religioso y militar. Forzado a abandonar la ciudad, marcha de nuevo a la corte, donde se instala definitivamente en 1854.

De nuevo en Madrid, se incorpora a la llamada “bohemia postromántica” y continúa su periodismo revolucionario como director del periódico radical de carácter antimonárquico *El Látigo*. Sus agresivos artículos le consiguen notoriedad y también enemigos; el joven Alarcón se bate en duelo a muerte con un oponente que, caballerosamente, le perdona la vida⁵. Este incidente constituye un punto de inflexión en el pensamiento político e ideológico y en la vida del autor, que abandona durante un largo espacio la política y se dedica exclusivamente a la literatura. Más tarde Alarcón escribiría:

Tan cierto es que aquel día acaeció algo muy grave, en mi corazón y en mi inteligencia, que desde entonces, hasta que volví a publicar una idea política, ¡dejé pasar nueve años!... Toda mi juventud (OC IX).

Se retira a Segovia, y a su regreso a Madrid se hace cargo del folletín del periódico *El Occidente* en el que publica en 1855 *El final de Norma*. También, viaja a París con motivo de la primera Exposición Universal de 1855 como corresponsal del semanario *El Occidente*. A finales de ese mismo año escribe en *Las Novedades* uno de sus más famosos artículos de circunstancias “La Nochebuena del poeta” en el que dice: “Somos felices, nuestra ambición de adolescente está colmada... “Madrid, es país

⁵ Los incendiarios artículos contra la monarquía de Isabel II que Alarcón lanzaba desde *El Látigo* llegaron, en una ocasión, a ofensas personales contra Heriberto García de Quevedo, poeta venezolano partidario y defensor de Isabel II, que respondía a Alarcón desde las páginas del periódico conservador *El León Español*. Esto trajo como consecuencia el desafío entre el escritor venezolano, “avezado a las pugnas entre caballeros” y con “dominio proverbial de la pistola” y el joven Alarcón, “torpe en el manejo del arma”; desigual duelo entre “un veterano en las lides caballerescas” que disparó al aire en lugar de a su joven y bisoño antagonista, según palabras de Luis Romano en su biografía de Alarcón mencionada en la nota 4.

conquistado”. Ha conseguido la fama y es admirado en los círculos más influyentes de la vida literaria y política de la corte⁶. En esta época Alarcón va separándose de la bohemia posromántica y forjando su futuro de escritor de éxito.

De 1856 a 1859, se dedica incesantemente a escribir; publica artículos en los semanarios más prestigiosos de Madrid. En 1857 escribe las crónicas de sociedad del periódico *La Época* para la alta sociedad burguesa, que se convertiría en su fervoroso público. En ese mismo año estrena el drama *El hijo pródigo*, su única y malograda pieza teatral. En octubre de 1859 estalla el conflicto con Marruecos, y se alista de voluntario para la campaña de África en el Batallón Ciudad Rodrigo, bajo el mando de su amigo el general Ros de Olano. Del año 1859 al 1872, años que incluyen su activa participación política, Alarcón escribe mayormente artículos políticos, crónicas de viajes y artículos de costumbres. De 1873 a 1882 escribe sus mejores creaciones literarias. Sus últimos años los vivió retirado la mayoría del tiempo, rodeado de su familia, en su finca de Valdemoro, como “abad de su convento” a decir de su biógrafo Luis Martínez Kleiser, dedicado a escribir algunos artículos. Su último artículo, “Diciembre” aparece en 1888, fecha además del primer ataque de hemiplejía de los tres que sufriera el autor antes de su muerte, acaecida el 19 de julio de 1891.

Los libros de viajes de Alarcón. Configuración de *La Alpujarra* dentro de los libros de viajes de Alarcón. *La Alpujarra*, comienzo de la segunda etapa literaria del autor y exponente de su ideología. La reacción de la crítica.

⁶ Jorge Campos, prólogo, *Novelas completas*, por Pedro Antonio de Alarcón (Madrid: Aguilar, 1974) xvi.

Alarcón cultivó una amplia variedad de géneros literarios, entre ellos la literatura de viajes, género muy cultivado en el siglo XIX, especialmente por autores extranjeros. De los pocos nacionales, Alarcón es quizá el más sobresaliente. Mesonero Romanos, en una carta enviada a Alarcón, lo describe como el “único que sabe elevar a la perfección” el género de viajes⁷. Para Pardo Bazán, Alarcón “atesoraba singularísimas disposiciones para el género” según escribió en su *Nuevo teatro crítico*.

Por su biografía y por propia declaración del autor, sabemos que Alarcón era un viajero incansable. Desde sus primeras excursiones infantiles hechas en burro, “a la morisca pobre”, por la comarca de Guadix, como en sus excursiones posteriores a caballo o en mulo por la comarca alpujarreña; tanto si lo hace en diligencia, galera o calesa, como si es en tren o en barco a vapor, Alarcón no parece encontrar obstáculo para colmar sus ansias viajeras. Pocos en España viajarán tanto como él ni con tanta asiduidad, aunque hacia el último tercio del siglo comienza a surgir un interés por el viaje de parte de escritores nacionales. Debido a la incomodidad, al peligro y a la escasez de las vías de comunicación y al mal estado de las posadas, no existía afición y costumbre al viaje de solaz en el siglo XIX. Contrario a la percepción generalizada en su época sobre el viaje como un desplazamiento inevitable, Alarcón consideraba el viaje como forma de aprendizaje y de esparcimiento. En una ocasión dice que su motivo era: “recorrer mundo y presenciar cuantos sucesos notables ocurrían en mi tiempo”. Ya en su niñez y primera juventud anhelaba conocer otros mundos fuera del entorno restringido por los accidentes geográficos de su ciudad natal. Así lo confiesa en su explicación previa al “Cuadro general de mis viajes por España”: “infinidad de excursiones que tenía pensado hacer no sólo

⁷ Esta carta la menciona Martínez Kleiser en el comentario a su edición de las obras completas de Alarcón (OC xivb).

por el suelo patrio, sino por toda la redondez de la tierra...” También, en los Prolegómenos de *La Alpujarra*, Alarcón recuerda los años de su niñez cuando soñaba con el momento de conocer el otro lado de Sierra Nevada. Su interés por el mundo más allá de su ciudad nace muy pronto en él, al mismo tiempo que va aprendiendo en sus lecturas sobre la vida y las gentes de otros lugares, de otros países, como también nos recuerda el autor en el *Diario de un testigo de la guerra de África*: “...los viajes extraordinarios por olvidadas regiones que leía o proyectaba en mi niñez...” (OC 920a). En relación con el interés viajero del autor, Jorge Campos, en el prólogo a su edición de las novelas completas de Alarcón, ha señalado la particularidad de que Alarcón, al contrario de los escritores románticos, a la hora de escribir fijará su atención en el espacio, en lugares remotos para la acción de sus relatos, y no en el tiempo, en el pasado histórico, como era lo común entre los autores románticos⁸. De hecho, su primer “trabajo geográfico”, según califica el propio autor el relato titulado “Descubrimiento y paso del Cabo de Buena Esperanza”, puede considerarse como el germen de su literatura de viajes.

Su interés por conocer nuevos lugares le lleva a realizar numerosos viajes o, según él mismo los denomina, “correrías más o menos poéticas”, por la geografía española; además de tres viajes a París, el viaje a África y, el de mayor extensión, “viaje en toda regla” a decir de Pardo Bazán⁹, a Francia, Suiza e Italia que recoge en su libro *De Madrid a Nápoles*, el primero de sus dos más famosas crónicas de viajes. Su “expedición” a la Alpujarra, es recogida bajo el mismo nombre en su otro famoso relato de viajes, objeto del presente trabajo, *La Alpujarra*.

⁸ Aquí cabe recordar la condición de romántico tardío de Alarcón, o, según F. Montesinos, de postromántico, como lo califica en su conocido estudio *Pedro Antonio de Alarcón* (Madrid: Castalia, 1977) 41.

⁹ *Personajes ilustres. Alarcón* (Madrid: Imp. de la Comp. de impresores y librerías, 1973) 37.

También escribió acerca de algunos de sus múltiples viajes por la geografía nacional a lo largo de su vida y recogidos en el volumen *Viajes por España* en 1883; concretamente lo componen seis relatos, entre los que destacan “Visita al Monasterio de Yuste”, “Dos días en Salamanca” y “El eclipse de sol de 1860”, calificado por Pardo Bazán como “cuadrito breve y primoroso”, “como “una placa de esmalte” (NTC 41)¹⁰. Este libro concluye con una lista de dichos viajes titulada “Cuadro general de mis viajes por España”, especie de “índice o cuadro sinóptico” de la que esperaba fuera la continuación de sus crónicas de viajero por el territorio nacional bajo el título de *Más viajes por España* pero que no llegó a terminar. Finalmente, el volumen *Últimos escritos*, conjunto de artículos de diversa índole, publicado a título póstumo el mismo año de su muerte, en 1891, recoge con el título “Más viajes por España” la crónica de sus primeros viajes de juventud, a Granada, a Málaga y a Cádiz, de camino hacia Madrid o, en palabras de Alarcón, de camino hacia “el reino de la Fama y de la Fortuna”.

Según apunta en “Historia de mis libros”, tanto el *Diario de un testigo de la guerra de África* como *De Madrid a Nápoles* y *La Alpujarra* fueron escritos o redactados sobre el terreno, al calor de la experiencia inmediata, “en el momento de la visita al museo, a la ciudad, al paso por el lugar”. El esbozo lo comenzaba escribiendo apuntes, en “álbumes de bolsillo”, sobre “los caracteres, rasgos fisonómicos y circunstancias accidentales de cada cosa, así como los arranques, exclamaciones o juicios de impresión que me inspiró a primera vista”. En aquellos álbumes apuntaba “con pelos y señales todo lo que veía, pensaba, sentía o le contaban”, describiendo o plasmando el “color material o el sabor moral de la realidad”. Ahí radica el éxito que obtuvieron sus tres libros. Alarcón declara

¹⁰ La sigla NTC se refiere a la obra de Pardo Bazán, *Nuevo teatro crítico*, (1892). 9 de octubre 2005 <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/html>.

que estas crónicas fueron escritas de forma espontánea, natural y sencilla, sin elementos ficticios y sin una cuidada y pensada elaboración literaria.

Para Alarcón, el relato de viajes ha de ser una especie de álbum de fotos, según afirma en “Historia de mis libros”, “las confidencias del viajero deben parecer fotografías escritas”. Señala que lo característico del género de viajes frente a la narrativa de ficción es el realismo que el relato de viajes debe poseer; los hechos deben exponerse como son, sin pasarlos por el tamiz de lo literario. Ya se trate de algo trivial o sublime, trágico o cómico, cruel o grato, todos los temas reciben el mismo tratamiento y han de presentarse de forma desordenada, incoherente, como la vida misma (OC 15). Es decir, que una de las características de la crónica de viajes debe ser expresar la realidad tal cual, incluso en su crudeza y confusión, rasgos que Alarcón considera parecidos al naturalismo, que “nunca se recomendará demasiado”, y que son, en su opinión, las cualidades que distinguen la relación de viajes del relato de ficción.

En resumen, para Alarcón, las características del relato de viajes han de ser “verosimilitud y franqueza” tales que el lector se crea el propio viajero, el que está viendo y sintiendo; experimentando por sí mismo lo que el cronista le presenta en el papel. Por esta razón, el escritor debe renunciar a la erudición, a la fantasía y al boato literario. Más adelante tendremos ocasión de comprobar que en Alarcón no siempre coincide la teoría con la práctica, puesto que los relatos de ficción se entremezclan en sus crónicas viajeras con frecuencia y forman parte característica o rasgo propio de su modo de hacer libros de viaje. Alarcón anima a principiantes alegando que cualquiera puede escribir un relato de viajes siguiendo su “facilísimo procedimiento”. Sobre estas palabras de Alarcón es necesario matizar un poco, puesto que no cualquiera está dotado para escribir crónicas de

viajes; a lo más que puede aspirar el común de los mortales es a producir guías turísticas para el viajero que contengan pertinente información sobre un determinado lugar, pero escribir un libro de viajes requiere una destreza especial, una capacidad y un don para saber describir y narrar artísticamente.

Alarcón sabía muy bien que no basta una pluma cualquiera para crear un relato viajero como *De Madrid a Nápoles* o *La Alpujarra*; es preciso que esa pluma se convierta en “pincel” para pintar paisajes y retratar gentes; en “buril” para captar el alma de las gentes y la tierra; en “instrumento artístico” para expresar y transmitir poéticamente todas estas impresiones experimentadas por el escritor. Porque, según Pardo Bazán -y ciertamente que Alarcón también compartía esta opinión puesto que se refleja a lo largo de todas sus crónicas viajeras- el escritor infunde al relato de viajes su “propio espíritu”, presenta sus visiones y sus experiencias del viaje subjetivamente, “a través de su temperamento”. Hay, en definitiva, que ser artista. Y éste es, claramente, el caso de Alarcón, de sus libros *De Madrid a Nápoles*, *La Alpujarra*, *Viajes por España* y de las partes del *Diario de un testigo de la guerra de África* consideradas como “crónica de caminante”.

Por lo que al *Diario de un testigo de la Guerra de África* se refiere, puede ser catalogado dentro de las crónicas de viajes de Alarcón. Como tal lo considera DeCoster en su estudio sobre Alarcón cuando apunta que el *Diario* es uno de sus tres importantes libros de viajes (Alarcón 59). Sin embargo, Pardo Bazán considera que *De Madrid a Nápoles* es el primer libro de viajes de Alarcón, aunque describe el *Diario* como “el viaje vivido, real” (NTC 35), además de destacar “la intensa y plástica percepción de los colores y formas” de las descripciones del *Diario* que aparecen más tarde en *La*

Alpujarra, siendo éste último “una prolongación del *Diario* en lo que éste tiene de más artístico y selecto” (NTC 35).

Podemos afirmar que el *Diario* es la crónica del viaje a África de Alarcón como soldado voluntario y cronista de la guerra; es una crónica de las costumbres moras, además de un reportaje de la guerra, reportaje que Martínez Kleiser describe como “álbum compuesto con fotografías animadas de la campaña” de África. En cuanto crónica de viajes, podemos comprobar que Alarcón emplea acentos literarios costumbristas, especialmente al referirse al paisaje africano, unas veces accidentado e “inhóspito y otras fértil y acogedor”, al igual que hace al tratar de la vida de los habitantes de la ciudad de Tetuán, donde permaneció por espacio de seis semanas explorando la ciudad y conociendo a sus gentes y sus modos de vida, después de la conquista de ésta por el ejército español. También, el *Diario* relata el día a día del soldado en el campamento, las dificultades y privaciones y los estragos causados por el cólera.

Por otro lado, es una crónica bélica que expresa el fervor patriótico del autor, quien nos retrata al soldado español como héroe en la cruzada española para vengar el honor mancillado de la patria. Sin embargo, además de su entusiasmo hacia “los buenos hijos de España”, Alarcón muestra simpatía hacia el moro al destacar su gallardía y su habilidad como jinetes, atributos que le hacen olvidar por instantes que está frente al enemigo cuando a la vista de un escuadrón declara: “Era un cuadro maravilloso; era el espectáculo soñado por todos los que han nutrido su fantasía con leyendas orientales;” (NTC 32). También muestra una positiva percepción del campo enemigo en el momento en que describe la desventaja militar del moro frente al ejército patrio, donde llega incluso a compadecerse de su sufrimiento aunque nunca pone en tela de juicio la causa española.

Así vemos, por ejemplo, en el cerco a Tetuán: “Y si no poneos a pensar qué podían hacer hoy los *pobres* [la cursiva es mía] Moros cogidos por segunda vez en las redes de nuestra estrategia” (OC 928a).

O también cuando escribe:

¡Y nuestras granadas cayeron entre las tiendas moras; y fueron más lejos; y debieron de llegar a las puertas de Tetuán; y no hubo punto del valle adonde no llevaran la destrucción y la muerte, y ya no se veía ni un Moro por ningún lado! / ¿Me atreveré a decíroslo? Todo esto ha despertado en mi corazón no sé qué extraño remordimiento... *¡Lo Moros no tienen cañones!* / Esta superioridad nuestra se halla más que compensada (lo sé bien) por otras muchas ventajas que les dan a ellos el guerrear en su país, los auxilios que éste les presta a todas horas, su numerosa caballería, el contar siempre con fuerzas mayores que las nuestras y otras muchas circunstancias ya mencionadas... / Sin embargo, yo no puedo menos de compadecer o respetar la derrota del valeroso enemigo que hoy ha sido rechazado *antes de que pudiera hacer uso de sus armas*. ¡Ellos nos buscaban a nosotros, y se han encontrado con nuestros cañones!... (OC 931b-932a).

Por su condición de soldado voluntario del batallón de cazadores de Ciudad Rodrigo bajo el mando del general Ros de Olano, primero, y después en calidad de ordenanza al servicio del general en jefe de la campaña, O'Donnell, y cronista de la campaña, Alarcón tuvo la oportunidad de ver y evaluar de cerca los acontecimientos bélicos que casi diariamente reportaba y enviaba a Madrid para su publicación en la prensa. Su cualidad de reportaje vivo e inmediato hizo mella en el ánimo de los lectores españoles, que, si al principio hubo quienes consideraron la guerra innecesaria, una vez en ella, se solidarizaron con la causa española. La crónica bélica exaltó en ellos el fervor patriótico, ansiosos de noticias sobre los pormenores de la campaña, como demuestran las más de veinte mil cartas que el autor recibió de sus lectores estando aún en África.

A pesar de los “defectos naturales de un libro tan dificultoso, improvisado, ora al aire libre, ora bajo la tienda de campaña, ora en camarines de moros y judíos”, recibió muy buena acogida de la crítica, que, por encima de criterios artísticos, y del carácter fantasioso de

muchas de sus pinturas y descripciones, veía, con el resto de los españoles, el atractivo de sus cuadros, además de satisfacer su curiosidad por conocer no sólo el desarrollo de las batallas, sino también de los nimios detalles de la vida del soldado en campaña. Objetivo ameno y detalladamente cumplido en este libro cuya intención elocuentemente expuso Alarcón al escribir lo siguiente:

Confiado solamente en mi sensibilidad, me propongo hacer viajar conmigo al que me lea; identificarle con mi alma; obligarle a experimentar mis sobresaltos y alegrías, mis trabajos y mis satisfacciones; comunicarle aquello que más pueda importarle de la suerte de nuestras armas, si no con la pericia militar, que no tengo, de una manera que todos me comprendan. La vida del campamento; sus ocios y peligros; las noches de soledad bajo la tienda; la tarde de la batalla; el himno del triunfo; las agonías durante el combate; la oración fúnebre de los que sucumban; el aspecto y costumbres del extraño pueblo que tendremos enfrente; lo que no dice la historia, ni refieren los partes, ni adivinan los periódicos; la historia privada, profana, particular, de la guerra; todo esto compondrá el libro vario, desaliñado, improvisado, heterogéneo, que entreví desde que formé la resolución de acompañar al África a nuestros soldados (NTC 29).

Fórmula perfecta que dio como resultado un éxito editorial sin precedentes. La formidable acogida del libro catapultó a su autor a la fama que había soñado en sus años de juventud y le proveyó, además, holgura económica. Así, con la pingüe ganancia de la publicación del *Diario*, Alarcón, ya famoso, se preparó para su siguiente aventura viajera por Italia, pasando por Francia y Suiza, y que relata en su libro “de ver y andar”, *De Madrid a Nápoles*.

Efectivamente, a finales del mes de agosto del año 1860, Alarcón partió de Madrid con dirección a Valencia y al día siguiente se embarcó con rumbo a Marsella para llevar a cabo su más extenso viaje en cuanto a tiempo y a recorrido. A decir de Pardo Bazán, a realizar su viaje “en toda regla”. Viajó de Marsella a París, y en la capital francesa permaneció más de un mes recorriendo la ciudad y sus alrededores, visitando

monumentos y museos, dando “paseos artístico-filosóficos”, (esto lo añade en la edición de 1877) asistiendo a la ópera y al teatro y disfrutando de todas “las maravillas y placeres” que la vida parisina podía ofrecer. En los alrededores de París vivió jornadas inolvidables con su amigo Charles D’Iriarte antiguo camarada y “compañero de tienda en el Llano de Tetuán”, pintor y escritor francés que ilustró las páginas de su *Diario de un testigo de la guerra de África*, y quien también prepararía una edición francesa de su primera novela, *El final de Norma*; éste lo acompañará en su viaje hasta Turín. También se encuentra en París con su antiguo compañero de la *Cuerda granadina* Jorge Ronconi quien le llevó a conocer a su ídolo, el compositor italiano Rossini.

De París viaja a Suiza con intención de parar brevemente en Ginebra y hacer una excursión a Chamonix para ver el famoso Mont Blanc. Ya al describir su primera impresión del pico más elevado de Europa, Alarcón muestra su dominio del género a la hora de plasmar sus impresiones sobre el paisaje:

La luz del sol, que ya no veía nadie en Europa, circundaba las sienes del viejo rey con un turbante de rosa y oro. Su blanca túnica resplandecía como el cristal, ofreciendo un desierto de nieves que empezaba en el valle y terminaba más allá de las nubes... Las nubes ceñían su cintura, sin lograr alzarse nunca hasta su frente, que se erguía desdeñosa sobre las tempestades de la tierra. (MN 103)¹¹.

Entra en Italia a través de los Alpes por el paso llamado El Simplón, momento que le hace exclamar: “Seamos los Aníbalas o los Napoleones del Arte”. A su paso por la región del Piamonte, visita su capital, Turín, donde conoce al conde Cavour y visita las tumbas del abate Gioberti, de Alfieri, de Pellico y de Maistre, autores de sus “lecturas serias”. También hace una excursión al Lago Mayor. De allí continúa en dirección a

¹¹ Con la sigla MN se indica la primera edición de *De Madrid a Nápoles*.

Milán, Verona y Venecia, en esta ciudad rememora los tiempos de la antigua República de Venecia en su visita al Palacio Ducal y hace “un pálido resumen de sus impresiones en la ciudad más interesante del universo” (OC 1351b). Sigue su ruta turística con dirección a Bolonia, donde capta el ambiente de la ciudad en un importante momento histórico de la unificación de Italia y refiere sus observaciones personales al respecto. De Bolonia regresa de nuevo a Turín, que era en ese momento “la capital de la reciente Italia” y aprovecha la ocasión para exponer sus impresiones acerca del sentimiento popular sobre los cambios políticos del momento:

Turín celebra con todo entusiasmo los rápidos progresos de la Unidad italiana y al propio tiempo adivina y llora que la capitalidad del nuevo Reino residía en Florencia, Nápoles o Roma, quedando ella de simple capital de provincia (OC 1273a).

Desde Turín, va a continuar su viaje con otro amigo y camarada suyo, don José del Saz Caballero. Parte de esta ciudad con dirección a Génova y allí se embarca rumbo a Pisa, donde hace su consabido recorrido histórico y artístico admirando sus monumentos y obras de arte y enumerando todo cuando le parece digno de mencionar incluyendo sus teatros y sus costumbres. De hecho, en su itinerario por las ciudades italianas, nunca faltan sus visitas a los teatros para ver las obras del momento y representaciones de ópera, una de sus aficiones predilectas. De Pisa viaja a Florencia y allí comienza su relato haciendo un pequeño cuadro de la vida y costumbres de los florentinos; a continuación da paso a la descripción de los famosos monumentos, obras de arte y artistas que tienen su asiento en la capital de Toscana; después de varias páginas enumerando y describiendo obras de arte explica que:

Italia es un vasto museo, en el cual el hombre más indiferente al arte (y yo no lo he sido nunca, a Dios gracias), acaba por aficionarse a él de tal modo, que se olvida de la naturaleza, de las costumbres, de la política, de todas las demás cosas que se proponía estudiar en esta tierra, para no pensar más que en estatuas, cuadros, monumentos y antigüedades de todo género (*MN* 483).

Aún así, con ocasión de su visita al convento de San Marcos, aprovecha para hacer una reflexión sobre el enfrentamiento del materialismo pagano contra la cristiandad, y evoca la figura de Savonarola, como “paladín [...] contra el materialismo pagano”. Al acercarse la navidad recuerda con nostalgia a los suyos y decide dejar la ciudad pagana para pasar la Nochebuena en Roma, “donde la religión ofrecerá a nuestras almas [se refiere a él mismo y a su amigo Caballero] el inextinguible hogar del catolicismo en torno del cual hay sitio para todas las gentes, para todos los peregrinos, para todo el universo” (*MN* 490-491). En efecto, de Florencia continúa a Roma.

Al llegar a la ciudad eterna, experimenta una profunda emoción, y confiesa:

Al acercarme a ella, mi corazón late violentamente.-Todos callamos... Vamos a entrar en la ciudad dos veces reina del universo; en la capital del paganismo y del cristianismo; en la morada de los Césares y de los Papas; en la fuente de nuestro idioma; en la metrópoli de los pueblos latinos; en el centro de la historia; en el Emporio de las Artes; en el santuario de la autoridad; en el Jordán de todos los pecados; en la última posada de los peregrinos... (*OC* 1422b).

En sus paseos por la ciudad recorre los monumentos de la Antigüedad y del Renacimiento y repasa su historia al describir los monumentos y lugares más famosos. A continuación visita los monumentos de la cristiandad, incluyendo la Pinacoteca y la Biblioteca del Vaticano; la emoción del autor se desborda al describir su entrada en la Plaza de San Pedro y al acercarse a la Basílica, donde afirma que la más íntima y avasalladora emoción se la produce “la excelsitud moral de aquellos lugares” (*OC* 1433a). Aparte de describir con detalle la Basílica de San Pedro, nos describe la

panorámica que se divisa desde lo alto de la cúpula. En Roma, pasa la Nochebuena de 1860; esta nostálgica fecha le hace rememorar otras nochebuenas pasadas lejos del hogar paterno, trayendo a colación sus escritos sobre el tema:

Más de una vez he publicado mis solemnes emociones de este día. Hace cinco años apareció “La Nochebuena del poeta”, artículo en que lloré la soledad del hijo pródigo, que busca afanado en Madrid un techo amigo bajo el cual pasar la noche pascual y no lo halla... En 1859 publiqué unos “Episodios de Nochebuena”, en que pintaba las alegrías de los hijos de Madrid durante todo el día de hoy... El año pasado, en fin, tracé a la luz de una hoguera, en los montes de África, otros párrafos, que titulé “La Nochebuena del soldado...” (OC 1443b).

Al día siguiente, día de Navidad, oye misa en la Basílica de San Pedro y, finalmente, es recibido en audiencia por el Papa Pío IX antes de abandonar la ciudad.

De Roma viaja a Nápoles, última etapa de su recorrido. Lo más destacado de su visita a Nápoles es la subida al Vesubio, en cuya cima exclama orgullosamente: “¡Piso la cúspide de la pirámide de fuego!... ¡Huello la frente del verdugo de Pompeya!” (OC 1489a). En Pompeya, a donde llega en tren, se asombra de que la “ciudad cadáver” tenga su propia estación de ferrocarril. Antes de describir las ruinas de Pompeya, el autor nos pone en antecedentes haciendo un somero recorrido por la historia de la antigua ciudad romana. El contraste de la religiosidad sentida en Roma con el paganismo que rezuman las ruinas de Pompeya le hacen evocar la bíblica ciudad de Sodoma cantada por Zorrilla. La sensibilidad del autor sufre un choque al llegar a las ruinas de la ciudad pagana donde se siente sobrecogido por el escenario que tiene a sus ojos: “¡Cuántas formas de muerte! ¡Cuánta desolación! La impresión que le causa el lugar es apocalíptica: “Trae, pues, Pompeya a la imaginación la idea del día del Juicio...” (OC 1484b-1485a). Lo único de la ciudad que se conserva íntegro es el anfiteatro, desde el cual observa el Vesubio al caer la tarde, y esta experiencia le inspira una reflexión sobre el universo y la futilidad del tiempo.

La excursión al Vesubio nos muestra de nuevo el ágil y diestro pincel del autor al pintar el paisaje, primero fértil y ameno y, después, progresivamente árido y estéril; al mismo tiempo la descripción plagada de exclamaciones transmite al lector la dificultad en la ascensión a la cima del volcán y la sensación de riesgo al alcanzar el cráter: “El brocal de ceniza en que me apoyo tiembla como el agua movida por el huracán... ¡La lava sube!... ¡Oh sí! ¡La llama asciende entre torbellinos de humo! ¡Va a respirar el cráter!... ¡Retrocedamos!” (OC 1489b). [...] “Palpita la tierra; arde el aire; el cielo se ennegrece; la respiración me falta... ¡Esto es morir!” (OC 1489b). A continuación, pasa a reflexionar sobre el origen de la vida del planeta y, finalmente, hace una detallada y vivaz descripción del “espectáculo arrebatador” que ofrece la panorámica que se divisa desde la cumbre del Vesubio.

Su recorrido termina en Herculano, otra ciudad romana sepultada bajo “una inmensa ola de cierto betún parecido a la lava hirviente” por la erupción del Vesubio también el año 79 d. C. De allí regresa a Nápoles, donde recibe noticias de la situación política italiana: “Ha terminado el Reino de las Dos Sicilias”. “¡Salud a la Italia nueva que se levanta del sepulcro! Pero ¡Honor también al último campeón de la historia! ¡Honor asimismo a la heroína de Gaeta, a la hermosa reina destronada!” (OC 1491a-1491b). A los tres días se embarca rumbo a Génova, donde vuelve a encontrarse con su amigo Caballero. Juntos salen para Turín donde pasa diez días más, durante los cuales asiste al estreno de la nueva ópera de Verdi, *Un baile de máscaras*, y a otra representación de la ópera *Norma*. De allí toma el tren atravesando otra vez los Alpes en dirección a París y después a Bayona; continúa a Irún, por donde viaja hasta Madrid adonde llega el 11 de febrero de 1861, justo a tiempo del carnaval, nos dice. Alarcón cierra la relación de su viaje mencionando una vez más los acontecimientos políticos en Italia, y dice al respecto: [...]”me abstengo de decirles [a sus amigos] aquí mi opinión acerca del gran problema suscitado por la Unidad

italiana. / 'La elocuencia es plata, pero el silencio es oro', dicen los orientales...Y, hablando en plata, no sé qué decir de la cuestión de Roma" (OC 1493b). Esta forma de concluir el relato de su periplo es un típico parloteo a lo Alfonso Karr, rasgo característico de su prosa de juventud del que no podrá deshacerse completamente en su obra de madurez, como veremos también alguna vez en *La Alpujarra*.

La obra se publicó en 1861 en dos volúmenes y obtuvo una buena acogida por parte del público y de la crítica, aunque sin llegar a compararse con el éxito del *Diario*. En 1877 salió la segunda edición, y la tercera edición, preparada para sus *Obras Completas*, es del año 1886. Desde el punto de vista de su estructura, *De Madrid a Nápoles* se compone de once capítulos, así denominados en la primera edición de la obra, y que después llama 'libros' en la edición definitiva para sus *Obras Completas*; este cambio ya aparece en la segunda edición de 1877; el libro consta además de un epílogo. Cada uno de estos 'libros' o capítulos lleva por título el nombre de una de las regiones visitadas o de una importante ciudad o, en el caso del primero y segundo, el nombre del país por el que transcurre su travesía en dirección a Italia. Entre los cambios que se verifican entre la primera y las dos siguientes ediciones es de destacar que la primera edición incluye en el título la siguiente explicación del recorrido, la fecha y el propósito del viaje: *Pasando por París, Ginebra, el Mont Blanc, el Simplón, el Lago Mayor, Turín, Pavía, Milán, el Cuadrilátero, Venecia, Bolonia, Módena, Parma, Génova, Pisa, Florencia, Roma y Gaeta: Viaje de recreo, realizado durante la Guerra de 1860 y sitio de Gaeta en 1861*; esta declaración junto con el prólogo, fue eliminada en la edición de 1877 y en la tercera preparada para sus *Obras Completas*.

La característica del viaje de Alarcón consiste en hacer un somero recorrido histórico por la ciudad o lugar que visita; el contemplar un monumento y el visitar un

museo o un lugar específico evocan en el autor viajero algún evento o a algún personaje histórico. A las evocaciones históricas y a la descripción del paisaje, del que destacan especialmente las panorámicas que describe desde las alturas, ya sea desde la cima del monte Janículo en Roma, desde lo alto de la cúpula de la Basílica de San Pedro, desde lo alto de la torre de Pisa o desde la cumbre del Vesubio, añade impresiones costumbristas, tanto del paisaje como de sus observaciones de la idiosincrasia de las gentes, a veces, repitiendo los consabidos tópicos del viajero. En el trayecto de su viaje recuerda al lector que:

...volveremos a ocuparnos con preferencia de las costumbres y de la fisonomía de los pueblos que visitemos, así como de los sucesos que amenicen mi viaje, lo cual no impedirá que cuando se levanten a nuestra vista obras tan maravillosas y excepcionales como San Pedro de Roma, como el coliseo, como el Juicio final de Miguel Ángel o como las Loggie de Rafael, nos detengamos delante de ellas y les consagremos algunas páginas (MN 483).

Además, nos presenta una relación de los acontecimientos que están ocurriendo en el momento en Italia a los que añade sus propias reflexiones sobre la situación política italiana. Así vemos, por ejemplo, al dejar Venecia, bajo dominio austríaco en el momento de su visita, comenta: “Yo imagino libre a Venecia y convertida en provincia del Reino de Italia, como le pido a Dios que suceda pronto...” (OC 1352b). Tanto la información que lee en la prensa local o recibe de las gentes sobre el desenvolvimiento de los acontecimientos del momento como sus apreciaciones personales poseen especial interés por su referencia histórica a la transformación de los reinos italianos en el Reino de Italia. Sería aún más interesante si Alarcón hubiese incluido en su relato “las anécdotas de la dominación papal, de la revolución del año pasado [1859] y del actual orden de cosas” que los camareros, los mayores, los fondistas le refirieron y que, según él, le enseñaron más sobre Italia que las conversaciones filosóficas “con profundos hombres de Estado... Estos os descubren sus

opiniones; aquellos os relatan los hechos” (OC 1362a). Sin embargo, consideró que “estas anécdotas no son para referirlas al público” (OC 1362a). En conclusión, en *De Madrid a Nápoles* Alarcón presta especial atención en ver y describir las obras de arte italianas de las que da prueba de tener un informado conocimiento de amateur; además de “referir y copiar aquellas escenas y panoramas” que más le llaman la atención en su recorrido turístico por la península italiana, admirando sus ciudades, sus monumentos y su paisaje.

En cuanto al estilo, Pardo Bazán señala la influencia de la escritura francesa “picante, chispeante y gaseosa” de Alfonso Karr. Su relato está constituido por pequeños y agudos párrafos, de gran variedad temática que se parecen a “un panorama o incesante desfile de vistas”, este estilo que se caracteriza por dar más importancia a la forma que al contenido. También considera que *De Madrid a Nápoles* es el libro de viajes menos castizo de Alarcón por ser el “menos sentido” -más superficial- aunque reconoce su amenidad y aprecia en él páginas llenas de encanto (NTC 26). Es de notar que Alarcón pule su estilo afrancesado en la segunda edición y en la tercera, eliminando párrafos de verborrea insustancial u opiniones controvertidas que ya en 1877, diecisiete años después, no sostiene. Verbigracia, los mini-párrafos que emplea para expresar su admiración hacia todo lo francés en el momento que recorre la campiña francesa, y en la Plaza de la Concordia, o los comentarios que se le ocurren en Florencia ante la Venus de Médicis. También, y en conexión con el estilo, en la primera edición, el relato de sus primeras impresiones acerca de Roma y algunos de sus paseos por la ciudad está plasmado en forma de epístolas dirigidas a su amigo anónimo; sin embargo, en las ediciones posteriores se omite el epistolario.

A pesar de la poda a la primera edición, el texto de la obra está regado de digresiones y comentarios sobre los más diversos asuntos que los lugares que Alarcón va viendo y las circunstancias que va viviendo a lo largo del viaje evocan en el autor viajero. Algunas de estas digresiones están provocadas por el estado anímico del autor en un momento específico de su viaje. Por ejemplo, la digresión sobre lo que él denomina “el humanismo”, a raíz de observar el materialismo de la sociedad francesa; o la digresión sobre el mulo con ocasión de la subida al refugio de Flechère para contemplar el Mont Blanc desde la mejor perspectiva, “en toda su grandiosidad”, o la evocación nostálgica de Guadix, su ciudad natal, cuando se encuentra en Roma, o también su digresión acerca de la vida de los cartujos, aparte de las muchas ocasiones en que hace referencias literarias traídas a colación por algo que ha visto o experimentado también.

Podemos decir que *De Madrid a Nápoles* muestra un periodo de inquietud interior en la vida de Alarcón, un periodo de turbulencia emocional e ideológica. Así, en el prólogo a la primera edición de *De Madrid a Nápoles* confiesa que reniega de la civilización moderna y expresa sus temores a ser malentendido o censurado tanto por los conservadores como por los liberales y ser acusado de neocatólico o demagogo. Pero dice estar profundamente convencido de las “extrañas opiniones” que expone en este libro y confía que puedan comprender que él es un hombre del siglo. Y por otra parte confiesa que tales convicciones están basadas en impresiones más que “raciocinios” y que no pretende imponérselas a nadie, sino que invita al lector a que le acompañe y viva, sienta y experimente su viaje con él. Este conflicto interior se manifiesta claramente en el texto de la primera edición y se encuentra atenuado en las ediciones siguientes. Aún así, todavía se percibe tal estado psicológico y sus vaivenes en la reacción del autor a su entrada en

París cuando exclama pletórico de emoción y fantasía: “¡Ha llegado el momento de dejarnos arrebatados por el huracán del siglo!... Ha llegado el momento de perder la cabeza y hasta el corazón. ¡Lectores de novelas!: con vosotros hablo...” (OC 1204a). Estado de euforia y optimismo que contrasta abiertamente con sus pesimistas reflexiones al abandonar la urbe cuando confiesa que la vida de París acaba causándole “amargura y disgusto”. En la sociedad de París percibe los síntomas del “abandono en que gime el alma humana en medio de nuestra brillante civilización” (MN 48). A su partida escribió sus impresiones sobre la vida de la civilizada Francia y declara su resquemor hacia los ideales de la sociedad francesa basados en el materialismo que él percibe como la destrucción espiritual de Europa, en la mencionada reflexión sobre “el humanismo.”

El Alarcón francófilo que se muestra en los artículos escritos con ocasión de su viaje a la Exposición Universal de París de 1855 empieza a dar signos del Alarcón francófobo de sus años de madurez al abandonar París. Muestra su alarma sobre los efectos que el materialismo puede causar en España y antepone las virtudes de la fe y de la antigua ley al materialismo moderno; confiesa preferir una España, “limpia de espíritu, con los valores tradicionales del catolicismo”, antes retrógrada y atrasada que verla sucumbir en las garras del materialismo, preocupación que se convertirá más tarde en obsesión al proclamarse baluarte del tradicionalismo literario e ideológico.

Con ocasión de su visita a la Cartuja de Pavía, nos presenta una apologética digresión, especie de diálogo con el lector, de la vida monástica; cuando el sacristán de la cartuja le relata la vida austera de los cartujos se lamenta de no haber elegido la carrera eclesiástica: “Esta relación lejos de espantarme, me ha causado envidia, y he lamentado mi flaqueza de alma, que me impide abrazar una vida semejante” (OC 1294b). Sólo le redime de su sentimiento de culpabilidad la idea de los hijos, del matrimonio y exclama: “¡Ay del que

muere sin dejar fruto ni semilla! ¡Ay del que no vincula sus esperanzas! ¡Ay de los solterones!”
(OC 1295a).

También en un momento de su visita a Ferrara esperando la hora de tomar la diligencia una mañana de noviembre, al oír las campanas de una iglesia cercana el autor se pone nostálgico, echa de menos el suelo patrio y da paso a una pequeña digresión patriótica en la que exclama:

¡España! ¡Siempre España! Hubo un tiempo, cuando yo la daba de filósofo y de *esprit fort*, en que solía decir impíamente: 'las fronteras son una iniquidad inventada por los conquistadores y por los déspotas; toda la tierra es patria de todos los hombres; las demarcaciones o delimitaciones que separan a unos Estados de otros no son sino convenciones tiránicas que anulará la civilización'. Y leí libros y periódicos que discurrían de igual manera...” / ¡Oh! ¡Los que así pensáis todavía, salid de vuestra patria, recorred ajenas ciudades, estudiad extrañas costumbres, y veréis y sentiréis que la patria existe, que cada hombre tiene una patria, como tiene una madre, y que esa patria y esa madre no se pueden remplazar con otras! (OC 1363b).

Conocido de todos es el hecho de que Alarcón retocó sus obras a lo largo de su vida; las editó, añadiendo o eliminando, especialmente para la preparación de sus *Obras completas*. Su libro *De Madrid a Nápoles* es una prueba de tal práctica. No es este el lugar ni el momento oportuno para adentrarse detenidamente en los cambios que se verifican en esta obra y comparar las diferencias entre la edición de 1861 y la definitiva de 1886. Lo que sí cabe señalar son ciertos cambios que nos dan una idea de su cambio de estilo, de su pulir y limar asperezas, como hemos señalado antes, especialmente, y de la evolución de su ideología. Es evidente que el autor elimina o modifica comentarios y digresiones cuando se trata de opiniones que no sostiene en sus años de madurez. En el caso de la última digresión arriba citada, tomada de las *Obras Completas*, el estilo está magistralmente pulido al eliminar el parloteo vano y rimbombante, el sentimiento de patriotismo exagerado y de catolicismo sentimental que inunda el texto de la primera

edición. La digresión se destila elegantemente pero conserva el mensaje intacto, la esencia, en cuanto al pensamiento político del autor.

Con respecto al prólogo que abría la edición de 1861, no se salvó de la censura del autor. Es de entender, en cierto modo, puesto que estaba repleto de ese estilo de prosa bohemia francesa típica del Alarcón de juventud y de su amigo Agustín Bonnat, prosa caracterizada por el “charloteo con el lector”, por ‘excentricidades y chanzas” y de la que renegó el autor maduro. En dicho prólogo, el autor se explaya acerca de sus resquemores respecto a la civilización moderna, y además, hace unas aclaraciones y confesiones sobre el relato de su viaje; éstas son de interés porque nos sirven para echar luz sobre el origen, el proceso de creación y el propósito del relato. Confiesa que la intención de su viaje es conocer la “actual civilización” francesa, donde ve el “porvenir” de España, y también conocer la historia de la “cuestión” de Italia, el conflicto del momento entre el Papado y el Imperio napoleónico y, finalmente, asistir a la emancipación italiana. Ante asuntos tan serios, admite no poseer “las cualidades” necesarias para emprender el estudio de tales cuestiones porque su viaje es el de “un hijo del siglo”, el de “un simple mortal”, el de “un joven de alegres costumbres” y no el viaje de un “filósofo” o de un “erudito”, o de un “poeta”, ni el de “un curioso”. En la edición de sus *Obras Completas* introduce el motivo del estudio en su viaje, le imprime más seriedad al relato y le otorga un valor también que no aparece en la primera edición donde no se atreve a llamar libro a su relato sino “relación de viaje”. En la edición definitiva califica sus correrías por París de paseos “artístico-filosóficos”; y, por extensión, podemos decir que así considera todo su viaje: viaje “artístico o poético”, según declara en otro momento.

De Madrid a Nápoles fue el último libro que Alarcón publicó antes de dedicarse, por más de una década, exclusivamente a la política. Como él mismo señala, marca el final de su primera etapa literaria. Durante el periodo que va de 1862 a 1873 escribe “folletos, artículos y discursos políticos” para defender la postura de la Unión Liberal, partido de O’Donnell, “por patriótico afecto al duque de Tetuán”. Pardo Bazán señala que, durante la campaña de África, O’Donnell encontró en las poco firmes y confusas convicciones de Alarcón el terreno propicio para “reclutarlo” para la Unión Liberal, partido impopular tanto para Pardo Bazán como para el biógrafo de Alarcón, Mariano Catalina, quien lo describe como “partido cuyas doctrinas servían tanto a los que procedían de la Revolución (se refiere a la revolución de 1868) como a los que venían del campo reaccionario”. (OC 1907a). Para Pardo Bazán era un partido cuyos miembros carecían de criterio fijo y se caracterizaban por “el infecundo escepticismo, más aún que político social” y que en castigo sufrieron un perpetuo fluctuar entre dos aguas, trayendo a la memoria a los condenados del *Infierno* de Dante.

En el caso de Alarcón, que no se afilió al partido sino hasta después de la caída del gobierno de O’Donnell en 1863, el castigo consistió en una “deslucida y desmedrada” carrera política (*Personajes ilustres* 38-39). Alarcón comenzó su campaña política escribiendo diatribas contra el gobierno de Miraflores en *La Época* granjeándose enemigos en el gobierno y la demanda del gobernador de Granada ante el Tribunal de imprenta. A continuación, fundó el periódico *La Política* con Núñez de Arce y otros, desde el que continuó su virulenta campaña contra Miraflores hasta la caída de éste. Fue elegido diputado a Cortes durante el breve gobierno de Narváez, destacándose por su oposición al general. De vuelta al poder O’Donnell, en el año 1865, Alarcón continuó

como diputado a Cortes. En el año 1866, bajo el gobierno Narváez-González Bravo, firmó el famoso documento de protesta de los diputados unionistas que le valió el destierro en París. En 1868 se une a la sublevación del duque de Torre y presencia la batalla de Alcolea. Durante el gobierno provisional es nombrado ministro plenipotenciario en Suecia y Noruega, cargo que no llegó a desempeñar al salir diputado por Granada.

Defendió la candidatura del duque de Montpensier, cuñado “destronador” de la destronada Isabel II, para la corona de España en las Cortes Constituyentes de 1869. En esta época escribe sus famosos artículos y folletos políticos a favor del candidato de la Unión Liberal, contra la Regencia del general Serrano, además del artículo “El Prusiano no es España” contra la candidatura del príncipe Leopoldo de Hollenzollern. Esta campaña política de Alarcón fue calificada por Pardo Bazán de “desesperada y maldita... a favor de la más impopular, inmoral y antipática de todas las candidaturas.” Con la elección de Amadeo de Saboya como rey de España, Alarcón se mantuvo en la oposición rechazando ofertas del nuevo gobierno. En 1871 es elegido de nuevo diputado de oposición por Guadix, pero fue derrotado en las elecciones de 1872, dedicándose a escribir contra el gobierno de Sagasta-Romero Robledo. En agosto de este mismo año escribe su famoso y polémico artículo “La Unión Liberal debe ser alfonsina”, donde argumenta que, tras el fracaso de la revolución de septiembre de 1868 y la imposibilidad de que un príncipe extranjero reine en España, es necesario proclamar rey de España a don Alfonso de Borbón, hijo de Isabel II. Alarcón fue el primer partidario de la revolución de 1868 que proclamó la candidatura de Don Alfonso de Borbón. Éste fue un

“artículo decisivo, de esos que sólo escriben los grandes literatos, y sólo aprovechan los verdaderos políticos” (*Personajes ilustres* 41).

Después de estas batallas políticas, o de la “Comedia infernal”, según el mismo Alarcón califica esta etapa de su vida pública, abandona la política y dedica de nuevo sus esfuerzos y su tiempo a la literatura. El resultado obtenido durante “el largo paréntesis [...] (de 1863 a 1874)” en que Alarcón estuvo absorbido por “los intereses públicos” fue conseguir ser varias veces diputado por Guadix y dos veces senador por Granada, una plaza de consejero de Estado (“primer destino que llegó a desempeñar en veintiún años de vida política”¹²), un sillón en la Real Academia de la Lengua, amistades en las filas conservadoras y la gran cruz de Isabel la Católica. Relativo éxito si nos fijamos en su larga dedicación. A juicio de Pardo Bazán y otros contemporáneos que coinciden con su biógrafo, su lugar estaba en la literatura y no en la política. A este respecto, el crítico don Manuel de la Revilla comienza su juicio sobre *La Alpujarra* calificando esta etapa de la vida de Alarcón de “largo periodo destinado a perder lastimosamente el tiempo en la política”. El mismo Alarcón es consciente de ello, por lo que al final de esta larga carrera exclamará desilusionado:

Hace ya tiempo que fuera de los males que Dios me envía y que me han hecho enterrar ya tres hijos, no tengo más disgustos que los de Guadix..., [...] resulta que la lucha diaria de los asuntos de Guadix me causa grandes perjuicios, me trae disgustos [...] me quita salud, me quita amigos y acabará por quitarme la vida (*OC* XV).

Este periodo de la vida de Alarcón muestra su paulatino acercamiento hacia el conservadurismo que culmina en 1875 con su defensa de “la moral en el arte”, tesis expuesta en su discurso de entrada en la Real Academia de la Lengua en 1875.

¹² Según relata su biógrafo M. Catalina (*OC* 1911b).

Conviene señalar que los cambios de ideología que se estaban germinando ya en *De Madrid a Nápoles* se muestran ya completamente madurados en *La Alpujarra*. Alarcón dice que escribe *La Alpujarra* al cumplir los cuarenta años, según vemos en la “Historia de mis libros,” donde el autor declara: ...”comencé a escribir *La Alpujarra* el mismo día que cumplí cuarenta años de edad (el 10 de marzo de 1873), en una hermosa dehesa, hoy Colonia, de la provincia de Cáceres, ...” (OC 19). Alarcón se encuentra en la plenitud de sus facultades literarias, y establecido cómodamente en su vida burguesa. Es ya el “perfecto burgués e intachable jefe de familia” que verá Galdós un año después en su novela *El escándalo* (Campos xviii). Así pues, cuando en 1874 vuelve al estrado literario con la publicación de *La Alpujarra* lo primero que destaca la crítica es un cambio ideológico con respecto a sus obras escritas anteriormente. Su libro se convierte en portavoz de la ideología conservadora de la sociedad a la que pertenecen sus lectores y de la clase política que le premia. Sin embargo, Alarcón, al referirse al paréntesis en su vida literaria, insiste en que su ideología no ha cambiado en ese periodo. De hecho, Alarcón insistió toda su vida en que no hubo un cambio ideológico en él, ni que *La Alpujarra* fuese la obra exponente de tal cambio. En la “historia de mis libros” insiste por última vez sobre ello:

Conviéneme, de todos modos, hacer constar hoy que las dos últimas obras de mi primer periodo literario (*La Guerra de África* y *De Madrid a Nápoles*) expresaban, con suma claridad y energía, las mismas ideas religiosas, morales, de gobierno, didácticas y de todo orden con que reaparecí el año de 1874 en el palenque de las letras (OC 16b).

Es importante detenerse un poco en este punto. Como apuntaba Pardo Bazán, “las etapas del camino de Alarcón son naturales y graduadas”¹³. Si nos fijamos brevemente en su trayectoria vital e ideológica, notaremos que, en el fondo, fue siempre conservador; Alarcón estuvo relacionado desde muy pronto con la vida de la catedral de Guadix, y había nacido en el seno de una familia católica tradicional, “güelfa,” a decir de su paisano José Asenjo Sedano quien pone de relieve la importancia del entorno político y social de Guadix, con todo lo que conllevaba para el autor, circunstancias que condicionarían, en gran medida, el futuro de Alarcón¹⁴. Ciertamente, en sus años juveniles le atrajeron las ideas “gibelinas” de los libre-pensantes de la rebotica de Guadix y los libros “menos ideales y cristianos...” que le prestaba “en secreto” la misteriosa dama que menciona en “Más viajes por España” (OC 1833b). Su alma de “seminarista temeroso”, versado en las ideas de Santo Tomás o Savonarola no puede evitar la atracción que en él ejercen los nombres impíos de Rousseau o Voltaire. Para Asenjo Sedano el colgar los hábitos fue un signo indicativo de la aceptación de las ideales liberales frente a la tradición católica que representaba la vida eclesiástica. Sin embargo sus estudios de teología y el entorno conservador familiar estaban más arraigados en él que las ideas revolucionarias. Estas no fueron, al principio, más que una ‘fiebre’, rebelión juvenil contra sus circunstancias personales que le hacían sentirse atrapado, o, más tarde, el instrumento que utilizó para medrar y alcanzar notoriedad, haciéndole llevar una vida bulliciosa y bohemia, aun con riesgo de su vida. Fue, después del incidente del duelo, cuando ocurre en él una especie de “conversión de San Pablo”, que dice Pardo Bazán en su biografía del autor.

¹³ En Joan Estruch, ed., *El clavo y otros relatos de misterio y crimen*, por Pedro Antonio de Alarcón (Barcelona: Fontamara, 1982) 12.

¹⁴ Fernando García Lara, ed., *En torno a Pedro Antonio de Alarcón*; Actas de las conferencias celebradas en Granada en 1991 con motivo del centenario de la muerte de Pedro Antonio de Alarcón (Granada: Diputación Provincial, 1993) 57 y siguientes.

La crisis provocada por este incidente mina los no muy profundos cimientos revolucionarios del joven Alarcón y le hará replantearse su vida; seguirá admirando la civilización moderna que todo lo francés representa, como sus viajes a París en 1855 y 1860 muestran, pero, poco a poco, el conservador va resurgiendo ayudado por las circunstancias de la vida, como la definitiva influencia que tuvo en él O'Donnell, a quien tanto admiraba. Además, su aceptación en las clases dominantes y el miedo a las consecuencias de la fracasada revolución del año 1868 le llevaron, como a una gran mayoría de la clase media, a refugiarse en el conservadurismo de la Restauración, según hemos visto más arriba. Así pues, Alarcón es un producto típico de las contradicciones de la historia de España de la segunda mitad del siglo XIX. Su evolución personal va paralela a “la evolución de la burguesía española en su contradictoria y vacilante lucha por afianzar el nuevo orden frente a la sociedad del Antiguo Régimen” (Estruch 12). A esto precisamente mismo se refiere Alarcón cuando declara:

¡Ah! ¡No nos hagamos ilusiones! La variación, ocurrida efectivamente durante los doce o trece años que mediaron entre la publicación de *De Madrid a Nápoles* y la de *La Alpujarra*, no se había verificado en mi espíritu, sino en el de una gran parte de la Nación, o, cuando menos, en las cosas políticas y sociales; en los hechos, en las leyes, en las costumbres. Yo, en 1874 era el mismo que en 1862; pero España era muy diferente. En medio estaba toda la Revolución de 1868 (OC 17a).

Así, *La Alpujarra* no es sino un eslabón más en el progresivo conservadurismo católico del autor que, según Asenjo Sedano, “en la segunda mitad de su vida se llenó de nostalgias güelfas”¹⁵. Si en *De Madrid a Nápoles* vemos el comienzo de su cambio ideológico, doce años después en *La Alpujarra*, el proceso se ha completado, como lo

¹⁵ José Asenjo Sedano, ed., *El niño de la bola*, por Pedro Antonio de Alarcón (Granada: Exmo. Ayuntamiento de Guadix, 1990) 35.

demuestra el autor al decir de su obra que es el comienzo de su “campana espiritualista” que continúa en *El escándalo* y culmina con el “Discurso de la moral en el arte” (OC 24a). Podemos comprobar otros puntos de contacto entre estas dos obras. Recordemos que *De Madrid a Nápoles* cierra su primera etapa literaria y *La Alpujarra* sirve de apertura a la segunda; cabe volver a traer a colación aquí la carta de Mesonero Romanos a Alarcón, que Martínez Kleiser cita en su comentario a las *Obras Completas* de Alarcón, en donde el famoso costumbrista, el curioso parlante, califica a estas dos obras de “hermanas gemelas” porque ambas comparten “las dotes de observancia y filosofía, viveza de descripción y encanto de estilo” (OC XIV).

Finalmente, al comparar las tres crónicas viajeras más importantes de Alarcón, se puede comprobar que comparten, en dosis diversa, una misma fórmula. Partiendo del dato informativo, indagan en el elemento “histórico y epopéyico, o en lo familiar y testimonial”; sin olvidar el ingrediente novelesco que aflora con frecuencia en las páginas de estas obras (García Lara 12). Por otro lado, si del *Diario de un testigo de la guerra de África* destaca el apasionamiento, y la amenidad es el rasgo más característico de *De Madrid a Nápoles*, *La Alpujarra* reúne estos rasgos depurados y enriquecidos por la experiencia y el conocimiento adquirido con los años. En efecto, *La Alpujarra* muestra no sólo la madurez de su evolución ideológica, sino que también representa la culminación de su genio como narrador de viajes. Al igual que su ideología, su estilo ha ido evolucionando progresivamente haciéndose más castizo, más serio y sentido, más netamente español, convirtiéndolo en un relato más artístico y selecto. Si el motivo del viaje en el *Diario* es la crónica de la campana bélica y de las costumbres africanas y en *De Madrid a Nápoles* es “el esparcimiento, el correr mundo y ver y presenciar cosas

notables”, en *La Alpujarra* podemos decir que, al menos en un aspecto, es un viaje hacia el interior, un viaje de “verse” a sí mismo; de descanso del espíritu afligido por los golpes de la vida, (la muerte de su segunda hija); el encuentro consigo mismo en la cúspide de la edad, la necesidad de ‘desintoxicación’ del aire viciado de la corte, después de años de “equivocaciones políticas”. Además, le sirve para satisfacer un antiguo y doble anhelo: el “interés histórico” y el “interés geográfico” por la “región tan inmediata” a su vida.

La Alpujarra es, también, un viaje literario, más que el *Diario* y *De Madrid a Nápoles*. Alarcón dice en los Prolegómenos que va a “buscar (para adorarlas poéticamente) las ruinas de los pueblos que dejó deshabitados la expulsión de los moriscos; evocar [...] los encapuchados fantasmas” de los moriscos (P 4)¹⁶. Podemos, pues, decir que su obra es el gran poema oriental de la Alpujarra; “el original poema de la sierra morisca”, según la describe Pardo Bazán en su *Nuevo teatro crítico* (40). Para Ángel Ganivet, es “un poema natural y religioso que será una epopeya en prosa cuando los españoles olviden escribir el castellano, esto es, muy pronto”¹⁷.

La polémica acogida con que fue recibida esta relación de viajes merece nuestra atención. Recordemos que el autor ya se acercaba a las filas del conservadurismo, por un lado, y, por el otro, su agitada actividad política desde el congreso o el senado y, especialmente, desde las páginas de la prensa, había dejado mal sabor de boca entre sus antiguos correligionarios liberales. El caso es que el libro provocó fuertes reacciones en cuanto a la interpretación del mensaje y valor del libro; concretamente, el crítico conservador Luis Alfonso señala que “un punto del libro [...] había] motivado diversas

¹⁶ Con la letra P se indica los Prolegómenos en la presente edición.

¹⁷ Citado en García Lara 20.

apreciaciones de parte de la crítica”¹⁸. En su interesante y positiva crítica de *La Alpujarra*, aparecida el 13 de diciembre de 1874 en la *Revista Europea*, este crítico pone de relieve que el carácter religioso de los últimos capítulos de la obra, especialmente la Parte Sexta, dedicada a rememorar la tradición católica de la Semana Santa, junto con las “frecuentes protestas de ortodoxia y fe cristiana” consignadas por el autor, habían llevado a algunos críticos a apreciar un “saborcillo sobrado devoto”, y a considerar el libro excesivamente prolijo en materia religiosa (Alfonso 221). En efecto, el libro se tacha de excesivo dogmatismo católico y a su autor se le acusa de neocatólico y ultramontano. Por su parte, Manuel de la Revilla, en su crítica a la obra de Alarcón publicada en la revista *La Ilustración Española y Americana* en octubre de 1874, señala que sólo encuentra un error “[...] y bastante grave, pero ajeno al arte por completo. Tal es el lamentable espíritu de intolerancia”, inaceptable en un “hijo de este siglo”, amante de la libertad. El crítico liberal lo acusa de cometer errores del vulgo sobre los musulmanes y de ser intolerante hacia ellos¹⁹.

En una carta a su amigo José Ruiz León, fechada en 1873 en la dehesa extremeña Valdío de Casa Tejada, donde escribe *La Alpujarra*, y haciendo referencia a su libro, Alarcón le declara: “O he escrito una gran obra o una gran tontería” (OC XXII a). Obviamente el autor creía en el valor de su obra y, en confianza amistosa, se permitió hacer un despliegue de falsa humildad. Pero algo de ‘tontería’ debieron captar algunos de sus contemporáneos para escribir la tan acerba y mordaz crítica, que el mismo Alarcón cita al hacer la apología de *La Alpujarra* en “Historia de mis libros”, crítica que tacha la

¹⁸ Luis Alfonso, “La Alpujarra, sesenta leguas a caballo precedidas de seis en diligencia, por Don Pedro Antonio de Alarcón”, 221.

¹⁹ Artículo recogido en 1884 en uno de los dos volúmenes titulados *Críticas de don Manuel de la Revilla* preparados por Mariano Capdepón.

obra de “engendro más o menos artístico y literario de un intolerante de siete suelas, inquisidor de tomo y lomo, y enemigo implacable de los mahometanos y de los judíos” (OC 18b). Alarcón sale en defensa de su libro en la ya mencionada “Historia de mis libros”, alegando que el público profano comprendió su obra mejor que algunos críticos incapaces de entender “el espíritu y la letra” de la obra por dejarse llevar de sus prejuicios ideológicos y artísticos. Declara que estos críticos no captaron que su libro era “un alegato a favor de la tolerancia religiosa”. Insiste en que se basa en el Evangelio y en los intereses de España para condenar la expulsión de judíos y moriscos; lamenta la ruptura de las capitulaciones y la política inquisitorial que forzaron a los moriscos a la rebelión, en lugar de ejercerse una política benévola, de predicación pacífica que hubiese llevado a la lenta asimilación. Alarcón continúa la justificación de su libro señalando que la otra tesis contenida en él sostenía la imposibilidad de los pueblos ateos de subsistir socialmente; de ahí, la necesidad del Estado de sufragar la religión católica, en el caso de España, por ser la fe practicada de la mayoría de los españoles. En definitiva, para el autor, es un libro donde “[...] con tanto afán recomendaba la armonía entre la libertad y la fe, o sea, las paces entre la Iglesia y la democracia!” (OC 18b). Concluye aceptando las críticas al texto en cuanto al lenguaje y composición se refiere, a condición de que sus ‘enemigos ideológicos’ admitan que se puede ser tolerante y liberal sin tener que ser “impío y materialista”. Manuel de la Revilla precisamente valora su lenguaje y composición, pero lamenta, por el contrario, el punto referido por Luis Alfonso. Pardo Bazán no considera en absoluto que el libro sea “un alegato a favor de la tolerancia religiosa” pero tampoco lo considera “un engendro más o menos artístico de un intolerante de siete suelas, inquisidor de tomo y lomo” (NTC 36). Y Julio Romano, en su,

ya mencionado, amplio estudio sobre Alarcón del año 1886, les daría la razón, hasta cierto punto, a los “liberales y racionalistas” porque, en su opinión, el autor de *La Alpujarra* “comete un pecado de herejía estética al injerir en sus libros el morbo sectario” (155).

Sus contemporáneos, como gran parte de la crítica posterior, no fueron capaces de aislar la ideología a la hora de emitir sus juicios literarios sobre *La Alpujarra*, en particular, ni sobre el conjunto de su obra en general.

II. La Literatura de viajes. La literatura de viajes en el siglo XIX. El concepto de “literalidad” del género. El viaje a Granada y a la Alpujarra en el siglo XIX. El libro de viajes en 1874, panorama nacional y últimos viajeros románticos. Posición de *La Alpujarra* en el contexto de los libros de viajes de la época.

La literatura de viajes en el siglo XIX.

Desde la más remota antigüedad el viaje ha jugado un papel esencial entre los hombres. La necesidad de explorar territorio desconocido es una inclinación innata en el ser humano. Los viajes de descubrimiento, conquista y exploración son parte intrínseca de nuestra historia. El hombre ha viajado siempre llevado por la ambición de conquista o por la necesidad de comerciar con otros pueblos, por aventura o por simple curiosidad. El deseo de contar la experiencia vivida dio pronto lugar a los testimonios escritos de los viajes. Los relatos de Marco Polo al lejano Oriente o de Mandeville a Tierra Santa o el viaje de González Clavijo a Persia o los viajes de Benjamín de Tudela a Bizancio,

Mesopotamia y Tierra Santa se cuentan entre los primeros escritos que despiertan el interés de un público lector interesado en conocer sobre las peripecias del viajero por tierras exóticas. Por otro lado, ya en la baja Edad Media y más aun en el Renacimiento, aparece el viaje como un importante modo de vivir, además de una destacada actividad cultural. De hecho, como señala Vega, será en el Renacimiento cuando el viaje forme parte intrínseca del perfil del hombre renacentista y el ser cosmopolita constituirá una condición *sine qua non* del cortesano y del príncipe hasta el siglo XVII²⁰.

Con la Ilustración, el viaje del siglo XVIII será condición obligada en la formación enciclopédica de la alta burguesía europea, el llamado *Grand Tour* de los ingleses o el *Bildungsreise* de los alemanes. Este viaje formativo tiene como destino principal Italia y Francia, sin excluir Inglaterra, los Países Bajos y Suiza en el caso de los viajeros de mayor afluencia económica. Ya en el siglo XIX, el viaje se ampliará a Grecia y a la región del Adriático. Así, tradicionalmente el erudito europeo considera Italia el lugar de origen de la cultura europea, y busca su fuente de inspiración o la clave interpretativa de la historia europea en la cultura clásica y el mundo meridional italiano (Vega 13).

Por lo general, la Península Ibérica no entraba en el itinerario del viaje ilustrado. El aislamiento en que se había sumergido la España de la contrarreforma y los prejuicios creados por la leyenda negra impedían el conocimiento de la auténtica realidad española. España era vista en Europa como representante del integrismo católico y como enemiga de la Ilustración. Además, la información sobre el viaje en España era, en general, muy escasa; estos factores, junto a los peligros reales del bandolerismo, el mal estado de las

²⁰ Miguel A. Vega, ed., *Diario de viaje a España, 1799-1800*, por Wilhelm von Humboldt (Madrid: Cátedra, 1998) 12.

vías de comunicación, cuando las había, y la mala fama de las posadas, convertían el viaje a España en una arriesgada aventura que sólo algunos se atrevían a llevar a cabo. De los pocos viajeros ilustrados que visitaron España destacan el inglés Richard Twiss, cuyo viaje relató en su libro *Viaje por España en 1773*, y el alemán Wilhelm von Humboldt, quien plasma los apuntes de su estancia en España en su *Diario de viaje a España, 1799-1800*.

En los albores del siglo XIX se acrecienta el interés por la Europa meridional. El elemento popular empieza a estar de moda y a formar parte de la concepción cultural del romanticismo. A este respecto, Humboldt contribuye con su *Diario* a la naciente conciencia romántica. En concreto, la cultura española es foco de atención del círculo de eruditos y artistas ilustrados alemanes al que pertenecía Humboldt, quienes resaltan lo popular como factor esencial de la cultura española. Para los ilustrados alemanes, España era el capítulo que completaba la historia de la cultura europea que ellos intentaban establecer (Vega 22). Gracias en parte a los ilustrados alemanes, la imagen literaria de España se va extendiendo por Europa y la nueva sensibilidad romántica convertirá a España en la quintaesencia de lo meridional y en la fuente de inspiración de los románticos que buscan el exotismo y el pintoresquismo. Así, pues, el viaje a España en el siglo XIX está estrechamente ligado al romanticismo que pone su punto de mira en el paisaje español para su inspiración literaria y da lugar, como consecuencia, a la moda del viaje a la Península Ibérica.

Debe notarse que la motivación del viaje cambia en el siglo XIX al cambiar la sensibilidad del viajero. Este viaje tiene poco en común con el viaje ilustrado cuyo motivo era la “descripción exacta y filosófica”, la observación de las leyes, usos y

costumbres de un pueblo, junto al estudio de sus artes, economía y recursos naturales²¹.

A este propósito utilitario-formativo del viajero ilustrado del siglo XVIII sucede el viaje esencialmente curioso en el siglo XIX. El viajero romántico viene en busca de las raíces románticas, del exotismo de las ancestrales tradiciones españolas. Viene también cargado de ideas a priori, lo cual le lleva a veces a buscar el estereotipo para dar fe de ello.

El estereotipo se basa en la visión de un país en ruinas, de una España arrasada por las guerras; y en unas gentes atrasadas y feroces, según el tópico del español apasionado y bárbaro que se había extendido por Europa con la leyenda negra. Su paisaje exótico y sus incultos habitantes sugerían a la imaginación del viajero romántico aventuras y emociones fuertes. La imagen de España como un país anclado en el subdesarrollo, resignado al destino a pesar de sus frecuentes convulsiones políticas, incapaz de aceptar la modernidad, más africano que europeo es la que campea por Europa. Con los románticos, la percepción pintoresca de España no cambia, se trata de los mismos clichés de siempre, pero sí la actitud hacia ella.

En efecto, cientos de viajeros infatigables recorren la geografía española y escriben sobre todo cuanto ven partiendo, en muchas ocasiones, de unos criterios pobres y repetidos que no dan una idea fidedigna de la realidad española. Por lo general, son relatos de viajes que se escriben por encargo de un editor. Estos viajeros se inventan historias con el propósito de complacer el gusto y los prejuicios del lector en sus respectivos países; son guías para provocar “asombros por encargo”, como los califica Henry Lyonnet, un viajero francés de finales de siglo con una visión y perspectiva de lo

²¹ R. Mesonero Romanos, *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica. 1840-1841*, Madrid, Burgos, [1841], t. 4 (Madrid: Renacimiento, 1925) 9.

español muy alejadas ya del romanticismo²². Esta visión estereotipada es el recurso indispensable empleado para vender sus libros, pues no hay que olvidar que el aspecto comercial del viaje es muy importante en el siglo XIX. Por otro lado, es un viaje en que la sensibilidad del viajero predomina sobre cualquier dato utilitario y puede calificarse, en algunos casos, de viaje literario; las impresiones y observaciones del viajero romántico se centran en las costumbres y tradiciones; y así, éste dará rienda suelta a sus emociones y a su imaginación, dando en muchas ocasiones como resultado páginas llenas de bellas descripciones.

En resumidas cuentas, el viajero que viene a España en el XIX es por lo general el típico autor de folletines que busca nuevas impresiones y aventuras con que llenar páginas fáciles y entretenidas para complacer los gustos y prejuicios de su público. Son viajeros (especialmente franceses e ingleses) que escriben relatos de viajes sin prestar mucha atención a la realidad, sino guiados por lecturas cuyos datos aplican, convenga o no, a la realidad y partiendo de los consabidos prejuicios, con poca apreciación por la historia, el arte o una más certera fisonomía de los españoles. Aparte de periodistas y escritores de mayor o menor valía, también llegan a España otros viajeros: desde políticos a hombres de religión, militares, hombres de negocios, etc.; todos con el mismo afán de contar sus aventuras novelescas. Generalmente, sus relatos de viaje prestan escasa atención a cualquier signo de progreso o modernidad, y cuando se topan con alguna señal de progreso no salen de su asombro porque tal imagen no es compatible con su visión pintoresca y prejuiciada de lo español.

²² F. Piñero, ed., tr., *La España desconocida*, por Henry Lyonnet (Madrid: Cátedra, 2002) 9.

Sobre la “literalidad” de la literatura de viajes.

El problema de la “literalidad” del viaje escrito es un asunto que viene dilucidándose desde hace tiempo debido al carácter diverso de este tipo de manifestación escrita. En los siglos XVI y XVII, con la aparición de la imprenta, la literatura de viajes adquiere una gran difusión; comienzan a escribirse relatos de viajero desde perspectivas muy diferentes, de muy variada índole, y por muy diversos autores, muchos de ellos no letrados. A partir del siglo XVI también se escriben las “relaciones” de la conquista del Nuevo Mundo. Por lo tanto, bajo el nombre genérico de literatura de viajes, se incluyen textos de muy variada naturaleza. Arturo Farinelli, en el prólogo a su conocido y amplio estudio bibliográfico: *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX, nuevas y antiguas divagaciones bibliográficas*²³, resume así la índole del relato de viajes:

Puede ser el relato de viaje una efusión lírica, como una exposición modesta y sencilla, de lo visto y conocido; una descripción, una crónica, un registro, un itinerario de camino; a veces interesa al poeta, al artista; mueve nuestra fantasía, nuestro corazón; despierta un mundo de imágenes; intensifica nuestras visiones; otros relatos obedecen a una concepción mecánica y positiva de la vida: miran a lo práctico, a lo útil; apuntan nombres de localidades y de personas con perfecta indiferencia hacia la vida íntima de la nación que recorren, y no merecen otra atención que del documento de un peregrino en una época determinada (8)

Ante esta situación es necesario delimitar el tema del carácter literario de un relato de viajes. Partimos de que un texto literario es aquel que recrea artísticamente la realidad, por lo cual el autor ha de ser letrado y escribir dentro de las convenciones y

²³ Clarín, en un artículo publicado en noviembre de 1894 en la revista *Las Novedades* de Nueva York, admiraba la erudición del joven hispanista italiano “todo un sabio... de 27 años” y se lamentaba de la falta de hispanistas nacionales de su categoría.

artificios de la literatura establecida. Hay que tener en cuenta, además, que el concepto de lo literario varía según la época y dependerá de lo que en una determinada época se entienda por tal²⁴. Florencio Bello Sanjuán en el prólogo a su ensayo bibliográfico *Libros de viaje y libreros de viejo* clasifica a los autores de relatos de viaje en tres categorías. Con cierto deje sarcástico nos presenta al primer grupo de viajeros:

“Hombres y mujeres que se hubieran muerto de viejos sin haber escrito ni a la familia, se lanzan un día a correr mundo, a ver tierras nuevas, a contemplar paisajes extraños y observar costumbres que tanto difieren de las de ellos, y se opera en su fuero interno una reacción tan imperiosa en presencia de esas novedades, que sienten el impulso irresistible de transmitir a los demás sus impresiones personales. De este impulso irresistible han nacido la mayor parte de los libros de viajes y es inútil indagar antecedentes literarios de los autores de esos libros, porque no tienen ninguno” (7).

A la segunda categoría de autores de relatos viajeros pertenecen los “autores que tienen esos antecedentes y escriben el viaje pensando en el provecho que podrá reportarles la referencia del mismo.” Y al tercer grupo corresponden “otros escritores, que cultivando el arte por el arte, tras un viaje de placer; vierten en páginas memorables el profundo sentimiento que despertaron en sus ánimos las bellezas y aventuras de sus interesantes correrías” (8).

A su vez, Carrizo Rueda señala en su artículo “Morfología y variantes del relato de viajes” que existen principalmente, tres posturas diferentes con respecto al carácter literario del relato de viajes: una de ellas considera éste como un género literario independiente; otros lo conciben como un subgénero literario cuyo valor radica en su aspecto documental. Esta visión es la que predomina en el siglo XIX y se fundamenta en la idea de que el arte no tiene finalidad utilitaria. Y la tercera postura considera el viaje

²⁴ J. M. Herrero Massari, *Los libros de viajes de los siglos XVI y XVII en España y Portugal: Lecturas y lectores* (Madrid: Fundación Universitaria Española, 1999) 12.

como un tema o motivo tradicional dentro de la literatura, desde *La Odisea* a los actuales relatos de aventuras espaciales, por lo que no puede ser considerado género aparte. Tanto la segunda postura como la tercera, consideran el relato de viajes expresión marginal dentro de la literatura, teniendo en cuenta su valor informativo solamente, la una, o considerándolo secundario con respecto al gran mito literario del viaje, la otra. Ambas posturas coinciden en que el carácter literario de un relato de viajes radica en su grado de elaboración y su calidad artística (119).

Carrizo Rueda, por el contrario, ve el relato de viajes como un género literario aparte, con “perfiles propios”, donde lo documental y lo artístico están unidos. Se propone encontrar un común denominador para toda la gran variedad de textos catalogados como literatura de viajes. Apunta que la literalidad de un relato radica en la forma. Aclara que el “devenir existencial” que se desarrolla a lo largo de un viaje no se puede considerar relato de viaje. El rasgo característico del relato de viajes es el predominio de la descripción sobre la narración. El itinerario es el verdadero protagonista. Y su valor literario se muestra en tres niveles: el primero y básico que está constituido por los datos informativos de varia índole, por las simples relaciones de incidentes del viaje y narraciones más complejas de sucesos vividos o referidos, por las reflexiones del viajero ante sus experiencias y por el relato de leyendas, cuentos, etc.; el segundo nivel, más importante, está integrado por intertextos y tópicos literarios; finalmente, el nivel último lo compone “el genuino procedimiento de “literaturización”, denominado en términos de la narratología como proceso de “configuración” según “el cual se establecen relaciones internas entre los materiales con el fin de construir

totalidades significantes de las cuales surge no un intento de reproducción de la realidad sino un modelo de ella” (122).

Teniendo en cuenta lo arriba expuesto, corresponde considerar como género literario aquellos relatos de viaje que corroboran la mencionada propuesta teórica. Así pues, en términos generales, el relato de viajes no puede considerarse un subgénero literario, sino un género literario autónomo. Considerado como texto literario que describe una realidad, hay que destacar como una peculiaridad propia del libro de viajes su afinidad con la novela realista del siglo XIX; ambos tipos de creación literaria, en cuanto a su nivel interno, coinciden en contar la realidad y en el uso de diversos niveles de lenguaje. En su artículo “Viajes y literatura. *La Alpujarra*”, José Ramón González García señala que para Stendhal la novela es un espejo que se pasea a lo largo de un camino; en general, lo mismo podemos decir que ocurre en el relato de viajes²⁵.

El viaje a Granada y a la Alpujarra en el siglo XIX

Andalucía es, como se sabe, el destino preferido del viajero romántico en España, pero quizá lo es aún más el antiguo reino de Granada, ya que a sus ojos parece encerrar todo el exotismo y pintoresquismo español, además de la “encarnación morisca de romances y leyendas”²⁶. El viajero viene atraído a Granada por su paisaje y su historia. Ya antes de la Reconquista, Granada era conocida más allá de sus fronteras; los autores árabes que la visitan describen su esplendor y belleza. Con la Reconquista, los viajeros vienen en calidad de cronistas a contar los sucesos del momento. Después de la

²⁵ *Ínsula* 535 (1991):18.

²⁶ Cristina Viñes Millet, *Granada en los libros de viaje* (Granada: Ediciones Miguel Sánchez, 1999) 150.

Reconquista comienza a surgir el interés por conocer legendarias bellezas artísticas y naturales de Granada y entre sus visitantes se encontrarían príncipes y magnates como Cosme de Médicis. Con la llegada del siglo XVIII, el viajero erudito se dedica a hacer inventario de sus monumentos y de su arte; gracias a sus relatos, Granada comienza a recuperarse del olvido en que se había sumido. Finalmente, en el siglo XIX, el viajero romántico, provisto de una nueva sensibilidad e imaginación será el encargado de recuperar para la literatura el hechizo oriental granadino cantado por el Romancero y por historiadores como Ginés Pérez de Hita, que el Siglo de las Luces había considerado “bárbaro” por su relación con lo árabe.

No es este el momento ni tampoco es nuestra intención presentar aquí una exhaustiva cuenta de todos, pero sí señalar que fueron muchos los viajeros del siglo XIX, la mayoría románticos ingleses y franceses, que desfilaron por Granada y sus contornos, algunos dejando una huella indeleble de su estancia en primorosos relatos de viaje y en otras obras literarias de tema granadino. Es el caso de *El último Abencerraje* de François René Chateaubriand, que sirvió de modelo a gran parte de la literatura orientalista de tema granadino. Aparte de su famosa obra, deja de su paso por Granada una breve observación y una descripción detallada de la Alhambra, incluida en su obra sobre su viaje por el Mediterráneo: *Itinerario de París a Jerusalén*. Alfred de Musset, en sus *Cuentos de España y de Italia*, también participó de esta visión fantástica y orientalista donde pululan las sultanas y los abencerrajes. Víctor Hugo también centrará su imaginario mundo oriental de sultanes y favoritas en Granada para su obra poética *Orientales*. Prosper Mérimée, con sus *Cartas de España* y *Carmen*, será uno de los mayores difusores de leyendas y de estereotipos que recogerán todos los relatos de viaje

de la época. Estos literatos franceses plasman en sus obras un mundo repleto de sultanas y abencerrajes, de personajes fantásticos y legendarios, estereotipados, propios del orientalismo literario que profesaban. Esta vena orientalista será explotada también por escritores nacionales, desde Martínez de la Rosa al Duque de Rivas, y desde Zorrilla a Fernández y González, entre otros muchos.

De viajero prerromántico se puede denominar al francés Alexandre Laborde, cuyo relato *Viaje pintoresco* se empieza a publicar por entregas en el año 1808. De este libro destacan, particularmente, las ilustraciones, expresión pictórica que continúa la línea iniciada en el Renacimiento, según señala Gil Sanjuán, con la monumental obra *Civitates Orbe Terrarum* -cabe hacer mención de las bellas ilustraciones que el pintor flamenco Joris Hoefnagel pintó para dicha obra durante sus visitas a la región en 1563 y 1567²⁷ y el Barroco, intensificada en el siglo XVIII y que en el siglo XIX alcanzará su esplendor con los ingleses Lewis y Roberts y los franceses Prangey y Doré, entre los más conocidos. Más entrado el siglo, y ya en pleno romanticismo, en 1839, Théophile Gautier visita Granada. Su viaje es el viaje romántico por excelencia. Pintor y literato principalmente, de su estancia en la ciudad da cuenta en su conocido relato *Viaje a España*, donde nos muestra sus conocimientos de arte y su sensibilidad artística, además de gran agudeza de observaciones y profusión de detalles, no siempre acertados pero sí de indiscutible interés, sobre la sociedad, las costumbres y tradiciones locales. Se define como “turista descriptor y daguerrotipo literario”. Su descripción tópica de Andalucía y de Granada, en particular, como “paraíso”, será repetida hasta la saciedad por los viajeros que le siguieron. Aprovechando su estancia en Granada decide hacer una excursión a Sierra

²⁷ J. Gil Sanjuán, estudio preliminar, *La Guerra de los moriscos. Segunda Parte de las Guerras de Granada*, por Ginés Pérez de Hita, ed., Paula Blanchard-Demouge (Granada: Universidad de Granada, 1998) lxxxviii.

Nevada para ascender al pico del Mulhacén. El relato del viaje a España de Gautier es una de las obras maestras de la literatura de viajes del siglo XIX (Viñes, *Granada* 112).

El viaje de Alexandre Dumas a España es posterior en unos años; viaja como cronista de las bodas reales de Isabel II y de su hermana, la infanta Luisa Fernanda. Viene acompañado de varios pintores (Adolphe Desbarolles y Eugène Giraud y Louis Boulanger) y del escritor Auguste Maquet, colaborador en algunas de sus novelas más famosas. Durante su estancia de mes y medio viaja a la busca de aventuras y cosas extraordinarias, según confesión propia, y el paso por Granada es de rigor. A propósito de una excursión al recinto de la Alhambra que describe empleando, como en otras muchas ocasiones, el tópico de Gautier de “paraíso terrenal”, nos presenta un minucioso encuentro con los gitanos; su descripción de la ciudad es esencialmente literaria. Sus experiencias de viajero por España, escritas en forma epistolar, género de gran tradición y el que mejor se adapta para el relato de la experiencia de viaje, las plasmó en su libro *De París a Cádiz*, calificado de “apoteosis del tópico”²⁸. Este libro más que una relación de las costumbres y vida de España, temas que quedan relegados a un segundo plano, es un diario de peripecias y aventuras de viaje que gira en torno a sí mismo.

De las viajeras francesas que visitan España, cabe citar a Joséphine de Brinckmann; alentada por la lectura de los relatos de sus compatriotas quiere experimentar la aventura del viaje romántico. Sin embargo, el motivo de su viaje representa un cambio de sensibilidad del viajero con respecto a la sensibilidad romántica. La autora deja claro que quiere que su relato sea objetivo y útil para futuros viajeros y su pretensión es alejarse de la visión romántica, visión preconcebida de España, a la cual

²⁸ Juan F. Fuentes, prólogo, *De París a Cádiz*, por Alexandre Dumas, Pilar Garí Aguilera, tr., (Madrid: Silex, 1992) 7.

crítica por injusta. El viaje lo realiza entre 1849 y 1850, y en su itinerario incluye preferentemente Granada. En esta ciudad, que le entusiasma, hace un recorrido detallado tanto de los monumentos moros como de los cristianos; también recorre la vega visitando La Zubia y Santa Fe antes de dirigirse a Almería pasando por la Alpujarra. Inevitablemente sale de Granada, como muchos otros románticos han hecho antes que ella, lamentándose “a lo Boabdil” de dejar la ciudad –el conocido y universalizado mito del suspiro del moro llega a nuestros días como lo demuestran el poema *Le fou d’Elsa* del poeta francés Louis Aragon, la novela histórica, *El manuscrito carmesí*, de Antonio Gala y la novela del escritor inglés Salman Rushdie titulada precisamente *The Moor’s Last Sigh*-. En su trayecto por la Alpujarra, que describe con cierto detalle, visita Lanjarón, Órgiva y Ugíjar. En Ugíjar habla de los españoles en los siguientes términos: “insisto en decir y repito, a pesar de los rateros que asolan Andalucía, que el pueblo español es extremadamente bueno y hospitalario; sus instintos son generosos y sus sentimientos elevados.”²⁹; sentimientos también compartidos por otros viajeros. Desde Ugíjar viaja por Berja hasta Adra, antes de llegar a Almería. Sus experiencias viajeras las escribe en género epistolar, en una serie de veintinueve cartas que dirige a su hermano Hughes Delporte y que componen su relato *Paseos por España (1849-1850)*.

De viajeros románticos rezagados o postrománticos, pues viajan a España en la década de los años sesenta, podemos calificar a Charles de Davillier y a su acompañante Gustave Doré, uno de los mejores dibujantes e ilustradores franceses de todos los tiempos. El viaje relatado en *Viaje por España* quiere dejar constancia de unas tradiciones que creen van a desaparecer; mientras que Davillier se fija en la descripción

²⁹ M Luisa. Burguera, ed., tr., *Paseos por España (1849-1850)*, por Joséphine de Brinckmann (Madrid: Cátedra, 2001) 295.

detallada de la ciudad y sus habitantes, Doré se dedica a inmortalizarlos en sus famosos grabados que ilustran el relato de Davillier y que llevarían la imagen de Granada, en particular, y de España, en general, a todos los confines del globo. Davillier, en su relato, intenta apartarse del típico viajero romántico en cuanto a su interés por romper falsas leyendas y estereotipos considerados verdades por sus compatriotas. Después de su recorrido por la ciudad, los viajeros no resisten la tentación de aventurarse por las alturas de Sierra Nevada y las fragosidades de la Alpujarra. A pesar de sus buenas intenciones, aquí su relato peca, a veces, de tópico y de superficial, además de confundir datos que toma de Pérez de Hita. Nos referimos a su relación de la historia del reino granadino, que, siguiendo el procedimiento típico y tópico del viajero a Sierra Nevada o a la Alpujarra, va contándonos al pasar por los lugares donde ocurrieron los distintos sucesos históricos. Especialmente, todos los viajeros que se aventuran a subir a Sierra Nevada o a hacer una excursión a la Alpujarra evocan la leyenda del suspiro del moro al pasar por el famoso viso, como también veremos hacer a Alarcón en 1872 de camino a la Alpujarra. Finalmente, un viajero que podemos calificar de postromántico por la fecha de su viaje y el espíritu de su relato es Héctor France, escritor y periodista que recorrió prácticamente toda España. De su visita a Granada le obsesiona el tema de los gitanos. Su viaje lo plasma en un relato, *España*, de 1888.

Por lo que a viajeros románticos anglosajones se refiere, Washington Irving es el más conocido. Durante su estancia en Granada se hospedó en el recinto de la Alhambra y convivió con todo tipo de personajes pintorescos. Esta experiencia la plasmó en sus *Cuentos de la Alhambra* que fue otra obra clave de la literatura romántica de tema granadino, publicada en 1832. En esta obra Irving nos presenta una visión de conjunto de

la ciudad, mezcla de historia, leyenda y realidad del momento; junto a una descripción casi realista del ambiente granadino, aparecen los personajes estereotipados del aguador, el gitano, el majo, el hidalgo altivo o la lánguida señora del abanico; algunos de estos personajes serían el foco de atención de los grabados de Doré, de las acuarelas y pinturas de los ingleses Lewis, pintor de personajes principalmente, y Roberts, pintor, especialmente, de la Alhambra, y también de los relatos de Gautier y Dumas³⁰. Si Irving se fijaba en todo lo estereotípico y hacía héroes de pordioseros, Richard Ford, posiblemente el viajero inglés más popular, representa un romanticismo más sosegado, y a su interés por el sabor local y por el rasgo pintoresco une una aguda observación de la realidad, un interés por describir la situación económica del momento y por criticar lo que cree lamentable. Ford se trasladó a España con su familia en 1830 y vivió en nuestro país por espacio de casi tres años. Fruto de sus observaciones sobre nuestra tierra son sus famosas obras *Guía para viajeros por España y lectores en casa*, que publicó en Londres en el año 1845, y *Cosas de España*, publicado más tarde. En su *Guía* aporta una interesante visión de la ciudad, sus habitantes y sus monumentos, además de sus impresiones sobre una excursión que hizo a Sierra Nevada en junio de 1831 en compañía de su esposa y del embajador inglés en España, Addington, amigo suyo. Otro famoso inglés y amigo de Ford que pasó por Granada, aunque no deja constancia de su visita, fue George Borrow, o “don Jorgito el inglés”, como se le conocía en Madrid, autor de *La Biblia en España*, que obtuvo un gran éxito en Europa y alentó a muchos viajeros a visitar España.

³⁰ M. Fernández Almagro, *Granada en la literatura romántica* (Madrid: Real Academia de la Lengua, 1951) 24.

De los años 1829 a 1832 visita España el marino y geólogo inglés Samuel Cook. El objetivo de su viaje, según él mismo declara es “rectificar las inexactitudes [...] aparecidas con mucha frecuencia en obras dedicadas a España” (Viñes, *Granada* 81). Durante su estancia recorre extensa y detenidamente el territorio español acumulando una sorprendente abundancia de datos. En su viaje a Granada asciende a Sierra Nevada y visita la Alpujarra, dejando prueba de ello sus descripciones de carácter geológico sobre la formación del terreno tanto de la ciudad como de las sierras del sistema penibético. Otro viajero inglés que, en su visita a Granada, no se olvida de Sierra Nevada es sir Arthur Capell Brooke. Este incansable viajero será de los primeros que incluyan a España en su itinerario de viaje. Su viaje a España (y también a Marruecos) entre 1826 y 1827 se puede calificar de viaje de curiosidad. Durante su estancia en Granada aprovecha para visitar Sierra Nevada y la Alpujarra. Sería el primero de una serie de viajeros que llamaría a Sierra Nevada “los Alpes de Andalucía” (Viñes, *Granada* 66).

De los viajeros ingleses que en su visita a Granada incluyen una excursión a Sierra Nevada o a la Alpujarra es de interés especial el caso de William Clarke, escritor, filólogo y erudito; quizás el viajero más parecido al turista actual. Su viaje es de placer, aprovechando las vacaciones de verano de 1849. Para su viaje había consultado mapas, y en su equipaje no faltaba la *Guía* de Ford. Lo remoto y desconocido de la Alpujarra atrae poderosamente su interés antes del viaje y decide incluirla en su itinerario. Las impresiones y experiencias de su viaje quedan plasmadas en un libro *Gazpacho o los meses estivales en España*, al que el autor no da mucha importancia al describirlo como “una distracción más y un recuerdo de los días vividos”, pero que posee páginas brillantes y curiosas anécdotas (Viñes, *Granada* 126).

Finalmente, por lo que concierne a los ingleses, una viajera, lady Louisa Tenison, merece nuestra atención por lo poco usual que era el viaje de una mujer a Sierra Nevada y a la Alpujarra, a pesar de que en el XIX el viaje femenino comienza a hacerse progresivamente popular y hubo también, según se ha visto, viajeras francesas que visitaron España. Lady Tenison, viaja a nuestro país en busca de un clima más benigno, por motivos principalmente de salud. Permanece en España por espacio de dos años; el relato de su estancia lo tituló *Andalucía y Castilla* y en él dedica a Granada abundantes páginas. Esta viajera viene a España en 1850, cuando el viaje romántico comienza a perder brío. Su primera visita a Granada la realiza en la primavera del año 1851, y también hace varias excursiones a Sierra Nevada y, como todo viajero romántico que se precie, repite todos los tópicos empleados por los que le han precedido en el viaje. En su relato de la excursión a Sierra Nevada no falta el elemento más típico del pintoresquismo andaluz; nos cuenta su encuentro con un grupo de bandoleros, aunque dejando al lector en suspense pues no llega a dejar claro si lo eran o no. También, como hemos visto, trata de la historia del reino granadino, tema-tópico recurrente en todos los viajeros que hacen excursiones a Sierra Nevada y la Alpujarra.

Además de los viajeros anglosajones y franceses, otros viajeros procedentes de distintos lugares de Europa se aventuraron al viaje español. De ellos cabe mencionar al periodista, escritor y diplomático suizo Charles Didier. Éste fue, como muchos otros de su tiempo, un viajero infatigable. Visitó España en el año 1836; fruto de su visita fue el libro *Un año en España*. Lo más destacado de su viaje fue el recorrido que hizo de la Alpujarra y el extenso artículo que le dedicó en la revista *Revue de Deux Mondes* de París en 1845, titulado “Un viaje a la Alpujarra en 1836”; se trata de un importante y denso

relato donde mezcla historia, tradición, leyenda y descripción de la Alpujarra y en el que destaca su visión crítica de la desesperada realidad alpujarreña del primer tercio del siglo XIX. Por la visión realista y crítica de la sociedad española en general, y “por enjuiciar de modo tan objetivo, crítico y exigente, la dramática situación económica, social y cultural de la Alpujarra”³¹, su relato se sitúa a medio camino entre el relato ilustrado y el romántico.

Hacia el año 1872, durante el breve reinado de Amadeo de Saboya, y en el momento en que el concepto de viaje en sí está pasando por un momento de transición, llegaba a la Península un viajero italiano, Edmondo De Amicis, periodista y escritor. Su viaje se encuadra cronológicamente en el viaje postromántico, y puede definirse como viaje de turista, según él mismo se califica en el título de su libro, *España. Diario de viaje de un turista escritor*, colección de sus artículos por entregas que, como corresponsal del periódico *La Nazione* de Florencia, escribió desde España. Su viaje tiene doble fin: por un lado ser testigo ocular de los sucesos españoles, y por otro, recuperar el exotismo español para el público italiano. Es su paso por Andalucía lo que desencadena en el viajero el sentimiento romántico. Su imaginación de lo exótico y la visita a Granada desatan su fascinación de Oriente. Comparte con los románticos la visión poética y magnificada tanto de la ciudad como de la región. Repetirá los consabidos tópicos sobre Andalucía, siguiendo muy de cerca a Gautier, pero al mismo tiempo describe la realidad del subdesarrollo de la región. Su relato aun ofrece una imagen estereotipada de las tradiciones españolas, pero también muestra un conocimiento considerable de la cultura y gran entusiasmo por el arte español. En su relato presenta una visión de conjunto de la

³¹ M. Carrascosa Salas, estudio preliminar. *Un viaje a La Alpujarra en 1836*, por Charles Didier (Granada: Caja General de Ahorros, 1993) 41.

política, y de los partidos políticos en unos momentos turbulentos de la política española, y refleja también la conflictiva situación que vivía España en 1872. Fue un viajero receptivo y positivo ante lo español³².

Finalmente, cabe hacer mención del viaje que concluye, por así decirlo, el siglo, llevado a cabo por un viajero francés fascinado con España y también hastiado de leer fantasías y estereotipos sobre el país; su motivación es acercarse a la realidad española para describirla objetivamente y desacreditar a las guías inútiles que sobre España se habían escrito hasta la saciedad durante el romanticismo. Se trata del ya mencionado Henry Lyonnet, escritor y periodista dedicado esencialmente a la investigación de la historia del teatro. Fue colaborador de la revista francesa *Nouvelle Revue Internationale*, subtitulada *Les Matinées espagnoles*, donde colaboraban muchos escritores españoles, entre ellos doña Emilia Pardo Bazán. Los artículos escritos para esta revista pasarían después a ser capítulos de su obra *La España desconocida*.

En un momento en que el viaje por ferrocarril ha desplazado, desde los años sesenta, al incómodo viaje en diligencia o tartana, él prefiere estos medios de transporte para poder viajar a lugares desconocidos o poco conocidos. Su viaje se centra en aspectos culturales del país, especialmente, la literatura, la historia y la religión. Hizo muchos viajes a España con largas estancias en Cataluña, el País Vasco y Andalucía, pasando ocho días en Granada donde se topa con un gran número de turistas, y es curiosa su observación acerca de los ingleses a los que califica de “excursionistas relámpago” (Piñero 195). De su visita a la Alhambra no quiere contar nada porque ya lo han hecho “maestros del tema”, como Gautier. En el momento de su viaje, la Alhambra ya ha sido

³² I. Romera, ed., tr., *España. Diario de de viaje de un turista escritor*, por Edmondo De Amicis (Madrid: Cátedra, 2000) 36.

restaurada y elevada a la categoría de monumento nacional. Disfruta paseando por las calles de la ciudad y observando todo lo que ve. Resultado de sus pesquisas y experiencias de sus viajes es la colección de artículos, antes mencionados, reunidos en el libro *La España desconocida*, que fue publicado en 1896 en Barcelona (Piñero 26), libro que, en palabras de Piñero, es un “testimonio lúcido” de la diversa España de fin de siglo.

Con el viaje de Henry Lyonnet cerramos el recorrido por los viajeros extranjeros a Granada. Hemos mencionado antes que son innumerables los viajeros que llegan a esta ciudad, atraídos por la aureola de misterio y embrujo oriental de sus monumentos árabes y de su historia. Aquí sólo hemos señalado algunos de los relatos que alcanzaron mayor fama por ser los más valiosos artísticamente o gracias a la personalidad de sus creadores. Para concluir, hemos de recordar que, en general, los viajeros del siglo XIX mezclan en sus impresiones sobre Granada lo pintoresco y tópico con el dato frío o la crítica severa; la mezcla de realidad y ficción es una característica intrínseca del relato de viajes. Sin embargo, y a pesar de los errores y de la particular perspectiva con que estos viajeros nos vieron, sus relatos nos proporcionan una inestimable visión, por ser la única, de lo que fue la Granada del siglo XIX. Además, los viajeros románticos descubrieron Granada para el mundo e hicieron que se prestara atención al lamentable estado de los monumentos árabes (Viñes, *Granada* 181). A partir de la década de los años sesenta, con la progresiva implantación de líneas de ferrocarril y la mejora también paulatina de las infraestructuras, el viaje va cambiando de fisonomía y se va haciendo más corto y más cómodo, hecho que influye definitivamente en la aparición del turismo masivo que explotará en el siglo XX.

Mención aparte merecen los viajeros nacionales que visitan Sierra Nevada y la Alpujarra. En la mayoría de los casos, la motivación viajera va más allá de la moda romántica extranjera de resaltar el tópico de la España de pandereta, aunque muchos literatos nacionales participan de la visión pintoresca de lo español. A este propósito, Cristina Viñes señala en su citado libro que la característica del viaje nacional del XIX es la utilidad, más en línea con el propósito del viaje ilustrado del XVIII que con el motivo curioso del turista, con el sólo afán de conocer. Y opina que el viajero nacional debe tener conocimientos tanto de las costumbres como de las formas de vida y de las instituciones de su propio país. A este respecto, hay que señalar que será la generación del 68, a la que pertenece Alarcón, la encargada de promocionar el viaje nacional con el “afán de reforma, de crítica constructiva y de animosa alabanza”. En esta línea encajan los artículos de viaje sobre la España septentrional que alrededor de los años cuarenta escribiera el leonés Enrique Gil y Carrasco; artículos, en su mayoría dedicados a las comarcas leonesas; en ellos la descripción de edificios y paisajes obedece al impulso de dar a conocer la zona y a conservar el patrimonio artístico³³.

Por lo que a nuestra región concierne, aparte del típico viaje romántico protagonizado por el viajero extranjero, en el siglo XIX existe una tradición de la expedición científica de naturalistas y botánicos a Sierra Nevada y a la Alpujarra que se remonta a Fernández de Navarrete, médico de Felipe II. Este tipo de viaje se continúa con el viaje ilustrado, y serán las excursiones de los valencianos Simón de Rojas Clemente, Antonio Ponz y Antonio José Cavanilles a principios del siglo las que marquen la pauta a seguir tanto a los nacionales como a los extranjeros, entre estos últimos, el conocido

³³ R. Alba, ed., *Artículos de viajes y costumbres*, por Enrique Gil y Carrasco (Madrid: Miraguano, 1999) xvi.

botánico suizo Charles Edmond Boissier, mencionado por lady Tenison en el relato de su paso por la Alpujarra, o el alemán Heinrich M. Willkomm, entre otros. Tras los pasos de estos viajeros y con similar propósito científico, llegarían a la comarca Sebastián Miñano en 1826 y Pascual Madoz, en 1847; del año 1842 es “El viaje por el Valle de Lecrín”, de Aureliano Fernández Guerra, relación publicada en la revista granadina *El Genil* y mencionada por Farinelli en su obra bibliográfica. Por otro lado, y a modo de antecedente del viaje de Alarcón, serían dos anónimos viajeros granadinos, “ansiosos de saciar el apetito de su curiosidad natural”, quienes en 1814 dejarían constancia de su viaje a la comarca en un breve relato titulado “Un viaje a Sierra Nevada en 1814” que apareció en la revista granadina *La Alhambra*. Sin embargo, será Alarcón el primero de los viajeros nacionales que, en un libro de viajes, deje constancia de su excursión, llamémosla turístico-literaria a la “región de las águilas, de las inaccesibles soledades, de las montañas escarpadas y ariscas”, según la poética descripción de Gautier.

Cuando en 1872 Alarcón emprende su excursión por la Alpujarra, el viaje romántico ha sido prácticamente superado. En el momento literario y cultural en que aparece *La Alpujarra*, ya son pocos los viajeros que vienen en busca de aventuras románticas, aunque cierto estereotipo de lo español perdure hasta nuestros días. Los mejores relatos de viaje se escriben antes de la década de los cincuenta; son muy pocos los viajeros, a excepción de Davillier y De Amicis, que, a partir de 1850, producen relatos de un destacado valor literario. El viaje de Alarcón, pues, se puede calificar de viaje postromántico, no sólo en el sentido cronológico de haberlo efectuado en el último tercio del siglo, sino postromántico en el sentido literario de la palabra; *La Alpujarra* es, entre otras cosas que veremos más adelante, un relato romántico rezagado, como

romántico rezagado es su autor, tanto en su visión de la literatura como en su visión de España y en su ideología. El relato de viaje *La Alpujarra* se encuadra dentro de la literatura de viajes de decidida sensibilidad romántica por el tratamiento del paisaje y de la historia, a pesar de que literaria, cultural y socialmente España se encontraba en una nueva realidad y respiraba una nueva sensibilidad.

Unos años después del viaje de Alarcón, concretamente en 1880, hace una excursión a las cumbres de Sierra Nevada un grupo de almerienses, encabezados por Antonio Rubio, un maestro granadino afincado en Almería, personaje conocido en el ambiente cultural local por ser autor de algunas composiciones poéticas y colaborador de los periódicos republicanos madrileños, *La Discusión* y *La Democracia*. El relato de su aventura la plasmó Rubio, en su libro *Del mar al cielo. Crónica de un viaje a Sierra Nevada*, publicado en Almería en 1881. Este relato es un caso curioso por la mezcla de los objetivos utilitarios, como la ávida recogida de datos “científicos” que acumulan los excursionistas sobre la sierra, siguiendo la pauta del viaje nacional, junto a una sensibilidad claramente romántica ante el paisaje y la historia por parte del autor. De hecho, Rubio toma *La Alpujarra* como fuente de inspiración para algunas partes de su relato. En definitiva, este relato refleja las motivaciones típicas del viaje a Sierra Nevada y a la Alpujarra en el siglo XIX, a saber, la curiosidad científica, el afán costumbrista y romántico y el reto a la conquista de la más elevada cumbre de la península³⁴.

El siguiente viaje a la Alpujarra que dé lugar a una crónica del mismo será el realizado por el médico y profesor de la Universidad Central, Federico Olóriz Aguilera en 1894, granadino como Alarcón y Rubio. En su expedición científica a la Alpujarra Alta

³⁴ A. Sánchez Picón, estudio preliminar, *Del mar al cielo. Crónica de un viaje a Sierra Nevada*, por Antonio Rubio (Granada: Caja General de Ahorros y Centro de Estudios Almerienses, 1994) 26.

granadina para el estudio etnográfico-antropológico de sus gentes, hace observaciones de antropología física y folclore; su viaje se relaciona con el tipo de viaje utilitario, científico, de los ilustrados antes mencionados. Por lo tanto, la expedición científica del doctor Olóriz no tiene nada que ver con el viaje de Alarcón; éste entronca con el viaje romántico, es decir, el viaje literario por un lado y turístico por el otro. Podemos añadir también que la excursión de Antonio Rubio está a caballo entre el viaje de Alarcón y la expedición del doctor Olóriz, pues participa de las dos motivaciones del viaje nacional del XIX. No obstante, desde el punto de vista literario, el relato etnográfico-antropológico del doctor Olóriz no puede clasificarse dentro del género literario de viajes, mientras que el relato de Alarcón representa felizmente dicho género literario y es, a decir de sus contemporáneos, el relato de viaje de mayor calidad literaria escrito en el siglo XIX. Finalmente, el relato de Rubio, que no deja de tener cierto valor en cuanto a recopilación de datos interesantes, carece, sin embargo, de mayor mérito desde un punto de vista estrictamente literario.

III. El mito de la Alpujarra. Origen del mito. Trayectoria del mito. El mito de la Alpujarra en *La Alpujarra*

Origen del mito.

El mito de la Alpujarra constituye una parte esencial de la creación del mito de Granada; más ampliamente, del mito de lo andaluz y, en definitiva, de la formación del mito de lo español que culmina en la literatura de viajes y en la literatura orientalista del

siglo XIX. Su mismo nombre invoca leyenda, “rincón misterioso” donde perviven antiguas tradiciones moriscas. En efecto, la Alpujarra conserva aún la aureola de un peculiar espacio geográfico, aislado, protegido por altas montañas, donde persisten viejas costumbres, donde es común percibir algún vestigio de su pasado moro en restos arqueológicos, en el léxico referente al campo semántico de la agricultura y enseres caseros, y muy especialmente, en la toponimia de la comarca, en su mayoría de origen árabe o arabizada³⁵.

El origen del mito de la Alpujarra hunde fundamentalmente sus raíces en la geografía y en la historia de la región. Ambas aparecen intrínsecamente imbricadas en la formación del mito. A estos dos elementos se unirá la literatura, además del factor sociológico y la distorsión de la historia. Así, desde antiguo, poetas, historiadores, dramaturgos y viajeros a Granada ponen su atención en la Alpujarra y Sierra Nevada. De hecho, como se ha apuntado arriba, el mito de la Alpujarra es parte del mito de Granada al igual que lo son el barrio del Albaicín y la Alhambra; son los ámbitos espaciales que constituyen el mismo mito. La Alhambra, como residencia real, representa el esplendor moro; el Albaicín, el mayor enclave urbano de población mora del reino granadino y lugar donde se forjó la conspiración de los moriscos rebeldes; la Alpujarra, señorío y refugio de Boabdil antes del destierro, núcleo central de la rebelión y escenario del último enfrentamiento bélico contra el moro. Y Sierra Nevada, descrita por Washington Irving como:

...la gloriosa cadena de montañas que da a Granada esa combinación de delicias tan raras en las ciudades meridionales: la fresca vegetación y templados aires de un clima

³⁵ José A. González Alcantud, ed., *Actas del Seminario Pensar la Alpujarra*, 9-11 de diciembre de 1994 Granada: Diputación Provincial de Granada, 1996) 37.

septentrional con el vivificante ardor del sol de los trópicos y el claro azul del cielo del Mediodía³⁶.

Situada “entre la ciudad y la Alpujarra, “cercana en la distancia”, es inseparable del ser de la ciudad y de la comarca, razón de su existencia misma, epicentro de esa simbiosis entre montaña y ciudad ya presentida por los historiadores árabes y después cantada por los poetas cristianos. Todos son enclaves representativos de la historia del reino de Granada y fundamentales en la creación del mito.

Trayectoria del mito.

Por lo que al paisaje se refiere, ya antes de la Reconquista los autores árabes que visitaban el reino granadino se referían a sus accidentes geográficos en términos de admiración y asombro, “región de ásperas montañas”, según un cronista árabe, un espacio rural de una remota tierra de Al-Andalus³⁷; conjunción armoniosa entre el medio físico y el hombre que consigue obtener con éxito beneficio del abrupto terreno: “En ella se encuentran muchas nueces, castañas, manzanas y moras [...] Es uno de los países de Dios [más productores de] seda” (cit. en G. Alcantud, *Pensar* 54).

Más tarde, los cronistas de la guerra de Granada, se referirán a la zona como “sierras fragosas” según Mármol Carvajal, y Hurtado de Mendoza habla de “montaña áspera, valles al abismo, sierras al cielo, caminos estrechos, barrancos y derrumbaderos”

³⁶ En Cristina Viñes Millet, estudio preliminar, *Sierra Nevada en los viajeros románticos* (Granada: Caja General de Ahorros, 1992) 47.

³⁷ En Carmen Trillo San José, *La Alpujarra. Historia, arqueología y paisaje. Análisis de un territorio en época medieval* (Granada: Diputación Provincial de Granada, 1992) 124.

(*Guerra de Granada*, 38). En la literatura será cantada por Rufo en *La Austriada* y por Calderón de la Barca en *El Tuzaní de la Alpujarra*:

La Alpujarra (aquesa Sierra
Que al sol la cerviz levanta,
Y que poblada de villas,
Es mar de peñas y plantas)
[...]
Catorce leguas en torno
Tiene, y en catorce leguas
Más de cincuenta añade
La distancia de las quiebras,
Porque entre puntas y puntas
Hay valles que la hermostean,
Campos que la fertilizan
Jardines que la deleitan.
Toda ella está poblada
De villajes y de aldeas,
Tal que cuando el sol se pone,
A los vislumbres que deja,
Parecen riscos nacidos
Cónavos entre las breñas,
que rodaron de la cumbre,
Aunque a la falda no llegan³⁸.

También, los viajeros a la zona después de la Reconquista, como el historiógrafo veneciano Navagiero, admiran su geografía y halagan la comarca. Es el caso del viajero francés François Bertaut quien describe la comarca de la siguiente forma:

Las tierras que están al pie [de Sierra Nevada] son las más fértiles del mundo, y allí es donde crecen gran cantidad de cañas de azúcar. [...] Hay también gran cantidad de naranjos, de granados, de palmeras y de mirtos, lo mismo que toda clase de flores (cit. en Viñes, *Sierra Nevada* 38-39).

³⁸ Valbuena Prat, ed., *Obras Completas. Dramas* t. i, por Pedro Calderón de la Barca (Madrid: Aguilar, 1969) 361. Parte de la descripción de la Alpujarra, en boca del personaje don Juan de Mendoza, con que comienza la segunda jornada del drama morisco calderoniano.

Y, en el siglo XIX, Irving se referirá a los “valles y gargantas de las Alpujarras, a su “vegetación, fertilidad y hermosura de esmeralda” y nos hará el siguiente cuadro de la comarca, evocador del mito:

Estas tierras pueden llamarse con razón la gloria de Granada. Dominan toda la extensión de Andalucía y se divisan desde distintas regiones. El mulatero las saluda, contemplando sus nevados picos, desde la caliginosa superficie del llano; y el marinero español, desde el puente de su barco, lejos, muy lejos. Allá en el seno del azul Mediterráneo, las mira atentamente y piensa melancólico en su gentil Granada, mientras que canta en voz baja algún antiguo romance morisco³⁹.

Por otro lado, el aislamiento secular de los pueblos de la Alpujarra “formados en los repliegues de las sierras, en las faldas de las lomas [donde] no se dejan ver” (G. Alcantud, *Pensar* 206) ha influido para forjar el mito que todavía perdura sobre la Alpujarra como “rincón misterioso”. A este respecto cabe puntualizar cómo el aspecto sociológico queda ligado a la geografía del territorio alpujarreño a la hora de la formación del mito. Ya Mármol, a fines del XVI, al mencionar la división territorial de la Alpujarra en tahas como instrumento para control de la población por parte de los reyes moros, recoge datos que parecen asociar la adversidad del terreno al carácter del nativo de la zona al referir las creencias que los propios moriscos sostenían de los antiguos moradores de la región:

“que por ser las sierras de la Alpujarra fragosas y estar pobladas de gente bárbara, indómita y sobervia, que con dificultad los reyes moros podían averiguarse con ellos, por estar confiados en la aspereza de la sierra, como acaece también en las serranías de África, que están pobladas de beréberes” (*Rebelión y castigo* 209).

Por su parte, Roland Baumann en su artículo “La invención de la Alpujarra” considera que la explicación del mito del nativo alpujarreño como ser levantisco, rebelde,

³⁹ A. Soria, ed., *Cuentos de la Alhambra*, por Washington Irving (Madrid: Alianza Editorial, 2001) 71.

se encuentra en la teoría del ser incivilizado que expone el historiador francés, Fernand Braudel en su obra *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Braudel establece una comparación entre los habitantes pobres y aislados en las sierras del Mediterráneo con los indígenas americanos en cuanto a que, en ambos casos, los nativos son catalogados como incivilizados, paganos no regidos por las leyes de la sociedad; podemos decir que se trata hasta cierto punto del mito del “buen salvaje” o del “primitivo puro”: la naturaleza áspera y hostil contribuye a la situación de aislamiento y por tanto de imposibilidad de civilización de estas gentes. Braudel parte de la *Historia Eclesiástica de Granada* de Bermúdez de Pedraza, quien sostenía que los alpujarreños eran casi paganos. A finales del siglo XVI y principios de siglo XVII, el proceso de conversión de los moriscos del reino de Granada se comparaba a la evangelización del Nuevo Mundo, ya que los habitantes de dichos territorios eran considerados por los evangelizadores como paganos, incivilizados o salvajes. Se identifica al morisco del reino granadino como el pagano ‘local’ frente al pagano del Nuevo Mundo. Como señala Baumann en el mencionado artículo, esta comparación se establecía también con otros pueblos del sur mediterráneo, en concreto, con los habitantes de zonas montañosas del virreinato de Nápoles, también considerados paganos e incivilizados⁴⁰.

A la creación del mito del hombre alpujarreño también contribuye el siglo XVIII; Baumann cita la edición de Titos Martínez, *Sierra Nevada en los viajeros románticos*, donde Cristina Viñes, en el estudio preliminar –ya mencionado– de dicha edición, recoge una reseña anónima fechada en 1765, que considera a los alpujarreños descendientes de

⁴⁰ A este respecto, Barrios Aguilera señala que los jesuitas se instalan en Granada a fines de 1554 con la intención de evangelizar a los moriscos. Al mando de dicha empresa llega el padre Pedro Navarro, “perfecto conocedor de la realidad morisca”. Aun así, el proyecto lo consideran de difícil realización pues perciben a los moriscos “tan moros como antes de que se baptizaran, pues están como unas *bestias*” (la cursiva es mía). *Granada morisca, la convivencia negada* (Granada: Comares, 2002) 310.

los moros y, en cuanto al carácter, los define como “inquietos y agitados”. Poco después, pondrá su granito de arena Voltaire, quien en su diccionario filosófico, además de ignorancia sobre la historia morisca, muestra prejuicios negativos sobre lo español. Así pues, todo lo arriba expuesto contribuye a la formación del mito de la Alpujarra en particular que, como ya apuntamos al principio, es un aspecto del mito de Granada que se recreará hasta la saciedad en el XIX con los viajeros románticos y el orientalismo literario; nuestro Alarcón será también portador del mito orientalista literario que se continuará con el estudio antropológico del doctor Olóriz a finales de siglo y que seguirá su recorrido en el XX en el orientalismo etnográfico de Gerard Brenan, en la fantasiosa etnografía de J. C. Spahni y en la historia social de Caro Baroja (G. Alcantud, *Pensar* 282).

Enlazando con todo lo dicho, hay que añadir que el desconocimiento de una determinada comarca o región debido a sus accidentes geográficos causantes del aislamiento de sus moradores, es caldo de cultivo para la creación de un mito o leyenda. En este aspecto el mito de la Alpujarra se relaciona con el mito que ha rodeado a otras zonas históricamente aisladas del territorio nacional como es el caso de la comarca de las Hurdes, de la leyenda de los pasiegos de Cantabria o la de los vaqueiros de Alzada. El común denominador de estas leyendas es el carácter ‘salvaje’, rústico e ignorante del nativo y el supuesto origen morisco o judío de sus moradores. Este mito se asocia, a su vez, con el prejuicio que empieza a formarse en el siglo XV en torno a los conceptos de raza y clase social. En efecto, a partir de esta época ambas nociones aparecen unidas; es el momento en que el cristiano viejo empieza a discriminar a moros y judíos al despreciar las tareas que estos dos grupos sociales han desempeñado tradicionalmente en la

sociedad. Hacia finales del siglo XVI, serán los cristianos más humildes los que desempeñen los quehaceres abandonados por judíos y moros, tras la definitiva expulsión de estos últimos efectuada entre 1609 y 1614, heredando así los mismos prejuicios racistas que habían sufrido los moros y los judíos antes de la expulsión (G. Alcantud, *Pensar* 93).

A este prejuicio hay que agregar el extendido mito del alpujarreño como descendiente del morisco. Para entender la conexión entre ambos prejuicios es preciso revisar el proceso de repoblación de la comarca tras la guerra de Granada para encontrar las claves de la formación del mito. Este aspecto es una parte esencial de la historia misma de la Alpujarra, por lo cual viene al caso hacer un breve recorrido por la historia de la comarca, por ser la historia, según se ha dicho, otro componente de la creación del mito. La historia de la región comienza a ser conocida al final de la Reconquista con caída del reino de Granada. En efecto, como zona montañosa eminentemente rural era desconocida para los castellanos; apenas se menciona en las crónicas cristianas. En el año 1487 aparece por primera vez en relación con los tratados de la guerra de Granada, y en el año 1489 dentro del marco de las capitulaciones como región otorgada en señorío a Boabdil (Trillo, *La Alpujarra* 41). La Alpujarra será el lugar de residencia del vencido Boabdil, hasta su compra por los Reyes Católicos en 1493, fecha del destierro africano del rey moro. Al desconocimiento de la comarca contribuyó el hecho de no haber sido zona conquistada por los cristianos hasta la rebelión de los moriscos. Por esta razón, su población era mayoritariamente mudéjar, con la excepción de los lugares estratégicos donde se crearon señoríos para tomar control de la región.

La sublevación de 1500 trae como consecuencia inmediata la ruptura de las capitulaciones de 1491 y la pérdida del estatus mudéjar, además de la adopción de nuevas capitulaciones y de las subsiguientes conversiones forzosas. La historia de la Alpujarra irá adquiriendo progresivamente mayor relieve durante los setenta difíciles años de convivencia entre moriscos y cristianos culminando en el momento crucial de la rebelión de aquellos, de 1568 a 1570, años en que la Alpujarra alcanza, como el “último baluarte de los moros,” un destacado protagonismo en la historia del ya entonces inexistente reino de Granada. En el espacio de tiempo que va de 1500 a 1568, se van deteriorando las relaciones entre ambas comunidades; al morisco se le considera “cripto-musulmán” y es objeto de disposiciones cada vez más represivas hasta provocar el estallido de la rebelión morisca en la navidad de 1568. Los dos años que duró la contienda fueron testigo de una feroz y bárbara confrontación de “odios irracionales” acumulados durante muchos años de problemática convivencia (G. Alcantud, *Pensar* 24).

Consecuencia inmediata de la victoria de las tropas castellanas será la expulsión sistemática de los moriscos del antiguo reino granadino, incluyendo la Alpujarra, y su repartimiento por diversas zonas del territorio nacional. Considerando que la Alpujarra estaba habitada mayormente por mudéjares debido a la circunstancia histórica de no haber sido territorio conquistado durante la Reconquista, según se ha mencionado, la expulsión ocasionó un vacío territorial casi general, catalogado por Villegas Molina de “cataclismo demográfico” (cit. en Barrios Aguilera 425). A este problema intentó poner solución Felipe II en el año 1571 ordenando la pronta repoblación de las “Alpujarras, Sierras y Marinas” por considerarlas zona abrupta y fronteriza expuesta al peligro de la

piratería musulmana, al asalto de monfíes y de una variada gama de manifestaciones marginales, imposibles de eliminar con la expulsión morisca.

Mucho se ha escrito sobre la segunda repoblación del reino granadino, llevada a cabo tras la derrota de los moriscos en 1570. Este complejo proceso, comenzado en 1571, y continuado a lo largo de las décadas siguientes, ha dado lugar a la creación del mito sobre el origen de los repobladores de la Alpujarra. Siguiendo los datos aportados por Barrios Aguilera, los moriscos expulsados y repartidos por otros territorios de la Corona, tras la guerra de Granada, fueron suplantados por repobladores cristianos oriundos en un 34% de Andalucía Occidental, en un 25% de Castilla-La Mancha, en un 8% del reino de Valencia, en un 5% por ciento del reino de Murcia, y en otro 5% de Galicia. Además, añade que en todo el territorio del antiguo reino granadino sólo quedó un 10% de población morisca, contado aquellos moriscos que permanecieron con permiso especial, los que consiguieron de algún modo eludir la expulsión y aquellos que regresaron secretamente desafiando las prohibiciones, poniendo en peligro sus vidas pues, en su mayoría, los moriscos que permanecieron en el reino vivían en circunstancias adversas, entre la marginación y la clandestinidad (443).

Por otro lado, el carácter de auténtica frontera que constituía la región en la época de la repoblación obstaculizó la adaptación de los nuevos pobladores. Éstos tenían que servir de dique de contención del peligro musulmán de corsarios turcos y berberiscos; además, tropezaron con los grandes inconvenientes de una comarca devastada por la guerra, carente de las más básicas infraestructuras, como el sistema de regadío, los molinos, o la tala de los árboles, todo destruido durante el conflicto; estos factores, unidos al desconocimiento de los repobladores del tipo de agricultura propio de la zona

que constituía un serio impedimento para la recuperación de la agricultura local, y, finalmente, el impuesto que de ellos exigía la Corona, dieron como resultado el fracaso de la difícil tarea que se les había encomendado, con el consecuente deterioro económico de los repobladores, que cayeron en una situación de marginación y subdesarrollo, circunstancias que dieron lugar a la creación de prejuicios negativos contra ellos, como anteriormente había sufrido la población morisca, prejuicios que son el fundamento de la extendida identificación de los nuevos pobladores con los moriscos.

Efectivamente, Sebastián Miñano, en su *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal*, de 1826 señala que los habitantes de la Alpujarra eran descendientes de los moriscos que quedaron rezagados en la comarca, opinión que recoge Julio Caro Baroja en su conocido estudio de 1957 sobre el problema de los moriscos, *Los moriscos del reino de Granada. Ensayo de historia social*, donde señala que, a pesar de la general opinión de los historiadores, existía a principios del XIX “la tradición de que en algunos pueblos alpujarreños, como Ugíjar, quedaban familias de reconocido linaje morisco” (214). Así, unidos todos estos prejuicios, cuando en el XIX algún viajero se arriesga a aventurarse por la deprimida y abandonada Alpujarra, “atraído por el halo de misterio, lejanía y bravura que ha rodeado siempre” a la comarca, verá en sus gentes a “beduinos”, a salvajes capaces de cualquier barbaridad⁴¹.

Podemos concluir diciendo que el mito se fundamenta en todos los factores señalados arriba, amén de los visibles vestigios moros de la Alpujarra mencionados al principio. Así, la historia y la geografía se unirán para crear el mito. Más aún, a estos factores se unirá la literatura y la distorsión de la historia, dando como resultado la

⁴¹ Miguel Carrascosa Salas, estudio preliminar, *Un viaje a la Alpujarra en 1836*, por Charles Didier (Granada: Caja General de Ahorros, 1993) 32.

situación señalada por Caro Baroja: "...unidos los datos históricos más vulgarizados y las impresiones visuales de nacionales y extranjeros,... se creará el mito morisco, con gran difusión, que alcanzó a las masas populares y que en el XIX se interfirió en las discusiones políticas y de otra índole" (221). En efecto, el tema morisco continuará siendo de interés tanto para investigadores como para literatos y políticos como tema clave para la interpretación de la Historia de España (Gil Sanjuán lxi).

Aparte del complicado fenómeno histórico de la repoblación de la Alpujarra, la historia de la región se caracteriza por la falta de historia. Es decir, siguiendo a Baumann, podemos decir que la Alpujarra responde al modelo histórico según el cual la falta de historia de un grupo humano aislado de la civilización es precisamente su historia (G. Alcantud, *Pensar* 92). Así, después de concluido el proceso de la repoblación, la comarca cae en el olvido y negligencia de los gobernantes, y será la literatura la disciplina que asuma el papel de rescatarla, como parte integral del mito morisco, convirtiéndola en tema literario, es decir elevándola, partiendo de su historia y de su situación geográfica, a mito legendario. Aquí es preciso puntualizar la necesidad de rastrear el mito morisco en la historia y en la literatura simultáneamente porque partimos de la consideración de que ambas disciplinas son "interdependientes y complementarias entre sí" (Gil Sanjuán lxxxvi). Así, el mito en la literatura aparecerá ligado a la trayectoria de la historiografía sobre el morisco; el mito será exaltado en la abundante producción literaria de tema morisco del siglo de Oro; en el siglo XVIII, el tema se seguirá cultivando en este siglo pero sin llegar a la proliferación e importancia que tuvo en el siglo XVII; en el siglo XIX, con el romanticismo, el tema morisco en sus diversos aspectos alcanzará una gran vitalidad en el relato de viajes y en la literatura orientalista.

El mito de la Alpujarra, según se ha dicho, es un aspecto del mito de Granada por lo que, en principio, resulta tarea difícil el intento de delimitar el espacio exclusivo del mito de la Alpujarra dentro del mito de Granada. Sin embargo hay que tener en cuenta dos nuevos factores históricos, que entran en acción a la hora de elaborar mitos sobre la comarca; por un lado, la abolición del estatus mudéjar y la consecuente aparición del morisco, y, más tarde, la sublevación del morisco, por lo que el mito de Granada, en cuanto a la comarca alpujarreña se refiere, adquiere un nuevo componente o matiz al cambiar las circunstancias históricas de la región.

Aclarado este punto, conviene comenzar apuntando la trayectoria del mito de Granada en la literatura desde antes de la guerra de la Alpujarra. A este respecto, Carrasco Urgoiti señala el origen primero de éste en los romances fronterizos: “Con la contemplación complaciente de la vida y hábitos de los moros [...] nace una forma española de exotismo que no conduce a regiones remotas, sino al pasado, un pasado que, al iniciarse esta tendencia artística, era un presente a punto de desaparecer”⁴². El romance morisco será, en el siglo de Oro, el heredero de la exaltación del moro, y nace como consecuencia de unas circunstancias históricas distintas y respondiendo a tendencias artísticas diferentes también. En el romance morisco, surgido de “una convención artística que utiliza el elemento anecdótico” como base de “prolijas descripciones y matizados sentimientos amorosos y cortesanos”, no se percibe ni la tolerancia ni el carácter épico del romance fronterizo. Por otro lado, Carrasco Urgoiti señala que el tema del reto del moro se desarrolló entre 1570 y 1580, y, curiosamente, será Granada, en la época inmediatamente posterior a la expulsión del morisco, el lugar donde se publique el mayor número de composiciones romancescas sobre el tema, romances que adquirirán

⁴² *El moro de Granada en la literatura* (Granada: Universidad de Granada, 1989) 61.

una gran difusión gracias a la literatura de cordel, peculiar circunstancia que evidencia la fascinación del cristiano viejo por la cultura y modos de vida del morisco vencido, y que dará como resultado una abundante cultivo del romance morisco en el siglo XVII (Carrasco 242).

Por lo que a las crónicas de la guerra de la Alpujarra se refiere, las obras de los tres cronistas de la rebelión de los moriscos contribuirán en gran medida al conocimiento de la comarca y a crear el mito sobre la misma y sobre el morisco vencido. La primera historia que se dio a conocer fue *La Guerra de Granada* de Hurtado de Mendoza, que circuló ampliamente en forma manuscrita desde 1577, aunque no se publicó hasta 1627. Es una historia concisa, sintética de los acontecimientos de la guerra donde se inspiró Juan Rufo para componer *La Austriada*, poema épico de alabanza a don Juan de Austria que narra la guerra de la Alpujarra, enfatizando la intervención de éste y concluye con un canto a la victoria de Lepanto; esta obra, a su vez, fue utilizada por Pérez de Hita como fuente de inspiración; la historia de Mármol Carvajal, titulada *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del reyno de Granada*, fue publicada en Málaga en 1600. Es una detallada y completa relación de los hechos históricos; y la obra de Ginés Pérez de Hita *Las guerras civiles de Granada*, fue publicada en 1595 la Primera Parte y en 1598 la Segunda Parte. La Primera Parte de la obra de Pérez de Hita *Las guerras civiles de Granada*, titulada *Historia de los bandos de los Zegríes y Abencerrajes*, es considerada por Menéndez Pelayo como la primera novela histórica, "muy leída y admirada en toda Europa" y esencial en cuanto al origen del mito del moro granadino, la Segunda Parte de *Las guerras civiles de Granada*, titulada *La guerra de los moriscos*, es la "historia novelada" de la rebelión de los moriscos, según el gran erudito del XIX (Gil Sanjuán x).

Estas tres crónicas de la campaña contra la represión de los moriscos de la Alpujarra serán fundamentales tanto para la historia como para la literatura sobre el reino de Granada.

Según se ha señalado anteriormente, el interés por lo morisco surge de un complicado fenómeno de atracción y rechazo hacia el morisco; el hecho de que *El Abencerraje*, la primera novela morisca, surja precisamente a mediados del conflictivo siglo XVI, cuando la convivencia entre las comunidades morisca y cristiana estaba llegando a su mayor deterioro, pudiera considerarse rasgo sintomático de una situación de profunda inquietud en la sociedad de la época. También el hecho de que tanto el personaje cristiano Narváez como el moro Abindarráez exhiben “una conducta ejemplar entre contrarios” y dan “una bella lección de tolerancia” apunta una intención conciliadora por parte del anónimo autor (Carrasco 62). El personaje del “gallardo jinete granadino que cabalga cantando sus amores” dará la vuelta al mundo envuelto en la aureola mítica de un mundo condenado a la extinción. Al margen de los romances moriscos, serán *El Abencerraje* y *Las guerras civiles de Granada*, las obras esenciales para el desarrollo del mito morisco, a decir de Carrasco Urgoiti, del reflejo idealizado de los últimos musulmanes españoles (11).

La obra de Pérez de Hita muestra una clara ‘maurofilia’ y es clave, junto con *El Abencerraje* y los romances moriscos, en el desarrollo y gran proliferación del llamado género morisco en el Siglo de Oro. Concretamente, la rebelión de los moriscos se eleva a tema literario a partir de la obra de Pérez de Hita; así, Calderón de la Barca se inspiró en la obra del murciano para su drama *El Tuzaní de la Alpujarra*, cuyo tema trata de los moriscos sublevados como también trata su comedia *La niña de Gómez Arias*. *El*

Abencerraje tiene influencia en la novela morisca granadina *Historia de los dos enamorados Ozmín y Daraja* que Mateo Alemán incluye en su *Guzmán de Alfarache*; y la historia del cautivo insertada en el *Quijote* parece tener influencia de estas obras. Cervantes trata específicamente el tema del morisco en el *Coloquio de los perros* y en la segunda parte del *Quijote* con el morisco Ricote vecino de Sancho; Lope de Vega cultiva ampliamente el género morisco en composiciones poéticas y en sus comedias de moros y cristianos; baste sólo nombrar lo más sobresaliente de género morisco en el siglo XVII⁴³. Por lo que concierne a la historia, en el siglo XVII se seguirán escribiendo obras históricas sobre los moriscos; de dicho tema trata la *Historia eclesiástica de Granada* de Bermúdez de Pedraza. También se centran de la historia morisca la *Historia eclesiástica* de Antolínez de Burgos y los *Anales de Granada* de Enríquez de la Jonquera (Carrasco 65).

En el siglo XVIII el problema morisco fue debatido por “algunos hombres de cabeza clara”, como Campomanes o Jovellanos (Caro Baroja 223). En cuanto a la literatura, el tema morisco no dejó de cultivarse, pero, sin el relieve alcanzado en el Siglo de Oro. Sin embargo, según señala Carrasco, la obra de Pérez de Hita, ya conocida desde el siglo XVII, fue admirada “en los salones literarios de la Ilustración francesa”, y hacia finales de siglo El Abencerraje será, en parte, fuente de inspiración de la famosa novela de Florian *Don Gonzalo de Córdoba*, de 1791. Esta obra constituye el lazo de unión entre cultivo del tema morisco en el siglo XVII y su florecimiento en el XIX, y ejerció gran influencia en el cultivo nacional del tema morisco. A este propósito cabe señalar que el tema del moro adquiere en Francia en los siglos XVII y XVIII unas nuevas

⁴³ S. Carrasco Urgoiti, F. López Estrada y F. Carrasco, *La novela española en el siglo XVI* (Madrid: Iberoamericana, 2001) 75, 78 y 79.

características, un nuevo tipo de exotismo que será después ‘importado’ y cultivado por los literatos nacionales, como Meléndez Valdés, Alberto Lista, Martínez de la Rosa, el duque de Rivas y Zorrilla, para nombrar los más destacados. La novela de Florian fue traducida del francés a instancias de Cienfuegos, el más destacado impulsador del tema morisco en el XVIII, quien se inspiró en dicha novela francesa para su drama *Zoraida* de 1798, pieza teatral de estructura clásica pero de espíritu prerromántico.

En cuanto a la lírica de tema morisco en el siglo XVIII, Carrasco opina que ésta se puede considerar el puente de unión entre la gran proliferación del romance morisco del Siglo de Oro y la no menos importante producción de “orientales, romances y leyendas” que surgirán con el romanticismo. Meléndez Valdés cultivó el género morisco en “Doña Elvira”, serie de romances que anuncia la leyenda romántica. Aunque sin alcanzar la importancia que tuvo en el Siglo de Oro, se seguirá cultivando el tema morisco tanto en la lírica popular y clásica como en la comedia y en la tragedia al estilo clásico. Finalmente, por lo que se refiere a obras de carácter histórico, la obra *Los paseos por Granada y sus contornos* del padre Juan Echeverría, publicada periódicamente desde 1764, inicia una corriente de guías de Granada que se extiende hasta el presente, donde convive la descripción objetiva con la relación de tradiciones y leyendas. Se trata de una obra en consonancia con el espíritu ilustrado del siglo, en parte, y por otro lado, es una obra de transición que anuncia el romanticismo. Los *Nuevos paseos* de Simón de Argote, ya en el XIX, continuará la línea iniciada por Echeverría que será cultivada también por Lafuente Alcántara en su *Historia de Granada* y su *Libro del viajero en Granada*, y el *Manual del artista y del viajero en Granada* de Jiménez Serrano, obras éstas que contribuyeron a la difusión de las leyendas de tema granadino en el XIX.

Será el XIX el siglo que marque un nuevo hito en el tratamiento del tema morisco. Por una parte la abundante y polémica historiografía nacional se centrará en el problema del morisco⁴⁴, particularmente de la expulsión y sus consecuencias; y por otra parte, el género morisco será especial foco de atención de la literatura tanto nacional como extranjera. En efecto, son muchos los historiadores nacionales que escriben sobre el problema morisco, partiendo de dos posturas básicamente encontradas según el carácter liberal o conservador del historiador. De un lado se encuentran los trabajos de Cánovas del Castillo, Meléndez Pelayo, o Boronat entre otros, representativos de una postura positivista-conservadora apologista de la ideología del poder oficial establecido, de los poderes civil y eclesiástico del siglo XVI; y del lado progresista Janer, Llorente, especialmente Lafuente Alcántara con su *Historia de Granada* de 1840, y sobre todo, Modesto Lafuente, con su monumental *Historia General de España* de 1850, entre otros representantes de la corriente romántico-liberal (Gil Sanjuán lxi).

Una característica del tratamiento del tema morisco por los literatos nacionales en el siglo XIX es precisamente el enfoque en el tema de la rebelión de los moriscos de la Alpujarra, tema que por sus características trágicas ofrecía, según Carrasco, amplias posibilidades de adaptación al romanticismo. Tanto en la lírica como en el relato breve como en la novela histórica como en el drama, el tema morisco es ampliamente cultivado a lo largo de todo el siglo XIX, y, concretamente, el morisco de la Alpujarra adquiere una presencia importante en el romanticismo español. De la abundante producción de tema morisco del siglo XIX en España merece la pena destacar a varios literatos, unos, por el valor y trascendencia de su producción y otros por el hecho de tratar concretamente el

⁴⁴ Para mayor información sobre la historiografía del tema, véase el estudio bibliográfico de Manuel Barrios Aguilera, *Moriscos y repoblación en las postrimerías de la Granada islámica* (Granada: Diputación Provincial de Granada, 1993).

tema del morisco vencido, de la Alpujarra. En efecto, es el tema elegido por Martínez de la Rosa para su drama histórico *Aben Humeya* de 1832, cuyo tema es la rebelión de los moriscos y cuya acción se sitúa en Cádiar, población alpujarreña asociada a la historia del héroe del drama. Es su mejor producción dramática. Aparte de este drama romántico, compuso Morayma, tragedia de corte neoclásico de 1818. El tema no gira en torno al morisco de la Alpujarra sino que está inspirado en la *Primera Parte* de la obra de Pérez de Hita. También escribió una novela histórica de tema morisco, *Doña Isabel de Solís*, que más parece biografía novelada, sobre la segunda esposa del rey moro Muley Hacén. También, cultivador de poesía, Martínez de la Rosa incluyó en su drama *Aben-Humeya* un romance en el que se identifica con el moro expresando sus propios “sentimientos de desterrado” (Carrasco 210).

Como cultivador del género morisco, el duque de Rivas compuso en 1816 una tragedia de tema morisco, *Aliatar*, una de sus obras de juventud que conserva el sello netamente neoclásico de inspiración francesa. En pleno romanticismo compone *El moro expósito*, de 1834, largo poema de asunto histórico medieval -basado en la leyenda épica de los Siete Infantes de Lara y la venganza de Mudarra- donde muestra los rasgos pintorescos y sentimentales y de galantería propios del género morisco.⁴⁵ También trató el tema del morisco, aunque no del granadino sino del valenciano, en su drama *La morisca de Alajuar* de 1841, cuyo tema versa sobre los amores de un caballero de Calatrava y una morisca valenciana.

El máximo representante del romanticismo español y gran cultivador del tema de Granada será José Zorrilla, quien se autoproclamó cantor de Granada y árabe granadino.

⁴⁵ Alberto Sánchez, ed., *Don Álvaro o la fuerza del sino*, por el duque de Rivas (Madrid: Cátedra, 1995) 23-24.

Paladín de lo español según expresa en su conocido verso “Cristiano y español, mi patria canto”; fue continuador de la gran tradición del Siglo de Oro, al mismo tiempo que introductor de la sensibilidad romántica extranjera representada en la corriente sensual y orientalista del romanticismo. Su mundo exótico oriental lo halló en la historia de Granada; fue coronado poeta nacional en el palacio de Carlos V, en el recinto de la Alhambra y permaneció asociado a Granada literariamente toda su vida⁴⁶. En su obra se combinan la tendencia orientalista romántica europea y la corriente española del género morisco. Compuso varios volúmenes de poesía donde incluye orientales como “Dueña de la negra toca” o “de los Gomeles” por inspiración de *Les Orientales* de Victor Hugo (1829). Su esperado poema de Granada del mismo título, que compuso de 1845 a 1852, pretendía ser su obra maestra, pero se quedó en el intento; el tema central gira en torno a la conquista del reino de Granada, pero también intercala otros asuntos como la leyenda de Alhamar, fundador de la dinastía nazarí; como referencia histórica utilizó la *Historia de Granada* de Lafuente Alcántara, pero su mayor inspiración es una vez más la obra de Victor Hugo. Zorrilla es considerado el mayor poeta orientalista del romanticismo español, y ejerció gran influencia en la literatura de la segunda mitad del XIX en cuanto al predominio del elemento descriptivo y lo popular sobre lo histórico o legendario. El poeta vallisoletano repitió *ad nauseam* los tópicos y recursos de estilo empleados en sus orientales y en el poema de Granada. En cuanto a sus leyendas de tema morisco, la primera, titulada “La sorpresa de Zahara, romance de 1841”, es considerada la primera leyenda del romanticismo español. Se caracteriza por su verismo histórico sacado de la *Crónica de la conquista de Granada* de Washington Irving especialmente, de la *Historia*

⁴⁶ J. A. González Alcantud y A. Malpica Cuello, eds., *Pensar la Alhambra* (Barcelona: Anthropos; Granada: Diputación Provincial. Centro de Investigaciones Etnológicas Ángel Ganivet, 2001) 292.

de España del padre Mariana y de la *Historia de la dominación de los árabes* de Conde. Para terminar, cabe señalar que Zorrilla fue gran admirador del tema de Granada en su versión romántica orientalista. Sin embargo no trató el tema del morisco granadino como sí hicieron algunos románticos y costumbristas del XIX.

Es el caso de Estébanez Calderón, original renovador del género morisco, que escribió un breve relato, *Cristianos y moros*, de 1838, sobre los moriscos de la Alpujarra. Su historia se centra en el periodo de convivencia difícil entre moros y cristianos, fijándose en incidentes y fricciones entre las dos comunidades, señalando la intolerancia de los cristianos y el odio de los moros. Es un relato inspirado en el género morisco del Siglo de Oro; la acción no se sitúa exactamente en la comarca alpujarreña sino en la serranía de Ronda. En poesía de tema granadino destaca su soneto, "Al Alhambra", meditación del paso del tiempo ante las ruinas del monumento árabe; en sus "Letrillas moriscas" muestra su espíritu romántico en la nota de sensualidad y orientalismo que imprime a su poesía (Carrasco 297).

Trueba y Cossío, en su destierro de Londres, escribió en inglés la novela morisca *The Moors of the Alpujarras* o *Gómez Arias*, de 1828. Fue el iniciador, junto a Martínez de la Rosa, de la novela y drama románticos. Ambos tienen en común, además, el haber escrito sus obras en inglés en el exilio y el tratar de la rebelión de los moriscos de la Alpujarra. Su relato breve, *The Mountain King*, hace una idealización de Aben Humeya; este relato pertenece a la serie de breves relatos titulada *The Romance of History. Spain* o *La España romántica* que trata del tema de la Reconquista y son de carácter verídico en su mayoría (Carrasco 306).

Manuel Fernández y González fue uno de los más prolíficos cultivadores del tema morisco, muy conocido en su época, pero su obra no ha resistido el paso del tiempo, como ha ocurrido con la mayoría de la novela histórica del XIX, que no dio obras importantes hasta los *Episodios nacionales* de Galdós. El autor granadino escribió una novela de aventuras titulada *La mancha de sangre*. El relato se sitúa en el siglo XVI y contiene una evocación al morisco alpujarreño. También escribió una serie de *Tradiciones granadinas* muy en boga en la época, donde se percibe la influencia de Washington Irving en el uso de alegorías y elementos fantásticos. Su mediocre drama *Traición con traición se paga*, compuesto en 1847, se centra en la historia del “reyecillo” morisco y la traición de Aben Abó. El tema del morisco aparece también en sus novelas *Martín Gil*, de 1850-1851, que trata de la búsqueda del tesoro de Boabdil escondido en la Alpujarra, y *Los monfíes de la Alpujarra*, de 1856, cuyo tema se centra en los históricos monfíes de la Alpujarra. Ambas novelas están inspiradas en la crónica de Hurtado de Mendoza, pero carecen de verismo (Carrasco 302).

El también escritor granadino Castro y Orozco trató el tema del morisco en algunas de sus obras, especialmente en un drama de tema histórico titulado *Fray Luis de León o el siglo y el claustro*, compuesto en 1837. El tema se centra en la agitación provocada en Granada por la rebelión de los moriscos. Fue autor también del poema histórico *Profecía morisca* basado en la crónica de Mármol. Finalmente, el crítico granadino, don Manuel Cañete, asiduo colaborador de la revista *La Alhambra*, compuso en 1845 un mediocre drama histórico titulado *Un rebato en Granada*, cuyo tema se centra en el intento de sublevación del Albaicín en la navidad de 1568. Para su obra, se inspiró en los tres cronistas de la rebelión de los moriscos.

En pleno romanticismo las revistas granadinas *La Alhambra*, *El Genil*, *La Tarántula*, *El Artista*, y *El Abencerraje*, así como las madrileñas *El Semanario Pintoresco Español*, *El Panorama* o *El Siglo XIX* tuvieron un papel importante en la difusión de poemas, relatos breves y tradiciones de tema granadino, como es el caso del relato corto *El serrano de las Alpujarras* del escritor nacido en Alicante G. W. Montgomery; su cuento es una adaptación a lo morisco de un cuento humorístico de W. Irving. En la revista *El Siglo XIX* apareció en 1837 un cuento histórico titulado *Mohamet el Bermejo*; en 1839 se publica en *La Alhambra* un “Cuento morisco” del granadino Agustín Salido (Carrasco 312); y en *El Semanario Pintoresco Español* aparece un cuento de Gil y Carrasco, *El lago de Carucedo*, con relieve histórico (Alba xii).

Las leyendas y tradiciones granadinas también reciben su acogida en las revistas románticas, y son de destacar varios autores locales que escribieron leyendas sobre Granada; Luis de Montes fue el iniciador de la moda, publicando en *La Alhambra* sus inspiraciones; se trata de leyendas y tradiciones, unas históricas, otras basadas en la obra de Pérez de Hita o en romances moriscos y otras tomadas de la tradición oral del pueblo. A este respecto cabe añadir el papel desempeñado especialmente por los arrieros del siglo XIX en perpetuar mitos y leyendas sobre la Alpujarra, donde “no hay peñasco, ni tajos ni chorreras que no tengan una leyenda o verídica historia de guerra o de amor” (G. Alcántud, *Pensar* 196). Serán pues, los arrieros, en su diario trajín comercial por los solitarios y difíciles caminos de la Alpujarra, y entre la comarca alpujarreña y sus circundantes, los máximos responsables de perpetuar los mitos y leyendas sobre la comarca.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, y hasta el final del siglo, las tendencias de carácter romántico pervivirán con el nuevo espíritu realista, y el tema morisco seguirá siendo cultivado, aunque en la mayoría de los casos sin especial fuerza ni originalidad, por escritores secundarios. Así, por ejemplo, el drama de tema morisco entra en franca decadencia y sólo merece destacarse *El alcalde de Antequera*, 1858 de Francisco Botella y Andrés, inspirado en *El Abencerraje*. El granadino Manuel del Palacio, miembro de la *Cuerda granadina* y amigo de Alarcón⁴⁷, compuso un drama, hoy perdido, titulado *Los moriscos de la Alpujarra*; y Benito Pérez Galdós compuso en 1868 una obra teatral –hoy perdida– titulada *La expulsión de los moriscos*. En réplica a la mediocridad y horrores que los dramas de tema morisco ofrecían en la época, Don Juan Valera compuso, en son de mofa, *Estragos de amor y celos*, farsa humorística de enredo amoroso entre moros y cristianos (Carrasco 421).

No obstante, a mediados de siglo, dentro del tema morisco aparecen dos tendencias: por un lado, con el desarrollo de estudios eruditos por parte de los escritores arabistas, surge la novela histórica de carácter ilustrado, cultivada especialmente por tres importantes arabistas, y por otro lado, los estudios del folclore dan lugar al cultivo de las tradiciones. Francisco Javier Simonet, Rodrigo Amador de los Ríos y Leopoldo Eguilaz y Yanguas son los tres arabistas más destacados en el cultivo de novela histórica morisca cuyas obras tienen en común el compartir fuentes históricas árabes y una abundante información histórica. Estos eruditos pretenden dar a conocer aspectos y épocas poco conocidos de la historia de Granada.

Por lo que se refiere al cultivo de tradiciones de tema granadino, Carrasco señala que fue tendencia muy cultivada en la segunda mitad del XIX. Generalmente, las

⁴⁷ Véase p. 3.

tradiciones aparecen en revistas y a veces recopiladas en volúmenes, como el preparado por el editor granadino José Zamora, *Tradiciones granadinas*, que recoge tradiciones aparecidas tanto en revistas de Granada como de Madrid. El erudito granadino Francisco de Paula Villa Real se propuso reunir en *El libro de las tradiciones de Granada* todas las tradiciones sobre la ciudad. También es digno de mención el costumbrista granadino Antonio Joaquín Afán de Ribera, quien recogió gran cantidad de leyendas en tres volúmenes titulados *Las noches del Albaicín*, 1885, *Los días del Albaicín*, 1886, y *Leyendas y tradiciones granadinas*, 1887. Este escritor granadino es considerado el lazo de unión entre los escritores de la *Cuerda granadina* de Alarcón y los componentes de la *Cofradía del Avellano* de Ángel Ganivet (Carrasco 431). Fue precisamente este grupo de escritores de la generación de Ganivet quienes, a finales de XIX, dan un vigoroso impulso a la literatura local. Sin embargo, su interés se centra en “ahondar en el complejo carácter” de Granada, por lo que el género morisco no tiene cabida en su nueva forma de afrontar el tema granadino. Las pocas obras que se escriben sobre Granada tratan de “iluminar facetas olvidadas” sobre la misma y de rectificar tópicos abusados por el romanticismo orientalista; es el caso de *El libro de Granada*, una colaboración entre Ganivet, Ruiz de Almodóvar, López y Méndez Vellido, y *Granada la bella* de Ganivet. Con la llegada de la generación del 98, cuyo espíritu deambulaba por derroteros muy diferentes, el mito será peyorativamente considerado en boca de Pío Baroja, quien llega a referirse a la percepción romántica de la Alhambra, como una “quincalla oriental”⁴⁸.

⁴⁸ J. A. González Alcantud, *Lo moro. Las lógicas de la derrota y la formación del estereotipo islámico* (Barcelona: Anthropos, 2002) 178.

El mito de la Alpujarra en *La Alpujarra*

Alarcón participa de la moda orientalista del romanticismo, como muchos otros escritores de su tiempo. Emilio Castelar, amigo de nuestro autor, también sigue esta corriente romántica orientalista en su libro *El suspiro del moro. Leyendas, tradiciones, historias referentes a la conquista de Granada* de 1885-1886; otros escritores granadinos, compañeros de Alarcón en sus años de la *Cuerda granadina*, y que al igual que Alarcón se sitúan cronológicamente en el periodo llamado postromántico, cultivarán el tema como lo habían hecho los escritores granadinos de la generación precedente.

Antes de concentrarnos en señalar el tema morisco en *La Alpujarra*, conviene recordar que Alarcón cultiva el tema morisco también en dos relatos cortos: en *Una conversación en la Alhambra*, incluido en la segunda serie de novelas cortas titulada *Historietas nacionales* y en el titulado *Moros y cristianos*, inserto en la tercera serie de relatos cortos reunidos en *Narraciones inverosímiles*. El tema también aparece en su novela *El niño de la bola*. En el primer cuento “pura fantasía”, según el autor, y donde él mismo se convierte en personaje novelesco, mezcla el tópico romántico con trazos costumbristas de las fiestas religiosas de la ciudad; el autor narra un encuentro en la Alhambra con un joven moro descendiente de los Zegríes durante las fiestas del *Corpus Christi*, en el mismo año 1859, unos meses antes, de la campaña de África. Al referirse a Granada, ya utiliza el tópico de “la gran ciudad morisca”, asumiendo todos los mitos y prejuicios al respecto. Más adelante, califica la ciudad de “Jerusalén de Occidente”, expresión que veremos también en *La Alpujarra*. Podría decirse que en este breve relato

se hallan ya en germen algunos de los estereotipos que Alarcón desarrollará en el libro sobre su excursión a la comarca alpujarreña.

Al describir el físico de su compañero de viaje (pues comparte con el “extraño viajero” las últimas seis leguas de camino en diligencia hasta Granada), añade algún trazo de un retrato oriental: “Llevaba toda la barba, bien que muy corta, y esta barba, sumamente negra, tenía traza y dibujo oriental, o sea semítica”; y además le recuerda al personaje de *Matilde o Las cruzadas Malek-Adel*. Después, ya en el recinto de la Alhambra, pone en boca de su exótico personaje la leyenda sobre los bandos rivales de la Granada nazarita, entre Zegríes y Abencerrajes. A imitación de la leyenda del último Abencerraje de Chateaubriand, Alarcón nos presenta la del último Zegrí, y lo hace utilizando las mayúsculas a modo de guiño al lector como una clara alusión a la obra de Chateaubriand. Más aún, continúa el ingenioso juego al envanecerse de su suerte, pues su moro es “de carne y hueso”, llamado Aben-Adul, no de “papel”, como el personaje del romántico francés. A continuación, hace un comentario sobre el destino de los moriscos expulsados que sucintamente pone en boca de su legendario personaje, tema que, según ya se ha apuntado, la historiografía del XIX estaba debatiendo en ese momento; así lo declara Alarcón al señalarlo tema propio de un “artículo de fondo” de un periodista del XIX sobre la entonces candente actualidad de África. Cabe aquí recordar que, al menos en su primera versión, el relato lo escribió en la crítica fecha de 1859, meses antes del comienzo de la campaña de África. El comentario de Alarcón sobre los moriscos en este cuento es, al igual que el tópico romántico sobre Granada, preludio de sus más extensos comentarios que inserta en *La Alpujarra*; de hecho, en los Prolegómenos de su relato, al hablar del fin del reino granadino y del destino de los moriscos, se expresa en muy

parecidos términos, y el epílogo de la obra, no sólo versa principalmente sobre el problema de la expulsión de los moriscos, sino que lleva precisamente ese título.

En el cuento *Moros y cristianos*, la acción tiene lugar en Aldeire, un “pueblo morisco” situado “a la espalda de la Alpujarra”; sus gentes son más moras que cristianas porque lo “demuestran el carácter y costumbres de sus moradores, las pasiones terribles que los unen o los separan en bandos perpetuos y los lúgubres ojos negros, pálida tez y escaso hablar y reír de mujeres, hombres y niños” (OC 240b). Alarcón no sólo cultiva el mito morisco sino que se hace portador de los estereotipos sobre las peculiaridades de las gentes del antiguo reino granadino. Sin embargo, por lo que respecta al tratamiento del asunto, el relato se aleja del tópico orientalista al introducir elementos de exacerbado realismo. En efecto, el argumento se basa en una leyenda popular sobre los supuestos tesoros escondidos de los moros, tópico sobre el morisco granadino muy cultivado en la época. Los personajes principales son andaluces y marroquíes que caen víctimas de sus mutuos engaños y de su ciega ambición. Finalmente, Alarcón elige nombres moriscos para los dos personajes más importantes de su novela *El niño de la bola*, que el mismo califica de “drama romántico”. El protagonista Manuel Venegas es de pura estirpe morisca al emparentarlo Alarcón con el moro Reduán, descendiente a su vez del mismo Mahoma, como lo es también el “apellido moro” del cura “de misa y olla” don Trinidad Muley; ambos personajes son representativos de los estereotipos de lo morisco de la tradición literaria de tema granadino.

Sin embargo, es en su libro de viaje *La Alpujarra*, donde Alarcón trata con mayor amplitud todos los aspectos del estereotipo romántico del tema de Granada. Efectivamente, el mito oriental de lo granadino, condensado por Alarcón en la comarca

alpujarreña, se refleja claramente a lo largo de toda la obra. Basta sólo con abrir el libro y empezar la lectura de los Prolegómenos para toparnos de frente con las primeras imágenes del mito granadino; así, el autor, al referirse a su infancia guadijeña, nos sumerge en la historia morisca al comenzar mencionando al personaje histórico más representativo del mito morisco/alpujarreño, al informarnos de que Aben Humeya, el rey de los moriscos rebeldes, está enterrado en Guadix y, acto seguido, presentarnos un ambiente romántico de ruinas árabes al proporcionar al lector un simple trazo descriptivo de su ciudad natal aludiendo a “las almenas de un torreón árabe”, o al referirse a “las tradiciones accitanas del tiempo de los moros”. A continuación nos muestra otro aspecto del mito al exponer su curiosidad por:

...descubrir y recorrer unos misteriosos cerros y valles, pueblos y ríos, derrumbaderos y costas que *según vagas noticias* [...] quedaban allá atrás, como aprisionados, entre las excelsas cumbres de Sierra Nevada y el imperio líquido del mar (P 3).

Y a renglón seguido nos presenta la completa visión mítica de la comarca como tierra salvaje y desconocida, a la par que célebre por su historia:

Porque aquella región, tan inmediata al teatro de mis únicas puerilidades legítimas, y de la cual, sin embargo, todo el mundo hablaba, sólo por referencia; aquella tierra, a un tiempo célebre y desconocida, donde resultaba no haber estado nunca nadie; aquella invisible comarca, cuyo cielo me sonreía sobre la frente soberana del Mulhacén, era la indómita y trágica Alpujarra” (P 3-4).

En este párrafo se resumen todos los aspectos del mito de la Alpujarra que Alarcón irá tratando a lo largo de todo su libro. Así, por un lado, el autor relaciona la Alpujarra con las otras comarcas tradicionalmente olvidadas, “salvajes” de la geografía nacional, asumiendo el mito del ser no civilizado del que trata Braudel en su estudio

sobre el morador de las montañas mediterráneas. De este modo, tras definir la comarca como tierra de nadie, el autor señala su conocido papel en la historia y detalladamente expone las intenciones y los motivos de su excursión a la Alpujarra:

Buscar para adorarlas poéticamente, en los actuales lugares y aldeas de aquella región, las ruinas de los pueblos que dejó totalmente deshabitada la Expulsión de los Moriscos; evocar en toda regla, entre los nuevos alpujarreños, oriundos de otras provincias españolas, encapuchados fantasmas de los atroces monfíes o de los airosos caballeros árabes que componían la corte militar de Aben Humeya y Aben Aboo; seguir los pasos de estos dos régulos de aquellas montañas, y lamentar patéticamente los funestos amores del uno, la cruel desdicha del otro, las traiciones que los pusieron frente a frente y las catástrofes que de aquí se originaron, todo ello en el propio paraje en que aconteció cada escena... (P 4).

Alarcón, aquí, está definiendo su viaje a la comarca con la visión característica de un viaje romántico orientalista del siglo XIX. Aún más, cabe recordar que, ya desde el principio, la historia, la geografía y el mito se encuentran íntimamente ligados en *La Alpujarra*. Serán estos tres aspectos en conjunción los que el autor utilice para crear la imagen poética de la Alpujarra. Continuando nuestra lectura, en la Parte Primera, después de referirnos los preparativos de viaje, de pasearnos por la historia asociada a los contornos de Granada por donde transita en dirección a la Alpujarra y de ofrecernos una primera descripción del paisaje, Alarcón nos relata la conocida leyenda del suspiro del moro, siguiendo así la tradición de los viajeros románticos que le antecedieron en la aventura alpujarreña. Desde el principio, el autor marca la tónica de su relación viajera que va a consistir en un bien organizado entramado de geografía, historia y mito, con la esporádica inserción de unos bien dibujados cuadros costumbristas. A medida que se va adentrando en el Valle de Lecrín, y va pasando por varios de los pueblos que lo componen, el autor prosigue en la creación de su poético tejido. Hay, sin embargo, que

señalar que Alarcón no participa del mito del origen morisco del habitante alpujarreño y granadino en general, tan extendido y generalizado tanto fuera como dentro de España e incluso, a veces, asumido por el habitante autóctono. Así lo vemos, en el momento de pasar por El Padul, lugar del Valle de Lecrín cuya trágica historia recuerda el autor mientras la diligencia muda tiro:

[...] sus presentes moradores, [...] no eran descendientes ni de los vencidos ni de los vencedores en las refriegas de la Conquista y de la Rebelión. Eran, sí, nietos de los que nacidos en otras comarcas, se establecieron como colonos en la región de las ruinas... (I 23)⁴⁹.

Más adelante, Alarcón volverá a insistir sobre este punto; no obstante, aunque no participa del mito, lo utiliza frecuentemente como recurso poético. Será en el epílogo donde el autor se separe del mito y exponga, basándose en datos históricos, su opinión sobre el origen de los moradores alpujarreños, participando así de los debates del momento sobre el problema morisco. Sin embargo, Alarcón gusta de emplear el estereotipo, como hemos visto al llamar a su primo “semítico”, y como veremos al calificar a algunos de sus conocidos alpujarreños y a sí mismo. Para concluir el rastreo del mito en esta Primera Parte de su libro, hemos de fijarnos en el empleo del mito de la ciudad de Granada. Éste se puede comprobar en la personificación como exótica odalisca con la que nos presenta a la ciudad a fin de resaltar su encanto oriental, rasgo muy propio de la poesía romántica de la que Alarcón está plenamente imbuido:

Granada, se veía blanquear a lo lejos, tendida en los cerros umbrosos de la Alhambra y del Albaicín, como una odalisca envuelta en cándido alquicel, echada sobre oscuros almohadones...--Ya no se percibían sus pormenores y detalles... Sólo se divisaba una

⁴⁹ El número romano indica la Parte correspondiente de la obra en la presente edición

elegante ráfaga de blancura, intensamente alumbrada por el sol, bajo el risueño azul del purísimo firmamento” (I 14).

El tono marcadamente orientalista de toda la descripción de Granada, se resalta con el eficaz empleo de expresiones como “la luz de paraíso”, “rotas gasas”, “cintas de cristal”, y como remate, el símil de la ciudad como “odalisca envuelta en cándido alquicel”.

En la Parte Segunda, vuelve a aparecer el mito de lugar no civilizado que se refleja en la alusión del autor al valle de Las Batuecas, cuya leyenda trae a colación, para compararlo al aislado paraje entre Lanjarón y Órgiva, “un terreno que sirve de compás o de atrio a la Alpujarra”. Un poco más adelante, prosigue su camino por el mundo de la imaginación, con la visión mítica al referirse al lugar como “un país encantado”, lleno de “soledad” y “silencio” “que no lo dispusiera mejor ningún novelista”. Así se entiende que al encontrarse con un grupo de alpujarreños que se dirige a Granada, transportando a un enfermo, la reacción de Alarcón ante la comitiva sea completamente poética, mítica, digna de una exaltada imaginación donde entran en juego todos los mitos sobre la Alpujarra:

Imaginaos el efecto que nos produciría semejante cortejo, saliendo de aquel incógnito país en que hasta entonces no habíamos encontrado alma ni vivienda humana... --¿Quién iba tan cuidadosamente encerrado en aquella litera? ¿Era un santo en andas de viaje, como San Torcuato cuando lo llevan desde la catedral de Guadix a su selvática ermita? *¿Era una princesa mora que trasladaban de un harem a otro?* (la cursiva es mía) ¿Era el duque de Sesa, que, afligido por la gota, iba a presentar la batalla a Aben-Aboo? ¿O era Aben-Aboo, después de sufrir el más bárbaro tormento? (II 60).

Al concluir el capítulo tercero de esta Parte, dedicado a la historia de la comarca, Alarcón nos proporciona algunos datos geográfico-estadísticos sobre la región, y termina comparando las viviendas de los pastores alpujarreños con un tipo de morada del norte de

África: “chozas y cuevas pastoriles, especie de *aduares* encaramados en lo alto de la Sierra” (II 71). Finalmente, al describir la villa alpujarreña de Órgiva, nos señala que “conserva todo su prístino carácter arábigo, así en la red de sus estrechas, tortuosas y pendientes calles y en la disposición de sus casas, como en su fisonomía general” (II 75).

En la Parte Tercera, se apoya en la historia de Hurtado de Mendoza y en el mencionado drama de Calderón de la Barca a la hora de hacer la descripción del accidentado paisaje para otorgar mayor autoridad a su texto y reforzar así la imagen de la Alpujarra como región casi inexpugnable. Por otro lado, el mito romántico de la Alpujarra se percibe también en el instante en que Alarcón recurre a las imágenes sensoriales sobre el paisaje africano trazadas por el pintor francés Fromentin para establecer una analogía entre ambiente oriental y exótico de las naciones africanas y los pueblos de la costa alpujarreña. -El autor reconoce esta influencia en el capítulo III de la Parte Tercera: “Torviscón, donde paramos una media hora, nos recordó aquellas ciudades... favoritas del sol, que describe Eugenio Fromentin en su hermoso libro *“Un été dans le Sahara”* (102)-. Acto seguido, al referirse a los moradores de Torviscón como “indígenas”, el autor alude al mito del “buen salvaje” o, más exactamente, del “indio de acá”, como llamaban los jesuitas evangelizadores del virreinato de Nápoles a los serranos del Mediterráneo. En el capítulo sexto de la Parte Tercera Alarcón nos presenta la siguiente descripción de la comarca:

La Alpujarra es una montaña de ojos negros.” [...] “una saludable odalisca, o, cuando más, una peri, una hurí, una divinidad, en suma, de carne y hueso, prometida por *El Corán* a los méritos de los musulmanes” (III 111).

Al igual que Granada se nos muestra personificada en odalisca, lo mismo ocurre también en el caso de la Alpujarra. Los epítetos *peri*, *hurí*, de genuino cuño romántico, los utiliza Alarcón para referirse tanto a Granada como a la Alpujarra. Éstos forman parte del vocabulario prolijamente utilizado por los románticos para presentar su visión poética oriental de Granada, hecho que se puede comprobar en la abundante producción de los cultivadores del género morisco, en Zorrilla como máximo exponente o también, por ejemplo, en el poema histórico del duque de Rivas, “La azucena milagrosa”.

Siguiendo el recorrido por el libro, en la Parte Cuarta, al principio del primer capítulo nos tropezamos con una invocación a Alá y una alusión a la hospitalidad árabe; aunque Alarcón, según hemos podido comprobar, no participa del mito morisco del habitante alpujarreño, aquí, sin embargo, no deja de utilizarlo poéticamente al referirse a sus huéspedes alpujarreños, adjudicándoles el don de la hospitalidad, proverbial característica del mundo árabe. A continuación, el autor presenta una descripción del pueblo de Albuñol donde muestra el mito del exotismo alpujarreño en su doble vertiente, es decir, oriental y americano:

La rambla, solitaria y silenciosa (pues no había para qué hacer alto en los pajarillos que revolaban y cantaban acá y acullá), tenía algo de exótico y ajeno a nuestro continente o a nuestra zona, algo de valle tropical, algo de África o de América. ¡Tanta era la templanza del aire, a pesar de ser las seis de la mañana de un día de marzo; tal la lujosa vegetación de las huertas; tan peregrina la índole de las plantas; tan ricos y penetrantes sus aromas! (IV 2).

Por un lado, el exotismo oriental:

[...] respirábase allí no sé qué paz de los sentidos, que se convertía en paz del alma, y que traía a la imaginación los ideales de silencio, de reposo y de ventura de los poetas árabes. (IV 2).

Y por otro, el exotismo americano:

Baste decir a buena cuenta (pues más adelante he de hablar hasta de botánica...) que en el propio arenal de la rambla crecía la caña de azúcar, mientras que por encima de las tapias de los huertos (innumerables en aquel extremo de la villa) coloreaban las naranjas, amarilleaban los limones y verdegueaban las anchas hojas de los plátanos. (IV 2).

Son rasgos exóticos que el autor va a destacar repetidamente a lo largo de toda la Parte Cuarta. Más adelante, volvemos a encontrarnos con el empleo del estereotipo morisco en la alusión a un personaje como “moro bautizado”, rasgo que ya hemos visto al referirse a su primo como “semítico” en el primer capítulo de la Parte Primera, y como veremos en la Parte Quinta, donde continúa el empleo de la palabra morisco para referirse a sí mismo y a su primo. Se trata pues, de una expresión estereotipada que Alarcón utiliza varias veces en esta obra para referirse a algunos personajes granadinos. Concretamente aquí sirve como un elemento más del orientalismo reflejado en toda la descripción de la villa alpujarreña de Albuñol. Una prueba más de la fuerza evocadora del mito que el paisaje ejerce sobre la imaginación del autor se percibe en la siguiente cita:

[...] el blanco fantasma de la Sierra, y las gallardas sombras de los moriscos reaparecieron simultáneamente ante nuestros ojos, como en virtud de mutuo conjuro, poblando de quiméricas visiones el horizonte alpujarreño... Y siempre ocurre lo mismo, por resultas de no sé qué ley poética... ¡Siempre ocurre que, al contemplar aquellas nítidas montañas, todo el mundo resucita en su mente a los mahometanos andaluces! (IV 21).

En la Parte Quinta, como ya hemos comprobado anteriormente, Alarcón de nuevo alude al extendido mito del poblador alpujarreño:

-En cuanto a los cortijeros, llevaban una especie de tabardo y un sombrero de extensas alas. --Con semejante equipo, más parecían soldados de Felipe II que descendientes de

los moros. --Y a la verdad, su abolengo era aquél y no éste, como ya demostraremos en su día.... (V 3).

Efectivamente, en el comienzo del epílogo expondrá sus opiniones al respecto.

Y, para terminar este recorrido sobre el mito, en el capítulo primero de la Parte Quinta, Alarcón insiste en describir a su amigo como “moro bautizado”, de “ojos moriscos”; de este modo describe también a otros de sus compañeros de viaje, y, siguiendo con el tópico del orientalismo, el autor se autodenomina también ‘morisco’. Como ya se ha señalado, es un rasgo típico del romanticismo, y está en consonancia con la actitud de Zorrilla a quien le “gustaba llamarse árabe granadino”; también sabemos que Alarcón alardea de arabismo. Así, podemos concluir diciendo que *La Alpujarra* es la quintaesencia del mito morisco, donde todos los lugares comunes del mito de Granada encuentran asiento. A través de sus cerca de quinientas páginas, el lector tropieza con todos los aspectos del mito de Granada concentrado, representado en la historia, en la geografía y en las gentes de la comarca. En definitiva, todo lo que va descubriendo en su excursión por la Alpujarra, inclusive el elemento más común en la región, como puede ser una popular encina, evoca en el autor tierras lejanas y exóticas⁵⁰. El pasado morisco de la Alpujarra y su áspera orografía, envueltos en una aureola mítica serán el hilo conductor, el cañamazo del colorido tejido que es el ‘viaje orientalista’ de Alarcón por la comarca alpujarreña.

⁵⁰ Véase IV 20.

IV. *La Alpujarra*: Tratamiento del paisaje y de la historia. Estructura y estilo.

El tercer y último relato largo de viajes que Alarcón escribió es algo más que un libro de “ver y andar”. *La Alpujarra* no es la crónica de una comarca, sino la crónica del viajero Alarcón, desolado por la pérdida de una hija, preocupado por la turbulenta vida política del momento y hastiado del ambiente de la ‘gran oficina’ de Madrid. El viaje le sirve de pretexto para hacer una reflexión sobre los problemas que afectan a España y para lanzar su “campaña espiritualista” a favor de la religiosidad frente al descreimiento que, según el autor, empieza a hacer mella en la sociedad española de su época.

Efectivamente, en un párrafo que aparece en la primera edición del año 1874 y eliminado en la segunda y definitiva edición del año 1882, el autor expone sus intenciones con respecto a la composición de su libro, por lo que vemos que el viaje por la comarca alpujarreña es, en cierto modo, la excusa o el medio del que se sirve el autor para paliar los males que aquejan a su espíritu, según el mismo Alarcón confiesa al decir:

...yo no escribo, ni por asomos, la crónica de la Alpujarra, sino la crónica de lo que un viajero entristecido vio, pensó y recordó en aquel rincón del mundo, referida con el propio desconcierto de sus marchas, de sus conocimientos y de sus impresiones (1874:79).

El viaje lo llevó a cabo en el año 1872, exactamente del 19 al 30 de marzo de 1872. En abril de ese mismo año Alarcón pierde las elecciones a diputado por Guadix, y, ya alejado de la política activa, escribe su famoso artículo “La Unión Liberal debe ser Alfonsina”, manifiesto a favor del futuro Alfonso XII, cuya candidatura percibe como la única manera de “conciliar en España religión, monarquía, aristocracia, ejército, clases

conservadoras, y *verdadero* pueblo *verdaderamente* liberal”⁵¹. El relato de viaje coincide con el retorno del autor al mundo de las letras después de doce años dedicados casi exclusivamente a la vida política. Alarcón toma la pluma para escribir el libro sobre su viaje a la Alpujarra casi un año después de realizada la excursión. Según nos confiesa en “Historia de mis libros”, comenzó a redactarlo el día preciso de su cuarenta cumpleaños, el 10 de marzo de 1873. España acababa de estrenar la Primera República, y los sucesos sangrientos ocurridos en varios puntos del país en ese mismo año aumentan la preocupación del autor por el estado de crisis que sufre España.

La Alpujarra es también un libro de “evocación histórica”; la historia ocupa más de la mitad del contenido del libro. Sobre su importancia nos informa Alarcón al declarar en la primera edición de 1874 que:

...la exposición de las causas de la Rebelión de los moriscos, *ad usum* de los que no las recordasen... Aquella exposición era absolutamente precisa para la inteligencia del sentido general de esta obra (1874:78).

Junto a lo arriba expuesto, a *La Alpujarra* se le puede aplicar el mismo comentario que Alarcón hace con respecto a su libro *De Madrid a Nápoles* en cuanto al tipo de relato que pretende escribir: “yo no escribo la guía de Turín sino mis propias impresiones...” (OC 1280a). Por otro lado, en el primer capítulo de la Parte Primera nos presenta más indicaciones sobre el género de viaje que planea realizar al contarnos que va cargado de información de todo tipo: histórica, geográfica, estadística, etc., sobre la comarca. No se trata pues de una expedición de descubrimiento ni de investigación científica sino de un viaje literario y de asueto por las razones ya mencionadas y las

⁵¹ En Filomena Liberatori, ed., *La Pródiga*, por Pedro Antonio de Alarcón (Madrid: Castalia, 2001) 27.

también expuestas por el autor en el prólogo de la obra. En efecto, su excursión por la Alpujarra tiene mucho de “excursión por los libros y apuntes” que el autor lleva consigo. Alarcón nos advierte de la presencia de sus “acompañantes” de viaje; dada la larga lista de autores que nombra como fuente de información e inspiración para su libro, podemos decir que su viaje es más una “expedición” por los libros de historia, geografía y estadística que una excursión por la Alpujarra de 1872.

Por lo que a la estructura se refiere, el libro consta de seis Partes precedidas de un prólogo que el autor denomina Prolegómenos y un epílogo titulado “La expulsión de los moriscos”. De las seis Partes que constituyen el libro, las cinco primeras están dedicadas a la narración y descripción del recorrido del viajero por villas y lugares de la comarca alpujarreña, y la Parte Sexta relata su itinerario por los pueblos de Sierra Nevada durante la Semana Santa de 1872. Cronológicamente, cubre un espacio de diez días, tiempo repartido entre las seis Partes que constituyen el libro. A su vez, cada Parte se divide en capítulos de extensión varia; partiendo del viaje, usado a modo de cañamazo, Alarcón crea un colorido tejido “alpujarreño” con un diversificado tipo de textos, desde el comentario más serio a la “humorada más extravagante”, a decir de uno de los críticos de la época, la mayoría de éstas felizmente podadas en la edición del año 1882. También nos presente desde la más bella descripción al más castizo cuadro de costumbres, o breve pincelada costumbrista sobre las gentes con quienes se tropieza en su andadura por los lugares de la comarca. Además del recorrido que realiza por su historia.

Así pues, en el imbricado tejido de temas que conforma la estructura de este libro se mezclan el elemento histórico, el novelesco y el descriptivo, junto a reflexiones y digresiones del más diverso asunto. Alarcón nos informa que va escribiendo la crónica a

su paso por cada lugar; es más apropiado decir que va tomando datos que ordena después de concluida la excursión puesto que la redacción del libro, como él mismo indica, la lleva a cabo un año después. Esto hace que a la hora de componer el relato, el tiempo de la narración oscile entre el presente y el pasado, situándose a veces en el momento del viaje y otras en el momento de composición del libro.

La Parte Primera, titulada “El Valle de Lecrín” consta de diez capítulos que narran la mayor parte del primer día del viaje, desde la salida de Granada, pasando por la vega hacia el Valle de Lecrín, hasta alcanzar Lanjarón. El primer tramo del recorrido, una distancia de seis millas, según nos señala el autor en el título de la primera edición del libro aparecida en 1874, lo realiza en diligencia; su relato cubre los capítulos del uno al nueve; el décimo y último capítulo trata del trayecto a caballo entre la venta de Tablate y la villa de Lanjarón. Cronológicamente, ocupa la mañana y parte de la tarde del primer día de la excursión. La Parte Primera marca la pauta a seguir en cuanto a la composición de la obra, es decir, a su configuración interna, donde los distintos elementos que componen el texto se interrelacionan para constituir el entramado de la obra.

En efecto, podemos comprobar que el autor utiliza el elemento geográfico, el paisaje presentado en soberbias descripciones, como pretexto para introducir el elemento histórico, resumiendo la historia que los lugares evocan a su paso por ellos, ayudado muchas veces por citas de los historiadores. Así vemos que en el segundo capítulo, a la salida de Granada describe la vega granadina y los llanos de Armilla, cuyo paisaje le hace evocar la historia y la leyenda relacionadas con dichos pasajes. Lo mismo le ocurre a su paso por el viso del suspiro del moro, lugar que sirve de título al capítulo tercero. De igual manera, después de dedicar parte del capítulo quinto a la descripción del paisaje del

Valle de Lecrín y de proveer algunos datos estadísticos sobre la zona, vuelve a evocar la historia comenzando ya su relación de la historia morisca para terminar con una reflexión acerca de la influencia del medio en la “existencia humana”, partiendo de la teoría del clima y del terreno como determinantes de la cultura y de la conducta humanas, muy en boga durante la Ilustración, filosofía representada en el siglo XIX por Hippolyte Taine.

En cuanto al tratamiento artístico del paisaje, el mismo autor nos señala su forma de ver los lugares que recorre en diligencia, con: “viveza y fantaseadora inventiva”. A su paso por el Valle de Lecrín nos dice:

En medio de él veíamos un pueblo, casi tapado por un bosque de frutales en flor, y de naranjos y limoneros cargados de fruto...--¡Más que un pueblo del mapa, parecía un huerto oriental, un nido paradisíaco, o un vergel mitológico; el sitio de recreo de un príncipe de *Las Mil y una noches*, o la isla sagrada de una diosa del Olimpo!... (I 38).

Además, el paisaje evoca con frecuencia en el autor un recuerdo literario como podemos también comprobar en el capítulo segundo donde cita unos versos de sor Ana de Jerónimo a su paso por el empalme de los ríos Darro y Genil:

.....el abrazo de estos ríos,
En dulces de cristal amantes lazos,
Me representa viva y tristemente
Los que un tiempo formaron nuestros brazos... (I 11).

Botón de muestra de las diversas referencias literarias que el autor inserta en el texto del relato, salpicadas a lo largo de todo el libro. En efecto, Alarcón utiliza citas clásicas grecolatinas, de autores del Renacimiento, del Siglo de Oro y de autores románticos. De igual manera, en el capítulo séptimo, su paso por un pequeño núcleo de población, el

autor introduce el tema que más le preocupa en su viaje: la moralidad y la religiosidad del individuo que él cree ver en peligro de desaparecer en la sociedad de su época:

...las alegres voces de los muchachos y el vibrante martilleo del herrador, formaba en la serena atmósfera una especie de *inarmónico concierto*, no desprovisto, sin embargo, de cierta melodía moral para las finas orejas del espíritu (I 36).

Un poco después entra de lleno en el tema de la crisis religiosa que según Alarcón azota a Europa y a España en concreto, quedando los lugares remotos como refugio o bastión de la moral católica; como ya vimos en *De Madrid a Nápoles*, el autor prefiere el atraso de un remoto lugar donde sus gentes no están “contaminadas” a los lugares en contacto con el mundo exterior o los grandes centros urbanos contagiados de la enfermedad del siglo, el ateísmo:

Esta circunstancia [su aislamiento] constituye todo un mundo moral y social de diferencia entre Talará y su anejo. ¡En Chite será posible ignorar lo que pasa en el globo, será posible la incomunicación, serán posibles la inocencia, la fe, la paz, la tranquilidad y su ventura!... (I 37).

La desazón se apodera del autor al pensar que no hay sitio seguro para conservar la tradición religiosa católica:

Pero ¡ah! ¡delirio! ¡ilusión! ¡pura broma! ¡La ventura, la tranquilidad, la paz, la fe y la inocencia no están ya de resto en el fondo de los campos! En la aldea más escondida ha penetrado un vientecillo glacial que viene de los desiertos del ateísmo, y que seca en el alma de los más zafios labriegos y de los pastores más incultos y solitarios aquellas santas y modestas flores (la humildad, la paciencia y la esperanza) que perfumaban antes las asperezas de su vida; de donde vemos ahora que todos los pobres están tristes,

huraños y como rencorosos, y que han perdido toda benevolencia, todo respeto, todo temor, todo lazo interno con el fatal e irremediable organismo de la sociedad humana... (I 37).

Por otro lado, la historia de Granada es evocada en la Parte Primera de *La Alpujarra* desde el momento de la reconquista por los Reyes Católicos al pasar por la vega de Granada, los llanos de Armilla y el paraje del suspiro del moro; la evocación de esta famosa leyenda da pie a un repaso de la historia del último rey moro de Granada y parte de la historia morisca; el mismo autor nos dice en el capítulo seis:

Durante aquellos seis kilómetros, habíamos tenido también tiempo de hojear *ochenta años* de la historia del Reino de Granada, o sea desde la partida de Boabdil para África hasta la sublevación de Aben Humeya... (I 25).

En cuanto al tratamiento de la historia en este relato de viaje, al igual que en la mayoría de los relatos de viajes “se convierte en ficción en el instante en que la materia narrada, alejándose del referente concreto real, se ordena según el ‘verosímil y necesario’ del arte” (Herrero Massari 51). Efectivamente, Alarcón considera que los historiadores le proporcionan para su evocación poética del pasado la “leyenda que es la Historia particular de la Alpujarra”. Y añade: “Mi único oficio será elegir, cuando sus versiones no concuerden, la que me parezca más verosímil” (I 39). Acto seguido nos presenta un interesante capítulo de novela histórica, como podemos ver en el capítulo octavo de la Parte Primera, a su paso por la población de Béznar en el Valle de Lecrín. Aquí Alarcón nos presenta a don Fernando de Válór, poco después conocido como Aben Humeya, personaje principal de la sublevación morisca; y nos narra la aventura de éste la mañana

del 24 de diciembre de 1568, camino de la Alpujarra; el autor nos confiesa el carácter novelesco de la historia en el siguiente comentario:

¡Béznar!... --Para explicar estas admiraciones ortográficas, tengo que recordaros algunas escenas históricas, tan interesantes y tan nimiamente conservadas por los cronistas, que, más que Historia, parecen capítulos de una novela de Walter Scott (I 39).

Alarcón aprovecha para presentarnos al personaje de Aben Humeya teñido de colorido poético al referirse al aspecto que ofrecía éste montado a caballo: “la más gallarda figura”, típica expresión de la literatura orientalista para referirse al caballero galante moro. También hay que señalar la simpatía de Alarcón hacia este personaje como lo demuestran los epítetos que utiliza para describirlo: “apuesto joven”, siguiendo la descripción que cita de Pérez de Hita; o la comparación que hace de él con destacados personajes históricos. Un poco después nos completa la descripción del personaje creando su etopeya. Así pues, la historia y la leyenda se confunden repetidamente a lo largo de las páginas de *La Alpujarra*; el autor nos lo confiesa en varias ocasiones, por ejemplo, en el capítulo noveno de esta Parte, al decirnos que nos presenta “la leyenda documentada de Aben Humeya” y de Aben Abó.

Finalmente, cabe añadir que en el tratamiento del tema morisco Alarcón muestra cierta simpatía hacia lo moro, sentimiento se percibe también, según hemos podido comprobar, en el *Diario de un testigo de la Guerra de África*, y aquí personificado en la figura de Aben Humeya. A este respecto, Pardo Bazán señala en Alarcón un doble atractivo hacia lo moro; de un lado el hecho de ser hombre meridional por su aspecto físico y por su personalidad, que, al igual que su ya mencionado primo, se considera “más semítico que jafético”. Ya hemos visto que el autor alardeaba de moro como Zorrilla, de

árabe granadino, ambos participantes de la actitud orientalista del romanticismo. Por otro lado, Pardo Bazán señala en Alarcón la “tradición psíquica” española que siente hacia el moro atracción y rechazo simultáneamente y que tiene que ver con el pasado musulmán y en definitiva con el tema morisco tan tratado en nuestra literatura y de candente actualidad en el siglo XIX tanto en la literatura como en la historiografía.

La Parte Segunda lleva por título “La Taha de Órgiva”. Está constituida por cinco capítulos que abarcan cronológicamente parte de la tarde y la noche del primer día del viaje. Ocupa el recorrido entre Lanjarón y Órgiva además de la estancia en Órgiva, donde el autor pernocta. La corta distancia que abarca el segundo tramo del viaje forma el entramado de la Parte Segunda; la brevedad de la excursión y, consecuentemente, de la descripción del paisaje se contrarresta con la inclusión en el texto de varias digresiones de diversa índole. El primer capítulo comienza narrando el trayecto entre Lanjarón y Órgiva, “deleitoso rincón del mundo”, por solitarios parajes que evocan en el autor la poesía de Fray Luis de León y la *Divina comedia* de Dante, ya mencionada en la Parte Primera; el paisaje también le recuerda viejas leyendas. Hace además alusión al materialismo filosófico, doctrina que relaciona con su visión del problema religioso de España. A continuación, el segundo capítulo nos presenta un cuadro de costumbres de influencia cervantina; en efecto, el cuadro que nos pinta el autor al referirnos el encuentro con un grupo de alpujarreños en el solitario trayecto de Lanjarón a Órgiva, es un destacado ejemplo y prueba del carácter literario de la obra:

...la casualidad nos deparó un encuentro... *que no lo dispusiera mejor ningún novelista.*
(las cursivas son mías)

Por lo alto de una gran cuesta que nosotros empezábamos a subir, después de haber atravesado la cuarta o quinta cañada, vimos aparecer mucha gente a pie, en deshilada procesión, precediendo a una cosa cuadrangular, que pronto conocimos ser una silla de manos, --en cuyo seguimiento venían después otras personas, montadas en variedad de caballerías y en diferentes posturas.

Imaginaos el efecto que nos produciría semejante cortejo, saliendo de aquel incógnito país en que hasta entonces no habíamos encontrado alma ni vivienda humana... (II 61).

Este capítulo se cierra con una breve digresión sobre el olivo, inspirada en la contemplación de los olivares alrededor de la villa de Órgiva.

El tercero está dedicado a la presentación del origen histórico de la Alpujarra, haciendo un recorrido por la historia antigua, medieval y moderna de la comarca y destacando su ancestral origen en pueblos anteriores a la conquista romana. También se dedica a presentar la configuración geográfica de la zona, comenzando por referirse al origen del nombre Alpujarra y haciendo un repaso sobre la cuestión del uso de la forma del singular o del plural del nombre de la comarca, y sobre cuál es la forma más apropiada. En el cuarto capítulo hace un comentario acerca de las múltiples posadas nacionales regidas por franceses en el siglo XIX, como la Posada del Francés donde pasará la primera noche en la Alpujarra; acto seguido evoca un episodio de la Guerra de la Independencia protagonizado por un lugareño; a continuación evoca la historia de las hazañas de su alcalde Sarabia contra los monfíes durante la guerra de los moriscos; también señala algunos datos estadísticos sobre Órgiva y describe la villa y sus alrededores, añadiendo un comentario acerca de los jamones de Trevélez tan del gusto del famoso compositor Rossini, a quien el autor conoció en París, según nos cuenta en *De Madrid a Nápoles*. Acerca de las muchas digresiones diseminadas por toda la obra, el mismo autor reconoce este exceso suyo y se cree en la necesidad de disculpar y defender

la pertinencia de alguna digresión como vemos en el siguiente ejemplo que aparece en este capítulo:

En cuanto a la oportunidad y pertinencia de esta digresión, que alguien podrá suponer traída por los cabellos, nadie se atreva a objetarme nada, pues, consisten en que el terreno de Órgiva fue precisamente uno de los principales teatros de las proezas del alcalde de Otívar (II 74).

En el quinto y último capítulo de esta Parte, Alarcón nos presenta un cuadro costumbrista sobre la tradición religiosa del rosario que ve abocada a la desaparición como muchas otras tradiciones del “antiguo orden social” en un momento de rápida transición que vive el país, y aprovecha para presentarnos una extensa digresión sobre el tema que más preocupa, al que ya ha aludido en la Parte Primera y en el primer capítulo de ésta. Se trata de una reflexión sobre la sociedad de su época, sobre la nefasta influencia de las doctrinas materialistas sobre la moral del individuo y de la sociedad, preocupación relacionada con los temas que impregnan toda la obra: la regeneración de España y el problema religioso que se debatía en la época. El materialismo que acecha a la sociedad y la deshumanización que acarrea, según el autor, la falta de religión. Aquí arguye a favor de la religión, aunque sabe que va a ser criticado: “a riesgo de que se me considerase neo-católico, ultramontano, retrógrado, oscurantista, persa, carlino y partidario del Tribunal de la Inquisición...” Considera graves las consecuencias para la sociedad y arremete contra “los que han convertido la Revolución de 1868 en una conspiración contra la religión católica!” Esta misma línea de pensamiento se refleja también en *De Madrid a Nápoles* (OC 1227-1228), donde acusa a las doctrinas socialistas y materialistas de la “bestialización” de las clases trabajadoras. También, es de notar que en el prólogo a la primera edición del mencionado libro de viajes, Alarcón ya

sospechaba del riesgo que corría de ser tachado de reaccionario al expresar sus sentimientos sobre la civilización moderna, y más claramente aún lo vemos en una auto-reflexión que aparece en el capítulo octavo del primer libro sobre sus impresiones de Francia:

¿Cómo tú—me decía yo con espanto--, cómo tú, que eres hijo de este siglo; que lo has admirado y elogiado tantas veces; que te precias de liberal; que repruebas aquellos tiempos bárbaros y criminales que precedieron a la revolución francesa; que amas al pueblo; que vives de la cultura y por la cultura; que eres libre pensador; que sabes cuánto mejora al hombre la conciencia de sus actos; que has lamentado el atraso en que se encuentra tu país, y que desearías verlo a la cabeza de Europa; cómo reniegas tú de la civilización, cómo te disgusta la prosperidad de la Francia, cómo te entristece la libertad y el bienestar del hombre; cómo te asustas; cómo te paras; cómo retrocedes? Dime, desventurado, ¿te has hecho neocatólico? (MN 75).

Estas reflexiones ponen de relieve el ya mencionado estado de transición y conflicto en que se hallaba el autor por aquel entonces y que se resuelve a favor del conservadurismo en la edición de 1877, que es la que pasa a formar parte de sus *Obras completas*.

Finalmente, volviendo a *La Alpujarra*, en el último capítulo de la Parte Segunda, además, se establece un diálogo con el lector, recurso retórico utilizado por Alarcón para defender sus ideas. Concretamente, se dirige a un lector anónimo, claro representante de aquellos que él llama, en “Historia de mis libros”, “censores sistemáticos, propagandistas de la impiedad [...] apóstoles del ateísmo [...] petroleros morales, faltos de aseo intelectual y social” (OC 18b).

Podemos comprobar que la Parte Segunda es otro paradigma del entretejido de los diferentes tipos de textos que configuran *La Alpujarra*. En efecto, en ella encontramos una superposición de textos de variada índole, desde la descripción poética del paisaje al seco dato estadístico, del cuadro costumbrista al embrión de relato fantástico -cuando nos

describe la noche pasada en la Posada del Francés-, es decir, textos que van de un recuento de la historia a una lección de geografía, además de varias digresiones también de naturaleza diferente, de la simple anécdota a la “sección de antigüedades”, como el autor denomina a la digresión acerca del origen del topónimo Albacete de Órgiva, o la reflexión sobre los tumultos sociales de la Europa del siglo XIX.

La Parte Tercera, “La Contraviesa” está dividida en siete capítulos. Abarca el itinerario de Órgiva a la cima de la Contraviesa, pasando por el Puerto de Jubiley, el valle del río Cádíar y la venta de Torviscón, para terminar la jornada en el pueblo costero de Albuñol donde hace noche; esta excursión cubre cronológicamente el segundo día del viaje. El primer capítulo comienza con una nueva referencia al *Quijote*, como ya ha hecho anteriormente en las Partes Primera y Segunda; continúa el relato con unas breves pinceladas costumbristas sobre la rutina diaria del arriero seguida de una digresión sobre el mulo, en este caso el autor mismo nos remite a su otra crónica viajera *De Madrid a Nápoles* donde ya se había explayado sobre el asunto. Para concluir nos muestra un debate, empleando un lenguaje parlamentario, sobre qué cabalgadura es la más adecuada para llevar a cabo la accidentada excursión a la cima de la Contraviesa.

En el segundo capítulo nos presenta a tres nuevos compañeros de aventuras para lo cual recurre a analogías literarias y mitológicas; el mismo recurso retórico emplea a la hora de describir la orografía del terreno. En efecto, Alarcón cita a un poeta árabe, a Calderón de la Barca y a Hurtado de Mendoza, y compara la adversidad del terreno con la accidentada Alemania descrita por Tácito en su obra *Germania*. Referencias librescas todas excepto en el momento en que alude al olvido de la comarca por la Dirección de Obras Públicas, siendo éste uno de los pocos casos en que el autor menciona en la obra la

realidad de la deprimida y abandonada Alpujarra del siglo XIX. Alcanzada la cima del Puerto de Jubiley, Alarcón describe el paisaje montañoso recurriendo a la personificación de las montañas, recurso estilístico utilizado a lo largo de todo el relato cada vez que describe un pico o una montaña o cualquier aspecto de la naturaleza.

Este capítulo concluye con una leyenda local sobre un gallo encantado cuyo canto, a decir de los autóctonos, se puede oír en las fragosidades del Peñón del Gallo. Aquí el autor se hace eco de las leyendas populares sobre la zona que circulaban en su época, gracias especialmente a la costumbre de los arrieros alpujarreños de contarlas en las posadas al calor del fuego en las largas noches de invierno. El capítulo siguiente se abre con la descripción de un delicioso valle partiendo del tópico del *locus amoenus* de Horacio de tan larga tradición literaria, y que Alarcón utiliza en varias ocasiones en este libro; a continuación nos describe la estación primaveral en la zona y esto desemboca en una nueva digresión; el autor reflexiona sobre la vida, la juventud y la futilidad del tiempo y de la vida humana, para terminar con una fuerte nota melancólica haciendo una disimulada alusión a la muerte de su hija. Seguidamente, ante la contemplación del valle regado por el río Cádiar, evoca la historia de la coronación de Aben Humeya como rey de los moriscos y nos recuerda el drama romántico de Martínez de la Rosa, titulado oportunamente *Aben Humeya*. Para la historia del suceso recurre a la obra de Ginés Pérez de Hita y a la historia de Diego Hurtado de Mendoza.

Concluida la evocación histórica, el autor nos describe la venta de Torviscón, situada en una plazoletilla donde paran a reponer fuerzas antes del ascenso final a la cima de la Contraviesa. Es muy interesante lo que Alarcón nos dice de esta venta y de sus venteros:

...la picaresca cháchara del ventero y la ventera, tipos dignos de las novelas menores del Manco de Lepanto.

La identidad de sus caracteres, su ladina bufonería y la continua broma con que se trataban, llamaron vivamente nuestra atención. --Pocas veces se habrá visto llevar la cruz del matrimonio con tanto donaire, desembarazo y buen humor como ellos la llevaban... (No habían tenido hijos.) --Con dificultad también se hubiera dado una familia más feliz y alborozada dentro de tanta pobreza... (No tenían hijos.) --Eran ya de cierta edad; no viejos seguramente, pero tampoco jóvenes, y jugaban el uno con el otro como dos muchachos de diez años... (III 100).

Mucho se ha dicho acerca de las fuentes de inspiración utilizadas por Alarcón para la creación de *El sombrero de tres picos*, y ha quedado en claro la raíz folklórica de la breve novela en el romance popular de “El corregidor y la molinera”. Laureano Bonet habla de “unos sedimentos vivenciales, rememorativos en la obra”⁵² para referirse al carácter autobiográfico de algunos elementos de la mencionada novela, elementos relacionados con la infancia del autor: la capa de grana, el espadín y el sombrero de tres picos de su abuelo. Del mismo modo podemos considerar “sedimento vivencial” de la obra los elementos que toma Alarcón de los venteros alpujarreños a su paso por la venta de Torviscón, elementos que le servirán para “moralizar” a los personajes romancescos y hacerlos aptos para su novela, es decir, para convertir a los adúlteros personajes del romance popular en “honradísimos, fieles y enamorados esposos”.

Considerando la costumbre de Alarcón de utilizar vivencias y material ya empleado anteriormente, como ocurre con toda la información que recoge en *La Alpujarra* proveniente de *De Madrid a Nápoles*, especialmente, y también del *Diario*, creemos ver en estos venteros que el autor conoció en su excursión a la Alpujarra la inspiración para sus personajes de *El Sombrero de tres picos*, es decir, nos parece ver en ellos a la señá Frasquita y al tío Lucas. A este efecto, es de recordar que su famosa novela

⁵² Laureano Bonet, ed., *El sombrero de tres picos*, por Pedro Antonio de Alarcón (Madrid: Taurus, 1981) 41.

la compuso Alarcón el mismo año que compuso *La Alpujarra*, y, también, coinciden ambas obras en el año de publicación. Así pues, estos personajes reales que tanto impresionaron al autor estaban aun muy recientes en su memoria. De hecho, lo primero que Alarcón destaca de los venteros de Torviscón es su cualidad literaria; ellos le recuerdan a los personajes de las novelas ejemplares de Cervantes. Si nos fijamos en la descripción que el autor hace de ellos, se puede señalar que los personajes alarconianos del molinero y la molinera tienen rasgos en común con los venteros de Torviscón descritos en *La Alpujarra*. Concretamente, Alarcón parece inspirarse en la gozosa relación de la pareja alpujarreña que “llama vivamente mi atención”,-dice- para crear a la bien congeniada pareja del molino guadijeño.

A la salida de Torviscón, por la rambla del mismo nombre, y en dirección a la Contraviesa, nos presenta una descripción del paisaje agreste y solitario y del clima desértico de la zona, estableciendo una analogía con las tierras de África para lo cual trae a escena al pintor francés Fromentin, conocido por sus cuadros del paisaje africano. Su evocación artística la continúa ahora citando unos versos del poema *Granada* de Zorrilla, al describirnos los peñones que encuentra en su recorrido por la árida y calurosa rambla de Torviscón. El capítulo cuarto relata el ascenso a la cima de la Contraviesa; para la descripción de la montaña utiliza, como siempre en la obra, la figura estilística de la personificación; la “poderosa naturaleza” inspira entusiasmo en el viajero que evoca la legendaria figura de Pedro el Ermitaño camino de la conquista de Jerusalén. En este capítulo también el autor nos informa sobre los cultivos autóctonos, y vuelve a emplear la personificación y la evocación literaria al mencionar –como ya hizo en la Parte Primera al hablar ‘poéticamente’ de los cítricos del Valle de Lecrín- el *Don Juan* de Byron y

Eugenia Grandet de Balzac para explicar el prosaico proceso del cultivo y exportación de la uva alpujarreña, convirtiéndolo en un relato literario, artístico.

En el capítulo quinto, Alarcón nos relata la conquista de la cima de la Contraviesa, cumpliendo así el anhelo de su niñez de ver “las cuatro fronteras” de la Alpujarra. Desde la cima divisa un espectacular panorama, incluido el mar, ocasión que aprovecha el autor para volver sobre el asunto que le obsesiona:

-¡Salud al mar, indiferente a los estragos que los siglos y los hombres hacen en esta caduca Tierra, patria de los calendarios y de los mortales!--¡Salud al mar, que no entiende de razas ni de civilizaciones, y que así acaricia con sus olas el litoral de África como el litoral granadino, y del propio modo se encoge hoy de hombros ante nuestra república ateísta, que ayer se encogía de hombros ante... Aben-Humeya! (III 107).

Para la descripción de la panorámica que se distingue desde la cumbre de la Contraviesa, el autor utiliza el recurso retórico de la antítesis para resaltar la emoción sentida en dicho momento. En el capítulo sexto, continúa la descripción del paisaje que vislumbra desde la altura del Cerro Chaparro y de la cordillera de la Contraviesa, aportando interesantes datos orográficos de la zona; en el capítulo séptimo y último de esta Parte, la emoción que le embarga le lleva a imitar a don Quijote, claro guiño al lector, y, siguiendo sus pasos, se dispone a pronunciar un “elocuentísimo discurso” sobre las cualidades de la comarca. Podemos calificar esta encomiástica descripción de apología de la Alpujarra, donde la maestría artística del exuberante y rico pincel del autor alcanza una de sus más altas expresiones.

De la Parte Cuarta, titulada “El Gran Cehel”, podemos decir que, ya el título del primer capítulo, nos resume y nos informa sobre lo que va a consistir el contenido. Efectivamente, vemos que Alarcón continúa su relato combinando los diferentes

ingredientes de su receta literaria: la geografía, la historia, la anécdota, el dato estadístico y “muchas cosas más”. Esta Parte consta de ocho capítulos que cronológicamente abarcan la noche del segundo día del viaje, más los dos días siguientes con sus respectivas noches. En cuanto al recorrido, cubre la distancia de Albuñol a Murtas y viceversa, pasando por los lugares de Mecina Tedel, Jorairátar y Cojáyar, es decir, la taha del Gran Cehel. Para empezar, nos presenta una mañana idílica en la villa de Albuñol, descrita como un ameno vergel con rasgos de exotismo oriental y americano. Alarcón nos lo explica en los siguientes términos: [...] “por lo que toca a su fisonomía poética y a su aspecto pictórico, el litoral de la Alpujarra trae a la imaginación del viajero presentidas imágenes de África y de América” (IV 125).

El rasgo orientalista sobresale aquí por el empleo de analogías entre lo autóctono y lo africano, y por las citas de historiadores y poetas árabes, por encontrarse el autor en la zona costera alpujarreña, tan relacionada históricamente con la costa africana. También, podemos comprobar elementos del clásico *locus amoenus* y, por otro lado, el empleo del vocablo *boulevard* imprime al lugar un leve toque de sofisticación europea. Las referencias literarias y mitológicas se evocan en la descripción del paisaje y se entremezclan con los datos de botánica que nos presenta en el primer capítulo. El segundo capítulo está dedicado por entero a la historia de Aben Humeya que fue interrumpida en el tercer capítulo de la Parte Tercera. En el siguiente, vuelve a insistir en la naturaleza curiosa y poética de su viaje por la comarca:

...deseábamos visitar antes de emprender nuestra gran excursión final a Sierra Nevada:
La prehistórica Cueva de los Murciélagos. /Las célebres Angosturas de Albuñol. /

La renombrada Encina Visa. / El famoso Cerrajón de Murtas. /Las reputadas higueras de Turón, /
 Y las nunca bien ponderadas olas del mar.
 Que tal era la índole de aquel viaje, y tal tiene que ser por ende la condición del presente libro: buscar y describir unas peñas, un árbol, un monte o una playa con el propio afán y la misma delectación que si se tratase de la Basílica de San Pedro, de la Venus de Milo o de las ruinas de Pompeya (IV 8-9).

En este capítulo, también, el autor nos avisa que en su excursión por la Alpujarra está entretejiendo un “drama romántico” sobre Aben Humeya, aludiendo al ya mencionado drama de Martínez de la Rosa al que Alarcón hace referencia en más de una ocasión en la obra, confirmando una vez más el carácter poético de la crónica. Pero sin olvidar referirse al tema de la intolerancia religiosa, al que alude en la “Historia de mis libros”, asunto ligado al problema morisco tan debatido en su época:

Y esto último, y no otra cosa, es la Alpujarra: --un rincón del mundo que sirvió de teatro a grandes y memorables tragedias, pero de donde la intolerancia y el miedo de los vencedores de un día arrancaron de cuajo la población, arrasando palacios y castillos, poniendo fuego a villas y aldeas, arando hasta los cementerios, y no dejando en pie otros monumentos u otros testigos de la dominación de la raza vencida y expulsada, que algún hueco en las rocas, algún árbol que se salvó del hacha, los montes incommovibles, los ríos de históricos nombres, el mar eterno, y los miles de fantasmas que la imaginación del caminante pueda ir evocando en el mudo imperio de tanta soledad y tanta muerte (IV 9).

El cuarto capítulo se centra en el relato de sus paseos por conocidos parajes de la zona, como la cueva de los murciélagos o las Angosturas de Albuñol; este lugar se nos describe como un sitio encantado, fantástico, casi de ultratumba y con un cierto rasgo del tópico del *Beatus Ille*. El exotismo oriental aparece por donde quiera que el autor pasa “embebido en observaciones y reflexiones”, y haciendo referencias literarias, en esta ocasión al famoso personaje de Tirso de Molina. En su ascensión al cerro de la “encina visa” vuelve a utilizar la personificación como recurso estilístico para describirnos el pico del Mulhacén. También hace alguna alusión histórica al mismo tiempo que el paraje le

evoca el exotismo del lejano oriente y la historia de los moriscos, hecho que el autor reconoce al confesar:

[...] el blanco fantasma de la Sierra, y las gallardas sombras de los moriscos reaparecieron simultáneamente ante nuestros ojos, como en virtud de mutuo conjuro, poblando de quiméricas visiones el horizonte alpujarreño...--Y siempre ocurre lo mismo, por resultas de no sé qué ley poética... ¡Siempre ocurre que, al contemplar aquellas nítidas montañas, todo el mundo resucita en su mente a los mahometanos andaluces! --Diríase que Sierra Nevada es la Níobe agarena, petrificada por el espanto, para eterno testimonio de la triste suerte de sus hijos... (IV 21).

Aparte de la evocación de la historia del siglo XVI, aquí hace una clara referencia a la situación política del momento: “¡Hay cosas que no se heredan... --como hay otras que no se improvisan!—Y aquí tenéis planteada en un dos por tres toda la cuestión de las varias especies de monarquía, hoy que buscamos rey” (IV 22).

El capítulo quinto está dedicado a la historia de la rebelión morisca casi en su totalidad; el autor nos advierte que sus amigos los historiadores, viajando en las alforjas de un mulo, lo acompañan día y noche, y en el cortijo de la Negra lo ponen al corriente de las noticias de la sublevación morisca, asunto que le traía “sorbidos los sesos”. En su “sucinto resumen” de la historia, Alarcón parece reflejar la opinión generalizada entre los apologistas de la expulsión de los moriscos al considerar que éstos suponían un peligro real como la “quinta columna” del poder musulmán. A continuación, el capítulo sexto nos describe la villa de Murtas utilizando la figura retórica de la antítesis como recurso estilístico para establecer un contraste con la villa de Albuñol. Alarcón compara la idiosincrasia de los moradores de un pueblo de montaña, Murtas, con la de los habitantes de un pueblo marítimo, Albuñol. Aquí, como en la Parte Primera, vuelve a referirse a la

teoría de Locke acerca de la influencia del clima y el terreno como determinantes del carácter del hombre. Seguidamente, enumera todas las cualidades de la vida cristiana y las piezas de la típica vestimenta castellana del Antiguo Régimen. Su comentario tiene la apariencia de ‘profesión de fe de cristiano viejo’ lo que probablemente contribuyera a que el crítico y contemporáneo suyo, Manuel de la Revilla, percibiera en *La Alpujarra* “un lamentable espíritu de intolerancia”.

En el capítulo séptimo, Alarcón vuelve a ‘reunirse’ con sus cuatro amigos, los historiadores, a saber: Hurtado de Mendoza, Mármol y Pérez de Hita, contemporáneos de la rebelión morisca, y Lafuente Alcántara, contemporáneo suyo y portador de una versión novelada de la historia de los moriscos. En este capítulo, el autor sigue la historia de Hurtado de Mendoza para relatarnos un episodio sobre Aben Humeya y decisivo, además, en la historia Aben Abó, enemigo de aquel y segundo rey morisco. Alarcón se vale del recurso retórico de la iteración al repetir varias veces el nombre de Aben Abó para imprimir dramatismo al relato y poner de relieve el aspecto trágico del personaje. El comienzo del octavo y último capítulo nos trae a la memoria el principio de la Parte Segunda, es decir, el relato de los preparativos para emprender el nuevo día, esta vez refiriéndose al desayuno típico de las gentes del lugar y al programa del día; además nos da “noticias acerca de la historia, estadística y costumbres” de los lugares que cubren su itinerario de la jornada, excursión que termina en Murtas, en el mismo lugar donde había comenzado.

En la Parte Quinta, Alarcón nos relata su “viaje al mar”, es decir, el recorrido entre Murtas, Turón, Adra y Albuñol, itinerario correspondiente al cuarto día de la excursión. El capítulo primero continúa la narración poética mostrando el rasgo

orientalista iniciado en la Parte Cuarta, así lo comprobamos en recurso retórico de la metáfora utilizado para anunciar la salida del sol. A continuación, nos muestra un breve cuadro costumbrista al describir a los lugareños de los alrededores de Murtas que se dirigen a la villa para la misa del domingo de Ramos; la descripción se aleja del colorido oriental, pero sigue en la misma línea en cuanto a la descripción literaria, según Alarcón mismo declara al referirse a las campesinas “desde el punto de vista artístico... y desde lejos, por añadidura”. El autor no se acerca al poblador alpujarreño real sino que éste se transforma en personaje literario con rasgos orientales o, en este caso, las lugareñas se nos pintan con la paleta del artista cristiano, atribuyéndoles características propias de los personajes bíblicos, y por lo tanto también literarios.

En el camino de Murtas a Turón, descendiendo por una pendiente cuesta, el clima se va haciendo progresivamente tropical y, al desembocar en la rambla, tramo que el autor nos describe eficazmente, la descripción se remata con un leve rasgo realista al mencionar las moscas de 1872. Después, se reanuda la narración literaria comenzando a establecer una serie de comparaciones entre Turón y sus famosos higos con conocidas ciudades italianas o del Mediterráneo; para ello utiliza vocablos como ‘avenida’ que imprimen al lugar cierto rasgo de modernidad europea. Ya vimos cómo emplea *boulevard* al describir Albuñol con el mismo propósito. Aquí, aprovecha para explicar el origen latino del topónimo Turón, y para referirnos un suceso de la guerra de los moriscos ocurrido en el lugar. También, aparecen las ya consabidas referencias literarias, concretamente, a los clásicos romanos Macrobio y Varrón, y para cerrar el capítulo, al contarnos su resolución de visitar Adra antes de marchar hacia Albuñol, Alarcón no

puede evitar aludir a su personaje de referencia favorito: “Nosotros, Pepe, saldremos por el corral, como don Quijote”.

El segundo capítulo trata del primer tramo de “la vertiginosa carrera” de Turón a Albuñol, pasando por Adra, que el autor y su ‘primo’ llevaron a cabo en varias horas a pesar de los malos augurios de los autóctonos de la comarca. Concretamente, se narra el trayecto de Turón a Adra y las peripecias del camino. Aquí nos presenta una poética descripción de la villa de Berja que aparece en la distancia y nos proporciona unos breves datos históricos sobre su origen y de su papel en la rebelión de los moriscos. En anticipación a su llegada a Adra, el autor nos describe la población, y para dar mayor expresividad e interés a su descripción, Alarcón recurre a la figura retórica de la reiteración como recurso poético para enumerar sus cualidades y características. El capítulo tercero se abre con unas breves pinceladas costumbristas sobre el atuendo de las gentes, de los pescadores y marineros de Adra a los que acaba comparando con “moros de Levante”. Seguidamente, relata la estancia de una hora en la “industriosa” villa, donde se alegra de estar de nuevo en contacto con el “mundo abierto, público y conocido”, con “el siglo XIX”, con “la civilización moderna”. Esta idea de volver al presente podría considerarse una prueba del “viaje al pasado” que la Alpujarra representa para el autor. El capítulo se cierra con la serie de exclamaciones empleadas por el autor para infundir suspense a la aventura que va a comenzar; también, la introducción del diálogo, particularmente, en los capítulos primero, tercero y cuarto agiliza la narración. Finalmente, la interpolación del ‘pequeño melodrama’ que nos va a presentar a continuación añade variedad narrativa e imprime dramatismo a la narración.

En efecto, en el cuarto capítulo Alarcón inserta un breve relato melodramático protagonizado por el guía que su compañero de aventura y él contratan en Adra para el recorrido por las playas y puntas entre Adra y Albuñol. Se trata de un marinero que, “con sus anchurosos zaragüelles y su anguarina de flotantes mangas, blancos aquellos y negras éstas, parecía a lo lejos otro pájaro marino, mensajero de desventuras”.

Descripción artística del guía para la cual Alarcón se vale del recurso retórico de la metonimia, empleada para comparar al personaje con un ave marina, imprimiéndole así carácter de personaje literario. En su recorrido por la costa alpujarreña, el autor nos va señalando las torres vigías, vestigios del pasado moro, por un lado, y realidad del mundo del contrabando del siglo XIX, por otro lado, al hablar de los carabineros que encuentran en su camino, cuya función es controlar el problema del contrabando -cabe recordar la alusión a la antigua profesión de carabinero y contrabandista del ‘criado mayor’ que se ofrece a acompañarlos en su carrera como ejemplo del problema que aquejaba especialmente a la España de la primera mitad del siglo XIX-. El capítulo culmina con el triunfal término de la carrera y la llegada a Albuñol ante el asombro y admiración de sus huéspedes y compañeros de excursión.

El quinto y último capítulo, Alarcón lo dedica exclusivamente a relatar varios importantes episodios de la historia de la rebelión morisca. Para ello se vale o bien de citas directamente sacadas de los historiadores o resumiendo él mismo la historia de los cronistas de la guerra. Concretamente, para la exposición de los sucesos históricos que recoge en este capítulo, Alarcón recurre a la historia de Pérez de Hita para la etopeya del marqués de los Vélez, y a Lafuente Alcántara para el resto de la crónica de la guerra, es decir, desde el momento de la intervención de don Juan de Austria, incluyendo la

expulsión de los moriscos del reino hasta la retirada del marqués de Mondéjar del escenario de la contienda al ser nombrado virrey de Valencia y después de Nápoles.

La Parte Sexta de *La Alpujarra* se centra en la excursión a “la Gran Sierra”, a Cádiar y a Ugíjar, pasando por varias poblaciones de las laderas de Sierra Nevada. Consta de nueve capítulos que relatan, en su mayoría, la celebración de la Semana Santa, comenzando por su día de descanso de la “carrera vertiginosa” por las playas de la Alpujarra costera, es decir, por la jornada del lunes santo que nos presenta el autor en el primer capítulo. El martes santo comienza en Albuñol y termina en Murtas, donde pernocta para salir al día siguiente con dirección a Cádiar. Al comienzo de este capítulo nos encontramos una artística descripción de una tormenta. Seguidamente, el autor entra de lleno en materia religiosa citando textualmente párrafos de los Evangelios. Después nos describe poéticamente el Mulhacén y otros montes menores que observa en su camino, y acaba presentándonos la prosaica costumbre del sueño nocturno imitando el lenguaje alegórico de la *Divina Comedia* de Dante. En el capítulo segundo comienza la excursión a Sierra Nevada que transcurre del miércoles santo al viernes santo. Este capítulo corresponde cronológicamente al miércoles santo y traza el recorrido de Murtas a Cádiar. Alarcón nos describe una visión panorámica de Sierra Nevada desde su ladera sur⁵³, éste es otro momento culminante de la excursión que le hace comentar:

Así es que en aquel punto y hora quedó satisfecha por completo mi curiosidad de tantos años acerca de cómo sería Sierra Nevada por la banda del sur, y formé completo juicio de la forma, estructura y respectiva proporción de sus ingentes moles... (VI 6).

⁵³ Para las descripciones panorámicas que Alarcón nos presenta en su obra, ya sea desde las cumbres de Sierra Nevada o de la Contraviesa, el autor pudo haberse inspirado en el largo poema descriptivo del conde de Torre Marín, titulado *Los contornos de Granada* y compuesto en 1831 (Carrasco 212-213).

En la descripción poética del Mulhacén, el colorido adquiere tonos propios de las pinturas cristianas, de las vírgenes de Murillo, según nos dice el propio Alarcón. También añade un comentario sobre el origen del nombre de Sierra Nevada y continúa su descripción del Veleta y otros montes de menor envergadura; aquí, se cita a sí mismo, insertando varios párrafos cortos de su obra *De Madrid a Nápoles*; este capítulo concluye con una descripción del paisaje en la que nombra más de veinte poblaciones ubicadas en las laderas de Sierra Nevada.

El capítulo tercero se abre con la llegada a Cádiar y corresponde también al miércoles santo. En esta población evoca la historia morisca, especialmente por haber sido el lugar de la coronación de Aben Humeya como rey de los granadinos. La descripción que nos hace de la población es, por descontado, poética y añade un punto de sofisticación moderna al establecer una curiosa y desigual analogía entre Versalles y el Trián y Cádiar y su anejo Narila⁵⁴. El autor admite que el Cádiar que le interesa es “el pintoresco, noble y principal” de hace “trescientos años”, “el Cádiar de mi fantasía”. Aquí encuentra el momento oportuno para insertar varias escenas del drama romántico *Aben Humeya* de Martínez de la Rosa, antes aludido. A continuación, contrasta el fin del drama con el final histórico según relatan los cronistas Mármol y Hurtado de Mendoza.

A su paso por el lugar de Narila, visita al cura del lugar y juntos rememoran un violento episodio del comienzo de la sublevación de los moriscos, los conocidos y controvertidos martirios de cristianos a manos de moriscos en la navidad de 1568, tema que le hace recordar al autor otro caso de violencia extrema que nos describe con

⁵⁴ Las comparaciones que Alarcón establece entre lugares europeos conocidos y los lugares alpujarreños son consideradas por Luis Fernández Cifuentes en su artículo “Los viajes de Alarcón: Shakespeare tiene la culpa...”, *Ínsula* 535 (1991): 17, como muestra del tour europeo de Alarcón en el que el viajero busca lo semejante y lo repetido frente a lo nuevo y diferente propio de un viajero explorador.

macabro detalle. Alarcón se está acercando a la celebración del jueves santo y el carácter religioso o “saborcillo” religioso de su discurso que menciona Luis Alfonso, “va subiendo de tono,” -para utilizar ahora una expresión de nuestro autor- se va elevando en la obra a medida que se acerca al viernes santo, al día culminante de la “epopeya de todos los tiempos”, según él mismo califica la pasión y muerte de Cristo. Alarcón trata de mostrarse como un ‘buen católico’ calificando de martirios las muertes de los cristianos alpujarreños y resaltando estas violentas muertes, a la manera de los mártires cristianos del principio de nuestra era, como dignas o deseadas por un buen cristiano. Aquí también se intensifica su “cruzada” a favor del catolicismo y contra “el monstruo de la impiedad”, lenguaje y actitud que suaviza en la edición de 1882 al añadir la explícita aclaración de que la frase “monstruo de la impiedad” no fue suya sino del sacerdote de Narila. De todos modos, a partir de este capítulo, y según se va acercando a los días claves de la celebración de la Semana Santa, tanto el lenguaje como el paisaje comienzan a adquirir fuertes tonos religiosos; a partir de ahora, el autor va a relacionarlo todo con lugares y personajes de los Evangelios sobre la pasión y muerte de Cristo.

El capítulo cuarto prosigue la ascensión a Sierra Nevada. También continúa la descripción poética del abrupto paisaje de cerros y pendientes que lleva a las cumbres de Sierra Nevada. Como parte de la descripción del paisaje intercala varias estrofas de una mediocre oda a la sierra compuesta por un poeta local, inclusión que el autor justifica por el destacado sentimentalismo del poema, rasgo importante para Alarcón especialmente en este punto de su relación de viaje. Desde su posición “a media sierra”, descubre un singular panorama que le hace evocar con hiperbólicas exclamaciones el continente africano y ciertos hechos históricos acaecidos en dicho continente, terminando con una

alusión a la campaña de África. Aprovecha para insertar una digresión sobre las relaciones hispano-africanas que compara con las conflictivas relaciones entre amantes pertenecientes a familias rivales. Al establecer esta comparación, el autor se muestra pesimista sobre el futuro de tales relaciones. Con ello toca de frente el debate sobre el problema morisco que se discutía en su época y parece tomar la misma actitud ambivalente de atracción y rechazo de muchos autores y eruditos orientalistas del XIX con respecto a África, a lo moro.

Como se ha apuntado anteriormente, el autor introduce el lenguaje propio de las ceremonias de celebración de la Semana Santa, presentándonos así el ritual religioso católico correspondiente al miércoles santo junto con la relación del Evangelio apropiada al día. Alarcón reflexiona “desde las cumbres de la edad y de la sierra” sobre los misterios de la Semana Santa al término de la jornada en Yegen, donde pasa la noche del miércoles santo. En el capítulo quinto, que corresponde al jueves santo, el autor hace un recorrido por algunas poblaciones de Sierra Nevada que utiliza para realizar las siete estaciones según ritual católico de la celebración de la Semana Santa. Estas poblaciones se convierten en el escenario teatral de la representación de la pasión de Cristo. El capítulo comienza con una poética exaltación de la hospitalidad recibida en Yegen; para ello recurre a la mitología clásica. Al despuntar el día sale de la población después de haber pasado por la iglesia para visitar el ‘monumento’, cumpliendo así con la primera estación, ocasión que no dejar pasar sin hacer una nueva referencia a la “impiedad de este insensato siglo”. También aprovecha para darnos unos breves datos estadísticos sobre el lugar, y a renglón seguido retoma el relato de los rituales de la Iglesia en relación con la pasión de Cristo. Su especial conocimiento de todos los ritos litúrgicos católicos de la

celebración de la Semana Santa y su evidente deleite en reportarlos delata su pasada participación en dichos ceremoniales, hecho que Alarcón reconoce al añadir en la edición de 1882 el siguiente comentario, a modo de justificación: “Ya veis que todavía se me conoce que he sido seminarista.” Al concluir la detallada exposición del ritual, el autor “principia” una sentida apología del catolicismo, comedida en comparación con la vehemente exposición que aparece en la edición de 1874, motivo probable de que Alarcón fuese tachado de neocatólico y ultramontano. La celebración del jueves santo le tiene absorbido el seso; la sierra es ahora templo o monumento cristiano: “Sierra Nevada calificada ya como *templo* por nosotros varias veces durante aquella larga peregrinación!” O también: “La Sierra, pues, vestida, como la Iglesia, de blanco y plata, en señal de triunfo”. Al pasar por lugares con un pasado morisco, como es el Llano de Laujar, evoca brevemente a varios personajes históricos relacionados con el lugar. En Válor, señorío de Aben Humeya, visita la iglesia para conmemorar la segunda estación. De esta población menciona algunos datos estadísticos, nos comenta su estratégica localización y menciona brevemente la historia. A lo lejos divisa Ugíjar, antigua metrópolis de la Alpujarra que en este momento le hace pensar en los personajes relacionados con la pasión de Cristo. En su mente sólo tienen cabida escenas de la celebración de la Semana Santa. En el lugar de Nechite, la tercera estación, asiste a ceremonia religiosa, u ‘oficios’ del jueves santo, nueva referencia a los llamados martirios de la Alpujarra. Desde Nechite se dirige a Mecina Alfahar, donde hace la cuarta estación y desde Mecina Alfahar a Mairena, donde hace la quinta estación. El estado ruinoso de las iglesias de las poblaciones de Nechite y Mairena da pie al autor para arremeter contra la política gubernamental sobre la Iglesia; critica el estado de abandono

en que se encuentran los lugares de culto por falta de subvenciones del gobierno que, según Alarcón, ha de sufragar los gastos de los católicos que constituyen la mayoría de los ciudadanos. Para enfatizar y dar fuerza a la exposición de sus ideas acaba utilizando el diálogo:

--¡Ah, señora España! (exclamamos entonces.) ¡Mucho apresurarse a arrojar de la Alpujarra a los moriscos, como enemigos de nuestra Fe: mucho obligar a aquella tierra, con el hierro y con el fuego, a ser católica: mucho lamentarse hoy nuestros hombres de Estado de los progresos de la impiedad: mucho decir que el descreimiento religioso es la carcoma de la actual civilización: mucho consignar en nuestros presupuestos grandes partidas para *reparación de templos*: mucho sacar a los pueblos exorbitantes contribuciones..., y he aquí dos feligresías que vanamente piden un día y otro que se les conserve la Casa de Dios, --único refugio que pueden hallar en sus tribulaciones los menesterosos que todavía no pertenezcan a la *Internacional*!

Por lo que respecta a los pobres párrocos, el llamado Gobierno se abstiene también de pagarles su dotación y la del culto... --¿Qué le importa al Gobierno que los españoles tengan o no tengan ideas religiosas? ¿Qué le importa que tengan o no tengan principios morales? ¡Habría visto el Gobierno tantos pueblos que vivan y prosperen sin lo uno y sin lo otro! ¡Habría visto tantas sociedades, tantas civilizaciones, basadas en la negación de la inmortalidad del alma!...

--«¿Qué falta hace Dios, existiendo la *Guardia Civil*?»... (dirán acaso nuestros actuales gobernantes.) --«¡Y hasta, sin *Guardia Civil*!...» (añadirán a fuer de liberales a la española.)

--«¡Con armar al pueblo, cada ciudadano defenderá su dicha como pueda!...» --«¡Justo! --(responderán los leones, los tigres y los chacales del desierto.) ¡Así vivimos nosotros!» (VI 221).

Para entender la postura de Alarcón con respecto al papel del Estado y de la Iglesia en la sociedad conviene tener presente su afiliación a la llamada generación de 1868, particularmente, para comprender la intención del autor y el carácter religioso que imprime a la Parte Sexta de su obra. Esta generación estaba constituida por destacadas personalidades del mundo de la política, de las ciencias, del derecho y de la literatura cuyas “dotes morales e intelectuales” estimularon la creación de una nueva conciencia nacional. Influidos por el romanticismo literario, impulsaron la renovación del sentimiento de la dignidad humana; con la implantación de las reformas económicas

favorecieron la emergencia de una vigorosa clase media; y, además, situaron en destacado lugar de su vida el problema religioso, inspirados en la filosofía romántica alemana de Schelling, Schleiermacher y, especialmente, Krause y su sentido religioso de la vida a través del krausista Sanz del Río. En efecto, Sanz del Río influye de manera definitiva en la renovación espiritual de la generación del 68, y su influencia fue también decisiva en la actualidad e importancia que el problema religioso adquiere en esta época. A nuestro autor, como miembro de la generación del 68, le preocupa de manera especial el problema religioso, problema candente que afecta a todas las manifestaciones de la vida española de la segunda mitad del XIX.

En esos momentos, concretamente, en el Concilio del Vaticano de 1870 la Iglesia se transforma en una teocracia absolutista al proclamar la infalibilidad del Papa, por lo que el país se enfrentaba con el poder teocrático absolutista de la Iglesia, con la inmadurez del individuo acostumbrado a que se tomara responsabilidad por él y que adoptaba, con respecto al papel ejercido por la Iglesia, una actitud pasiva. Frente al poder de la Iglesia, el Estado va perdiendo fuerza, representado por una sociedad civil débil y estancada. A esta situación se unía la influencia de la escuela “eclesiástico-totalitaria” sobre el individuo que convertía el conflicto de lealtades entre Iglesia y Estado en algo “especialmente doloroso en España”⁵⁵. Con respecto al problema religioso, cabe recordar que desde principios de siglo se estaba deliberando el papel de la Iglesia en la sociedad, la separación de ambos poderes, intento frustrado en el siglo anterior. La Iglesia se inmiscuía en todos los aspectos de la vida de la sociedad. Así, durante el papado de Gregorio XVI, tanto el Papa como la mayoría del clero español eran partidarios del absolutismo carlista (Jiménez Fraud 24).

⁵⁵ Alberto Jiménez Fraud, *Juan Valera y la Generación de 1868* (Madrid: Taurus, 1973) 24.

El problema religioso lo afrontó esta generación “de manera tímida y respetuosa”. Valera afirmaba que “el cristianismo es doctrina moral y religiosa, y no lo es social y política” (Jiménez Fraud 25), ideas compartidas por muchas personalidades de la generación del 68. Esta recatada actitud la vemos también en Alarcón cuando le dice al oído -porque él mismo confiesa que no se atreve a decirlo de otro modo- al cura de Albondón, en el Epílogo de la edición de 1874, que es necesario democratizar la Iglesia. En la edición de 1882 lo declara abiertamente. Igual actitud de respeto y admiración hacia la Iglesia expresaban los krausistas, quienes proponían una convivencia y colaboración respetuosa con la Iglesia. A estos se enfrentaba el partido político llamado neocatólico defensor del poder absolutista tanto político como religioso, partidarios de la postura “eclesiástico-totalitaria.” Los regeneracionistas parten de una “concepción del Estado como institución moral que proporciona a sus ciudadanos el más alto tipo de vida”, especie de “sacerdocio del Estado” que la Iglesia y los neocatólicos percibían como una usurpación de sus funciones en la sociedad. Los neocatólicos atacaban a los krausistas con “implacable ferocidad y exaltada intolerancia”, cosa común en “las querellas religiosas” (Jiménez Fraud 26). Alarcón participa de esta radical renovación de la conciencia nacional, que en España adquiere un cariz profundamente religioso, a decir de Juan Valera; sin embargo, el autor capta mayormente “la agitación externa, las luchas de intereses, las heridas de amor propio y la vanidad que todo conflicto y cambio llevan consigo” (Jiménez Fraud 58).

Volviendo a la obra, vemos que para referirse al paisaje, al describirnos la ubicación de Nechite y Mecina Alfahar, establece una analogía comparándolas con dos lugares italianos: el antiguo Herculano, cuyas ruinas nos describe en *De Madrid a*

Nápoles y el moderno Resina. Después de señalar unos datos estadísticos sobre la población de Mairena, el autor evoca la tradición accitana de la Semana Santa, presentándonosla con rasgos costumbristas de tono melancólico debido al sentimiento que, una vez más, le inspira una tradición que cree abocada a la desaparición como otras muchas en el momento de rápida transición que vivía la España de la época. A continuación, evoca la historia morisca del lugar, enfocándose de nuevo en las violentas confrontaciones entre moriscos y cristianos, y es de destacar que Alarcón, en esta Parte, presta atención a las fechorías de los moriscos sobre los cristianos y muestra especial interés en considerarlas martirios cristianos con la intención de conectarlas con la pasión y muerte de Cristo, según podemos comprobar en el capítulo siguiente. Antes nos describía el martirio del cura de Felix como “privilegiado”. Ahora estamos ante uno “lisonjero” y de nuevo parece considerarlo la mejor forma de morir de un “buen cristiano”:

¡Lisonjero martirio en verdad! ¿Qué mejor empleo de esta triste vida que perderla de semejante modo? --¡Creer en Cristo, Hijo de Dios vivo, y morir por Él y como Él... ¿qué mayor ventura? ¿qué mayor gloria? (VI 225).

Aquí se nos presenta un Alarcón no sólo profundamente religioso, sino cargado de hiperbólico dramatismo sobre la vida también. De acuerdo con el procedimiento seguido hasta ahora, el autor vuelve a citar los Evangelios y a resumir la historia sagrada. En su peregrinación alpujarreña, de Mairena pasa a la aldea de Júbar para rezar la sexta estación; en su iglesia rememora otro pasaje de la historia sagrada, el Evangelio según San Mateo. Finalmente, de Júbar se dirige a Laroles, último tramo de su recorrido y última estación del jueves santo. En su ascensión a este lugar es testigo de una

representación de la tradición religiosa del jueves santo, de la procesión del jueves santo. El autor, con magistral pluma y profunda emoción, nos traza un cuadro de costumbres con reminiscencias de auténtica pintura religiosa evocando el arte cristiano del divino Morales y de Sebastián del Biombo, al narrar el espectáculo que él divisa a lo lejos, a las afueras de la aldea de Laroles, incluyendo la parte de la historia sagrada relacionada con dicha celebración. Se trata, en efecto, de una representación teatral muy del gusto del autor, según vemos en las elogiosas exclamaciones que emplea antes de describirnos la escena: “¡Ningún poeta, ningún artista, ningún creyente, ningún místico, fue jamás tan afortunado como nosotros en aquel instante!...”

La excursión del día concluye con la entrada, ya de noche, en la población de Laroles; con breves trazos nos describe a los lugareños-actores del drama religioso que aún pululan por las calles después de la procesión; es decir, en su descripción combina el elemento realista de la indumentaria de éstos con el elemento ficticio al presentarlos como protagonistas del drama:

Las mujeres, vestidas de oscuro, circulaban por las calles con sendos rosarios en la mano y con la más religiosa tristeza en el rostro. Los hombres, envueltos en sus capas, capotes o anguarinas, se arremolinaban en grandes grupos, como preguntándose: --“¿Qué hemos hecho? ¿Si éstos que llegan a caballo serán los soldados de Tito que vienen a destruir la Ciudad y el Templo hasta no dejar piedra sobre piedra”? (VI 230).

Alarcón embargado de “emociones vivísimas”, pernocta en casa de un matrimonio anciano con quienes comparte una melancólica velada en la extremidad de Sierra Nevada, repasando la historia sagrada y recordando a aquellos que ya se fueron, muy especialmente a la hija muerta. Aquí cabe recordar el motivo inicial del viaje del autor cuando en la Parte Primera exclama:

¡Para algo más que para leer y depurar historias humanas hemos dejado nuestro gabinete de Madrid! --La inmortal Naturaleza nos aguarda amorosamente al otro lado de aquesos últimos cerros de dominio público, dispuesta a hablar a solas con nuestro fatigado espíritu (I 48).

La Naturaleza se nos muestra como eterna consoladora de los infortunios humanos. Esta evocación de la naturaleza es de cuño romántico, aunque el autor no se refiere al dolor metafísico romántico sino al dolor causado por la muerte de su hija.

En el capítulo sexto culmina el drama de la representación de la muerte de Cristo, que tiene como dramático escenario las altas cumbres de Sierra Nevada. Alarcón nos presenta un cuadro alegórico de su viaje y de su obra con una versión *sui generis* del drama cristiano al introducir en escena a los personajes moriscos Aben Humeya y Aben Abó, a los cristianos que intervinieron en la Reconquista y también a los actores principales de la represión de la rebelión morisca. Mezcla la historia sagrada con la historia de la guerra de los moriscos y termina estableciendo una comparación con la situación vigente en su momento, con la historia contemporánea. Citando las famosas palabras de don Quijote en su discurso de la Edad Dorada, Alarcón se lamenta de la falta de idealismo que azota su época y del peligro de la muerte del espíritu que suponen para él las doctrinas materialistas que comienzan a tomar fuerza en su época. Aquí nos encontramos con un claro ejemplo de lo que se propone el autor en su obra: conectar las circunstancias políticas y sociales que estaba viviendo el país en su momento con el pasado que va evocando a su paso por los lugares alpujarreños, es decir, revivir el pasado de la comarca fundiéndolo con el presente.

El capítulo séptimo comienza con el descenso de la sierra y traza el recorrido entre Laroles y Murtas pasando por Picena, Cherín y Ugíjar y otros lugares del camino. A

su paso por los lugares, con la excepción de Ugíjar, nos presenta algunos datos estadísticos y hace leve mención de la historia morisca asociada a ellos. Este capítulo se corresponde cronológicamente con el viernes santo y, obviamente, la relación va a centrarse en la presentación de los ritos litúrgicos correspondientes a la celebración de tal fecha con las consiguientes citas de los textos sagrados. Al llegar finalmente a Ugíjar, el autor nos describe la villa en el día solemne del viernes santo, y nos proporciona datos estadísticos sobre la antigua ciudad morisca, añadiendo algún trazo costumbrista sobre sus gentes. También nos refiere su pasado, concentrándose en un episodio violento de la historia de la rebelión morisca, y a continuación introduce el texto sagrado. Inmerso en el drama sacro que ha creado él mismo, sólo ve personajes ficticios alrededor suyo:

... vimos cruzar varios curas, en distintas direcciones, todos ellos a caballo y muy de prisa... Parecían los Discípulos de Jesús, corriendo atribulados por las cercanías de Jerusalén en aquel temeroso instante... (VI 240).

Terminada la representación de las escenas del Evangelio sobre la muerte de Cristo, y dada por concluida también la conmemoración del viernes santo, Alarcón vuelve la mirada a su otro drama, el protagonizado por Aben Humeya y Aben Abó, cuyo final nos va a representar en los dos capítulos restantes de esta Parte, y que ponen punto y final a la obra. Efectivamente, en el capítulo octavo se nos cuenta la traición y muerte de Aben Humeya, perpetrada por sus enemigos, de entre ellos el propio Aben Abó, su sucesor. Para ello recurre una vez más a todos los cronistas de la sublevación morisca, citando textualmente a cada uno de ellos e intercalando entre las citas de aquellos sus propios comentarios. De nuevo, la historia se torna mito al compararla con la conocida leyenda bíblica de Judith. En el capítulo noveno y último, se nos relata la muerte de Aben

Abó y la conclusión de la guerra de los moriscos, siguiendo la relación de los cronistas de la contienda. Al concluir el relato del último drama, de la traición y muerte de Aben Abó, el autor vuelve al escenario de su viaje, al cortijo de Unqueira, de donde parte en dirección a Murtas, pasando por los lugares de Cojáyar y Mecina Tedel. Al llegar a Murtas, nos describe los últimos detalles de la celebración religiosa del día, recreando poética y brevemente la conmemoración del entierro de Cristo. Finalmente, para expresar la tristeza que quiere imprimir a la noche del viernes santo, el autor se vale de una artística descripción utilizando la figura de la personificación, tan prolijamente empleada en toda la obra: "...sólo se oyeron ya durante toda la noche los aullidos lastimeros del aire y el sollozo continuo de la lluvia..." Por la variedad de textos que la componen, la Parte Sexta es quizás la más representativa de la imbricación de textos que el autor utiliza para la creación de su obra. Con la Parte Sexta Alarcón pone punto y final a su viaje literario por la historia y el paisaje alpujarreños.

El epílogo de la obra lleva por título "La expulsión de los moriscos", tema que ya está presente en otros escritos del autor; así se puede comprobar en el cuento "Una conversación en la Alhambra". En el principio del epílogo el autor vuelve a la realidad en el momento de exclamar: "Parecíame que acababa de despertar de un sueño, o de sanar de una locura". Y claramente nos lo hace saber al recordarnos la fecha exacta y los acontecimientos políticos que estaban ocurriendo en el momento. Los moriscos pertenecen al pasado y los alpujarreños, nos informa, no tienen nada que ver con aquellos sino con los repobladores cristianos del siglo XVII. Sin embargo, en el epílogo se vuelven a fundir realidad y fantasía. Se trata de un breve relato de su andadura por Murtas y Albuñol, pasando por la villa de Albondón; cronológicamente corresponde al

sábado de gloria. Aquí vemos que el autor hace de su recorrido una breve narración con ribetes de relato fantástico donde aparece el elemento sobrenatural en la persona del enigmático personaje que le acompaña en su camino a Albuñol. Además inserta un diálogo entre la razón y el miedo, una especie de ‘monólogo interior’ en que Alarcón-narrador-sujeto literario se debate entre lo racional y lo irracional, en el que el autor-protagonista se desdobra en un diálogo entre la realidad y la fantasía, es decir, en dos ‘personajes’ que representan dos aspectos contrapuestos de su lucha interior en la que al final se impone la razón sobre el sentimiento.

En este breve relato encontramos un ejemplo más de lo que Laureano Bonet califica de “intoxicación imaginativa de autor” y un “reflejo de esa mezcla romántica entre la vida y el arte tan propia de sus mejores relatos” (García Lara 80). No faltan aquí tampoco las alusiones a la historia morisca ni la descripción poética del paisaje. Su visita al cura de Albóndon nos lleva al tema central del epílogo, es decir, a la recapitulación del tema que impregna su obra de principio a fin. En su conversación con el sacerdote comienza por presentarnos datos históricos sobre la expulsión de los moriscos, y a continuación resume sus puntos de vista con respecto al tema morisco y al problema religioso de su tiempo. Aboga por una Iglesia democrática y por la defensa del catolicismo como única religión de la mayoría de los españoles. En su visión del problema morisco critica la política llevada a cabo por la Inquisición y Felipe III; sin embargo, no concibe la idea de una España plural. No obstante, el autor confiesa en “Historia de mis libros” que su obra es “un alegato a favor de la tolerancia religiosa”. También en el mismo lugar, a propósito de su novela *El niño de la bola*, Alarcón declara

que con *La Alpujarra* comienza su “campana espiritualista” continuada en *El escándalo* y que culminará en su “Discurso de la moral en el arte”.

Finalmente, a lo largo del recorrido de la obra podemos comprobar, en cuanto a su estructura, que es un complejo e imbricado entramado de temas; por su sofisticada forma es un libro al modo francés de la época. Tomando las palabras que Bonet utiliza para referirse a *De Madrid a Nápoles*, podemos decir que *La Alpujarra* es “un espacio geográfico e histórico impregnado de literatura, a guisa de enorme palimpsesto rico en huellas” literarias (García Lara 80). Lo mismo opina José R. González García al señalar que la estructura de *La Alpujarra* consiste en:

...un palimpsesto que se escribe sobre textos anteriores. Una lectura del pasado en la que lo escrito se superpone a lo vivido, pero no para sustituirlo sino para completarlo en la fingida simultaneidad de escritura, lectura y experiencia⁵⁶.

Por lo que al estilo se refiere, Pardo Bazán, lo considera más castizo que *De Madrid a Nápoles*; el estilo francés que predomina en su crónica del viaje a Italia ha sido depurado y pulido de la excesiva artificialidad característica del estilo afrancesado de su primera etapa literaria. En *La Alpujarra* se nos muestra la expresión de la plenitud del ingenio descriptivo de Alarcón. Artísticamente es su obra viajera más netamente española. Pardo Bazán también destaca en el estilo de esta obra la “intensa y plástica percepción de colores y formas” (NTC 42), considerándola su mayor logro artístico después de *El sombrero de tres picos*. Alarcón muestra un magistral dominio del lenguaje, rico en frases vigorosas y palabras que expresan con fiel exactitud la idea que

⁵⁶ “Viajes y literatura: *La Alpujarra*” *Ínsula* 535 (1991):18.

quiere transmitir el autor. Se trata de un estilo evocador y sugestivo, ameno, con bellas descripciones de gran viveza y colorido, dignas –según Pardo Bazán- del pincel de su contemporáneo Fortuny. Manuel de la Revilla lo considera un estilo modelo de “frescura espontaneidad y elegancia”, con un “lenguaje castizo, fácil y ligero sin ser degenerar en frívolo”; y Luis Alfonso destaca de su lenguaje una “gran fuerza y galanura”. Esto, por lo que concierne a sus contemporáneos.

Por otro lado, se percibe ampliamente en esta obra el estilo largamente enumerativo típico de Alarcón. La cualidad artística y dramática del paisaje y de la historia se expresa en *La Alpujarra* por medio de un lenguaje prolijo en el empleo de las “admiraciones ortográficas”. Al referirse al estilo de Alarcón, Borges considera su “exceso en el manejo del epíteto y de la interjección” un recuerdo de su romanticismo tardío (Borges 12). Montesinos ha señalado en el estilo de Alarcón un exceso postromántico por el empleo de algún que otro resabio del estilo francés de Alfonso Karr que tanto el autor como su amigo Bonnat practicaron ampliamente en su primera etapa literaria. Los rasgos de estilo artificioso y de parloteo con el lector se perciben aún en la primera edición de *La Alpujarra* han sido pulidos en la edición de 1882, aunque queda algún que otro vestigio de esta característica del primer estilo literario de Alarcón.

Finalmente, podemos calificar el estilo de *La Alpujarra* de “ingeniería literaria”, tomando prestada la expresión de Bonet (García Lara 79). En efecto, hemos tenido ocasión de comprobar que el texto de este relato viajero está saturado de figuras retóricas que Alarcón utiliza diestramente para crear el lenguaje poético apropiado para su “original poema de la sierra morisca”, según califica Pardo Bazán *La Alpujarra* (NTC 40). Así vemos que en la descripción del paisaje aparecen continuas referencias a la

mitología y al mundo clásico, de un lado, y de otro, la continua alusión a un mundo oriental, exótico según la concepción de los autores orientalistas de su época. Para la descripción de este paisaje artístico Alarcón emplea todo tipo de “lisonjas poéticas”. El espacio físico se transforma en un inmenso escenario teatral restándole verosimilitud y convirtiéndolo en un espacio ficticio. A este propósito es interesante ver cómo el autor nos describe el paisaje que observa desde la diligencia, camino de El Padul:

La melancólica esterilidad del callejón de montañas en que entramos luego, parecía imaginada por un autor dramático aficionado a transiciones violentas y bruscas mudanzas de decoración (I 17).

De acuerdo con la opinión de Bonet, podemos decir que el estilo hiperbólico y romántico, cargado de exclamaciones melodramáticas llenas de “tenso emocionalismo” que expresan las emociones del autor ante el paisaje y la historia, nos hace recordar el género de la ópera -tan del gusto del autor y de referencia frecuente en su obra en general⁵⁷. Además, Alarcón utiliza terminología musical para describir la llegada a Lanjarón, momento que compara con el final de una sinfonía o de un poema épico:

¡No estaba lejos! Repentinamente, --como cuando, al remate de una majestuosa sinfonía, después de una pausa o de un *pianissimo*, estalla de nuevo la interrumpida *stretta finale*, y el imponente *tutti* del graduado *crescendo* llega al *fortissimo* y al *strepitoso*, semejando una tempestad de armonía; --así, pero no así, sino de modo más sorprendente, que diría un poeta épico; --al revolver de una loma; al esquivar un viso; cuando menos lo esperábamos..., apareció a nuestros ojos Lanjarón (I 53).

⁵⁷ Baste como prueba recordar que Alarcón se confiesa melómano (José Fernández Montesinos, 1977:85). Además de los muchos artículos que dedicó al género de la ópera, su primera novela se tituló *El final de Norma*. En *De Madrid a Nápoles* nos relata sus veladas de ópera en Italia y su encuentro en París con el compositor Rossini al que hace también alusión en esta obra.

Del mismo modo vemos cómo emplea el lenguaje del teatro lírico para referirse a la luna denominándola “casta diva”, o la “tiple de los cielos” cuando nos describe de forma teatral y dramática una tormenta nocturna empleando un lenguaje figurado donde, mediante el recurso estilístico de la personificación, los elementos de la naturaleza se convierten en los contrincantes de una feroz batalla.

Igualmente, la historia pintada en “románticos cuadros” se nos presenta como un drama, según el mismo autor nos informa: “... poner a su debida luz las romancescas figuras de Aben Humeya y Aben Abó, a quienes me propongo retratar [...] como mero artista...” Utilizando como decorado los lugares de la Alpujarra relacionados con la historia morisca, Alarcón logra el “fin máximo del melodrama, la conmoción anímica del espectador *por medio de situaciones violentas y terribles*” (García Lara 86). La ópera presenta una visión distorsionada de la realidad. Alarcón hace algo semejante en su recorrido histórico y paisajístico por la Alpujarra, visión acompañada de una exacerbación de los sentimientos propia del teatro lírico. Las resonancias escenográficas, melodramáticas que Bonet encuentra en los textos de Alarcón son abundantes en esta obra. Cabe nombrar como un último ejemplo de esta característica melodramática de *La Alpujarra* el breve relato –antes mencionado– que nos presenta el autor en la Parte Quinta, durante su “vertiginosa carrera” entre Adra y Albuñol, melodrama que protagonizan el guía de Adra y la esposa de éste, y que Bonet define como ejemplo del “típico *cinematismo* alarconiano”. En el conjunto de los diversos textos artísticos cargados de sentimentalismo que constituyen esta obra, Bonet cree captar un precedente del collage postmodernista.

Si, como apuntaba Pardo Bazán, un relato viajero es un relato subjetivo que refleja el espíritu del autor, *La Alpujarra* se ajusta perfectamente a dicha descripción. Este libro de Alarcón, más que ningún otro de sus relatos viajeros, refleja el alma del autor que da rienda suelta a sus sentimientos, y hace un despliegue de fantasía y creación poética, para mostrarnos la comarca de la Alpujarra “a través de su temperamento”. En efecto, Alarcón revela en este libro su ideología, su personalidad y sus inquietudes sobre los problemas con que se enfrentaba la sociedad española de su época. Bonet encuentra en *De Madrid a Nápoles* “un texto rico de savia confesional y de tenso ‘emocionalismo’” (García Lara 80). Sabemos de la hermandad de ambos relatos, “gemelos” para Mesonero Romanos, de modo que este comentario se puede aplicar también a la presente obra. Por esta razón, la “romería orientalista” que el autor realiza por algunos lugares de la comarca alpujarreña es el recurso utilizado por Alarcón en *La Alpujarra* para su “campaña espiritualista”, para la búsqueda –tomando las palabras de Baumann- “de las raíces históricas de la profunda crisis que padecía España en el siglo XIX” (G. Alcantud, *Pensar* 96).

NOTA PREVIA

La presente edición de *La Alpujarra* toma como texto base la segunda edición corregida y preparada por el autor para sus *Obras Completas*, es decir, la edición fechada en 1882, considerada como la edición definitiva y publicada por la imprenta de Pérez Dubrull; a ésta me referiré como 82. La segunda edición ha sido cotejada con la primera edición de la obra, la edición “princeps” titulada *La Alpujarra. Sesenta leguas a caballo, precedidas de seis en diligencia*, y publicada en la primavera de 1874 por Miguel Guijarro; a esta edición me referiré como 74. Para el cotejo de ambas ediciones he partido de copias de los originales de ambas. Para la edición 74, he usado una copia del original propiedad de la Universidad de Cornell. Para la edición base, he utilizado una copia original de la edición de 1882 propiedad de la Universidad de Yale. Además he utilizado las copias de ambas ediciones que se encuentran en la “Hispanic Society” de Nueva York.

Es preciso señalar que *La Alpujarra* apareció en 1882 como parte del volumen de las *Obras Completas* del autor y, también, en tomo aparte publicado por la misma casa editorial; así consta en las páginas finales de la edición usada para este trabajo, donde se presenta primero dentro del apartado que enumera las obras publicadas por la Colección de Escritores Castellanos en general: *La Alpujarra*: un tomo de cerca de 500 páginas. A continuación aparece dentro del apartado reservado a las obras del autor y titulado *Obras*

(en diversas ediciones) de D. Pedro A. de Alarcón, en donde se lee: *La Alpujarra*, edición nueva y económica. Un tomo de cerca de 500 páginas. Y añade que hay ejemplares de la primera edición: un tomo. La edición 74 consta de un total de 559 páginas y la edición 82 consta de 466 páginas. Alarcón elimina en la edición 82, noventa y tres páginas. Se trata, por lo general, de cambios estilísticos.

Hay que destacar que, en cuanto a la acentuación, el ejemplar del original de la edición 74 que he utilizado, (también se observa lo mismo en el ejemplar de la edición 74 que existe en la “Hispanic Society”) omite acentos en muchas palabras, por ejemplo: demas, mio, tambien, atencion, etc.; la he cotejado con dos ediciones que siguen la edición princeps de 1874: la edición digital de la Biblioteca Virtual Cervantes y la edición de Osuna, Armilla (Granada), ésta última es muy descuidada . En ambas ediciones la acentuación es correcta. Este problema de acentuación aparece solventado en la edición 82. Estas dos ediciones mencionadas eliminan el acento de los monosílabos, siguiendo la norma actual. De igual forma, en la presente edición también se elimina el acento de las palabras monosílabas siguiendo las reglas actuales de la acentuación. También se omite el acento en palabras bisílabas como ‘vese’ o ‘liquen’.

Por lo que respecta a la puntuación, hay que señalar que se producen cambios considerables de la edición 74 a la edición 82. En ambas ediciones, el autor utiliza con frecuencia los signos de exclamación, especialmente en 82, a los que califica de ‘admiraciones ortográficas’, al referirse a Béznar. En la presente edición se han respetado, puesto que conllevan siempre una particular carga emotiva que el autor desea expresar y transmitir.

En general, los cambios de puntuación que se observan en la edición 82 con respecto a la edición 74 tienen el propósito estilístico de agilizar y pulir el texto.

Por lo que respecta al uso de la letra cursiva, la edición 82 elimina muchas cursivas que aparecen en la edición 74, mientras que introduce otras. Esta edición sigue el uso de la cursiva en 82, pero la elimina en los nombres geográficos o toponímicos; también se ha respetado en los casos que se considera que sirve un propósito del autor, es decir, cuando conlleva una carga ideológica o muestra un uso regional, cuando implica juegos de palabras o cuando trata de enfatizar o resaltar el significado del vocablo o expresión. Finalmente, los títulos de los capítulos en que se divide cada una de las seis Partes de la obra, tanto en 82 como en 74, llevan letra cursiva en los vocablos toponímicos, y en los que tratan de enfatizar un término. En esta edición se usa la letra cursiva para el título completo de los capítulos.

En cuanto al empleo de la letra mayúscula, es de notar un mayor uso en 82. También, en 82 se utiliza la mayúscula en palabras como 'moro' 'morisco', 'musulmán', o 'cristiano'. En todos estos casos, esta edición mantiene la minúscula de 74. Esta edición respeta la mayúscula en la primera letra de las palabras escritas completamente en mayúscula por considerar que el autor les confiere especial valor histórico, o ideológico. También se respeta la mayúscula inicial en vocablos que denotan una carga ideológica o énfasis religioso o en los nombres de los ritos católicos referente al culto de la Semana Santa. Se elimina la mayúscula en los meses, las estaciones del año, los nombres relativos a la geografía y los puntos cardinales; sin embargo, se respeta la mayúscula de Mediodía, cuando denota la idea de punto geográfico, para diferenciarlo del sustantivo común mediodía. Se elimina la mayúscula de los sustantivos que se refieren a cargos civiles o

eclesiásticos, o a títulos nobiliarios, por ejemplo, ‘regidor’, ‘alguacil’, marqués, que hoy en día se escriben con minúscula, en un afán de actualizar el texto.

Por lo mismo se corrigen también las grafías arcaicas que no poseen un valor semántico ni ambiental.

La presente edición elimina el guión que une a dos miembros de un nombre compuesto siguiendo la norma actual, por ejemplo: Sierra Nevada reemplaza a Sierra-Nevada. El uso de la forma enclítica de los pronombres personales en formas personales del verbo se respeta en esta edición por ser uso característico de la prosa del siglo XIX. Con respecto al uso de los pronombres de segunda persona usted y ustedes que presenta la edición 74, cambia a las formas abreviadas Vd. y Vds. en la edición 82; esta edición sigue el empleo de la edición 82.

Los añadidos y elipsis míos y mis correcciones al texto se señalan con corchetes: []. En cuanto a los capítulos de la Parte Sexta, ambas ediciones muestran una ruptura de la secuencia numérica en los capítulos IV, V, y VI, en esta edición se ha solventado este problema reenumerando los capítulos sucesivamente.

En cuanto al tratamiento de las citas, esta edición sigue el tratamiento de 82.

Por lo que respecta a las notas a pie de página del autor, esta edición respeta el tratamiento de la edición 82. Tanto en 82 como en 74, Alarcón enumera sus notas página por página; esto ha llevado a que en esta edición algunas notas del autor hayan cambiado de página al añadir las notas explicativas mías, provocando una ruptura en la secuencia numérica de las notas del autor. Para evitar confusiones, se mantiene la sangría en las notas del autor y una separación a doble espacio; también, mis notas a pie de página aparecen con número y letra (en letra diferente “Arial Narrow”) de menor tamaño que las

del autor. Además de las notas a pie de página, esta edición contiene notas complementarias a algunas notas explicativas. Tales notas se señalan con un pequeño cero sobre la parte superior izquierda del número de la nota a pie de página y aparecen al final del texto completo, antes del aparato crítico; cada entrada se señala con un número que remite a su vez al número de la nota a pie de página que complementa. Las notas explicativas tienen como fin proporcionar al lector la identificación de un lugar, personaje histórico o literario, acontecimiento u otra circunstancia, además de facilitar al lector la definición de un vocablo o la explicación de una frase.

En la edición 82, el uso de guiones al final de un párrafo reemplaza, en muchas ocasiones, el punto y aparte en la edición 74. Tal uso del guión denota un cambio en el ritmo interior del texto y en el sentido de la construcción del párrafo con respecto al punto y aparte que aparece en la edición 74. Así, pues, la edición 82 muestra algunos cambios en la distribución del texto con respecto a la edición 74.

En efecto, si comparamos la distribución del texto en ambas ediciones, comprobamos que está menos separado en 82 que en 74. Esto crea una mayor cohesión interna en el texto de 82 que la que presenta el texto de 74. Además de eliminar muchos párrafos cortos, a veces de sólo una o dos líneas, en 82 se marca la separación de párrafos con un guión, y otras veces con una línea de puntos. A este respecto, la separación del texto en 74 es totalmente consistente; la división aparece claramente señalada por un pequeño motivo ornamental en medio de línea.

En la edición 82 se observan con mucha más frecuencia que en la edición 74, varias líneas seguidas de puntos suspensivos, a modo de separación del texto. Estas líneas

de puntos que aparecen en 82 se han eliminado en su mayoría en esta edición, pero se ha dejado constancia de ello con un espacio en blanco extra en la separación del texto.

Finalmente, en la distribución del texto hay un cambio considerable en la Parte Tercera en 82, donde el autor añade un capítulo más (el VII) que, en 74, corresponde al primer capítulo de la Cuarta Parte.

Por lo que respecta al título de cada uno de los capítulos en que están divididas las seis Partes del libro, se mantiene sin cambios en ambas ediciones, excepto en la Parte Segunda, II, que elimina una parte del título: “un cadáver misántropo”.

Para el aparato crítico, esta edición utiliza notas a final del texto y un asterisco como llamada de atención a las variantes, con objeto de evitar confusión entre las notas explicativas a pie de página y las notas textuales. El cotejo de las variantes aparece después de las notas complementarias. Las variantes del texto se señalan, Parte por Parte y capítulo a capítulo, con el número de la página correspondiente y, además, aparece entre llaves el número romano correspondiente cada capítulo al principio de éste: {}.

En el cotejo de las variantes en ambas ediciones se percibe, según se ha mencionado anteriormente, el afán del autor de pulir el estilo. También se podan algunas de las reflexiones ideológicas que levantaron polémica en la edición 74. Las notas textuales denotan también la reorganización del texto de 82 con respecto a 74 e indican los escasos párrafos añadidos en 82 con respecto a 74.

Por lo que concierne a la historia del texto, cabe señalar que la edición 82 nunca llegó a reemplazar a la edición 74, sino que ambas ediciones han sido reimpresas a través

del tiempo sin que a la hora de reimprimir una edición u otra exista un previo criterio establecido. En efecto, se puede comprobar que tanto la edición princeps (74) como la segunda y definitiva (82), ambas publicadas en vida del autor, fueron y siguen siendo publicadas indistintamente tras la muerte de Alarcón, lo que indica que el autor no prohibió la publicación de la primera edición una vez retocado el texto para la segunda edición. Es preciso aclarar que la edición de las *Obras Completas* siempre reproduce la edición 82, es decir, la edición corregida por Alarcón para ese fin. En 1892 aparece la tercera edición, la cuarta en 1903, la quinta en 1912, la sexta en 1919, la séptima en 1923, la octava en 1929. Todas se publican en la Colección de Autores Castellanos de la editorial Sucesores de Rivadeneyra y reproducen el texto de la segunda edición publicada por Pérez Dubrull. La novena edición es del año 1940. La décima edición debió aparecer en 1941 puesto que la undécima aparece en 1942. La duodécima es del año 1947. Estas ediciones salen de la imprenta de Victoriano Suárez y reproducen la edición definitiva del autor. Aparece además como parte integrante dentro del volumen de las *Obras completas* que Luis Martínez Kleiser publica en 1943, en la segunda edición de 1954 y en la tercera de 1968. Como volumen aparte no vuelve a publicarse hasta el año 1980 por Ediciones Albahaca de Granada (ésta sigue la edición 82). En el año 1983 aparecen dos ediciones. Una edición facsímil se publica en Granada por Editoriales Andaluzas Unidas y reproduce la edición 74; la otra aparece en Madrid en Ediciones Miraguano y reproduce la edición 82. En el año 1991, centenario de la muerte de Alarcón se imprime otra edición facsímil en Granada en la editorial Don Quijote, que reproduce también la edición 74. En el año 1998, César Vidal Manzanares prologa una edición siguiendo la edición 74; esta edición se publica en la Editorial Roger de San Sebastián. En el año 1999 la Biblioteca

Virtual Cervantes reproduce la edición 74 de *La Alpujarra* para su colección de textos digitalizados. Ediciones Osuna de Granada publica en el año 2000 una edición siguiendo la edición 74. En el año 2001 la editorial Miraguano publica por segunda vez la obra siguiendo de nuevo la edición 82. Finalmente, la editorial Linkgua de Barcelona ha publicado en el año 2006 una edición que reproduce la edición 74.

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía primaria

Alarcón, Pedro Antonio de. *La Alpujarra: sesenta leguas a caballo precedidas de seis en diligencia*. 1ª ed. Madrid: Librería Guijarro, 1874.

____. *La Alpujarra*. 2ª ed. corregida y aumentada con nuevas notas del autor. Madrid: D.A. Pérez Dubrull, 1882.

____. *Obras completas*. Ed. Luís Martínez Kleiser. 2ª. ed. Madrid: Ediciones Fax, 1954.

____. *De Madrid a Nápoles*. 1ª ed. 25 de junio 2006. www.cervantesvirtual.com

Bibliografía secundaria:

Alarcón, Pedro Antonio. *Novelas completas*. Ed. Jorge Campos. Madrid: Aguilar, 1974.

____. *La Pródiga*. Ed. Filomena Liberatori. Madrid: Castalia, 2001.

____. *Cuentos y novelas cortas*. Ed. Ángel Basanta Folgueira. Barcelona: Plaza & Janés, 1984.

____. *El sombrero de tres picos*. Ed. Laureano Bonet. Madrid: Taurus. 1981.

____. *El sombrero de tres picos*. Ed. Eva F. Florensa. Barcelona: Editorial Crítica, 1993.

____. *El niño de la bola*. Prólogo. Carlos Asenjo Sedano. Granada: Exmo. Ayuntamiento de Guadix, 1990.

____. *El escándalo*. Ed. Juan Bautista Montes Bordajandi. Madrid: Cátedra, 1986.

____. *El escándalo*. Ed. Luis Izquierdo. Barcelona: Salvat Editores, 1983.

____. *El clavo y otros relatos de misterio y crimen*. Ed. Joan Estruch Tobella. Editorial Fontamara: Barcelona, 1982.

____. *Obras olvidadas*. Ed. Cyrus DeCoster. Madrid: Porrúa Turanzas, S.A, 1984.

Alas [Clarín], Leopoldo. "Alarcón." *Nueva Campaña* (1887): 83-87.

_____. "El libre examen y nuestra literatura." *Solos de Clarín*. 1876. Madrid: Alianza Editorial, 1971.

_____. "Verdades como puños." *Preludios de Clarín*. 1876 Ed. J. F. Botrel. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos, 1972.

Alfonso, Luis. "La Alpujarra de Pedro Antonio de Alarcón" *Revista Europea* (1874): 219-222.

Andújar Castillo, F. Ed. *La Alpujarra en su historia. Musulmanes y cristianos*. Actas de las IV Jornadas de Comarcalización, celebradas en Vícar, Almería los días 7-8 de mayo, Granada: Diputación Provincial de Granada, 1993.

Amicis, Edmundo de. *España. Diario de viaje de un turista escritor*. Ed. y Trad. Irene Romera. Madrid: Cátedra, 2000.

Arnaud, M. *La mitología clásica*. Madrid: Acento, 1995.

Artola, Miguel. *La burguesía revolucionaria (1808)-1874*. Madrid: Alfaguara, 1974

Aullón de Haro, P. ed. *Teoría de la crítica literaria*. Madrid: Editorial Trotta, 1994

Aulnoy, Madame de. *Relación del viaje a España*. Madrid: Cátedra, 2000.

Austria, Maximiliano de. *Por tierras de España*. 1852. Ed. y Trad. Karl Rudolf y Miguel Ángel Vega Cernuda. Madrid: Cátedra, 1999.

Azaña, Manuel. Introducción y Traducción. *La Biblia en España*. George Borrow. Madrid: Alianza Editorial, 1970.

Azorín. *Tiempo y paisaje, visión de España*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1968.

Azorín. "Alarcón." *Obras Selectas*. 4ª ed. Madrid: Biblioteca Nueva, 1969.

Bahamonde, Ángel, y Martínez, Jesús A. *Historia de España, siglo XIX*. 2ª. ed. Madrid: Cátedra, 1998.

Baquero Goyanes, M. *Prosistas españoles: Alarcón, Leopoldo Alas, Gabriel Miró, Azorín*. Madrid: Ediciones Rialp, 1956.

Baquero Escudero, A. *Cervantes y cuatro autores del siglo XIX: Alarcón, Pereda, Valera y "Clarín"*. Murcia: Universidad de Murcia, 1998.

Barrios Aguilera, M. y Vincent, Bernard. Eds. *Del Reino de Granada al futuro del*

- Mundo Mediterráneo*. Granada: Universidad de Granada y Diputación Provincial de Granada, 1995.
- _____. *Granada morisca, la convivencia negada*. Granada: Comares, 2002.
- _____. *Repertorio de modismos andaluces*. Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1991.
- Bayet, Jean. *Literatura latina*. Barcelona: Ariel, 1975.
- Bello Sanjuán, F. *Libros de viaje y libreros de viejo: ensayo bibliográfico*. Madrid: G.A.I. C.E., 1949.
- Blecua, Alberto. *Manual de crítica textual*. 1983. Madrid: Castalia, 2001
- Beser, Sergio. *Leopoldo Alas: Trayectoria y crítica de la novela española*. Barcelona: Laia, 1972, pp. 173-190.
- _____. Estudio Preliminar. Pedro Antonio de Alarcón. *El sombrero de tres picos*. Ed. Eva Florensa. Barcelona: Crítica, 2003, ix-xxiii
- Boissier, Charles E. *Viaje botánico al sur de España durante el año 1837*. Granada: Fundación Caja Granada; Málaga: Universidad de Málaga, 1995.
- Bonet, Laureano. "El 'cuarteto ártico' de Pedro Antonio de Alarcón: hielo, nieve, fuego y ceniza." *Ínsula* 535 (1991): 11-13.
- Borges, Jorge Luis. Prólogo. Pedro Antonio de Alarcón. *El amigo de la muerte*. Madrid: Siruela, 1984, 9-13
- Borrow, George. *La Biblia en España*. Barcelona: Ediciones B. S. A, 2001.
- Bosque Maurel, J. *La Alpujarra*. Granada: Caja de Ahorros de Granada, 1970.
- Brenan, G. Prólogo. *Las cosas de España*. Richard Ford. Madrid: Turner, 1974.
- _____. *Al sur de Granada*. 1974. Madrid: Siglo XXI, 1980.
- _____. *South from Granada*. London: Penguin Books, 1963.
- _____. *The Spanish Labyrinth. An account of the social and political background of the Spanish Civil War*. 1943. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
- Brinckmann, Joséphine de. *Paseos por España (1849 y 1850)*. Madrid: Cátedra, 2001.

- Brioschi, F. y Di Girolano, C. *Introducción al estudio de la literatura*. Barcelona: Ariel, 1988.
- Caldera, Ermanno. "Los románticos se burlan de sí mismos. Algunos apuntes sobre el Romanticismo existencial." 29 de junio 2005 www.cervantesvirtual.com
- Calderón de la Barca, P. *Obras Completas. Dramas*. 3 vols. t. I. Ed. Á. Valbuena Prat. Madrid: Aguilar, 1969.
- Calvo Carilla, José L. "La pródiga: Entre romanticismo y fin de siglo." *Ínsula* 535 (1991): 22.
- Campos, Jorge. *La Andalucía de Estébanez. Antología*. Madrid: Taurus, 1964.
- Campoy, A. M. *Viaje por España: cómo nos ven los extranjeros*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1963.
- Carmona Fernández, F., y A. Martínez Pérez, eds. "Libros de viaje". *Los Libros de Viaje en el Mundo Románico*. Actas de las jornadas del mismo título, celebradas en Murcia de 27 al 30 noviembre. Murcia: Universidad de Murcia, 1995.
- _____. y J. M. García Cano, eds. *Libros de viaje y viajeros en la literatura y en la historia*, in memoriam del Prof. Pedro Lillo Ca. Murcia: Universidad de Murcia, 2006.
- Caro Baroja, J. *Los moriscos del reino de Granada*. Madrid: Alianza Editorial, 2003
- Carrasco Urgoiti, M. S. *El moro de Granada en la literatura*. Granada: Universidad de Granada, 1989.
- _____. F. López Estrada, y F. Carrasco. *La novela española en el siglo XVI*. Madrid: Iberoamericana, 2001.
- Carrascosa Salas, M. *La Alpujarra*. 2 vols. Granada: Universidad de Granada, 1992.
- Carreras, Luis. *París a sangre y fuego: jornadas de la Comuna*. 1871. Barcelona: Siglo XXI, 1979.
- Carrizo Rueda, S. *Poética del retrato de viajes*. Kassel: Reichenberger, 1997
- Catalina, Mariano. *Biografía de Don Pedro Antonio de Alarcón. Obras Completas de Pedro Antonio de Alarcón*. Ed. L. Martínez Kleiser. Madrid: Fax, 1954, pp.1899-1913.
- Cejador y Frauca, J. *La lengua de Cervantes: Gramática y diccionario de la lengua castellana en el ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Madrid, 1906

- Cobo, Eugenio. "Pedro Antonio de Alarcón en su centenario." *Cuadernos Hispanoamericanos* 498 (1991): 15-122.
- Correa, Pedro. Estudio preliminar. *Historia de los bandos de zegríes y abencerrajes (Primera parte de Las guerras civiles de Granada)*. Ginés Pérez de Hita. Ed. Paula Blanchard-Demouge. Granada: Universidad de Granada, 1999.
- Cortés y López, Miguel. *Diccionario geográfico histórico de la España Antigua Tarraconense, Bética y Lusitana. Con la correspondencia de su regiones, ciudades, montes, ríos, caminos, puertos e islas a las conocidas en nuestros días*, tomo III, Madrid, 1836.
- Crespo, Ángel. *Comedia. Dante Alighieri*. Barcelona: Planeta, 1990.
- Davillier, Charles y Doré, Gustave. *Viaje por España*. Madrid: Miraguano, 1998.
- DeCoster, Cyrus. *Pedro Antonio de Alarcón*. Boston: Twayne Publishers, 1979.
- Devesa Alcaraz, J. A., Carmen Viera Benítez y Jorge Otero Schmitt. Eds. *Viajes de un botánico sajón por la Península Ibérica: Heinrich Moritz Willkomm, 1821-1895*. Cáceres: Servicio de Publicaciones, Universidad de Extremadura, 2001.
- Derozier, Albert. *Escritores Políticos Españoles: 1780-1854*. Madrid: Ediciones Turner, 1975.
- Didier, Charles. *Un viaje a La Alpujarra en 1836*. Ed. M. Carrascosa Salas. Granada: Caja General de Ahorros de Granada, 1993. .
- Doval, Gregorio. *Nuevo diccionario antológico de pensamientos y aforismos*. Madrid: El Prado, 1994.
- Dumas, Alejandro. *De París a Cádiz*. Prólogo. Juan F. Fuentes. Trad. Pilar Garí Aguilera. Madrid: Silex, 1992
- Eagleton, Terry. *Literary Theory: An Introduction*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1983.
- Eigeland, Tor. "Las Alpujarras." *Secret Corners of the World: National Geographic*. Washington, D.C.: The Society, 1982, pp.132-161.
- Escalante y Prieto, A. *Del Manzanares al Darro*, Madrid: Publicaciones españolas, Sucesores de Rivadeneyra, 1961.
- Espronceda, José. *Sancho Saldaña*. Ed. A. Antón Andrés. Madrid: Taurus, 1984.
- Estébanez Calderón, D. *Diccionario de términos literarios*. Madrid: Alianza Editorial,

1999.

Estébanez Calderón, S. *Escenas andaluzas*. Madrid: Espasa Calpe, 1960.

Estruch Tobella, J. "Revisión de Alarcón." *Cuadernos Hispanoamericanos* 498 (1991): 123-127.

Farinelli, Arturo. *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX, nuevas y antiguas divagaciones bibliográficas*. Roma: Reale Accademia d'Italia, 1942.

Fernández Almagro, M. *Granada en la literatura romántica española*. Madrid: Real Academia Española, 1951.

Fernández, Bernardo. Revisión. Richard Ford. *Manual para viajeros por Andalucía*. Trad. Jesús Pardo. Madrid: Turner, 1980.

Fernández Cifuentes L. "Los viajes de Alarcón: Shakespeare tiene la culpa." *Ínsula* 535 (1991): 15-17.

____. "Pedro Antonio de Alarcón 'el impresionable.'" *Ínsula* 535 (1991): 1-2 y 31.

Fernández, Fidel. *Sierra Nevada: estudios, descripciones y leyendas*. Granada: Fundación Caja de Ahorros de Granada, Real Academia de Medicina y Cirugía del Distrito de Granada, 1996.

Fernández Montesinos, J. *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX*. Seguida del esbozo de una bibliografía española de traducciones de novelas 1800-1850. Madrid: Castalia, 1982.

____. *Pedro Antonio de Alarcón*. Madrid: Castalia, 1977.

Ferres, A, y López Salinas, A. *Caminando por Las Hurdes*. Barcelona: Seix Barral, 1960.

Figueroa y Melgar, A. de. *Viajeros románticos por España*. Madrid: Escuelas Profesionales "Sagrado Corazón", 1971

Ford, Richard. *Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home*. London, Murray, 1845.

Gadala, Marie Therese. *Andalucía sentimental*. Madrid: Ediciones literarias, 1929.

Gallego Roca, M. *La Cuerda granadina: una sociedad literaria del post-romanticismo*. Granada: Comares, 1991.

- Gamir Sandoval, A. *Los viajeros ingleses y norteamericanos en la Granada del siglo XIX*. Granada: Anejos del Boletín de la Universidad de Granada, 1954.
- Ganivet, Ángel. *Epistolario de Ángel Ganivet*, Madrid: V. Suárez, 1919.
- _____. *Granada, la bella*. Granada: Miguel Sánchez, 1993.
- García de Cortázar, F., y González Vesga, J.M. *Breve historia de España*. Madrid: Alianza Editorial, 1993.
- Garrido Domínguez, A. Introducción y Traducción. James Meyrick. *Cartas desde Andalucía. Estancia en Málaga y viajes por Andalucía del reverendo James Meyrick (1849-1851)*. Miramar: Málaga, 2000.
- García Lara, F., ed. *En torno a Pedro Antonio de Alarcón*. Actas de las conferencias pronunciadas en Granada, en 1991, con motivo del centenario de la muerte de Pedro Antonio de Alarcón. Granada: Diputación Provincial de Granada, 1993.
- García Mercadal, J. *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid: Aguilar, 1952.
- _____. *Viajes por España*, selección. Madrid: Alianza Editorial, 1972.
- García-Pelayo y Gross, R. *Pequeño Larousse Ilustrado*. París: Ediciones Larousse, 1976.
- García-Romeral Pérez, C. *Viajeros portugueses por España en el siglo XIX*. Madrid, Miraguano Ediciones, 2001.
- _____. *Bio-Bibliografía de viajeros por España y Portugal (Siglo XIX)*. Madrid: Ollero y Ramos, 1999.
- Gautier, Teófilo. *Viaje por España*. Ed. y Trad. Jesús Cantera Ortiz de Urbina. Madrid: Cátedra, 1998.
- Gil y Carrasco, Enrique. *Artículos de viajes y costumbres*. Ed. Ramón Alba. Madrid: Miraguano, 1999.
- Gil Sanjuán, J. Estudio preliminar. *La Guerra de los Moriscos (Segunda parte de Las guerras civiles de Granada)*. Ginés Pérez de Hita. Ed. Paula Blanchard-Demouge. Granada: Universidad de Granada, 1998.
- _____. y Pérez de Colosía Rodríguez, M. I. *Imágenes del Poder: mapas y paisajes urbanos del Reino de Granada en el Trinity College de Dublín*. Málaga: Junta de Andalucía. Universidad de Málaga, 1997.
- González Alcantud, J. A. *Lo moro. Las lógicas de la derrota y la formación del estereotipo Islámico*. Barcelona: Anthropos, 2002.

- _____. Ed. *Pensar la Alpujarra*. Actas del seminario del mismo título celebrado en Válor y Yegen del 9 al 11 de diciembre, Granada: Diputación Provincial de Granada, 1996.
- _____. *La extraña seducción. Variaciones sobre el imaginario exótico de Occidente*. Granada, Universidad de Granada, 1993.
- _____. *Agresión y rito y otros ensayos de antropología andaluza. Andalucía: Invención del país y realidad etnográfica*. Granada: Diputación Provincial de Granada, 1993.
- _____. y Malpica Cuello, A. Eds. *Pensar la Alhambra*. Barcelona: Anthropos. Granada: Diputación Provincial. Centro de Investigaciones Etnológicas Ángel Ganivet, 2001.
- González Blanco, A. *Pedro Antonio de Alarcón: juicio crítico de sus obras*. Madrid: Prensa Popular, 1920.
- González García, J. R. "Viajes y literatura. *La Alpujarra*, de Pedro Antonio de Alarcón." *Ínsula* 535 (1991):18.
- González y Rodríguez de la Peña, H. [Julio Romano] *Pedro Antonio de Alarcón, el novelista romántico*. 1886 Madrid: Espasa Calpe, 1933.
- González Troyano, A. [et al.] Eds. *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos*. Seminario en homenaje a Gerard Brenan, celebrado en Ronda en el mes de septiembre, Málaga: Diputación Provincial de Málaga, 1984.
- Gómez de la Serna, G. *Los viajeros de la Ilustración*. Madrid: Alianza Editorial, 1974
- Grosschmid, P. y Echegoyen, C. *Diccionario de regionalismos de la lengua española*. 1ª ed. Barcelona: Editorial Juventud, 1998.
- Gutiérrez Flórez, F. "El inmarcesible romanticismo de Alarcón: *El final de Norma*." *Ínsula* 535 (1991):15-16.
- Herrera Fernando de. *Poesías*. Ed. V. Roncero López. Madrid: Cátedra, 1992.
- Herrero Massari, J. M. *Libros de viajes de los siglos XVI y XVII en España y Portugal: lectura y lectores*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1999.
- Hertting, Máximo y Voigt, Carl. *Sierra Nevada. Impresiones de dos viajeros alemanes*. Granada: Fundación Caja de Ahorros de Granada, 1995.
- Hespelt, E. F. "Alarcón as Editor of *El látigo*." *Hispania* XIX (1936) 319-36.

- Hurtado de Mendoza, D. *La Guerra de Granada*. Madrid: Sarpe, 1986.
- Iribarren, José María. *El porqué de los dichos*. Madrid: Aguilar, 1992.
- Irving, Washington. *Cuentos de la Alhambra*, Colección: Púrpura, Madrid: Editorial Libra, 1970.
- _____. *Crónicas moriscas. Leyendas de la conquista de España*. Granada: Miguel Sánchez, 1991.
- Jiménez de la Espada, M. Ed. *Andanzas y viajes de un hidalgo español*. Madrid: Miraguano, 1995.
- Jiménez Serrano, J. *Manual del artista y del viajero en Granada*. 1846. Granada: Editorial Don Quijote, 1981.
- Jiménez Tovar, J. A. *La Alpujarra es...esto*. Madrid: Marsiega, 1979.
- Lafuente Alcántara, M. *Historia de Granada*. Granada: Imprenta y Librería de Sanz, 1843.
- Latour, Antonio de. *Viaje por Andalucía de Antonio de Latour (1848)*. Valencia: Castalia, 1954.
- López Ignacio J. "Alarcón y la 'guerra del silencio': En torno a la recepción crítica de *El capitán Veneno*." *Ínsula* 535 (1991): 20-21.
- López Méndez, H. *España desconocida. La Alpujarra. Rincón misterioso*. Madrid: Industrias Gráficas España, S.L., 1967.
- López Martínez, Isabel, y Eulalia Hernández Sánchez. *Pedro Antonio de Alarcón en el museo universal*. Murcia: Universidad de Murcia, 1985.
- Lloréns, Vicente. *El romanticismo español*. Madrid: Castalia, 1979.
- _____. Ed. y Trad. *Literatura española del siglo XIX. De Moratín a Rivas. Por A. Alcalá Galiano*. Madrid: Alianza Editorial, 1969.
- Madoz, Pascual. *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*. Madrid: Imprenta de Madoz, 1845-1850.
- Malpica Cuello, A. *Poblamiento y castillos en Granada*, Granada: Universidad de Granada, 996.
- Marchese, A. y Forradellas J. *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*.

- Barcelona: Ariel, 1994.
- Mármol y Carvajal, L. *Historia del rebelión y castigo de los moriscos*. Madrid: Sancha, 1797.
- Márquez Villanueva, F. *El problema morisco (desde otras laderas)*. Madrid: Libertarias, 1991.
- Martínez Cachero, José M. "Los 'escándalos' de Pedro Antonio de Alarcón." *Ínsula* 535 (1991): 19-20.
- Martínez Cuadrado, M. *La burguesía conservadora (1874-1931)*. Madrid: Alfaguara, 1974.
- Moliner, María. *Diccionario del uso del español*. 2 vols. Madrid: Gredos, 1981.
- Molero-Mesa, Joaquín. Ed. *Granada y Sierra Nevada: selección de dos años en España y Portugal, 1847*. Moritz Willkomm. Granada: Caja General de Ahorros de Granada, 1997.
- Moreno Alonso, M. *Historiografía romántica española*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1979.
- _____. *Los moriscos en el pensamiento histórico*. Madrid: Cátedra, 1983.
- Nunley, Gayle R. *Scripted Geographies: travel writings by nineteenth-century Spanish authors*. Lewisburg: Bucknell University Press, 2007.
- Ocano, Armando. *Alarcón*. Madrid: Epesa, 1970.
- Palau y Dulcet, A. "Alarcón (Pedro Antonio de)". *Manual del librero hispano-americano*, I, Barcelona: Librería anticuaria de A. Palau, 1948.
- Pardo Bazán, E. "Personajes ilustres. Alarcón, estudio biográfico." *La España Moderna*. Madrid: Imprenta de la Compañía de Impresores y Libreros, 1973, pp. 1360-1409.
- _____. *Nuevo teatro crítico*. Madrid: Administración, 1891.
- _____. *La cuestión palpitante*. Ed. Carmen Bravo-Villasanta. 2ª ed. Salamanca: Anaya, 1970.
- _____. *Los Pazos de Ulloa*. Ed. Marina Mayoral. Madrid: Castalia, 1987.
- Pardo Canalis, E. "Un viaje a Salamanca en 1877 con Pedro Antonio de Alarcón." *Revista de Ideas Estéticas* 107 (1969): 239-252.

____. *Un autor en un libro: Pedro Antonio de Alarcón*. Madrid: Compañía Bibliográfica Española, 1965.

Pérez Galdós, B. *Obras completas. Episodios Nacionales*. 6 vols. t. IV. Ed. Federico Carlos Sainz de Robles. Madrid: Aguilar, 1954.

Pérez Gutiérrez, F. "Tiempos y obras de Pedro Antonio de Alarcón." *Ínsula* 426 (1982): 15.

Pérez de Hita, Ginés. *Historia de los bandos de zegríes y abencerrajes (Primera parte de Las guerras civiles de Granada)*. Ed. Paula Blanchard-Demouge. Granada: Universidad de Granada, 1999.

____. *La Guerra de los Moriscos (Segunda parte de Las guerras civiles de Granada)*. Ed. Paula Blanchard-Demouge. Granada: Universidad de Granada, 1998.

Pérez López, S. *La cofradía del Santo Entierro, su trayectoria durante la Edad Moderna*. Guadix, Granada: Imprenta Porcel S. L., 1999.

Pérez Magallón, J., R. de la Fuente Ballesteros, y K. M. Sibbald, *Memorias y olvidos: Autos y biografías (reales y ficticias) en la cultura hispánica*. Valladolid: Universitas Castellae, 2003.

Pfendler D'Ottensheim, F. *Andalucía y Sierra Nevada*. Granada: Caja General de Ahorros de Granada, 1996.

Pino Artacho, J. del. *Sociología de la Alpujarra: análisis de un cuestionario aplicado en 1894*. Málaga: Universidad de Málaga, 1978.

Revilla, Manuel de la. "D. Pedro Antonio de Alarcón." *Obras de don Manuel de la Revilla*. Madrid: Víctor Sainz, 1883, pp. 91-100.

____. "La Alpujarra." *Críticas*. Burgos: Timoteo Arnais, 1884, pp. 1-5.

Rico, Francisco, ed. *Historia y Crítica de la Literatura Española*, t. V. Romanticismo y Realismo. Barcelona: Editorial Crítica, 1982.

Rivas, Natalio. *Antología de la Cuerda granadina*. M. Gallego Roca. Ed. Granada: Diputación Provincial de Granada, 1999.

Romero Mendoza, P. *Siete ensayos sobre el romanticismo español*. Cáceres: Diputación Provincial de Cáceres, 1966.

Romero Tobar, L. *Panorama crítico del romanticismo español*. Madrid: Castalia, 1994.

- _____. Ed. Juan Valera. *Pepita Jiménez*. Madrid: Cátedra, 1997.
- Rose, H. J. *Mitología griega*. Barcelona: Labor, 1970.
- Rivero, del Casto M. *Antonio Ponz y la literatura de viajes*. Madrid: Aguilar, 1947.
- Royo Latorre, M. D. "Correspondencia inédita de Pedro Alarcón." *Studium: Filología* 3 (1984): 2-5.
- _____. "Alarcón en sus relatos: El problema de la originalidad creadora." *Ínsula* 535 (1991): 13-15.
- Rubio, Antonio. *Del mar al cielo: crónica de un viaje a Sierra Nevada*. 1881. Estudio Preliminar. A. Sánchez Picón. Granada: Caja General de Ahorros de Granada e Instituto de estudios almerienses, 1994.
- Sebold, Russell. "Alcalá Galiano y la literatura dieciochesca: paradoja histórica y 'visión filosófica.'" 31 de julio 2005, www.cervantesvirtual.com
- Seoane, María Cruz. *Oratoria y Periodismo en la España del siglo XIX*. Valencia: Editorial Castalia, 1977.
- Silva, Lorenzo. *Viajes escritos y escritos viajeros*. Madrid: Anaya, 2000.
- Simón Díaz, José. "Bibliografía complementaria sobre autores del siglo XIX." *Revista de Literatura* (1967): 181-195.
- Sobejano, G. Ed. *La Regenta*. L. Alas Clarín. Madrid: Clásicos Castalia, 1987
- Soler y Pérez, E. y Titos Martínez, M. *Sierra Nevada y La Alpujarra*. Granada: Universidad de Granada, 1993.
- Soria Ortega, A. "Ensayo sobre Pedro Antonio de Alarcón y su estilo." *Boletín de la Real Academia Española* XXXI (1951): 45-92 y XXXII, (1952): 461-500 y 120-145
- _____. Ed. Washington Irving. *Cuentos de la Alhambra*. Madrid: Alianza Editorial, 2001.
- Spahni, Jean Cristian. *L'Alpujarra. Secrete Andalusie*. La Baconniere: Neuchatel, 1959.
- Tarrago y Mateos, T. *A doce mil pies de altura*. Granada: Caja General de Ahorros de Granada, 1997.
- Titos Martínez, M. *La aventura de Sierra Nevada*, Granada: Universidad de Granada, 1990.

_____. *Textos primitivos sobre Sierra Nevada: 1754-1838*. Granada: Caja General de Ahorros de Granada, 1991.

Todorov, Tzvetan. *The Poetics of Prose*. Ithaca: Cornell University Press. 1980.

Toro y Gisbert, Miguel de. *Tesoro de la lengua española*. “Voces andaluzas (o usadas por autores andaluces) que faltan en el diccionario de la Real Academia Española.” Paris: R. Roger y F. Chernoviz, 1917.

Trillo San José, C. *La Alpujarra: historia, arqueología y paisaje: análisis de un territorio en época medieval*. Granada: Diputación Provincial de Granada, 1999

_____. *La Alpujarra antes y después de la conquista castellana*, Granada: Universidad de Granada, 1994.

Vincent, Bernard. *Minorías y marginados en la España del siglo XVI*. Granada: Diputación Provincial de Granada, 1987.

Valera, Juan. *Correspondencia*. Madrid: Imprenta Alemana, 1913, p.196.

Velázquez Echeverría, J. de. *Paseos por Granada y sus contornos*. Granada: Valenzuela, 1814.

Viñes Millet, C. *Granada en los libros de viaje*. Granada: Ediciones Miguel Sánchez, 1999.

_____. *Sierra Nevada en los viajeros románticos*. Granada: Caja General de Ahorros de Granada, 1992.

Ubieto Arteta A. [et al.] *Introducción a la historia de España*. Nueva York: Las Américas, 1965.

Revistas del siglo XIX

Revistas de Granada: *La Alhambra*, *El Abencerraje*, *El Genil*.

Revistas de Madrid: *El Semanario Pintoresco Español*, *Revista Europea*, *El Semanario Pintoresco*.

*LA ALPUJARRA**

POR

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

A LOS SEÑORES

D. JOSÉ DE ESPEJO Y GODOY (DE MURTAS) y

D. CECILIO DE RODA Y PÉREZ (DE ALBUÑOL),¹

*En señal de agradecimiento a
su hospitalidad, dedicó la primera
edición de esta obra**

EL AUTOR

¹ Don José Espejo y Godoy, amigo de juventud de Alarcón. Véase p.122. Cecilio de Roda y Pérez, diputado a Cortes e hijo de don Miguel de Roda Craviotto, ministro de Fomento en el fugaz Gobierno del Duque de Rivas en julio de 1854.

PROLEGÓMENOS

Principiemos por el principio.

Muy poco después de haberme encontrado yo a mí mismo, como la cosa más natural del mundo, formando parte de la chiquillería de aquella buena ciudad de Guadix, donde rodó mi cuna (y donde, dicho sea de paso, está enterrado Aben Humeya),² reparé en que andaba buscándome* las vueltas el desinteresado erudito, académico... correspondiente de la historia,³ que nunca falta en las poblaciones que van a menos.

Recuerdo que donde al fin me abordó fue en las solitarias ruinas de la Alcazaba.

Yo había ido allí a ayudar* a los siglos a derribar las almenas de un torreón árabe; y él, a consolarse entre las sombras de los muertos de la ignorancia de los vivos.

Tendría él sesenta años, y yo nueve.

Al verlo, di de mano a mi tarea y traté de marcharme; pero el hombre de lo pasado me atajó en mi camino; congratulóse muy formalmente de aquella afición que advertía en mí hacia los monumentos históricos; tratóme como a compañero nato suyo; diome un cigarro, mitad de tabaco y mitad de matalahúva,⁴ y acabó por referirme (con melancólico*

² *Aben Humeya*, Don Fernando de Válor, proclamado rey de los moriscos al comienzo de la rebelión de éstos contra la política represiva de Felipe II en el año 1568.

³ Este personaje guadijeño aparece también en otras obras de Alarcón.

⁴ *Matalahúva*, o matalahúga, 'anís' (RAE, *Diccionario de la lengua española*).

acento y profunda emoción, no obstante* ser muy buen cristiano y cofrade de la Hermandad del Santo Sepulcro)⁵ todas las tradiciones accitanas del tiempo de los moros y todas las tradiciones alpujarreñas del tiempo de los moriscos, poniendo particular empeño en sublimar a mis ojos la romántica figura de Aben Humeya.⁶

Yo lo escuché con un interés y una agitación indefinibles..., y, desde aquel punto y hora⁷ abandoné la empresa de demoler la Alcazaba, y di cabida al no menos temerario propósito de salvar un día las eternas nieves que cierran al sur el limitado horizonte de Guadix, a fin de descubrir y recorrer unos misteriosos cerros y valles, pueblos y ríos, derrumbaderos y costas que, *según vagas noticias* (tal fue la expresión de aquel genio fósil),* quedaban allá atrás, como aprisionados, entre las excelsas cumbres de Sierra Nevada* y el imperio líquido del mar...

Porque aquella región, tan inmediata al teatro de mis únicas puerilidades legítimas, y de la cual, sin embargo, todo el mundo hablaba *sólo por referencia*; aquella tierra, a un tiempo célebre y desconocida, donde resultaba *no haber estado nunca nadie*;⁸ aquella invisible comarca, cuyo cielo me sonreía sobre la frente soberana del Mulhacén, era la indómita y trágica Alpujarra.

Allí (habíame dicho en sustancia el amigo de las ruinas, y repitióme luego la Madre Historia) acabó verdaderamente el gigantesco poema de nueve siglos que empezó con la traición de D. Julián⁹ y que juzgó terminado Isabel la Católica con la toma de

⁵ Una de las numerosas cofradías religiosas fundadas en la diócesis de Guadix desde la Reconquista.

⁶ *accitanas*, De Guadix, la antigua Acci romana Véase nota del autor del siglo XIX p. 227.

⁷ *Desde aquel punto y hora*, 'desde aquel mismo instante'; frase frecuente en la obra de Alarcón.

⁸ Con la letra cursiva, Alarcón enfatiza la tradicional noción de la Alpujarra como lugar remoto, inaccesible y misterioso.

⁹ El autor participa de la concepción histórica providencialista que implica la leyenda del Conde D. Julián como causante de la invasión musulmana de la Península Ibérica.

Granada: aquélla fue la Isla de Elba¹⁰ del desventurado Boabdil, desde su memorable destronamiento hasta que se vio definitivamente relegado a los desiertos de la Libia:¹¹ allí permanecieron sus deudos y antiguos súbditos, durante ochenta años más, legándose de padres a hijos odios y creencias, bajo la máscara de la religión vencedora: allí estalló al cabo el disimulado incendio, y ondearon nuevamente entre el humo del combate los estandartes del Profeta: allí se desarrolló, lúgubre y sombrío, el sangriento drama de aquellos dos príncipes rivales, descendientes de Mahoma, que sólo reinaron para llevar a un desastroso Waterloo¹² el renegado islamismo granadino; y allí fueron, no ya vencidos, sino exterminados, aniquilados y arrojados al abismo de las olas, sus últimos guerreros y visires, con sus mujeres y sus hijos, con sus mezquitas y sus hogares; único modo de poder extirpar en aquellas guaridas de leones la fe musulmana y el afán de independencia. --La nube de alarbes¹³ que entró por el Estrecho de Gibraltar como tromba de fuego, y que por espacio de ochocientos sesenta años recorrió tronando el cielo de la Península, desbaratóse, pues, entonces, y volvió de España al mar, en arroyos de lágrimas y sangre, por las ramblas y barrancos de la despedazada Alpujarra.

Buscar, para adorarlas poéticamente, en los actuales lugares y aldeas de aquella región, las ruinas de los pueblos que dejó totalmente deshabitados la Expulsión de los Moriscos; evocar en toda regla entre los nuevos alpujarreños, oriundos de otras

¹⁰ *Isla de Elba*, pequeña isla situada al oeste de Italia, perteneciente al archipiélago toscano, donde Napoleón permaneció desterrado de mayo de 1814 a febrero de 1815.

¹¹ El uso del artículo con nombres de nación o continente es muy común en el siglo XIX, y muy frecuente en Alarcón.

¹² Nueva alusión al emperador francés, comparando su derrota definitiva en Waterloo en 1815 con la también decisiva derrota de los moriscos rebeldes en 1570.

¹³ *Alarbes* o *'alárabes*, árabes, vocablo con que el autor denomina a las tribus árabes y norteafricanas que invadieron la Península Ibérica a partir del año 711'. Con la palabra nube se indica la gran cantidad de invasores, que arribaron a las costas del sur peninsular. La comparación de éstos a una nube de pájaros o de insectos también puede interpretarse como la llegada de una plaga.

provincias españolas, los encapuchados fantasmas de los atroces monfíes¹⁴ o de los airosos caballeros árabes que componían la corte militar de Aben Humeya y Aben-Aboo;¹⁵ seguir los pasos de estos dos régulos de aquellas montañas, y lamentar patéticamente los funestos amores del uno, la cruel desdicha del otro, las traiciones que los pusieron frente a frente, y las catástrofes que de aquí se originaron, todo ello en el propio paraje en que aconteció cada escena; saludar (o maldecir en nombre de un equívoco sentimiento cosmopolita) los campos de batalla inmortalizados por las victorias de los marqueses de Mondéjar y de los Vélez, del duque de Sesa y de D. Juan de Austria¹⁶ y discernir, con toda la severidad correspondiente, los calamitosos resultados que trajo a la común riqueza la política intolerante de Felipe II y Felipe III; --tal fue, en resumen, el *interés histórico* que ofreció desde entonces a mi imaginación la idea de un viaje a las vertientes australes de Sierra Nevada; interés histórico que, llegado que hube¹⁷ a la juventud, participó algo (no lo debo ocultar) de cierta filantropía, tan superficial y fatua como extensa, a la sazón¹⁸ muy de moda, y cuyo especial y perpetuo* influjo en el ánimo de los granadinos, para todo lo concerniente a los moros, paréceme bastante digno de disculpa.

Semejante afán por aquel viaje subió luego de punto al estímulo de otra curiosidad vehementísima y de índole más real y permanente, que denominaré *interés geográfico*.

¹⁴ *Monfíes*, salteadores moriscos de la Alpujarra del siglo XVI (D. Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, 33).

¹⁵ *Abenabó*, también escrito Aben Abó, uno de los cabecillas de la rebelión morisca y sucesor de Aben Humeya como rey de los moriscos rebeldes, tras el asesinato de éste.

¹⁶ Los principales personajes históricos que participaron en la represión de la sublevación de los moriscos.

¹⁷ *llegado que hube*, 'al llegar'. Giro verbal común de la lengua del siglo XIX.

¹⁸ *a la sazón*, (culto) 'entonces, en el momento de que se trata'. Expresión también muy característica de este siglo.

Sierra Nevada es el alma y la vida de mi país natal. A su pie, reclinada la frente en sus últimas estribaciones septentrionales y tendidas luego en fértiles llanuras, están, en una misma banda, la soberbia y hermosa capital de Granada y mi vieja y amada ciudad de Guadix, a diez leguas una de otra; aquélla al abrigo del elegante Picacho de Veleta, y ésta al amparo del supremo Mulhacén, cuyos ingentes pedestales se adelantan al promedio del camino con titánica majestad. Bajan de aquella sierra, por lo tanto, los ríos que amenizan las vegas de ambas ciudades, los veneros de las fuentes que apagan la sed de sus moradores, los ganados que les dan alimento y los abastecen de lana, las leñas que los calientan [en] el invierno,* cien surtideros de aguas medicinales, salutíferas hierbas y semillas, mármoles preciosos, minerales codiciados, y el santo beneficio de las lluvias, que allí se amasan en legiones de pintadas nubes y luego se esparcen sobre la tierra, no sin almacenar antes, en perdurables neveras y renovadas moles de hielo, el fecundante humor que ríos y acequias, pozos y manantiales destilan y distribuyen pródicamente durante las sequías del verano.

Pero ni en Guadix ni en Granada conocemos más que una de las facies de pizarra y nieve de aquella muralla eterna que se interpone entre sus campiñas y el horizonte del mar; muralla insigne por todo extremo en el escalafón orográfico; como que es la cordillera más elevada de toda Europa, si se exceptúa la de los Alpes. Hay que esquivarla, pues, para pasar al otro lado y trasladarse a la costa, y yo la esquivé, en efecto, repetidas veces, ora buscando en su extremo occidental el portillo del Suspiro del Moro,¹⁹ y bajando de allí despeñado hasta Motril, ora flanqueándola por Levante hasta ir a parar a las playas de Almería.

¹⁹ *Suspiro del Moro*, 'lugar situado al pie de Sierra Nevada, a cinco kilómetros de Granada aproximadamente, donde, según la leyenda, Boabdil dio el último adiós a su reino'. Véase Parte Primera, cap. III, pp. 14-15 de esta edición donde Alarcón describe la panorámica que se divisa desde este famoso enclave. *Portillo*, 'apertura en una montaña' (RAE).

No se consigue, sin embargo, ni aun por este medio, ver el reverso de la sierra, ni vislumbrar siquiera* aquel espacio de once leguas de longitud por siete de anchura en que queda encerrada La Alpujarra. --Lejos de esto, la curiosidad llega hasta lo sumo al reparar en el empeño con que la gran cordillera, auxiliada por sus vasallas laterales, oculta su aspecto meridional y el fragoso Reino de los Moriscos. --Sierra de Gádor por una parte, y Sierra de Lújar por la otra, cubren los costados de aquel inmenso cuadrilátero, dejando siempre en medio, encajonado e impenetrable a la vista, el secreto de Sierra Nevada, el principal teatro de las hazañas de Aben Humeya, las tahas²⁰ de Órgiva, Ugíjar, Andarax y los dos Ceheles; regiones misteriosas, cuya existencia no puede ni aun sospecharse desde las comarcas limítrofes; tierras de España que sólo se ven desde África o desde los buques que pasan a lo largo de la Rábita de Albuñol.²¹

Sin gran esfuerzo os haréis cargo del nuevo atractivo que estas singulares condiciones topográficas le añadirían en mi imaginación a aquel país de tan dramáticos* recuerdos. ¡Suprimir la Sierra; desvelar la Alpujarra,

si licet exemplis in parvo grandibus uti,²²

representábame un placer análogo al que experimentaría Aníbal al asomarse a Italia desde la cúspide de los Alpes,²³ o Vasco Núñez de Balboa al descubrir desde lo alto de los Andes la inmensidad del Pacífico!²⁴

²⁰ *tahas*, ‘comarcas’: “(a que ellos llaman en su lengua tahas)” (Hurtado de Mendoza, 47). “Espacio geográfico de cierta homogeneidad”, según la definición de Carmen Trillo San José y recogida por Manuel Barrios Aguilera en “Historia, leyenda y mito en la Alpujarra...”. José A. González Alcantud, ed., *Pensar la Alpujarra* (Granada: Diputación Provincial de Granada, 1996) 17.

²¹ *La Rábita*, población costera perteneciente al término municipal de Albuñol. Tuvo gran importancia estratégica en época nazarí. (1238- 1492). “Para defender las costas de su reino, entonces activo y floreciente, entre 1232 y 1340”. Miguel Carrascosa Salas, *La Alpujarra I* (Granada: Universidad de Granada, 1992) 243. Véase Parte IV, cap. I, nota 266.

²² (Si se me permite una comparación tan desigual).

Pues agréguese ahora la dificultad material de transportarse al otro lado del Mulhacén, o sea el infernal encanto de la incomunicación...

¡No habláramos de acometer la empresa de frente desde la ciudad de Granada!... La Sierra es infranqueable todo el año, menos algunos pocos días del mes de julio* («entre la Virgen del Carmen y Santiago» --dicen los prácticos del terreno),²⁵ y eso con insufrible fatiga y peligros espantosos... Ciertamente por la parte de Guadix, casi al extremo de la cordillera, hay un puerto, llamado de la Ragua²⁶ (Rawa se escribía antes), al que conducen escabrosísimas sendas, y por donde es algo frecuente el paso en días muy apacibles, si bien nunca en el rigor del invierno; pero, así y todo, se han helado allí, en las cuatro estaciones, innumerables caminantes, de resultas de los súbitos ventisqueros²⁷ que se mueven en aquel horroroso tránsito.

Quedaba el camino de Lanjarón,²⁸ que es el ordinario y el histórico; mas, aunque fuese el menos malo (pues el entrar por la costa en el territorio alpujarreño no se avenía con mis ilusiones), todavía me lo pintaban áspero, difícil, arriesgado, pavoroso, sobre

²³ Se refiere a la invasión de Italia por el caudillo cartaginés en el año 218 A.C., durante la Segunda Guerra Púnica.

²⁴ Alarcón comete una inexactitud histórica puesto que Vasco de Balboa nunca puso el pie en los Andes.

²⁵ En el santoral católico, del 16 de julio, día de la Virgen del Carmen, al 25 de julio, día del apóstol Santiago.

²⁶ Del árabe *ravah*, recogimiento de aguas. Puerto de montaña en Sierra Nevada que comunica la Alpujarra con la comarca del Marquesado del Cenete y Guadix.

²⁷ *ventisquero*, 'ventisca: borrasca de viento, o de viento y nieve, que suele ser más frecuente en los puertos y gargantas de los montes' (RAE).

²⁸ *Laxarón del Valle*...renombrada villa granadina, situada a unos siete kilómetros del histórico barranco de Tablate. Según consta en el libro *Revisión catastral* del Marqués de la Ensenada que data del año 1752 (Carrascosa Salas 47).

todo de Órgiva²⁹ en adelante; verdadero *camino de palomas*, según la frase vulgar, sujeto a largas interrupciones y contramarchas a la menor inclemencia de los elementos.³⁰

Explicábame ya, por consiguiente, la singularidad de que la Alpujarra sólo fuera conocida de sus hijos; de que apenas existiese un mapa que la representara con alguna exactitud,³¹ y de que ni los extranjeros que venían de Londres o de San Petersburgo en busca de recuerdos de los moros, ni los poetas españoles que cantaban estos recuerdos de una gloria sin fortuna, hubiesen penetrado jamás en aquel dédalo³² de promontorios y de abismos, donde cada peñón, cada cueva, cada árbol secular sería de juro un monumento de la dominación sarracena.

Mi viaje a África con el ejército, hoy ya casi legendario,* que plantó la bandera de Castilla sobre la Alcazaba de Tetuán;³³ mi larga residencia en aquella *ciudad santa* de los musulmanes, a la cual se refugiaron, del siglo XV al XVI,* innumerables moros y judíos expulsados de España; mis frecuentes coloquios, ora con *sabios* hebreos que aún hablaban nuestra lengua, ora con mercaderes argelinos versados en el francés, ora con los mismos marroquíes, merced a nuestro famoso intérprete Aníbal Rinaldy; mis interminables pláticas con el historiador y poeta Chorby,³⁴ en cuya casa encontré una

²⁹ Órgiva, cabeza de partido judicial y capital de la Alpujarra Alta Occidental por Real Orden de Isabel II en el año 1839.

³⁰ *Camino de palomas*, símil empleado para resaltar la altura y estrechez del sendero. La expresión de uso común es *camino de cabras* para referirse a un camino estrecho y accidentado, en terreno montañoso (M. Moliner, *Diccionario de uso*).

³¹ De Sierra Nevada, concretamente, no existió un mapa hasta el siglo XX. Así lo afirma Manuel Titos Martínez en *La aventura de Sierra Nevada*, mencionado por Miguel A. Martín Medina en su artículo "Caminos arrieros" (González Alcantud, *Pensar* 193).

³² *dédalo*, 'laberinto'.

³³ La Guerra de África se llevó a cabo de 1859 a 1860.

³⁴ Alarcón le compuso un poema titulado "A Chorby, poeta marroquí", fechado en Tetuán en 1860; composición recogida en sus obras completas. Luis Martínez Kleiser, comento, *Obras Completas de D. Pedro A de Alarcón* (Madrid: Fax, 1954) 292. El autor, junto con otros tres españoles, se alojó en casa de este poeta marroquí durante su estancia en Tetuán después de

hospitalidad verdaderamente árabe; aquellas penosas y casi estériles investigaciones a que me entregué con todos ellos respecto del ulterior destino de tantos ilustres moros españoles como desaparecieron en los arenales africanos, a la manera de náufragos tragados por el mar; todas aquellas aventuras, emociones, complacencias y fantasías que relaté* en fin, en el *Diario de un Testigo de la Guerra de África*³⁵, lejos de calmar mi ardiente anhelo de conocer la tierra alpujarreña, hiciéronlo más activo y apremiante.

¿Cómo no?* Las tradiciones y noticias de los moros y judíos de 1860 acerca de la estancia de sus mayores en nuestro suelo eran menos inexactas y borrosas cuando se trataba de la Alpujarra, y de la Guerra de los Moriscos, que cuando se referían a otros territorios y sucesos de Andalucía; y el último héroe musulmán de España, Aben Humeya, inspirábales especialmente profundísima* veneración, como si vieran en él un modelo digno de ser imitado en Ceuta y en Melilla por los marroquíes sujetos a la dominación cristiana...--Ni era esto todo: aquellos fanáticos islamitas, semibárbaros en su vida externa, místicos y soñadores en lo hondo* de su alma, dejábanme entrever, cuando la afectuosidad de una larga conferencia los hacía menos recelosos y desconfiados, esperanzas informes y remotas de que la morisma volviese a imperar en nuestra patria; y entonces, al expresarme la idea que tenían de la hermosura de estos sus antiguos reinos, celebraban sobre todo la comarca granadina, y, nominalmente, algunas localidades alpujarreñas, avergonzándome de no haberlas visitado; ¡a mí, que las tenía tan cerca del pueblo de mi cuna!

la toma de esta ciudad por el ejército español; en el *Diario de un testigo de la Guerra de África* lo describe en los siguientes términos: "...opulento moro dedicado a las bellas letras desde sus primeros años, y uno de los hombres más cultos de este imperio, al decir de sus compatriotas" y también: "¡Chorby, el árabe clásico, el huésped generoso, el mahometano, según el Corán!" (M. Kleiser 1064).

³⁵ Obra escrita por el autor durante la campaña de África.

La historia, pues; la geografía; mi* culto filial a Sierra Nevada; no sé qué pueril devoción a los moros, ingénita a los andaluces; la privación, los obstáculos, la novedad y el peligro, conspiraban juntamente a presentarme como interesantísima una excursión por La Alpujarra...

Sin embargo, cuantas veces la proyecté (y fueron muchas), otras tantas hube de diferirla, con pesar o remordimiento, ya para atender a menos gratos cuidados, ya para lanzarme caprichosamente a más remotas y noveleras expediciones³⁶...

Pero he aquí que, de pronto, y cuando ya estaban algo amortiguados en mi espíritu ciertos entusiasmos y fantasmagorías de la juventud, circunstancias harto penosas condujéronme a realizar el sueño de toda mi vida...

Poco antes de empezar la última primavera, hallándome* en aquella* inmensa oficina llamada “Madrid”,³⁷ donde sólo hay aire respirable para los días de prosperidad y ventura, plugo³⁸ a Dios enviarme uno de aquellos dolores que sólo se pueden comparar al embeleso de que nos privan...--¡Oí los pasos de los que se llevaban al cementerio una hija de mi corazón, y quedéme asombrado de no morir cuando me arrancaban el corazón con ella!

Perdóneseme este primero y último grito con que profano la majestad de mi sentimiento; pero hubiera considerado más impío no ponerle al melancólico viaje que se va a leer* su verdadera y triste fecha...

³⁶ Se refiere a sus empresas literarias y políticas. Véase sobre la biografía de Alarcón en la introducción a esta edición.

³⁷ *Madrid*, aquí el autor recrea el conocido tópico horaciano del *Beatus Ille*, recogido por Fray Luis de León; tradicional tema del Renacimiento y Siglo de Oro; se trata del ‘menosprecio de corte y alabanza de aldea’ de Fray Antonio de Guevara quien contrapone las virtudes morales del campo a la corrupción de la ciudad. Recordemos que el autor escribe desde una dehesa en la provincia de Extremadura, cerca del Monasterio de Yuste. Para expresar esta idea peyorativa de la ciudad emplea el símil, ‘inmensa oficina’.

³⁸ *plugo*, forma irregular de la 3ª persona del singular del pretérito indefinido del verbo ‘placer’; es usual sólo en la expresión ‘plugo a Dios [al cielo]’ (M. Moliner).

Partida el alma, quebrantada la salud, mis días sin paz,* mis noches sin sueño,
volví los ojos, por consejo de personas amadas, hacia la Madre Naturaleza, eterna
consoladora de los infortunios humanos...--³⁹

Y como un amigo mío queridísimo tuviese por entonces precisión de recorrer la
Alpujarra para asuntos propios,* quedó convenido que iríamos juntos...

Ahí tenéis la historia de por qué se hizo este viaje.

Escuchad ahora la historia del viaje mismo.

Vadío de Casa-Tejada (Extremadura),*

a 10 de Marzo de 1873.

³⁹ *La Naturaleza eterna consoladora de los infortunios humanos*, tal evocación de la naturaleza es de
cuño romántico aunque el autor no se refiere al dolor metafísico romántico sino a un dolor muy concreto: la muerte de su hija y,
también, participa de la idea antes mencionada de la bondad moral del mundo rural, en contacto con la naturaleza, como fuente de
salud física y moral.

PARTE PRIMERA*

EL VALLE DE LECRÍN

I

Preparativos de viaje

Todo estaba dispuesto para marchar.

Era el 19* de marzo de 1872, día de San José (en el almanaque romano), y víspera de la llegada* de la primavera..., en la zona* septentrional.

Hacía tres días que mi compadre y yo nos hallábamos en Granada.

Mi compadre era aquel amigo* de Madrid que iba a la Alpujarra a asuntos propios...*

Además, en Granada se había asociado a nuestra expedición, cierto primo mío,* más semítico que jafético,⁴⁰ a quien quiero como a un hermano, camarada tradicional e indispensable en mis reiteradas excursiones a caballo por aquella provincia.

Todos teníamos relaciones en los pueblos alpujarreños, y habíamos escrito ya a nuestros respectivos amigos,* avisándoles el punto y hora en que nos prometíamos abrazar a cada uno.

⁴⁰ *Jafético*, 'aplicase a los pueblos que, según la Biblia, descienden de Jafet, tercer hijo de Noé' (RAE). El autor lo usa como sinónimo de judío en oposición a semítico usado como sinónimo de árabe musulmán.

Los criados habían salido el día anterior, a esperarnos en la Venta de Tablate,⁴¹ a seis leguas de Granada.*

Hasta allí iríamos en la diligencia de Motril, que nos dejaría en aquella venta,* -- desde la cual arranca el camino de Lanjarón, el camino de la Alpujarra...*

Y como el tal camino se convierte luego en *sendas de palomas*, según indicamos en los Prolegómenos, habíamos prevenido también que en Órgiva, donde haríamos noche, nos aguardasen mulos del país, calificados de irreemplazables para las asperezas extraordinarias; en los cuales nos proponíamos atravesar al día siguiente el famoso Puerto de Jubiley y lo más encumbrado de la Contraviesa.

Los caballos pasarían entonces a formar a retaguardia (éste era el plan a lo menos), de reserva para los senderos verosímiles, y especialmente para las ramblas, las playas y los ríos.

Por último: iban conmigo, como ayudantes de campo de mi memoria; o, por mejor decir, llevaba en mi maleta las obras de* D. Diego Hurtado de Mendoza, caballero; Luis del Mármol Carvajal, andante en corte, y Ginés Pérez de Hita, poeta y soldado (testigos presenciales los tres e historiadores *d'après nature*⁴² de la Rebelión y Guerra de los Moriscos),* con más un sinnúmero de apuntes sacados de libros y manuscritos españoles y árabes, nacionales y extranjeros, referentes a la Alpujarra, y debidos a la pluma de cronistas, poetas, militares, académicos, golillas,⁴³ diplomáticos, inquisidores, prelados, ministros y hasta reyes...¹ *

⁴¹ *Venta de Tablate*, también llamada de Luis Padilla, según señala Alarcón más adelante, después conocida como Venta de las Angustias, en honor a la patrona de Granada, situada en las inmediaciones del Puente de Tablate que se alza sobre el barranco del mismo nombre. Pertenece a Béznar, y era el lugar hasta donde la diligencia de Motril transportaba a los viajeros a la Alpujarra.

⁴² *d'après nature*, 'del natural'.

⁴³ *Golillas*, 'ministros togados y curiales que usaban este adorno hecho de cartón y forrado de tafetán que circulaba al cuello'. También se dio este nombre a los paisanos en oposición a los militares'. 'Curial o empleado de los tribunales' (Moliner).

Habéis de convenir, amados lectores, en que no iba mal acompañado a la Alpujarra...^{*} Acompañadme también vosotros con una benévola atención, y este viaje será redondo.

II

*En la Vega de Granada-Los Llanos de Armilla-El Mulhacén**

A las ocho en punto arrancó la diligencia. La mañana estaba hermosísima,^{*} fulgente, llena de preludios^{*} de la primavera que iba a empezar...

Esto... por lo que respecta al cielo; que en la tierra, es decir, en aquella magnífica vega que pocos momentos después recorriamos, todavía era invierno, --si bien un invierno granadino.

Los trigos, las cebadas, los centenos y las hortalizas mostraban alternados sus distintos verdes en espléndidas llanadas que se perdían de vista al norte y al ocaso,

¹ *Autores consultados para escribir este libro, o citados por ellos, y cuyas opiniones he tenido también en cuenta:* Hurtado de Mendoza.--Mármol. --Pérez de Hita. --Martínez de la Rosa.--Conde --Mahoma. --Washington Irving.--William Prescott.--Lafuente Alcántara (D. Miguel y D. Emilio).--Dozy.--Romey.--Sacy.--Gayangos.--Al-Makary.-- Fernández y González (D. Francisco).--Moreno Nieto.--Fernández Guerra (D. Aureliano).--Oliver (D. José y D. Manuel).-- Simonet.--Amador de los Ríos.--Janer.--Schack.--Carisi.--Abu-Zacaríá.--Ibn-Alhatihib.--Ben-Katib-Alcatalami.--Abu-Sofian.--Abulfadhl-Ben-Xafat-Alcairawani.--Abutahia.--Aben-Ragid.-- Idrisi.--Ibn-Hayyan.--Xerif.--Aledrix.--Abu-Harirat. —(*Las obras de todos estos escritores árabes se hallan traducidas al castellano o al francés por los orientalistas antes citados.*) Núñez de Prado, veedor y contador de la Alhambra en 1753.--Miñano.--Madoz.--Carrasco.--Rojas Clemente.--Góngora (D. Manuel).--Alonso del Castillo.--Miguel de Luna.--Hernando de Baeza.-- Hernando del Pulgar.--Bermúdez de Pedraza.--El Cura de los Palacios.--Rodríguez Escabias.— Fr. Marco de Guadalajara.--Córdoba y Peralta.--Salazar y Castro.--Robles.--Zurita.--Alonso de Palencia.—(En Londres, en el Museo Británico, había hace algún tiempo un obra inédita, del jesuita Las Casas, sobre la REBELIÓN DE LOS MORISCOS Y SU TOTAL EXPULSIÓN.—*De desear fuera que se publicara. Por mi parte, confieso no haberla consultado.*)

mientras que, a mediodía y levante, dejábamos atrás bosques de frutales y prolongadísimas alamedas, sin flores aún y sin hojas.

Los áridos esqueletos de sus ramas ofrecían un contraste muy filosófico con el perenne verdor de los olivos de Huétor y de los cipreses y laureles de la Zubia... --Pero todavía era demasiado pronto para filosofar.

Insensiblemente, fuimos subiendo de la junta del Darro y del Genil (donde Sor Ana de San Jerónimo había dicho:

.....el abrazo de estos ríos,
En dulces de cristal amantes lazos,
Me representa viva y tristemente
Los que un tiempo formaron nuestros * brazos...)⁴⁴

hasta ganar los despejados Llanos de Armilla.⁴⁵

Y como, adrede, íbamos nosotros en el departamento posterior de la diligencia, a fin de despedir los panoramas que fuésemos abandonando, e imaginarnos la emoción con que los mirarían por última vez los moros en 1492 y los moriscos, en 1570,* pudimos apacentar desde allí nuestros ojos en la contemplación, siempre nueva, de la incomparable Granada...

⁴⁴ *Sor Ana de San Jerónimo*, religiosa de la orden de las franciscas descalzas del convento del Ángel de Granada. Nacida en 1696. Su obra poética fue publicada póstumamente en Córdoba por "un apasionado suyo" en el año 1773. Estos versos pertenecen al comienzo de su obra *El amor sencillo. Égloga pastoril Nise y Belisa*.

⁴⁵ *Los Llanos de Armilla*, lugar perteneciente a la población de Armilla, situada al oeste de Granada, a tres kilómetros de la ciudad. Conocido en la historia de la conquista de Granada por su haber sido el lugar desde el cual pusieron cerco a la ciudad los Reyes Católicos, y donde se llevaron a cabo otros avatares de la guerra a los que el autor hace mención más adelante.

Desde aquel mismo sitio, y tal vez a aquella misma hora, la devoraban con la vista los Reyes Católicos la mañana del histórico 2 de enero de 1492, *aguardando, con afán patriótico y cristiano, a que apareciesen en la Torre de la Vela las Cruces de plata y su morado Estandarte, señal de que el Conde de Tendilla⁴⁶ se había entregado ya de la Alhambra, y de que sus Altezas podían adelantarse a tomar posesión de la Jerusalén de Occidente...⁴⁷

Y la verdad es que el año pasado, lo mismo que hace cuatro siglos; no obstante los estragos del tiempo y de la continua decadencia local,* la corte de Boabdil, vista a aquella distancia (que permite todavía distinguir separadamente colinas, casas, iglesias, torres cristianas y torres moras, cármenes, arboledas y murallas; pero presentándolo ya todo en comprensivo y armonioso conjunto), ofrecía un aspecto embelesador, muy por encima de cuanto pueden excogitar poetas y pintores, y asaz digno de la codicia de todos los reyes de la tierra.

Mas no es cosa de entretenerse en tales consideraciones yendo en diligencia;* máxime cuando ya estaban hechas* admirablemente en verso y en prosa por escritores de punta;⁴⁸ y púseme a contemplar, antes de abandonarlos, los humildes Llanos de Armilla,* que de seguro no se han visto en otra...

⁴⁶ *El conde de Tendilla*, don Íñigo López de Mendoza, primer marqués de Mondéjar (1440-1515.), tras la conquista de Granada fue nombrado primer alcalde y capitán general de Granada, descendiente del marqués de Santillana. Padre del escritor, político e historiador de la Guerra de Granada, don Diego Hurtado de Mendoza.

⁴⁷ *Jerusalén de Occidente*, símil por Granada para hacer referencia al tópico aplicado a Granada (también atribuido a Córdoba, Sevilla o Toledo) como asiento de varias religiones y culturas en algún momento de su historia, al igual que Jerusalén. En otras ocasiones se la denomina la 'Damasco de Occidente', haciendo referencia al parecido en cuanto a la fertilidad de su vega, y a la belleza de su paisaje con la mítica Damasco.

⁴⁸ El autor se refiere a la literatura orientalista tan en boga en el siglo XIX, a las obras de los viajeros románticos extranjeros a Granada, y, en particular, al poema épico *Granada* del escritor romántico José de Zorrilla (1817-1893).

La privilegiada comarca granadina, por encerrar todas las bellezas naturales, encierra hasta la ascética y melancólica de los desiertos.*--No contento Dios con reunir, casi a las puertas de la gran ciudad, nevadas montañas, cerros bermejos, las rocas moradas de Sierra Elvira,⁴⁹ la feraz planicie de la vega, jardines y bosques, y por último, ríos de todas clases (aquí el manso Genil fluyendo entre alamedas; allí el Darro mugiendo entre peñascos; acá el despeñado Dílar, allá el juguetón Alfacar, y el Monachil, y el Cubillas, y el Beiro; todos formando como una red de plata), puso también en aquella región los Llanos de Armilla, desconsolado yermo, enclavado, como un oasis negativo, en medio de una llanura siempre frondosa, para más lucimiento y realce del edén que lo rodea.

Ahora bien: allí han reñido muchas batallas los moros entre sí, y los moros con los cristianos: allí revistaban sus huestes D. Fernando y Doña Isabel: allí hubo, en aquel tiempo, de día y de noche, citas, sorpresas, conciliábulos, desafíos, amantes coloquios, y otros* lances propios de la soledad... (así los que refieren las crónicas, como los innumerables que no habrán tenido cronista): y allí no ocurre hoy maldita la cosa... mientras el sol está en el horizonte, --a no ser algún *simulacro* de batalla o los cotidianos ejercicios de las tropas de la Guarnición...

Pero los soñadores que, en noches de luna, cabalgan por aquella meseta, siguiendo los escapados* caballos de apuestas amazonas, en busca de los puntos de vista más a propósito para contemplar a Granada a la mágica luz del astro de sus recuerdos, saben todo el fantástico hechizo que las memorias de otros tiempos comunican a tan esquivo despoblado...--¡Lo menos que se cree entonces cada uno es que se llama Gonzalo

⁴⁹ *Sierra Elvira*, Situada al noroeste de la ciudad de Granada, a diez kilómetros, aproximadamente, de la ciudad, con una superficie de dieciocho kilómetros cuadrados, comprende los términos municipales de Albolote, Atarfe y Pinos Puente, pertenecientes a la Vega de Granada.

Fernández de Córdoba, Hernán Pérez del Pulgar, o Garcilaso de la Vega,⁵⁰ y que va en pos de la Reina Católica, de Doña Beatriz de Bobadilla y de sus otras damas, haciendo reconocimientos militares y adorando de paso lo imposible!...--

Yo sé, por lo menos, de alguno que, si hablase...*

Pero dejémonos de divagaciones y tristezas.*

Mientras nuestra imaginación acariciaba estas añejas fantasmagorías, la diligencia se acercaba al pie de Sierra Nevada, bien que procurando, en su marcha oblicua, dejarla a la izquierda,* y llegar al viso del Suspiro del Moro...⁵¹

El Picacho de Veleta, erguido encima de nosotros, y el Mulhacén, que asomaba más allá su frente augusta (ambos vestidos de nieves recientísimas, sobre las eternas que los acorazan) eran, por lo tanto, el eje inmóvil que nos sujetaba y nos repelía a la par, como la mano a la piedra aprisionada en la honda, si bien parecía que ellos giraban por sí mismos para mostrarnos sucesivamente las diversas fases de su grandeza...

El Mulhacén, sobre todo, atraía nuestra ávida atención.--Él era el protagonista del viaje: él había de ser el polo perpetuo de nuestras idas y venidas, y el fondo constante de cuantos vistosos cuadros esperábamos contemplar: él es rey de los montes alpujarreños...;⁵² ¡aquél que, dominándolos a todos, descubre las dos orillas del Mediterráneo, -la española y la berberisca,* - como las de un lago de su imperio, mientras

⁵⁰ *Gonzalo Fernández de Córdoba*, el Gran Capitán (1453-1515), Hernando del Pulgar, (1430-1493), cronista de los Reyes Católicos, los dos personajes más representativos de la corte de los Reyes Católicos en relación con la historia de Granada. El poeta Garcilaso de la Vega (1501-1536) formó parte del séquito de Carlos V en su viaje a Granada en 1526.

⁵¹ *viso*, 'sitio o lugar alto desde donde se ve y descubre mucho terreno' (RAE).

⁵² Alarcón usa este mismo símil al hablar del Mont Blanc, "La luz del sol, que ya no veía nadie en Europa, circundaba las sienes del viejo rey con un turbante de rosa y oro", en *De Madrid a Nápoles* (M. Kleiser 1238).

que por la otra parte del norte* registra con su mirada escrutadora hasta las soledades de la Mancha!

Así es que yo le decía muy por lo serio, con una indefinible mezcla de veneración, curiosidad y cariño:

--¡A tu otro lado voy! ¡Detrás de ti estaré mañana! ¡Mañana habré visto todos los misterios que me ocultas desde que nací!

Al propio tiempo, esta denominación de “Mulhacén” que lleva la cúspide más alta* de toda España, recordábame su patético significado...

Recordábame en primer lugar* el nombre del imprudente esposo que repudió por fea* a la altanera Aixa; el nombre del que en mal hora engendró al muy pronto rebelado Boabdil;* el nombre del constante adorador de Zoraya (*Lucero de la mañana* en habla mora, y lucero cuya hermosura fue tan fatal a los granadinos como la de Helena a griegos y troyanos);⁵³ el nombre de Muley Hacem, en fin, penúltimo rey de Granada.... Y recordábame luego la razón y motivo por que tan excelso monte llegó a ser homónimo de tan cuitado rey...*

*Cuentan la tradición y las historias¹, que, vencido y destronado el viejo Muley Hacem por su indigno hijo, a quien la despechada Aixa, de áspero rostro y corazón de leona, había inspirado tan sacrílega usurpación; retirado con su fiel Zoraya y con los hijos en ella habidos a un lugar escondido en las faldas de la sierra²; viéndose abandonado del resto del mundo, ciego, miserable, y próximo ya a la apetecida muerte, rogó a aquellas

⁵³ El autor concede a Soraya, en la determinación del destino del reino moro de Granada, el mismo papel que Helena jugó en la suerte de Troya con lo cual eleva la historia de Granada a nivel de mito.

¹ Córdoba y Peralta, *Historia de las Montañas del Sol y el Aire*, M. S., de que hace mención Lafuente Alcántara en su *Historia de Granada*. Pulgar y el Cura de los Palacios, en sus respectivas Crónicas, refieren el caso de otro modo: pero la versión que corre válida es la que doy.

² Otros creen que se retiró a Salobreña.

prendas de su alma que lo sepultasen en paraje* tan ignorado y solo, que no pudiese turbar nunca la paz de sus cenizas la vecindad de hombres vivos ni muertos; *“pues le causaban tal horror sus semejantes, que temía no dormir tranquilo si era enterrado cerca de otros cadáveres humanos.”*

Zoraya y sus hijos cumplieron religiosamente esta solemne manda, sepultando los restos del infeliz Muley Hacem en lo más alto de la sierra, allí donde nunca posa el hombre su planta, ni llegan jamás los rumores de la vida. --Para aquel sublime sarcófago, los hielos suministraron la urna de cristal, pirámides de alabastro las sempiternas nieves, y perpetua ofrenda las nubes, respetuosamente agrupadas debajo de él...* ¡Y allí está, y ha de estar hasta la consumación de los siglos, el misántropo rey moro; y desde allí puede ver a un tiempo mismo (con los ojos de los poetas, se entiende) a Granada, por una parte, ufana todavía de poseer* la Alhambra y el Generalife, y, por la otra, allende el mar, la nobilísima* cordillera del Atlas, que viene a ser* la Sierra Nevada del Imperio de Marruecos!

Pero a todo esto la vega se nos acababa; hacía rato que habíamos pasado el río Dílar y cruzado por el alegre pueblo de Alhendín: la diligencia emprendía el ascenso a unas lomas estériles y mansas; y la Sierra no nos presentaba ya su frente, sino que huía por nuestra izquierda, como un ejército derrotado, dejándonos paso libre al mediodía...

Ibamos, pues, a salir del horizonte granadino por el ya mencionado otero⁵⁴ del Suspiro del Moro...

⁵⁴ *Otero*, 'montecillo aislado', 'cerro aislado que domina un llano' (Moliner). Nótese que el autor ha usado anteriormente las palabras portillo y viso referirse al Suspiro del Moro. Más adelante, Alarcón va a referirse a este lugar como "aquella loma a que sus suspiros [de Boabdil] dieron nombre".

¡No había tiempo que perder! Era necesario abandonar al padre para acudir al hijo; esto es: era necesario olvidar a Muley Hacem para acordarse de Boabdil.

III

*El Suspiro del Moro**

Cuando pasamos por la Venta del Suspiro del Moro eran las diez menos algunos minutos.

Estábamos a dos leguas y media de Granada.

Desde allí se distinguía, como desde un mirador, no sólo la ciudad, sino toda su comarca, toda su campiña, todo su cielo esplendoroso: panorama inmenso, deslumbrador, matizado de mil colores e inundado de una luz de paraíso, siquier⁵⁵ velado en algunos puntos por tenues jirones de transparente niebla, entre cuyas rotas gasas relucían las acequias y los ríos, como cintas de cristal, o salían, del seno de pardos olivares y de los pliegues de graciosas colinas, modestos campanarios y azuladas columnas de humo, marcando la situación de innumerables* lugares, aldeas y caseríos...

Granada, se veía blanquear a lo lejos, tendida en los cerros umbrosos de la Alhambra y del Albaicín, como una odalisca envuelta en cándido alquicel, echada sobre oscuros almohadones...--Ya no se percibían sus pormenores y detalles... Sólo se divisaba

⁵⁵ *Siquier*, siguiera, 'conj. advers. que equivale a bien que o aunque' (RAE).

una elegante ráfaga de blancura, intensamente alumbrada por el sol, bajo el risueño azul del purísimo firmamento.⁵⁶

Un paso más, y todo aquel cuadro de población, de vida, de riqueza, de hermosura, de actividad humana desaparecería súbitamente. --Delante de nosotros se prolongaba, girando hacia la izquierda, un angosto pasaje, árido y feo, pedregoso y sombrío, que contrastaba de un modo horrible con la maravillosa vista que estábamos contemplando...

¡Aquel crítico punto era, por consiguiente, el lugar en que Boabdil dio el supremo adiós a la ciudad en que había nacido, que había sido suya, y que no debía de volver a ver en toda su vida!

Boabdil no llegaba del mismo Granada, sino del que había sido campamento de los cristianos; del Real de Santafé, situado en medio de la vega.

Allí había permanecido desde la memorable mañana del 2 de enero, --en que entregó humildemente a los Reyes Católicos, a las puertas de aquella capital que abandonaba para que la ocupasen ellos, las llaves de la codiciada Alhambra y el anillo real de los Alhamares...

Durante los diez o doce días transcurridos desde entonces, el infortunado descendiente de cien monarcas, tolerado huésped en las ya desiertas tiendas de sus triunfantes enemigos, había ido enviando de noche a la Alpujarra (a aquel irrisorio señorío que le dejaban como limosna)* todas sus riquezas y equipajes, con muchos súbditos fieles, resueltos a seguir su destino... --¡Entre tanto, D. Fernando y Doña Isabel,

⁵⁶ Nótese el tono orientalista de toda la descripción de Granada, desde “la luz de paraíso”, “rotas gasas”, “cintas de cristal” y como remate, el símil de la ciudad como “odalisca envuelta en cándido alquicel” para resaltar más eficazmente su encanto oriental. *Odalisca*, ‘esclava dedicada al servicio del harén del gran turco’. *Alquicel*, ‘o alquicer, vestidura morisca a modo de capa, y comúnmente blanca y de lana’ (RAE).

príncipes venturosos, habitaban el palacio árabe de la Alhambra, donde el Gran Capitán y otros veteranos de la Conquista traducían a las damas de la corte las inscripciones poéticas de sus afiligranados patios y camarines!

Era, pues, una mañana de mediados de enero. La hora debía de ser entre las siete y las ocho, --puesto que Boabdil, según todos los historiadores, había salido de Santafé mucho antes de apuntar el alba, a fin de sustraer su ignominiosa partida a la humillante curiosidad de los pueblos de la vega...

Iban con él su adusta madre, su dulce y bella esposa Moraima, su tierno hijo (que había estado como rehén en el campo castellano, y a quien Isabel la Católica llamaba el *Infantino* y quería mucho), una hermana, cuya figura no determinan las historias, y algunos visires, palaciegos y criados. --Zoraya, la otra viuda de Muley Hacem, no pensó ni por un momento en acompañar a los proscritos, sino que ya se proporcionaba, para ella y para sus hijos Cad y Nazar un porvenir mucho más cómodo en la corte de los cristianos, cuya religión fue la primera y había de ser la última de aquella aprovechada beldad, tan conocida luego con el nombre de Doña Isabel de Solís¹.

«Al llegar a aquella elevación (dice la Historia), BOABDIL refrenó su caballo y se detuvo embebecido mirando con emoción tristísima la ciudad de las hermosas torres, y centro en otro tiempo de su grandeza. El monarca infeliz alivió la amargura que rebosaba en su pecho derramando algunas lágrimas; y exclamando: «¡Allah Akbar! (¡Oh gran Dios!)», picó los ijares de su caballo y dio con hondos suspiros los últimos adioses a Granada.

¹

Martínez de la Rosa ha idealizado y sublimado gratuitamente a esta mujer en su admirable novela del mismo nombre; novela que es también un tesoro de erudición por sus apéndices y notas

»Se dice que Aixa, su magnánima madre, advirtió la debilidad del hijo y le reprendió diciendo:

«Haces bien en llorar como mujer, ya que no has tenido valor para defenderte como hombre...»⁵⁷

.....

Y mirando colérica a Granada,*

Huyó vencida, pero no domada²

Cuenta Fray Prudencio de Sandoval en su *Historia del Emperador Carlos V*,⁵⁸ que cuando éste fue a Granada, en junio de 1526, y vio la Alhambra por vez primera, exclamó generosamente: -- «¡Desdichado el que tal perdió!»

Y refiere Fr. Antonio de Guevara, en sus *Epístolas familiares*,⁵⁹ que, como él entonces le narrase cuánto gimió Boabdil en aquella loma a que sus suspiros dieron nombre, y el duro apóstrofe de la implacable Aixa, el César⁶⁰ replicó:--«*Muy gran razón tuvo la madre del Rey en decir lo que dijo, y ninguna tuvo el Rey su hijo en hacer lo que hizo; por que, si yo fuera él, o él fuera yo, antes tomara esta Alhambra por sepultura, que no vivir sin reino en el Alpujarra*».

¡Admirablemente hablado! ¡Es muy verdad! Boabdil no supo caer; lo cual es tanto más imperdonable, cuanto que al cabo demostró que sabía morir... --Pero, pésele a Carlos V, a las Artes y a las Letras, Aixa no tuvo razón para acusar a su hijo de no haber sabido

⁵⁷ La leyenda del suspiro del moro, fue muy del gusto de los autores románticos, tanto nacionales como extranjeros. También hace alusión a ella, entre otros muchos, el francés Charles Davillier en su libro *Viaje por España*.

² De *El suspiro del Moro*, canto épico del autor.

⁵⁸ *Fray Prudencio de Sandoval*, (1553-1620), beneditino autor, también, de la *Crónica de Alfonso VII*.

⁵⁹ *Fray Antonio de Guevara*, (1480-1545), franciscano, predicador de la Corte de Carlos V. Obispo de Guadix y Mondoñedo, además, autor, entre otras, de las obras *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* y *Reloj de príncipes*.

⁶⁰ *César*, palabra latina originariamente usada en la Roma imperial para referirse al emperador; sinónimo de emperador (RAE).

defender su reino... --Él lo había defendido espada en mano en cien combates, hasta que las discordias intestinas de su familia y de sus súbditos, atizadas precisamente por la misma rencorosa Aixa, así como el alternado auxilio que cada bando moro prestaba al ejército cristiano, le hicieron desesperar de la victoria y sacrificarse para terminar la guerra. --¡*Suum cuique*!⁶¹

De todos modos, al perder nosotros de vista aquella mañana el cielo granadino, y considerar la infinita angustia con que el infeliz agareno⁶² le daría el postrer adiós, prescindimos por un instante del derecho histórico, del interés patrio y de la conveniencia particular que asistían a sus vencedores... y sólo tuvimos entrañas para compadecer tamaña desventura...*

Porque en aquel trance fatal* el destronado y proscrito Rey se nos presentaba* como el condenado a muerte que, lleno de vida y juventud, hace un alto en las gradas del patíbulo y se despide para siempre de la luz del día y de todas las esperanzas que acarició en el mundo...--

Boabdil tenía entonces treinta años.

⁶¹ *Suum cuique*, (A cada quien lo suyo). Aforismo de la legislación romana, que el autor emplea para eximir el nombre de Boabdil.

⁶² *Agareno*, 'mahometano', 'descendiente de Agar, personaje bíblico, esclava egipcia, segunda esposa de Abrahán y madre de Ismael, el que originó la raza árabe (israelitas)' (RAE).

IV

Lo que fue de Boabdil

La melancólica esterilidad del callejón de montañas en que entramos luego, parecía imaginada por un autor dramático aficionado a transiciones violentas y bruscas mudanzas de decoración.*

A nuestra izquierda se levantaba una inconmensurable ladera, casi vertical, sin verdura, sin árboles, sin riscos, sin arroyos, sin nieves.* Asemejábase, hasta por el color, a una de las caras amarillentas de aquellas inmensas pirámides del Nilo que sirvieron de túmulo a otros reyes; y era una estribación o antemural del costado de Sierra Nevada, que nos ocultaba la sierra misma, y que se llama el Cerro Maziar. --A la derecha se escalonaban unas terreras y colinas, también sin vegetación de ninguna clase, derivadas de la sierrecilla de Tejeda... --Al frente... ¡nada! ¡las paredes del propio callejón, que culebreaba en ambos sentidos, sin el más breve asomo de horizonte, como el foso de una angulosa fortaleza!

Desde que pasamos del Suspiro del Moro ya no ofrecían interés alguno las contemplaciones retrospectivas... Nos habíamos trasladado, por lo tanto, a la berlina de la diligencia, con el afán de ir descubriendo terrenos...* Pero, como sabíamos que hasta llegar al Padul, distante del Suspiro unos dos o tres kilómetros, sólo hay que ver aquella monótona muralla con que principia el flanco de la sierra, lanzamos nuestra imaginación

en pos de Boabdil, puesto que llevábamos el mismo camino, a fin de recordar qué fue de él en el amargo epílogo de su vida.

El Rey Chico, que no era chico, sino de gentil estatura y apuesto continente, pero a quien los moros pusieron aquel apodo por alusión a su siempre menguado reino¹, fuese a residir a Cobda, en el extremo oriental de la Alpujarra, lugarcillo delicioso, que tuvo honores de ciudad mientras fue su corte, y que hoy llaman el Presidio de Andarax sus ciento cincuenta y tantos vecinos.⁶³

Lo pactado en las Capitulaciones respecto de él y de su familia, en un tratado secreto, de diez y seis artículos, que existe en el Archivo Municipal de Granada, y también en el de Simancas, había sido lo siguiente: --Los Reyes Católicos aseguraban a Boabdil, a su esposa, a su madre, a Zoraya (la favorita de su padre) y a los hijos de ésta, todas las huertas, tierras, hazas, molinos, baños y heredamientos que constituían el patrimonio real, con facultad de venderlos; afianzaban también a Boabdil la posesión de sus bienes patrimoniales dentro y fuera de Granada, y le cedían por juro de heredad, para sí y sus descendientes (con la tácita condición de vivir en ellas), las *tahas* (distritos) de Berja, Dalias, Marchena, Boloduy, Lúchar, Andarax, Ugíjar, Órgiva, Jubiles, Ferreira o Ferreirola y Poqueira, (esto es, toda la Alpujarra y un poco más), con todos los pechos y

¹ D. Luis de Salazar y Castro, en su *Crónica del Gran Cardenal de España*, dice, separándose de la opinión general, que los Moros llamaron a Boabdil “El Rey Chico” para distinguirlo de su tío el ZAGAL, a quien llamaban “El Rey Viejo.”

⁶³ *El Presidio de Andarax*, también conocido como Cobda de Andarax.

derechos de sus pueblos (menos la fortaleza de Adra);⁶⁴ y se obligaban, por último, a darle treinta mil castellanos de oro (unos cuatrocientos cuarenta mil reales).

Vivía, pues, a orillas del Andarax aquel régulo que había sido verdadero rey; y vivía tranquilo, ya que no dichoso. Rico, espléndido, querido de sus súbditos, habíase consagrado exclusivamente al amor de su esposa, la mansa y hechicera Moraima (que tanto elogian los cronistas africanos), y al cuidado del *Infantico*, cuyos rastros pierden luego las historias¹. --Su único esparcimiento era la caza de liebres con galgos, o de pájaros con azores, que le hacía extenderse a veces seis y ocho leguas, hasta el término de sus dominios, por los campos de Berja, y de Dalias, y pasar semanas enteras fuera de su casa².

Mas he aquí que los Reyes Católicos juzgaron que la permanencia de Boabdil en España podría ser inconveniente con el tiempo; y aunque ninguna queja abrigaban de él, respecto de* sus pasos y conversaciones (que sabían diariamente, por tener comprado a su ministro Aben-Comixa), propusiéronse obligarlo, ya que no podían compelerlo, a emigrar por siempre de nuestra tierra.

⁶⁴ Los pueblos de Berja, Dalias, Marchena, Boloduy, Lúchar y Andarax, pertenecen a la comarca de la Alpujarra de Almería, y Ugíjar, Órgiva, Jubiles o Juviles, Ferreira o Ferreiola y Poqueira a las comarcas de la Alpujarra de Granada. Adra, pueblo costero de la Alpujarra almeriense, tuvo gran importancia estratégica para Castilla en el recién conquistado reino de Granada.

¹ Al-Makari, el ya citado historiador árabe, traducido al inglés por don Pascual de Gayangos (*Mohammedan-Dynasties in Spain*), es el único que habla algo de la prole de BOABDIL; y con ser tan poco lo que se refiere, todavía se duda mucho de su certeza. --Dice así: «Dejó (BOABDIL) dos hijos varones, llamados el uno Jusuf y el otro Ahmed, de cuya descendencia hay aún en Fez algunos restos; pues cuando visitamos aquella ciudad en el año 1037 (de la Egira), conocimos algunos de sus descendientes, reducidos a vivir de los piadosos socorros que suelen darse a los faquires y a los pobres con los fondos de las mezquitas; es decir, que eran unos verdaderos mendigos.»

² Carta secreta de Hernando de Zafra a los REYES CATÓLICOS, Colección de documentos inéditos, tomo XI.

A las primeras proposiciones que se le hicieron, en diciembre del mismo año de 1492, fundadas en argumentos especiosos,⁶⁵ para que vendiese sus bienes y se marchase a África, el príncipe islamita se alteró mucho y dio esta sentida respuesta: --“*Yo he cedido un Reino para estar en paz, y no he de ir a otro ajeno a estar en cuestiones*”³.

Fácil es adivinar lo que pensaba Boabdil al expresarse de aquel modo. -- Indudablemente tenía ante la vista el ejemplo de lo que acababa de acontecer en África a otro príncipe de su propia sangre, que, como él, cedió un reino (el de Guadix y Almería) a los Reyes Católicos, a cambio de aquel mismo irrisorio Señorío de la Alpujarra; que, como él, residió algunos meses en aquella misma taha de Andarax (dos años hacía por entonces), y que, como él, vióse también muy luego hostigado por sus Altezas para que les vendiese sus bienes y abandonase la tierra de España.

Muley Abdalá El Zagal⁴ (pues dicho se está que de tan valeroso e infortunado príncipe se trata) hubo al fin de acceder a ello, y embarcóse con todos sus tesoros (año y medio hacía a la sazón), poniendo el rumbo a la costa de Marruecos... Al desembarcar en aquella tierra, la besó, creyendo que le sería más propicia; pero el Califa de Fez, so pretexto de castigar sus rebeldías contra Muley Hacem y contra Boabdil, apoderóse de él, lo sepultó en una mazmorra, robóle todas sus riquezas, e hizo que el verdugo le quemase los ojos⁵.

⁶⁵ *Especiosos*, ‘engañosos, falsos’.

³ Carta de 9 de Diciembre, escrita por Hernando de Zafra a sus Altezas, Colección de documentos inéditos, tomo XI.

⁴ *Muley Baudely Azagal* le llama el Cura de los Palacios en su *Historia de los Reyes Católicos*, M. S. --Pulgar, en su *Crónica de los Reyes Católicos*, le nombra *Muley Abdiley*.

⁵ Muchos años después murió en Vélez de la Gomera un mendigo anciano y ciego, que excitaba la conmiseración pública llevando sobre su harapiento albornoz un cartel que decía en árabe: «*Este es el Rey desventurado de los Andaluces*». Era ABDALÁ EL ZAGAL (Esta es la historia general y corriente del fin que tuvo el REY ZAGAL; pero Al-Makari asegura que de la Alpujarra fue a Orán y de allí a Tremecén, donde se estableció y residió su descendencia).

El ejemplo no podía ser más terrible, y se comprende bien que al sobrino del Zagal¹ le repugnase la idea de pasar a establecerse a África, a pesar de las muestras de afecto que recibía de todos sus soberanos, y muy particularmente del mismo Califa de Fez.

Aben-Comixa continuó, sin embargo (de acuerdo con Hernando de Zafra, Secretario de los Reyes Católicos), sembrando mayores recelos, augurios y amenazas en el ánimo de Boabdil acerca de la suerte que le aguardaba en España; y entonces pidió éste a sus Altezas permiso para ir a Barcelona a exponerles sus temores y sus agravios, así como a rogarles que no se le importunara en su pacífico retiro... Pero los Reyes, atentos sobre todo a la *razón de Estado*, cuya moral *sui generis* no cae bajo mi jurisdicción, eludieron sutilmente el mandarles licencia, y le dijeron *que les enviara en su lugar a su Visir Aben-Comixa, que para el caso era lo mismo*.

Cayó en la red el antiguo Rey de Granada, y Comixa partió para Barcelona, donde, sin credenciales ni poderes de su amo², aunque en nombre suyo, y *sin que nadie se diese por entendido de aquella concertada informalidad*, el pérfido moro otorgó con Fernando e Isabel una escritura pública, por la que Boabdil y las princesas les vendían todos sus estados y bienes patrimoniales en la cantidad de nueve millones de maravedises, *obligándose a dejar la tierra de España para no volver más a ella...*

Cuando tornó Comixa a la Alpujarra y dio a entender a Boabdil lo que había hecho, tratando de demostrarle que le convenía ratificar aquel contrato, el Rey, furioso,

¹ Según el vocabulario de Fr. Pedro de Alcalá, *zagal* significa en árabe *valiente*.

² Conde, *Historia de la Dominación de los Árabes en España*.

tiró del alfanje,⁶⁶ y hubiera cortado la cabeza a su fementido consejero, a no interponerse y salvarlo las personas allí presentes.

Pero pasaron días... Comixa, desde el lugar en que lo tenían resguardado de la cólera de su señor, inventaba mil alarmantes historias de intrigas, asechanzas y maquinaciones de los Reyes Católicos contra Boabdil, diciendo haberlas descubierto en su viaje a Barcelona; y con esto, y con los sustos naturales de las Princesas, y sus lágrimas, y los consejos de toda aquella pequeña corte, que deseaba salir del protectorado de los cristianos, hubo bastante para que el Príncipe, fácil y condescendiente de suyo, consintiera al cabo en ratificar la obra de su ministro.

Quedó, pues, concertado que la familia real musulmana se embarcaría en cuanto terminasen los calores de aquel mismo año de 1493.

Durante los preparativos del viaje, murió de melancolía la excelente Moraima, la tierna esposa de Boabdil...

¡Aciaga estrella la de aquel hombre, efectivamente desventurado³! ¡En el momento de partir para un destierro perpetuo, perdía a la dulce compañera de su vida, al único ser que hubiera podido hacerle soportable la expatriación!

El ánimo se detiene contristado a considerar al mísero proscrito, sobre todo en el horrible trance de esconder el cadáver de su esposa en aquella amada y esquivia tierra que él iba a abandonar para siempre... ¡Acaso cavó por sí solo la negra sepultura, en su amante recelo de que llegase a ser descubierta y profanada algún día!... --Ello es que

⁶⁶ *Alfanje*, 'especie de sable corto y corvo, con filo solamente por un lado, y por los dos en la punta' (RAE).
³ Otro de los epítetos que los Moros pusieron a Boabdil fue el de *Zogoibi*, que significa *desventuradillo*.

nadie ha sabido jamás dónde fue enterrada Moraima, ni ya es de temer que den con ella los anticuarios.

¡Triste Boabdil! ¡Cómo envidiaría unas veces a la que había compartido con él el trono de Granada, al ver que ella se quedaba al fin en el suelo patrio, refugiada en el seguro asilo del eterno sueño! ¡Cómo la increparía otras, acusándola de egoísmo, ingratitud y abandono! --«¡No has querido seguirme!... --le diría. --¡Has desertado de la batalla, dejándome solo, enfrente de mi destino!»

Y, a la verdad, la desaparición de Moraima en tal instante, más que un inevitable eclipse decretado por la muerte, más que aquella melancólica ausencia de los finados que van a aguardarnos a otro mundo, parecía una cruenta separación en vida; algo tan desesperado y tremendo como las despedidas al pie del cadalso, o como un divorcio no deseado por una de las partes.

Sucedió esto a últimos de agosto. --En fin, a primeros de octubre, Boabdil su madre, su hermana, su hijo y algunos amigos y criados, salieron del puerto de Adra, en una carraca de Íñigo de Artieta, mientras que en otra carraca genovesa y dos galeotas iban hasta mil ciento treinta moros más, que huían espontáneamente de la dominación castellana.⁶⁷

Favorables viento y mar a su infortunio, facilitáronles el acceso a la costa de enfrente, y, al otro día, aquellos navegantes, que llevaban al suelo africano los tristes restos del Imperio musulámico-español, tocaron tierra en Caraza, a poca distancia de Melilla.-- ¡Por allí volvía a entrar en África, al cabo de ochocientos años, desheredada y

⁶⁷ *Carraca*, 'antigua nave de transporte de hasta 2.000 toneladas inventada por los italianos'. *Galeota*, 'galera menor, que tenía 16 a 20 remos por banda, y sólo un hombre a cada remo' (RAE).

llorosa, la hueste aventurera de Taric, después de haber sido señora de casi toda la Península Ibérica!⁶⁸

Sin detenerse en Melilla, pasó Boabdil a establecerse a Fez, cuyo califa era su pariente y amigo, y donde vivió treinta y tres años más, muy considerado y querido de aquel soberano y de todos los marroquíes, en un alcázar que hizo construir por el estilo del de la Alhambra.

Es la única particularidad que se sabe de la segunda parte de su vida.

En cambio, se conocen las honrosas circunstancias de su muerte, y la alta manera como pagó la hospitalidad a su deudo y bienhechor.--En 1526, precisamente el mismo año que Carlos V hacía mención de Boabdil en la Alhambra granadina, encontráronse a orillas del Guadal-Hawit (río de los esclavos) las tropas del citado Califa de Fez, Muley Hamet El Benimerin, y las hordas bárbaras de los dos hermanos Jarifes, que le disputaban el trono,-- y que por cierto se lo ganaron en aquella jornada, fundando la actual dinastía de Marruecos. --La batalla fue reñidísima, y en ella mandó parte de la vanguardia del ejército de Mulet Hamet un guerrero de encanecida barba y principalísimo porte, el cual hizo prodigios de valor y temeridad, hasta que al cabo hubo de sucumbir al número de los enemigos, muriendo bizarramente con todos los que iban a sus órdenes...

El ensangrentado cadáver de aquel heroico anciano fue uno de los innumerables que arrastraron al mar las aguas del impetuoso río...

Desventurado hasta después de muerto, sus cenizas no durmieron en la tierra.

Era Boabdil¹. *

⁶⁸ *Taric*, el africano Tarik -Ben- Teyad, arribó en el año 711 a las costas occidentales de Andalucía al mando de la segunda expedición enviada por Muza, gobernador del África septentrional, a éstas. Tarik desembarcó en Aghezirah Alhadra (Algeciras), "el rey godo Don Rodrigo le salió al encuentro y empeñóse una sangrienta batalla" que terminó con tres siglos de reinado godo. Miguel Lafuente Alcántara, *Historia de Granada*, t. II (Granada: Imprenta de Sanz, 1843) pp. 32-33.

¡Singular coincidencia! --Cuando los agarenos entraron en España, el último rey godo, D. Rodrigo, cayó herido en las aguas del Guadalete, cuyas ondas arrastraron al mar su cadáver. --Ochocientos trece años después, el último rey moro de España, Boabdil, moría de la misma manera, y tenía también por sepultura los abismos del océano...

¡Qué cosas!

V

El Valle de Lecrín -El Padul -Las aguas y los montes -La Fuensanta del

Valle

Durante aquella nuestra excursión por los libros y apuntes que llevábamos a mano, el terreno había principiado a cambiar de fisonomía.

Ya estábamos saliendo del angustioso y desolado tránsito que separa la Vega de Granada del Valle de Lecrín. El horizonte se ensanchaba gradualmente, y la lontananza del camino ofrecía un aspecto más simpático y gozoso.

La divisoria de las aguas había quedado atrás. Todas las vertientes iban ya al Mediterráneo, y la misma diligencia, como rindiendo también vasallaje al mar, distante todavía nueve leguas, empezaba a rodar cuesta abajo, con gran contentamiento de las mulas.

¹

Diego de Torres, *Relación del origen y suceso de los Xarifes*. (Sevilla, 1586), pág. 102: “Y como los enemigos fuessen hiriendo de continuo en ellos, en breve espacio estaba el río lleno de ombres y cavallos muertos, unos a hierro y otros ahogados: murió en esta batalla el Zogoví. No con pequeña admiración se puede decir que le fue la fortuna contraria, pues le rodeó la muerte en defensa del Reino ajeno, no aviendo osado morir defendiendo el suyo propio.” Lafuente Alcántara especifica más el caso, tal y como yo lo refiero.

Del flanco de la sierra, que siempre veíamos a nuestro lado izquierdo, y que ya no era tan árido y monótono, manaban lucientes chorros de agua cristalina, los cuales se repartían luego por los entrecortados barrancos del otro lado de la carretera, esparciendo doquier vegetación, vida y hermosura, como silfos* ganosos de enriquecer la comarca...⁶⁹

El panorama era cada vez más amplio a nuestro frente y nuestra derecha... La temperatura se había dulcificado mucho... --Entrábamos en el Valle, llamado así por antonomasia en toda la provincia...

Y tan cierto era que en el Valle habíamos entrado, que pocos momentos después estábamos en el Padul.

El Padul (donde se muda tiro) es una rica, alegre y aseada* villa de 3,235 habitantes, sobre nacimiento o muerte más o menos, perteneciente ya al partido judicial de Órgiva, y el primer pueblo del Valle de Lecrín.

Lecrín, en árabe, quiere decir *alegría*. Este solo dato os hará formar juicio de la amenidad y belleza del territorio que íbamos a recorrer; belleza y amenidad que seguirían creciendo, *sempre crescendo*, hasta llegar al célebre Lanjarón...⁷⁰

Pero no anticipemos las sorpresas.

El valle mide tres leguas de máxima anchura, por cinco de longitud. Nosotros lo abordábamos por su parte superior, y teníamos que seguirlo a todo lo largo (costeándolo,

⁶⁹ *Como silfos ganosos*, símil de los chorros de agua cristalina con silfos, 'espíritus elementales del aire', 'genios'. Lenguaje poético, empleado para realzar el ambiente de vergel idílico del lugar.

⁷⁰ *Sempre crescendo*, italianismo perteneciente al mundo de la música clásica que el autor gusta de usar con frecuencia en sus descripciones de los lugares por donde va pasando. El lugar de Lanjarón será la culminación de la sinfonía de la Naturaleza. Alarcón, era gran admirador de los grandes compositores italianos del XIX y gran aficionado a la ópera.

como si dijéramos, a cierta altura), hasta que poco a poco bajásemos a su planicie y girásemos con ella hacia el oriente, en busca de la limítrofe Alpujarra...

Pero esto es volver a adelantar los sucesos.

Forman la desigual cuenca del valle, toda tapada de arboledas, sembrados y cortijos, los estribos laterales de Sierra Nevada y una hija suya denominada la Sierra de las Albuñuelas; y riéganla nada menos que cinco ríos, amalgamados a la postre en uno solo.

Porque el valle no es una concavidad lisa, como suelen serlo todos los valles, sino que contiene fértiles colinas y hondonadas interiores en que se abrigan sus diferentes pueblos..., según veremos más adelante.

Aquella privilegiada región goza fama en la misma Andalucía por su exquisito aceite, claro como el agua, por sus muchos y excelentes cereales, por sus ricas y variadas frutas, etc., etc.

Y digo *etc., etc.*, en razón a que ya hablaremos de cada cosa en su lugar respectivo.

Contentémonos ahora con saber que en el Padul inaugurábanse tímidamente todos los encantos de aquel nuevo paraíso, ¡digno prólogo de la selvática Alpujarra! --La naturaleza, inmortal artista, seguía complaciéndose en ofrecernos transiciones y contrastes.

Y, sin embargo, la imaginación tenía también tristezas que evocar en aquella tierra de delicias. ¡El Valle de Lecrín chorrea sangre de cristianos y agarenos! Diríase que sus pueblos* *actuales* son humeantes escombros de otros pueblos incendiados.

Sin ir más lejos, aquella misma villa de Padul fue totalmente quemada* por los moriscos, como reducto* peligroso, después de habérsela ganado a los cristianos en una recia batalla dada a sus puertas.

Digo más: sus presentes moradores,* aquéllos que fijaban en nosotros y en la diaria novedad de la diligencia una tranquila mirada, como diciéndonos: «¡También esto es mundo, aunque para Vds. se reduzca a un mero trámite!»,* no eran descendientes ni de los vencidos ni de los vencedores en las refriegas de la Conquista y de la Rebelión. Eran, sí, nietos de los que, nacidos en otras comarcas, se establecieron como colonos en la región de las ruinas...

¡Qué soledad tan melancólica la que encuentra el alma en los pueblos así habitados! --«*Hic Troja fuit*»⁷¹ le dicen todos los azulejos de las calles.*

--¡Al coche, señores! --gritó en esto el mayoral. Y salimos para Dúrcal, distante del Padul cosa de una legua.

Esta legua es interesantísima bajo el aspecto orográfico y fluvial.--La sierra principia allí* a suministrar al valle, no delgados arroyuelos como anteriormente, sino verdaderos ríos. Debajo del Padul, vese el emplazamiento* de la Laguna, del propio nombre, que desagua en el Dúrcal. Poco más allá, pasamos sobre los dos brazos originarios del mismo Dúrcal, cuyas fuentes brotan a poca distancia, al pie del Cerro Caballo, bastión de la gran cordillera, que hace dar allí una brusca vuelta al camino. Y,

⁷¹ ‘*Esto fue Troya*’, la cita exacta es: “...campos ubi Troia fuit”, (...campos doTroya fue), proviene de *La Eneida* de Virgilio (libro III, verso 11). La frase empleada por Alarcón hace referencia a la antigua y mítica Troya, ciudad de Asia Menor immortalizada en *La Iliada* de Homero, la cual fue destruida durante la famosa Guerra de Troya, después de ser sitiada por los griegos durante diez años. El autor emplea la conocida frase como metáfora para referirse a la destrucción total de El Padul. La frase está recogida en el *Vocabulario de Refranes* de Correas. También Cervantes la emplea en el *Quijote*. José María Iribarren, *El porqué de los dichos*, (Madrid: Mateo Cromo, 2002) 149.

por otra parte, sabíamos que* aquellas dos endeble hebras de agua son más lejos una sola y vigorosa corriente, que luego se llama río Grande, y al cabo se transforma en el respetable Guadalfeo, tributario directo del mar...

Todas estas efectividades brutales, que en los dichosos tiempos en que mi espíritu sólo se alimentaba de novelas, me hubieran parecido materialidades insulsas, cautivaban mucho* mi atención.--Y es que cuando ya se ha vivido; cuando, desde la cumbre de la edad, empieza uno a discernir sintéticamente el casuismo de cada existencia humana y las vicisitudes generales de la Historia, la mente se recrea en hacer la sinopsis de los montes y las aguas; en ver, por ejemplo, dónde nacen los ríos, cómo se enriquecen, qué fatalidades físicas les trazan rumbo, por qué se convierten de vasallos en señores, y de qué manera fenecen en el piélago insondable.⁷²

Adviértese entonces, con filosófica humildad, que las aguas influyen en la estructura de los montes casi tanto como los montes en el curso de las aguas.--Estas raen y rebajan las cumbres de los cerros con la lima de las lluvias; los hienden y cortan en profundos barrancos; desgastan sus laderas; horadan y derrumban sus diques para abrirse camino; construyen colinas, deltas y barras con sus arrastres; forman valles y cañadas a su paso, y determinan la condición y aspecto de cada terreno, su aridez o su amenidad, su depresión o su altura...

Tales contingencias secundarias, y los primitivos fenómenos geológicos que edificaron caprichosamente aquí o allí ésta o aquella cordillera, para que diese origen o leyes a las mismas nubes y calidad o fisonomía a cada comarca, llegan a parecernos otras tantas alegorías de las grandezas del mundo, del sino de los hombres, de los antojos de la

⁷² *Piélago*, 'parte del mar que dista mucho de la tierra'. *Insondable*, 'dícese del mar cuando no se le puede hallar en fondo con la sonda' (RAE). Al igual que los ríos fenecen en el piélago insondable del océano, lo mismo ocurre a los hombres, el piélago insondable es la tradicional metáfora de la muerte al igual que el río es metáfora de la vida.

suerte, de las revoluciones de los pueblos, de los decretos de la Providencia. --*Son lágrimas de las cosas*, dice Virgilio.⁷³

Mas ¿qué digo?⁷⁴ Esos accidentes geográficos no son meras imágenes poéticas aplicables a los hechos de la Historia: son la Historia misma.--El terreno decide del carácter de las razas:⁷⁵ aguas y montes demarcan lo que considera su patria cada uno: quien dice *montaña*, dice *frontera*: el río se convierte en foso henchido de sangre cuando intenta pasarlo el extranjero: toda batalla tuvo por clave local u ocasional la posesión o la conquista de un vado, de un desfiladero, de una eminencia. --La Historia es esclava de la Geografía.*

Cerca ya de Dúrcal, hacia donde bajábamos resueltamente, vimos una graciosa quinta edificada en el zócalo mismo de la sierra, --especie de pensil babilónico,⁷⁶ compuesto de escalonadas mesetas y cuajado de árboles en flor o de otros de verdura inmarcesible.

Entre las hojas de algunos de éstos, mostraban escandalosamente su olímpica hermosura, o más bien se avergonzaban de no hallar medio de esconderla, coloradas naranjas y amarillos limones, imagen fiel de aquellas cautivas orientales, estereotipadas

⁷³ Virgilio, *Eneida*, I, 462; esta cita es muy del gusto del autor, aquí la emplea para cerrar la digresión sobre cómo la historia del hombre está supeditada a los accidentes geográficos.

⁷⁴ *Mas ¿qué digo?*, se trata de una figura retórica que consiste en volver sobre lo que se ha dicho; está empleada con intención de matizar la afirmación del párrafo precedente.

⁷⁵ La teoría del clima y del terreno como determinantes de la cultura y de la conducta humanas, tuvo su momento álgido durante la Ilustración. En el siglo XIX sigue estando en auge por influencia de Hippolyte Taine. Alarcón participa de dicha teoría.

⁷⁶ *Pensil*, 'pendiente, o colgado en el aire, jardín delicioso', 'vergel', (Moliner). Nueva alusión al ambiente exótico, oriental, legendario del paisaje granadino que evoca los míticos jardines de Babilonia.

por Byron,⁷⁷ que no consiguen tapar con sus cruzados brazos todos los tesoros de su pudor.

Aquel invernadero natural; aquella primera traición hecha, bajo el amparo de Sierra Nevada, a los vientos del norte, a la altura sobre el nivel del mar y a la tiranía del almanaque; aquella primera bocanada de aire tibio del Mediodía, cuajada y convertida allí en flores y frutos de otras regiones; aquel paréntesis de amenidad, aquel escondite de primavera, llámase la Fuensanta del Valle.

Poco después, espacióse algo el terreno por el mismo lado, gracias a una breve condescendencia de la sierra, proporcionándosele por tal medio una bonita vega al lugar de Dúrcal, que, sin aquella circunstancia orográfica, probablemente habría sido fundado en otro sitio, o no hubiera sido fundado en ninguna parte, resultando así un pueblo menos en el mundo...

Pero Dúrcal existe donde existe, y nosotros íbamos a entrar en él; pues ya divisábamos su campanario a poquísima distancia; lo cual significaba que habíamos andado otra legua y algunos metros más desde que salimos del Padul.

⁷⁷ *Byron*, lord Byron (Londres 1788 - Missolonghi, Grecia, 1824), considerado uno de los mayores representantes del Romanticismo inglés, fue ídolo de juventud de Alarcón.

VI

Ochenta años en seis kilómetros

Durante aquellos seis kilómetros, habíamos tenido también tiempo de hojear *ochenta años* de la historia del Reino de Granada, o sea desde la partida de Boabdil para África hasta la sublevación de Aben Humeya... ¡de Aben Humeya, cuya romántica sombra debía de aparecérsenos de un momento a otro en la situación más crítica y solemne de su tormentosa vida!

Habíamos visto, pues, a los Reyes Católicos despedirse temporalmente de “su ciudad de Granada,”* dejando muy recomendado a las Autoridades (sobre todo la magnánima Isabel) que fuesen *benévolas y generosas* con los muchos millares de moros que se quedaban allí guarecidos bajo la fe de las capitulaciones, y que constituían el esplendor y la riqueza de aquella comarca.

Habíamos repasado luego aquellas capitulaciones (mediante las cuales entregó Boabdil a sus súbditos), y en ellas habíamos visto que «D. FERNANDO V DE ARAGÓN y DOÑA ISABEL I DE CASTILLA *afianzaban a los islamitas completa seguridad de bienes y de haciendas, obligándose por sí, Y A NOMBRE DE SUS DESCENDIENTES, A RESPETAR POR SIEMPRE JAMÁS LOS RITOS MUSULMANES sin quitar las Mezquitas y torres de Almuédanos, ni vedar los llamamientos ni sus oraciones, ni impedir que sus propios y rentas se aplicasen a la conservación del rito mahometano*», y estableciendo además que «*la justicia continuaría administrada entre moros por jueces de su propia*

religión y con arreglo a sus leyes»; que «todos los efectos civiles relativos a herencias, casamientos, dotes, etc., permanecerían atemperados a sus usos y costumbres»; que «los Alfaquí seguirían difundiendo la instrucción en escuelas públicas y percibiendo las limosnas, dotaciones y rentas asignadas para ello», y que «las contestaciones y litigios entre cristianos y moros se decidirían por Jueces de ambas partes...»⁷⁸

Habíamos admirado después la sabiduría y la templanza con que el virtuoso Hernando de Talavera, primer Arzobispo de Granada, y el egregio Conde de Tendilla, su primer Capitán General, pusieron en práctica el pensamiento de la gran Isabel, procurando atraerse a los moros con afabilidad; reprimiendo las liviandades y las rapiñas de los aventureros advenedizos mezclados con los conquistadores; ejerciendo las obras de misericordia de la sublime Doctrina cristiana con los enfermos, huérfanos y menesterosos de la población infiel; haciendo que el clero aprendiese el árabe, en lugar de prohibir a los moros el hablar su lengua¹, y enseñándoles a éstos el castellano, al par que los socorrían y consolaban en sus desdichas, --todo lo cual dio naturalmente por fruto que los musulmanes llegaran pronto a hacer una cariñosa confusión de ambas religiones, a querer entrañablemente al Conde de Tendilla y al Prelado Talavera, a permitir que éste bendijese sus mezquitas y a llamarle el *Gran Alfaquí*, el *Santo entre los Santos*...

En seguida habíamos visto al rígido y vehemente Cardenal Cisneros, lleno de impaciencia por aprovechar aquellas buenas disposiciones, y ansioso de realizar de un golpe las altas miras de la Reina Católica, presentarse súbitamente en Granada, con

⁷⁸ Cita del documento de las Capitulaciones de 1492; *almuédano*, 'musulmán que desde el alminar convoca en voz alta al pueblo para que acuda a la oración'; *alfaquí*, 'doctor o sabio de la ley entre los musulmanes' (RAE).

¹ De aquí la *Gramática* y el *Diccionario* árabes, publicados entonces en Granada por Fray Pedro Alcalá, y tan estimados hoy de los orientalistas.

omnímodos poderes de sus Altezas; llevar a paso de carga la conversión de los moros de la capital, y proceder a bautizarlos de grado o por fuerza..., “siendo tantos (decían* los historiadores) los que acudieron a fingir que renegaban, movidos por el temor, por la novelería, o por adquirir el traje castellano que en el acto se les regalaba, que el Cardenal hubo de contentarse con «*agruparlos en pelotones, y rociar sobre ellos el agua bendita con un hisopo...*”⁷⁹

Y, como si esto no fuera bastante, habíamos visto a continuación al mismo Cisneros, influido por el Inquisidor general Fr. Diego Deza, sucesor de Torquemada,⁸⁰ hacer quemar en la plaza de Bibarrambla⁸¹ más de un millón de manuscritos² sobre política y religión musulmanas, recogidos violentamente en las casas de los moros, reservándose por fortuna aquel sabio Prelado los de ciencias naturales, matemáticas y medicina, para la Biblioteca de su amada villa de Alcalá de Henares...⁸²

Estas injustificadas violaciones del Tratado de 1492, perpetradas en vida de los mismos Reyes que lo habían suscrito (era el año de 1499), produjeron un terrible alzamiento en el Albaicín.⁸³

El caso principió de esta manera: Un alguacil, llamado Barrionuevo, intentó obligar a una joven a que bajase a la ciudad a bautizarse; la joven gritó que ella era y

⁷⁹ *Hisopo*, ‘utensilio usado en las iglesias para dar o esparcir agua bendita, consistente en un mango de madera o metal, con frecuencia de plata, que lleva en su extremo un manojillo de cerdas o una bola hueca y agujereada, en cuyo interior hay alguna materia que retiene el agua’ (RAE).

⁸⁰ *Torquemada*, ‘Tomás de, (1420-1495), religioso dominico, nombrado primer inquisidor en 1482. Redactó las severas *Instrucciones de los Inquisidores*.

⁸¹ La plaza de Bibarrambla, situada en el centro de la ciudad, ocupa el lugar de la antigua puerta del mismo nombre.

² Mármol, *Rebelión de los Moriscos*.

⁸² El cardenal Cisneros, (1436-1517), fundó la Universidad de Alcalá de Henares en el año 1499.

⁸³ *El Albaicín*, barrio granadino, “así llamado por haberse poblado por los moros de Baeza desterrados de ella cuando el rey... Fernando [III] la conquistó el año 1227”. M. Lafuente Alcántara, *El libro del viajero en Granada* [1849] (Granada: Don Quijote, 1981) 72.

quería ser mahometana; acudieron muchos moros; el Alguacil, lejos de intimidarse, los insultó arrogantemente, amenazándoles con la cólera de Cisneros, y entonces los moros lo asesinaron, siendo su muerte la señal de la rebelión.

“Barrearon las calles...” (dice el gran historiador Hurtado de Mendoza)¹.-- *«Un grupo de sediciosos (añade* Lafuente Alcántara) se dirigió a casa de Cisneros, que vivía en la Alcazaba, con propósito de asesinarlo; pero el Cardenal armó a sus criados, aspillero su casa y se defendió bravamente toda una noche».

A la mañana siguiente, el Conde de Tendilla, que había deplorado, en unión de Fr. Hernando de Talavera, los despóticos procedimientos de Cisneros, aunque sin facultades para oponerse a aquel coloso, bajó de la Alhambra con tropas, se abrió paso entre la muchedumbre, y salvó al futuro conquistador de Orán.⁸⁴

En seguida se dirigió al Albaicín, a ver de sosegar a los rebeldes, para lo cual les envió delante su adarga,⁸⁵ con un escudero, en señal de paz y amistad; pero los moros, aunque mucho querían y veneraban al Conde, apedrearon la adarga, en señal de rompimiento.

Diez mortales días se pasaron en inútiles negociaciones, sin resolverse el generoso Tendilla a entrar a sangre y fuego en el barrio amotinado, cuando toda la razón estaba* de parte de los insurgentes, y sin que ellos pensasen tampoco en deponer las armas.

En tal situación, ocurrió una escena verdaderamente grandiosa, que recomiendo a los pintores.

¹ “Barrear las calles” era lo que nosotros llamamos ahora “hacer barricadas.”

⁸⁴ Se refiere al cardenal Cisneros, quien conquistó esta ciudad argelina, puerto importante del Mediterráneo, en el año 1509.

⁸⁵ *Adarga*, ‘escudo de cuero ovalado o de figura de corazón’.

El piadoso Arzobispo Talavera penetró solo, con una cruz en la mano, en la plaza principal del Albaicín, saltando las barricadas, sin previa señal de parlamento, y llenando de asombro a los musulmanes... --Estos vacilan al principio; luego se le acercan, humildes y afectuosos; le exponen sus agravios; escuchan sus consejos, y acaban por besarle la ropa... --Entonces el Conde de Tendilla, a quien enteran de lo que ocurre, juega también el todo por el todo, entra en la plaza con una reducida escolta, y arroja su bonete de grana en medio de los enemigos... --Ellos lo alzan, lo besan y se lo devuelven... --Y la revuelta termina en nobles abrazos y afectuosas lágrimas.

No fue, sin embargo, estéril para la política de Isabel aquella dulce victoria. El insigne Tendilla pactó allí mismo con los moros que *«sólo quedarían con hacienda los que se hiciesen cristianos»*; que *«todos podrían conservar su hábito y lengua»*, y que *«la Inquisición no se establecería en Granada en mucho tiempo»*; --en prenda de lo cual y de sus benévolas intenciones, el Conde dejóles en rehenes a su esposa y a sus dos hijos pequeños.

Como veis, entre este noble león y el de Tarifa hay poquísima diferencia.⁸⁶

¡Y cuánto dice también aquella sublime confianza,* en favor de la hidalguía y la lealtad de los moros!

Todavía eran hombres... --Pronto los convertimos en fieras.

Entre tanto, y desdichadamente para la paz, los cuarenta vecinos que constituyeron el gobierno del Albaicín durante aquellos diez días, habían huido a la

⁸⁶ Con este comentario, Alarcón hace referencia a la valentía, nobleza y dotes militares de ambos guerreros: El conde de Tendilla, en su intento de sofocar pacíficamente la rebelión de los últimos descendientes del guerrero africano, casi ochocientos años después de la penetración de las huestes de Taric en la Península Ibérica.

Alpujarra y alzádola en armas, propagando luego el incendio de la rebelión por uno y otro lado de la costa.

No bien lo supo el Rey Católico, acudió presuroso a Granada, censuró duramente los actos de Cisneros, aprobando la conducta de Fr. Hernando y de Tendilla; y, acompañado de éste, del Gran Capitán, de Pulgar y de los entonces jovenzuelos Antonio de Leiva y Hernando de Alarcón, salió a campaña y batió y sujetó a los rebeldes, no sin grandes trabajos y dolorosas pérdidas, sobre todo hacia la parte de Málaga y Ronda.

Por cierto que en una de estas expediciones fue en la que perdió tan heroicamente la vida el célebre D. Alonso de Aguilar.⁸⁷

«El resultado de aquellas costosas revueltas (observa un escritor), fue provocar la ira de los cristianos, privar de fuerza moral a los que aconsejaban tolerancia, y empeñar a FERNANDO e ISABEL en la promulgación de las leyes que imponían a todos los Moros de España la *obligación de convertirse a la fe católica*, o trasladarse a Berbería».

Los ismaelitas optaron por el primer extremo, al menos en apariencia; todos se declararon cristianos; y desde entonces empezó a llamárseles *moriscos* en vez de *moros*.

D. Juan Valera, en una de las notas con que enriquece su celebrada traducción de la obra del alemán Schack: *Poesía y Arte de los Árabes en España y Sicilia*, dice a este propósito lo siguiente:

⁸⁷ D. Alonso de Aguilar, hermano mayor del Gran Capitán, participó en la conquista de Granada al servicio de los Reyes Católicos. Murió en 1501 con otros caballeros de Fernando el Católico, en Sierra Bermeja combatiendo a los sublevados moros de la Alpujarra. La muerte de este caballero de tan renombrado linaje se convirtió en tema literario, como vemos en el romance que termina así: "¡Don Alonso, Don Alonso /Dios perdona la tu alma, /que te mataron los Moros, / los Moros de la Alpuxarra!"

«Así puede hacerse más clara la distinción entre Mudéjares y Moriscos. Por Moriscos parece que deben entenderse los musulmanes que después de la conquista de Granada quedaron en España, convertidos de grado o por fuerza al catolicismo. Por Mudéjares, nombre más usado en la Edad Media, los musulmanes que en virtud de capitulación o pacto se hicieron vasallos de los Reyes cristianos españoles, aunque conservando el derecho del libre ejercicio de su religión y culto de gobernarse por sus propias leyes.»*

Los reinados de Doña Juana y del Emperador Carlos V no alteraron la situación de las cosas. Los moriscos vestían, unos a la oriental y otros a la usanza de Castilla; conservaban todas sus prácticas y costumbres, menos el culto externo al Profeta, y seguían adorando al Profeta en lo profundo de su hogar y de su alma.

Muchas veces, es cierto, se intentó por el Santo Oficio y Autoridades granadinas acabar de cristianizarlos y castellanizarlos; pero ellos encontraron siempre amparo y defensa, lo mismo en D. Felipe el Hermoso, enemigo acérrimo de la Inquisición, que en el elevado espíritu del gran Carlos.

“Cuando éste fue a Granada,* «vinieron a él (dice Fr. Prudencio de Sandoval, en su ya mencionada Historia) D. Fernando Venegas, D. Miguel de Aragón y Diego López Benajara, Caballeros Regidores de Granada (los tres descendían de príncipes moros), y diéronle en nombre de los Moriscos de todo el Reino un Memorial de agravios que recibían de los clérigos, de los jueces, de los alguaciles y escribanos. El cual Memorial, visto por el César, se escandalizó mucho de los cristianos que tal hacían. Puesto el negocio y leído el Memorial en Consejo, fue acordado que se enviasen visitadores para que supiesen de raíz la razón de aquellos agravios, y también cómo vivían los Moriscos. --Fueron los visitadores D. Gaspar de Avalos, Obispo de Guadix, el doctor Quintana, el Canónigo Pedro López y Fr. Antonio de Guevara. Anduvieron visitando el Reino y hallaron *ser muchos los agravios que se hacían a los Moriscos*, y, junto con esto, que

los Moriscos eran muy finos moros. Veinte y siete años había que eran bautizados, y no hallaron veinte y siete de ellos que fuesen cristianos, ni aún siete.”

El Emperador contuvo a los perseguidores, y dictó algunas leyes para regularizar la situación de los perseguidos; mostrándose en todo tan benévolo con éstos, que, penetrados de gratitud los moriscos, alzaron bandera en auxilio del César y en contra de las Comunidades; formaron una legión de cuatro mil hombres, mandada por caudillos de su propia raza, y desbarataron a los Comuneros delante de los muros de Huécar... --¡a los Comuneros, cuya causa era tan análoga a la suya!...

Pero llega el reinado de Felipe II, y los moriscos, lo mismo que los aragoneses y cuantos disfrutaban fueros y franquicias en toda España, principian a ser oprimidos de una manera insoportable.

Prohíbese a los primeros el uso de armas; se les veda tener esclavos negros; se les niega el derecho de asilo; se les exigen tributos especiales opuestos a los Tratados; los recaudadores los saquean; el clero los atropella; los soldados, no sólo los castigan a ellos, sino que injurian a sus mujeres cada vez que se acercan a sus casas en nombre de la ley, y «*más eran (dice un historiador de aquel tiempo) los delitos que ellos cometían que los delincuentes que apresaban*».

Irritados los moriscos, buscan represalias, y se dan a robar y matar cristianos, sobre todo en los campos y pueblecillos, y de aquí aquellos espantosos *monfíes* (salteadores) de la Alpujarra y de otras Serranías, tan pintorescamente retratados por nuestro popular novelista D. Manuel Fernández y González. --Los *monfíes* fueron los

precursores de los verdaderos *rebeldes* beligerantes que poco tiempo después ganaban batallas en campo abierto a capitanes renombrados en toda la Cristiandad.

A las fechorías de aquellos bandidos contestó Felipe II, oída una junta de guerreros, abogados e inquisidores, tomando las resoluciones siguientes...

Mas dejemos hablar al Tácito español, al severo y profundo Hurtado de Mendoza, contemporáneo de los hechos:⁸⁸

«El Rey (dice) les mandó dejar la habla morisca, y con ella el comercio y comunicación entre sí; quitóseles... el hábito morisco, en que tenían empleado gran caudal; obligáronlos a vestir Castellano con mucha costa, a que las mujeres trujesen los rostros descubiertos, y a que las casas, acostumbradas a estar cerradas, estuviesen abiertas; lo uno y lo otro tan grave de sufrir entre gente celosa... Vedáronles el uso de los baños, que eran su limpieza y entretenimiento... Primero les habían prohibido la música, cantares, fiestas, bodas conforme a su costumbre, y cualesquier juntas de pasatiempo...”

Luis del Mármol, contemporáneo también de la Rebelión,* y más prolijo y material, añade otros pormenores curiosísimos, extractados de documentos oficiales, que nunca dejó de tener a mano.

Resulta de ellos que se ordenó a los moriscos que *no tomasen, tuviesen ni usasen nombres ni sobrenombres de moros*; --que, *si los tenían, los dejaran luego*; --que *las mujeres no se alheñasen* (esto es, que no se acicalasen el rostro con polvos de alheña); --que *ninguno pudiese hablar, leer ni escribir en público ni en secreto en árabeto*; --que *entregasen todos los libros que estuviesen escritos en aquella lengua*; --que *no se*

⁸⁸ comparación por aposición empleada para ensalzar la figura del historiador español al equiparlo con Tácito, gran historiador latino del siglo I A. C., autor de los *Anales*, obra cumbre de la historiografía universal.

*hiciesen de nuevo marlotas, almalafas, calzas, ni otra suerte de vestido moro,*⁸⁹ y, porque no se perdiesen del todo los trajes que estaban hechos, *que pudiesen usar durante un año los que fuesen de seda, o tuviesen seda en guarniciones, y dos años los que fuesen de paño solamente;* --que en los días de las bodas, que habían de hacerse al uso cristiano, *tuviesen las puertas de las casas abiertas, y lo mesmo hiciesen los Viernes en la tarde* (el viernes es para los islamitas lo que el domingo para nosotros), *y que no hiciesen zambras ni leilas con instrumentos ni cantares moriscos,*⁹⁰ *aunque en ellos no dijese cosa alguna contra la Religión cristiana;* --que en ningún tiempo usasen de baños artificiales; --que los que había se derribasen luego, --y que ninguna persona, de ningún estado y condición que fuese, pudiese usar de los tales baños ni en sus casas ni fuera de ellas.

Para la ejecución de la Pragmática en que se mandaba todo esto, comisionó el Rey al licenciado D. Pedro Deza, del Consejo de la Inquisición, nombrándole Presidente de la Chancillería de Granada...

Se adivinará, pues, sin esfuerzo lo que entonces aconteció.

Deza extremó cruelmente las órdenes de Felipe II en la forma y manera de ejecutarlas, y los moriscos, después de apurar todos los medios suplicatorios (en lo que les ayudaron muchos personajes cristianos descendientes de los grandes guerreros de Isabel); vista la implacable firmeza del Rey, y desesperando ya de poder vivir donde nacieron, se resignaron a perecer en aras de su Dios y desagravio de sus ofensas; decretáronse aquella especie de indirecto suicidio que hay en el fondo de la temeridad de

⁸⁹ *marlota*, 'cierto vestido morisco, ajustado que cubría todo el cuerpo' (Moliner). '(del ár. *marlluta* o *murluta*.) Vestidura morisca, a modo de sayo baquero, con que se ciñe y ajusta el cuerpo'. *Almalafa*, (del ár. *al-mihafa*, el manto, la cobertura.) Vestidura moruna que cubría el cuerpo desde los hombros hasta los pies'. *Calza*, (del lat. *calceus*, calzado.) Prenda de vestir que, según los tiempos, cubría, ciñéndolos, el muslo y la pierna, o bien, en forma holgada, sólo el muslo o la mayor parte de él' (RAE).

⁹⁰ *zambra*, (del ár. *samra*, fiesta nocturna, velada, sarao.) Fiesta que usaban los moriscos, con bulla, regocijo y baile'. *Leila*, (del ár. *laila*, noche.) Fiesta o baile nocturno entre los moriscos' (RAE).

casi todos los regicidas; se abrazaron, como Sansón, a las columnas* de sus hogares, para hundirlos sobre su cabeza y sobre la cabeza de sus opresores; resolvieron, en fin, *morir matando...*; y matando murieron, como veremos después, sin que de ellos quedase en nuestra patria más que regueros de lágrimas y sangre, algunos nombres en la Historia, y daños y ruinas en el suelo.

Desde que los descendientes de Agar tomaron esta suprema determinación, cesaron sus quejas, sus motines y toda resistencia activa o pasiva a los crecientes atentados de D. Pedro Deza y sus esbirros. --La Inquisición los creyó ya sojuzgados para siempre.

Pero el vulgo no se engañó* respecto del verdadero significado* de aquella repentina inmovilidad de los moriscos...

--«*En el Albaicín se trama, alguna cosa...*», decía el popular en los barrios de los cristianos, con voz de lúgubre presentimiento.

Y así era efectivamente. Los moriscos más principales, los más ricos mercaderes, los nietos de los Abencerrajes y de otras familias ilustres, conspiraban sin cesar, con la cautela y la astucia propias de la raza semítica. Viejos astrólogos leían a las gentes sencillas y fanáticas misteriosos *jofores*, o sea profecías, de cercana libertad, en antiguos pergaminos librados de la quema del siglo anterior y de las pesquisas inquisitoriales.⁹¹ Conspirábase asimismo en la Alpujarra y toda la costa, y la nieve de la sierra aparecía

⁹¹ *Jofores*, o profecías que, según Diego Hurtado de Mendoza, ejercieron un papel definitivo en el levantamiento morisco: "Leyó uno de sus sacerdotes que llaman faquíes, cierta profecía hecha en el año de los árabes de ..., y comprobada por la autoridad de su ley, consideraciones de cursos y puntos de estrellas en el cielo, que trataba de su libertad por mono de un mozo de linaje real, que había de ser bautizado y hereje de su ley, porque en lo público profesaría la de los cristianos" (Hurtado de Mendoza, 40-41).

todas las mañanas señalada por la babucha de atrevidos, incógnitos emisarios, que habían cruzado durante la noche aquellas pavorosas alturas, llevando mensajes a los monfíes alpujarreños, o de éstos a los conjurados del Albaicín.

Al efecto de contarse y saber cuántos podrían empuñar las armas en un momento dado, inventaron el más ingenioso y pérfido artificio, cual fue aparentar que trataban de construir un hospital de leprosos, *a exclusiva costa de gente morisca, como la más plagada por aquella terrible enfermedad*, y disponer, previo el oportuno permiso del Rey y de la Iglesia, que dos moriscos saliesen a recoger limosnas por todo el Reino de Granada. --Estos fueron formando circunstanciadas listas por pueblos y casas; y el número de *cuartos* que apuntaron como recibidos en cada hogar moruno,* significaba, no la efectividad del donativo, sino el número de hombres de pelea que allí habían encontrado, a quienes dicho se está que se guardaron muy bien (salvo en casos especiales) de comunicar por entonces lo que se tramaba.

De este misterioso censo resultó que los moriscos de armas tomar eran unos cuarenta y cinco mil.

En cuanto a las Autoridades cristianas, no sospecharon de manera alguna el uso que los pretendidos fundadores del hospital habían hecho de la licencia obtenida. --«El Rey y el Prelado (dice con este motivo Hurtado de Mendoza) tenían más respeto a Dios que al peligro.»

Conocedores ya de su fuerza, y después de maduras deliberaciones, los conjurados del Albaicín creyeron llegado el caso de prevenir y armar toda la gente posible, para lo cual decidieron que «los casados descubriesen el plan a los casados, los

viudos a los viudos, y los mancebos a los mancebos; pero a tienta, probando las voluntades y el secreto de cada uno».

Finalmente, respecto de la época en que debía estallar la sublevación, acordaron «que fuese en la fuerza del invierno, porque las noches largas les diesen tiempo para salir de la Montaña y llegar a Granada, y, a una necesidad, tornarse a recoger y poner en salvo».

¡Qué gente, santo Dios! ¡Preferían el invierno para pasar dos veces en una noche la Sierra Nevada!

«...Gente suelta, plática en el campo, mostrada a sufrir calor, frío, sed, hambre; igualmente diligentes y animosos al acometer, prestos a desparcirse y juntarse...; muchos en número, proveídos de vitualla, no tan faltos de armas que para los principios no les basten; y en lugar de las que no tienen, las piedras delante de los pies, que contra gente desarmada son armas bastantes».

--Así retrata a los moriscos el historiador últimamente citado, o, por decir mejor, así se retrataban ellos mismos..., pues las anteriores líneas son un extracto o referencia que hace [Hurtado de] Mendoza de un discurso que el viejo, rico y noble D. Fernando el Zaguer, que otros llaman Aben-Xaguar, verdadero director de la conspiración, dirigió a sus correligionarios, exhortándolos a desechar todo miedo.

En suma: el día 1.º de enero de 1569 era el día fijado para el alzamiento.

--«A fin de año habrá mundo nuevo...»--decían los moriscos públicamente con una expresión indefinible.

Y las Autoridades, que se enteraban de esto, lo atribuían a que en aquella fecha espiraban los últimos plazos de la terrible Pragmática, por lo respectivo a lengua, ropas y demás usos orientales.

El plan era que los jefes de los monfíes de la Alpujarra y del Valle, esto es, el Daud y el Partal de Narila y el Nacoz de Nigüelas, con cuatro mil hombres escogidos entre los que ya campaban por su respeto en aquellas fragosidades, pasasen la Sierra Nevada durante la noche, entrasen en Granada por la cuenca del Darro, ganasen así fácilmente el Albaicín sin ser vistos, y sirvieran de núcleo a la rebelión de todos los moriscos de la ciudad y de la Vega.

Mas he aquí que, según acontece casi siempre en tales casos, el movimiento se anticipó y estuvo para fracasar, por culpa de personas dotadas de mejor voluntad que entendimiento... --Así dirían ellos desde su punto de vista.

El día de Nochebuena por la mañana llegó al Albaicín, antes que a las Autoridades, la noticia de dos gravísimos atentados cometidos el día anterior en la Alpujarra, no ya por los monfíes solamente, sino por gentes acomodadas y hasta entonces pacíficas; atentados cuya magnitud y arrogancia eran como una súbita revelación de que la tormenta estaba ya encima, o como el primer bramido del terremoto.

Refirámoslos, o, más bien, copiemos la relación que de ellos hace un historiador de aquel tiempo; pues no tiene una letra de desperdicio.

Acostumbraban cada año los alguaciles y escribanos de la Audiencia de Uxíjar de Albacete (que los más de ellos estaban casados en Granada) ir a tener las pascuas y las vacaciones con sus mujeres; y siempre llevaban de camino (de las alcarías por donde pasaban) gallinas, pollos, miel, fruta y dineros, que sacaban a los Moriscos como mejor podían. Y como saliesen el Martes veinte y dos días del mes de Diciembre Juan Duarte y Pedro de Medina y otros cinco escribanos y alguaciles de Uxíjar, con un Morisco por guía, y fuesen por los Lugares haciendo desórdenes, con la misma libertad que si la tierra estuviese muy pacífica, llevándose las bestias de guía, unos Moriscos, cuyas eran, creyendo no las poder cobrar (más por la razón del levantamiento que aguardaban), acudieron a los Monfís y rogaron al Partal y al Seniz de

Verchul que saliesen a ellos con las cuadrillas y se las quitasen. Los cuales no fueron nada perezosos, y el Jueves en la tarde, veinte y tres días del mismo mes, llegando los cristianos a una viña del término de Poqueira, salieron a cortarles el camino y las vidas juntamente, sin considerar el inconveniente que de aquel hecho se podría seguir a su negocio; y matando los seis de ellos, huyeron Pedro de Medina y el Morisco, y fueron a dar rebato a Albacete de Órgiba; y demás de éstos, a la vuelta toparon con cinco escuderos de Motril, que también habían venido a llevar regalos para la pasqua, y los mataron y les tomaron los caballos.”

Como veis, el primer atentado no fue chico.

Pues el segundo fue mucho más grande. --Escuchad:

«El mismo día entraron en la Táa de Ferreira Diego de Herrera, capitán de la gente de Adra, y Juan Hurtado Docampo, su cuñado, vecino de Granada y Caballero del hábito de Santiago, con cincuenta soldados y una carga de arcabuces que llevaban para aquel presidio; y, como fuesen haciendo las mismas desórdenes que los escribanos y escuderos, los Monfís fueron avisados de ello y determinaron de matarlos como a los demás, pareciéndoles que no era inconveniente anticiparse, pues estaban ya avisados todos y prevenidos para lo que se había de hacer. Con este acuerdo fueron a los Lugares de Soportújar y Cádiz (que son en lo de Órgiba), y, recogiendo la gente que pudieron, siguieron el rastro por donde iba el capitán Herrera; y, sabiendo que la siguiente noche habían de dormir en Cádiz, comunicaron con D. Hernando el *Zaquer* su negocio, y él les dio orden como los matasen, haciendo que cada vecino del lugar llevase un soldado a su casa por huésped; y, metiendo a media noche los Monfís en las casas, que se las tuvieron abiertas los huéspedes, los mataron todos uno a uno, que sólo tres soldados tuvieron lugar de huir la vuelta de Adra; y, juntamente con ellos, mataron a Mariblanca, ama del Beneficiado Juan de Rivera, y otros vecinos del lugar.

«Hecho esto, los vecinos de Cádiz se armaron con las armas que les tomaron, y, enviando las mujeres y los bienes, muebles y ganados, con los viejos, a Jubiles, se fueron los mancebos la vuelta de

Uxíjar de Albacete con los Monfís; y D. Hernando el Zaguer y el Partal fueron a dar vuelta a los Lugares comarcanos para recoger gente.»

Hasta aquí el ameno cronista¹. -Concluamos nosotros ahora nuestro sucinto resumen de los hechos.

No bien se supo en el Albaicín lo acontecido en la Alpujarra, Farag Aben-Farag², riquísimo comerciante y tintorero de aquel barrio, descendiente de los Abencerrajes, y uno de los jefes de la conjuración, concibió y ejecutó un temerario proyecto, que no consultó ni con sus más íntimos amigos. Marchó a los inmediatos lugares de Cenes y Pinos-Genil; reclutó unos doscientos malhechores musulmanes; púsose a la cabeza de ellos, y dio la vuelta al Albaicín, por excusados caminos, entrando en él a las doce de la noche del primer día de Pascua, sin que aquel turbión de gente fuese visto ni oído de los habitantes de la ciudad.

El son de atabales y dulzainas y los gritos de ¡*Viva Mahoma!* sacaron de su sueño a los moriscos, los cuales, considerando aquello una imprudencia que podía frustrar todos sus planes, guardáronse muy bien de salir a la calle, y aún de asomarse a las ventanas...

Sólo un viejo musulmán sacó la cabeza por un ajimez, y preguntó a los alborotadores:

--“¿*Cuántos sois?*”

--“*Seis mil!*” --contestó enfáticamente el Farag.

¹ Luis de Mármol.

² El Romanceador del Santo Oficio, Alonso del Castillo, le llama Aben-Farage; otros escriben Farax; pero su verdadero nombre era Farag. Así lo reconoce la propia Academia de la Historia, en la publicación del *Cartulario* del susodicho romanceador.

--“Sois pocos y venís presto!” --replicó el anciano, cerrando de golpe el ajimez.⁹²

Entonces aquel audaz y ambicioso personaje, cuyo excesivo celo y feroces instintos habían de ser siempre funestos a la causa de los moriscos; viendo que no adelantaban nada en el Albaicín, que se acercaba el día, y que en la ciudad sonaban campanas y trompetas, en señal de alarma de los cristianos, se marchó con su gente, tomó las faldas de la Sierra, a media altura, y corrióse por ellas en busca del Valle de Lecrín.

Cuando salió el sol divisóseles desde Granada, caminando siempre a su vista, con pintados banderines y relucientes aceros, ganando cada vez puntos más escarpados de la cordillera, --que la noche anterior se había nevado hasta los estribos.

Ya habían marchado en su persecución muchas tropas, al mando del Marqués de Mondéjar, Capitán General del Reino, nieto y digno heredero de aquel buen Conde de Tendilla de quien tanto hemos hablado; pero los rebeldes llevaban mucha delantera e iban por un camino en que la caballería era inútil; y así fue que lograron meterse al cabo en el Valle de Lecrín sin que el Marqués les diese alcance.

Una vez en el Valle los insurgentes, necesitábase nada menos que un ejército para poder atacarlos. Aquella pobladísima tierra, llena de defensas naturales, era toda de Mahoma...

Comprendiólo así Mondéjar, y regresó a la capital.

La guerra estaba planteada...

⁹² *ajimez*, '(del ár. *as-sammis*, lo expuesto al sol.) Ventana arqueada, dividida en el centro por una columna'. Saledizo o balcón saliente hecho de madera y con celosías' (RAE).

En cuanto a nosotros, recorriamos ya las calles de Dúrcal, al son irrisorio de la destemplada corneta del postillón o delantero, asombrados de hallar tan pacíficos a los hombres y tan descuidadas a las mujeres, como si no acabaran de pasar por allí Farag Aben-Farag y sus doscientos moriscos levantando en armas todo el Valle...

Y era que, al cerrar nosotros los libros, habían transcurrido de pronto trescientos tres años, dos meses y veinte días.

VII

*Dúrcal -El día de San José -La Madre de Andalucía -Una emboscada
-Talará y Chite -Panorama del Valle*

En Dúrcal, lugar de 2,266 habitantes, no se detiene la diligencia; o, a lo menos, no se detuvo el año pasado; pero así y todo,* pudimos hacer algunas observaciones.

Una de ellas fue que, con motivo de estar situado el pueblo en terreno mucho más bajo que el Padul, no sólo era alegre como aquella villa, sino risueño, animado, bullicioso. --El Padul nos había ofrecido la serena placidez de la montaña: Dúrcal nos ofrecía el gracioso júbilo del llano.

Quizás consistiría también aquel aumento de regocijo en que era un poco más tarde; en que hacía menos frío que allá arriba; en que todo el mundo habría ya almorzado en Dúrcal, antes o después de misa mayor, y en la propia solemnidad especial de esta misa.* --Recuérdese que era día de San José... Los Pepes y Pepas del lugar (que de seguro serán innumerables), y sus parientes, compadres y otras cosas, no tenían, pues, ya que

pensar más que en pasearse o en jugar a las cartas hasta la hora de comer, y en preparar los bailes para aquella tarde y aquella noche... ¡Con lo que pasaría el día de San José de 1872, como habían pasado tantos desde 1568; y aquellos honrados labradores volverían a la otra mañana a sus acostumbradas faenas, y luego seguirían así más o menos años, devanando cada cual la madeja de su vida, hasta que uno por uno fuesen desapareciendo todos bajo la muda tierra, con el ovillo de su historia debajo del brazo, sin que por eso mermase nunca la población, --gracias esto último a los continuos zagalones que irían ascendiendo entre tanto a padres de familias y ocupando las vacantes de los muertos!

No de otra manera nosotros habíamos pasado por Dúrcal sin detenernos, y salido ya otra vez al campo, cuya pacífica soledad tornó a sonreírnos, como una patria recobrada.

Tal sonreirán también las primeras calles al prisionero puesto en libertad, --y los primeros astros al alma que va de la tierra al cielo.

*Quedamos en que habíamos salido de Dúrcal.

Caminábamos, por consiguiente, hacia Talará (distante de allí una legua), bajando y subiendo lomas, pero siempre bajando mucho más que subíamos, y sin salir nunca de la gran cavidad general del Valle de Lecrín.

Sierra Nevada, nuestro constante espectáculo de la izquierda, se embellecía cada vez más, y volvía a acercársenos para que la admiráramos mejor...--¡Digna era por cierto de ser vista en aquel punto; y eso que sólo se nos presentaba de perfil; eso que aquél era

aún, como si dijéramos, su aspecto exterior; eso que no podíamos distinguir todavía ni su espléndido desenvolvimiento meridional ni sus gigantescas cumbres!

Estas quedaban ocultas detrás de la eminencia secundaria del Cerro Caballo, y a su pie* se deslizaba el camino...--Pero aquel cerro, parte integrante de la cordillera, nos enseñaba ya amenísimos barrancos, cuya verde frondosidad estaba como recogida con púdico recelo en las tajeas cavadas por los torrentes, contrastando aquellos oasis de abrigada y húmeda vegetación con las tersas moles de granito y de pizarras de una y otra ladera. --Doquier fluía el agua; doquier exudaba la pródiga Atlántide la rica savia de sus venas; doquier veíase jugar arroyos, cascadas y riachuelos, dioses menores dedicados a distribuir las mercedes de aquella olímpica deidad, reina y señora de las nubes y medianera poderosa entre los cielos y la tierra...⁹³

--«¡Oh madre!»... --exclamé entonces, agradecido a tantos bienes como le prodiga a Andalucía aquella arca santa de fecundidad, alzada sobre todos sus valles y llanuras...--«¡Oh madre!»... --exclamo también ahora.--Y no digo más, porque considero que, para celebrar las virtudes de una sierra, basta con semejante exclamación, sobre todo, después de haber cantado Píndaro: “¡Alto don es el agua...!” etc. etc.⁹⁴

Por otra parte,* creo conveniente reservar algunas lisonjas poéticas* para cuando departa mano a mano con el mismísimo cerro de* Mulhacén desde los supernos* escabeles de su trono.⁹⁵

⁹³ *Atlántide*, ninfa de la mitología griega, aquí usada como personificación de elementos de la naturaleza, rasgo estilístico muy frecuente en esta obra.

⁹⁴ *Píndaro*, la cita que recoge Alarcón corresponde al verso inicial de la primera de sus *Odas Olímpicas*. Esta famosa oda fue compuesta en honor al tirano Hierón de Siracusa por su victoria en la carrera ecuestre de la Olimpiada del año 472 a C.

⁹⁵ *Supernos escabeles*, ‘los más altos escalones’ del pico de la montaña. El autor continúa la personificación del Mulhacén empleando la metáfora, en consonancia con el estilo poético usado en la descripción del paisaje.

A un cuarto de legua de Dúrcal pasamos sobre el río Torrente, con el cual ya se había unido el Pleito, nacidos ambos cerca de aquellos barrancos misteriosos de que acabábamos de enamorarnos...

Entre el origen del río Torrente y el del Dílar, que brota al otro lado del mismo monte, sólo median algunos centenares de metros, y, sin embargo, estos dos camaradas de la infancia, hijos acaso de un mismo venero, no vuelven a verse ni aproximarse nunca, recorren comarcas contrapuestas, y cada uno va a morir a un mar distinto: el Torrente en el Mediterráneo, y el Dílar en el Océano; el primero por Motril, confundido con el Guadalfeo, y el segundo por Sanlúcar de Barrameda, revuelto con el Guadalquivir. --¡Así se bifurcan también los destinos humanos..., etc., etc., etc.!!*

En fin,* cerca ya de Talará, cuyas campanas empezaban a decirnos con inocentes voces que allí había *otro día de San José*, cruzamos un arroyo que fluye al pie de una cuesta...

Entre aquella cuesta y aquel arroyo aconteció una de las más horribles matanzas de la guerra que hemos dejado planteada por el Farag --. «*Hoy se ven blanquear los huesos, no lejos del camino,*» --escribía D. Diego Hurtado de Mendoza tres años después...

Fue el caso que el Nacoz de Nigüelas, terrible cabecilla de monfíes, entendió que debía pasar por allí un convoy de vituallas, con destino a Órgiva, protegido por doscientos cincuenta soldados, al mando de un alférez llamado Moriz, «*hidalgo, pero poco proveído y muy libre*», dice el mismo historiador. Las atalayas moras avisaron oportunamente la salida de aquella fuerza, compuesta por cierto de extremeños, y el Nacoz apostó trescientos arcabuceros y ballesteros, parte en el lecho del arroyo y parte

en las primeras casas del lugar, con orden de permanecer todos ocultos. Dejó pasar a los cristianos la primera emboscada, y, cuando los tuvo cogidos entre dos fuegos, los acometió a un tiempo de frente y por retaguardia, trabándose una espantosa refriega...

«Peleóse en una, y otra parte (concluye el buen D. Diego); pero fueron rotos los nuestros, y murieron todos; con ellos el alférez, por no reconocer; y aún dicen que borracho, más de confianza que de vino».

Bajo la impresión de este lúgubre recuerdo entramos en Talará, lugar tan gozoso como su nombre, que, según veis, se canta solo...

Tampoco se detuvo la diligencia en Talará, cuyas 1,007 almas (refiérome al *Nomenclátor*), con sus correspondientes cuerpos, están repartidas entre aquel lugar y otro pueblecillo de setenta y seis casas, anejo suyo, distante de él media legua, y denominado Chite. --¡Diríase que este nombre le manda callar al otro!

Pero Talará no callaba por eso; sino que entre el repique de las campanas, el cacarear de las gallinas --que en aquella estación alborotan mucho entre diez y doce de la mañana (eran las once y media)--, las alegres voces de los muchachos y el vibrante martilleo del herrador, formaba en la serena atmósfera una especie de *inarmónico concierto*, no desprovisto, sin embargo, de cierta melodía moral para las finas orejas del espíritu.⁹⁶

Lo que no se oía era ninguna copla, a pesar de ser tan aficionados a cantarlas todos los andaluces...* -- ¡Estábamos en *Semana de Pasión!*...; --de lo cual no nos

⁹⁶ Alusión a la pacífica vida de aldea donde no llega la contaminación de las ideas materialistas, el ateísmo que, según el autor, se estaba infiltrando en España.

habíamos acordado en Dúrcal al suponer que los Pepes y Pepas pudieran bailar aquella tarde o aquella noche...--Cantaban, pues, únicamente los canarios y colorines enjaulados a la puerta o en los balcones de algunas casas; --a la puerta, si la casa era de planta campesina, y en los balcones, entre verdes macetas, si era de más señorial* construcción....

De cualquier modo, las mujeres, vestidas y peinadas con el esmero propio de un día tan clásico, hallábanse al lado de los pájaros y de las macetas, mientras que los hombres, todos armados de bastones de estoque, o de palos de diversos calibres, entraban y salían, paseaban por las calles, o conferenciaban en el tranco de algún establecimiento público...¡Ah! el hombre ama poco la casa:* el hombre vaga, bulle, milita, propende a escaparse continuamente..., mientras que* la mujer es la piedra fija del hogar. --Si no hubiera mujeres *propias*, no habría ciudades, villas ni aldeas: a lo sumo, habría campamentos...—La taberna, el café, el casino, el club, el círculo comprueban mi tesis.*

Cuando hacíamos estas reflexiones tan edificantes* estábamos ya fuera de Talará, que supongo no nos honraría con un recuerdo tan duradero como el que yo he guardado de nuestro tránsito por su calle Mayor, Real, o como se llame.--¡Lo que sí me atrevo a apostar es que la atención y las conjeturas de que son objeto, durante algunos minutos, en aquel pueblo y en todos los de carretera, cuantos viajeros los atraviesan en coche o a caballo, no ceden en viveza y fantaseadora inventiva a las composiciones de *lugar* que íbamos nosotros haciendo por los *lugares* del Valle!...

Porque* lo desconocido será siempre el reino de la poesía; y *el* desconocido, o *la* desconocida, nunca dejará de tener aires de protagonista de drama...

--¡Perdonen las susodichas *mujeres propias* la ferocidad con que les doy esta noticia,⁹⁷
que tampoco deben olvidar los *hombres propios*!*

Por Chite no pasamos: Chite no está en la carretera.

Esta circunstancia constituye todo un mundo moral y social de diferencia entre Talará y su anejo. ¡En Chite será posible ignorar lo que pasa en el globo, será posible la incomunicación, serán posibles la inocencia, la fe, la paz, la tranquilidad y su ventura!...⁹⁸

Y por eso se llamará ¡Chite!...; sinónimo de ¡*silencio*!

Pero ¡ah!* ¡delirio! ¡ilusión! ¡pura broma*! ¡La ventura, la tranquilidad, la paz, la fe y la inocencia no están ya de resto en el fondo de los campos! En la aldea más escondida ha penetrado un vientecillo glacial que viene de los desiertos del ateísmo, y que seca en el alma de los más zafios labriegos y de los pastores más incultos y solitarios aquellas santas y modestas flores (la humildad, la paciencia y la esperanza) que perfumaban antes las asperezas de su vida; de donde vemos ahora que todos los pobres* están tristes, huraños y como rencorosos, y que han perdido toda* benevolencia, todo respeto, todo temor, todo lazo interno* con el fatal e irremediable organismo de la sociedad humana...

¡Tanto peor para Chite, y también para las grandes metrópolis, impulsoras de ese soplo de muerte; --pues en el pecado llevarán la penitencia!⁹⁹

Pero, dejémonos de elegías, y continuemos nuestra relación.*

⁹⁷ Énfasis en la importancia del matrimonio legal para el buen funcionamiento de la sociedad. Sin mujeres propias, es decir, sin esposas legítimas no existiría el núcleo familiar, fundamento de la sociedad. Digresión muy del gusto del autor con que salpica la obra para exponer al lector su opinión sobre un tema determinado.

⁹⁸ Insistencia en la idea de "alabanza de aldea" donde el hombre es moral, frente a la ciudad foco de toda clase de corrupción.

⁹⁹ ¡...en el pecado llevarán la penitencia! Esta sentencia es de uso recurrente en el autor y aquí le sirve para cerrar la digresión sobre los males que aquejan a la sociedad de su época. También en *El Sombrero de tres picos*: "¿Celos yo de ese viejo petate? ¡Al contrario, me alegro muchísimo de que te quiera!...!-¿Por qué?/-Porque en el pecado lleva la penitencia (Florensa 91).

Al salir nosotros de Talará, la sierra giró bruscamente hacia levante...

Era que había concluido su flanco; era que ya estábamos al otro lado de ella.

Sin embargo, lo muy bajo del camino que seguíamos, y la interposición de algunas lomas, nos estorbaban para todavía ver la cara austral de la cautelosa cordillera y el horizonte de la Alpujarra...

El camino dio luego la misma vuelta que la sierra; mas, antes de darla, pasó, y por consiguiente nosotros también pasamos,* por un dilatado mirador natural, desde el que vimos al descubierto toda la extensión del* Valle de Lecrín, cuya cuenca, a partir de aquel punto, se extiende hacia levante...

Largo rato hacía que no nos habíamos asomado a la ventanilla que miraba* al valle, por atender exclusivamente a la montañosa decoración del otro lado, o a los pueblecillos en que se había ido metiendo la diligencia como Pedro por su casa; y a fe que hubimos de holgarnos de ello en tal momento, puesto que así fue mayor nuestro asombro al considerar de golpe toda la magnificencia a que había llegado aquella feracísima comarca.

Tratábase ya de una vasta elipse de muchas leguas, de irregular perímetro, circuida de cerros de diversos colores y cuajada toda ella de arbolado, viñas, praderas, cortijos, lugares y riachuelos.--¡Se diría que era la Vega de Granada, reapareciendo a nuestros ojos más en pequeño, y rizada por colinas y collados; pero igual en vegetación y hermosura!...

--¡Oh! ¡Bien hicieron nuestros abuelos los moros en denominar a aquel valle* el *Valle de la Alegría*.

En medio de él veíamos un pueblo, casi tapado por un bosque de frutales en flor, y de naranjos y limoneros cargados de fruto...--¡Más que un pueblo del mapa, parecía un huerto oriental, un nido paradisíaco, o un vergel mitológico; el sitio de recreo de un príncipe de *Las Mil y una noches*, o la isla sagrada de una diosa del Olimpo!...--Era Pinos del Rey, o Pinos del Valle (que de los dos modos se llama), --por donde no habíamos de pasar de manera alguna, ¡aunque sólo distaríamos de él un kilómetro!...

¡Ah! Las carreteras son implacables..., cuando se viaja en coche.--¡Por eso deseábamos tanto que transcurriese una hora, a fin de montar a caballo y campar por nuestro respeto!

Al sur del Valle, los montes que lo cierran se deprimían ya un poco, franqueando a la vista un cielo de infinita lontananza, cuya diafanidad luminosa tenía un encanto indescriptible...--¡Era el cielo del mar!

El mar mismo, aunque sólo distaba de allí cuatro leguas escasas, no podía descubrirse todavía...-- Estábamos en terreno muy bajo...-- ¡Pero no debía de ponerse el sol aquella tarde sin que viéramos azulear a lo lejos* la llanura del Mediterráneo!...--Y no porque hubiésemos de acercarnos aún más a la costa en el resto del día... (no: ya caminaríamos siempre a levante hasta llegar a Órgiva); sino porque, mientras la diligencia bajara luego sin nosotros a la orilla del mar, nosotros estaríamos subiendo* las primeras cuestas de la Alpujarra.

Pero volvamos al punto por donde íbamos.*

Ya habíamos dejado a nuestra izquierda (sin divisarlo, aunque no distaba de nosotros tres mil metros)* el lugar de Mondújar, todo escondido en un pliegue de la

Sierra, y en el cual* pasó sus últimos años y expiró, tan amargado como referimos, el viejo rey Muley Hacem,¹⁰⁰ el misántropo después de muerto¹...

Finalmente: delante de nosotros había aparecido un pueblo de pintoresca perspectiva, situado en una posición deliciosa, defendido de los vientos de norte por un disforme cerro llamado Mataute, y rodeado también de todo género de árboles floridos...

¡Era Béznar!

VIII

*Tres leguas en tres minutos -Una mañana de nieve -Una espada y una daga
-Quién era D. Fernando de Válor*

¡Béznar!... --Para explicar estas admiraciones ortográficas, tengo que recordaros algunas escenas históricas, tan interesantes y tan nimiamente conservadas por los cronistas, que, más que Historia, parecen capítulos de una novela de Walter Scott.¹⁰¹

Yo no inventaré cosa alguna, ni en este ni en ningún caso. Los escritores de la época me dan todo el trabajo hecho... Mi único oficio será elegir, cuando sus versiones no concuerden, la que me parezca más verosímil.

Con que empecemos por retroceder tres leguas en el camino que acabamos de andar.

¹⁰⁰ Véase el final del capítulo II, pp. 179-180 de esta edición.

¹ Algunos historiadores dicen que murió en Salobreña

¹⁰¹ *Walter Scott*, (1771-1832) Alarcón menciona al autor inglés para resaltar los visos literarios de la historia de Aben Humeya y de Granada en general.

La mañana del 24 de diciembre de 1568 (día de Nochebuena y viernes; esto es, festividad a un tiempo para cristianos y musulmanes), sería cosa de las ocho u ocho y media, cuando penetraron en el Valle de Lecrín, viniendo de Granada, tres singularísimos viajeros, cuya mayor* singularidad consistía en el mero hecho de viajar juntos; pues éranse que se eran* un caballero cristiano, una mujer morisca y un esclavo negro.*

La noche anterior había nevado mucho, y el cielo amenazaba nevar más. Cerros, valle, laderas, todo estaba igualmente blanco, sin que la nieve del camino mostrase* huellas de que nadie hubiera transitado todavía por él* aquella mañana.

Las tres indicadas personas iban, a la sazón, cuesta abajo. El caballero se había apeado y llevaba el caballo del diestro. La morisca seguía a caballo. El esclavo marchaba un poco detrás.

Al caballero nos lo retrata del siguiente modo el historiador Ginés Pérez de Hita:

«...Era mancebo de veinte y dos años. Era de poca barba, de color moreno, verdinegro, cejunto, los ojos negros, grandes; gentil hombre de cuerpo: mostraba en su talle y garbo ser de real sangre, como era verdad que lo era: tenía los pensamientos reales, procedía realmente; era de todos los moros granadinos muy estimado y respetado: era Veinticuatro de Granada. --Doy señas de él porque le vi, vestido de luto, en compañía de los demás Veinticuatros, en las honras de la Serenísima Reina Doña Isabel de la Paz, mujer de nuestro Católico Rey D. FELIPE SEGUNDO; y entonces supe quién era y cómo se llamaba.»

De la morisca sólo dice la historia que aquel viajero «la traía, por amiga» (es la frase de Mármol); esto es, que era «su querida», como en lenguaje más moderno manifiesta Lafuente Alcántara.

Estos y otros historiadores convienen además en cuanto hemos indicado; es a saber, en que los dos amantes iban solos en el momento a que nos referimos; en que él llevaba su caballo del diestro, y en que el esclavo los seguía respetuosamente...

No sería, pues, muy aventurado de nuestra parte suponer que la mahometana tenía* hechicero rostro, y que el joven Regidor granadino marchaba pegado a los pies de la caballera beldad, con una mano apoyada en sus rodillas, mientras que ella se inclinaba dulcemente para mejor mirarse en los ojos de su raptor o robado y escuchar sus lisonjeras pláticas. --Tal es al menos la postura académica en semejantes casos.¹⁰²

Pero caminaran así o menos amarteladamente, ello fue (volviendo a lo histórico) que en aquel punto y hora, al torcer una revuelta del camino, se encontraron de manos a boca con un hombre, jinete en mal pergeñada mula,* que subía a todo correr la nevada cuesta que ellos bajaban...

Este hombre, que tenía trazas de eclesiástico, aunque no llevaba ropa de tal, iba sumamente azorado y descompuesto, mirando atrás con angustia, como quien teme ser perseguido.

Ver y reconocer a nuestro caballero fue en él una misma cosa; por lo que principió a gritar inmediatamente:

--¡Alto! ¡Alto, Sr. D. Fernando! ¡No siga adelante vuestra señoría! ¡Vuélvase a Granada!...

El llamado D. Fernando lo reconoció al mismo tiempo, y le dijo tranquilamente, avanzando todavía algunos pasos:

--¡Hola, señor Beneficiado! ¿Qué diantres le ocurre a vuestra merced?

¹⁰² *Postura académica*, es decir, lo que el autor considera como típico comportamiento de dos amantes en tal situación, según se describiría en un relato amoroso. Trata de pintar el cuadro siguiendo las pautas establecidas al uso por la literatura y de esta forma continúa la idea de la ficción.

Y volviéndose a su amiga, que había hecho alto, añadió:

--Es el Beneficiado de Béznar.

La morisca se sonrió levemente.

-¡Nada! ¡Nada, Sr. D. Fernando! (continuó el sacerdote, parando su mula.) Monte vuestra señoría a caballo y vámonos a Granada. Fuera gran* imprudencia que vuestra señoría diese un paso más por este camino. Los monfíes han levantado en armas toda la Alpujarra, y vienen ya sublevando los pueblos del Valle...

Al oír estas nuevas, estremeciós convulsivamente el joven,* y volvió la cara hacia la morisca, que se había puesto pálida como una difunta.

Dos miradas fulmíneas se cruzaron entre sus ojos y los de ella, mientras que el Beneficiado continuaba:

--¡Sí, señor! ¡sí, señora! Hay sobrado motivo para asustarse. ¡Esta es la fin del mundo! -- Los monfíes lo entran todo a sangre y fuego... Se cuentan horribles asesinatos cometidos ayer hasta en ministros* del altar... ¡Por misericordia de Dios he podido yo escapar de Béznar!-- ¡A caballo, a caballo, Sr. D. Fernando, y huyamos de esos forajidos!

Cuando el clérigo pronunciaba estas últimas palabras, ya estaba el mancebo sobre la silla, en la cual hacía por cierto la más gallarda figura. Alargó, entonces, la mano al fugitivo,* sonriéndole afablemente, y le dijo con pasmosa naturalidad:*

--Muchas gracias, señor Beneficiado.-- Que vuestra merced lleve buen viaje.

Y echó a andar por la cuesta abajo, asegurándose en los estribos e igualando y tanteando las riendas, como quien se dispone a correr con gana.

La morisca y el esclavo salieron detrás de él.

--Pero ¿adónde va vuestra señoría por ahí? --preguntó lleno de asombro el pobre Beneficiado de Béznar.

--¡A Béznar! --contestó D. Fernando, picando ya espuelas y partiendo como una exhalación...

--¡Ave María Purísima! --repuso el buen padre de almas, santiguándose devotamente y golpeando con los talones los ijares de su mula.

Dos horas después, este Beneficiado --célebre, aunque sin nombre ni apellido--, refería en Granada, la anterior escena, que por él llegó a conocimiento de la Historia.

Pero, por mucho que aprieten a sus caballos D. Fernando y su compañía (con quienes nos proponemos entrar en Béznar), han de tardar algunos momentos en darnos alcance...

Y digo *algunos momentos* solamente, porque, cuando se han empleado *ochenta años en seis kilómetros*, como nosotros los empleamos desde el Padul a Dúrcal, nada tendrá de extraordinario que, por la inversa, una cabalgata recorra ahora diez y siete kilómetros en tres minutos.

Aprovechemos, pues, este tiempo en referir otra escena que le había ocurrido el día anterior en Granada a aquel mismo apuesto joven; por donde vendremos en conocimiento de toda la importancia del al parecer sencillo hecho que acabamos de relatar.

D. Fernando de Válor (que así se llamaba el amante de la morisca), Señor de Válor, --lugar de la Alpujarra, -era, según acabamos de ver, uno de los veinticuatro Regidores perpetuos del Ayuntamiento de Granada, o Caballero *Veintiquatro*, que se decía entonces; cargo elevadísimo, propio de magnates de esclarecida alcurnia, y hereditario como un vínculo, aunque también alienable, dadas ciertas calidades en el comprador.

D. Fernando había heredado la Veinticuatría de su padre D. Antonio, o más bien de su abuelo D. Hernando, pues su padre, que aún vivía, lo que había hecho era cedérsela... por las razones que exponremos en otro lugar...

Pero no: expongámoslas ahora mismo, que hacen más al caso.

D. Antonio de Válor y Córdoba, caballero ilustre y rico, de arrebatado carácter y animoso corazón, creyéndose un día insultado en Ayuntamiento por otro Concejal que discutía con él sobre los negocios públicos, echó mano a la espada para vengar su agravio dentro del mismo Cabildo, cosa que no le fue dado llegar a hacer, pues lo sujetaron y desarmaron sus compañeros.

Pero aquella mera tentativa, aquel simple desacato, bastó para que lo procesasen con todo rigor y lo condenasen nada menos que a galeras; de lo cual dedujo la opinión que sus enemigos y los tribunales se habían aprovechado de aquella ligera falta, como de un pretexto, para satisfacer a poca costa otros rencores particulares, religiosos y políticos, que se abrigaban contra el D. Antonio, --hombre tan popular como temido, que pasaba por desafecto a su Majestad el Rey y por adversario de la Santa Inquisición.

Hallábase, pues, el buen caballero, en la época a que nos referimos, encerrado en la Cárcel Alta de Granada («a *falta de galeras*», dice un historiador), mientras que su hijo, por cesión suya, ejercía el cargo de Concejal en aquel mismo Ayuntamiento que tan contrario acababa de mostrarse al apellido de Válor.

Mas no era esto lo único que (según el runrún de las gentes) hacía nuestro D. Fernando en lugar y representación de su animoso padre...

Desde que D. Antonio de Válor y Córdoba fue con tal sevicia castigado,¹⁰³ empezaron a amanecer en las calles de la capital, cosidos a puñaladas y muertos, hoy uno, mañana otro, casi todos aquellos de sus enemigos que se habían erigido en sus jueces...; y el rumor público, siquier en voz muy baja, atribuyó desde luego aquellos asesinatos misteriosos al joven Señor de Válor, --más temido y popular todavía que su mismo padre.

Yo no sé si esta sospecha sería fundada. La Historia no ha conseguido averiguar lo cierto. Paso, por consiguiente, sobre el particular como sobre ascuas, y vuelvo a mi otra relación.

*La víspera del precitado día de Nochebuena, cuando más preocupados se hallaban los cristianos viejos de Granada con las fechorías de los monfíes alpujarreños y el sospechoso marasmo de los moriscos del Albaicín, D. Fernando entró en la Casa Ayuntamiento, armado de espada y daga, como entonces era uso entre los nobles.

Hasta aquí no había nada que decir, pues sobre calidad de D. Fernando no cabía duda; pero era el caso que, desde el lance ocurrido con su padre, se había establecido en toda España que los *Veintiquatros* dejasen sus armas en poder de los porteros antes de

¹⁰³ *sevicia*, '(del lat. *saevitia*.) Crueldad excesiva, trato cruel' (RAE).

penetrar en las salas consistoriales, y el joven, fuera por distracción, fuera deliberadamente, sólo se desciñó aquel día la espada, conservando la daga a la cintura, y de este modo se presentó en Cabildo.

«Un Caballero Veinticuatro, Alguacil Mayor perpetuo de Granada, llamado D. Pedro Maza (cuenta el historiador Ginés Pérez de Hita, aquel mismo que ya nos ha retratado a D. FERNANDO, por haberlo conocido personalmente), viendo que D. FERNANDO DE VÁLOR había dejado la espada, y no la daga, le dijo:

--Sr. D. FERNANDO: mal lo hace vuestra merced, no dejar la daga con la espada, como lo hacen los demás Caballeros.

D. FERNANDO le replicó diciendo:

--Por cierto, señor D. PEDRO, que, no advertido en ello, no lo he hecho; mas muy poco importa que yo entre con daga en el Ayuntamiento, pues de mí no hay que recelar, especialmente siendo tal Caballero que bien podría entrar con espada y daga.

--No niego eso, --dijo D. PEDRO--; que ya se sabe que, por ser tal, tiene vuestra merced y sus pasados privilegio Real para poder llevar armas y traellas en partes vedadas y no vedadas; mas muy bien sabe vuestra merced que es uso y costumbre en todos los Reinos y Señoríos de Su Majestad que ningún Caballero, por delantero que sea, puede meter ningún género de armas en la Sala del Ayuntamiento: y así no es justo que vuestra merced las meta, pues hay otros tan buenos como vuestra merced, y no las meten.

A estas palabras se indignó D. FERNANDO mucho contra D. PEDRO, y le dijo:

--Ninguno hay que sea tan bueno como yo ni que con más libertad las pueda meter en cualquiera parte.

D. PEDRO Se enojó mucho con esto que D. FERNANDO le dijo, y, atreviéndose a su oficio de Alguacil Mayor, le dijo a D. FERNANDO:

--Pues, por el oficio que tengo, debo de derecho quitarle la daga, que no puede tenerla en la cinta sin tener la espada; y le tengo de hacer por ello denunciación.

Y diciendo esto, se llegó a D. FERNANDO y le quitó la daga de la cinta.

D. FERNANDO, ardiendo en ira, viendo que por ser Alguacil no se la podía defender, se la dejó tomar, diciendo:

--Vos lo habéis hecho como villano; y juro por la Real Corona de mis pasados, de quien soy digno, que yo tome tal venganza de vos, que mi agravio quede bien satisfecho, y aún de algunos que han consentido que la daga se me quite...

El Corregidor que oyó estas palabras, mandó que lo prendiesen; mas D. FERNANDO con gran presteza, por no ser preso, salió de la Sala y fue donde estaba su espada, y, tomándola, sacándola de la vaina, les dijo a los porteros, que le querían prender, que se tuviesen; si no, que los mataría.

El Alguacil Mayor le quiso echar mano; mas no lo pudo hacer, porque D. FERNANDO, como era mozo muy suelto, se desvió afuera, y tomando la escalera, que era llana y ancha, en solos dos brincos la salvó toda.

Llegando al zaguán, halló su caballo, que lo tenían sus criados aprestado, y, sin poner el pie en el estribo, se puso en la silla, y, apretándole las piernas, salió de las Casas del Cabildo con tanta presteza como un rayo; de tal forma, que D. PEDRO ni los porteros y otros alguaciles que allí había pudieron tener derecho dél.

Sus criados, visto el alboroto, y que no podían seguir a su señor, se metieron en la Capilla Real, que está muy cerca de las Casas del Cabildo...

Se presume que D. FERNANDO DE VÁLOR «estaba en la conjuración del levantamiento del Reino, por haber ido aquel día al Ayuntamiento a caballo y por haber querido entrar con la daga, para por ello tener aquella ocasión de salirse de Granada...»

Hasta aquí Pérez de Hita.

De lo que cuentan los demás historiadores se deduce que D. Fernando pasó aquella noche escondido en una almazara de la Vega, adonde fueron a juntársela la morisca y el esclavo, saliendo al amanecer del día siguiente para el Valle de Lecrín, a cuya entrada lo hemos visto desatender bravamente el medroso consejo del Beneficiado de Béznar.

Pero a todo esto, no sabemos todavía a punto fijo quién era D. Fernando de Válor, ni qué significaba aquello de “*la Corona Real de sus pasados*,” ni de dónde provenían su popularidad y el temor que inspiraba a las Autoridades granadinas.

Sepámoslo todo de una vez.

D. Fernando de Válor, a quien los moriscos del Albaicín llamaban D. Fernando Muley (*Muley* es una especie de tratamiento árabe que vale tanto como *señor*, o más bien *monseñor*, y que sólo se da a los príncipes reales), era a la sazón, según el grave Hurtado de Mendoza, «*un mancebo rico de rentas, callado y ofendido*»;--«*un mozo pródigo y liviano*,” según el complaciente Mármol; --y «*un joven de notoria resolución y firmeza y eminentes cualidades para constituirse cabeza de la rebelión*», según el concienzudo Lafuente Alcántara;--el cual dice también que «su familiaridad con los jóvenes más livianos de Granada, su lujo, sus prodigalidades y sus obsequios a una morisca de quien estaba enamorado, habían consumido sus rentas cuantiosas y obligándole a contraer deudas». --Finalmente, este mismo escritor, compilador discretísimo de casi todos los cronistas árabes y cristianos del Reino de Granada, termina el retrato del personaje con que andamos a vueltas, poniéndole la siguiente nota: «Su carácter es altamente interesante, a pesar, de los duros epítetos con que lo han calificado los historiadores contemporáneos suyos. Sus aventuras y sus hazañas, porque también las realizó, se han presentado de una manera poética por Ginés Pérez de Hita».

Despréndese de todo lo apuntado que D. Fernando de Válor era exteriormente, en la alta sociedad granadina, ni más ni menos que lo que, antes y después de él, han sido en

todas partes los jóvenes de moda y calaveras de buen tono, mixtos de próceres y de políticos: lo que Alcibiádes en Grecia; lo que el adolescente César en Roma; lo que Byron en Londres y en Italia: un escándalo, una esperanza, un escollo y un ídolo juntamente, así para los buenos como para los malos, así para las mujeres como para los hombres, así para la moral como para la patria...¹⁰⁴ —*Si además de esto, subrepticamente, nuestro protagonista* asesinaba o mandaba asesinar, a los farisaicos perseguidores de su padre, ¡cuenta es esa que habría que abrirle por separado, y que sólo Dios, sabedor de la verdad, podría ajustarle en definitiva!

En fin, --y aquí entra lo más interesante, --D. Fernando de Válór era nieto, como hemos dicho, de D. Hernando de Válór, contemporáneo de la Conquista de Granada, el cual, al hacerse bautizar entonces con este nombre, trocó su condición de príncipe moro por las grandes mercedes que le hicieron los Reyes Católicos, dándole privilegios de armas y acostamientos de lanzas, con aventajados sueldos...¹⁰⁵

Ahora bien: aquel príncipe moro, pariente muy cercano de Boabdil, y descendiente en línea recta de los Abderrahmanes que reinaron en Córdoba, procedía de la egregia estirpe de los Ommíodes, cuyo apellido de familia era Humeya, nombre de uno de los nietos de Mahoma, hijos de su hija¹...

Por consiguiente, el joven D. Fernando, el Regidor fugitivo, el amante de la morisca, el viajero del Valle de Lecrín, contaba entre sus abuelos al mismísimo Profeta, y no al través de una prolongada y oscura genealogía, perdida en la noche de la fábula, sino

¹⁰⁴ *Alcibíades, Julio César y Lord Byron*, Alcibíades y Julio César, dos grandes generales de la antigüedad grecolatina, y Lord Byron, el gran poeta romántico inglés. Al comparar a Aben Humeya con estos grandes personajes de la historia, el autor le confiere el mismo rango y cualidades.

¹⁰⁵ *Privilegios de armas y acostamientos de lanzas*, Alarcón se refiere a las concesiones que los Reyes Católicos otorgaban a los caballeros nobles cristianos que sobresalían en la lucha contra los moros.

¹ Hurtado de Mendoza.

tan clara y distantemente como el actual Duque de Medinaceli descende de los Infantes de la Cerda, o el Duque de Frías de los Condes de Haro...

Y, por consiguiente también, aquél a quien el pobre Beneficiado de Béznar aconsejaba que se volviese atrás y que huyese de los monfíes; aquella *señoría*, al parecer tan castellana y tan católica, era el ídolo de los irritados moriscos, era la esperanza de sus agravios, era el que por su stirpe sagrada, por su regia categoría y por sus prendas personales, ambicionaban para jefe; era el que algunos habían tachado en otro tiempo* de indiferente a los dolores de su raza, al verlo disipar su juventud en fiestas y amoríos, confundido con los aristócratas cristianos; era el que tornó a captarse la adoración supersticiosa de todos los descendientes de los moros, no bien empezó a creérsele autor de aquellas desastradas muertes de los enemigos de su padre; era el Rey deseado de los conspiradores, el anunciado de los astrólogos, el temido de los que veían condensarse la rebelión musulmana; era, en fin, o comenzaba* a ser desde aquel día, el trágico personaje que conoce la Historia bajo el sangriento nombre de Aben Humeya.

Pero han transcurrido los tres minutos y las tres leguas que nos separaban de él...

¡Helo que llega a toda brida; pasa como un relámpago; nos deja atrás, sin curarse de nosotros, y penetra en Béznar, seguido de la morisca y del esclavo negro*!...

¡Todavía es D. Fernando de Valor!... --¡Sigámosle!...—Quiero decir: cerremos los libros de historia, entremos también en Béznar inmediatamente, procurando no perderle de vista ni un solo instante...*

Los momentos son preciosos para todos. --¡El insensato corre al trono y a la muerte!... --Nosotros vamos a cambiar el último tiro..., para llegar adonde nos esperan los caballos de silla que han de conducirnos también a la suspirada Alpujarra.*

IX

En Béznar -Naranjas y limones -De Regidor a Rey

Cuando algunos minutos* después hicimos alto en la Administración de Diligencias, sita en el centro del pueblo, nadie daba* muestras de haber visto entrar a Aben Humeya y sus acompañantes, ni pudimos sacar en claro dónde vivían los Valoris, -- a cuya casa sabíamos fijamente que habían ido de posada el mencionado viernes.*

¡Son tan recelosos y disimulados los moriscos!...--Pero ¡ah! no... ¡El disimulado era el tiempo!-- Me acontecía lo mismo que en Dúrcal con Farag Aben-Farag: que, entre mis visiones históricas y la realidad presente habían transcurrido tres siglos menos cuatro años.*

Así es que Béznar estaba muy tranquilo, celebrando también cristianamente su día de San José con el asueto y atavío de sus moradores; que no profanando todo un día de Nochebuena con abominaciones mahometanas, como aquel viernes de 1568 en que ya por dos veces había yo creído encontrarme...* --Y así se explicaba también que el lugar estuviese lleno de sol y regocijo, que no encapotado y lúgubre; florido, que no nevado; en primavera, que no en invierno.¹⁰⁶

¹⁰⁶ *Béznar*, pequeña población del Valle de Lecrín, cuenta con unos 425 habitantes aproximadamente, hoy más conocida por su embalse de aguas. Fue el lugar donde, según los historiadores, don Fernando de Valor fue proclamado rey de los

¡Tanto mejor para nosotros, que no lo habríamos pasado muy bien, a fuer de verdaderos católicos, apostólicos, romanos, si hubiéramos aparecido por allí aquel infausto día en que el padre Beneficiado tuvo que poner tierra por medio entre él y sus feligreses, metamorfoseados de pronto en fanáticos y crueles islamitas!

Conque describamos a Béznar.*

Béznar, el Béznar de hoy, con el cual tenía que contentarse nuestra sed de aventuras,* es un lugar de 807 habitantes, repartidos entre la genuina población de este nombre, que comprende 72 casas, el Barrio Bajo, que se compone de 63, y el barrio de la Jábita, que sólo cuenta 32.--Pertenece también a este pueblo la Venta de Tablate, distante de él dos kilómetros, donde debíamos dejar la diligencia y montar a caballo.*

Dijimos del Padul... que era alegre; de Talará... que era gozoso; de Dúrcal... que era risueño. --De Béznar digo..., no ya que se sonreía, sino que se reía a carcajadas.¹⁰⁷-- En efecto: nada más alborozado que este* pueblecillo, situado en medio del Valle, cuya espléndida lozanía verdegueaba al final de todas sus arábigas callejuelas...--Las casas, generalmente pobres y de aspecto morisco, disimulaban su vejez bajo una flamante capa de cal, como en las ciudades africanas, y hacían olvidar su modestia con las flores, con las jaulas de pájaros, con las ramas de naranjos y limoneros y con las emperejiladas mujeres que decoraban sus balcones, sus puertas, las tapias de sus corrales y las cercas de sus huertecillos.

El *crescendo* de hermosura del Valle de Lecrín había, pues, llegado casi al *summum*..., y me quedo en el *casi*, porque aún nos faltaba ver a Lanjarón!...¹⁰⁸

moriscos con el nombre de Aben Humeya. La antítesis, figura retórica de carácter lógico, está empleada aquí para resaltar las cualidades de la población de Béznar como lugar ameno y feliz.

¹⁰⁷ De nuevo uso de una figura retórica, la personificación para describir la vida de los pueblos por los que va pasando, la descripción de la animación, al mismo tiempo, va progresivamente en aumento.

¹⁰⁸ Símil del desarrollo de una pieza musical con la progresiva belleza del paisaje.

Béznar es uno de los emporios de naranjas del mediodía de Europa, y su mercado sirve como de *bazar* a los innumerables miles de ellas que se *cautivan* a poquísima costa en los bosques y huertas de las cercanías y en sus propios alrededores...

Perdonadme esta insistencia en comparar a las naranjas con las cautivas destinadas a extranjeros harenes; pero el símil es tan exacto y tan mío, que tengo empeño en que lo admitáis. — Y si no, deteneos a estudiar un momento* el ulterior destino de estas princesas del reino vegetal, de estas rústicas diosas de nuestra tierra, de estas hijas de nuestro sol...

Las encontramos* aquí apiladas de cualquier modo en plazas y calles: cómpranlas luego mercaderes de otros países; enciérranlas en lujosos estuches, que es como si dijéramos en andas o literas de viaje,* envuelta cada cual en una finísima bata de papel de seda; condúcenlas después* por camino de hierro o en barco de vapor a Berlín, a Londres o a San Petersburgo, y allí véseles (¡qué horror!) empingorotadas, como en un trono, en áureos fruteros, entre caloríferos y perfumadas bujías, ostentar su hermosura en los triclinios de los bárbaros del norte y regalar el gusto de tal o cual Sardanápalo aforrado en *inultas* pieles... de otros animales por su estilo!...¹⁰⁹

¡Y lo mismo digo de los limones!*

Con lo cual, ya es tiempo de que volvamos a pensar en los moriscos...*

Mas ¿dónde encontrar ahora a Aben Humeya?

Que está en Béznar con nosotros, es indudable; pero buscarlo en las actuales casas del lugar, ya hemos visto que es imposible...

¹⁰⁹ *Sardanápalo*, rey de Asiria. 'Arquetipo del príncipe disoluto y afeminado' (R.García –Pelayo y Gross, *Pequeño Larousse Ilustrado*). *Sardanápalo*, es también el título de una obra de lord Byron. *Triclinio*, 'Comedor de los antiguos griegos y romanos' (RAE). *Inultas*, latinismo por impunes. Alarcón continúa utilizando el recurso estilístico de la personificación, ahora para referirse a los limones y naranjas de la Alpujarra. Idea peyorativa de los extranjeros a quienes califica de bárbaros y epicúreos, inmorales. Todo este párrafo es un ejemplo del juego literario postromántico del autor.

Recurramos, pues, a las perennes páginas de la Historia.

Un nuevo Rey entre ellos levantado
 DON FERNANDO DE VÁLOR, se decía:
 Salióse de Granada, y concertado
 Quedaba de volver al otro día.
 El día de la Pascua han señalado
 Que torne con pujanza y morería,
 Y que den en *Granada* lo primero,
 Que será el *Albaicín* buen compañero¹.

El noble Señor de Válor se apeó en casa de su pariente el Valori, corifeo del lugar y jefe de una dilatada parentela.¹¹⁰ --Podía decirse que estos Valoris eran los amos del pueblo, compuesto casi exclusivamente de moriscos, o, por mejor decir, de recalcitrantes islamitas.

Todos ellos estaban ya en armas, y abiertamente rebelados al compendioso grito de ¡*Viva Mahoma!*--Recibieron, pues, con los brazos abiertos, y como a un nuevo enviado de Alá, al joven descendiente del Profeta; celebraron aquella noche una junta; y ¡oh sacrílega coincidencia! a la misma hora en que toda la Cristiandad conmemoraba el

¹ Estos versos son de un curioso libro, hasta hoy inédito, pero ya en prensa, que va a dar a luz, D. Pascual de Gayangos, y que contiene muchos escritos de un español cautivo en la Goleta por los años de 1574, el cual ha sido testigo presencial de la Guerra de los Moriscos. El Sr. Gayangos se inclina a creer que este cautivo fue un cierto amigo del inmortal Cervantes, de la familia Aguilar; sobre cuyo punto sigue haciendo investigaciones aquel profundo bibliófilo. Nosotros le damos aquí las gracias por estas y otras noticias que le debemos relativas a la Alpujarra.

¹¹⁰ *Corifeo*, 'jefe del coro en las tragedias antiguas, jefe de una secta o partido' (RAE). Aquí el autor juega con el significado de la palabra creando cierta ambigüedad, puesto que se puede interpretar tanto como jefe de los moriscos, o como el jefe del coro de la tragedia en la que van a intervenir éstos.

sublime misterio de Belén, aquellos perros eligieron rey de Granada, en odio a los cristianos, al que desde entonces se llamó Muley Mahomet Aben Humeya.

«Vistiéronle de púrpura (dice Hurtado de Mendoza), y pusiéronle a torno del cuello y espaldas una insignia colorada a manera de faja. Tendieron cuatro banderas en el suelo, a las cuatro partes del mundo, y él hizo su oración, inclinándose sobre las banderas, el rostro al Oriente (*Zalá* la llaman ellos), y juramento de morir en su ley y en el Reino, defendiéndola a ella y a él y a sus vasallos. En esto levantó el pie, y, en señal de general obediencia, postróse Aben-Farag en nombre de todos y besó la tierra donde el nuevo Rey tenía la planta. (A éste hizo su Justicia Mayor.) Lleváronle en hombros y levantáronle en alto, diciendo: ‘Dios ensalce a MAHOMET ABEN-HUMEYA, *Rey de Granada y de Córdoba*’ Tal era la antigua ceremonia con que elegían los Reyes de la Andalucía, y después de Granada.”

En el precedente relato padece un error el insigne Hurtado de Mendoza. Aben-Farag no estaba ni podía estar en Béznar la noche del 24, en que eligieron su Rey los moriscos. Y la prueba es que, como hemos visto, el fogoso tintorero salía de Granada a la misma hora con dirección a Cenes, en busca de la gente con que entró en el Albaicín el 25 a media noche, para oír aquella despreciativa frase de «*Sois pocos y venís presto*» que apuntamos más atrás.

Cuando el impaciente conjurado del Albaicín llegó verdaderamente a Béznar fue en la mañana del 27, tercer día de Pascua...

“... Asomó (dice Mármol) por un viso Farag Aben-Farag con sus dos banderas, acompañado de los Monfíes que habían entrado con él en el Albaicín, tañendo sus instrumentos y haciendo grandes algazaras de placer, como si hubieran ganado alguna gran victoria. El cual, como supo que estaba allí D. HERNANDO DE VÁLOR y que le alzaban por Rey, se alteró grandemente, diciendo que cómo podía ser que, habiendo sido él nombrado por los del Albaicín, que era la cabeza, eligiesen los de Béznar a otro. Y

sobre esto hubieran de llegar a las armas. Farag daba voces que había sido autor de la libertad y que había de ser Rey y Gobernador de los Moros, y que también era él noble, del linaje de los Abencerrajes. Los Valoris decían que donde estaba D. HERNANDO DE VÁLOR no había de ser otro Rey sino él. Al fin entraron algunos de por medio y los concertaron de esta manera: que DON HERNANDO DE VÁLOR fuese el rey y Farag su Alguacil Mayor, que es el oficio más preeminente entre los moros cerca de la persona real. Con esto cesó la diferencia, y de nuevo alzaron por Rey los que allí estaban a D.

HERNANDO DE VÁLOR y le llamaron MULEY MAHAMETE ABEN-HUMEYA, estando en el campo debajo de un olivo. El cual, por quitarse de delante a Farag Aben-Farag, el mismo día le mandó que fuese luego, con su gente y la que más pudiese juntar, a la *Alpujarra* y recogiese toda la plata, oro y joyas que los Moros habían tomado y tomasen, así de iglesias como de particulares, para comprar armas de Berbería. Este traidor, publicando que Granada y toda la tierra estaba por los Moros, yendo levantando lugares, no solamente hizo lo que se le mandó, mas, llevando consigo trescientos Monfíes salteadores de los más perversos del Albaicín y de los lugares comarcanos a Granada, hizo matar todos los clérigos y legos que halló captivos, que no dejó hombre a vida que tuviese nombre de cristiano y fuese de diez años arriba, usando muchos géneros de crueldades en sus muertes...”

También hay una equivocación en la anterior reseña, que consiste en decir que la proclamación de Aben Humeya en Béznar tuvo lugar debajo de un olivo.--La escena bajo el olivo, tradicional en toda la *Alpujarra*, ocurrió en Cádiar, como veremos más adelante, y fue, no ya la *proclamación*, sino la solemne *coronación* del soberano en presencia de todos los caudillos y personas principales de su improvisado Reino, --que crecía como la espuma.

Por lo demás, las preinsertas palabras de Mármol, el historiador más adverso a Aben Humeya, dejan ya deslindadas la responsabilidad de este príncipe y la de su cruel *Justicia*, o *Alguacil Mayor*, en los horribles martirios de cristianos que presencié aquellos

días la Alpujarra¹ y que serán el eterno baldón del alzamiento de los moriscos.--Estas ferocidades inauditas sólo se deben imputar al inhumano tintorero, al demagogo de aquella rebelión, tipo repugnante y harto conocido, por ser igual al que ha deshonrado y deshonrará eternamente todas las revoluciones, lo mismo en París que en la Alpujarra, lo mismo en el siglo XVI que en el siglo XIX.¹¹¹

En cambio, no nos faltarán más adelante ocasiones en que hacer justicia a la clemencia y magnanimidad del que había dejado de ser D. Fernando de Válor, el cual, si se mostró duro y cruel otras veces, extremado por la adversidad y por las bárbaras necesidades de la guerra, no rayó más allá que el Duque de Alba y otros venerados capitanes de aquellos tiempos...¹¹²

Y si me equivoco y me lo probáis, tanto mejor; pues* yo no soy defensor* nato de los infieles.

Conque partamos, y perdonad si sufre nuevas interrupciones* la leyenda documentada de Aben Humeya; --leyenda que es la Historia particular de la Alpujarra como estado autónomo; leyenda mal conocida de la generalidad de las gentes, por la parcialidad de unos escritores, por la ligereza de otros, por las contradicciones que se notan entre ellos y por la escasez de los libros que los ponen en claro; leyenda

1 El Sr. D. Florencio Janer, en su erudita Memoria, titulada *Condición social de los Moriscos de España*, premiada por la Academia de la Historia, dice: «...El nuevo Rey era joven de esclarecidas prendas y recomendaba la tolerancia a sus sectarios.» Y más adelante añade: “Desaprobaba ABEN-HUMEYA tantas crueldades, y mientras, impedía que se cometieran de nuevo...” etc.

¹¹¹ Alarcón se refiere a la revolución del 26 de febrero de 1848 en París, cuando estalló la Primera Comuna.

¹¹² Aquí el autor justifica la actuación de Aben Humeya comparándola con la de otros hombres de armas de su tiempo, al comparar su comportamiento con dichos personajes, equipara a Aben Humeya con ellos, tanto en lo negativo como en el aspecto positivo.

admirablemente sentida, y sin embargo, desfigurada, en la materialidad de los hechos, por el ilustre Martínez de la Rosa en aquel drama que me atrevo a calificar de Elogio del Rey Morisco; leyenda, en fin, que continuaremos y terminaremos nosotros, confundida con la de Aben-Aboo, cuando recorramos las fragosidades alpujarreñas y la augusta soledad de Sierra Nevada.¹¹³

Por la presente, reclaman también nuestra atención misterios de otro orden y curiosidades de otro género... --¡Para algo más que para leer y depurar historias humanas hemos dejado nuestro gabinete de Madrid! --La inmortal Naturaleza nos aguarda amorosamente al otro lado de aquesos últimos cerros de dominio público, dispuesta a hablar a solas con nuestro fatigado espíritu. El arcano geográfico que inquirimos hace tiempo, está para descifrarse a nuestros ojos. La incógnita Alpujarra escucha ya nuestros pasos detrás de esa ondulante cortina. La gran cordillera va a mostrarnos de un momento a otro sus nevadas espaldas... * El almuerzo y los caballos nos esperan,* en fin, en la venta (que sólo dista dos o tres kilómetros), y tenemos hambre, mucha hambre, y necesidad también de estirar nuestros entumecidos remos...

Partamos, partamos, sí; entre otras cosas, porque ya está enganchado el nuevo tiro, y el mayoral en su trono, y el zagal abriéndonos la portezuela, y el postillón, con la cabeza vuelta hacia nosotros y la corneta en los labios, aguardando impaciente el «¡¡¡Arréeee!!!...» del automedonte para anunciar al mundo, con su trompeteo, que la Diligencia de Motril abandona el lugar de Béznar.¹¹⁴

¹¹³ Se trata del drama romántico titulado *Aben Humeya* (1830), del escritor y político granadino Francisco Martínez de la Rosa (1787-1862) elaborado originalmente en francés durante su estancia en París de 1823 a 1831 y estrenado en París en el año 1830. M. S. Carrasco Urgoiti, *El moro de Granada en la literatura* (Granada: Universidad de Granada, 1989) 320-323.

¹¹⁴ *Automedonte*, (Por alusión a Automedonte, conductor del carro de Aquiles.) 'Auriga (el que gobierna las caballerías de un carruaje) de un carro' (RAE).

X

El Puente de Tablate -Llegada a la venta -¡A caballo! -Lanjarón -Adiós al mundo

Al sonar las *ave-marías*; esto es, a las doce en punto, salimos de aquel deleitoso pueblo, último de la carretera para nosotros.

El terreno se angostó al poco rato, formando una profunda garganta; y, minutos después pasamos el imponente y sombrío Puente de Tablate, cuyo único, brevísimo ojo, tiene nada menos que ciento cincuenta pies de profundidad. Dicho se está, pues, que* el Tablate, más que río, es un impetuoso torrente que se precipita de la sierra en el río Grande, abriendo un hondísimo tajo vertical, tan pintoresco como horrible.

Aquella cortadura del único camino medio transitable que conduce a la Alpujarra es una de las principales defensas de este país, su llave estratégica, el foso de aquel ingente castillo de montañas...¹¹⁵--Así es que con este foso acontece lo que con el llano de Las Navas de Tolosa, lo que con el Guadalquivir por la parte de Alcolea, lo que con el paso de Roncesvalles y demás campos de batalla repetidamente históricos: que se han dado y habrán de darse en lo sucesivo muchas acciones cerca de él y subordinándose siempre el plan de campaña al perpetuo fenómeno topográfico.--Ya dije más atrás que la Historia es esclava de la Geografía.

Ha habido, pues, muchos *Puentes de Tablate*, quemados unos, volados otros, y todos cubiertos de sangre de fenicios, cartagineses, romanos, godos, árabes, moriscos,

¹¹⁵ Alarcón debió conocer el relato de Charles Didier, *Un viaje a La Alpujarra en 1836*, donde se declara que el puente de Tablate "pasa por la 'llave' de la Alpujarra" (Carrascosa Salas, 1993: 28).

austriacos o franceses, y, por supuesto, de españoles de todos los siglos... Aun* circunscribiéndome al período histórico que más me preocupaba en aquel viaje,* pudiera citar varios hechos de armas ocurridos a los dos lados de tan honda* sima; pero me limitaré a recordaros uno sólo; verdaderamente dramático y hasta épico.*

El 10 de enero de 1569: es decir, diez y siete días después de la elección (que referiré más adelante) del temerario Aben Humeya;* hallándose ya éste en el corazón de la Alpujarra, yalzada en su favor la mitad del reino granadino, el marqués de Mondéjar, que había salido de la capital en busca de los insurgentes, con una división de dos mil infantes y cuatrocientos caballos, llegó a la vista del Puente de Tablate...

«Los rebeldes (dice un historiador), en número de tres mil quinientos, capitaneados por Girón de Archidona, por Anacoz y el Rendati, se habían atrincherado en la cuesta y colinas que dominan por la parte de Lanjarón, y cortado el *Puente de Tablate*, que facilita el paso de un barranco profundísimo. El Marqués llevaba ordenada su gente en batallones y protegida por una manga de arcabuceros y una vanguardia de corredores.

»Al llegar a los visos inmediatos al *Puente*, se divisaron las partidas moriscas, formadas bajo banderas blancas y coloradas, con ánimo de defender el paso. El Marqués se adelantó con los arcabuceros y rompió el fuego, que fue contestado; pero como los arcabuces cristianos hiciesen estrago en los enemigos cedieron éstos y se alejaron algún trecho, en la persuasión de que era imposible pasar por el puente desbaratado.

»Dio ejemplo a los soldados y terror a los moriscos un fraile francisco, llamado Fr. Cristóbal Molina, el cual, con un crucifijo en la mano izquierda, una espada en la derecha, los hábitos cogidos en la cinta y una rodela a la espalda, llegó al paso, se apoyó en un madero, saltó, y, cuando todos esperaban verle caer, se admiraron de contemplarle salvo en la orilla opuesta.

»Siguiéronle dos soldados animosos: uno cayó y murió en lo hondo: el otro fue más afortunado. Recompusieron éstos los maderos al abrigo del fuego de los arcabuceros; facilitaron el paso a otros, y,

últimamente, rechazados los moros, y consolidado el puente con tablones y piedras, pasó toda la división con caballos, carros y artillería, y se alojó en Tablate. El Marqués peleó como soldado en primera línea, y, a no haber sido por la fortaleza de su coraza, que le aplastó una bala, hubiera perecido.»

En cuanto a nosotros, pocos momentos después de pasar, sin peligro alguno, el Puente de Tablate, tuvimos también la dicha de llegar sanos y salvos a la venta del mismo nombre.

Esta venta, llamada además de *Luis Padilla* (no sé si por referencia a su fundador, a su propietario o a su inquilino), ocupa una posición tan estratégica, *desde el punto de vista hostelero*, como el Puente *desde el punto de vista militar*.

Aquel paraje es un foco de caminos (un *fondac*, que dirían los moros), donde se cruzan todos los días los viajeros y trajinantes de la costa, los de Granada, los del valle y los alpujarreños..., y, * para la Alpujarra, sobre todo, la tal venta hace el oficio, ya que no de puerta, de aduana o portazgo avanzado sobre las vías oficiales de los hombres.--¡De allí arranca la senda de lo desconocido!

Tanto es así, que, mientras la diligencia, después de aligerarse de nuestro peso, seguía* adelante hacia el sur, para bajar como despeñada al Mediterráneo, nosotros nos desojábamos en mitad de la carretera, contemplando extasiados* cierto caminito que* amarilleaba hacia el oriente, al modo de flotante cinta, y desaparecía luego entre las montañas en busca de Lanjarón..., de Órgiva..., de...--Pero no seamos impacientes, y entremos en la venta.*

¡Líbreme Dios de describirla! --¿Quién habla de ventas después de haber leído el *Quijote*? --¿Qué pintor se atrevería a *tratar* de nuevo los asuntos pintados por Velázquez?--Sólo os diré que allí encontramos a nuestros respectivos escuderos (granadinos del Albaicín... de pura raza); que éstos nos tenían ensillados los caballos, antiguos conocidos nuestros; que el almuerzo nos aguardaba sobre la mesa, gracias a nuestra previsión; que almorzamos (*a la navaja*, por supuesto)¹¹⁶ como se almuerza a la una de la tarde, cuando se está viajando desde las ocho de la mañana; y que en tan gustosa operación fuimos agradabilísimamente sorprendidos por un noble y apuesto caballero que, en representación de sus poderosos parientes, llegó en nuestra busca para introducirnos en la Alpujarra...*

Reciba de nuevo aquel ilustrado y amable joven (ingeniero por más señas) el afectuoso saludo que allí le dirigimos; *--y *la paz*, que dicen en Morería.

A las dos en punto montamos a caballo.

¡Oh delicia!... --¡Ya estaba bueno!

Perdonadme este ex-abrupto... * ¡Es *una reminiscencia de la especie de resurrección que sentí entonces!... ¡Es un testimonio de agradecimiento y cariño al más ilustre de los animales!*

Porque habéis de saber que a mí me sucede lo contrario que a Anteo: Anteo recobraba su vigor al sentar los pies en la tierra, y yo recobro la salud y la alegría tan luego como monto a caballo.¹¹⁷ ¡Páreceme que, al poner el pie en el estribo, reivindico mi

¹¹⁶ *A la navaja*, comer de navaja, (des.) Alimentarse de manjares secos, como cecina, queso, etc. (M. Martín Sánchez, *Diccionario del español coloquial. Dichos, modismos y locuciones populares*. 1997).

¹¹⁷ *Anteo*, 'gigante, hijo de Poseidón y de Gea, a quien ahogó Heracles (Hércules) en sus brazos. Habiendo observado el héroe que cada vez que el monstruo tocaba tierra cobraba nuevas fuerzas, lo levantó en vilo y consiguió acabar con él'.

libertad, como el pájaro que se escapa de la jaula!... Y tal es mi entusiasmo en este punto, que muchas veces me he propuesto la cuestión de si el hombre nacería realmente para centauro, y el caballo será su complemento providencial....

En equivalencia, inclínome a creer que el hombre es el complemento del caballo... --Y, si no, decidme: ¿qué viene a ser este noble animal sin un jinete encima? ¿No os parece un ser miserable, como el hotentote sin religión, ropa ni ley? ¿No habéis reparado en la ufanía [con que] el caballo soporta y luce al caballero, una vez ajustada entre ellos la alianza? ¿Habéis visto cómo se enardece y apasiona en la guerra, cómo se da tono en la entrada triunfal del héroe que lo rige, o cómo gallardea al pasar bajo los balcones de la mujer que ama su socio?--¡En los tres casos, diríase que el engreído cuadrúpedo procede y trabaja por cuenta propia!*

Resultado final*: que partimos...

Pero ¡con qué emoción! ¡con qué júbilo! ¡con qué entusiasmo!

¡Baste decir que estábamos a media hora de Lanjarón, y a tres cuartos de hora de la Alpujarra!...

Arrancamos, pues, al galope.

La legua que hay entre el Puente de Tablate y Lanjarón tiene todavía honores de camino carretero; y no sólo los honores, sino también el ejercicio, puesto que la recorre todos los días, a saltos mortales, un coche especial, que sale de Granada con tan azarosa predestinación. De un modo o de otro, aquel camino se esconde desde luego entre los

enormes y adustos contrafuertes de la gran sierra, *como si todo estuviese ya consumado*; como si ya hubiera concluido el Valle de Lecrín; como si no debieran reaparecer los horizontes del... siglo; como si ya hubierais tomado el hábito de alpujarreño...

Sin embargo, hay momentos en que se notan indicios de que aún falta que ver algo relacionado con las profanas alegrías que se han dejado atrás.... ¡Adivínase (apuremos la anterior metáfora) que aún se tiene que pasar por aquella simbólica ostentación de las glorias de la vida y de los bienes terrenales que precede a la fúnebre ceremonia de ciertos votos monásticos!

Todo esto quiere decir que de vez en cuando encontrábamos en el camino largos convoyes de naranjas y limones, procedentes de aquella presunta austera soledad, -- mientras que, a la puerta de tal o cual cabaña o cortijo, alzábanse, al lado de carros vacíos, altísimas pirámides... de más limones y más naranjas.

El criadero debía, pues, de estar muy cerca.

¡No estaba lejos! Repentinamente, --como cuando, al remate de una majestuosa* sinfonía, después de una pausa o de un *pianissimo*, estalla de nuevo la interrumpida *stretta finale*, y el imponente *tutti* del graduado *crescendo* llega al *fortissimo* y al *strepitoso*, semejando una tempestad de armonía; --así, pero no así, sino de *modo más sorprendente, que diría un poeta épico; --al revolver de una loma; al esquivar un viso; cuando menos lo esperábamos..., apareció a nuestros ojos Lanjarón.¹¹⁸

¹¹⁸ Alarcón vuelve a recurrir al símil de la música para describir cómo la naturaleza de los alrededores de Lanjarón va progresivamente embelleciéndose hasta culminar en la población, lo mismo que el apoteósico final de una sinfonía.

¡Alto y parada! --y procuremos enumerar ordenadamente, aunque sin echar pie a tierra, todos los prodigios que resume la* palabra «Lanjarón», célebre en el mundo por la hermosura, fecundidad y riqueza del edén que lleva tal nombre y por la virtud de las aguas que allí se toman.

Vamos por partes: procedamos con calma: dejemos lo mejor para lo último, y comencemos por leer los datos históricos y estadísticos que llevamos en cartera.*

Por fortuna, mis datos estadísticos se reducen a lo siguiente. --Lanjarón encierra 2,872 almas, número que se duplica en las temporadas de aguas y baños con los enfermos que acuden de toda la Península en busca de sus fuentes medicinales, particularmente de una magnesiana y de otra acídula-ferruginosa, que son las que tienen más nombre.¹¹⁹

Comentario, a la ligera:*

«*El hígado es el lazareto de la bilis*», ha dicho lord Byron: es así que las aguas de Lanjarón son prodigiosas contra las afecciones hepáticas; luego Lanjarón es el antídoto de la tristeza, y hubiera bastado por sí solo a darle al valle su nombre de Valle de la Alegría.¹²⁰

(Para comprender toda la lógica del anterior argumento es preciso ser muy melancólico).

En cuanto a la historia de Lanjarón, está como resumida en dos hechos... que no *desmerecen* entre sí, y que siempre debieran publicarse como yo los voy a publicar; --el uno detrás del otro.

Primer hecho:*

¹¹⁹ Las propiedades curativas de sus aguas no fueron descubiertas hasta finales del siglo XVIII.

¹²⁰ «*El hígado es el lazareto de la bilis*, Don Juan, II, CCXV de lord Byron. Lazareto, 'establecimiento sanitario para aislar a los infectados o sospechosos de enfermedades contagiosas', 'hospital de leprosos'. El autor emplea el símil de Lanjarón como lazareto donde se curan las enfermedades del espíritu.

El viernes 8 de marzo de 1500, durante la primera rebelión de los entonces recién conquistados granadinos, el mismo Fernando el Católico atacó el castillo de Lanjarón, defendido por un terrible y célebre capitán negro, quien tenía a sus órdenes nada menos que trescientos musulmanes escogidos.

Los cristianos, con un denuedo heroico, asaltaron el fuerte bajo una lluvia de balas y saetas, obligando a entregarse a toda la guarnición; pero el capitán negro, por no rendirse, se arrojó desde lo alto de una torre, y murió.

«Con esto (dice un cronista), y con la voladura de la mezquita, de Lanjarón, llena de rebeldes, se sometieron todos, y fueron bautizados...”

Segundo hecho:*

Era el 28 de diciembre de 1568, o sea el día siguiente al de la proclamación de Aben Humeya en Béznar...

Pero oigamos a Luis del Mármol:

«Luego como en *Lanjarón* (dice) se entendió el desasosiego de los Moriscos, el licenciado Espinosa y el bachiller Juan Bautista, Beneficiados de aquella Iglesia, y Miguel de Morales, su Sacristán, y hasta diez y seis Christianos, se metieron en la Iglesia; y llegando Aben-Farag les mandó poner fuego, y el Beneficiado Juan Bautista se descolgó por una pleyta de esparto, y se entregó luego al tirano, el cual le hizo matar a cuchilladas prosiguiendo en el fuego de la Iglesia la quemó, y se hundió sobre los que estaban dentro. Y haciéndolos sacar de debajo de las ruinas, los hizo llevar al campo, y allí no se hartaban de dar cuchilladas en los cuerpos muertos: tanta era la ira que tenían contra el nombre Christiano.»

Conque soltemos ya la pluma y cojamos los pinceles: dejemos a los hombres, y contemplemos a la Madre Naturaleza: olvidemos las enfermedades físicas y morales que recuerda esa villa, y digamos todas las excelencias del cuadro que acababa de aparecer a nuestros ojos.

En primer lugar, descubrir a Lanjarón implicaba haber descubierto ya también el que tantas veces hemos llamado «revés de Sierra Nevada». No de toda la Sierra ciertamente...; pero sí de una de sus cúspides más importantes, de la segunda en categoría, de la más popular acaso; del Picacho de Veleta, en fin, heredero inmediato de la corona del Mulhacén.

En efecto: estábamos (por la banda del sur) al pie del afortunado monte a cuyo lado opuesto habíamos dejado a Granada hacía pocas horas... ¡Sólo que allá el galante coloso se eleva gradualmente sobre la hechicera ciudad, merced a una serie de transacciones con la llanura, mientras que en Lanjarón lo veíamos levantarse sobre nosotros casi verticalmente, áspero, altivo, abrumador, en toda la plenitud de su tiránica potestad!

Enterados de esto, imaginaos ahora las siguientes maravillas, acumuladas una sobre otra, como una edificación de titanes, desde la hondura del Valle de Lecrín hasta la región que rara vez logran escalar las nubes.

En todo lo alto, destacándose en la inmensidad del cielo, a doce mil seiscientos ochenta pies sobre el nivel del mar, álzase* un disforme y atrevido cono de intacta nieve. --Es el Picacho, el elegante califa de la sierra, feudatario del Mulhacén, inaccesible Gran Señor de aquel imperio.*

Debajo del cono de nieve, hay, aunque desde aquí no las vemos,* una meseta y unas hondonadas interiores, llenas de misteriosas lagunas,* nacimientos de grandes ríos y resguardados ventisqueros. --Todo aquello es el famoso Corral del Veleta.

De esa especie de plataforma se desgaja otro monte,* o sea otro* cuerpo inferior de tan inconmensurable edificio. --Es Cerro Caballo, magnate del susodicho califato, o sea Grande de primera clase, *cubierto* también (de nieve)* ante el rey.¹²¹

En medio de este monte fórmase una segunda meseta, donde se encuentran* mármoles parecidos al ámbar y al nácar, el llamado *jaspe verde de Granada* (que no es otro que la serpentina)¹ y todos los tesoros que enumeraremos más despacio cuando estudiemos a fondo la pródiga cordillera...

Y, por último,* de aquella segunda plataforma arranca el cerro patrimonial de Lanjarón.

Este cerro, loma o estribo, que todavía llega con su frente a donde* nunca ha reinado la primavera, y termina, debajo de nosotros, donde nunca ha reinado el invierno, no tiene tal vez igual en el mundo. Él solo, independientemente de la inmensa estratificación o superposición de montes colosales* que acabamos de reseñar, ofrece el aspecto de una ciclópea torre de pisos, por el estilo de esas *torres de Babel* que se atreven a dibujarnos los *ilustradores* de la Biblia; o, más bien, simula un descomunal *anfiteatro convexo*, más alto que ancho, en cuyas gradas ha escalonado la Naturaleza una prodigiosa exposición de todo el reino vegetal.

¹²¹ Combinación de dos figuras retóricas, por un lado, Alarcón emplea la figura llamada antanáclasis, al usar la palabra cubierto en su doble acepción, y en segundo lugar, continúa el uso de la personificación de un cerro: califa y del Mulhacén como rey, empleado varias veces ya. Como se ha visto, el autor emplea la misma personificación en *De Madrid a Nápoles* cada vez que se refiere al Mont Blanc: "¡Cerca de cuarenta leguas distaría de allí el rey de los Alpes y de todos los montes de Europa, y su blanca cima se percibía con tanta claridad como si sólo distase cuatro o cinco leguas!", en *De Madrid a Nápoles* (M. Kleiser 1202).

¹ De allí las magníficas columnas de serpentina de las Salesas Reales de Madrid.

Allá arriba, donde un perpetuo frío achica los robles, las encinas y los castaños, se crían el liquen del Spitzberg, la sablina de Noruega, el quebrantapiedras de Groenlandia y los sauces herbáceos de Laponia. --Más abajo, donde los castaños y las encinas se agrandan, y aparecen ya los cerezos y manzanos silvestres, con los tejos, el boj, los aceres y los alisos, prodúcense la salvia, una manzanilla especial, la mejorana, el ajenojo, y otras plantas aromáticas y alpinas. --Luego siguen los morales, los fresnos y las higueras.-- Después los olivos, las vides y los granados. —A continuación los naranjos y los limoneros.-- Y, por último, la africana pita, la higuera chumba, el plátano de América y la palmera de los desiertos de Arabia. --¡Añadid a esto, en ordenada progresión, todos los demás frutales, flores, semillas y cereales de las tres zonas en que se divide la Tierra, pues de ninguno faltan allí ejemplares, y formaréis una leve idea de la riqueza de aquel vergel, tan curioso como productivo!

Pues ¿qué diré de su hermosura?

Contábannos allí (y harto lo adivinábamos nosotros) que cuando, dos meses después, en mayo, tienen pámpanos todas las vides y hojas todos los árboles (hasta aquéllos que vegetan en las eternas nieves), Lanjarón es un sueño de poetas...--Lo que yo puedo asegurar es que, en marzo, cuando lo vimos nosotros, parecía un verdadero paraíso; pues, en la base del cerro, todo era ya verdor, y hasta fruto; en su cumbre, abundaban aquellos árboles que no pierden sus hojas en el invierno; y, en la parte intermedia, los almendros, los guindos, los cerezos, los perales y los duraznos, si no tenían hojas, tenían algo mejor: tenían flores, --ora cándidas, ora rosadas, ora bermejas, asemejándose a esos árboles fantásticos que creemos inverosimilitudes de la escenografía. --Combinad ahora todo esto con infinidad de espumosas cascadas, con las

pintas rojas de las naranjas o las amarillas de los limones, con los vistosos matices de las piedras, con el blanco de la nieve y con el azul del cielo; agregad, en primer término, las bruscas líneas de las casas, la torre de la iglesia y el humo de los hogares, sirviendo como de alma humana a aquel portentoso conjunto; figuraos, en fin, al sol y a la sombra, con sus poéticos pinceles, armonizando colores, dulcificando tintas y estableciendo el pintoresco claroscuro de una composición tan prodigiosa, y tendréis otra leve idea del arrebatador espectáculo que había aparecido ante nuestros ojos. ¡Podía decirse que aquello era una fusión de las cuatro estaciones, la síntesis del Valle y de la Alpujarra, un resumen de todas las maravillas de la *Madre Sierra*, la compendiosa sinfonía de todo nuestro viaje!...¹²²

Y otras muchas cosas más podían decirse; pero nosotros dimos aquí punto a nuestra contemplación, pues nos devoraba la impaciencia por seguir marchando...

¡Cómo no... si *estábamos a pocos minutos de la Alpujarra!

Fuera ya de Lanjarón, ganamos de una trotada cierto célebre viso, que siento no tenga nombre propio, desde el cual se disfruta la más recomendada vista de aquel delicioso pueblo y se descubre también (por la vez postrera) todo el ameno Valle de Lecrín.

Pero nosotros no teníamos ya ojos, ni tranquilidad, ni tiempo para contemplar con la delectación que se merece aquella extensa y radiante perspectiva; sino para darle, cuando más, un rápido y solemne *adiós*; para saludar en ella el último asomo del mundo

¹²² Finalmente, la 'sinfonía' del paisaje llega a su culminación: el poeta ha llegado a Lanjarón, que para él representa "la compendiosa sinfonía de todo [su] viaje".

que íbamos a dejar; para despedirnos de los horizontes conocidos, y ver de llamar luego nuestro espíritu a sí propio, a fin de entrar con el debido recogimiento en el horizonte inexplorado, en la tierra misteriosa, en la región de aquellos sueños y curiosidades que enumeré al comienzo de este libro...

Porque (¡loor a Dios, que es digno de loores!) iba a llegar el momento presentido: del lado allá de la altura en que nos despedíamos del Valle... principiaba la Alpujarra: dejar de ver una comarca y empezar a ver la otra, sería una cosa misma: bajar la cuesta, distante pocos pasos, que se encuentra al reverso de aquella loma, equivaldría, en fin, a penetrar en la inexpugnable ciudadela de Aben Humeya y Aben-Aboo, en el amurallado imperio de Sierra Nevada, en los dominios de la leyenda y de la poesía, en el escenario de las lúgubres tragedias humanas y de las terribles convulsiones geológicas, en el palenque de las catástrofes y los cataclismos.

La escabrosa senda en que habíamos entrado (los caminos de ruedas habían concluido ya definitivamente) parecía, pues, un largo rótulo, extendido* sobre aquella crítica eminencia, y que el rótulo era* tal o cual imitación del más conocido..., digo, del más citado terceto de Dante:¹²³

Per me si va.....

Per me si va.....

Per me si va.....

¹²³Comienzo del Tercer Canto de "El infierno" de *La Divina Comedia* de Dante.

Colocando iba yo mentalmente hemistiquios de mi cosecha en lugar de estos puntos suspensivos, cuando dio una repentina vuelta el sendero, y Lanjarón y el Valle desaparecieron a nuestros ojos.

Estábamos en la Alpujarra.

FIN DE LA PARTE PRIMERA *

PARTE SEGUNDA*

LA TAHA DE ÓRGIVA

I

Lo que hay donde no hay nada.

Delante de nosotros había una reducida cañada, inculta y melancólica,¹²⁴ sin más vestigio humano que una ondulante vereda,¹²⁵ --la cual bajaba a lo hondo, se remontaba luego a la loma de enfrente, y desaparecía en busca de otra cañada y de otra loma.

La segunda cañada estaba tan sola como la primera. Quiero decir, que su absoluta soledad excluía hasta la presencia, más o menos remota, de otras montañas u otro cielo que el cielo y las montañas de su limitadísimo horizonte. --Era aquello de «a solas, sin testigos», que dice Fr. Luis de León. --Era una soledad sin esperanza, o sea sin perspectivas del mundo.¹²⁶

Aquellas cañadas, y otras que recorrimos sucesivamente; todas olvidadas o desatendidas por la industria del hombre, --a tal punto que sus mismos propietarios ignorarían si eran suyas o ajenas o del común de vecinos de Lanjarón (pues todo tiene

¹²⁴ *cañada*, (del lat. *canna*.) Espacio de la tierra entre dos alturas poco distantes entre sí. *Inculta*, (del lat. *incultus*.) que no tiene cultivo ni labor' (RAE).

¹²⁵ *vereda*,

¹²⁶ “*a solas, sin testigos*”, octava estrofa de la famosa oda de Fray Luis de León “A la vida retirada”. Cf. F.L. de L., [vida retirada] I, 1, v.38. De tradición en la literatura, v. g., es utilizada por Unamuno en *El sentimiento trágico de la vida*.

dueño en Europa, --lo cual no acontece en el desierto de Sahara, granja-modelo que se proponen copiar entre nosotros los novísimos filósofos del más ilustrado de los siglos);¹²⁷ --aquellas cañadas, vuelvo a decir, encerraban, sin embargo, sus moradores especiales, y hasta su rústico reyezuelo, unos y otro libres de toda fiscalización política, estadística o geográfica.

Sus moradores eran: primero: algunos pájaros que piaban acá o acullá, como dándonos el *¡quién vive!*; segundo: varios pobres matorrales que se habían establecido en aquel terreno; y tercero: tal o cual florecilla silvestre que, sabedora sin duda de que ya había mediado marzo, abría allí los ojos a la luz del sol, constituyendo por sí sola una primavera en miniatura, como aquellos alcaldes pedáneos¹²⁸ que hacen en su cortijada el pronunciamiento prevenido en el Boletín oficial.

En cuanto al reyezuelo de cada uno de los mencionados parajes, era un arroyillo de agua cristalina, que charlaba si había que charlar con todas las guijas¹²⁹ que encontraba a su paso; reía si había que reír con la menuda arena, y se alejaba triscando como un bendito, ignorante, por lo visto, el desgraciado de que moriría de consunción, como todos sus antecesores, no bien llegase la canícula.

Estos arroyuelos anónimos; aquellos arbustos, no incluidos en el catastro; aquellas flores extraoficiales; aquellos pájaros que no tenían ni la más remota idea de una escopeta o de una jaula, y las innumerables hordas de insectos que ya empezaban a romper sus crisálidas y a invadir el aire (como aquellas razas del Norte o del Sur que

¹²⁷ Se refiere a los filósofos del siglo XIX creadores de las ideologías socialista, comunista y anarquista: El filósofo, sociólogo y economista alemán Karl Marx, (1818-1883), fundador del socialismo científico, expuso su doctrina en *El capital*, (1867). Fue uno de los fundadores de la *Primera Internacional* en Londres en 1864. Frederick Engels (1820-1895), filósofo, economista y político alemán. Redactó en unión de Karl Marx, el *Manifiesto del Partido Comunista*, (1848). El anarquismo apareció de la mano de Mikhail Bakunin (1814-1876), revolucionario ruso. Alarcón hará varias alusiones en esta Parte Segunda, y a lo largo de toda su obra, a estas doctrinas que irrumpían con fuerza en la sociedad europea de la época.

¹²⁸ *pedáneos*, término perteneciente al derecho administrativo relativo a las pedanías o entidades locales menores.

¹²⁹ *guija*, 'piedra pelada y chica que se encuentra en las orillas y cauces de los ríos y arroyos'.

alternativamente hicieron su irrupción *internacional* en nuestra patria historia, brotando del hielo o de la arena);¹³⁰ toda aquella población, en fin, de cada solitario pliegue de tierra que recorríamos... hacíanos pensar a cada instante en el fragoso país de las Batuecas, --cuyos antisociales moradores pasaron tantos siglos, al decir del vulgo, en el centro mismo de España, sin que nadie sospechase su existencia ni la de sus escondidos valles, y sin pagar contribución ni entrar en quintas.¹³¹

Pero por mucho que nuestra pendenciera fantasía se empeñase en animar y poblar aquellas desiertas cañadas, lo cierto es que estaban solas, y que transmitían a nuestra alma la paz y la quietud de los recintos inhabitados, de los parques sin cazadores, de las iglesias sin gente, de nuestra casa en los días de adversidad política, de un coliseo sin público ni gladiadores, o de un monasterio por el estilo del que dio hospitalidad al cantor de Beatriz, cuando erraba por el mundo *cercando la pace*.¹³²

¡Oh! Sí: en la carencia de lontananza de aquellos breves horizontes; en el alto silencio que allí reinaba; en la religiosa austeridad que respiran siempre los países montuosos; en aquella ausencia de toda relación con la vida social, había, en efecto, algo del claustro.

¹³⁰ En Prolegómenos, el autor comparaba a los invasores africanos con una nube de insectos o de pájaros, véase p.4.; aquí emplea el mismo símil a la inversa, son los insectos de la Alpujarra los que parecen hordas enemigas.

¹³¹ *Las Batuecas*, valle de la provincia de Salamanca, al noroeste de la sierra de Gata, cerca de la comarca extremeña de Las Hurdes y retirado igualmente de la civilización. El aislamiento geográfico de Las Batuecas ha dado pie, desde antiguo, a toda clase de fábulas sobre este valle y sus gentes. Alarcón alude aquí a esta leyenda, evocada al contemplar el aislamiento de este paraje de la Alpujarra.

¹³² Nueva referencia a Dante, quien inmortalizó a Beatriz Portinari en sus obras *Vita Nuova* y *Divina Comedia*. Véase Parte Primera, cap. X, nota 119. (Véanse notas 182 y 408) *Cercando la pace*, 'buscando la paz'. En este párrafo el autor utiliza la enumeración, rasgo muy característico de su estilo, para describir el solitario paraje alpujarreño; paraje que Alarcón compara con la soledad del claustro de un convento.

Figurábasenos, pues, que recorriamos la planta baja de un convento campestre a la hora de la siesta. El aislado y sonoro murmullo de los arroyuelos recordaba el sempiterno monólogo del caño de agua que cae allá sobre amplias y repletas tazas de mármol, amenizando con su son el sosiego de patios y crujías¹³³. El olor del espliego, del heno y del tomillo suplía por la tufarada de incienso que trasciende de la iglesia a toda la santa casa. Píos de aves tampoco faltan jamás ni en los cinamomos del patio de una cartuja, ni en los frutales de su huerta, ni en los cipreses de su cementerio...

La ilusión era completa; y yo no podré olvidar nunca la benéfica tranquilidad que experimenté aquella tarde en un terreno al parecer tan ingrato y fastidioso como el que sirve de compás o de atrio a la Alpujarra.

Ni se crea que he incurrido en contradicción al hablar simultáneamente del silencio de tales sitios y de canto de pájaros y de susurro de agua...--El silencio verdadero no está a merced de los fenómenos que se atreven a turbarlo, sino que es un estado inmanente y esencial de ciertos lugares y determinados momentos. El silencio reside o no reside en el fondo de ésta o aquella situación. Cabalmente, cuando no hay silencio, no se oye nada; a lo menos, de una manera distinta; y, cuando lo hay, por profundo que sea, se oye siempre algo; el vuelo del insecto, el llanto del agua, el beso del aire en la hoja, el latido de vuestro propio corazón. --¡Cuántas cosas se oyen de noche! ¡Cuántas no se oyen de día!

Pues lo mismo digo de la ciudad y del campo. --Y es que de día, o en la ciudad, los sonidos se destacan sobre el fondo del ruido, y de noche, o en el campo, sobre el fondo del silencio.

¹³³ *Crujía*, 'tránsito largo de algunos edificios que da acceso a las piezas que hay a los lados' (RAE).

Entonces también; cuando todos callan y todo habla, percibe el hombre, *si quiere* (y esto es lo más importante de mi peroración), tenues voces que bajan de la excelsitud de su espíritu o se alzan de los abismos de su conciencia... ¡Entonces oye, dentro de sí, a poco que escuche, las tácitas bendiciones de su agradecimiento; el gemido apagado de sus recuerdos juveniles; el cuchicheo de los celos, de la sospecha o de la duda; el blando aliento de la esperanza; el vuelo remoto de los amores que se fueron; el roer de las deudas; los pasos de la muerte (más cercanos cada día); el tartamudeo de los remordimientos; la confidencia misteriosa de la Gracia; los ayes de sus víctimas; los suspiros de los menesterosos; el clamor de la opinión; los encargos de los que murieron, y sobre todo, aquella gran voz, cuyos ecos llenan el mundo, denominada ¡*Voz de lo Alto!*¹³⁴

Por lo demás, a mí no se me oculta hoy que casi todo lo que encontrábamos de particular en aquellas primeras lomas y arroyadas¹³⁵ de la Alpujarra procedía principalmente de la circunstancia de haber montado ya a caballo.

La prueba es que en el Valle de Lecrín habíamos pasado por lugares muy parecidos, sin reparar en ellos. --¡El ruido del coche y su inflexible marcha nos habían impedido allí entrar en íntimas relaciones con la soledad, y merecer, como ya merecíamos, toda la confianza de la Naturaleza!

Y es que, como dije anteriormente, el caballo nos da la independencia y la libertad al darnos la fuerza: aíslese uno fácilmente con ayuda de él; quédase atrás, o echa delante de la caravana, según le acomoda; apártase del sendero; sube a la cima; desciende a los barrancos; registra todas las fases de las peñas; párase ante los arroyos para verlos correr,

¹³⁴ Hasta aquí vemos una exaltación de la 'vida retirada', del tópico del *Beatus Ille*, concretado en la famosa frase de Fray Luis de León citada por el autor al comienzo del capítulo; quietud que invita a la introspección.

¹³⁵ *Arroyada*, 'Valle por donde corre un arroyo. Corte, surco o hendidura producida en la tierra por el agua corriente' (RAE).

ante las aves para oírlas cantar, ante las flores para contemplarlas enamorado... ¡Es uno, en fin, rey del mundo!... ¡Tiene alas!

Volemos, pues; y tratemos de llegar temprano a Órgiva, --término de nuestra jornada de hoy.

II

Dos encuentros. --Llegada a Órgiva.

Caminando íbamos en esta dirección, sin hallar otros lances ni espectáculos que más soledad y más silencio (como si no fuéramos a ninguna parte, o recorriésemos un país encantado), cuando la casualidad nos deparó un encuentro... que no lo dispusiera mejor ningún* novelista.

Por lo alto de una gran cuesta que nosotros empezábamos a subir, después de haber atravesado la cuarta o quinta cañada, vimos aparecer mucha gente a pie, en deshilada procesión, precediendo a una cosa cuadrangular, que pronto conocimos ser una silla de manos, --en cuyo seguimiento venían después otras personas, montadas en variedad de caballerías y en diferentes posturas.

Imagínaos el efecto que nos produciría semejante cortejo, saliendo de aquel incógnito país en que hasta entonces no habíamos encontrado alma ni vivienda humana... --¿Quién iba tan cuidadosamente encerrado en aquella litera? ¿Era un santo en *andas de viaje*, como San Torcuato cuando lo llevan desde la catedral de Guadix a su selvática ermita? ¿Era una princesa mora que trasladaban de un harem a otro? ¿Era el duque de

Sesa, que, afligido por la gota, iba a presentar la batalla a Aben-Aboo? ¿O era Aben-Aboo, después de sufrir el más bárbaro tormento?¹³⁶

Como la caravana bajaba la misma ladera que nosotros subíamos, presto nos encontramos; y como todos los criados del universo, habidos y por haber, son *confidentes* natos unos de otros, supimos en seguida por los nuestros lo que habíamos empezado a adivinar... --En la silla de manos iba un enfermo (como en recurso de alzada) a que lo reconociesen y curasen los más célebres facultativos de la capital.¹³⁷

Rico y poderoso, respetado y querido en mayor o menor parte de la tierra, debía de ser el paciente, a juzgar por su comitiva. --Entre los que marchaban a pie, no sólo había muchos mozos de labor encargados de relevarse en la conducción de la litera, sino algunas personas más acomodadas (colonos sin duda del sentenciado), que no se separaban de las portezuelas, o miraban dentro de la silla al través de sus pequeños y ovalados cristales. Unos y otros presentaban el más grave continente, con su uniforme traje campesino... ¡de los días de fiesta!

Los jinetes eran dos señores de imponente aspecto, semirural, semiurbano, caballeros en sendas yeguas, --y una señorita y una labradora, la primera en mulo y la segunda en jumento, a cuál más circunspecta y más guapa, arrellanadas las dos en

¹³⁶ El autor hace referencia a varios aspectos de la historia de la Alpujarra: su presente cristiano representado por San Torcuato; su pasado moro, y la historia de la rebelión de los moriscos al mencionar al duque de Sesa, uno de los famosos personajes cristianos que participaron en la represión de los moriscos rebeldes de la Alpujarra.

¹³⁷ *Recurso de alzada*, 'recurso establecido por algunas Constituciones modernas, europeas y americanas, para ser tramitado ante un alto tribunal de justicia, cuando los derechos asegurados por la Ley fundamental no fueren respetados por otros tribunales o autoridades' (RAE). Aquí el autor establece un analogía entre derecho de un sentenciado a presentar un recurso en su defensa y el enfermo desahuciado, 'sentenciado' también, en su pueblo que marcha a Granada para exponer su recurso de amparo ante los célebres facultativos de la capital (alto tribunal).

amplias jamugas, muy guarnecidas éstas de pontificales colchas y almohadas... dignas de formar parte de una carta dotal.¹³⁸

Finalmente, cerraban la marcha cuatro mulas cargadas de todo lo nacido, aparte de lo que ocultaran sus enormes capachos.¹³⁹ --Sólo por fuera, veíanse baúles, catres, colchones, cestas muy empapeladas, sartenes, ollas de cobre, trébedes de hierro,¹⁴⁰ y hasta una gran jaula de mimbres llena de gallinas y pollos... vivos y cacareando.

La señorita y los dos señores constituían a todas luces la familia del infeliz desahuciado por los médicos de la Alpujarra, --el cual debía de ser viudo.

La joven labradora iría en calidad de *dama*, de la que acaso era su hermana de leche. --El equipaje y las provisiones, custodiados por cuatro escopeteros, iban, en fin, a las inmediatas órdenes de una venerable ama de llaves y directora de cocina, encaramada en lo alto de la carga más voluminosa...

¡Miseria humana! Todo aquello, que era un curioso espectáculo para nosotros y un caso de honra para la familia viajera, --el orden etiquetero de la procesión; el silencio y compostura con que caminaban todos; la pesadumbre de que hacían no sé qué enfático alarde, y el ceremonioso respeto que les infundía... la silla de manos, --¿qué le importaba al afligido, enfermo, encerrado con sus implacables dolores dentro de cuatro tablas?* -- ¡Para él, aquella hora y aquella cuesta no eran más que trámites neutros y pavorosos del tremendo litigio en que se ventilaba su vida o su muerte! ¡Para él se reducía ya el mundo a estos solos términos: «Granada: los facultativos: su enfermedad: la salud... o el sepulcro!»

¹³⁸ *Jamugas*, 'silla de tijera, con patas curvas y correones para apoyar la espalda y los brazos, que se coloca sobre el aparejo de las caballerías para montar cómodamente a mujeriegas'; *pontificales*, 'de ceremonia, de etiqueta'; *carta dotal*, 'escritura pública que expresa la aportación de bienes que hace la esposa' (RAE).

¹³⁹ *Capacho*, 'espuerta de juncos o mimbres que suele servir para llevar fruta' (RAE). Aquí tiene una acepción más local, pues se refiere a una doble espuerta con que se carga a las caballerías para transportar frutas, utensilios, etc.

¹⁴⁰ *Trébedes*, 'aro o triángulo de hierro con tres pies que sirve para poner al fuego sartenes, peroles, etc.' (RAE).

Del dinero y del amor propio había ya prescindido, como prescinde el náufrago de su equipaje.

Pasó y desapareció la caravana, camino del infinito, donde a la postre van a perderse todos los viajeros, enfermos o sanos; y nosotros llegamos a la altura que tan distante nos había parecido desde lo hondo de la cuesta.

Allí nos esperaba otro encuentro, mucho más grato que el referido.--El horizonte se ensanchó un poco, dejándonos ver las modestas cumbres de algunas lomas sucesivas, que se escalonaban ondulando a nuestro frente, hasta acabar por cerrarnos* de nuevo la perspectiva de verdaderas lontananzas... Pero estas mismas lomas tuvieron por la izquierda dos leves descuidos, casi simultáneos, que nos permitieron divisar, durante algunos momentos, allá, lejísimos, tras los angulosos claros de varias laderas coincidentes, como por los postigos de un balcón, dos triángulos (o dos *pañoletas*, que dicen los caminantes clásicos) de un azul más oscuro que el del cielo...--¡Era el mar!¹⁴¹

La diligencia de Motril habría llegado ya a la costa... --Nosotros estábamos a la misma distancia del Mediterráneo que cuando dejamos el coche...--Esto fue lo primero que se nos ocurrió al descubrir aquellas vislumbres del húmedo elemento. --¡Tan trivial es algunas veces la expresión del más acendrado cariño, de la más profunda pena, de la admiración más entusiasta!

Luego pensamos en que semejante descubrimiento demostraba la exactitud de nuestras noticias sobre la configuración de la Península Española, --idea mucho más fútil

¹⁴¹ Este segundo encuentro es un evocador cuadro pictórico repleto de plasticidad. Alarcón nos pinta ahora un sugerente paisaje con el mar al fondo valiéndose hábilmente de vocablos como perspectiva y lontananza, propios de la pintura.

que la primera, pero de la cual tampoco éramos responsables... ¿Quién pudo nunca responder de sus pensamientos?*

En seguida nos sentimos casi disgustados. La aparición del mar por aquel punto realizaba brusca y sumariamente nuestro deseo de robarle su secreto a la Alpujarra. Aquel agua era el término, el lindero, el *non plus ultra*,¹⁴² de nuestras ilusiones. Allí concluía* lo que estábamos empezando a ver. El teatro de nuestra peregrinación quedaba acotado ya de norte a sur entre el Veleta, que acabábamos de contemplar, y las dos *pañoletas* azules que a la sazón contemplábamos....* --Nuestro disgusto era, pues, análogo al del lector que oye referir, a su pesar, el desenlace de una novela que le va interesando mucho, o al del enamorado que se encuentra con que es fácil y obvio el corazón de la mujer que suponía inconquistable...

Pronto nos consoló, empero, devolviéndonos nuestras ilusiones, lo fugitivo de aquel espectáculo, y la veleidosa ligereza con que desapareció. Cobraron entonces nuevo ímpetu nuestros deseos* de explorar en varios sentidos todo lo encerrado entre aquel monte y aquellas olas, y de dormirnos al son de aquellas olas mismas; --como se aumenta el hambre cuando no se ha hecho más que probar el apetitoso guiso, o como redobra el incendio cuando se le echa poca agua; o como... Pero *suficit*.

Y entonces también recobró a los ojos de nuestra imaginación toda su peculiar importancia el mar alpujarreño, y volvieron a nuestra memoria las horribles crueldades de que su oleaje había sido cómplice...--¡Aquél fue (y esto lo dice todo) el más frecuente escenario de las expulsiones de israelitas y moriscos!... --En sus playas, pues, teníamos

¹⁴² Esta conocida locución latina tiene su origen en el mito de las Columnas de Hércules erigidas en el Estrecho de Gibraltar para señalar al límite de la tierra conocido en la antigüedad (Iribarren 509).

que redactar una especie de *fe de livores*, ante los doloridos espectros de aquellas pobres gentes, --dado que se nos aparecieran...¹⁴³

Por todas estas consideraciones, no había más remedio que seguir adelante.

Y, en efecto, seguimos; y atravesamos otras dos o tres de las innumerables soledades incultas que cubren la mayor parte de nuestra misma civilizada Europa; y bajamos, y subimos, y tornamos a bajar; y ya principiaba a atediarnos, por no decir a alarmarnos, una tan prolongada ausencia de todo indicio de población humana, cuando llegamos a unos frondosísimos olivares...

Ninguna señal más elocuente de la proximidad del hombre. --El olivo es uno de sus primeros amigos y de sus mejores camaradas natos. Así es que, a poco que lo cuidéis, os dará (aparte de la oliva de la paz, las aceitunas aliñadas, etc., etc.) todos los milagros contenidos en una gota de aceite, cantados ya por Pelletan y por nuestro Melitón Martín.¹⁴⁴ Yo no agregaré cosa alguna a los* inimitables panegíricos escritos por estos dos autores:* sólo os diré que, aún después de *inventados* el gas y el petróleo, una aceituna en su rama sigue pareciéndome el más precioso emblema de la Providencia Divina, y que, al penetrar aquella tarde en los mencionados olivares, representáronse todos los quinqués, lámparas, velones y candiles con que los hijos de Órgiva prorrogarán* diariamente el pleno ejercicio de su vida, a pesar de todas las tinieblas de la noche...--Y digo de Órgiva, porque los tales olivos no podían menos de pertenecer a* aquel

¹⁴³ *Fe de livores*, expresión relativa al derecho; ‘diligencia o testimonio que extiende el escribano en las causas criminales sobre muerte, heridas u otras lesiones corporales, especificando el número de éstas y su tamaño, situación y aspecto, según su leal saber y entender’ (RAE).

¹⁴⁴ Se refiere a Eugène Pelletan, escritor, periodista y político francés (1813-1884) y a Melitón Martín, (1816-1886) ingeniero y literato español.

renombrado pueblo, --que ya debía distar muy poco, a juzgar por lo que llevábamos andado...¹⁴⁵

Con efecto: algunos instantes después, el grave son de unas hermosas campanas, que todavía (a las tres y media de la tarde) andaban a vueltas con el día de San José, nos avisó que estábamos llegando a la importante villa (cabeza de un partido judicial, de un distrito electoral y de una taha moruna) en que habíamos de recobrar el libre uso* de las piernas.¹⁴⁶

En seguida empezó a descorrerse ante nuestros ojos un pintoresco paisaje, que constituía otro oasis de la Sierra, bastante parecido al de Lanjarón. Y, por último, en medio de él, sobre una colina, en la confluencia de una rambla y de un valiente río, vimos surgir por grados, primero dos torres gemelas, luego la iglesia a que pertenecían las dos torres, y, finalmente, el apiñado caserío de una extensa población...

Estábamos en Órgiva.

Pero vamos a cuentas, lectores.

Antes de penetrar en esa villa, tenemos que discurrir breves momentos sobre la etimología y verdadero sentido geográfico e histórico de la voz que sirve de título a la presente obra.

No se me oculta ciertamente que semejante digresión a estas alturas va a pareceros muy árida y enfadosa... Mas ¿qué remedio? Yo la he retardado cuanto me ha

¹⁴⁵ *Quinqué*, '(Del francés *Quinquet*, nombre del primer fabricante de esta clase de lámparas). Lámpara de mesa alimentada con petróleo y provista de un tubo de cristal que resguarda la llama'. *Candil*, 'utensilio para alumbrar, dotado de un recipiente de aceite y torcida y una varilla con gancho para colgarlo'. 'Lamparilla de manual de aceite, usada antiguamente, en forma de taza cubierta, que tenía en su borde superior, por un lado, la piquera o mechero, y por el otro el asa' (RAE).

¹⁴⁶ Véase Prolegómenos, nota 28, p. 167.

sido posible, a ver si hallaba manera de ahorrarnos ese disgusto; y si os lo causo ahora, es porque ya me llega el agua al cuello...--¡Qué se diría de un autor que escribiese todo un libro denominado *La Alpujarra*, sin explicar en él lo que esta palabra significa!

Perdonadme, pues; --y, en cambio, yo os ofrezco hacer la vista gorda, si por ventura desairáis esa digresión de mis pecados, pasando por alto (como os lo aconsejo) el capítulo siguiente.

III

¿Cuál es la etimología de la palabra Alpujarra? --¿Se debe decir La Alpujarra, o Las Alpujarras? --¿Cuáles son los verdaderos límites de esta región? --Historia antigua. --

Geografía moderna.

Discordes andan historiadores y orientalistas acerca del origen y significación de la palabra *Alpujarra*...¹⁴⁷

(Creo que éste es el tono en que se suele hablar de antigüedades... Pero yo no puedo insistir en él: ¡estoy muy de prisa! --Resumiré, pues, desde luego.)

Primera opinión. --Según Luis del Mármol, Alpujarra proviene de la voz árabe *abuxarra*, que él traduce: *la rencillosa, la pendenciera*.

Segunda opinión. --D. Miguel Lafuente Alcántara dice lo mismo, como si lo copiara reverentemente, permitiéndose tan sólo traducir *indomable* en lugar de *rencillosa*, y conservando lo de *pendenciera*.

¹⁴⁷ Además de las mencionadas por Alarcón, Carrascosa Salas recoge otras versiones sobre el origen del vocablo Alpujarra e indica que éste aparece por primera vez en la crónica de *Abenhayán* y en el *Bayán Almógrib*.

Fundamento de estas dos opiniones. --Todos los cronistas antiguos están contestes,* ¹⁴⁸ principiando por el historiador musulmán Aben-Ragid, en que los agarenos no lograron dominar las fragosidades alpujarreñas ni reducir a los cristianos que allí vivían, sino pasados siglos de la batalla de Guadalete y de la ocupación de casi toda la Península por las legiones africanas y asiáticas¹. Y, aún después; si éstas penetraron y reinaron en la Alpujarra, fue por la buena y a condición de tolerar la religión del Crucificado, cuyo culto siguió, en efecto, siendo libre durante otros dos o tres siglos, hasta que poco a poco, y sin violencia alguna, los más absorbieron a los menos, o los menos se refundieron en los más, al punto de no quedar un solo alpujarreño que se acordase de la fe de sus mayores. --Green, pues, Mármol y Lafuente Alcántara que los calificativos de *rencillosa*, *pendenciera* e *indomable* le venían como de molde a aquella región cuando los sarracenos* tuvieron la primera idea de que existía.*

Impugnación de todo lo dicho. --Es, sin embargo, muy de extrañar que el mismo Aben-Ragid, relator de esos hechos, nunca llame a la Alpujarra sino la *Tierra del Sirgo* (por la mucha seda que en ella se criaba); y sorprende aún más, que, después de haber publicado Mármol la citada versión, otros filólogos e historiadores hayan continuado poniendo en tela de juicio la verdadera significación del nombre que hoy lleva aquel territorio.

Romey y M.* Sacy, por ejemplo (tercera opinión), se fijan en que Suar-el-Kaici y otros revoltosos de la Andalucía oriental levantaron por las serranías de Granada algunas

¹⁴⁸ *Contestes*, 'dícese del testigo que declara lo mismo que ha declarado otro, sin discrepar en nada' (RAE).

¹ «No sólo Asturias, sino esta comarca (dice Florián de Ocampo, refiriéndose a la *Alpujarra*), quedó por conquistar por Abdalazis, a causa de su aspereza».

fortificaciones llamadas *Al-Bord-jela*, (Castillo de los Aliados), y creen que de este nombre vino a formarse el de Alpujarras¹.

En cambio (cuarta opinión), Xerif Aledrix y nuestro insigne Conde aseguran por otro lado que Alpujarra vale tanto como *Al-bugscharra*, voz árabe que se interpreta *sierra de hierba o de pastos*.¹⁴⁹

Finalmente, el ilustrado orientalista y literato de nuestros días, Sr. Simonet, dice (quinta opinión) que no le parece buena ninguna de las traducciones que conoce de *Albuxarrat* (que, según él, era como verdaderamente llamaban los moros a aquella serranía), y aventura la idea de si podrá traducirse *Alba Sierra*, aunque añade modestísimamente a renglón seguido que está muy lejos de creer haber acertado más que los otros.

Ahora... el que leyere (si alguien me está leyendo) puede escoger, entre esas cinco, la opinión que más le guste o le convenga. --Yo no escojo ninguna... por la sencilla razón de que no sé el árabe.

En lo que, a pesar mío, no puedo abstenerme de dar un humilde dictamen (o, por mejor decir, he tenido que darlo anticipadamente, al ponerle título a esta obra), es respecto de si debe escribirse La Alpujarra o Las Alpujarras.¹⁵⁰

¹ *Diccionario geográfico de Madoz.*

¹⁴⁹ José Antonio Conde, uno de los autores arabistas consultados por Alarcón, autor de la obra *Historia de la dominación de los árabes*. Madrid, 1820-1821. Véase Parte Primera, cap. I, p. 173, nota 1 del autor.

¹⁵⁰ Miguel Carrascosa Salas también se inclina por la forma del singular aunque utiliza el plural esporádicamente, v. g. al referirse a la obra de Alarcón (37-38). De la misma manera proceden muchos estudiosos de la comarca mencionados por este autor. Por otro lado, en opinión de Manuel Barrios Aguilera, el uso del singular implica una visión esencialista de una realidad múltiple y heterogénea (González Alcantud, *Pensar* 15-16).

Como habéis visto, precisado a elegir entre uno y otro número, he optado por el *singular*; pero debo confesaros que no ha sido sin pasar antes por angustiosas vacilaciones.

Figuraos que el *plural* tenía en su abono estos antecedentes:

1.º El empleo que hacen de él varios autores antiguos y modernos siempre que hablan de aquel país;

2.º El usarlo en la conversación bastantes gentes, bien que fuera de Andalucía;

Y 3.º, y mucho más importante: La autoridad de la Academia Española, que define así, en su *Diccionario de la Lengua Castellana*, la voz *alpujarreño*, ña: «Adj. que se aplica al natural de Las Alpujarras, y a lo perteneciente a ellas».

Había, pues, harto motivo para decidirse por el plural, --y ya lo había usado yo mismo en cierta ocasión, obligado por la fuerza del consonante...

Sin embargo, hacíaseme cuesta arriba escribir Alpujarras al frente de este libro y en la mayor parte de sus hojas, cuando toda mi vida había dicho y oído decir La Alpujarra; y como me pusiera a excogitar razones para mantenerme dentro de mi dulce rutina (¿qué rutina no es dulce en estos tiempos de tantas dislocaciones y extravíos?), encontré en apoyo del *singular* los tres fundamentos siguientes:

1.º: Que Hurtado de Mendoza, Mármol, Lafuente Alcántara y otros escritores de muchas humanidades y escrupulosa conciencia, en sus historias relativas a aquella región, la llaman siempre La Alpujarra;

2.º: Que del propio modo la mientan constantemente casi todos los naturales de la provincia de Granada, empezando por los de su culta capital;

Y 3.º, y principalísimo: Que así la nombran los mismos alpujarreños.

Perdone, pues, la Academia, solícita guardadora del habla de nuestros padres, si yo, en caso tan dudoso², y por razones de querencia a lo tradicional, me he apartado, a sabiendas, de la respetable norma de su *Diccionario*; y crea aquella docta corporación (a que siento no pertenecer) que de manera alguna me hubiera lanzado a tal temeridad, si no contara en todo evento con que la indulgencia es compañera inseparable de la sabiduría¹.

Por lo demás, comprenderéis que a mí me importa un bleo que la Alpujarra se llame de este o del otro modo; --pues, como dice muy oportunamente la *Julieta* de Shakespeare: «Lo que llamamos *rosa* embalsamaría lo mismo el aire si tuviera cualquier otro nombre.»

También hay varias opiniones acerca de los límites de la Alpujarra; pero en este punto la verdad y el error son más evidentes a mi juicio, y más fáciles, por tanto, de separar.

No sé quién sería el primero (tal vez Méndez de Silva) que escribió la peregrina especie de que “la Alpujarra, mide diez y siete leguas de longitud desde Motril a Almería, por once de anchura, desde Sierra Nevada al mar...” --Fuera quien fuese, este deslinde tuvo la fortuna de que lo copiasen al pie de la letra muchos graves autores, y hoy sigue dando la vuelta al mundo, como verdad de a folio, en *Diccionarios geográficos*, *Enciclopedias*, *Guías*, y toda clase de itinerarios pintorescos.* ¹⁵¹

² El señor Simonet, en su reciente, notabilísima *Descripción del Reino de Granada*, escribe indistintamente, unas veces *La Alpujarra* y otras *Las Alpujarras*.

¹ El año siguiente a la publicación de esta obra, el Autor fue elegido individuo de número de la Real Academia Española. (*Nota de los encargados de esta segunda edición.*)

¹⁵¹ Méndez de Silva, Rodrigo, geógrafo del siglo XVII, autor, entre otras, de la obra *Población General de España* (Madrid, 1645).

Sin embargo, nada más inexacto y absurdo que semejante afirmación. La prueba es que los mismos historiadores del siglo XVI, que la transcriben a cierraojos, distinguen luego entre “*Tierra de Motril*”, “*Alpujarra*” y “*Tierra, o Río de Almería*”, presentando cada región por separado como cosas muy diferentes. Y, por si esto no bastara, esos mismísimos historiadores, al describir en otros pasajes la comarca alpujarreña, la dividen en las tahas o distritos que contenía,* resultando de sus propios datos que no abarcaba, ni con mucho, las vertientes orientales de Sierra de Gádor ni las occidentales de Sierra de Lújar. Por último: ningún motrileño ni almeriense (exceptuando a los que, por haber nacido en la banda occidental de Sierra de Gádor, que tienen razón en creerse alpujarreños),* se ha considerado jamás a sí propio como hijo de la Alpujarra. --¡Y, a confesión de parte!...

Desechados con tan incontestables razones los datos erróneos del geógrafo mencionado, o del que lo engañase a él, voy a ver de fijar ahora los linderos exactos de la Alpujarra, con arreglo a los antecedentes históricos, a la opinión de ilustradísimas personas de aquel país y a lo que dicta el sentido común.

Ya lo he indicado muchas veces (apoyándome en idénticas consideraciones que ahora): por Alpujarra se entiende todo el terreno comprendido entre Sierra Nevada y el mar, y encerrado en una especie de rectángulo,* por las sierras laterales; es decir, todo lo incluido* dentro del horizonte sensible que se abarca desde las cimas del Cerrajón de Murtas; *todo lo que, visto desde el mar de Albuñol, mirando al Mulhacén, tiene, en fin, un *cielo común*...

Y esto del *cielo común* es indudablemente una de las leyes naturales en que se funda esa geografía popular, tradicional, casera,* que divide a la Península Española en

Mancha, Rioja, Maragatería, Vera de Plasencia, Vega de Pas, Tierra de Barros, Tierra de Campos, Alcarria, Loma de Úbeda, Río-Almanzora, y otras innumerables circunscripciones tan extraoficiales como la Alpujarra.* Cada uno de los países representados por esos nombres, o sea todos los pueblos y despoblados que comprende cada cual, reconocen una especie de común denominador, tan antiguo como la fisonomía actual del Planeta, que sirve para sumarlos y definirlos; --ora un río, ora una cordillera, sea una llanura, sea un valle, aquí la identidad de vegetales, allí la ausencia de ellos, ya el verse reducidos a una misma incomunicación, ya el tener a la vista un mismo horizonte. – El común denominador, la razón de ser de la Alpujarra como comarca, es el cinturón de cumbres y olas que la rodea, el pedazo de cielo que la cobija.

Así, pues, la frontera occidental de la Alpujarra principia en el Picacho de Veleta; baja con el río de Lanjarón hasta el río de Órgiva; gana luego la Sierra de Lújar, y corre (por donde mismo va la raya del partido judicial de Motril) hasta caer al mar entre Castel de Ferro y Torre de Paños. Y la frontera occidental empieza hacia Ohanes; busca las crestas de Sierra de Gádor, y va a morir en la Punta de las Sentinas. --Dicho se está, por consiguiente, que quedan reducidas a diez u once las famosas diez y siete leguas del consabido geógrafo.

De los límites norte y sur no hay que hablar:* ellos se defienden por sí mismos: son el Mediterráneo y Sierra Nevada. --Sólo advertiré que, entre Sierra Nevada, y el Mediterráneo, *en línea recta*,* no median nunca las pretendidas once leguas, sino ocho, todo lo más; y esto, sólo hacia el Campo de Dalias; que, por los puntos restantes, apenas llegarán a siete, --midiendo siempre a vuelo de pájaro.

Y ahí tenéis demarcada la tierra que vamos a recorrer en varios sentidos.*

Acerca de la estructura interior de la Alpujarra, o sea de aquel pintoresco laberinto de valles y montes en que la convierte la Contraviesa, hablaremos en su lugar correspondiente, desde un punto de vista menos árido que el de la presente digresión.*

En cambio, voy a hacer ahora, para dejar completamente servidos a los aficionados a ciertos datos y noticias, un brevísimo resumen de la historia antigua del territorio alpujarreño, o, por mejor decir, de su historia anterior a la conquista de Granada. --Tal historia no ha sido compuesta todavía por nadie;* pero que yo hilvanaré aquí con retazos tomados de varios libros, o sea aprovechándome de los estudios del prójimo...;¹⁵² *cosa tan corriente en esta clase de trabajos, que, con ocasión de lo mucho que he tenido que leer para escribir el presente capítulo, he gozado extraordinariamente al ver rodar de obra en obra, plagiadas *ad pedem literae*, páginas enteras, llenas de erudición, que cada autor presentaba como de cosecha propia..., o, por lo menos, guardándose muy bien de decir que eran de cosecha ajena...

Conque* historiemos. --Es cuestión de otros dos o tres minutos de paciencia, amado Teótimo.¹⁵³

La Alpujarra no tiene historia propia o particular desde la llamada noche de los tiempos hasta la irrupción de los sarracenos en España. Muchas y muy eruditas conjeturas se han escrito sobre los aborígenes de aquella región y sobre lo que pudo ser de ella

¹⁵² Sobre la historia de la Alpujarra anterior a la conquista, existe una importante bibliografía. Véase la recopilada, v. g., en *La Alpujarra* de Carrascosa Salas y en las obras *La Alpujarra antes y después de la conquista* y *La Alpujarra. Historia, arqueología y paisaje. Análisis de un territorio en época medieval* de Carmen Trillo San José.

¹⁵³ *Teótimo*, este nombre posiblemente esté tomado de la obra de San Francisco de Sales *El Teótimo o tratado del amor de Dios*. El autor hace referencia al siguiente aforismo del santo: "Ten paciencia con todas las cosas, pero sobre todo contigo mismo" (*Nuevo diccionario antológico de pensamientos y aforismos*, recopilado y seleccionado por Gregorio Doval, (Madrid: El Prado, 1994), p. 247.

durante la dominación de los fenicios, de los cartagineses, de los romanos y de los bárbaros del norte; pero lo más que resulta de las investigaciones historiales es que corrió la misma suerte que el resto de la provincia de Granada, y fue sucesivamente fenicia, cartaginesa, romana y *vandaluza*.

De la antigua Bética, llamada ya entonces *Vandalucía*, componía parte, en efecto, cuando el suelo granadino fue conquistado, ora por el propio Tháric, o Taric, o Tarif, vencedor de D. Rodrigo, el mismo año de la batalla de Guadalete (711), ora en 712 por Abdalaziz, hijo de Muza, jefe de la segunda invasión, --que lo cierto no se sabe¹.

Formaban entonces la población granadina, e indudablemente también la alpujarreña, romanos y godos (pues ya estaban embebidos* o fundidos en los romanos a los primitivos iberos), y además gran número de judíos.* Estos últimos conservaron siempre su fe; pero romanos y godos, ya muy cristianizados entonces (aunque todavía divididos por cuestiones de raza y de secta), uniéronse definitivamente bajo la bandera de Jesucristo ante el formidable enemigo común que entraba a sangre y fuego por su tierra; de donde llamóseles a unos y otros *mozárabes*, que quiere decir *cristianos sometidos a los islamitas*. Sin embargo, como hemos visto más atrás, los valerosos cristianos de la Alpujarra tardaron siglos en merecer esta calificación.

Con* otra mucho más cruel (aunque merecida) los estigmatizó* la gente mora cuando, andando el tiempo, olvidaron la fe del Crucificado y abrazaron el mahometismo. Denominólos entonces *muladíes*, que vale tanto como *renegados*, o *moros bastardos*; del propio modo que la gente cristiana había de apellidar en su día *mudéjares* (hijos del

¹ El orientalista Mr. Reinhart Dozy, en su *Histoire des Mussulmans d'Espagne*, dice que el conquistador de Granada fue Taric. La mayoría de los historiadores españoles aseguran que fue Abdalaziz. El historiador árabe Ibn-Aljathib se hace cargo de ambas opiniones, sin emitir la suya.

Antecristo)¹⁵⁴ a los sectarios de Mahoma que, sin mudar de religión, se quedaban en un lugar reconquistado por la Cruz, y *moriscos* a los moros bautizados.

Son cuatro palabras (*mozárabe, muladí, mudéjar, morisco*) que compendian novecientos años de guerras *civiles*; --y digo *civiles*, admitiendo como artículo de fe la aseveración francesa de que el África principia en los Pirineos.¹⁵⁵

Pero, aunque los alpujarreños dejasen al cabo de competir en constancia con la inmortal Asturias, y aceptasen primero el gobierno y luego la religión de los invasores, no por eso se sujetaron a la dominación islamita,* sino que, comunicando su espíritu de independencia a los mismos mahometanos que se establecieron allí (o respirándolo también éstos en aquellas encumbradas montañas), unos y otros camparon siempre por su respeto, confundidos ya en una sola raza, y hasta llevaron muchas veces la guerra a los que se consideraban sus señores.

Vemos así a los árabes y bereberes de aquel territorio (“sumamente poblado, y por gente muy belicosa,” según el historiador Ben-Katib-Alcatalami) rebelarse contra el emir o sultán de Córdoba, a fines del siglo IX, y salir en su busca, a librarle batalla campal, acaudillados por el que se decía *rey de la Alpujarra*, Suar-Ben-Hamboun-el-Kaisi. --El sultán cordobés envió a su encuentro al Walí de Jaén, Gand-ben-Abd-el-Gafir, y, trabado el combate hacia el sur de Andújar, la victoria fue de los alpujarreños, que hicieron prisionero al Walí, después de matarle hasta siete mil hombres. --La noticia de esta derrota afectó y alarmó extraordinariamente al sultán; por lo que reunió en seguida un gran ejército y buscó personalmente a los rebeldes, que le aguardaban «en la falda de la

¹⁵⁴ *Antecristo*, Anticristo, enemigo de Cristo. También Alarcón acusa indirectamente a Napoleón de tal en una de sus *Historietas Nacionales*, “¡Viva el Papa!” donde narra el paso del Papa Pío VII por el pueblo francés de Montelimart, prisionero de Napoleón tras la adhesión de los Estados Pontificios al imperio francés en 1809 (M. Kleiser 118).

¹⁵⁵ *África comienza en los Pirineos*, sentencia del abate francés M. de Pradt, erróneamente atribuida a Alejandro Dumas.

Alpujarra» (el historiador árabe no determina en cuál). --Allí le tocó al Kaisi ser vencido y caer prisionero; y, presentado que fue al sultán, éste le hizo cortar la cabeza..., que por cierto envió a Córdoba, como una especie de *parte* abreviado de su campaña, más lacónico aún que el «*Veni, vidi, vici*» de Julio César.¹⁵⁶

Tal, por lo menos, habían contado hasta hoy nuestras historias el fin del célebre Kaisi; pero, de último estado, y en vista de lo que refieren otras crónicas árabes, cuéntanla* de un modo muy diferente. --Parece ser que Sawar-Ben-Hamdun (que es como ahora se escribe el nombre de este mismo personaje) fue muerto en una emboscada, cuando se apercibía a defenderse, no de las huestes del sultán de Córdoba, sino de las de otro caudillo, rebelado también contra el propio sultán; esto es, del famoso Omar -ben-Hafsun, dueño ya de casi toda Andalucía.

De cualquier modo, treinta años después nos encontramos a los árabes y bereberes alpujarreños tan libres como al principio,* dándose otra especie de rey, llamado Admed-Ben-Mohamed El-Hambdani, -del cual sólo se cuenta que añadió muchas fortificaciones artificiales a las que la naturaleza puso en aquella comarca. --Al poco tiempo volvemos a verlos en armas, levantados contra el nombramiento de Soleiman para califa de Córdoba. --Y, finalmente, en 1162 los hallamos batallando, bajo las banderas de un cierto Mohammed-Ben-Said, no contra califas cordobeses, como hasta entonces, sino contra los mismísimos* almohades de Granada.

Era que el Califato de Córdoba se había derrumbado, y formándose, de parte de sus escombros, el primer reino granadino; era que en este trono se habían sucedido ya tres dinastías, la de los ziritas, la de los almorávides y la de los almohades, todas ellas de raza

¹⁵⁶ (Llegué, vi, vencí). Esta conocida locución latina usada en español pertenece a la obra de Julio César, *La Guerra de las Galias* sobre las campañas de la conquista de las Galias llevada a cabo entre los años 58-51 a C.

africana y tributarias de los sultanes de Berbería; y era que ni los altivos alpujarreños ni el resto de los que ya se decían *moros andaluces* (de origen asiático en su generalidad) podían llevar con paciencia semejante estado de cosas... --No descansaron, pues, hasta que formaron un reino árabe-español, independiente del África, lo cual se realizó a principios del siglo XIII, siendo alpujarreño, o saliendo cuando menos de la Alpujarra, el primer musulmán que ensayó *pensamiento tan atrevido.

Refiérome a* Mohammed-Ben-Hud, que otros llaman solamente Ibn-Hud.--Este insigne y desgraciado príncipe, árabe puro por la sangre, oriundo de los antiguos emires de Zaragoza, hízose proclamar rey en Ugíjar (que ya era la metrópoli de la Alpujarra); dominó en Granada algún tiempo; fue obedecido en Córdoba, Sevilla y parte del Reino de Valencia, y murió asesinado en Almería en 1238. -- «... La fortuna de este caudillo (dice Simonet) fue breve y no correspondió a sus grandes ánimos, quedando reservada esta empresa a otro príncipe de prendas aún más altas y de más venturosa estrella». --Con lo cual se refiere a Alhamar (el Rojo), natural de Arjona, en la provincia de Jaén, esclarecido vástago de la muy antigua y principal familia árabe de los Nazaritas.

Cúpole, en efecto, a Alhamar la gloria de ser el verdadero fundador del reino moro de Granada, de construir el maravilloso Palacio Real de la Alhambra, --lleno todo de su nombre y de su divisa *la Ghalib illa Allah* (sólo Dios es vencedor), --y de inaugurar la renombrada serie de veintiún monarcas de su sangre y dinastía, que ocupó aquel trono durante doscientos sesenta y dos años, y que terminó en el desgraciado Boabdil, destronado por los Reyes Católicos.

La Alpujarra, formó parte del nuevo reino granadino, cuyo litoral se extendía desde Gibraltar hasta el río Almanzora, o sea hasta los confines de Murcia, y los

alpujarreños vivieron dedicados a las dulces tareas de la paz, fomentando la riqueza de su suelo, hasta convertir en vergeles las más ásperas montañas, y no dando, que se sepa, mucho que hacer a los soberanos nazaritas.--Estos, sin embargo, cuidaron de tomar algunas precauciones contra la indocilidad de aquellas valerosas gentes, y así se explica que la Alpujarra fuese el único *clima* de la *cora* de Elvira que dividieron en *tahas*, edificando castillos en casi todos sus *alhauces*.¹⁵⁷

Explicaré esta jerga a los que no la hayan entendido (como tampoco la entendiera yo, si no me la hubieran explicado alguna vez).--*Cora*, *amelia* o *waliato* son como sinónimos de lo que nosotros llamamos *provincia*. --Elvira es el nombre de la primitiva capital de Granada.--*Clima* quiere decir *zona*, *circunscripción* o *partido*. *Táa* o *taha*, equivale a *distrito* (y también a *partido* cuando el *clima* no comprende más que una *taha*). --Y *alauz* vale tanto como *término*, de donde viene la palabra castellana *alfoz*, que figura en el diccionario de nuestra lengua...--Por consiguiente, lo que debí escribir desde luego, en lugar de un párrafo tan enrevesado,* es que la Alpujarra «fue el único partido de la provincia de Granada que los descendientes de Alhamar dividieron en distritos, edificando castillos en casi todos sus pueblos o jurisdicciones».

Volviendo a lo que hemos calificado de historia antigua de aquella tierra, y pasando por alto muchos sucesos de menor cuantía que no le atañen peculiar y directamente, --diremos, para terminar, que Boabdil entregó la Alpujarra a los Reyes Católicos en 1490, después que éstos hubieron tomado a Baza; que los alpujarreños se

¹⁵⁷ *Alhauces*, vocablo no registrado en RAE. Tampoco la palabra *alauz*. Sin embargo, sí registra el vocablo 'alhoz, en desuso, alfoz', (del árabe *al-hawz*, el distrito, el pago). Arrabal, término o pago de algún distrito, o que depende de él. Distrito con diferentes pueblos, que formaban una jurisdicción sola. Por el contexto, y por la definición que da el autor del vocablo *alauz*, como término, podemos sospechar que el significado de la palabra *alhauces* equivale a términos.

rebelaron al año siguiente; que le costó al rey mucho trabajo reprimirlos, y que, para tenerlos a raya en adelante, se vio obligado a ponerles un gobernador.

Del célebre y desdichadísimo rey Zagal, precursor de Boabdil en las tristes sendas del destierro, y acerca de su breve y azarosa permanencia en Andarax, cuyo Señorío obtuvo a cambio del trono de Guadix y de Almería, ya tuvimos ocasión de hablar en la primera parte de este libro....* Y, como también referimos allí con detenimiento* el período histórico comprendido entre la Conquista de Granada y la proclamación de Aben-Humeya, cátanos al corriente de todos los sucesos relativos al territorio alpujarreño que nos importaba saber antes de proseguir nuestro viaje...

No soltaré, empero, la pesada pluma con que he borroneado trabajosamente este insoportable capítulo, sin decir que la Alpujarra comprende hoy sesenta y cinco pueblos, o cabezas de distrito municipal; otros treinta o cuarenta lugarcillos y aldeas sin ayuntamiento propio; más de quinientos caseríos y cortijadas (muchas de ellas compuestas de veinte y hasta treinta domicilios); más de dos mil (!) cortijos y casas de campo, y unos cuatrocientos grupos de chozas y cuevas pastoriles, especie de aduares encaramados en lo alto de la Sierra.

Total: 115,000 almas, poco más o menos.*

Entremos, pues, ya en Órgiva, a cuyas puertas nos quedamos al fin del capítulo anterior, y descansemos allí de nuestro primer día de viaje y de la fatigosa excursión que acabamos de hacer por las regiones de la primera y segunda enseñanza.¹⁵⁸

¹⁵⁸ Véase Prolegómenos, nota 29, p. 168.

IV

En Órgiva (por la tarde). --La Posada del Francés. --El Alcalde de Otívar.

*--Moras y cristianas. --Una torre célebre. --La tapia de un huerto--Albacete
de Órgiva. --El Río Grande y el Río Chico. --Los jamones de Trevélez. --La*

Taha de Pitres

Gratísima memoria conservaré eternamente, y creo que lo mismo mis compañeros de glorias y fatigas, de la tarde y la noche que pasamos en la renombrada villa de Órgiva.

Allí encontramos amigos: unos, que lo eran hacía mucho tiempo, y otros, que lo fueron desde aquel día. Figuraba entre los primeros un inspirado poeta, autor de muy conocidos y celebrados romances caballerescos y antiguo comandante de artillería, que nos *hizo los honores* de la población discretísimamente, a fuer de venturoso amante de la Naturaleza y de la Historia, de las Armas y de las Letras.¹⁵⁹ --Por cierto que a él le debo más de una noticia sobre aquel deleitoso rincón del mundo, donde vive *retirado*, en toda la extensión de la palabra, repitiendo sin duda con Horacio: «*Hoc erat in volis: modus, agri non ita magnus*».¹⁶⁰

Encontramos allí además, o, por decir mejor, llegaron allí aquella misma tarde en nuestra busca, procedentes del riñón de la Alpujarra, otros buenos e inolvidables amigos,

¹⁵⁹ *A fuer de*, (culto y no frec.) "Como". Por ser la cosa que se expresa: 'Yo, a fuer de amigo tuyo, no puedo consentir eso. (V. "causa") (Moliner).

¹⁶⁰ Horacio, *Sátiras* II, 6,3. La cita exacta es "Hoc erat in votis: modus agri non ita magnus" (Ése era mi deseo (sueño): una parcela de campo no muy grande).

que desde aquel punto y hora, y durante algunos días, formaron parte de nuestra expedición, --y que ya os presentaré en el momento oportuno.

Entre estos obsequiosos recién llegados de Levante *y nosotros los recién llegados de Poniente *compondríamos, cuando menos, agregadas las respectivas *servidumbres*, unos diez y seis *recién llegados*; lo cual comprenderéis perfectamente ¡oh madres de familia! que era *demasiado recién llegar* para que aceptásemos ni por asomos la hospitalidad que, con vivísimos ruegos, nos ofrecían en sus pacíficos hogares nuestros amigos de Órgiva.

Nos resistimos, pues, heroicamente, alegando sobre todo la potísima razón de que los diez viajeros de caballería queríamos vivir o morir juntos; esto es, dormir en una misma casa,* vigilando a los viajeros de infantería, a fin de que éstos, por su parte, vigilasen a las bestias; y tan pesados estuvimos, y de tal modo los embromamos, que los orgivenses hubieron de ceder, dejándonos hacer de nuestra capa un sayo y pasar la noche toledana que apetecíamos.¹⁶¹

En virtud de esta capitulación, ocupamos militarmente la Posada del Francés.¹⁶²

¡El francés! ¡Cómo abunda este posadero en España! ¡Quizás era ya aquélla la quingentésima posada del mismo nombre que visitábamos en nuestro país; todas ellas excelentes, por supuesto... en comparación del purgatorio!

¹⁶¹ *Noche toledana*, noche en vela. 'Se dice de la persona que pasa una noche sin dormir, a causa de disgustos o molestias'. (RAE)

¹⁶² Charles Didier hace mención a esta posada al hablar de las pésimas condiciones de las hospederías españolas en su relato *Un viaje a La Alpujarra en 1836* (1993: 33).

¡Posada del Francés!... ¡Y luego dicen allende el Pirineo que los españoles somos salvajes, feroces, inhospitalarios como las hordas del Riff! Pues ¿qué mayor prueba se quiere de la suavidad de *nuestras costumbres que esas quinientas posadas abiertas por un francés..., o que esos* quinientos franceses con posada abierta..., en otras tantas poblaciones de esta patria de Daoiz y Velarde... y del alcalde de Otívar?¹⁶³

Y, * a propósito del alcalde de Otívar: --Nuestra Academia de la Historia prestaría a la Patria un gran servicio si buscara, adquiriera y diese* a luz el libro manuscrito en que se refieren los hechos heroicos realizados por aquel insigne patricio durante la Guerra de la Independencia: libro acerca del cual dice el malogrado Lafuente Alcántara en el catálogo de las obras y documentos que le sirvieron de norte para escribir su *Historia de Granada*:

«HAZAÑAS GLORIOSAS DEL ALCALDE DE OTÍVAR, D. JUAN FERNÁNDEZ. --Este guerrillero en la época de la invasión francesa, se valió de algún amigo para redactar una memoria o relación de sus hechos de armas, en un tomo en folio que conserva su familia y nos ha sido remitido para su examen por un cura conocido. Sus correrías, sus batallas y aventuras están referidas con una puntualidad notable, y lo que es más, justificadas con testimonios de los ayuntamientos, con declaraciones de habitantes fidedignos, y hasta con cartas autógrafas de algunos españoles puestos al servicio de los franceses, y empeñados en vencer con halagos al indócil y valiente partidario».

No creo, pues, que sea difícil hallar* el manuscrito. --En cuanto a la oportunidad y pertinencia de esta digresión, que alguien podrá* suponer traída por los cabellos, nadie se atreva a objetarme nada, pues, *consisten en que el terreno de Órgiva fue precisamente uno de los principales teatros de las proezas del alcalde de Otívar (citadas y ensalzadas

¹⁶³ *Luis Daoiz y Pedro Velarde*, héroes de la Guerra de la Independencia, se sublevaron contra los franceses en el alzamiento del 2 de mayo de 1808, hecho histórico inmortalizado en el famoso cuadro de Francisco de Goya, "Los fusilamientos del tres de mayo".

por el ilustre Conde de Toreno en su monumental historia de la epopeya española del presente siglo),¹⁶⁴ y en que aquella tarde nos encontrábamos a cinco o seis leguas del humilde lugar que gobernaba en paz y gracia de Dios el buen Fernández antes de salir a medir sus fuerzas con las del primer capitán de todos los tiempos¹.

¡Ah! La Alpujarra se acordó entonces (¿cómo no?) de lo que había hecho en otros siglos* para defender su independencia... Sus ásperas montañas e indomables hijos* fueron, por tanto, seguros escollos en que se estrellaron repetidas veces* las legiones de Napoleón. Y así se explica que en los alpujarreños y en la Alpujarra se apoyara de continuo el intrépido alcalde, ora fuera para aumentar y municionar su hueste después de una costosa victoria, ora para lamerse sus heridas en recóndita cueva,* como un verdadero león, y volver de nuevo a la lucha, todavía chorreando sangre¹.

Ni creáis que hoy día de la fecha evoco los recuerdos de 1808 a 1814, con ánimo* de molestar a los honrados posaderos franceses que se ganan la vida en la Península... -- ¡Oh! ¡No soy tan beduino! --Tampoco me anima el extemporáneo* propósito de enardecer el patriotismo de los españoles contra los conquistadores extranjeros... --¿Para qué? ¡Hoy no trata nadie de conquistarnos, que yo sepa! *--¡Contra quien sí considero urgentísimo irritar ahora el amor patrio* es contra otra clase de enemigos más terribles, más odiosos, más abominables que los conquistadores extranjeros!--¿Sabéis contra quién? --¡Contra los impíos y blasfemos que reniegan de la patria misma;* contra los españoles (porque también hay españoles entre ellos)* que discuten la legitimidad de tan santo amor; contra

¹⁶⁴ Se refiere a la obra *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España de 1808*.

¹ La Regencia de Cádiz nombró Coronel al ALCALDE DE OTÍVAR. Los más célebres Generales españoles lo trataban y consideraban como a un igual suyo, procediendo en todo de acuerdo con él, pues era el alma de la tenaz resistencia que encontraron los invasores en el litoral granadino.

¹ Histórico.

los que predicán un cosmopolitismo feroz y descastado; contra los que sacrificarían gustosos la nacionalidad en aras de no sé qué individualismo o colectivismo salvaje; contra los filántropos parricidas, en fin, que derribaron ayer la *Columna de Vendôme* y que hoy hablan de derribar el *Obelisco del Dos de Mayo*²! ¹⁶⁵

Pero no olvidemos que estamos en el año pasado y en Órgiva.

Pues bien: una vez zanjada la dificultad de los alojamientos, dimos una vuelta por la población,--tarea que resultó muy breve; --y luego salimos a contemplar el campo, --tarea siempre infinita y que siempre parece nueva.

La población consta hoy de 4,897 habitantes, repartidos en las 847 casas de la villa; en una cortijada de 24 edificios, llamada Las Barreras, distante cosa de un kilómetro; en el caserío de Los Carrascos, a tres kilómetros y medio, compuesto de 16 viviendas, y en varios cortijos menores. --Todo esto... según el Nomenclátor de la Dirección general de Estadística. Por lo que a nosotros toca, diré que visitamos la célebre torre inmortalizada hace trescientos años por Gaspar de Sarabia, quien demostró en ella ser todo un hombre, tan previsor como denodado y tan ingenioso como previsor...

La cosa fue (según nos refirieron sobre el terreno los orgivenses, y confirman los historiadores) que, no bien cundió la noticia de los primeros atentados* cometidos por los moriscos contra las autoridades, los sacerdotes y los demás cristianos viejos de otros pueblos de la Alpujarra, Sarabia, alcaide de Órgiva, hizo recogerse a esta villa (lugar

² Léanse algunos periódicos de Madrid, del mes de Abril de 1873, fecha de las presentes páginas.

^{°165} Nueva alusión a las revoluciones europeas del siglo XIX. Concretamente a la Comuna de París que representaba la lucha de clases entre el proletariado y las clases medias. El autor considera a aquellos que defendían la filosofía materialista, a los que llama "internacionalistas", 'ateos', y defensores del "bestialismo", enemigos de la moral. Alarcón expone su ideología en su "Discurso sobre la Moral en el Arte", pronunciado con motivo de su entrada en la Academia el 25 de febrero de 1877.

entonces) todos los fieles del distrito de su mando.--Reuniéronse, pues, allí unos sesenta* hombres, mujeres y niños, agrupados en torno de doce curas, beneficiados y sacristanes, condenados todos, desde el primero hasta el último, a sufrir los más crueles suplicios y al fin la muerte, tan luego como llegase a aquella tierra el huracán revolucionario que la rodeaba por todas partes...

Pero Sarabia no los había llamado para que muriesen tan aína, ni él estaba dispuesto a dejarse matar impunemente; sino que ya tenía formado su plan de defensa, que consistió en apresar a cuantas moriscas notables y moriscos pequeñuelos halló a mano, mezclar esta gente con las familias cristianas, y encerrarse en la mencionada torre con tan complicado personal, hasta que llegara socorro del Capitán General de Granada o de la Divina Providencia, no sin enviar antes a los padres y maridos de aquellos preciosos rehenes un mensaje por este orden: --«Yo no pienso hacer daño alguno a las débiles criaturas que os he arrebatado, y que os devolveré si salgo de aquí. Pero tampoco pienso entregar la torre sino al marqués de Mondéjar, que me confió su custodia. Por consiguiente: si los monfíes le ponen fuego al edificio, arderán a la vez las mujeres y los niños de ambas castas, y, si nos faltan víveres, todos moriremos juntos de sed o de hambre».

Resultado de tan atrevida determinación fue que, cuando los rebeldes, capitaneados por Farag-Aben-Farag, entraron en Órgiva y bloquearon la torre (bloqueo que duró diez y siete días mortales), los moriscos de la población tuvieron buen cuidado de proporcionar sigilosamente a los cristianos todo linaje de municiones de boca y guerra, por cuyo medio pudieron resistir un día y otro, aunque sin dormir ni dejar de pelear un momento, los furiosos ataques de millares de monfíes. ¡Hasta máquinas de las empleadas

en la antigüedad construyeron éstos, unas para acercarse a minar y volar la torre, y otras para asaltarla; pero piedras enormes, aceite hirviendo, aguarrás inflamado, alquitrán, demonios vivos, reemplazaban entonces al arcabuz y la flecha, y destruían todas las trazas de los sitiadores! El valor y los recursos de Sarabia no tenían término. --El valor se lo suministraba su corazón animoso: los recursos... los parientes de las moriscas.

Llegó al cabo con muchas tropas el marqués de Mondéjar (a quien nosotros dejamos en el Puente de Tablate, como recordará el lector), y libertó en seguida a aquellos héroes y mártires, --quienes no se descuidaron tampoco en devolver a sus respectivos dueños, sanas y salvas (y ¡quién sabe si a disgusto ya de algunas de ellas!) las secuestradas moriscas, ni en entregar a sus respectivos padres aquellos aprendicillos de infieles que tales méritos tenían ya que alegar ante Mahoma.

Por lo demás, la torre que nosotros estábamos mirando no era precisamente la misma que creíamos mirar; quiero decir, no era la que veíamos con los ojos de la imaginación, sino otra (que forma parte del palacio de conde de Sástago) edificada sobre los cimientos de la defendida por el buen Sarabia...

Lo de que era otra, ya nos lo advirtieron desde luego los orgivenses, y harto lo acusaban además la materia y la forma de la construcción...Y* lo de que ocupa el propio solar de la primitiva, no admite tampoco la menor duda, puesto que en el *Libro de Apeo de Órgiva*, hecho en 1572 (cuatro años después del secuestro de las moras), se ve, dicen, un croquis de la villa o lugar de entonces, en que la famosa torre árabe aparece escueta, justamente donde mismo se levanta la actual; esto es, al lado de la iglesia, y separada de ésta por un huertecillo...

Pero para nosotros todo era igual. De un modo o de otro, la torre legendaria hubiera acabado por hundirse y volver a la madre tierra, como Sarabia se hundió en el sepulcro cuando le llegó su hora.-- El hecho histórico, único punto importante, subsistía, y subsistirá siempre en la memoria de los hombres, para eterno loor y fama de aquel héroe y satisfacción de los orgiveños.

Hágoos gracia de los demás recuerdos históricos relativos a Órgiva. -- Enumerarlos solamente, fuera cuento de nunca acabar.--Figuraos, por ejemplo, las veces que sería tomada y perdida aquella villa, los innumerables combates que se reñirían en sus inmediaciones, y los famosos caudillos moros y cristianos que entrarían alternativamente en ella, hallándose, como se halla, situada a la puerta del laberinto alpujarreño y en la confluencia de dos grandes ríos... --Remítoos, pues, a Mármol, que es el historiador más minucioso de aquella guerra, y vengo a los tiempos presentes.*

La actual villa de Órgiva, conserva todo su prístino carácter árabe, así en la red de sus estrechas, tortuosas y pendientes calles y* en la disposición de sus casas, como en su fisonomía general, --que ofrece una pintoresca amalgama de jardines, terrados, azoteas, bajas tapias, erguidas torres, verdes huertos, viejos muros y simétricas fachadas a la moderna; --todo esto cuajado de macetas, cajones, toneles y cacharros de varias formas, llenos de diferentes plantas, que esperaban a la sazón una sola caricia del *sol en Aries* para cubrirse de gayas flores...

A propósito: recuerdo que,* cuando nos dirigíamos al campo por el extremo X

de la calle X, vimos un cuadro primaveral que nos dejó parados por un momento a los diez viajeros de Poniente y de Levante, --sin distinción de estado, edad, ni circunstancias.

Tal fue la tapia de un huerto, recamada de lujosa hiedra y de otras plantas trepadoras, sobre la cual se alzaba luego, al modo de dosel, una extensa y añosa parra. --Asomadas a aquella especie de palco mitológico; departiendo amigablemente; morena la una y rubia la otra; las dos vestidas de luto, y ambas hermosas como una doble bendición de Dios, había...

Creo que no debo decir lo que allí había... Tanto más, cuanto que se quitaron en seguida que nos vieron. --¡No; no es lícito ir por el mundo, con una máquina fotográfica debajo del brazo, retratando a las gentes contra su voluntad!*

Yo, con erudición, ¡cuánto sabría!

*(Espronceda.)*¹⁶⁶

Una vez fuera de la villa, la conversación giró algunos minutos alrededor de un problema histórico, cuyos términos eran éstos:

DADO el hecho (patente en todas las historias) de que los escritores árabes y españoles del siglo XVI, tan pronto nos hablan de “Órgiva,” como de “Albacete de Órgiva,” y así hacen mención de “Ugíjar” como de “Ugíjar de Albacete;” --y CONOCIDO, es decir, NO CONOCIDO en toda la Alpujarra pueblo, ruina, tradición ni paraje alguno que lleve el nombre de “Albacete,” --AVERIGUAR qué Albacetes eran aquéllos.

¹⁶⁶ Exclamación irónica que expresa el desdén romántico por el conocimiento científico; pertenece al Canto I de *El diablo mundo*.

Maldito el resultado que dieron nuestros generosos esfuerzos de aquella tarde por aclarar semejante enigma, y maldito también lo que este resultado negativo tenía de particular, por lo que a mí toca, atendida mi criminal ignorancia en todas las materias que de obligación debía tener al dedillo el autor de una obra titulada *La Alpujarra...* Pero lo que sí me pareció raro fue que ni el *Libro de Apeo* ni los demás documentos antiguos del archivo municipal de la villa (que los orjivenses nos dijeron haber registrado ya con el mismo objeto) diesen luz alguna sobre el particular.

Propúseme, pues, firmemente desde entonces no dejar ni a sol ni a sombra, en cuanto regresase a Madrid, a ninguno de los eruditos que conozco,* hasta lograr salir de dudas o perder la esperanza de ponerlas en claro; y habiendo al fin obtenido de su bondad y de su celo la que ellos han juzgado resolución del problema, voy a participársela aquí a mis estimados amigos de Órgiva, como una especie de cariñosa continuación de nuestro coloquio del año pasado.

Dedúcese de los informes que he recibido hasta el día: --1º. : Que antes de existir el pueblo de Órgiva, existía el castillo de Órgiva (*Hisn-Órgiva*). --*Hisn*, en árabe, equivale a *castillo*. — 2º. : Que al pie de este castillo había un pequeño llano (gran rareza en la montuosa Alpujarra), conocido con el nombre de “*Al-basath de Órgiva*.”—*Al-basath*, en no sé qué dialecto árabe, significa *La llanura*. —3º. : Que cerca de esa llanura, (la vega actual) fundaron luego los moros el lugar que hoy es villa, el cual tomó el nombre del propio sitio que ocupaba, apellidándose, por lo tanto, *Al-basath de Órgiva*. (*La llanura de Órgiva*). --Y 4º. : Que el uso de los mismos moros andaluces convirtió

después a *Al-basath* en *Al-bacete* (denominación que ya dieron a toda llanura), acabando de formarse por tal medio la equívoca y endiablada frase de *Albacete de Órgiva*¹.” *

Como se ve, esta lógica explicación le cuadra también perfectamente a Ugíjar, asentada en el único *llano* del confín oriental de la Alpujarra granadina, y le viene asimismo como de molde al gran Albacete de los desiertos de la Mancha, sito en una planicie inmensa. --*Ugíjar de Albacete* querría, pues, decir: *Ugíjar de la llanura*, --y el Albacete manchego sería para los moros *La llanura* a secas; esto es, *La llanura* por antonomasia. --Permítome, en consecuencia, considerar indudable la versión de mis muy amados eruditos, y les doy las gracias por la señalada merced que me han hecho.

Conque demos punto a la sección de antigüedades, y volvamos a las afueras de Órgiva.

Ya engolfados en el campo, *nuestras observaciones y pláticas contrajéronse al estudio o a la enumeración de las bellezas silvestres en que también abunda aquel privilegiado suelo. Su flora, su fauna, sus montes, sus ríos, sus más célebres paisajes, todo lo trajimos a colación durante un largo, deleitoso, inolvidable paseo por huertas, campiñas, naranjales y por entre* numerosísimos ejércitos de alineados olivos... Y de lo que allí observamos y platicamos resultan, entre otras cosas, las particularidades siguientes:

Muchos pueblos de los que componían la antigua Taha de Órgiva, hállanse enclavados en una gigantesca loma que se desprende del Veleta, haciendo *pendant*¹⁶⁷ con

¹ Los arabistas que han estudiado las obras del geógrafo Inidsi, de Ibn-Aljathib, de Ibn-Hayyan y de otros escritores musulmanes, aseguran que la capital del *clima* de que formaban parte las *tahas* de Órgiva, Pitres y Poqueira, residió durante mucho tiempo en *Ferreirola*, hoy modestísimo lugar, que sólo cuenta con 600 habitantes.

¹⁶⁷ *Pendant*, ‘en pendiente’.

la de Lanjarón. Al este de la villa hay una descomunal ladera muy pendiente, pero toda ella cultivada, --donde, por más señas, verdeaban aquella tarde* las esperanzas de una gran cosecha de trigo, cebada y centeno.* Y, por todos lados, en la sierra como en el río, en lo llano como en lo escabroso, corresponde al favor de los elementos, amigablemente concertados en obsequio de aquel país, una exposición universal de vegetales, desde el árbol más corpulento a la hierba más humilde, desde los que sudan goma en el Ecuador hasta los que crujen de frío más allá de los círculos polares. --¡Sólo Sierra Nevada y el sol de Berbería, puestos de acuerdo, producirían tales milagros!

ÍTEM.¹⁶⁸ --Como ya indiqué antes, Órgiva, se alza en la confluencia de dos ríos. Estos son: el legítimo de su nombre (que nace encima de ella, muy arriba, en las nieves del Picacho, y baja a buscarla casi de cabeza, como un hijo cariñoso), y el mucho* más importante río de Cádiar, que viene de muy lejos (después de haber serpenteado al través de gran parte de la Alpujarra y de haber sido rey de un largo valle), y pasa orgullosamente por delante de Órgiva, apoderándose de su verdadero río, como de todas las demás corrientes indígenas que le salen al encuentro...--Pues bien: el río de Cádiar, al llegar allí, pierde para el vulgo, y para algunos geógrafos, su primitivo apellido, y se llama río Grande de Órgiva; ¡mientras que al otro infeliz lo dejan reducido a llamarse, por contraposición, el río Chico!... --¿No es verdad que, aún tratándose de ríos, estas injusticias claman a los cielos?*

ÍTEM. --Otras dos o tres corrientes de menor cuantía afluyen a el Cádiar; pero más acreedor que todas ellas a que se le mencione en primer término es el Barranco de

¹⁶⁸ *Item*, 'además'. Este vocablo latino se emplea, siguiendo el uso clásico del Siglo de Oro, para añadir más información a lo ya expuesto. V. g., aparece en la obra de Baltasar Gracián *El Criticón*, a propósito de un refrán: "Ítem: se prohíbe, como pestilente dicho, aquello de *Mal de muchos, consuelo de todos*. No decía en el original sino *tontos*, y ellos lo han adulterado" (Iribarren 782). También lo utiliza Alarcón en su obra *De Madrid a Nápoles*.

Poqueira, especie de sima puesta de pie, que parte de arriba a abajo la Taha de Órgiva. -- El mejor punto de vista para contemplar aquella feracísima hendidura, por cuyo negro fondo se despeña espumando un desenfrenado torrente, es, según nos dijeron, el Molino de la Cascada de Pampaneira, situado al promedio de la tajada loma... ¡ay! a nosotros nos había sido imposible incluir este molino y toda aquella admirable ladera en la enmarañada red del plan de nuestra expedición...* --En cambio (el que no se consuela es porque no quiere), tuvimos el gusto, al día siguiente y en otras ocasiones,* de considerar varias veces, *a distancia y en conjunto*, el mismo, mismísimo espectáculo que se disfrutará *por partes y detalladamente* desde Pampaneira...

Dejando, pues, para más adelante* el dar idea de aquel célebre barranco, diré ahora al lector (¡mucho ojo!) que...

Pero este asunto merece párrafo aparte.*

Uno de los pueblos del partido judicial de Órgiva es el nunca bien ponderado Trevélez, --la tierra clásica de los más típicos y famosos jamones alpujarreños.

Tan especiales son los de Trevélez, que, como recordarán los que hayan leído mi obra titulada* *De Madrid a Nápoles*, Rossini, el inmortal Rossini, el primer glotón de la glotona Italia, me habló de ellos con frenético entusiasmo. --¡Creo que es un dato digno de tenerse en cuenta!¹⁶⁹

Por lo demás, la excelencia de estos perniles proviene de que se curan a la *ventilación de la nieve*; de que *los difuntos* (me repugna decir *los cerdos*) se crían en los

¹⁶⁹ En *De Madrid a Nápoles*, el autor relata su encuentro con Rossini en una quinta en los alrededores de París y añade el comentario del famoso músico sobre el jamón alpujarreño: "Lo que no puedo olvidar es el jamón de la Alpujarra... ¿No está la Alpujarra cerca de su pueblo de usted?" (M. Kleiser 1222).

riscos de la Sierra (lo cual hace que su carne esté muy trabajada y enjuta), y de que los asesinatos, o *matanzas*, se perpetran siempre en jóvenes de corta edad.--Por eso sus jamones resultan tan dulces, tan magros y tan chicos.

Añádase que* Trevélez es el pueblo más alto de la ya muy alta Taha de Pitres. De él a la cumbre excelsa del Mulhacén sólo hay media legua, en línea oblicua. Reina, pues, allí casi un perpetuo invierno, y los frutos y cosechas maduran mes y medio o dos meses después que en otros lugares de la misma Sierra. En fin: para que se vea si estará elevado sobre nuestro bajo mundo aquel agreste émulo de York y de Westphalia, baste saber que la musa popular orgivense dice con tosco y expresivo lenguaje:

¡Trevélez... donde se oye
los querubines cantar!

No creo yo, sin embargo, que fuera por esto por lo que el egregio autor de *El Barbero de Sevilla*, *Otelo* y *Semíramis* prefería* las magras alpujarreñas a las inglesas y a las prusianas, sino porque su paladar epicúreo habría llegado a advertir lo bien que cae el agrillo del tomate a las ancas del paquidermo de Trevélez, --no curadas a fuerza de sal, y, por consiguiente, irremplazables para fritas de aquel modo.¹⁷⁰

(¡Es como se gastan y deben gastarse! --¡Para crudos o cocidos, encontraréis jamones más a propósito en otros muchos puntos de Europa, y también en la misma Alpujarra! --Pero no estarán curados a la *ventilación de la nieve*... --¡La nieve y el tomate!... ¡Este es el *quid*! ¡esto* es Trevélez! así se escribió el *Guillermo Tell*!)

¹⁷⁰ *Agrillo*, este vocablo no está registrado en RAE. En el *Diccionario de regionalismos de la lengua española* de Pablo Grosschmid y Cristina Echegoyen se registra el vocablo agre, 'agrio, ácido' en el habla de Navarra y Salamanca. Es evidente que agrillo, agre y agrio son vocablos con la misma raíz etimológica. Sin embargo, no nos ha sido posible encontrar ningún dato de su uso en el habla granadina.

Finalmente: hablaré algo de la Taha de Pitres, con referencia a las noticias que me comunicaron los orgivenses y al tenor de lo que yo veía o había de ver a lo lejos...*

Taha de Pitres se llamaba antaño un apiñado grupo de pueblecillos (enclavados en* cosa de una legua de terreno) situados a inmensa altura, en los pendientísimos declives del Mulhacén, y pertenecientes hoy al partido de Órgiva. Casi todos ellos están defendidos de la fría vecindad de los ventisqueros por una especie de cortina de terreras coronadas de robles, carrascas y castaños; lo cual hace que sean muy ricos en trigo, maíz, centeno, habichuelas y toda clase de frutos y legumbres.

A principios del siglo presente* producían también muchísima seda, lo mismo que el resto de la Alpujarra; pero esta industria, que moros y judíos legaron a los cristianos,* ha venido tan a menos en todo aquel país, que hoy la mayor parte de los opulentos morales que allí quedan, más parecen destinados por Dios a dar dulces moras al hombre que útiles hojas a la primorosa oruga.--¡Ah!* ¡volviera a ser Granada, la *Damasco de Occidente*, y la Alpujarra, seguiría llamándose la *Tierra del Sirgo*!...¹⁷¹ --Si ya no merece este nombre, la culpa no es de los alpujarreños, de las moreras ni de los gusanos¹.

Pitres (Petras en latín, según malas lenguas);* la antigua capital de aquella diminuta comarca, duerme el sueño de la historia entre dos ríos paralelos, el Bermejo y el Sangre (que, como se ve, llevan dos señores nombres de ríos).--A mayor abundamiento, al pie de la taha eleva sus moles de pizarra el Cerro de la Corona, puesto allí

¹⁷¹ El cultivo de la seda durante la época nazarí (1232-1492) fue una de las actividades industriales más florecientes en la Alpujarra, a esta industria alude el historiador granadino Francisco Bermúdez de Pedraza en su obra *Antigüedades y excelencias de Granada*, compuesta en 1608.

¹ Últimamente se ha establecido en *Ugíjar* una fábrica de filatura de seda, como ya veremos más adelante.

indudablemente para impedir que ruede ladera abajo aquel delicioso nido de pueblos.--Y, por último, sírvele de foso a esta muralla* el pujante río de Trevélez... (¡de Trevélez! ¿entendéis bien?), que baja... de donde se oye cantar a los querubines, cargado de exquisitísimas truchas... --Hay pueblos que tienen estrella en todo: ¡hasta en el río!

Innumerables cosas más hubiéramos visto y oído en nuestro paseo por los alrededores de Órgiva; pero, con tanto hablar,* se había puesto el sol (este final es Garcilaso puro)..., y tuvimos que dar la vuelta* hacia la moruna villa, --en donde entramos cuando empezaba a cerrar la noche.

V

En Órgiva (por la noche). --Más de un candil en viga. --El Rosario. --La taza de Teresa. --Entre el día y la noche no hay pared

Mis recuerdos de aquella noche no se parecen en nada a los del día.

Es el primero, en el orden cronológico, nuestra comida en la posada, --reunidos los diez viajeros en un grupo digno de Velázquez, o de David Teniers,¹⁷² --a la *pretendida* luz de dos candiles (¡y eso que eran dos!), --y celebrando y sellando recientes amistades con el placer de yantar allí juntos... no así como quiera *en mesa redonda*, sino *en sartén redonda*, todos a una, con militar franqueza, a fin de que la paella de rigor no perdiese su virginal perfume al pasar por el trámite de la vajilla...--¡Cuántos, cuántos* banquetes, precedidos de programa de divertirse mucho en ellos, y muy preparados, muy

¹⁷² *David Teniers*, (1610-1699) pintor flamenco, autor de cuadros de costumbres populares flamencas de fuerte realismo.

costosos y muy opíparos, no han resultado tan alegres, tan cordiales, tan apetitosos, tan gratos al alma y al cuerpo, como aquel imprevisto y humilde festín, sazonado de hambre, de novedad, de indulgencia, de cariño, de confianza, de pimientos picantes, y de aquella cortesía del corazón que vale más que todos los primores del ingenio! --Sin embargo, confieso que no nos hubieran venido mal otro par de candiles.

Mi segundo recuerdo se refiere a unas religiosas campanillas, a unas grandes farolas, a unos santos estandartes, a muchas ramas de tejo, y a más de cien indescriptibles caras de chiquillos, cuyas alzadas bocas cantaban en coro y a voz en cuello, *¡Dios te salve, Reina y Madre!...*

Porque habéis de saber que todo esto, y algo más, penetró de golpe en la posada, cuando estábamos en lo más profundo del arroz, dejándonos suspensos, atónitos, embelesados...*

¡Ah! La voz de los niños tiene algo del cielo; y cuando esta voz canta y reza a un tiempo mismo; cuando, en medio de las borrascas de la vida, óyense sus puros acentos en son de mística plegaria, más que los hijos de los hombres empezando a gemir y llorar en este valle de lágrimas, los tales rapazuelos* parecen ángeles que desde la Gloria intervienen por nosotros, repitiendo como suyas nuestras preces. --Si conserváis* la buena costumbre de ir a la iglesia, habréis sentido todo esto al oír* a los seis niños de coro de nuestras catedrales alzar sus francas y agudas voces sobre el concertado estruendo del órgano, de los sochantres y de todos los instrumentos y cantores de la capilla, como se perciben claros trinos de atribuladas aves sobre el ronco estrépito de majestuosa tempestad. --Y los que sólo vayáis al teatro, habréis experimentado también algo parecido

(ya que de manera alguna lo propio), durante el cuarto acto de *El Profeta*, cuando aquellos otros *seises* (que por lo regular son los mismos) cantan el grandioso villancico:

Le voilà, le roi Prophète!

Le voilà, l'elu de Dieu!¹⁷³

¡Oh! ¡Los niños!... ¡Los niños!... –“*¡Lástima que se conviertan en hombres!...*” exclamaba Lord Byron. –“*¡No tenemos padre!*” gritan ellos en el místico poema de Jean Paul.¹⁷⁴ –“*¡No escandalicéis a estos pequeñuelos,*” dice la Palabra divina.

Por todas estas razones, y *porque sí* (que es la gran razón de tejas abajo), nos quedamos embebecidos oyendo la fervorosa *Salve* que cantaban los muchachos de Órgiva.--En cuanto a lo demás, pronto conocimos que allí no había nada de nuevo, ni de peregrino, sino que aquello era el rosario...; el cual, en la sana y bendita Alpujarra, sigue visitando todas las noches, en tiempo de Cuaresma, las principales casas de cada pueblo,* cuidando de no olvidar las posadas, donde siempre hay fieles transeúntes, más necesitados que nadie de los consuelos de la religión...*

¡*El rosario!*... Veinte años hacía ya por lo menos que no lo veía yo* recorrer a aquella hora y de aquel modo (según la inmemorial costumbre) otras ciudades, villas y aldeas de la proverbial *Tierra de María Santísima*...¹⁷⁵--¡Y qué veinte años! Durante

¹⁷³ (He aquí el rey profeta, / He aquí el elegido de Dios). *El profeta*, ópera en cinco actos del compositor alemán Giacomo Meyerbeer (1791-1864), obra estrenada en París el 16 de abril de 1849.

¹⁷⁴ *Johann Paul Friedrich Richter*, (1763-1825) conocido como Jean Paul, fue un escritor y filósofo alemán, famoso por sus novelas de tema humorístico, satírico, fantástico y filosófico; fue seguidor de Herder en su oposición a la filosofía especulativa de Kant.

¹⁷⁵ *Tierra de María Santísima*, es decir, Andalucía, especialmente Sevilla. Calificativo no referido exclusivamente a Andalucía ya que así mismo es denominada la ciudad de Génova, según nos dice Alarcón en *De Madrid a Nápoles* (M. Kleiser 1388). José María Iribarren señala que el sevillano, Luis Montoto, en su obra *Un paquete de cartas*, de 1888, arguye que se la llama así “tanto por lo hermoso de suelo y cielo, cuanto por ser esta región (sirva Sevilla de ejemplo), la ciudad [quiere decir región, Iribarren corrige este lapsus de Luis Montoto] que más ha sobresalido por su amor a la Santísima Virgen María” (Iribarren 869). Aquí Alarcón asume el papel de “hiperbólico andaluz” al dar este calificativo a Andalucía, según nos informa en su citada obra.

ellos, los mismos que solíamos felicitarnos de la desaparición del antiguo orden social y político de España, si bien no hayamos llegado, ni creamos posible llegar jamás, a poner en duda la bondad abstracta de las nobles, justas y *sinceras* ideas de nuestro siglo, hemos venido a reconocer, en cambio, a fuerza de crueles lecciones (¡oh desengaño! ¡oh conflicto! ¡oh problema para el porvenir!), que esa libertad y esas ideas, lejos de domesticar, de civilizar, de dignificar más y más cada día a las clases bajas (como nos dignificaron a nosotros), las han hecho retroceder a la primitiva barbarie.

Inútil, ocioso, necio, y sobre todo peligrosísimo (señores del Centro de todas las Cámaras del mundo), fuera cerrar los ojos a esta verdad que palpita en el fondo de la conciencia de cuantos hemos dirigido la voz al pueblo (creyéndonos sus redentores) desde el periódico o desde la tribuna, desde el libro o desde la cátedra... --¡Imposible escapar a nuestros remordimientos! Los espantosos resultados de nuestra[s] bien intencionadas pero imprudentes predicaciones están harto a la vista en todas partes...-- Mirad: los ignorantes de ayer se han trocado en los insensatos de hoy. La antorcha de la filosofía moderna, en lugar de iluminar la mente de los desheredados por la fortuna, la ha incendiado, dejándola llena de humo y de cenizas. Quisimos enseñarles mucho, y les hemos hecho olvidar lo poco que sabían. Creían algo, amaban algo, respetaban algo, adoraban algún ideal, y hoy no creen, aman, respetan ni adoran sino lo concerniente a sus sentidos corporales. Tenían fe, paciencia, esperanza, y los hemos exasperado y desesperado. Eran cuando menos seres sociales, y los hemos convertido en enemigos de la sociedad. Eran ya hombres, y los hemos vuelto a hacer fieras...¹⁷⁶

¹⁷⁶ Nueva referencia a las doctrinas materialistas aparecidas en el siglo XIX. El autor vuelve a emplear la expresión "los hemos vuelto a hacer fieras", ya utilizada en la Parte Primera al relatar la historia de la rebelión de los moriscos de la Alpujarra: "los convertimos en fieras". También en *De Madrid a Nápoles* acusa a las doctrinas socialistas y materialistas de la 'bestialización' de las clases proletarias (M. Kleiser 1227-1228).

Así pudiera continuar mucho tiempo, a riesgo de que se me considerase neo-católico, ultramontano, retrógrado, oscurantista, persa, carlino y partidario del Tribunal de la Inquisición...¹⁷⁷ Mas creo haber dicho ya lo bastante para explicar la profunda complacencia que nos causó aquella noche ver al pueblo orgivense, representado por sus hijos, hacer pública profesión de su fe cristiana..., --y paso a otro orden de lamentaciones.*

¡Pobres alpujarreños! Eran cristianos cuando vinieron los moros, y éstos no los dejaron en paz hasta que los hicieron islamitas. Eran ya islamitas en el siglo XVI, y Felipe II los exterminó porque no quisieron hacerse cristianos. Hoy son cristianos otra vez, y ¡Dios sabe las amarguras que les estarán haciendo pasar los que han convertido la Revolución de 1868 en una conspiración contra la religión católica!¹⁷⁸

--¡Pues V. bien votó la libertad religiosa en las Cortes Constituyentes de 1869...! - me argüirá en este punto alguno de esos conspiradores.

--¡Hombre... déjeme V. en paz! ¿Qué culpa tengo yo de que usted sea un majadero?--¡Yo no le mandé a nadie que dejase de ser católico apostólico romano, o lo que quiera que fuese, para convertirse en ateo, materialista y bestia, como va siendo la plebe urbana de toda Europa!* --Lo que yo hice *fue rendir culto a otra libertad mucho más antigua y sacrosanta que la política; esto es, al *libre albedrío* o *libertad de pecar* en que Dios dejó al hombre y en que los hombres debemos dejar asimismo a nuestros semejantes para todo aquello que no traspase la órbita de su conciencia,* *ni se traduzca

¹⁷⁷ De hecho, algunos críticos tacharon su obra con tales adjetivos. Alarcón se defiende de los detractores de su obra en su 'testamento literario', "Historia de mis libros" (M. Kleiser 19).

¹⁷⁸ La Revolución de 1868 tuvo como consecuencia el destronamiento de Isabel II al que siguieron varios años de gran agitación política que culminarían en el establecimiento de la Primera República en 1873.

en actos que vulneren el derecho y la libertad de otro.*—Es decir: yo voté en contra de toda persecución, de toda crueldad, de toda inhumanidad fundada en intolerancia religiosa... nuestra o ajena; pero no en contra de que el Estado procurase catequizar y convertir mansamente a todos los infieles del mundo, comenzando, para ello, por pagar, y defender y difundir el culto y el clero católicos, a cuya religión pertenece la casi totalidad de los españoles... *—Y, en fin, señor mío, si erré también en aquel instante, y llego a conocerlo algún día, lo confesaré públicamente, con firme propósito de la enmienda, tal y* como me declaro hoy culpable y arrepentidísimo* de haberme propasado a dar lecciones a los que... sabían más que yo,* o sea a los *pobres de espíritu*, que dice el Evangelio...

Mi tercer recuerdo de aquella noche revolotea dulcemente, con las flojas alas del cansancio, del sueño y de la pereza, por la sosegada atmósfera del gabinete de estudio de un poeta-soldado, ora posándose en raras y preciosas armas, cristianas y moras, antiguas y modernas; ora acariciando de pasada una variada multitud de interesantes libros; ora viendo elocuentísimas muestras de un religioso, inteligente y entusiasta culto a las flores...—Y flota luego mi memoria, sin salir de aquella noble morada, en el luminoso ambiente de un salón cuyos honores hacía cierta dama* tan amable como ingeniosa: y allí recuerdo --una agradabilísima tertulia; --un *José*, que era el amo y señor* de la casa, al cual todos le daban los días; --retazos de conversaciones electorales (era tiempo de elecciones a Cortes); *--infinidad de nuevas conjeturas sobre la significación del nombre de Albacete de Órgiva; --muchos obsequios y atenciones con que se nos agasajaba a los tertulios; --brindis, paradojas, anécdotas;* --unas tazas chicas en que había depositado sus

insomnios el haba prodigiosa de la Arabia Feliz;¹⁷⁹ --otras tazas más grandes en que brindaba devaneos a la imaginación la hierba aromática de la China, --y un tazón monumental, en fin (*la taza de Teresa*), en que otra hierba no menos preciosa, la incomparable y especialísima *manzanilla de la Sierra*, regaló al más humilde de los allí presentes su rica fragancia, su tónica virtud y su savia vivificadora.

En fin: mi último recuerdo de aquella noche... *

Pero esto merece también capítulo aparte. *

Cada uno tiene su modo de matar pulgas.

(Frase vulgar.)

Mi último recuerdo de aquella noche es inenarrable, por lo fantástico y sobrenatural. ¡Solamente Hoffmann o Edgard Poe, Flaxman o Gustavo Doré, echando mano de toda su facundia figurativa, acertarían tal vez a darle forma, color, cuerpo, naturaleza artística o literaria! --Mi tosca pluma tiene que limitarse, por consiguiente, a invocar el auxilio de la intuición de los lectores.¹⁸⁰

Figuraos, pues, como podáis --¡oh vosotros, que me habéis seguido desde Granada hasta aquí, durante esa infinidad de *días de San José* que hemos pasado en el camino! --lo que sería ver transcurrir toda aquella *única noche correspondiente a tantos y*

¹⁷⁹ *La Arabia Feliz*, los geógrafos de la antigüedad dividían la Península de Arabia en tres partes: Pétreo, Desierta y Feliz. La Arabia Feliz venía a ser la parte meridional de la península. Su nombre aludía a su fertilidad y buen clima, "su clima es apacible y muy templado; sus campos ofrecen la variedad de montañas y colinas, de prados risueños y de bosques sombríos; hay en ella puertos frecuentados y ricas poblaciones; frescos raudales fertilizan sus vegas, que producen azúcar, algodón, seda, púrpura, bálsamo, café, frutas delicadas y aromas". (M. Lafuente Alcántara, *Historia General de Granada* (1844) 7-8.

¹⁸⁰ *Hoffmann*, Ernest Theodor (1776-1822), escritor romántico alemán, autor de novelas fantásticas y de horror, magistrado, compositor y crítico de música, dibujante y caricaturista. Poe, Edgar Allan (1809-1849), poeta romántico americano nacido en Boston, Massachusetts, autor de relatos cortos, de teatro y crítico literario. Flaxman, John (1755-1826), escultor y dibujante inglés. Doré, Paul Gustave (1832-1883) artista francés, ilustrador y gran figura del grabado, ilustró con sus grabados la famosa obra del barón Charles de Davillier *Viaje por España*, publicada en París en el año 1874.

tan solemnes días compendiados en uno solo, del modo y manera que la vi transcurrir yo; esto es, en perdurable vigilia, sin lograr pegar los ojos ni tener adonde volverlos, y reconociendo que efectivamente, como dice el refrán, *entre el día y la noche no hay pared*.

Figuraos la silla por lecho, la mesa por almohada, el insomnio por pesadilla, el velón, ya extinguido, por compañero, y, por todo recurso y vecindad, el *Infierno* del Dante, o sea la cama redonda en que mis pobres amigos gritan de vez en cuando: «¡No hay esperanza!» con la angustiada voz de un horroroso duerme-vela...

Y cuando vayáis por aquí en vuestras figuraciones, paraos un rato a considerar el diabólico baile de trajes que armarían dentro de mi cerebro, iluminado *a giorno* por la fiebre,¹⁸¹ todos mis recuerdos y emociones de aquel día, todos los personajes históricos con que había andado a vueltas, todas las quimeras forjadas por mi atrabilis, todos los seres ideales de que había poblado arbitrariamente los más solitarios sitios, y todas las gentes que había matado, resucitado o hecho nacer a mi paso por cada pueblo...¹⁸²

Baile de trajes... ¡Sí!... Esta pudiera ser la fórmula sensible más aproximada a lo que vi rodar por mi imaginación durante aquellas horas... ¿qué digo? ¿durante aquellas eternidades que permanecí en vela y a oscuras en la sala *principal* de la Posada del Francés!...--Pero, así y todo, ¿cómo daros, idea de aquella *galop infernal*¹⁸³ (divertidísima hasta cierto punto), en que danzaban a un mismo tiempo, o paseaban su gravedad en el centro del vórtice inconmensurable, mujeres y hombres, montañas y ríos, bestias y pájaros, flores o insectos, con la humorística singularidad de haberse usurpado

¹⁸¹ *A giorno*, 'de día'.

¹⁸² *Atrabilis*, '(Del lat. *atra*, negra y *bilis*, cólera.) f. Med. Cólera negra y acre' (RAE).

¹⁸³ *Galop infernal*, expresión tomada de la *Divina Comedia* de Dante. Precisamente, "El Infierno" fue muy popular en la segunda mitad del siglo XIX a raíz de la reimpresión hecha por Eugenio Hartzenbusch en 1868.

recíprocamente sus vestiduras los tres reinos de la Naturaleza? ¿Cómo describiros todas aquellas nuevas fábulas de Esopo, todas aquellas nuevas metamorfosis mitológicas, todas aquellas nuevas alegorías apocalípticas, todas aquellas metempsícosis fehacientes,¹⁸⁴ en que los montes y los edificios tomaban, por ejemplo, el aspecto humano, y los hombres se convertían en árboles o arroyos, y las flores y las frutas en mujeres, y las mujeres en caprichosas nubes, y los irracionales en lo que mejor les parecía (del propio modo que en el presente libro), trocándose por lo general lo inmueble en semoviente y viceversa, y ofreciendo todos estos disfraces, en su misma excentricidad, algún sentido filosófico, alguna paridad remota, alguna lógica íntima, alguna verosimilitud y congruencia, dentro de la ilimitada libertad de la metáfora?

¡Imposible! ¡Imposible!

Básteos, pues, saber (y supla esta árida enumeración por el trasunto pictórico que no me atrevo ni a ensayar) que, entre las cosas creadas que se habían dado cita en mi cabeza para pasar aquella noche de jolgorio, estaban --los *Pepes* y las *Pepas* del Padul, -- los *Josés* y las *Josefas* de Dúrcal, --los *Don Josés* y *Doñas Josefas* de Órgiva, --Aben-Humeya, --Lord Byron, --Felipe II, --los inquisidores, --Napoleón, --el marqués de Mondéjar, --Meyerbeer, --el alcalde de Otívar, --los canarios que gorjeaban en Béznar, -- los chicos que aquella noche habían cantado la *Salve*, --las voluptuosas laderas de Sierra Nevada, --las coquetas olas de la mar, --los arroyuelos que hacían de las suyas en las cañadas anónimas, --las flores que se adherían al pronunciamiento de marzo, --los cristianos que quemaron una mezquita llena de moriscos, --los moriscos que quemaron una iglesia llena de cristianos, --los puercos de Trevélez a quienes acababa de tocar la

¹⁸⁴ *Metempsícosis* o metempsicosis, (Del lat. *metempsychosis*.) Doctrina religiosa y filosófica de varias escuelas orientales, y renovada por otras de Occidente, según la cual transmigran las almas después de la muerte a otros cuerpos, más o menos perfectos, conforme a los merecimientos alcanzados en la existencia anterior' (RAE).

quinta, --los historiadores árabes que más habían escrito contra el jamón y sobre la Alpujarra, --las naranjas, cautivas, haciéndose las suecas, y requebradas por dinamarqueses y rusos, --los Reyes Católicos, penetrando por primera vez en la Alhambra, --el Picacho de Veleta, deseando la muerte del Mulhacén, --Boabdil rebelado contra su padre, --el mayoral conducido en triunfo por el postillón y las mulas, --el río Grande destronando al río Chico, --Rossini componiendo la sinfonía del Valle de Lecrín, --Mármol, Hurtado de Mendoza y Pérez de Hita tirándose sus historias a la cabeza, --el caballo, que se creía el verdadero novio de la novia del jinete, --los elementos y las estaciones subordinados a Lanjarón, --Chite imponiéndole silencio a Talará, --la soledad haciéndole hablar al silencio, --Aixa perdiéndose en los desiertos de la Libia,* --Zoraya, convertida en Doña Isabel de Solís, --Granada, enflaqueciendo debajo de su blanco alquicel, --Sierra Nevada, armada siempre de punta en blanco, --Moraima, amortajada por Boabdil, --el cadáver de Boabdil arrebatado por las ondas, --Muley Hacem enterrado en la nieve, --Aben-Aboo colgado cabeza abajo, --el enfermo de la litera, --Carlos V, --el sol en Aries, --la Venta, --D. Quijote, --Albacete, --los Silfos, --las pulgas, --los seises, --la taza de Teresa, --y otra infinidad innumerable de figuras, de seres, de cosas,* de entidades, de conceptos, de abstracciones, de fantasmas y de locuras.

Todo esto se hallaba allí conmigo, dentro de mí, alojado en mi ser, bajo formas indeterminables, en imágenes intraducibles y con vestimentas estrafalarias, acosándome sin misericordia en las tinieblas producidas por la extinción de una gota de aceite, en el insomnio causado por el mismo exceso de mis fatigas, y en la soledad resultante del conato de sueño de los demás.

¡Y la aurora no venía! ¡El tiempo no pasaba! ¡Los cristales del balcón seguían siempre negros!

Dijérase que se había parado el reloj de la eternidad, y que mi pobre pensamiento, única rueda que había quedado moviéndose en el roto mecanismo de los mundos, estaba encargado de contar por millonésimas los instantes de aquellas inacabables horas.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA.*

PARTE TERCERA*

LA CONTRAVIESA

I

Diferentes maneras de amanecer. --El acto de aparejar. --Segunda campaña contra el mulo.*

La del aguardiente sería, que no todavía *la del alba*,¹⁸⁵ cuando quiso Dios que cantara un gallo a lo lejos, al cual le contestó otro más cerca, y luego otro en el corral del *Francés*; y --como si aquellos tres *alertas* hubieran sido dados por la trompeta del Juicio Final, a fin de resucitar a los muertos, o más bien por la propia Muerte, a fin de hacerles volver a sus sepulturas antes de que despertasen los vivos, --siguióse un silencio muy raro, que no parecía ya el de la quietud, sino el de la *acción sin ruido*, o sea el del tiempo que echaba otra vez a andar, y, un instante después, principió a sentirse algún movimiento en el piso bajo de la posada...

¹⁸⁵ *La del alba sería*, frase perteneciente al comienzo del IV capítulo de la primera parte del *Quijote*, y de gran tradición literaria. La frase *a la del aguardiente* hace referencia a la antigua costumbre, aún conservada en algunos sectores rurales más apegados a la tradición, de tomar aguardiente por la mañana temprano. Alarcón se apropia del estilo cervantino para resaltar la alta hora de la madrugada.

Trató de volver a reinar el silencio; pero ya le fue imposible. La fe en que llegaría a amanecer como todos los días, y muy pronto, iba y venía ya con alguien por el establecimiento. Oyéronse, pues, sucesivamente chirridos de llaves y de goznes de puertas que se abrían; trastazos de tropezones; toses vitalicias; pasos remotos; gritos bruscos que sólo entienden las bestias; coces sonando sobre tabla; juramentos, relinchos, maldiciones; otros pasos más próximos, recios como trancazos, ganando poco a poco la escalera; y, finalmente, tres furiosos golpes, aplicados a la puerta de nuestro cuarto, y una espantosa voz, semejante a un tiro, que, traducida al cristiano, había querido decir: «¡Arriba!»

Abrí la puerta, y el *día*, representado por un candil y por un plato lleno de copas de aguardiente, penetró en aquel calabozo, en aquel hospital de sangre, en aquel campo de batalla cubierto de heridos, o en aquella sala del tormento digna de la Venecia de los Dux,¹⁸⁶ anunciando a tanta y tanta víctima como yacía con botas y espuelas sobre un colchón continuo, formado por la yuxtaposición de muchos colchones, que había llegado al fin para todas ellas la hora de la libertad, de la convalecencia, de la misericordia.

--¡Arriba! --contestaron, pues, los nueve compañeros de cama, animándose mutuamente con el ademán, pero sin levantarse ninguno.

--¡Estaría escrito! --añadió uno por lo bajo, consultando su reloj.

--¡Cómo ha de ser! --suspiró otro amargamente, despidiéndose de la almohada.

¹⁸⁶ El autor utiliza una serie de analogías, recurso estilístico muy de su gusto, para referirse a la sala de la Posada del Francés; de igual modo se refiere a los huéspedes de la posada como presos que, con la llegada del nuevo día, van a recuperar la libertad, y concluye con la alusión a la historia del ducado de Venecia, narrada en su obra *De Madrid a Nápoles*, cap. VI, Libro Quinto.

--¡Pues, señor: a la noche dormiremos *más*! --dijo de una manera indefinible quien de seguro no había dormido poco ni mucho desde que se acostó.

Y probó a incorporarse.

--¡Vamos a Albuñol! --agregó no sé quién,* recreándose de antemano en el término de una jornada que no sabía cómo principiar.

Y se sentó en la cama.

--¡Pecho al agua, caballeros, que es mediodía! --gritó al fin el más guapo,* dando un brinco y abriendo de par en par el balcón, a fin de que los menos diligentes perdiesen toda esperanza de dormir *algo*...¹⁸⁷

Y se encontró con que era tan de noche a la parte afuera como a la parte adentro de los cristales.

--¿A quién le pego un tiro? --preguntaba entre tanto, en correcto andaluz, el mozo de la posada, apuntando con la botella a las copas y con las copas a la asamblea, e indicando de aquel modo que el aguardiente era legítima *bala rasa*¹⁸⁸.

--¡*Nulla est redemptio*!¹⁸⁹ --gimió entonces el último que seguía agazapado.*

Y todo el mundo se halló de pie.*

Eran las cuatro y media de la madrugada; esto es, las cuatro y media de la noche.

¹⁸⁷ *Guapo*, en este contexto tiene el significado de animoso, resuelto o valiente, ésta última es la palabra empleada por el autor en la edición príncipe de 1874.

¹⁸⁸ El autor juega con el equívoco al utilizar una expresión referente al campo de las armas, para hablar del 'rito del aguardiente', (así la botella representaría el arma de fuego y cada una de las copas de aguardiente, una bala rasa) especialmente, después de que uno de los huéspedes haya sido despertado contra su voluntad y cuando aún es noche cerrada, lo que hace creer al lector que, en su enojo, quiere disparar (también figurativamente) al causante de su malestar.

¹⁸⁹ *Nulla est redemptio*, (No hay remedio). Locución latina muy del gusto de los autores del siglo XIX, por influencia de la literatura del Siglo de Oro.

Pareció, por último, el verdadero día, a la hora prefijada por Dios y combinada por los astros.

Supóngolo así a lo menos; pues, por lo que a nosotros toca, la cosa aconteció, sin que nos advirtiéramos de ella, cuando más ocupados estábamos en el zaguán de la posada, arreglando las mil y una complicaciones inherentes a la *obra de romanos* llamada *aparejar*.¹⁹⁰

Siempre he admirado a los arrieros en esta operación magna, verificada por lo regular a tientas, a la desatendida voz de «¡*Alumbra aquí, muchacho!*...», cuando el muchacho y ellos están medio dormidos, y el mesón hecho un laberinto de albardas, jáquimas, costales, sillas, bocados, alforjas, capachos, cestas, capas, mantas, sogas y baúles, todo ello completamente igual en apariencia, dentro de su respectivo género...¹⁹¹ - ¡Yo no sé cómo cada uno reconoce, no sólo lo suyo, sino también lo ajeno y la infinidad de encargos que lleva; yo no sé cómo todo parece, y cómo, si se pierde algo, se adivina en el acto su paradero; ni tampoco sé cómo se las componen a oscuras aquellos dedos de corcho para atar, liar, enganchar, pasar correas, ajustar hebillas, y gobernar al mismo tiempo a los irracionales, --que nunca se muestran dispuestos a dejar la cuadra por el camino!¹⁹²

Lo único que he llegado a comprender, por vía de resumen de mis observaciones en la materia, es que cuanto menos saben las criaturas, tanto mejor conocen las pocas

¹⁹⁰ *Obra de romanos*, con esta popular expresión, Alarcón alude a la dificultad de la faena de aparejar a las caballerías, es decir, de poner sobre ellas el aparejo que consiste de carona, albarda, enjalma, ropón y sufra, con cincha de tarabita, ataharre y petral, si es para cargar las caballerías, y con aciones y enjalma, si es para montarlas.

¹⁹¹ Se refiere a los arreos o guarniciones usados para montar o cargar a las bestias. *Jáquima*, 'cabezada de cordel, que supe por el cabestro, para atar a las bestias y llevarlas'. *Capacho*, 'espuerta de juncos o de mimbres [o de esparto] que suele servir para llevar fruta'. Véase nota 139. *Costal*, 'especie de saco, bolsa o talega grande para meter trigo, paja u otras cosas semejantes'. *Alforjas*, 'piel de carnero cosida en forma de saco' (RAE).

¹⁹² Recreación costumbrista de la vida de los arrieros de la Alpujarra. El oficio de arriero fue desempeñado tradicionalmente por moriscos granadinos desarraigados. L. Caro Baroja, *Los moriscos del Reino de Granada* (Madrid: Alianza Editorial, 2003) 188.

cosas que saben. --Y si lo dudáis, tendeos boca abajo o boca arriba en el campo y estudiad durante horas y horas los prodigios de discernimiento, de sagacidad, de perspicacia, de sutileza y de picardía de que os darán muestras los insectos o las aves.

Pero, aquella mañana, el acto de *aparejar* se relacionaba con otro problema no menos arduo, que no era ya de la incumbencia de criados y arrieros, sino de la nuestra propia; razón por la cual tuvimos que intervenir en el asunto, privándonos de ver amanecer...

¡Tratábase de si nosotros, los huéspedes de la Alpujarra, los neófitos en sus caminos, montaríamos en adelante en mulo, o seguiríamos a caballo!

Esta cuestión, que parecía resuelta previamente (y cuyo examen puede seros de gran utilidad práctica a cuantos tengáis que visitar aquel país), se reprodujo en tal instante, en virtud de la serie de razones que paso a manifestar.

Recordaréis haber leído al comienzo de estas páginas que el mulo, según pública voz y fama, era *indispensable* para recorrer ciertos y ciertos caminos del territorio alpujarreño, y que nosotros, cediendo a la opinión general, habíamos encargado que nos esperasen en Órgiva tres de aquellos tan recomendados cuadrúpedos... Recordaréis también, los que hayáis tenido la dignación de leer mi viaje por los Alpes¹, la profunda y razonada antipatía que siento hacia el mulo, según que allí expliqué en una extensa y luminosa disertación que me envidio a mí mismo;¹⁹³ y, en cuanto a los que desconozcáis aquella obra, tengo por seguro que* abundaréis en el propio horror al monstruoso mestizo, viviente calumnia de su doble sangre; como abundó, abunda y abundará siempre toda

¹ En el libro *De Madrid a Nápoles*.

¹⁹³ Concretamente en el capítulo IV del Libro Segundo.

persona bien nacida, y como hallé que abundaban frenéticamente mis dos primitivos camaradas de viaje...¹⁹⁴

Pues bien:* los tres mulos indicados nos aguardaban desde la víspera en las cuadras de la posada, muy orgullosos sin duda de vernos pasar por la humillación de entregarnos a ellos como el gran Bonaparte a los ingleses... Pero he aquí que, cuando estábamos ya con un pie en el *Bellerophonte*,¹⁹⁵ o sea en el estribo, reparamos en que dos o tres de nuestros nuevos compañeros de expedición, procedentes por cierto del Cerrajón de Murtas, es decir, de la región de las águilas y las nubes, habían ido a Órgiva el día anterior, y pensaban ir a Albuñol aquel día, *caballeros en sendos corceles*...¹⁹⁶

--¡Ah! (nos dijimos entonces los tres condenados a cantar la palinodia).¹⁹⁷

¡Conque* es humanamente posible recorrer lo peor de los montes alpujarreños sin transigir con el más bárbaro de nuestros enemigos! ¡Conque* se puede ir a caballo por el Puerto de Jubiley! --¡Pues a caballo iremos nosotros!

Y de aquí surgió el debate.

Nosotros alegábamos, en resumen,* que preferíamos perder un tanto por ciento de probabilidades de no rompernos la crisma a implorar la protección de la bestia por antonomasia, máxime habiendo quien se atrevía a hacer aquel viaje a caballo.*

¹⁹⁴ Parece existir un consenso general entre los viajeros del siglo XIX sobre las 'cualidades' del mulo; v. g., en su *Viaje a España*, Théophile Gautier expresa una opinión similar. J. Cantera Ortiz de Urbina, ed., *Viaje a España*, por Théophile Gautier (Madrid: Cátedra, 1998) 289.

¹⁹⁵ *Bellerophonte*, empleo de una figura retórica para referirse al acto de montar una cabalgadura. *Belerofonte*, figura mitológica, argonauta hijo de Glauco, domador del caballo Pegaso al que montó para conquistar el Olimpo y conseguir la inmortalidad; fulminado por un rayo de Zeus, cayó a tierra y se mató. Tema mitológico muy conocido en el arte. Aquí, la imagen está utilizada con ironía para referirse al mulo, animal despreciado por el autor.

¹⁹⁶ *La región de las águilas*, expresión usada por Théophile Gautier en su *Viaje a España*, en el momento de su ascensión a Sierra Nevada: "Habíamos alcanzado la región de las águilas" (Cantera Ortiz de Urbina 1998: 279). Esta obra fue publicada en 1843, en ella, el autor francés recoge las impresiones y experiencias de su viaje a España en 1839. Alarcón debió conocerla al igual que conocía las obras de otros viajeros extranjeros a España. En cuanto a la expresión en cursiva, está utilizada por el autor para poner de relieve su calidad de caballero hidalgo y, como tal, ha de hacer el viaje a caballo al igual que los mencionados caballeros de Murtas.

¹⁹⁷ *Cantar la palinodia*, 'significa retractarse públicamente, y por extensión, reconocer el yerro propio, aunque sea en privado' (RAE).

Los alpujarreños de los bancos de enfrente nos contestaban con hidalga resolución que ellos se habían constituido en fiadores de nuestras vidas..., * que el casco del caballo era demasiado ancho para los vericuetos que íbamos a escalar aquella mañana, y que si los jinetes de Murtas se atrevían a prescindir del mulo, era porque ya estaban bien avezados en aquellos peligros...*

A este argumento replicábamos nosotros, --retorciéndolo, --que: si el peligro era tan evidente, no debíamos, no podíamos, no queríamos (estilo parlamentario) consentir que lo corrieran solos aquellos dos o tres amigos que ya estaban a caballo...*

Y éstos, en fin, nos apoyaban entonces elocuentísimamente, diciendo: que la docilidad, nobleza y sentido común del caballo..., * en oposición a la terquedad, perfidia y estupidez del mulo, * suplían con ventaja el inconveniente que pudiera ofrecer su amplia pisada en los angostos escalones del Puerto; y que, por lo tanto...*

Al llegar aquí la controversia, movióse gran tumulto en la Cámara, y las voces de «¡A beber! ¡A beber!» impidieron que se siguiera oyendo a los oradores.*

Declarado el punto suficientemente discutido, y puesto el caso a votación, tomóse el siguiente acuerdo... contra el dictamen de la mayoría:

- 1.º Iríamos a caballo.
- 2.º Dos de los criados pasarían al arma de caballería... en mulo, e irían siempre a las inmediatas órdenes de los más delanteros.
- 3.º El mulo restante sería habilitado de un buen par de capachos (que se compraron incontinenti) con destino a almacén ambulante de provisiones.

4.º Se adquirirían dos jamones añejos, un *gato* lleno de vino, y todas las naranjas y todo el pan que admitiesen los capachos. (Este artículo se aprobó por unanimidad, y fue también ejecutado sin dilación.)

5.º El *Criado Mayor*, o sea el *mayor de los criados*, se encargaría, bajo su más estrecha responsabilidad, de este sagrado depósito, con opción a montarse alguna vez sobre los capachos o en las ancas del mencionado tercer mulo.

6.º Un hermoso jumento, sumamente simpático y servicial, que había salido de Granada al mismo tiempo que nuestros caballos, cargado con nuestras maletas y con un costal de cebada, sería relevado de hacer un viaje tan penoso; y, en atención a sus distinguidas cualidades, quedaría en libertad de volverse a las plácidas orillas del Genil, muy recomendado a la benevolencia del arriero que lo acompañaba.

7.º El costal y las maletas formarían también parte de la carga del mulo de los capachos, el cual tendría paciencia si le parecía muy pesada.

Y 8.º * Los otros tres criados seguirían perteneciendo al arma de infantería, y, como muy prácticos en aquellos terrenos, tendrían a su cuidado la constante inspección de vados, torrentes, hoyos, trancos* y despeñaderos, a fin de avisarnos por dónde debíamos echar en cualquier caso de apuro para las bestias.

Montamos, pues, y partimos.¹⁹⁸

¹⁹⁸ Todo este párrafo sigue el estilo propio de la oratoria política de la época, 'estilo parlamentario', que el mismo autor confiesa utilizar. De hecho, en la edición de 1874 está redactado siguiendo claramente la forma del debate parlamentario. Por otro lado, hay que señalar como rasgo característico del estilo del autor el recurrir al lenguaje de diferentes campos del saber, el de la medicina, el del derecho, el de la política, etc., para establecer analogías.

II

Tres alpujarreños. --El Puerto de Jubiley. --Cuesta arriba. --En la cumbre.

--Cuesta abajo

Ya había salido el sol (eran las seis) cuando bajamos al río Grande,* desde donde saludamos a lo lejos por última vez a nuestros buenos amigos de Órgiva.*

Reducidos entonces a pensar en nosotros mismos,* y antes de lanzar el espíritu en descubierta por la emprendida ruta,* nos pasamos revista unos a otros... Pintiparada ocasión es ésta,* por consiguiente, para presentaros nuestros nuevos compañeros de viaje.

Tratábase, como quien no dice nada, de tres jefes de... tribu,* acompañado cada cual de alguno de sus deudos...

Al mayor de los tres jefes lo conocíamos de larga fecha,* y le profesábamos mucho cariño. Era la persona cuyo nombre figura el primero en la dedicatoria de estas páginas; persona respetabilísima, a quien varias veces habré de referirme, con el debido agradecimiento,* cuando hable de Murtas,* su patria y habitual residencia.

El que le seguía en edad era, (y es, y a Dios le pido que siga siendo dilatados años) un hermosísimo Hércules, del género aristocrático y feudal, por el estilo de los *Bourgraves* del drama de Víctor Hugo; pero dotado de una genialidad tan franca y atractiva, a pesar de su aspecto imponente, que a las pocas horas le hablaba yo de tú... sin darme cuenta de ello.¹⁹⁹

¹⁹⁹ *Bourgraves*, o *Burgraves*, príncipes alemanes del medievo que habitaban en castillos fortificados de las laderas del Rin. El drama *Les Burgraves* se representó en la *Comédie Française* de París en el año 1843.

No vacilo en calificar al menor de los tres como uno de los hombres más cabales que andan por el mundo. A un mismo tiempo era diputado provincial, cura párroco (de la próxima villa de Albondón), y un bravo mozo del corte físico de Aben-Humeya. --Como diputado, las puertas del sufragio universal (*portae inferi*) no habían prevalecido contra él: como eclesiástico, había pasado por un crisol de sabiduría; es decir, por el colegio del Sacro-Monte de Granada; y, como andante caballero, familiarizado con montes y breñas, fue aquel día el alma y la vida de nuestra expedición.²⁰⁰

En cuanto a los otros tres alpujarreños, repito que eran parientes de sus jefes muy amados; y, como donde hay patrón no manda marinero, sólo añadiré acerca de ellos (y es su mayor elogio) que ninguno desmentía su sangre.*

Conque, en marcha.*

--¡Caballeros! ¡Al trote,* puesto que lo permite la ancha cuenca de este río!... (gritó de repente el padre cura):* así llegaremos* pronto al pie de aquella montaña, *en cuya cima nos aguarda* el Puerto de Jubiley, famoso por sus fragosidades; *al cual hemos de subir... yo no sé cómo, y de donde luego tendremos que bajar... yo no sé cuando; pues todo ello depende de la doble y terrible prueba a que vamos a someter nuestras cabalgaduras!...*

--¡Al trote! ¡Al trote! --respondimos todos los expedicionarios metiendo espuelas.*

²⁰⁰ La descripción del cura de Albondón pone en claro una vez más la influencia de la literatura del Siglo de Oro en Alarcón; en efecto, el autor presenta la tradicional figura del caballero por excelencia, del hombre de armas y letras renacentista y del Siglo de Oro, 'caballero andante', por más señas, que en el XIX permuta el campo de batalla por el sillón de diputado. Personificación del Antiguo Régimen, de la unión del poder de la Iglesia y del Estado en la persona de un eclesiástico cacique rural del siglo XIX.

Y, al cabo de pocos minutos, estábamos al pie de la montaña a que da nombre el susodicho Puerto.*

¡Bravo! ¡Bravísimo! ¡Bien por los caballos! —dijo entonces uno.*

--Estamos subiendo...* ¡Es posible subir!...—exclamó otro.*

--¿Qué importa que los escalones sean estrechos? (proclamó finalmente el autor de estas líneas, apelando a su gran repuesto de adjetivos, como Sancho apelaba al de refranes).* ¿Qué importa que los *elegantes* cascos de los *nobles* brutos no quepan en los *exiguos* hoyos abiertos por el pie *ruin* de sus enemigos? ¿Qué importa nada? ¡El valor y la inteligencia suplen por todo!--¡Ved, ved, cómo clavan en las escabrosidades de las rocas el filo de las *amplias* herraduras! ¡Ved cómo tantean la *tajada* peña hasta encontrar una base plana! ¡Ved cómo saltan cuando no hay otro remedio! ¡Ved con qué precisión caen donde se proponen! --¡Vítor, vítor a los herederos de Pegaso!²⁰¹

Todo esto era verdad: pero también lo era que el pícaro Puerto de Jubiley se mostraba cada vez más digno de alto renombre.*

«*Senda, de cuidados y martirios, que sólo frecuentan varones de gran abnegación y desprecio del mundo...*» --llamó el gran poeta árabe Ibn-Aljathib a no sé qué camino de la Alpujarra... (Nosotros supusimos que lo diría por aquel.)*

«*Montaña áspera; valles al abismo; sierras al cielo; caminos estrechos; barrancos y derrumbaderos sin salida...*» --dice nuestro viril Hurtado de Mendoza, describiendo la región en que hemos entrado.*

²⁰¹ *Pegaso*, en la mitología griega, caballo alado nacido de la sangre derramada por Medusa al ser decapitada por Perseo. Fue domado por Belerofonte, gracias a las bridas que Atenea había dado a éste. El autor hace una exaltación del caballo por medio de la figura estilística de la repetición, rematada con la comparación hiperbólica de los caballos con el veloz Pegaso.

Rebelada montaña,
 Cuya inculta aspereza, cuya extraña
 Altura, cuya fábrica eminente,
 Con el peso, la máquina y la frente,
 Fatiga todo el suelo,
 Estrecha el aire y embaraza el cielo...*

exclama el inmortal D. Pedro Calderón de la Barca, refiriéndose a estas mismas encumbradas breñas,* en su drama *Amar después de la muerte*.²⁰²

Y más adelante vuelve a decir:

Es por su altura difícil,
 Fragosa por su aspereza,
 Por su sitio inexpugnable
 E invencible por sus fuerzas.

¡Y eso que hablaba de oídas! --Veis, pues, que no hay exageración alguna en mis encomios de la atrocidad de la Alpujarra.--Lo que no haré ahora será* añadir ningún rasgo de mi humilde péñola a los inspirados y autorizadísimos que acabo de copiar.²⁰³ --La fotografía del Puerto queda hecha.

Diré únicamente que, en lo más terrible y dificultoso de nuestra ascensión, solíamos preguntar a los alpujarreños:

²⁰² Drama morisco también conocido como *El Tuzaní de la Alpujarra*. Trata de la rebelión de los moriscos.

²⁰³ *Péñola*, (Del lat. "pinnula", dimin. De "pinna", pluma), 'pluma de escribir, en sentido material o como representación del trabajo o del estilo de un escritor' (RAE).

--¿Hay peor que esto en la Alpujarra?

A lo cual nos contestaban de una manera indefinible:

--Hay de todo: mejor y peor.

Es la respuesta sacramental de aquellos desheredados de la... Dirección de Obras Públicas, --amantísimos de su tierra, a pesar de tantos rigores como les ofrece.²⁰⁴

Decía Tácito, hablando de la Alemania de su tiempo: --«*¿Quis porro, praeter periculum horridi et ignoti maris, Asia, aut Africa, aut Italia relictæ, Germaniam preteret, informem terris, asperam caelo, tristem cultu aspectuque... nisi si patria sit?*».

¡Nisi si patria sit!... -Esta frase equivale a un poema.²⁰⁵

Llegamos, al fin, a lo alto del Puerto.

Allí volvimos los caballos y nos paramos (operaciones ambas que hubieran sido imposibles durante la subida), ansiosos de contemplar a Sierra Nevada.

Sierra Nevada, de la cual estábamos alejándonos,* había surgido detrás de nosotros, a medida que nos elevábamos, como si, poseída de un legítimo orgullo, nos hubiera querido demostrar que nadie, por mucho que suba delante de ella, puede llegar a sobrepasarla, y que, si es tolerante con los humildes y se deja tapar allá abajo por cualquier cerrillo sin malicia, es soberbia con los soberbios, y no consiente que ningún *monte* de sus estados se dé aires de *montaña* en su presencia.

²⁰⁴ Sobre el estado de las vías de comunicación en la época de Alarcón, Carrascosa Salas recoge la siguiente información: "Sólo hay un camino carretero --escribe Pascual Madoz en 1850- que está declarado provincial y es el que se construye a la sazón para comunicar entre sí las ciudades de Motril y Granada... Hay también un camino de herradura que pone en comunicación la Alpujarra y Costa con Granada y otros puntos más lejanos: atraviesa de Este a Oeste el Valle de Lecrín" (731).

²⁰⁵ Esta cita pertenece a la obra de Tácito, *Germania*: "¿quién quisiera dejar el Asia, África o Italia, y por miedo de los peligros de un mar horrible y no conocido ir a buscar a Germania, tierra sin forma de ello, y de áspero cielo, y de ruin habitación y triste vista, sino es para los que fuere su patria?"

¡Nosotros no lo habíamos dudado nunca! Digo más: precisamente por esa razón (¿quién no ama a los soberbios?) venerábamos tanto y tanto a la que más atrás intitulé la «*Madre de Andalucía*»...²⁰⁶ --Y por eso también, aquella mañana, al par que rezábamos el *Credo* y aguantábamos como podíamos la frenética irascibilidad del Puerto de Jubiley, no habíamos desperdiciado ninguna ocasión de echar una mirada al indignado Mulhacén..., que avanzaba a caballo por la serena atmósfera, llenando de terror a todas aquellas sierrecillas de mala muerte.

Pero todavía no es tiempo de hacer la pintura del viejo rey de las montañas, ni de sus hijos, ni de su corte, ni del colosal imperio que gobierna...--Día vendrá (y será el de nuestro viaje especial a Sierra Nevada; --viaje que ha de servir de argumento a la última Parte de la presente obra) en que apreciemos en conjunto el sublime espectáculo que llega a ofrecer, más al comedio de la Alpujarra, aquella asamblea de gigantes de hielo, y en que pueda yo haceros su enumeración, medirlos uno por uno, compararlos entre sí, revelaros sus secretos, mostraros sus tesoros y ponerlos al cabo de todo lo que pasa por allá arriba!...--Tened entre tanto paciencia, y haced, como quien dice, la vista gorda ante los prodigios parciales que nos va mostrando poco a poco el que en un tiempo llamábamos «*reverso de la Sierra*».

Por consiguiente... ¡marchen! --y, al marchar, sírvaos de consuelo que, si ahora no vamos a Sierra Nevada, vamos a otras muchas partes, dignas todas de vuestra benévola atención.*

²⁰⁶ Véase Parte Primera, cap. VII.

Vueltos otra vez los caballos al sur, continuamos nuestra jornada.

Ni en aquella dirección, ni a los lados del desfiladero del Puerto, se veía otra cosa que una intrincada maraña de riscos, tajos y matorrales, puestos de acuerdo con bárbara ferocidad para hacer intransitable aquella altura. --La planta del hombre, ora descalza, ora con sandalia, ora con babucha, ora con alpargate, y la herradura de las bestias, ya cóncava, ya convexa, ya triangular, ya en su actual forma de arco árabe, habían necesitado siglos y siglos para trillar el angosto* sendero que nos servía de hilo de Ariadna en tal laberinto de rocas y arbustos.* ²⁰⁷ --Y como, por otra parte, desde la cúspide de aquel *cerrajoncillo*, más rabioso que elevado, no se descubría sino a trozos el gran panorama alpujarreño, que tanto deseábamos contemplar (y que, según el cura, contemplaríamos a nuestro sabor pocas horas después desde la más despejada cumbre de la Contraviesa), nos dimos prisa a cruzar tan desabridos peñascales...; con lo que muy luego notamos que el pobre Jubiley se daba por vencido, o sea que ya habíamos comenzado a descender por su otra banda.*

El único alto que hicimos fue en presencia del famoso Peñón del Gallo, a fin de oírlo cantar...*

E incurro adrede en esta anfibología para que tampoco sepáis vosotros* si es un peñón o un gallo el que canta* a veces en aquel sitio. --Los alpujarreños de a pie decían que era un gallo *encantado*: los de a caballo que un peñón perforado* horizontalmente por las lluvias, cerca del cual había un eco... --Yo sólo puedo decir que *lo oí* cantar dos o tres

²⁰⁷ *Hilo de Ariadna*, "Ariadna, hija de Minos y de Pasífae, se enamoró de Teseo y lo ayudó a entrar y salir del laberinto con el fin de que pudiera matar al Minotauro". M. Arnaud, *La mitología clásica* (Madrid: Acento, 1995) 48. La comparación del angosto sendero alpujarreño con el hilo de Ariadna y de la Alpujarra con el laberinto de Creta, indica la dificultad del terreno y confiere al lugar un matiz mitológico.

veces, y que me dio calofrío... --¡Era el cuarto gallo fantástico que me hablaba aquella mañana desde el otro mundo!

En fin: cuando ya distaríamos de Órgiva cosa de legua y media, la Sierra de Jubiley se despidió de nosotros, diciéndonos que no podía continuar más adelante, y nos depositó galantemente y con la mayor suavidad en terreno llano, --después de haber hecho todo lo posible por dejarnos sepultados en sus breñas.

III

La nueva primavera. --Coronación de Aben-Humeya. --La Venta de Torviscón.

--Torviscón y su rambla. --Algunos peñones sueltos.

Nuestra caminata de aquel día había de ser una continua serie de transiciones y contrastes. --Nada más natural, estando, como ya estábamos, enfrascados en la tierra clásica de los accidentes topográficos, de las bajadas y subidas, de las quebradas y los promontorios. --La Alpujarra tenía que resultar digna de su nombre.

Por ejemplo: en aquel instante, cuando aún abrumaban nuestra imaginación las escabrosidades del Puerto de Jubiley, recorriamos ya alegremente un apacible vallecillo, en que todo era inocente y delicioso, y donde experimentamos una emoción tan melancólica como dulce. --Hasta entonces, los árboles más subordinados al influjo primaveral; los que sienten correr su savia en febrero; los que ven hinchadas sus yemas en marzo; los que computan el curso de* las estaciones del propio modo que el hombre, y

tienen acaso también su *primavera médica*;²⁰⁸ verbigracia, los almendros, los cerezos, los perales, los guindos y demás frutales tempranos, sólo nos habían mostrado *flores* (que, como es sabido, preceden en ellos al follaje); pero allí, en aquel riente vallejuelo, encontramos ya árboles con *hojas*, o sea *las primeras hojas del año*...

No las ostentaban, es cierto, árboles tan codiciados y preciosos como los que acabo de nombrar... --En aquel paraje no se veía vivienda humana, ni había señales de cultivo... --Pero había, en cambio, una alameda espontánea, compuesta de alisos, olmos y abedules, muy endeble todavía, retoños sin duda de grandes árboles inmolados por el hacha o arrastrados por el río (pues allí había también un río), y estos retoños, erguidos ya y gallardos como mozuelos de quince abriles, eran los que acababan de arrojar unas hojillas tan verdes, tan tiernas, tan nuevas, tan rizadas todavía, que parecían las primicias del amor, de la ilusión y de la esperanza!

Aquellas plácidas sonrisas de la Naturaleza, aquellos brotes de incipientes encantos, aquellos besos de labios vírgenes, aquellas dulces respuestas de la adolescente tierra a las vivificantes caricias del cielo, probábannos, mucho mejor que las flores del Valle de Lecrín que el sol había llegado al ecuador, de camino para nuestro trópico; que no se había equivocado el almanaque; que estábamos en la estación juvenil de las plantas; que la primavera había entrado aquel día...²⁰⁹

¡La primavera! Sea la periódica de la zona en que vivamos, sea la única de la vida del hombre... (y de la mujer), siempre resultará más tristemente patética que el otoño a

²⁰⁸ *Primavera médica*, expresión usada en el siglo XIX, al parecer, para referirse al comienzo de la estación primaveral, periodo propenso a provocar ciertas molestias físicas. La utiliza Leopoldo Alas Clarín en *La Regenta* para referirse a la causa de los males que aquejan a Ana Ozores. En su edición de dicha novela, Gonzalo Sobejano opina que "tal debía ser el nombre dado a ciertas manifestaciones morbosas propias del comienzo de la primavera, como la fiebre del heno, del polen, etc." (1987:110).

²⁰⁹ Personificación de la naturaleza; el autor establece el símil entre la juventud del hombre, aludiendo a la sensualidad, al amor, y la primavera o adolescencia de la naturaleza, que también se muestra llena de sensualidad. En resumen, alusión al tópico clásico de la juventud, como la etapa de los goces de la vida.

los ojos nublados por el llanto...--Y ¡ay! --por poco que se haya vivido, ¿qué ojos humanos podrán permanecer enjutos en presencia de la renovación anual de las campiñas y de los bosques? ¿Quién no echará de menos flores de su alma y frutos de su vida, que huyeron en alas del ábrego para nunca más volver?²¹⁰ ¿Quién dejará de llorar, --no ciertamente el continuo descaecer de su existencia; no ciertamente este providencial envejecer de cada instante, que nos deja el consuelo de vislumbrar, más allá del sepulcro, otra primavera eterna, en cambio de los ensueños e ilusiones terrenales que nos arrebató la edad, --pero sí del amargo destino* de sobrevivir un año y otro, como el despojado tronco herido por el rayo, a la perpetua* muerte de aquellas flores y aquellos frutos, y a la *emigración de las inocentes avecillas que nacieron y anidaban en sus ramas?...

Doblemos la hoja.²¹¹

Doblémosla, sí, y digamos* qué vallejuelo era aquél a que habíamos descendido.

Verdaderamente, más que un valle, era una especie de *estrecho* que servía de tránsito de un valle a otro.

Porque lo cierto es que estábamos pura y simplemente en un escondido recodo del importante río de Cádiar, que venía* de regar, dos leguas a nuestra izquierda,* los amplios vergeles de aquella antigua corte de unos días...

¡Cádiar!... ¡El teatro del drama de Martínez de la Rosa! ¡El lugar aristocrático, donde fue coronado *oficialmente* Aben -Humeya!... --¡Cuánto deseábamos visitarlo!--¡Y

²¹⁰ *Ábrego*, '(del latín "africus", elipsis de "ventus africanus".) Viento sur o sudoeste. (Ant. "ábrigo, áfrico").'

²¹¹ El autor hace referencia en este melancólico párrafo a la muerte de su hija, una de las razones de su viaje, según apunta él mismo en los Prolegómenos; al mismo tiempo utiliza el tradicional tópico literario de la futilidad de la existencia humana, y termina dirigiendo un emocionado apóstrofe al lector.

cómo hubiéramos querido estar dotados del don de ubicuidad, para echar río arriba, al propio tiempo que de sus orillas nos apartáramos, e ir a hacer noche simultáneamente a aquel histórico pueblo, y a Albuñol, y a otras muchas partes!...

Pero ya que esto no fuera posible, ocurriósenos leer y comentar en aquel sitio varios* apuntes que *llevábamos en cartera*, acerca de* la gran solemnidad histórica relacionada con* el nombre de Cádiar; quiero decir, acerca de* la coronación del Reyecillo, --que es como casi siempre apellida Pérez de Hita al que había dejado de llamarse D. Fernando de Válor.

Aquellos apuntes, extractados de muchas historias, decían así:

* “Partido ABEN-FARAG de Béznar, no tardó en seguirlo ABEN-HUMEYA, acompañado de muchos moriscos; y llegando a Lanjarón, halló que el bárbaro tintorero había quemado la iglesia, llena de cristianos».....

*--«De allí pasó ABEN-HUMEYA a Órgiva, donde los cercados de la Torre se defendían, y les requirió con la paz; y viendo que no querían oír su embajada, repartió la gente en dos partes: la una dejó en el cerro, y la otra se llevó consigo a Poqueira y Ferreira»....

* «El día de los Inocentes estuvo en su casa en Válor, y el 29 de Diciembre entró en Ugíjar de Albacete, con deseo, a lo que dijo, de salvar la vida al Abad Mayor, que era grande amigo suyo, y a otros que también lo eran, y cuando llegó ya los habían muerto».

*--«Allí repartió entre los moros las armas que habían tomado a los cristianos, y el mismo día fue al Lugar de Andarax... y dio sus patentes a los moros más principales de los partidos y más amigos suyos..., mandándoles que tuviesen especial cuidado de guardar la tierra, poniendo gente en las entradas de la Alpujarra...

»Hecho esto, y dejando por Alcaide de Andarax a BEN-ZIQUÍ, uno de los principales de aquella Taha, volvió a Ugíjar, donde dio sus poderes a MIGUEL DE ROJAS, su... suegro, y le hizo su Tesorero

general, porque, además del parentesco que con él tenía, era hombre principal, descendiente de los Mohayguages o Carimes, Alguaciles perpetuos de aquella Taha en tiempo de los moros, a quien, por ser muy rico y de aquel linaje, respetaban mucho los Moriscos alpujarreños.

»ABEN-HUMEYA hizo todas estas cosas en un solo día, y aquella misma noche se fue a dormir a Cádiz».

Entre las anteriores noticias figura una, relativa al gobierno interior y vida particular del caudillo agareno, que causó a mis compañeros de viaje tanta sorpresa como disgusto..., siendo lo peor del caso que yo la sabía, y que debí participársela en el Valle de Lecrín cuando encontramos al joven D. Fernando de Válor en compañía de aquella morisca tan hermosa, que, al decir de los historiadores, sólo era su querida...*

Pero, creedme, no procedí de mala fe, sino por olvido: con la gloria se me fue la memoria, y ni por asomos recordé que aquel *raptor o robado* (fueron mis expresiones) estaba *casado* con otra mujer, cuya suerte debía de ser bien desgraciada...--Y, no habiéndome acordado de pensarlo, mal pude acordarme de decírselo,* ni de condenar (como condené luego)* todo lo pérfido y escandaloso de aquella manera de viajar...

*Sin embargo, yo no puedo creer que semejante perfidia con la legítima consorte llegase hasta el extremo de haberla dejado abandonada en la capital y expuesta así a crueles represalias de parte de los cristianos... *--Y, como las historias se callen sobre este punto, atrévome a suponer que la ultrajada esposa viviría habitualmente en el lugar de Válor, en lo alto de la Alpujarra, donde Aben-Humeya tenía su primitiva casa señorial, y que éste iría aquella mañana en su busca, --aunque tan mal acompañado.

¡Desventurada mujer, de cualquier manera!... * ¡Mucho más desventurada, sin duda alguna, de lo que nos la presenta Martínez de la Rosa en su célebre drama!²¹²-- Siquiera allí, en medio de la más horrible catástrofe, aparece muy amada y respetada por su marido, mientras que, como veis, la verdad de las cosas era...*

Pero consolémonos. Tampoco tenía ya motivos para engreírse la hasta entonces preferida morisca; pues, según refiere Hurtado de Mendoza, el joven héroe, al ceñirse la corona de sus mayores, montó su casa bajo un pie severamente... mahometano.

He aquí las palabras del noble historiador:

«Tomó tres mujeres: una, con quien él tenía conversación, y la trujo consigo: otra del Río de Almanzora; y otra de Tabernas, porque con el deudo tuviese aquella provincia más obligada; sin otra con quien él primero fue casado, hija de uno que llamaban Rojas...»

Total... ¡cuatro! *

Ni habían de parar aquí las cosas, --como veremos en su día...-- ¡Ah! El amor fue el talón vulnerable de aquel Aquiles, y por el amor murió efectivamente...*

Pero la hora de tan justo castigo estaba todavía distante del momento en que dejamos a Aben-Humeya durmiendo en Cádiar, o sea de la víspera de su coronación.*

Amaneció al fin este día, y el primer acto del príncipe islamita fue nombrar su Capitán General¹ a aquel D. Fernando el Zaguer, llamado también Aben-Xaguar, de quien ya hemos hablado anteriormente; el cual era tío carnal suyo, hermano de su

²¹² Se refiere al drama romántico *Aben Humeya*, anteriormente mencionado en esta Parte. Véanse Parte Primera, cap. IX, nota 113 y Parte Sexta, cap. III, donde el autor interpola algunas escenas de este drama.

¹ Yo calculo que esto querrá decir su *Ministro de la Guerra*; pues *Generalísimo de sus ejércitos* nombró pocas horas después al HABAQUÍ.

encarcelado padre, y hombre influyente y acaudalado, que había sido la cabeza y el alma de toda la conspiración...²

Mas, dejemos hablar a Pérez de Hita,* inimitable siempre en la descripción de los cuadros pintorescos de aquella guerra en que tomó parte como soldado. –El fue quien nos refirió aquel día* el acto solemne de la coronación de Aben-Humeya, y él es quien debe referíroslo ahora.* --Algo habrá de cierto en su relación.

He aquí sus palabras:*

«Cuando ABEN-HUMEYA vido que el negocio de todo punto era roto y que ya no podía hacer otra cosa sino morir o pasar adelante, mandó que la gente que estaba junta, y de guerra, se recogiese en Cádiar, porque les quería dar orden de lo que habían de hacer, y porque con voluntad suya quería ser coronado.

»Y así, la gente en Cádiar toda recogida, en cierta parte cómoda para el caso (en el campo, porque toda la gente coger pudiese), debajo de una grande y frondosa olivera, se puso un rico estrado, y en él dos sillas ricas puestas, encima de las cuales estaba puesto un rico dosel de seda, reliquia de los pasados Reyes de Granada, y en la una silla se sentó D. FERNANDO MULEY, y en la otra, a su mano izquierda, su tío Aben Chochar, el cual tenía alrededor de sí muchos Ricos-Hombres de aquellos lugares y de otros.

»Y viéndolos Aben Chochar juntos y con ellos una grande tropa de gente armada..., se levantó de la silla, y en voz que todos lo podían oír, comenzó a hablar, mostrando gravedad, lo siguiente:»

(Aquí su discurso, que no os leo, porque es largo, y no tan bueno, ni por asomos, como aquél que pronunció en el Albaicín elogiando las cualidades de la raza morisca. -- Por lo visto, al opulento Aben-Xaguar le daba por la oratoria; pero sus discursos son mejores o peores según las dotes literarias del historiador que los transcribe. La arenga del Albaicín ha llegado a nuestros días extractada por Hurtado de Mendoza, y por eso

² «ABEN-CHOCHAR» llama defectuosamente Ginés Pérez de Hita a ABEN-XAGUAR, sin duda por haber tomado su nombre al oído de boca de los Moros y no acertar a representarlo mejor en nuestra escritura.

reviste unas formas tan severas, clásicas y elegantes³, * mientras que en la oración que aquí omito se echa de ver que el que nos la comunica* es hombre de más imaginación que humanidades.)

«Apenas Aben Chochar (prosigue Pérez de Hita) había dicho estas palabras, cuando todo aquel confuso escuadrón movió un gran alarido, diciendo: «¡Viva el Rey D. FERNANDO MULEY, a quien escogemos, y queremos que lo sea, para que nos defienda y nos ponga en libertad!».

«Y, diciendo esto, muchos de los más cercanos arremetieron a D. FERNANDO, y a él y su silla levantaron en alto, diciendo: «¡Viva el Rey de Granada, MULEY ABEN-HUMEYA!» --Y así le tuvieron en alto una gran pieza.

»Luego comenzaron a sonar músicas, dulzainas y chirimías, y trompetas y atabales, con tanto ruido, que parecía hundirse el mundo. Luego le pusieron encima de la cabeza una corona de plata dorada, y rica, que era de una Imagen de Nuestra Señora y para aquel caso la tenía Aben Chochar proveída.

defendería hasta la muerte. Todo lo cual el REYECILLO juró (que así le llamaremos de aquí adelante), y, habiendo hecho este juramento, todas las chirimías y dulzaynas y otros instrumentos sonaron con gran ruido.

»Luego muchos Lugares vinieron a darle la obediencia y a besar las manos...

»Luego mandó hacer bandera y elegir Capitanes para que se siguiese la guerra. --Los Capitanes que se eligieron son éstos:

»EL Sorri, de Andarax. --Zarca, de Ugíjar. Puertocarrero, Alcaide de Gérgal. --El Maleh, de Purchena. --Hazem, de Vélez el Blanco. --El Gravi, de Vélez el Rubio. --Aben Bayle, de Alcudia. --Farag, negro, de Jerque. --EL Jorayque, de Baza. --El Lale, Alguacil de Macael. --Alhadra, de Ohanes. -- Alrocayme, de Guadix. --El Havaquí, de Guadix. --El Dere, de Andarax. --Gironcillo de la Vega. --El Dali --Los Partales. --Berio. --El Meliluz. --El Corcuz, de Dalías. --El Garras. --El Mohaxar. --El Rentío.

³ Como imitada de un razonamiento de Tito Livio.

»Y, sin éstos, otros muchos Capitanes, el número de los cuales llegó a doscientos y cincuenta, todos de hidalga sangre, nietos, biznietos de muy principales caballeros que en los pasados tiempos gobernaron a Granada y sus tierras...

»Y sobre todos los Capitanes fue uno señalado por general de todos, llamado El Havaquí, varón grave, de buen juicio, valeroso de su persona, de casta de caballeros nobles; era natural de Guadix, o de el Alcudia. --A éste le fue dado el bastón de General contra su voluntad»...

Oigamos ahora a otros declarantes:*

“Coronado que hubieron los Moriscos a su Rey, vistiéronle de púrpura (dice Hurtado de Mendoza), y pusiéronle casa, como a los Reyes de Granada, según que oyeron a sus pasados».

«Por último (concluye Luis del Mármol), ABEN-HUMEYA, dejando gente de guarnición en la frontera de Poqueira..., a 30 días del mes de Diciembre estuvo de vuelta en el Valle de Lecrín, para si fuera menester defender la entrada de la *Alpujarra* por aquella parte al Marqués de Mondéjar».

--¡Vaya bendito de su Dios; que será ir maldito del Dios verdadero!...--
exclamamos nosotros aquel día al llegar a este punto.

Y, mientras el insensato entregaba su fortuna y su vida, y las de millares de hombres, al azar de las armas, recogimos los papeles, montamos a caballo y seguimos adelante pacíficamente, en busca del grandioso panorama que nos proponíamos contemplar desde lo alto de la Contraviesa; ¡de la Contraviesa, jorobado lomo de la Alpujarra, cuyo escalamiento debía hacernos olvidar aquella tarde todas las proezas del asalto por la mañana al Puerto de Jubiley!*

A poco de abandonar el frondoso lecho del río de Cádíar, subimos una cuestecilla que nos condujo inmediatamente a la Venta de Torviscón.

Eran las nueve. Allí almorzamos... de lo que llevábamos *a bordo*, en una alegre plazoletilla que hay a la parte afuera del establecimiento; --establecimiento que nos fue muy útil, sin embargo, puesto que nos proporcionó una mesa del tamaño de una silla, sillas para cerca de la tercera parte de los comensales,* un agua excelente, y la picaresca cháchara del ventero y la ventera, tipos dignos de las novelas menores del Manco de Lepanto.²¹³

La identidad de sus caracteres, su ladina bufonería y la continua broma con que se trataban, llamaron vivamente nuestra atención. --Pocas veces se habrá visto llevar la cruz del matrimonio con tanto donaire, desembarazo y buen humor como ellos la llevaban... (No habían tenido hijos.) --Con dificultad también se hubiera dado una familia más feliz y alborozada dentro de tanta pobreza... (No tenían hijos.) --Eran ya de cierta edad; no viejos seguramente, pero tampoco jóvenes, y jugaban el uno con el otro como dos muchachos de diez años... (No tenían hijos...) --Y, con todo, aquel desmedido júbilo, aquella insustancialidad de su vida, aquel sacramento practicado en chanza, aquella dicha tan fácil y segura, acabaron por inspirarnos compasión... (¡No tenían hijos!)²¹⁴

--¿Quisiera V. haber tenido cuatro hijos, haber perdido dos, y que le vivieran los dos restantes? --le preguntó un día ferozmente a aquella mujer cierto viajero, al tiempo de montar a caballo.*

²¹³ Esta clara referencia a las novelas ejemplares de Cervantes es una prueba más de la influencia que la literatura del Siglo de Oro, y Cervantes en particular, ejerce en esta obra y en toda la trayectoria literaria de Alarcón.

²¹⁴ Los venteros de Torviscón nos traen a la memoria al tío Lucas y a la 'señá' Frasquita de *El sombrero de tres picos*. Véase el capítulo IV de la introducción.

Y es fama que la risa huyó del rostro de la esposa estéril;* *y que su boca se frunció tristemente, al suspirar con una franqueza que llegaba al alma:

--¡Sí, señor!

De la Venta de Torviscón bajamos a la anchurosa rambla del mismo nombre; --lo cual demostraba que nos íbamos aproximando al propio Torviscón, antigua capital de la Contraviesa.²¹⁵

Pero ¡ay! antes de llegar allí, habíamos de formar juicio de lo que significa una *rambla* de la Alpujarra... Esto es: habíamos de sufrir todas las fatigas de los desiertos africanos, --como acabábamos de saborear en el río de Cádiar, a la bajada del Puerto de Jubiley, todas las dulzuras de los oasis.--Las mutaciones escénicas de aquella jornada no podían ser más bruscas ni más frecuentes.

¡Calor y arena!... --He aquí resumida la hora interminable (de las diez a las once) que pasamos subiendo la rambla de Torviscón.--No corría un pelo de aire... Se respiraba fuego... ¡Ni un palmo de sombra por ningún lado!... --Hubiérase dicho que viajábamos por el mismo globo del sol, o que el sol había incendiado la Tierra.

“¡Arena, y calor siempre...”, o, a lo menos, hasta agotar nuestro sufrimiento!... --Aniquilado todavía mi espíritu, sólo con el recuerdo de aquella marcha, no encuentra mejor manera de definirla. --¡Y eso que estábamos en marzo!

²¹⁵ *Torbiscón*, hoy escrito Torviscón, municipio perteneciente al partido judicial de Órgiva. Situado junto a la rambla del mismo nombre. “Fue sede de señorío y ‘estado’ en el siglo XVI, debido a su situación en las proximidades del Guadalfeo y de ser paso obligado de penetración a la Alpujarra del interior y hacia la costa” (Carrascosa Salas 437). Véase la nota 1 del autor sobre esta población.

No diré, pues, más. --Añadid vosotros ahora toda la arena y todo el calor que os dé la gana.²¹⁶

Quiso, al fin, Dios *que Torviscón apareciese a nuestros ojos, anclado en la rambla, y sirviendo como de cobertera a un aplastado cerrete...

--¡Bendito sea el hombre, que ha inventado los pueblos para que descansen los caminantes!... --exclamamos todos en aquel momento, plagiando al Luciano del siglo XVIII.²¹⁷

Y pusimos* la proa a Torviscón, en busca de unos minutos de respiro, no sin darnos cuenta de la rarísima particularidad de no haber encontrado* en todo el día ni un solo *caminante* en ninguna de las sendas que habíamos recorrido.

La alta meseta* que sirve como de peana* a la noble y vetusta villa en que íbamos a entrar, no impide que sus habitantes recelen* verla sepultada bajo olas de arena, o arrancada de cuajo, el día que menos se lo figuren, por los espantosos aluviones que la Contraviesa envía frecuentemente a aquella endemoniada rambla. --Profesan, pues, los torvisconenses cierto linaje de cariño y de agradecimiento a un enorme y elegante* peñón enclavado en medio de ella, un poco más arriba del pueblo, precisamente en el punto más peligroso.* El “Peñón de Pinos” creo que se nombra, y de su solidez y enormidad* esperan que seguirá protegiéndolos como hasta aquí contra cualquier furiosa acometida de las aguas.

²¹⁶ Invocación al lector; de este modo establece una estrecha relación con el lector. Se trata de un recurso narrativo utilizado en varias ocasiones por Alarcón a lo largo de la obra.

²¹⁷ Se refiere a Voltaire, pseudónimo de François Marie Arouet, (1694-1778), escritor y filósofo francés y uno de los máximos representantes de la Ilustración francesa. Heredero de la ironía del sofista Luciano de Samosata.

Hacen bien en confiar en él... --¡Se lo digo yo! --(Así conviene* hablar en este mundo.) --Aquel *monolito, rodado de la próxima montaña durante algún terremoto contemporáneo de Matusalén, y donde quiebra y tuerce visiblemente la primitiva proyección de las avenidas, es y será inmovible..., mientras no ocurra otro cataclismo como el que le hizo establecerse allí; y, para tales contingencias (de que Dios libre ya a nuestro planeta; pues bueno está como se halla; sobre todo para el poco tiempo que permanecemos en él *ahora* los mortales: --¡Matusalén vivió novecientos diez y nueve años!), fuera un exceso de lujo tomar ningún género de precauciones.

Torviscón, donde paramos una media hora, nos recordó aquellas ciudades... favoritas del sol, que *describe Eugenio Fromentin en su hermoso* libro “*Un été dans le Sahara.*” --¡Tan grato nos fue el sosiego de siesta que reinaba en la villa!* ¡Tan sabrosa nos resultó la sombra de sus calles! ¡Tan intensamente *meridional* era su aspecto!* ¡Y tan inestimable don del cielo nos pareció allí el agua fresca!²¹⁸

Aparte de esto, la discreción y afabilidad de los dos o tres indígenas* con quienes cruzamos la palabra; el aire grave y circunspecto que conserva aquella antigua residencia de poderosos corregidores y cabeza luego de un juzgado de primera instancia; el sentimiento de respeto que no pudo menos de inspirarnos, por lo inmerecida, su actual decadencia oficial;* las noticias que teníamos de su creciente* riqueza agrícola y de lo preciados que son sus frutos en España y en el extranjero; y, en fin,* la consideración, que ya he apuntado antes, de que aquella era la tradicional metrópoli de la Contraviesa¹,

²¹⁸ Eugenio Fromentin, (1820-1876), pintor, crítico de arte y escritor francés. Viajó a Egipto y a Argelia. En su obra *Un été dans le Sahara* (1857) describió mediante imágenes sensoriales el paisaje africano. Al mencionar a Fromentin, Alarcón establece una analogía entre ambiente oriental y exótico de las naciones africanas y los pueblos de la costa alpujarreña.

¹ Torbiscón tiene 2,422 habitantes, comprendidos los ochenta y tantos cortijos y caseríos de su extensa jurisdicción. --Hoy pertenece al Partido judicial de *Albuñol*

fueron nuevas razones* para que la imagen de Torviscón, siquier entrevista tan ligeramente, se grabase en mi* memoria con indelebles rasgos, y lo son hoy para que me complazca* de este modo en su agradabilísimo recuerdo...

A la salida de Torviscón nos esperaba otra hora de angustias semejantes a las que sufrimos a la entrada... Es decir, que desde las puertas de la villa hasta el pie de la Contraviesa, seguimos caminando* siempre por aquella perdurable rambla, circuida de cerros, privada de toda ventilación y cada vez más encendida...

Por eso nunca olvidaré nuestros amorosos requiebros y tiernos abrazos a* otros dos o tres peñones, semejantes al de Pinos, que encontramos de pie, enteramente solos, en mitad de la arena, y escalonados a larga distancia uno de otro, como gigantescas estatuas del dios Término, o más bien como estaciones o ventas colocadas allí por el verdadero Dios para hacer posible la travesía de aquel desconsolado erial...²¹⁹

Sobre todo, uno de ellos, más alto que los demás, cuadrado y erguido como una torre, y algo cóncavo por la cara que miraba al septentrión, nos enamoró de tal modo y obligó tanto nuestra gratitud que, si yo fuera rey, lo volvería a colocar sobre la montaña de que se desprendió contra su gusto...

Porque habéis de saber que, entre la escasa sombra *exterior* (llamémosla así) que el peñón proyectaba hacia el norte a aquella hora, y la sombra *interior*, hija de su concavidad, resultaba, en medio del reverberante y abrasado desierto, un espacio oscuro, fresquísimo, recamado de húmedas hierbas, y hasta de flores salvajes, capaz de contener,

²¹⁹ *Término*, dios romano protector de las señales y las lindes, fue representado primero por un mojón y después por un Hermes, un bloque de piedra coronado con una cabeza (Arnaud 78).

como contuvo, y de consolar, como consoló, simultáneamente, a media docena de caballeros y algunos peones, --por más que el sol se hallara a la sazón sobre aquel meridiano.*

Allí nos guarecimos, sí, los que íbamos a vanguardia, y allí estuvimos como unos príncipes, hasta que llegaron nuestros compañeros y *nos relevaron*, según era justo; quedándose ellos entonces de guarnición, por otros breves instantes, en aquella umbrosa isla rodeada por un océano de fuego... --Todos a la vez no habríamos cabido.

Partimos, pues, nosotros en busca de un nuevo peñón;* --pero ya no encontramos ninguno; visto lo cual, y como prenda de cariño, bautizamos a aquél desde muy lejos con el nombre de Peñón de Zorrilla, en conmemoración de estos dos gráficos versos del príncipe de los trovadores modernos:

.....

Al ronco son de bárbara guitarra,

Debajo de un *peñón* de la Alpujarra.²²⁰

Pero, si no encontramos otro peñón, en cambio pusimos los caballos al galope (a riesgo de que se asfixiasen), con tal de salir de una vez de aquella insupportable rambla... Y, en efecto, gracias a un remedio tan heroico, pocos minutos después nos vimos, *al fin*, libres de ella, arrimados a una altísima montaña y guarecidos a la sombra de dos o tres corpulentos árboles.

²²⁰ versos pertenecientes al poema épico *Granada*. Véase nota 48. Es de destacar la influencia de la obra de Zorrilla en la concepción orientalista-romántica de la Alpujarra en esta obra de Alarcón.

Allí principiaba una cuesta, que se encaramaba desde luego de roca en roca con dirección a las nubes...

--¡Por ahí tenemos que subir!... --nos dijo un alpujarreño.

--¡Mejor! --contestamos los demás, hartos de arena y de llanura.

Era la famosa Cuesta de Barriales.

Estábamos al pie de la Contraviesa.²²¹

IV

Subida a la Contraviesa. --Historia de una uva

Estábamos al pie de la Contraviesa...; es decir: había llegado el momento solemne de trepar a la gran montaña interior del amurallado recinto alpujarreño, --de la cual el cerrajoncillo que salvamos aquella mañana, nieto suyo e hijo de Sierra de Lújar, no había sido más que una especie de avanzada* o destacamento de caballería ligera, comandado por el impetuoso Jubiley.

Desde lo alto del puerto de este nombre habíamos contemplado la línea septentrional* de la Alpujarra...; esto es, una octava parte de los misterios que anhelábamos descifrar... --¡Desde lo alto de la Contraviesa, o sea desde el eminente Cerro Chaparro, contemplaríamos, como a vista de pájaro, toda la Alpujarra, absolutamente toda, de la frontera del norte a la del sur, de la del este a la del oeste!

Así nos lo prometía, por lo menos, en elocuentísimas arengas el joven cura de Albondón complacido hasta lo sumo al ver el entusiasmo que nos inspiraba aquella

²²¹ La Contraviesa es la "cordillera secundaria paralela a Sierra Nevada y a la costa" (Carrascosa Salas 178).

poderosa naturaleza de él tan querida. --Hubiérase dicho que era Pedro el Ermitaño, describiendo a los cruzados la hermosura de Jerusalén, a fin de animarlos a sufrir con paciencia las penalidades del camino.²²²

Emprendimos, pues, la subida.

Ésta fue asunto de dos horas de reloj, repartidas en *mil cuatrocientos metros* de desnivel¹ (un verdadero asalto); pero, así y todo, no nos pareció tan ruda como la ascensión al Puerto de Jubiley. --O ya *nos íbamos haciendo*, como suele decirse en aquella provincia, o la expectativa de las grandes revelaciones topográficas que nos aguardaban en la cumbre aumentó nuestras fuerzas en aquel otro *sendero de palomas*.

Confieso, sin embargo, que más de una vez nos causó horror considerar el aspecto que ofrecía nuestra larga caravana, trepando, arañando, gateando ladera arriba, en redoblado *zigzag* o receñidas eses, como una culebra de desmesuradas proporciones...-- Imaginaos, si no, la cosa en su prosaica realidad.

Si (pongo por caso) ibais de los últimos, sólo veíais sobre vuestra cabeza, a muchos metros de elevación, lucientes herraduras y cinchadas barrigas de mulos o caballos; suelas de colgadas botas, apoyadas en estirados estribos, y tal vez las ventanas de las narices de algún amigo del alma, o la parte inferior de las alas de su sombrero...— “¡Espeluznante escorzo, vive Dios! (os decíais llenos de espanto). --¿En dónde se apoyan las bestias para ir subiendo de ese modo por una pared casi vertical? ¿Qué nos pasaría a todos los que marchamos aquí abajo, en esta retorcida deshilada, si por evento cayera uno de los que cabalgan allá arriba?--¡Todos, (os respondíais), todos iríamos rodando a los

²²² *Pedro el Ermitaño*, Nacido en Amiens, Francia, (1050-1115), predicó en Europa la Segunda Cruzada contra el Islam. Partió hacia Tierra Santa con más de 20.000 seguidores e intervino en la conquista de Jerusalén.

1 La *Rambla de Torbiscón* estará a unos 1,300 pies sobre el nivel del mar. La cumbre de la *Contraviesa* (Cerro Chaparro) se halla a 6,387: -exactamente la mitad de la altura del *Mulhacem*.

profundos infiernos, empujado cada cual por su vecino!”--Y, en prueba de ello, de vez en cuando, sentíais caer sobre vosotros menudas chinas (afortunadamente eran menudas), desprendidas por los apurados cuadrúpedos que hacían equilibrios en lo alto...

Ahora: si, en virtud de haber tomado individualmente por algún breve atajo, creyéndolo menos peligroso, caminabais *entre los más delanteros, y os ocurría mirar por encima del hombro hacia aquella reata de jinetes escalonados a vuestros pies, --todos de perfil; el uno vuelto a la izquierda, el otro a la derecha, y así alternadamente hasta el remate de la procesión, --no podíais menos de reiros en medio de vuestro saludable miedo; pues os parecía que cada uno de los de atrás iba colgado de la cola o de las patas del caballo del de adelante, formando en suma una de aquellas escalas vivas por medio de las cuales bajan los monos a beber agua a los pozos de los desiertos de África....

¡Y, en los dos casos, fueseis a la zaga o la cabeza, no comprendíais cómo habíais subido por donde la retaguardia estaba subiendo, o cómo habríais de subir adonde ya se encontraba la vanguardia!

Todo lo cual *era todavía preferible al llanísimo arenal de Torviscón....--¡Siquiera allí, en la Cuesta de Barriales, en los escalones de la Contraviesa, hacía algún fresco a ratos, corrían ráfagas de aire al embocar con éste o aquel gollizo remoto, y encontraba uno tal o cual árbol o desgajada peña a cuya sombra encender un cigarrillo!²²³

«Tal o cual árbol» he dicho; ¡y no era así seguramente como me cumplía expresarme con relación a la Contraviesa!-- * sus lomas y barrancos ostentaban por

²²³ *Gollizo*, ‘garganta, paso estrecho entre montañas’ (RAE).

doquier, entre otros vegetales menospreciados, dilatadas viñas, extensos bosques de almendros e infinidad de blanquecinas marañas de seculares higueras.

Uvas, almendras, higos... He aquí las principales cosechas de aquella zona, al parecer salvaje. --Pero ¡qué higos, qué almendras y qué uvas! --«¡De la Alpujarra!...» se dice en toda Andalucía, como suprema recomendación, al ofreceros esos tres frutos. --Y, para los inteligentes, no hay más que decir.

Cuando vayamos a Turón, discurriremos especialmente acerca de los higos: --En Murtas tendremos ocasión de juzgar las almendras: --aquí me toca hablar de las uvas.

La uva peculiar de la Alpujarra, a cuyo prototipo da nombre cierta villa de Ohanes, distante de aquí una jornada de mal camino,* es grande, oblonga, dura..., y pálida y transparente como la cera.²²⁴

Esta uva no fue ni será* nunca hollada por el pie brutal del hombre, ni se ve compelida, *ipso facto**, a reventar para dar de sí la gran maravilla del mosto... Tampoco va desde la cepa a los pobres* mercados de la provincia, en fresco y apretado grumo, que penda luego de la mano de un cualquiera, para que este cualquiera lo desgrane paulatinamente,* por vía de postre, hasta dejarlo reducido a un esqueleto o escobajo... Menos aún envejece y* se transforma en arrugada *pasa*, como ocurre* con las uvas de la vecina costa... Y ni por casualidad siquiera tiene la desdicha de figurar* en eso que se llama un *hilo*,* para pudrirse de impaciencia, colgada meses y meses del techo del harem de un metódico sibarita, empapelada o sin empapelar, y dando origen a este decir de mi pueblo: «¡Anda... que eres más tonto que un hilo de uvas!».

²²⁴ *Ohanes*, pequeña población de la Alpujarra almeriense, situada a 958 metros de altitud, al pie de Sierra Nevada. "Con barrancos subrayados con las cintas verde-claro de sus viejos parrales" cita de la obra de J. Sermet *L'Espagne du Sud* (Carrascosa Salas 257).

No, señor, no; la legítima uva alpujarreña no llega nunca a ser madre... (del vino); ni viene a parar en fácil bacante que sólo dure lo que los festines de otoño; ni acaba en solterona que se pase y acartone, como la *Eugenia Grandet* de Balzac, y sólo sirva a la vejez para sazonar, vestida de oscuro, tal o cual especie de *pouding*; ni es, en fin, jamás emparedada odalisca que *espere vez* entre otras frutas en la despensa de un goloso, del modo y manera que refiere Lord Byron en el Canto VI de su *Don Juan*...--¡La uva de la Alpujarra cumple una misión más noble! --La uva de la Alpujarra se mete monja, vive cenobíticamente, y muere virgen.²²⁵

¿Cómo así?--Vais a saberlo.

El vendimiador de la Alpujarra principia por construir muchas cajas de madera. Sube luego a lo alto de su montaña, donde se crían unos magníficos alcornoques, y les arranca la piel..., quiero decir, el corcho. Muele este corcho hasta pulverizarlo, y con aquella materia, que es el mejor preservativo que se conoce contra la corrupción... de las uvas, llena las cajas susodichas. En seguida coge unas tijeras, y va cortando de cada racimo, una por una, las bayas más perfectas, limpias y sanas, separándolas para siempre de las otras. Consumado esto, procede a esconder entre el corcho pulverizado, también una por una, y en riguroso orden, las uvas elegidas, procurando que estén incomunicadas, no sólo entre sí, sino* con el aire atmosférico. Y, por último, cierra y clava las cajas con el mayor esmero posible, y échase a dormir completamente descuidado, como quien sabe que aquellas reclusas pueden pasar allí años y años sin ninguna clase de detrimento....

Lo que sucede después no es culpa mía, ni tampoco de las uvas alpujarreñas.--Es culpa del vendimiador y del grado de locura a que ha llegado nuestra pobre Europa. --*El

²²⁵ De nuevo el autor utiliza el recurso de la personificación para describir la uva, como, según hemos visto, hizo con las naranjas del Valle de Lecrín. Véase Parte Primera, cap. IX.

vendimiador, después de haberse esmerado tanto en la construcción y disposición de sus conventos de uvas, los saca luego a pública subasta, a modo de bienes nacionales; y como quiera que los ingleses y los rusos son herejes;* como además de herejes, son muy ricos; y como, a pesar de ser tan ricos, no tienen viñas en su país...; acontece que compran dichas cajas de uvas alpujarreñas,* y ni respetan clausura, ni respetan votos, ni respetan nada. --Vese, pues, a estas vestales españolas (pálidas y transparentes como la cera, que dije más atrás) morir mártires en las más abominables metrópolis del Norte, devoradas por una especie de osos protestantes, o cuando menos cismáticos, cuyos dientes, ennegrecidos y desportillados por el escorbuto... ¡Ah! ¡Qué horror!... No puedo continuar...*

Resumiendo: las uvas de la Contraviesa se exportan por Almería, Adra o Motril con destino a las naciones septentrionales de Europa.*

Por lo que respecta a nuestro viaje o escalamiento, dicho se está que proseguía sin interrupción... posible, --mientras que yo me esforzaba de aquel modo por encerrar el universo en una uva.

Tocábamos ya, pues, casi a la cima de la Contraviesa, y veíamos debajo de nosotros muchas de sus fértiles cañadas (llenas de cortijos y casas de labor), bien que no extensos y remotos horizontes... --En cuestas como aquélla, no se va descubriendo terreno a medida que se asciende; sino que hay que llegar a lo alto para descubrirlo todo de un golpe.

Nuestra ansiedad era, por consiguiente, extraordinaria cuando, a eso de las dos de la tarde, comprendimos que nos faltaba muy poco para salir a la plataforma de Cerro Chaparro.

--¡Prepárense Vds. a la gran emoción! (nos decía desde lejos el buen cura con su voz de misionero y su gran instinto dramático). --¡Desenvainen lápices y carteras! ¡Estamos llegando a la cumbre!

Y nosotros sacábamos fuerzas de flaqueza, y se las hacíamos sacar a los caballos, para ganar los últimos escalones de la montaña...

¡Llegamos al fin!...

El cielo avanzó por encima de nuestras cabezas, como un mar que rompiera sus diques, e invadió un inmenso espacio circular, anegando y sepultando bajo sus olas todos los montes que hasta allí nos habían parecido insuperables...

Sólo nosotros quedamos flotando en el general diluvio... Sólo nosotros dominamos entonces, en muchas leguas a la redonda, la vacía soledad del aire.

La Alpujarra entera estaba a nuestros pies.

V

Mapa de piedra y agua

Realizábase, pues, en aquel momento mi deseo de toda la vida. La revelación era completa. ¡Todo el ámbito de la inexplorada región se hallaba descifrado ante nuestros ojos!

Sí; desde allí descubríamos todo el suelo alpujarreño... *orográficamente considerado*; esto es, la misma Sierra Nevada, toda la Sierra de Gádor, toda la Sierra de Lújar, y toda la costa, toda la orilla del mar... --¡Las cuatro fronteras, en fin, de la comarca de mis sueños!

¡El mar! --¡Calle todo ante su grandeza!--¡Salud al mar, siempre nuevo, siempre joven, siempre el mismo!--¡Salud al mar, indiferente a los estragos que los siglos y los hombres hacen en esta caduca Tierra, patria de los calendarios y de los mortales!--¡Salud al mar, que no entiende de razas ni de civilizaciones, y que así acaricia con sus olas el litoral de África como el litoral granadino, y del propio modo se encoge hoy de hombros ante nuestra república ateísta, que ayer se encogía de hombros ante... Aben-Humeya!--
¡Salud al mar!...²²⁶

Pero he exagerado un poco al decir que se veía *toda la costa*, cuando precisamente lo que había allí de más notable era: --¡que se divisaba una gran extensión del líquido elemento, sin descubrirse por eso sus playas! Más claro: ¡los oteros australes

²²⁶ El autor utiliza el apóstrofe para la exaltación del mar y aprovecha para incluir una digresión más sobre su visión de la sociedad contemporánea.

de la Contraviesa se destacaban sobre la bóveda del mar, --en vez de destacarse, como los otros montes, sobre la bóveda del cielo!--Y digo la *bóveda del mar*, porque desde aquella suma eminencia (¡oh maravilla!) veíamos el Mediterráneo..., no debajo de nosotros como una llanura, sino colgado del firmamento como un telón; no tendido en semicírculo horizontal, como resulta cuando se le mira desde sus riberas, sino levantando un enorme arco, o más bien un enorme disco, sobre la línea del horizonte, cual si fuese una inconmensurable sierra de agua!--Nunca había reparado yo hasta entonces en aquel sorprendente efecto de óptica, --que, si no me engaño, se debe, entre otras causas, a la redondez (tantos siglos desconocida) del planeta en que tengo la honra de escribir* estos renglones...²²⁷

Por cierto que detrás de aquel arco o mitad de disco, o sea por encima de él, se percibían vagamente, no obstante* esa redondez de la tierra, algunas cumbres del gigantesco Atlas, rey de los montes africanos... --¡Tan elevadas se hallan sobre el nivel del mar!...--Pero, como nos constaba que en la prosecución del viaje habíamos de distinguir varias veces, y mucho más claramente que aquella tarde, la que ya hemos llamado “*Sierra Nevada del Imperio de Marruecos*”, *aplazamos para entonces todas las consideraciones a que se prestaba aquella exótica lontananza... aún a los ojos de los que no teníamos parientes moros, judíos, renegados, presidiarios, ni de guarnición en Melilla...²²⁸

Reduzcámonos, pues, también ahora a la contemplación de la Alpujarra, dejando en paz el vecino continente. --Miremos, sí (ya que, gracias a Dios, la tenemos ante la vista), la célebre tierra por que tanto hemos suspirado, y no seamos como los ambiciosos

²²⁷ Para la descripción de la panorámica que divisa desde la cumbre de la Contraviesa, el autor utiliza el recurso retórico de la antítesis para resaltar la emoción sentida en dicho momento.

²²⁸ *Sierra Nevada del Imperio de Maruecos*, Véase Parte Primera, cap. II.

o los amantes, que matan, al mismo tiempo que el deseo, la cosa deseada, y en seguida se ponen a llorar por lo que queda.

Y bien; desde lo alto de Cerro Chaparro se veía lo siguiente...

Pero digamos antes lo que *no se veía*.

No se veían ni los pueblos, ni las vegas, ni las playas, ni las puntas, ni las torres (¡unas de *carabineros* y otras de *faros*!) que bordan, según descubrimos más adelante, las solanas y el zócalo de aquellos colosales cerrajones.²²⁹

No se veían tampoco (sino vagamente indicados por las curvas y vueltas de un redundante laberinto de cerros y gargantas) los valles interiores de aquella entrecortada tierra, --todos los cuales quedaban *ocultos* (como en una especie de *subsuelo*, que dicen las leyes de minas) bajo el recio oleaje formado por tantas sucesivas eminencias.

Menos aún se veían (aunque se adivinara su trayecto) los prolongados ríos de Cádiar, de Yátor y de Adra, --cuyos hondos lechos seguía la imaginación leguas y leguas, sin más ayuda que el continuo paralelismo con que serpenteaban ciertas y ciertas lomas.

No se veían, en fin, ni tan siquiera los mismos pueblos de la Contraviesa, a pesar de encontrarnos encima de casi todos ellos.

¡Tanto influye la más leve oblicuidad del punto de vista en la perspectiva del dédalo de escarpaduras y derrumbaderos que constituye la Alpujarra... --como, en el

²²⁹ En época nazarí, muchas torres vigías y atalayas fueron construidas o reparadas para defender las costas del reino de Granada; "a una distancia unas de otras relativamente uniforme (6 a 8 Kms.), perfectamente enlazadas", cita de Torres Delgado en (Carrascosa Salas 243). Después de la Reconquista, y con la expulsión de los moriscos, algunas se reedificaron y otras se construyeron de nuevo, hasta la llegada del siglo XVIII, última etapa de las construcciones militares en la zona. J.Gil Sanjuán y M. Pérez de Colosía, *Imágenes del poder* (Málaga: Universidad de Málaga, 1997) 329. En el siglo XIX, las torres vigías fueron utilizadas para combatir el contrabando. Muchos de "los restos de carcomidos castillos", torres vigías y atalayas de la Alpujarra se conservan aún.

orden moral, influye también mucho en nuestras ideas y sentimientos el punto de partida *de nuestras apreciaciones, o sea el aspecto más o menos *escorzado* que nos ofrecen el mundo y la vida!

Pero, aún así, ¡cuán revelador y cuán interesante era aquel desmesurado mapa de piedra y agua que nos exhibía, *en escala natural*, el efímero reino de Aben-Humeya! ¡Cuán imponente resultaba aquel panorama de ochenta leguas cuadradas de tierra firme y de no sé cuántos centenares de leguas cuadradas de flotantes olas, del cual nuestras pupilas sacaban una descompasada fotografía, iluminada y colorida por el pincel de la Naturaleza! ¡Cuán grandioso era, en una palabra, todo *lo que se veía*!

Digo más: considerando bien las cosas, veíamos con los ojos del espíritu aún aquello mismo que *no se veía*; --como se contemplan *imaginativamente* todas las calles, casas y personas de una vasta población cuando, desde su más empinado campanario, se pone uno a tirar líneas y echar cálculos sobre un piélago de tejados y azoteas...

Ni ¿qué otra cosa era el revuelto océano de montes que dominábamos desde allí, sino los tejados y azoteas de la Alpujarra, debajo de los cuales estaban sus valles, alias sus plazas; sus ramblas, alias sus calles; sus barrancos, alias sus callejones, y sus pueblos, alias sus gentes?

Ochenta leguas cuadradas, vuelvo a decir, ocupaban aquellas cordilleras sucesivas, aquellas encrespadas olas inmóviles (semejantes a las que el hielo petrifica en los mares del Polo), aquellos ejércitos de cerros, aquellas cumbres amotinadas; verdes unas; pardas otras; blancas éstas; rojas aquéllas; cuáles erizadas de cenicientas rocas; cuáles dentadas de negros riscos; dónde vestidas de aterciopeladas siembras; dónde coronadas de oscuras encinas; aquí dibujándose en el azul del cielo, que resultaba de

color de esmeralda comparado con el azul de Prusia del mar; allí destacándose sobre las limpias nieves de Sierra de Gádor, o sobre los amarillos arenales del Campo de Dalias...

Verdaderamente, tal espectáculo tenía mucho de extraordinario y maravilloso. -- ¡Qué soledad tan engañadora! -- Aquel suelo, que no era suelo, sino la techumbre de la Alpujarra, (escondida allí debajo, como una nación de trogloditas), podía compararse a las espesas capas* de ceniza y tierra vegetal que disimularon* durante diez y siete siglos la supervivencia de Pompeya. -- Así es que nuestra curiosidad de conocer los pueblos y valles alpujarreños subió más y más de punto al ver la tenacidad con que se ocultaban, y sobre todo al oír a nuestros compañeros de viaje hacernos su enumeración y señalándonos con el dedo el lugar en que caía cada uno...*

Pero concluyamos ya, diciendo algo de la Contraviesa en sí, o sea de su propia configuración.

La Contraviesa es una cordillera secundaria, paralela a Sierra Nevada y a la costa;* lo cual* quiere decir que, mientras los demás hijos del Mulhacén corren de norte a sur, ella corre de Poniente a Levante. -- De aquí su particularidad y el llamarse como se llama.

La Contraviesa es, por lo tanto, también* el gran contrafuerte o antemural del Mulhacén por la parte del sur, como Sierra Arana., en el partido de Iznalloz, lo es por la parte del norte. -- El río de Fárdes responde al río de Cádiz.

Para los principales geógrafos españoles (y también en mi humilde opinión), el Cerrajón de Murtas y la Sierra de Lújar, forman parte integrante del sistema de la Contraviesa. -- La Contraviesa, tiene, pues, once leguas de longitud, bien que no en línea recta.*

El corresponsal del Sr. Miñano en la Alpujarra (corresponsal que debió de ser un hombre muy ilustrado), le dijo que «las Puntas de Carchuna y de Guardias Viejas parecen dos áncoras arrojadas al mar por la Contraviesa para afianzar su estabilidad en el punto que ocupa en la Península».²³⁰ --Yo, por decir también algo gráfico, añado: que la *Contraviesa* parece una pantera enorme, de *remendada piel*, cuya cabeza es la Sierra de Lújar; cuyas manos se llaman la Punta de Carchuna, y la Sierra de Jubiley; cuyas patas forman los montes de Adra y los cerros de Cojáyar, y cuya cola se extiende tanto como el Cerrajón de Murtas.

Finalmente: la cadena de la Contraviesa es la espina dorsal de la Alpujarra; el eje de su esqueleto; lo que la quilla en un barco, vuelto lo de abajo arriba; lo contrario de lo que sería la misma Contraviesa, vuelto lo de arriba abajo.

VI

Singularidad de las montañas alpujarreñas

No bien nos convencimos de la gran verdad con que termina el capítulo anterior, echamos pie a tierra y nos sentamos al pie de unas robustas encinas que, en unión de los susodichos desollados alcornoques, sirven allí de penacho a la Contraviesa.

²³⁰ *Sebastián Miñano y Bedoya*, (1779-1845), clérigo y erudito español, autor del *Diccionario geográfico y estadístico de España y Portugal* publicado en 1829.

Serían las tres de la tarde. Para bajar a Albuñol, término de nuestra jornada, nos bastarían dos horas. --Podíamos, por consiguiente, descansar en aquella altura, donde hacía menos calor,* pero en la que, sin embargo, no venía mal la sombra de los árboles...

Salieron entonces a relucir las naranjas, el vino y las sabrosas pláticas propias de las amistades recientes, todo lo cual encerraba* una poesía inmensa en aquella región, más frecuentada por las nubes que por los hombres...

Entre tanto; sumando ya en nuestra imaginación todo lo que acabábamos de ver en globo desde allí y todo lo que llevábamos visto más al por menor desde que salimos de Órgiva, principiamos a caer en la cuenta de la verdadera singularidad de la Alpujarra, -- singularidad que la hace diferenciarse esencialísimamente de los demás países montuosos de Europa...

Entonces uno de nosotros pidió la palabra; y, bien que no tomando *un puño de bellotas en la mano* como D. Quijote (pues las encinas no daban más que sombra en aquella estación); pero sí tendiéndose a la larga sobre un lecho natural de seco musgo, y fijando los ojos en aquellos árboles seculares que tantas bellotas habrían criado, -- enderezó a la reunión (tendida también boca arriba en aquella azotea del globo terrestre) el siguiente elocuentísimo discurso:* ²³¹

¡Pues, señor, está visto; y se equivoca el que se figure lo contrario! --No basta,* haber recorrido la cadena de los Alpes o la de los Pirineos (entre las cuales ocupa el término medio, como elevación, la cadena de Sierra Nevada); ni tampoco basta* haber

²³¹ Párrafo, a modo de exordio del discurso que sigue, solicitando la atención del lector. De nuevo, el autor recurre al *Quijote*, concretamente al capítulo XI de la Primera Parte. Alarcón cita textualmente las palabras e imita el gesto de don Quijote al comenzar el famoso discurso de la Edad Dorada. Véase nota 442.

contemplado la faz septentrional de esta misma sierra, para poder figurarse* la fisonomía general de los montes y valles que van apareciendo a nuestros ojos.

Los Alpes y los Pirineos, y todas las montañas de nuestra zona, ofrecen a la vista un mismo carácter... más o menos pronunciado, según su altura barométrica y su latitud geográfica..., pero siempre idéntico en sus rasgos principales.* --Nebulosas cimas, húmedas laderas, espumantes cascadas, brumosos lagos; un ambiente empapado de frescura; un cielo lleno de fantasmas; arroyos por todas partes; misteriosas quebradas, asilo de eternos crepúsculos; esponjadas hierbas, cabañas grises, valles melancólicos, muchas vacas, mucho humo, muchos puentecillos de madera... y algo, en fin, de yerto, de rugoso, de aterido,* de atormentado, en la austera vegetación que allí lucha a brazo partido con el inclemente Bóreas...²³² Tales son* los obligados distintivos de las montañas europeas, así en Santander como en la Toscana, así en Segovia como en el Tirol, así enfrente de Pau como en Suiza, así en la Auvernia como en las provincias Vascongadas...²³³

La Alpujarra, como veis, es absolutamente distinta. --Verdad que aquí hay también nieves (en lo alto de aquella sierra,...), y valles, y ríos, y peñascos, y derrumbaderos, y hasta alguna vez nubes...; pero ¡cuán diferentes todas estas cosas! --El tono, el color, la luz, el ambiente, todo varía aquí por completo. --Un cielo, casi siempre despejado, y de un azul puro, intenso, rutilante, empieza por servir de fondo a la decoración,* disipando con su viva refulgencia vaguedades, misterios, nebulosos contornos, indeterminadas fantasmagorías. Una tierra cálida y enjuta nutre con la sangre

²³² *Bóreas*, El dios griego del frío viento del norte traído por el invierno y frecuentemente representado como un anciano alado de barbas blancas, cabellos desgreñados, vestido con una túnica de nubes y portando una caracola.

²³³ El autor establece varias comparaciones entre lugares montañosos de España y de Europa, por eso, nos inclinamos a pensar que Pau se refiere al pueblo de la comarca del Alto Ampurdán en Cataluña y no a la ciudad francesa del mismo nombre, capital del departamento de los Pirineos Atlánticos, en la región de Aquitania.

de sus entrañas, y no con el lloro de sus peñas, esos manantiales de luz y fuego que se llaman el olivo y la vid, o los elíseos frutos que roban sus más vistosos colores al iris. Aquestos valles no contrastan con lo petrificado por el frío, sino con lo calcinado por el sol. Aquestas rocas, lejos de sudar agua, funden y acrisolan metales. Las flores son olorosas* y valientes, no obstante* la vecindad de los viejos ventisqueros, y el arroyo que baja de las regiones muertas se asombra de encontrarse con las adelfas silvestres o con las ferozmente grandiosas higueras chumbas, orladas de arrumacos verdes y pajizos, como las princesas etíopes. --¡Ah! La influencia de la sierra es casi siempre vencida por la de los vientos de África. El sol puede aquí más que la nieve.*

En resumen:* así como todas las montañas de nuestra zona parecen hijas del invierno, la Alpujarra parece hija del verano. --En lo hondo de los valles de los Alpes y de los Pirineos, se ven, por ejemplo, a la puerta de las chozas, témpanos de hielo rodados de la altura, o algunas pobres piñas desprendidas de la ladera... A la puerta de los cortijos alpujarreños veis montones de almendras nacidas cerca de las nubes, o naranjas sin dueño que se han escapado del terromontero vecino. --Allí se sueña a la luz de la lámpara...Aquí se duerme a la luz de la luna. --Allí se esculpen, en septiembre, al fulgor de una tea, baratijas de palo... Aquí, en octubre, se pasan uvas e higos al calor del sol. --Aquellas montañas han sido personificadas siempre* en deidades de ojos azules... La Alpujarra es una montaña de ojos negros. --«Montaña» suele implicar la idea de maga, de sílfide, de oréada, de ser quimérico, errante, vaporoso como la niebla... La Alpujarra es una

saludable odalisca, o, cuando más, una peri, una hurí, una divinidad, en suma, de carne y hueso, prometida por *El Corán* a los méritos de los musulmanes...²³⁴

Terminó el orador, y quedóse asombrado al ver que nadie aplaudía ni le contestaba...

Entonces reparó en que todos sus compañeros se habían dormido.

Y, por cierto, que (según le contaron después) cada cual soñaba una cosa distinta...*

Soñaba uno, por ejemplo, que estaba leyendo un libro titulado *La Alpujarra*, bastante* parecido al presente, y que al llegar al punto por donde vamos, se había hartado ya de orografía, hidrografía, topografía y demás ramos de la geografía; --por lo que suplicó al autor no volviese a hablarle de montes y breñas con tal detenimiento, y procurase que la *Cuarta Parte* de su obra resultara más variada y entretenida que la *Tercera*... --Y el autor se lo prometió solemnemente.²³⁵

Otro soñaba que Aben-Humeya, el marqués de Mondéjar, el de los Vélez, Aben-Aboo, D. Juan de Austria y el duque de Sesa lo llamaban desde lejos con grandes voces, para que fuese a presenciar los dramáticos lances, recias batallas y amorosas escenas en que estaban interviniendo; --y que él les ofreció correr en su busca tan luego como descansase en Albuñol.

²³⁴ Al igual que Granada se personifica en odalisca en Parte Primera, cap. III, ahora es la Alpujarra la personificada en odalisca. *Peri*, 'hada hermosa y bienhechora de la mitología pérsica'. *Hurí*, 'cada una de las mujeres bellísimas, creadas según los musulmanes, para compañeras de los bienaventurados en el paraíso' (RAE).

²³⁵ Aquí, el autor utiliza el desdoblamiento en tercera persona. Se trata de un recurso narrativo para crear un distanciamiento entre el narrador y la narración con el propósito de distraer la atención sobre sí mismo.

Soñaba otro que todos los respetables curas párrocos de los pueblos de Sierra Nevada, correspondientes al partido de Ugíjar, nos habían enviado a decir con sus sacristanes que la Semana Santa iba a empezar, y que si no nos dábamos prisa en recorrer los pueblos del Gran Cehel, se frustraría nuestro propósito de conmemorar los Misterios del Jueves y Viernes Santo en las iglesias de la región de las nieves...; --a lo cual habíamos contestado nosotros que descuidasen; que llegaríamos a tiempo.*

En fin: todos dormían y soñaban; y, advertido de ello el orador, no se ofendió en manera alguna, sino que se durmió también a pierna suelta...*

Y poco después se durmieron los criados...

Y así se realizó lo que estaba escrito, de que [fuese]* en lo alto de aquella montaña,²³⁶

sin más testigos que el vecino cielo,
y a la sombra de encinas y alcornoques

(estos dos versos los hice yo al tiempo de dormirme), descabezáramos todos el* sueño que habíamos sacado íntegro de la inolvidable Posada del Francés.

Por consiguiente, los únicos seres animados que quedaron de pie,* aunque también inmóviles, en la solitaria cumbre de la Contraviesa fueron nuestras silenciosas cabalgaduras..., que, vistas desde abajo, harían el efecto de aquellos grupos de caballos de bronce que en la Antigüedad romana coronaban algunos arcos de triunfo.

²³⁶ Alarcón emplea el lenguaje típico del rito católico relacionado con la celebración de la Semana Santa, asunto que estaba rondando la mente del autor y al que hace referencia en el texto.

VII*

De cabeza al mar. --Alfornón. -Recuerdos y tradiciones. --Albuñol a lo lejos. --Llegada a Albuñol

A las cuatro de la tarde montamos a caballo y emprendimos la bajada a la costa.

¡Veleidad humana! --Veinticuatro horas antes, no deseábamos más que escalar montañas, medir derrumbaderos, atravesar soledades agrestes, perdernos en inexploradas regiones,* e incomunicarnos con la llamada *sociedad*... Y ya, nuestro anhelo y nuestra impaciencia eran por bajar a terreno llano y expedito, por recorrer comarcas* fértiles y cultivadas, por acercarnos* a la orilla del mar (camino de todas partes)... y por ponernos en íntima comunicación con el mundo de los hombres... y de las mujeres.

Albuñol, el rico pueblo costero, en que habíamos de hacer noche, empezaba a sonreírnos como expectativa... Palmeras, flores, frutos, templadas brisas, cómodas viviendas, trato social, alcaldes, camas, periódicos, comida caliente..., y, a lo lejos, velas en el Mediterráneo, hablándonos de la universalidad de la vida humana y del movimiento del siglo...: --tales habían llegado a ser nuestros dorados sueños, --que, por cierto, se convirtieron pronto en realidad...^{* 237}

¡Muy pronto, sí!... La bajada era tan pendiente como áspera había sido la subida por el otro lado. --¡Aquello era ir* de cabeza a la playa!... --Así es que, a los pocos

²³⁷ El municipio de Albuñol forma parte en la actualidad del partido judicial de Motril. Pertenece a la Alpujarra Baja o de la Costa, y fue capital de la antigua taha del Gran Cehel, "tierra de viñedos pasas, higos y almendras" (Carrascosa Salas 245).

minutos, en la cuesta llamada de Alforfón, empezamos a ver otra vez hojas en los árboles, otra vez olivares y viñas, y otra vez blancos cerezos y colorados guindos...--(Esto de *blancos* y *colorados* lo digo por las flores de que estaban cubiertos.)

*Hubo más. En los abrigados barrancos de aquellas vertientes, adonde no pueden llegar nunca los aires fríos de Sierra Nevada, pero en donde tienen libre acceso los cálidos vientos africanos, nos salieron al encuentro las primeras golondrinas de 1872.-- Quince días llevaban ya de estar allí, procedentes de la costa del moro, sin que todavía se hubiesen atrevido a salvar la Contraviesa, y mucho menos el Mulhacén, para invadir el resto de España en busca de sus antiguos nidos...

Así nos lo dijo el señor cura; --el cual añadió luego:

--Todos los años hacen lo mismo, y, algunos, hasta se vuelven a África, si la primavera española* se presenta demasiado inclemente. ¡Ya hace dos semanas que las estoy viendo revolotear por aquí, entregadas a sus observaciones meteorológicas o a sus reconocimientos militares!

--*¡Nobles viajeras, padre cura! (exclamó *otro). --Son las eternas moriscas... ¿no es verdad?

--¿Cómo he de quitarle yo la razón a un poeta? ¡Pero no olvide V. que también son las que arrancaron las espinas de las sienes del Redentor!

--¡Justamente! Y por eso no las matan nunca los cazadores. ¡Ah! Yo adoro las golondrinas...

--Y yo también, --dijo un tercero, gran labrador por más señas, interviniendo en aquel diálogo.

--A mí me recuerdan siempre (continuó el poeta) aquel *Último Abencerraje* de Chateaubriand que vino a visitar religiosamente el que había sido reino mahometano.

--Pues a mí (repuso el labrador) me limpian la atmósfera* de muchos bichos dañinos...

--Es un tercer mérito de estas preciosas aves, se apresuró a exclamar discretísimamente el señor cura.²³⁸

Hablando así, llegamos a un barrio, denominado Alforfón, anejo de un lugar, distante de allí tres kilómetros, que se llama Sorvilán.²³⁹

En las 122 casas de aquel barrio no había casi nadie cuando nosotros pasamos. Sólo algún niño que todavía no sabía andar sino a gatas, o algún viejo que ya se encontraría otra vez en el mismo caso, vimos sentados al sol, en el tramo de tal o cual puerta, como encargados de custodiar la aldea durante la ausencia de sus moradores...

Esto trajo a nuestra imaginación aquellos aduares que encontró el ejército del difunto general O'Donnell en las estribaciones de Cabo Negro, el día de su paso al llano de Tetúan.²⁴⁰ --¡La misma soledad, más triste aún que la de los despoblados! ¡El mismo silencio melancólico! ¡El mismo aparente aislamiento y olvido del resto del mundo!

²³⁸ La golondrina ha sido asociada a la leyenda desde la Antigüedad. Como ave migratoria, llega a la Península Ibérica desde el continente africano, anunciando la primavera. Su leyenda posee un fuerte arraigo popular; y ha sido, además, cantada tradicionalmente por los poetas (v. g. en G. A. Bécquer), y también protagonista de relatos (v. g. en *El conde Lucanor* de D. Juan Manuel). No se conoce con exactitud el origen la leyenda piadosa que les atribuye el haber quitado las espinas a la corona de Cristo; pero es una leyenda muy extendida por la Cristiandad.

²³⁹ *Sorvilán*, municipio perteneciente al partido judicial de Motril. Situado en la ladera sur de la Contraviesa. Forman parte de su término municipal Alforfón, Melicena (este topónimo es uno de los más antiguos de la Alpujarra, ya aparece citado por el geógrafo árabe Al-Idrisi en su *Geografía de España*) y Los Yesos (Carrascosa Salas 438).

²⁴⁰ *Aduares*, 'pequeñas poblaciones de beduinos, formadas de tiendas, chozas o cabañas' (RAE).

La única diferencia que existía entre los aduares africanos y el barrio alpujarreño, era que los habitantes de aquéllos los habían abandonado para guerrear, y los de éste para cultivar las laderas de los montes circunvecinos.²⁴¹

--Pero ¿y las mujeres? --me diréis.

¡Pobres mujeres! --Las de los aduares estaban escondidas durante aquel sangriento combate en las fragosidades de Sierra Bermeja. --Las de Alforfón habrían ido a Sorvilán por avío, a algún arroyo a lavar, o a los cerros de las cercanías a llevar* la comida a sus maridos, padres y hermanos...

Después de salvar las últimas defensas de los agonizantes montes, tornamos a complacernos en la creciente hermosura y progresiva templanza del terreno a que descendíamos.

Las doradas flores de la áspera y punzante abulaga,²⁴² que sólo abren por mayo en la que desde allí podíamos llamar “*Andalucía del Norte*”, cubrían ya los cerros y las lomas con su brillante y escandalosa vestimenta. La pita, gradación anterior a la higuera chumba en el *termómetro vegetal*, brotaba otra vez enérgicamente en las laderas de los precipicios, mientras que el olivo y la vid volvían a proclamar en todas partes el absoluto imperio del sol...--Sin embargo, lo que más nos distrajo y entretuvo en aquel rápido descenso (por la gráfica y material idea que nos dio de la variedad de climas y temperaturas que íbamos atravesando), fue la gradación de higueras que recorrimos con

²⁴¹ Alusión a la Guerra de África, campaña bélica en la que participó el autor y narrada en su obra *Diario de un testigo de la Guerra de África*. Sobre los aduares de Cabo Negro, véase el capítulo XXVI de obra mencionada.

²⁴² *Abulaga*, o *aulaga*, ‘planta de la familia de las papilionáceas, como de un metro de altura, espinosa, con hojas lisas terminadas en púas y flores amarillas’ (RAE).

la vista en el espacio de dos o tres kilómetros. –Primero, las hallamos* sin asomo alguno de vida, deshojadas y secas, como blancos esqueletos, o más bien como fósiles de antiqüísima* vegetación; más abajo, ya tenían yemas; más abajo, las encontramos cubiertas de breves y rizadas hojillas; más abajo, vestidas de amplias y lujosísimas hojas, y, por último, cerca ya de la Rambla de Albuñol, estaban cuajadas de adolescentes higos, cuando no de maduras y ya comestibles brevas...

Antes de solazarnos en aquella apetecida rambla, aún tuvimos que bajar muchos escalones, tan empinados y dificultosos,* que la menor distracción hubiera podido costarnos una celebridad... a que no aspirábamos en manera alguna.

Dígolo, porque a nuestra izquierda se hallaba el célebre Tajo del Veredón, desafiado, si es permitido hablar así, por una de las sendas más atrevidas que hayan abierto las abarcas de los pastores...--Encima de aquella estrechísima vereda se levantaba un desmesurado monte vertical, llamado el Cerro de Álvarez. ¡Debajo, se descubren las tinieblas de un espantoso abismo, que muchos suponen llega a los antípodas!

Pues bien (y va... no de cuento, sino de sucedido): en lo más escarpado e inaccesible de la ladera de aquel cerro, se ven todavía las estacas que clavó el tal Álvarez para subir a robar miel a unas abejas. La subida le fue posible; pero, al bajar, colgado de una soga que sujetó en lo alto, rompióse ésta..., y el infeliz desapareció en la sima... ¡camino de la Nueva Zelanda! --Un trozo de la soga rota, pendiente de una de las estacas como lúgubre resto del dogal* de un ahorcado, fue el único indicio que quedó de aquella desventurada empresa... Pero esto sólo bastó para que el nombre de Álvarez se hiciese tan inmortal como el de Cheops, pues que ya está unido por los siglos de los siglos* a la

existencia de aquel cerro, monumento de su gloria, no menos alto y sólido sin duda alguna que la gran pirámide de Djizeh...

¡Y todo por haber muerto cometiendo un robo!...--¡Cuán fácil es pasar a la posteridad!

Ni paran aquí las historias del Tajo del Veredón. --Más allá del Cerro de Álvarez, se ve el de las Covezuelas, que sirve de asiento al Cortijo del Padre Francisco.--Dirigíase a este cortijo una viejecita con un saco de lentejas, y, habiéndose despeñado, nacieron y fructificaron las lentejas antes de que el cuerpo de la pobre mujer llegase al fondo del tajo... --Señores: ¿estará profunda la sima?

Comentando íbamos éstas y otras consejas populares, cuando a todo lo largo de nuestra cabalgata resonó el suspirado grito: «¡Albuñol!» en el mismo tono con que los cruzados debieron gritar: «¡Jerusalén!» desde lo alto de los montículos que la dominan, o como los compañeros de Colón gritarían: «¡Tierra!» la madrugada del 12 de octubre de 1492 o como los soldados de O'Donnell gritaron: «¡Tetuán!» desde las susodichas alturas de Cabo Negro.²⁴³

Reconozco que estas tres comparaciones son demasiado superiores a la cosa comparada; pero la verdad es que Albuñol, visto, como nosotros lo veíamos, muy a lo lejos aún y todavía desde una grande altura, no era, materialmente considerado, menos

²⁴³ Véase *Diario de un testigo de la Guerra de África*. cap. XXVI.

bello, seductor y atractivo que Tetuán, con cuyo general aspecto tenía mucho parecido.*

244

La blanca villa alpujarreña, iluminada por el sol poniente, parecía un puñado de mármoles rotos, restos de una titánica edificación, arrojados en la combada pendiente de una loma. --Esta loma relacionábase luego en apariencia, por ingentes peldaños sucesivos, con el Cerrajón de Murtas, detrás del cual asomaba todavía Sierra de Gádor su encanecida cabeza.

El mar dista de Albuñol cerca de una legua; pero desde Albuñol hasta él se puede ir de paseo por una especie de calle natural, muy llana y anchurosa, que termina en el puerto, castillo y lugar de La Rábita. --La Rábita es, por consiguiente, el Grao de Albuñol.²⁴⁵

En cuanto a la que hemos llamado *calle natural*, no es otra cosa que la rambla a que da nombre aquella villa; arenosa faja de llanura que penetra desde la playa hasta el corazón de la Contraviesa, ondulando entre las montañas de uno y otro lado...--Nosotros bautizamos, pues, desde luego a la Rambla de Albuñol con el dictado de *Boulevard de la Alpujarra*; dictado muy merecido, si se atiende a que en ella desembocan otras calles (vulgo ramblas) de segundo orden, a que es lo más desahogado y transitable del país (exceptuado el terreno de Ugíjar), a que está formada por amenísimas huertas y valiosos cortijos y a que ha sido (dicen) recorrida (no se sabe fijamente cuándo) por cierto aparato con ruedas (¡ruedas en territorio alpujarreño!) que conducía bañistas a la Rábita... -- «*Carruaje*» quiere decir este circunloquio.

²⁴⁴ El autor establece una comparación desigual para poner énfasis a los deseos de llegar a la población alpujarreña. En los Prolegómenos, nota 21, establece otra desigual comparación y la justifica con una locución latina. Este tipo de comparaciones son muy del gusto de Alarcón, como se puede comprobar en la obra mencionada en la nota anterior, donde compara el regocijo de la vista de Tetuán al experimentado por pueblos de la historia ante algunas efemérides de la historia universal. Véase *Diario de un testigo de la Guerra de África*, cap. XXVI. Véase también, Parte V, cap. IV, nota 395.

²⁴⁵ Se refiere al histórico puerto de Valencia, lugar de donde partieron los moriscos valencianos en la expulsión de 1609.

Pero, hablando en verdad, no era aquella la mejor ocasión para detenernos en tales estudios...* Bastaba por entonces a nuestra dicha el haber acabado de bajar y no tener ya que volver a subir;* bastaba el hallarnos en la Rambla de Ahijón, que es como allí* se llama todavía la que más abajo es Rambla de Albuñol; bastaba, finalmente el estar* ya casi al nivel del mar, en plena primavera, casi en plena África, y en la hora más dulce y apacible de una hermosa tarde....

Serían las cinco y media.

El sol había desaparecido para aquel valle, aunque todavía doraba las alturas.

La tierra, libre ya de la abrumadora presencia del astro rey (que allí es un rey tan absoluto como inexorable), principiaba a respirar y desentumecerse, inundando el aire de balsámicas esencias y placidísimos rumores.

Por la rambla corría, dividido en dos o tres brazos, un arroyo de agua cristalina, que difundía por todas partes amenidad y frescura...

¡Delicioso término de jornada!

Los caballos sacudían las crines alegremente, saludando el fresco de la brisa, la reaparición de la llanura y la proximidad del pienso...

Y nosotros abusábamos de su entusiasmo, poniéndolos a galope, a fin de llegar a Albuñol antes de que acabase de oscurecer.

Llegamos al fin...--pero ya era noche completa; por lo cual sólo os puedo decir que fuimos recibidos con los brazos abiertos por nuevos e inolvidables amigos, y que en aquel punto y hora tuvimos la dicha de conocer al buen caballero cuyo nombre figura el segundo en la dedicatoria de este libro, y con quien muy luego había de ligarnos un cariño del alma que durará tanto como nuestra vida. --¡Tal y tan grande hubimos de

encontrar bien pronto, en gravísimos sucesos, ajenos al argumento de la presente obra, aquel corazón de león, que me honro y honraré siempre de haber estrechado contra el mío!²⁴⁶

Conque demos aquí punto, mis queridos lectores, a la historia de aquel segundo día de viaje (como nosotros se lo dimos metiéndonos en seguida en la cama), y dejemos para la historia del día siguiente el estudio y pintura de la semi africana villa de Albuñol.*

FIN DE LA PARTE TERCERA.*

²⁴⁶ Don Cecilio de Roda y Pérez fue diputado a Cortes por Granada en las elecciones del 20 de enero de 1876 y en las elecciones del 20 de abril de 1879.

PARTE CUARTA*

EL GRAN CEHEL

I

*Albuñol pintoresco, histórico, geográfico, estadístico, agrícola, poético
y otras muchas cosas*

Había yo dejado abiertas las maderas de mis balcones para despertarme en cuanto fuera de día.* Y, en efecto; no había salido el sol, cuando los pájaros vinieron a llamar con sus alas a los cristales de mi dormitorio, o más bien a almorzar en las macetas de que aquellos balcones estaban llenos* y cuyas verdes hojas y pintadas flores, coronadas de luz y de rocío por la risueña aurora, fue lo primero que vi al abrir de nuevo los ojos a este mundo. --¡Qué despertar tan apacible y tan sabroso, y de tan buen agüero para el resto del día!

Gracias al sumo Alá, que tan ricos y espléndidos hizo a nuestros patrones, y gracias a nuestros patrones, que tan cariñosa hospitalidad nos acordaron, había yo

dormido aquella noche como un antiguo rey; y, al reaparecer entonces en mi mesocrática vida, halléme alojado en un gracioso departamento, más parecido a una *confortable* habitación de París o Londres que a todo lo que podía prometerme encontrar en el fondo de la Alpujarra...²⁴⁷

¡Dios se lo pague a nuestro huésped! --Alá le pague, digo, a aquél su gran servidor, y a su noble y santa esposa, y a sus adorables hijas, y a sus angelicales pequeñuelos, todo lo que disfrutamos en su casa las muchas veces que demandamos en ella asilo y probamos el pan y la sal, al regreso de nuestras continuas peregrinaciones por los montes y valles alpujarreños!... ¡Auméntele la Misericordia divina sus bienes de fortuna, hasta que sean tan largos de contar como las arenas de los Dos Ceheles!... ¡Prolongue sus días, para que vea las buenas acciones de los hijos de sus nietos!... ¡Defienda la sombra de su techo, en la ciudad, y la de su tienda, en el desierto, de la presencia de huéspedes ingratos!... ¡Conserve clara su vista, despierto su oído y fino su paladar, para que siga distinguiendo el hongo de la seta, el canto de la alondra del silbo de la serpiente, y el café de Moka del indiano caracolillo!... ¡Déle, en fin, gratas ilusiones por el día y deliciosos ensueños por la noche!... Y la paz.²⁴⁸

Hecha mi oración matutina, que no se diferenció mucho de la precedente, saqué de las alforjas a los historiadores, geógrafos y poetas relativos a la Alpujarra que me

²⁴⁷ *Mesocrática vida*, vida burguesa. Nótese la idea de sofisticación (ya expresada al calificar de boulevard a la Rambla de Albuñol) en el uso de otro galicismo *confortable*, en cursiva también; y la mención específica de dos capitales representativas de la cultura y refinamiento del XIX. Por otro lado, al referirse a Dios como Alá y al tratar de la hospitalidad (uno de los preceptos del Islam) de sus huéspedes, el autor está aplicando tanto a ellos, como a sí mismo, el calificativo de moros. Recuérdese la opinión que el autor expresa sobre la hospitalidad del poeta moro Chorby de Tetuán. Véase Prolegómenos, nota 34.

²⁴⁸ Retahíla de exclamaciones, a modo de oración, que nos remite de nuevo al estilo narrativo de las enumeraciones tan del gusto del autor. Por otra parte, hace una distinción entre el café procedente de la península arábiga, concretamente del puerto de Moka, en Yemen; vocablo usado como metonimia de café en oposición al café procedente de América, indiano; el vocablo caracolillo indica también el origen del café ya que se denomina así a una variedad americana de café muy estimado, cuyo grano es más pequeño y redondo que el común.

acompañaban *in extensum* o en extracto;* abrí de par en par los balcones, que por cierto daban a la mismísima rambla; me instalé en uno de ellos por lo pronto, y, ora valiéndome de la lectura, ora de mis propias observaciones oculares,* emprendí un doble estudio de la bienhadada villa de Albuñol.

La mañana estaba hermosísima. El sol, que salía en aquel momento, doraba únicamente, como la tarde antes, las crestas de los montes. La rambla, solitaria y silenciosa (pues no había para qué hacer alto en los pajarillos que revolaban y cantaban acá y acullá), tenía algo de exótico y ajeno a nuestro continente o a nuestra zona, algo de valle tropical, algo de África o de América. ¡Tanta era la templanza del aire, a pesar de ser las seis de la mañana de un día de marzo; tal la lujosa vegetación de las huertas; tan peregrina la índole de las plantas; tan ricos y penetrantes sus aromas!²⁴⁹

Baste decir a buena cuenta (pues más adelante he de hablar hasta de botánica...) que en el propio arenal de la rambla crecía la caña de azúcar, mientras que por encima de las tapias de los huertos (innumerables* en aquel extremo de la villa) coloreaban las naranjas, amarilleaban los limones y verdegueaban las anchas hojas de los plátanos.

La intensa luz del sol, como una inundación descendente, amenazaba anegar muy pronto con sus olas de fuego aquella honda calle de montañas, a la sazón tan húmeda y deliciosa... Pero entre tanto, respirábase allí no sé qué paz de los sentidos, que se convertía en paz del alma, y que traía a la imaginación los ideales de silencio, de reposo y de ventura de los poetas árabes. –

¡La sombra es la alegría del africano, como el sol es la alegría del europeo!

²⁴⁹ Se continúa la descripción de Albuñol como *locus amoenus* comenzada en el último capítulo de la Parte Tercera. Además, aquí se presenta el exotismo de la Alpujarra en su doble vertiente oriental y americana, rasgo que el autor va a destacar en varias ocasiones a lo largo de toda la Parte Cuarta.

Ninguna casa más a propósito que la en que me hallaba* para apreciar y sentir todas las ventajas poéticas de la situación geográfica de Albuñol. --Recuéstase esta villa en una especie de cabo o promontorio determinado por la confluencia de la Rambla de Ahijón con la de Aldáyar, las cuales, al juntarse, forman un ángulo casi recto, y constituyen la Rambla de Albuñol. --Pues bien: aquella casa está edificada en el vértice de dicho ángulo, en la punta del promontorio, en el encuentro de las dos primeras ramblas, --sobre las cuales dan ora éstos, ora aquéllos de sus balcones.

Pero la verdad es que la fantasía del viajero menos soñador sólo se preocupa ya allí del que hemos calificado de *boulevard* alpujarreño, o sea de la gran rambla, que pone en comunicación a Albuñol con la mar y sus pescados.

Si este *boulevard* fuera recto, se vería el líquido elemento hasta desde los balcones bajos de aquella casa; pero, como la Naturaleza sólo ama la línea curva, y la rambla, hace, por lo tanto, muchas eses, hay que subir a los balcones altos para cerciorarse de que está uno, *aunque disimuladamente*, en la mismísima costa....—En cambio,* desde allá arriba, esto es, desde el primer piso, se descubre, de un modo claro, entre el matizado verdor de la tierra y la diafanidad del horizonte, una ancha faja de azul mucho más turquí que el del cielo (cuando la reverberación del sol no hiere la vista), o (en el caso contrario) una bruñida lámina de acero, cuya refulgencia añade algo de sobrenatural y olímpico a tan espléndido paisaje....-- Es el agua que media entre la Alpujarra y el Riff. Es el Mediterráneo.*²⁵⁰

Y aquí debo explicaros el «*aunque disimuladamente*» que subrayé hace pocos renglones.

²⁵⁰ El *locus amoenus* se eleva ahora a la categoría de morada de los dioses del Olimpo. El Riff, es la cadena montañosa africana que se extiende al norte de Marruecos.

Un célebre historiador, haciendo la pintura de estas tierras, escribía en 1570:²⁵¹

«Todo lo que cae hacia la costa de la mar es muy despoblado, y por eso es muy peligroso; porque acuden de ordinario por allí muchos baxeles de cosarios Turcos y Moros de Berbería».

He aquí sencillamente expuesta la razón de que Albuñol y otros pueblos de su litoral, en vez de haber sido edificadas en la misma playa, al lado de sus respectivos fondeaderos, estén escondidos tierra adentro, entre enmarañados montes, a tres o cuatro kilómetros de las olas. --Así se ocultaban, por una parte, a las codiciosas miradas de los piratas berberiscos, y así era fácil, por otra, a sus moradores tener tiempo de armarse y de reunirse si por acaso los rapaces nautas se atrevían a desembarcar y a adelantarse por aquellos misteriosos terrenos...

Albuñol, pues, es una población marítima, *aunque con cierto disimulo*: --con el mismo disimulo que lo es también Tetuán, edificado por igual razón a tres cuartos de legua de su rada. --Sólo que en Tetuán eran berberiscos los que temían, y alpujarreños los temidos. --España no ha sido nunca menos aficionada a la costa de África que África a la costa de España¹...

²⁵¹ El autor se refiere a Luis del Mármol Carvajal, concretamente la cita corresponde a las páginas 279-280 de su obra *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos* (Madrid: Sancha, 1797).

¹ Sin necesidad de otras milicias ni armas, los mismos paisanos (de la *Alpujarra*) han defendido sus costas de los enemigos de la Corona.... particularmente a principios del siglo pasado.-Las Milicias del país fueron varias veces a Almería, Motril, Adra y Málaga: el año 1706 acudieron a defender a Murcia de los ingleses; y el de 1719 pasaron a Ceuta a sostenerla contra los Moros.-En toda la costa había atalayas para descubrir los enemigos en el mar; daban aviso con hachones encendidos y con humadas a los pueblos vecinos, donde se tocaba a rebato, y salía la gente de guerra a la playa... --En atención a estos continuados servicios, expidió el Rey un decreto, dado en el Buen Retiro a 11 de Agosto de 1716, que dice así: “Teniendo consideración al continuo servicio que ejecutan las Compañías de Milicias del Partido de las Alpujarras y de toda la Costa de Granada, asistiendo a su socorro en los arrebatos que ocasionan los insultos de los Moros , que penetrarían tierra adentro si faltase esta oposición y defensa

Por aquí iba en mis investigaciones, cuando tuve la dicha de ver entrar al joven alcalde primero de Albuñol, a quien había yo conocido hacía algunos años... no creáis que en ningún bazar, mezquita o kiosco de Oriente, sino en lo alto de la Columna de Vendôme de la capital de Francia, y el cual sabe de Bellas Artes, de arqueología, de numismática, de cerámica y de otras muchas cosas*....²

Hablamos largamente su merced y la mía (su merced tiene la sal de Dios, y me hizo reír lo que no es decible) acerca de los tiempos presentes, de los históricos y de los prehistóricos (sobre todo acerca de éstos en que está muy versado, como puede verse en el famoso libro de D. Manuel de Góngora y Martínez, titulado *Antigüedades Históricas de Andalucía*): paseamos luego por la villa y por la rambla; y, con lo que él me dijo, con lo que yo mismo observé y con lo que leí en mis apuntes y autores,* resulté a la hora de almorzar sabiendo de memoria* todo lo siguiente:

Albuñol se llamaba en tiempo de los moros *Hisn Al-bonyul*.

“*Hisn*”, según dijimos en otra parte, significa “castillo”; y “*al*” es el artículo árabe.

he resuelto que a los Capitanes y Oficiales de estas Compañías se les conceda y mantenga el fuero militar en lo criminal ... etc.”-(*Diccionario de Madoz*.)

² Algunos años después de escritas estas líneas, el joven a que me refiero mereció la honra de que un dibujo suyo fuese premiado en público certamen abierto por *La Ilustración Española y Americana*, donde se publicó con gran aplauso. (*Nota de esta segunda edición*.)

En cuanto a *Bonyul*, que es lo principal del caso, no sé lo que quiere decir.²⁵²

Advertencia: al castillo de la Rábita lo nombran aparte los geógrafos islamitas.²⁵³

La región en que se asienta Albuñol denominábase el “*Sehel*” o “*Cehel*”, que significa “*costa*”.

(De esto estoy segurísimo; pues todavía llaman los argelinos «*el Sahel*» a la marina de su comarca, como puede verse en otro admirable libro* “*Une année dans le Sahel*” de Eugenio Fromentin, que recomiendo a los que no lo hayan leído.)²⁵⁴

En la Alpujarra había dos Ceheles, o sea dos tahas con este nombre:

El Gran Cehel,²⁵⁵ cuyas más importantes poblaciones eran Albuñol y Jubiles; y el Pequeño Cehel, o *Suaihil*, que otros llaman *Zuayhel*, y que es la parte occidental de la costa, donde están Rubite, Alcázar, Sorvilán, Polópos, etc.

Porque las tahas de los dos Ceheles comprendían, no sólo la marina alpujarreña, sino todos los pueblos de la Contraviesa, y del Cerrajón de Murtas.

«Esta tierra (decía el mencionado escritor del último tercio del siglo XVI) es de grandes encinares y de muchas hierbas para los ganados. Cógese en ella cantidad de pan».

¿No es verdad que parece que habla de una región acabada de descubrir en las Indias, en vez de hablar de un pedazo de la Península española?²⁵⁶

²⁵² *Bonyul*, deriva del lat. *vinea*, en su forma de diminutivo *vineola* o *vinola* (pequeñas viñas). Menéndez Pidal en su obra *Orígenes del español*, apunta a un vocablo latino *balneolu* precedido del artículo árabe ‘al’ como origen del topónimo Albuñol. (Carrascosa Salas 439).

²⁵³ Tras la expulsión de los moriscos en 1572, el castillo y la torre de La Rábita fueron utilizados, hasta el siglo XVIII, para defender las costas del Gran Cehel de piratas y berberiscos. Véase Prolegómenos, nota 21.

²⁵⁴ Véase Parte Tercera, cap. III, nota 218.

²⁵⁵ Gran Cehel o *Sahil*.

²⁵⁶ El exotismo de la Alpujarra evoca en el autor ese otro exotismo representado por el paisaje paradisíaco americano.

«Todos los vecinos de estos lugares (añade luego, refiriendo cómo fue secundada en los *Dos Ceheles* la insurrección iniciada por Farag Aben-Farag) se alzaron Viernes en la tarde; destruyeron y robaron las iglesias, capturaron y mataron todos los Christianos que había entre ellos; y, dexando sus casas, se subieron otro día a la aspereza de las Sierras con sus mujeres, hijos y ganados, y la mayor parte de ellos se metieron en unas cuevas muy grandes y muy fuertes, que están media legua encima del lugar de Xorayrata.»

Y nada más llegué a saber aquel día de la historia de Albuñol,* sino que, desde la expulsión de los moriscos hasta fines del siglo XVII, estuvo la villa, como tantas otras, casi totalmente despoblada; --que, en tiempos de Felipe V, comenzó a animarse de nuevo, bajo la dependencia administrativa de Torviscón,* muy superior entonces a ella en importancia (naturalmente, Torviscón, más próxima a la capital, y defendida por la Contraviesa de las correrías de los piratas berberiscos, tardaría mucho menos en repoblarse y volver a florecer); --que a principios del siglo presente, ya había recobrado por su parte la antigua prepotencia, y llegó a ser cabeza de partido judicial, de que a su vez dependió Torviscón; --y que hoy día de la fecha continúan las cosas en tal estado, constituyendo la vieja *Al-bonyul* uno de los mayores centros de riqueza de la Alpujarra, granadina, en su múltiple calidad de pueblo industrial, comercial, agrícola, marítimo y minero.²⁵⁷

En punto a estadística, sólo puedo decir que la población de* la villa de Albuñol ascendía hace poco tiempo (a la fecha del *Nomenclátor* General de la Dirección de Estadística) a 8.078 habitantes, repartidos en: --La villa propiamente dicha: --Diez aldeas, denominadas El Bajo, Los Colorados, La Hermita, Casa Fuerte, La Haza de la Mora, Los Morenos, El Palomar, Los Pelados, El Pozuelo y Los Rivas, --veintiséis cortijadas

²⁵⁷ Véase Parte Tercera, cap. nota 252.

grandes, --Un lugar (la Rábita) compuesto de 219 casas, --y muchos cortijos, molinos, caseríos, etc.:--total: 1.712 casas, 800 de ellas esparcidas por el campo.²⁵⁸

¡Y basta ya de arideces, de guarismos y de antiguallas!—Volvamos a lo natural y a lo pintoresco.’

Eran las dos de la tarde, y estábamos en una deliciosa huerta del conde de Santa Coloma, situada entre las últimas casas meridionales de la villa y la extensa Rambla de Aldáyar.

Un distinguido *moro bautizado*, tan discreto como afectuoso, abogado de los tribunales nacionales, *nos *hacía los honores* de los naranjos y limoneros a cuya sombra nos habíamos sentado.²⁵⁹

Hacía mucho calor, y la deslumbradora llama del astro-sultán, si no abismaba todavía a la Naturaleza en los letargos febriles del estío alpujarreño, iluminaba tan enérgicamente casas, huertas, arenales y montes, que una vez más creímos encontrarnos, no en el reino de Granada, sino en el Bajalato de Tafilete, en el Valle de la Orotava o en la feraz isla de Cuba. --A lo menos, la pintura, la fotografía y los libros nos habían hecho concebir, acerca de estas regiones tropicales, el ideal que veíamos allí realizado ante nuestra vista.²⁶⁰

²⁵⁸ Como consecuencia de la plaga de la filoxera que destruyó los viñedos de la comarca en 1884, la población comenzó a disminuir progresivamente sin que haya vuelto a alcanzar el antiguo nivel de población.

²⁵⁹ *moro bautizado*, expresión estereotipada que Alarcón utiliza varias veces en esta obra para referirse a algunos personajes granadinos, concretamente aquí sirve como un elemento más del orientalismo reflejado en toda la descripción de la villa alpujarreña.

²⁶⁰ Nueva alusión a lugares exóticos con que el autor compara a Albuñol para recrear una atmósfera oriental. El *Bajalato de Tafilete*, se refiere una región al sur de Marruecos, bajo el mando de un ‘*bajá*’ o gobernador. El *Valle de la Orotava* se encuentra en el norte de la isla de Tenerife en las Islas Canarias. Nótese también el calificativo de astro sultán dado al sol; antes lo hemos visto como astro rey y Febo.

Otras huertas como aquélla formaban una especie de zócalo de verdura al pie de la morisca Albuñol. Luego se dilataban, amarilleando como en el desierto, las tostadas arenas de la Rambla de Aldáyar. Después se veía, en el ángulo formado al sur por esta rambla y por su heredera, una infinidad de nuevas huertas, extensos plantíos de caña de azúcar, un laberinto de alamedillas y de enmarañados setos, y, donde quiera y por donde quiera, árboles frutales originarios de las cinco partes del mundo.* --Al término de todo se adivinaba siempre el mar, pie forzado de la especie de *poesía de descubrimiento y de colonia* que respiraba para nosotros aquel paisaje.²⁶¹

Difícil me sería hacer la enumeración puntual de las plantas de aquella parte de la costa;* pero, en cambio, me será fácil, con ayuda de mis libros, daros idea* de los productos más extraordinarios de la costa, en general, para que vengáis en conocimiento del asombro y la veneración que causa al observador menos botánico una tierra tan privilegiada.

*«Dios (dice *El Corán*, recomendando la contribución del Diezmo) ha criado las legumbres y los árboles que hermosean nuestras huertas; hace brotar las olivas, las naranjas, los dátiles, las diversas frutas de forma y sabor infinitamente vario: usad de estos dones».

Y dice Abu-Zacaría, en el Prólogo de su *Libro de Agricultura*:

«Todo aquél que plante o siembre alguna cosa y con el fruto de su simiente proporcione sustento al hombre, al ave o al fiera, ejecutará una acción tan recomendable como la limosna».

²⁶¹ De nuevo, el ambiente oriental, la tierra de Albuñol, como lugar exótico, misterioso, incluso primitivo, le sugiere a Alarcón el paisaje del Nuevo Mundo. Recuérdese que en los Prolegómenos (p. 4, nota 8) se refiere a la Alpujarra como lugar desconocido, aún no conquistado.

«El que construya edificios o plante árboles, sin oprimir, a nadie ni faltar a la justicia, recibirá premio abundante del Criador Misericordioso».

Y añade Abu-Harirat, citado por el mismo Abu-Zacaría:

«Cuida con esmero y vigilancia de tu pequeña posesión, para que se haga grande; y no la tengas ociosa cuando grande, para que no se haga pequeña».

Abu-Sofian escribe, en fin, estas hermosísimas palabras:

“La heredad dice a su dueño: ‘HAZME VER TU SOMBRA’.”

Los moros que se establecieron a ambos lados de Sierra Nevada cumplieron religiosamente estos preceptos y máximas de su libro santo y de sus grandes escritores.

«Los Granadinos (dice Lafuente Alcántara) aclimataron en los valles templados de la Costa, en la Serranía, en la Alpujarra y en las Vegas de Granada, de Guadix y Baza, los frutos que la Naturaleza había creado en los bellos climas del Oriente, y en las abrasadas praderas del África...

“La seda había sido una mercancía reservada en tiempo de los Romanos a los pueblos del Oriente... Las colonias de árabes españoles iniciados en secreto de esta granjería, encontraron en los valles andaluces un clima acomodado a ella, y poblaron el terreno con los árboles que alimentan a la más útil de las orugas. Concentrados los Moros en el territorio granadino, y animados por un saneado lucro, multiplicaron las moreras, perfeccionaron las fábricas de seda, y mantuvieron una ventajosa competencia con Pisa, Florencia y demás ciudades de la escala de Levante.

El Zacatín y la Alcaicería ostentaban toda suerte de ropas, tafetanes, sargas, ricos terciopelos y otras manufacturas del gusto persiano y chinesco... Años después de la Conquista se contaban en Granada 5000 tornos...

»La caña de azúcar fue también conocida y su plantación esmerada entre los moros de la Costa. Miles de ingenios destilaban el precioso líquido, y era tal la abundancia de miel y de azúcar, según los historiadores árabes, que bastaba para el consumo y sobraba para hacer rico el comercio...

»Cuantas frutas, legumbres e hilazas son conocidas hoy (concluye el ameno historiador), eran por ellos cultivadas con singular conocimiento...y les somos deudores de la introducción de nuevos árboles, entre los cuales merecen citarse la higuera chumba, el níspero, el algodón, el membrillo, el naranjo, la palma, el madroño y el azofaifo, y muchas plantas aromáticas y medicinales».

*Además de todo lo que acabamos de leer, la costa tenía sus correspondientes viñas durante la dominación de los sectarios del Profeta; pues, si bien éstos no bebían vino (o no podían beberlo, según el *Alcorán*), comían muchísimas uvas y amaban la sombra lujosa y transparente de los parrales.

¡Hay más! Según Al-Katib, conocían la elaboración del vino, del vinagre y del aguardiente, “cuyos líquidos (añade) aplicaban a medicinas o vendían a los cristianos”.-- Conste.

Y no es esto todo: Abu-Zacaría refiere que en tiempo de los Califas de Córdoba, hubo ejemplos de altos dignatarios destituidos o burlados por sus excesos en la bebida...

«El Rey Abul Walid Ismael de Granada (añade luego) promulgó una ley para reprimir a los consumidores de vino, y su hijo Jusef mandó en sus ordenanzas que en reuniones familiares no incurriesen los convidados en embriaguez».

Conste de igual manera.

Conque* vengamos a tiempos más recientes.

Dice el geógrafo Sr. Miñano:

«Las faldas meridionales de la Contraviesa y de Sierra de Gádor, presentan el cuadro más variado y delicioso que la Naturaleza puede ofrecer al hombre para morada suya... Cerca de la costa prospera el algodón, y la caña dulce, y han llegado a connaturalizarse un gran número de vegetales de la zona tórrida, como las ananás, el café y el añil. Son muy pocas las plantas que no pueden cultivarse al aire libre...»

Otro geógrafo, el erudito Sr. Carrasco, enumera de este modo los productos tropicales del litoral alpujarreño:

«Allí se ven el plátano, la caña de azúcar, el café, el añil, que da el hermoso azul, el chirimoyo, las ananás, el algodonerero y el nopal, que cría el precioso insecto de la cochinilla».

Pero lo que dicen que hay que leer, respecto de la flora alpujarreña, es lo que escribió el ilustre botánico Rojas Clemente, comisionado por nuestro gobierno, en 1803, para describir las producciones -naturales del reino de Granada. -Él formó, a lo que parece, la primera escala vegetal detallada que se ha hecho hasta el día acerca de aquel país, como parte principal de su *Geografía Botánica Bética*, y la *Ceres Española*.--Estos interesantes trabajos originales no se han publicado, que yo sepa; mas sin duda se refieren a ellos los escritores contemporáneos que nos cuentan cómo y de qué modo crecen en las playas granadinas «las períplocas, los áloes, las estapelias, las leiseras, notóceras, y casi

todas las especies de la flora atlántica, muchas todavía inéditas, y aún géneros enteramente nuevos»...²⁶²

En fin, lectores: yo, --que rara vez sé cómo se llaman las cosas que más me gustan, y que si os he suministrado los anteriores datos botánicos ha sido bajo la responsabilidad de mis libros, que no bajo la mía, --concluiré esta larga disertación repitiéndoos que, por lo que toca a su fisonomía poética y a su aspecto pictórico, el litoral de la Alpujarra trae a la imaginación del viajero presentidas imágenes de África y de América; que estas imágenes le hacen soñar con patios marroquíes sombreados por cortinajes de seda y plata, o con lascivas hamacas sombreadas por el plátano y el caobo; y que, en tal situación de ánimo, no puede uno comprender que, a cinco leguas de allí, aguarden su visita los eternos hielos y las plantas hiperbóreas de Sierra Nevada.²⁶³

Como población urbana, Albuñol es Guadix, es Loja, es el Albaicín de Granada, es cualquiera de tantas villas y ciudades moriscas* como aún ostenta aquel antiguo reino, edificadas todas en anfiteatro sobre pendientísimas laderas. Igual apiñamiento gracioso de casas;* las mismas retorcidas y ásperas cuestras;* la misma planta árabe en los edificios; el propio animado y pintoresco conjunto. Calles en que nunca entra el sol: huertos más altos que las azoteas colindantes, mucha maceta en los balcones, mucha tertulia en la

²⁶² *Simón de Rojas Clemente y Rubio*, eminente botánico valenciano, (1777-1827). Alarcón lo menciona en la edición 74 en su lista de fuentes consultadas como "insigne naturalista y sapientísimo autor de la historia natural de Granada" (p. 25 de la mencionada edición). *Juan Bautista Carrasco*, autor de *Geografía General de España*, publicada en 1861; También fuente reconsulta para el autor y calificado por éste de "geógrafo a la moderna" (25).

²⁶³ Este párrafo es una síntesis de todo lo dicho anteriormente sobre el carácter exótico de la tierra de Albuñol y de la visión orientalista de la Alpujarra en general que el autor plasma en su obra. *Plantas hiperbóreas*, plantas de las zonas septentrionales, '(del latín *hyperboreus* y éste del griego *hyper*, más allá, y *Boreas*, norte (RAE).

puerta de las tiendas, y un poema de amor o de odio en todas las miradas...—He aquí Albuñol.*

En cuanto a las costumbres, vicios, virtudes y vestimentas de los albuñolenses que habitan dentro de la villa, diré que* son iguales a los del resto de los granadinos..., y de lo que toca a los cortijeros y cortijeras* y gentes de mar, ya trataremos en ocasión más oportuna...

Porque habéis de saber que no fue esta vez la única* que estuvimos en Albuñol, y que, si por entonces nos limitamos a descansar allí un día, consistió en que nos solicitaban o soliviantaban las siguientes cosas *notables*, que sabíamos encerraban los dos Ceheles y que deseábamos visitar antes de emprender nuestra gran excursión final a Sierra Nevada:

La prehistórica Cueva de los Murciélagos.

Las célebres Angosturas de Albuñol.

La renombrada Encina Visa.

El famoso Cerrajón de Murtas.

Las reputadas higueras de Turón,

Y las nunca bien ponderadas olas del mar.²⁶⁴

Que tal era la índole de aquel viaje, y tal tiene que ser por ende la condición del presente libro: --buscar y describir unas peñas, un árbol, un monte o una playa con el propio afán y la misma delectación que si se tratase de la Basílica de San Pedro, de la Venus de Milo o de las ruinas de Pompeya.

²⁶⁴ En estas seis líneas, el autor ofrece un avance del contenido de los capítulos restantes de esta Parte, en cuanto a la descripción topográfica de la zona se refiere.

Y esto último,* y no otra cosa, es la Alpujarra: --un rincón del mundo que sirvió de teatro a grandes y memorables tragedias, pero de donde la intolerancia y el miedo de los vencedores de un día arrancaron de cuajo la población, arrasando palacios y castillos, poniendo fuego a villas y aldeas, arando hasta los cementerios, y no dejando en pie otros monumentos u otros testigos de la dominación de la raza vencida y expulsada, que algún hueco en las rocas, algún árbol que se salvó del hacha, los montes incommovibles, los ríos de históricos nombres, el mar eterno, y los miles de fantasmas que la imaginación del caminante pueda ir evocando en el mudo imperio de tanta soledad y tanta muerte.

Ni ¿a qué más? El arqueólogo podrá necesitar vestigios reales y fehacientes de lo pasado para enriquecer colecciones y museos; pero el poeta sólo necesita *verificar* los sitios históricos para sentir en ellos la infinita melancolía de los destinos humanos. Las sábanas de arena que cubren hoy el antiguo campo* de Babilonia no impiden que el peregrino se detenga en él,* con reverente tristeza, a evocar y restablecer por medio de su fantasía las escenas en que figuraron Nemrod, Sardanápalo y Baltasar.²⁶⁵

Quedó, pues, acordado que a la mañana siguiente saldríamos hacia el norte con dirección a Murtas y Jorairátar, que desde aquí retrocederíamos luego al sur hasta bajar al Mediterráneo por la parte de Adra, y que de Adra* regresaríamos a Albuñol, recorriendo para ello todas las playas del Gran Cehel...

Formado este plan, que sumaba unas diez y seis leguas, repartidas entre caminos por las nubes y caminos por los abismos, pasamos el resto de aquella tarde empapando nuestro espíritu y nuestro cuerpo en el dulce reposo oriental que el cielo y la tierra

²⁶⁵ Alarcón reflexiona sobre la historia de la Alpujarra y establece una comparación entre su pasado morisco, la antigua Babilonia, mencionando a tres de sus legendarios reyes, y Pompeya, la también desaparecida ciudad de la antigua Roma. Resaltando, así, la pérdida y el carácter mitológico de su pasado.

brindan en Albuñol....--¡Ay! En Albuñol hubiéramos podido repetir lo que dijo de Berja (distante de allí cuatro leguas a vuelo de pájaro) un poeta árabe llamado Abulfadhl-ben-Xafat-Alcairawani:

«Cuando llegues a Berja dispuesto a marchar, detente en ella y deja el viaje.
Porque todo lugar es en ella un paraíso, y todo camino hacia ella un infierno».

O, lo que dijo el antiquísimo poeta Abulatahia, favorito del Califa Harum Arraxid:

«El mundo procura nuestra seducción. ¡Dios sea loado!»

II

Sesión nocturna. --Noticias de la Guerra

Aquella noche, previa la venia de nuestros huéspedes, me retiré temprano a mi departamento;* pero, en vez de acostarme, como parecía prudentísimo, habiendo de madrugar al otro día, cité a cabildo a los historiadores de la Rebelión de los moriscos, y allí, a puerta cerrada, celebré con ellos una importantísima sesión, relativa a los sucesos de la guerra.

He aquí lo que me contaron, cuando hube cogido el hilo de la historia de Aben Humeya por el punto en que lo dejé la víspera.*

La cosa marchaba. El fuego de la insurrección se había extendido, como por regueros de pólvora, por todas las serranías meridionales de España, desde Vera hasta

Gibraltar, penetrando tierra adentro por la parte de Levante hasta el Marquesado del Cenet y la jurisdicción de Huéscar.²⁶⁶

«Los Moros (díjome Pérez de Hita, el valeroso poeta soldado) continuaban haciendo grandes apercebimientos de armas, poblando muchas cuevas seguras y ásperas (que jamás pudieron ser ganadas) de mucha harina de trigo y cebada, miel y aceite, y de otros diversos mantenimientos, y todo esto para más de seis años. Y ansimismo ponían sus riquezas, sedas, oros, paños, en silos debajo de tierra, y otras partes, para que de los cristianos no pudiesen ser halladas».

Los martirios de cristianos seguían también en toda la tierra levantada, sin que el naciente poder del rey morisco bastase a tener a raya la ferocidad del execrable Farag Aben-Farag y de sus hordas de monfíes. Suplicios, torturas, degüellos en masa, sacrilegios inauditos, crueldades mayores que las de Nerón y Diocleciano;²⁶⁷ nada omitían aquellos monstruos. Comunidades enteras de religiosas habían sido inmoladas entre los tormentos más atroces. Los agustinos de Huécija (por ejemplo) habían perecido todos, unos mutilados, otros quemados, y otros enterrados vivos (²⁶⁸).

²⁶⁶ Vera, histórica ciudad situada al este de Almería; *el Marquesado de Cenete*, comarca granadina situada al norte de la Alpujarra, entre ésta y Guadix. Véase Prolegómenos, nota 26; *Huéscar*, ciudad al norte de la provincia de Granada. Su comarca limita con las provincias de Almería, Murcia, Albacete y Jaén e incluye los municipios de Castilléjar, Castil, Galera, Orce y Puebla de Don Fadrique. Alarcón nombra los puntos extremos del antiguo reino de Granada, desde el más occidental al más septentrional, pasando por el extremo oriental para ilustrar lo extendido de la insurrección morisca.

²⁶⁷ El autor hace referencia a las persecuciones de los primeros cristianos de Roma. Durante el reinado del emperador Nerón, (37-68), se verificó la primera persecución contra los cristianos. Bajo Diocleciano, (245-313), los cristianos también fueron perseguidos. Se establece una comparación entre los mártires de Roma y los de la Alpujarra.

(281 Nota del autor, nota 1 en edición 82)

El Papa Clemente X declaró Mártires de la Fe a los millares de víctimas sacrificadas aquellos días en la Alpujarra y tierras limítrofes.—Para ello tuvo a la vista Su santidad una Carta, o más bien un Libro, que le escribió el Arzobispo de Granada, D. Diego Escolano, en 1671 (un siglo después de los sucesos), y que se imprimió el mismo año con este título:--Ad. SS. D. D. D. Clemencem Divina Providentia Papam decimum, consultiva epistola erga christianos veteres in sublevatione sarracenica in regno Granatensi anno 1568, in Alpujarrensibus populis aliisque locis in defensionem fidei occisos, a Didaco Escolano ejusdem diocesis immerito Archi-episcopo.

En cuanto al móvil de tamañas iniquidades, no era otro que el fanatismo musulmán, vivo aún y ardiente en aquellas almas, a pesar de los ochenta años que los descendientes de los moros acababan de pasar fingiéndose cristianos...²⁶⁹

«Lo primero que hicieron (refirióme a este propósito el iracundo Mármol, que por lo visto no podía olvidar sus ocho años de cautiverio en África) fue apellidar el nombre y seta de Mahoma, declarando ser moros ajenos a la Santa Fe Católica que tantos años había que profesaban ellos y sus padres y abuelos. Era cosa de maravilla ver cuán enseñados estaban todos, chicos y grandes, en la maldita seta».

Aben Humeya (los cuatro historiadores convenían en ello) había ido sabiendo la mayor parte de estas atrocidades algunos días después de ocurridas, y tratado de refrenar a los monfíes (como después vimos en Ugíjar y otros puntos); pero, convencido luego de que no podía sujetarlos, y con ánimo de defenderse de ellos al mismo tiempo que las tropas cristianas, acababa de enviar a África a su hermano Abdalá con un presente de cautivos, pidiendo socorro de hombres y armas al Gobierno de Argel y al Emperador de Marruecos. –

«De este modo (observó Pérez de Hita) libraba de paso a aquellos cautivos de la muerte tan segura como inmediata que les amenazaba en poder de los Monfís».

Respecto del campo cristiano, adquirí también curiosas noticias en aquella plática con los historiadores.²⁷⁰

²⁶⁹ La crítica actual hace una “lectura histórica” de los martirios de la Alpujarra señalando su manipulación ideológica y religiosa por parte de los poderes civil y eclesiástico. Véase la excelente ponencia de Manuel Barrios Aguilera: “Historia leyenda y mito en la Alpujarra: de la guerra de los moriscos a la repoblación viejo-cristiana” en (G. Alcantud, *Pensar* 32-35). Y, especialmente, su ensayo introductorio al libro del Padre Hitos: *Mártires de la Alpujarra en la rebelión de los moriscos de 1568* (Granada: Universidad de Granada, 1993).

Vimos ya, al comienzo de este viaje,* cómo el insigne marqués de Mondéjar, Capitán General de Granada, salió contra los rebeldes con dos mil infantes y cuatrocientos caballos; cómo pasó el cortado Puente de Tablate bajo el fuego y las flechas del enemigo, y cómo socorrió en seguida la renombrada torre de Órgiva...Pero lo que no supimos entonces fue que los moriscos habían alcanzado antes una victoria sobre Diego de Quesada, que mandaba la vanguardia del ejército cristiano, obligándole a retroceder al Padul; y que el mismo marqués no se atrevió a pasar de Dúrcal hasta que le llegaron grandes refuerzos procedentes de Úbeda y Baeza. -¡Tan formidable era la insurrección!

Mondéjar había avanzado después con toda esta gente, sin darse descanso alguno ni reparar en la crudeza de la estación, desde Órgiva, donde lo dejamos, hasta los confines de Andarax, reduciendo a su paso la Taha de Poqueira, los lugares de Pitres y Jubiles y la entonces “ciudad “de Ugíjar, todo ello a costa de varias escaramuzas muy sangrientas, reñidas desde el 10 al 18 de enero, pero sin conseguir habérselas de un modo formal con el grueso del ejército rebelde; pues Aben Humeya, fiel a la tradición de los guerrilleros *españoles*, empezando por Viriato y concluyendo por Abdalá El Zagal, se había propuesto desde luego, como plan de campaña, evitar los grandes encuentros y multiplicar las emboscadas y sorpresas, por medio de un continuo movimiento de partidas.²⁷¹

²⁷⁰ Ginés Pérez de Hita, formó parte del tercio formado por vecinos de Lorca, alistado al ejército del marqués de los Vélez en la guerra contra los moriscos. *Diego Hurtado de Mendoza* vivió de cerca la contienda “por hallarse en el mismo reino”, y, por su parentesco con el marqués de Mondéjar, contó con una rica y abundante información de primera mano. En cuanto a *Luis del Mármol Carvajal*, granadino, soldado imperial durante veinte años en todas las empresas de África, desempeñó el cargo de comisario y ordenador del ejército en la guerra de Granada. (Diego Hurtado de Mendoza, Luis Mármol Carvajal y Ginés Pérez de Hita son los tres grandes cronistas contemporáneos de los hechos, que relatan de forma vivaz la historia del conflicto. Barrios Aguilera señala que sus relatos no pueden considerarse imparciales por su condición de cristianos, sin embargo, en ellos se dejan entrever las razones que desencadenaron la cruel guerra. “Historia, leyenda y mito: De la guerra de los moriscos a la repoblación viejo-cristiana”, en (G. Alcantud, *Pensar* 25).

²⁷¹ *Viriato*, Caudillo de las tribus lusitanas rebeladas contra el Imperio Romano.

Así las cosas, había acontecido en Jubiles un* trágico episodio, digno ciertamente de la apasionada fantasía de Lord Byron. --A la llegada de Mondéjar, los trescientos moriscos sin armas y las mil trescientas mujeres que allí habían quedado (pues toda la gente de combate se había ido con Aben Humeya) rindieron el castillo y se entregaron prisioneros. El marqués dispuso que aquellos cautivos fueran muy vigilados, y, no cabiendo todos en la iglesia y casas principales, ocupadas por sus tropas, mandó que unas mil mujeres acampasen fuera del lugar, cercadas por un cordón de centinelas...

Pero oigamos a Mármol, que fue el que me relató* el hecho con más pormenores:

«Sería como media noche (dijo), quando un mal considerado soldado quiso sacar de entre las otras Moras una moza: la Mora resistía, y él le tiraba reciamente del brazo para llevarla por fuerza, no le habiendo aprovechado palabras; quando un Moro mancebo, que en hábito de mujer la había siempre acompañado (fuese su hermano, o su esposo, u otro bien queriente), levantándose en pie, se fue para el soldado y con una almarada que llevaba escondida le acometió animosamente, y con tanta determinación, que, no solamente la moza, mas aun la espada le quitó de las manos, y le dio dos heridas con ella, y, ofreciéndose al sacrificio de la muerte, comenzó a hacer armas contra otros, que cargaron luego sobre él.

»Apellidóse el campo, diciendo, que había moros armados entre las mujeres, y creció la gente que acudía de todos los cuarteles con tanta confusión, que ninguno sabía dónde le llamaban las voces, ni se entendían, ni veían por dónde habían de ir con la oscuridad de la noche. --Donde el airado mancebo andaba, acudieron más soldados; y allí fue el principio de la crueldad: haciendo malvadas muertes por sus manos, y, ejecutando sus espadas en las débiles y flacas mujeres, mataron en un instante cuantas hallaron fuera de la iglesia...

»Hubo muchos soldados heridos, los más que se herían unos a otros, entendiendo los que venían de fuera que los que martillaban con las espadas eran Moros, porque solamente les alumbraba el centellear del acero y el relampaguear de la pólvora de los arcabuces... Duró la mortandad hasta que, siendo de día,

los mismos soldados se apaciguaron, no hallando más sangre que derramar (los que no se podían ver hartos de ella) y conociendo otros el yerro grande que se había hecho».

Este yerro era mucho mayor de lo que ellos podían imaginarse. Precisamente aquellos días, el marqués de Mondéjar, abundando en el espíritu conciliador y benévolo que su abuelo el conde de Tendilla mostró siempre a los vencidos mahometanos, andaba en tratos y negociaciones con algunos moriscos de importancia, a fin de llegar a un acomodamiento pacífico, sobre la base de que los alzados se sometiesen al rey D. Felipe II y el rey D. Felipe II a las Capitulaciones pactadas entre los Reyes Católicos y Boabdil. Apresuróse, pues, Mondéjar, no bien ocurrió la catástrofe de Jubiles, a castigar con pena de horca a los soldados que parecieron más culpables y dar cartas de salvaguardia a todos los alpujarreños de origen moro que se hubiesen rendido sin pelear, logrando, al fin, ponerse, en comunicación epistolar con Aben Humeya...-- Pero, por más cartas que le dirigió a éste su pariente, y amigo D. Alonso de Granada Venegas (quien, no obstante* ser nieto del famoso príncipe moro* Cid Hiaya, seguía fiel a su Majestad y militaba contra los moriscos a las órdenes del marqués), no se consiguió cosa alguna; pues Aben Humeya (díjome Lafuente Alcántara) *«rehusó rendirse, -después de tanta sangre vertida, -y se obstinó en aventurar su fortuna a la suerte de las armas»*.

Semejante determinación era tanto más audaz de parte del joven agareno, cuanto que no tenía que habérselas ya solamente con el ejército de Mondéjar. --El célebre D. Luis Fajardo, marqués de los Vélez, sin esperar la orden de su Majestad, y «ateniéndose (según la curialesca observación de Mármol) a lo que dice la Ley 3ª, Título 19, Partida 2ª, que deben hacer los vasallos por sus Reyes en caso de rebelión»; sabedor de que los moriscos del río Almanzora estaban en armas, había reunido gente por su cuenta y por la

de sus deudos y amigos, entrado a sangre y fuego en territorio de Almería, sembrado el terror en los rebeldes, y pacificado *a su juicio* todos aquellos pueblos; con lo que ya se encontraba a las puertas mismas de la Alpujarra por el lado de Levante, ganoso de penetrar en ella y de enseñar (decían sus soldados) al de Mondéjar cómo se debía tratar a los sectarios de Mahoma. ---Mediaban ya, pues,* entre ambos marqueses aquellos celos, emulación y rencillas (tradicionales entre sus respectivos antepasados) que habían de hacer preciso a la postre el que Felipe II enviase a su propio hermano D. Juan de Austria a poner paz entre los partidarios de uno y otro guerrero, y término a la rebelión de los moriscos; y, por cierto, que ya se me había alcanzado a mí algo sobre tales desavenencias al ver cómo se contradecían* dos de los historiadores allí presentes...²⁷²

¡Contradicción respetable en medio de todo!...Pues el uno de ellos* (D. Diego Hurtado de Mendoza) era tío carnal del de Mondéjar, mientras que el otro (Ginés Pérez de Hita) era soldado y cronista del de los Vélez; y, aunque el noble D. Diego, en virtud de su carácter austero e inquebrantable energía, llegaba a veces hasta maltratar a su propio sobrino, siempre se echaba de ver en el lenguaje de ambos un fondo de irritación y apasionamiento.²⁷³

Como quiera que fuese, a la fecha de las últimas noticias que leí aquella noche, la situación de Aben Humeya y de su improvisado ejército antes resultaba ventajosa que desfavorable; pues, con el buen acuerdo que tuvo el caudillo ismaelita de contramarchar a Poniente por la Contraviesa en tanto que Mondéjar marchaba a Levante por Sierra

²⁷² "Don Luis Fajardo penetró en el Reino de Granada, con sus tropas murcianas, aun antes de tener el permiso real". (Barrios Aguilera, 2002: 329). Acerca de las desavenencias entre los dos protagonistas de la represión de los moriscos rebeldes, Barrios Aguilera señala "la enemistad tradicional de los marqueses de Mondéjar y los Vélez" cuyas diferencias repercuten negativamente en la resolución de la contienda.

²⁷³ El 'apasionamiento' de Ginés Pérez de Hita por su héroe, el marqués de los Vélez se deja ver en el hiperbólico retrato que hace de don Luis Fajardo. Véase Parte Quinta, cap. V, donde Alarcón incluye el que califica de 'homérico' retrato del marqués de los Vélez. Por su parte, Hurtado de Mendoza justifica la actuación del marqués de Mondéjar en la guerra, frente a la reticencia que muestra ante las operaciones de otros jefes militares de la contienda, v. g. la postura del marqués de los Vélez, quien representa una concepción política radicalmente distinta a la sustentada por el marqués de Mondéjar.

Nevada, había vuelto a hacerse dueño del Puente de Tablate y de casi todo el resto del Valle de Lecrín, dejando así incomunicado con Granada al ejército cristiano.

Por eso, sin duda, el malogrado Lafuente Alcántara, apreciando imparcialmente el verdadero estado de las cosas, nos decía, sin ambages ni rodeos, que «el desaliento y la confusión reinaban en Granada con el Levantamiento de los Moriscos y la audacia y energía de Aben-Humeya», y que «hasta los más acérrimos partidarios de medidas severas mostrábanse ya arrepentidos de haber provocado tantas desgracias y una Guerra tan cruel».

A todo esto, era ya muy tarde y yo me caía de sueño...

Levanté, pues, la sesión, no sin asegurarme antes (volviendo a meterlos en las alforjas)* de que los cuatro historiadores continuarían teniéndome al corriente de todas las vicisitudes de la comenzada guerra: y me acosté con la cabeza llena de fantasmas, entre los cuales el que más agitó mi sueño fue el adusto espectro de D. Diego Hurtado de Mendoza, de aquel «hombre de grande estatura y feo de rostro» que tan magistralmente nos retrata el Comendador de León, D. Baltasar de Zúñiga...²⁷⁴

III

La Cueva de los Murciélagos

[Al] ser de día estábamos a caballo.

²⁷⁴ Don Baltasar de Zúñiga, escribió con “elegantes renglones” la biografía de Don Diego Hurtado de Mendoza.

--¡Hasta el *Domingo de Ramos* a las ocho de la noche! --nos dijeron por vía de recuerdo nuestros bondadosos huéspedes.

--¡Hasta el *Domingo de Ramos* a las ocho de la noche! --contestamos nosotros con toda solemnidad.

Y partimos.

Un nuevo compañero se había agregado a la caravana.--Érase un nobilísimo hijo del lugar de Turón (adonde también nos dirigíamos), y pertenecía a la misma tribu que aquel bizarro joven que nos introdujo en territorio alpujarreño, a la misma que el simpático Hércules que nos acompañaba desde Órgiva, a la misma que nuestro espléndido huésped de Albuñol.--Dicha tribu es, sin duda alguna, la principal de la Alpujarra, *--ha dado ministros a la nación y prelados a la Iglesia: cuenta representantes de su nombre y de su fibra en muchísimas localidades de la comarca, y, en todas ellas, el que nació de tal sangre es objeto del amor o de la pugna de sus convecinos, pero jamás de su indiferencia, y siempre de su respeto.*--En cuanto al insigne individuo de esta familia histórica incorporado ya* a nuestra cabalgata, debo añadir que* tenía un título especial a mi afecto,* y este título era: que veinticinco años antes nos tuteábamos ya en la Universidad de Granada...²⁷⁵

--*Vinum novum, amicus novus: veterascet, et cum suavitate bibes illud*, dicen las Sagradas Letras.²⁷⁶

²⁷⁵ Sobre esta 'familia histórica' de la Alpujarra, véase Parte Tercera, cap. VII.

²⁷⁶ (el vino nuevo y el amigo nuevo: déjalos añejar y podrás disfrutarlos con gusto) Alarcón se refiere al *Eclesiástico*.

A la salida de Albuñol nos despedimos del señor cura,--que se marchó a su feligresía (no sin arrancarnos antes palabra formal de visitarlo en ella), --y nosotros tomamos por la Rambla de Aldáyar, a tiempo que asomaba el sol por el oriente.

Era Viernes de Dolores. La mañana se presentaba hermosísima. Teníamos a nuestra disposición un día entero para andar las tres leguas que dista Murtas de Albuñol, y el camino, según nuestros informes (de que ya os he dado cuenta más atrás), estaba lleno de curiosísimos accidentes y pintorescas perspectivas...*—Acordóse, pues, viajar muy despacio, o más bien *ad libitum*,²⁷⁷ y cada uno por los vericuetos que prefiriese, aunque sin perdernos nunca de vista...

Pero, me diréis: «¿Qué tenía que ver el que fuese Viernes de Dolores con semejante determinación?»

¡Oh! ¡Tenía que ver y mucho! --Figuraos, en primer lugar, que los caminantes pueden comer jamón en día de vigilia...²⁷⁸

(Nota. -El mulo de las provisiones no nos abandonaba.)

Media hora después, algunos* de los expedicionarios subíamos trabajosamente por unas quebradas peñas en demanda de la Cueva de los Murciélagos, mientras que el resto* de nuestros compañeros, que por lo visto ya conocían los breñales en que íbamos a engolfarnos, seguían por la rambla arriba, tan campantes y satisfechos como si no hubiese tal cueva en el mundo, y gritándonos desde lejos que nos esperaban «a la salida de las Angosturas».

²⁷⁷ 'libremente'

²⁷⁸ El uso de la figura retórica de la *communicatio* aparece con frecuencia en la obra, de esta forma el autor establece reiteradamente la conexión con el lector, ahora reforzada con la figura lógica de la reticencia dando así protagonismo al lector.

Dominamos, al fin, nosotros,* subiendo por el pedregoso lecho de un torrente, la empinada montaña que nos habíamos empeñado en asaltar, y dimos vista a las Majadas de los Campos, cerca de las cuales hállase la entrada de la famosa cueva, en el último tercio de la pared de un escarpadísimo monte que forma con otros fronterizos el más espantoso despeñadero que pueda imaginarse.*

Bájase desde la cima de la cordillera a aquella especie de alta ventana abierta sobre el abismo, por una angosta vereda de cornisa, cuya doble inclinación* produce vértigo y espanto. --¡Los que *hayáis andado, cuando niños, por las estrechas repisas exteriores de un campanario, saliéndoos al efecto por debajo de una campana, y dado así la vuelta a los cuatro lados de la torre, entre sus repelentes muros y la aterradora soledad del aire, podréis formaros alguna vaga idea de lo que fue bajar* (a pie, por supuesto) por donde nosotros bajamos aquel día.²⁷⁹

Y todo ello ¿para qué? --¡Para nada! Para ver más de cerca la tenebrosa boca de la gruta, y para percibir el fortísimo olor a nitro que salía de aquella cavidad, tan negra y pavorosa como el infierno.--

Porque lo más singular del caso es que nosotros no íbamos provistos de ninguno de los útiles necesarios para penetrar convenientemente en la cueva, --como son linternas, planos, bastones, medicinas contra la asfixia, testamento, etc., etc.

¡Ni era menester! Según nuestras noticias, no se trataba de una gruta bella y fantástica por sí propia, como las que ya habíamos visto en el Monasterio de Piedra de Aragón, en la isla de Capri y en otros varios puntos; ni tampoco existían ya dentro de aquella caverna los *objetos* de que fue guardadora hasta el recentísimo año de 1868, y que

²⁷⁹ Este pasaje parece evocar alguna experiencia infantil del autor en Guadix, a actividades relacionadas con el rito religioso de la catedral donde seguramente desempeñaría el papel de monaguillo en repetidas ocasiones durante su niñez.

entonces le dieron gran celebridad, o sea los esqueletos y momias, la corona de oro, las vestimentas de esparto, las hachas de piedra, los cuchillos de esquisto,²⁸⁰ las vasijas de barro, las cucharas de madera, los punzones de hueso y las demás cosas de que habla mi sabio amigo y paisano D. Manuel de Góngora y Martínez en su obra titulada *Antigüedades prehistóricas de Andalucía...* *--¡Y lo que es como peregrinación, me parece que bastaba y sobraba con haber llegado hasta su misma puerta, a riesgo de no poder contarlo!

No entrarnos, pues, en la Cueva de los Murciélagos, --llamada así tradicionalmente por los muchísimos que en ella habitan, y cuyo guano la alfombra, dicen, de un extremo a otro (¡uff!)...--²⁸¹

No; no nos atrevimos a entrar; y, como no nos atrevimos, lo declaro *con franqueza. --¡Proceder de otro modo fuera estafar al público y abusar de vuestra confianza, ¡oh mis lectores!*

Sin embargo, creo de mi deber participaros que, por resultas de sus investigaciones y estudios, el señor Góngora vino en conocimiento de que la Cueva de los Murciélagos había sido el enterramiento de una raza primitiva, prehistórica, errante por la Alpujarra Dios sabe cuándo; o una morada de los aborígenes de aquella tierra; tribus trogloditas, que, por lo que él calcula, ignoraban hasta el cultivo de los campos....—Es decir, ¡que, según el Sr. Góngora, los objetos arriba apuntados tendrían sobre cuarenta siglos de fecha!...”*Más de cuatro mil años*”—dice mi valeroso amigo.*

²⁸⁰ *Esquisto*, ‘Pizarra. Roca generalmente de color azulado, de estructura hojosa’ (RAE).

²⁸¹ *Guano*, ‘(Del quechua *wanu*, estiércol). Materia excrementicia de aves marinas, que se encuentra acumulada en gran cantidad en las costas y en varias islas del Perú y del norte de Chile’ (RAE). Aquí se utiliza para denominar el estiércol producido por los excrementos de los murciélagos en la mencionada cueva.

No era mucho, ciertamente, para tratarse de pueblos prehistóricos: los indios y los chinos giran contra el pasado con más denuedo... --Pero yo, pobre poeta que, cuando ignoro una cosa, podré no pecar de muy crédulo,* pero tampoco soy muy rebelde, sino dulcemente escéptico, ecléctico e indeciso, al par que muy respetuoso hacia los que están seguros de algo *bajo el sol*; yo, digo, sin meterme a examinar ninguna cuestión de hecho, hubiera preferido que la cerámica, la indumentaria y los demás ramos de la *Geología de la Historia*, (frase que acabo de inventar), me hubiesen dejado campo para suponer que los cadáveres de la Cueva de los Murciélagos eran de moriscos o de judíos que se refugiaron allí cuando los expulsaron los cristianos, o de cristianos perseguidos por los monjes.--

Esto me habría servido mucho para el drama romántico relativo a Aben Humeya que iba entretejiendo con mis excursiones por la Alpujarra; mientras que aquellas razas anteriores a la Historia, aquellas gentes inmemoriales, aquellos hombres de la *Edad de piedra*, no me interesaban de manera alguna... --¿Qué tenía yo que ver con ellos?

Pero reparo que estoy plagiándome a mí mismo; pues ya hace muchos años que, refiriéndome a unas momias egipcias (¡y cuenta que aquello era ya menos extraño a mi imaginación y al mundo de mis afecciones!),* expuse esta misma teoría.²⁸²

«Cuando los testimonios del tiempo pasado -dije entonces¹ --se refieren solamente a tres, a doce, hasta a veinte siglos, producen en el alma poéticas vibraciones; pero cuando se extienden más allá de la historia de nuestra raza; cuando nos hablan de civilizaciones anteriores a la nuestra; cuándo nos revelan un

²⁸² En este párrafo se comprueba la cercanía entre estas dos crónicas de viaje del autor. Como él mismo confiesa, la influencia de su obra *De Madrid a Nápoles* es muy visible, tanto en el aspecto ideológico como en su estilo narrativo.

mundo completamente extraño a nuestra genealogía histórica, lo que despiertan en el espíritu es una glacial filosofía, una ráfaga de muerte, que aniquila y barre todas las imágenes que son vida de la vida y sustancia de la imaginación. -Un sepulcro de la Edad Media, por ejemplo, se contempla por todo latino con amor, con devoción, con reverente melancolía... Diríase que a él nos une un sentimiento filial y religioso... Pero las ruinas de Palmira, una sepultura pelasga, un jeroglífico de Tebas, nos inspiran graves y áridos pensamientos y una indiferencia estoica muy semejante a la misantropía».

Por consiguiente, *transeamus*.²⁸³

IV

*Las Angosturas de Albuñol. --La costumbre de vivir. --Lontananzas,
perspectivas, panoramas alpujarreños. --La Encina Visa*

Desde la escarpada cumbre a que habíamos subido para buscar la entrada de la Cueva de los Murciélagos, nos hubiera sido fácil (“*posible*” he querido decir... En la Alpujarra no hay camino *fácil*)... enderezar nuestros pasos hacia la Encina Visa, sin necesidad de volver pies atrás; pero nosotros preferimos hacer esto último con tal de recorrer de un extremo a otro las Angosturas de Albuñol, de que tanto nos habían hablado, y a fin también de reincorporarnos a aquellos de nuestros amigos que, más sabios que nosotros, se habían excusado de acompañarnos a la dichosa gruta.-- Tornamos, pues, a bajar a la Rambla de Aldáyar, y pusimos la proa en la misma dirección que éstos habían seguido* dos horas antes.

²⁸³ (pasemos).

No nos pesó ciertamente el haber dado este segundo rodeo. Al contrario: quedamos tan enamorados de lo que en las Angosturas vimos, que, por lo que a mí toca, no fue aquélla la última, ni la penúltima, ni la antepenúltima vez que crucé, ora acompañado, ora solo, ora con buen tiempo, ora con malo, por tan maravilloso paraje.

Quisiera yo que os lo figuraseis tal cual es, y voy a ver si excogito comparaciones tan adecuadas y gráficas* que os lo ponga materialmente ante los ojos...--Figuraos... un altísimo* túnel sin techo, o sea una angosta y profundísima trinchera* de desmesuradas y paralelas paredes, tajada* verticalmente por los siglos con el hacha de las aguas desde la cumbre hasta la base de una elevadísima* cordillera.--Allá arriba (hacia donde alzáis recelosamente la vista, como desde lo hondo de un pozo, para convencerlos* de que aún sigue existiendo el mundo) los hendidos peñascos o las partidas mesetas parece que sirven de sostén al *velarium*²⁸⁴ azul del radiante firmamento; mientras que abajo, en el piso del hondo callejón que recorréis, reinan una semioscuridad fantástica; un ambiente fresco y sosegado en que no sentís la vida del siglo,* sino una paz, una soledad y un silencio que recuerdan los patios árabes o los claustros de las cartujas: nótase, en fin en el fondo de aquel simétrico tajo, algo fúnebre* y delicioso a un tiempo mismo, como en los subterráneos* palacios encantados a que se baja por una escalera de caracol... en los cuentos de la niñez.²⁸⁵

Aquel inesperado tránsito extra-natural,* que se diría abierto por* la estatua del Comendador, y cuyos rectos muros miden cuatrocientos cincuenta pies de altura, tiene

²⁸⁴ *Velarium*, usado como símil de techo o toldo.

²⁸⁵ El autor establece la comparación del paraje con un lugar encantado, fantástico, con elementos del tópico del *Beatus Ille* y de exotismo oriental.

menos de* seis varas de ancho y más de un cuarto de legua de longitud.²⁸⁶ --El ingeniero a quien se debe semejante obra se llama la Rambla de la Alcaicería... Los siglos que ha tardado en hacerla no pueden calcularse.* --¡Aquello sí que es prehistórico!

La Rambla de la Alcaicería, antes de llegar a las Angosturas, recibe el poderoso refuerzo de la Rambla de los Puñaleros, y, al salir de aquel callejón, va a fenecer, como atleta reventado de fatiga,* en la anchurosa Rambla de Aldáyar...--¡Caminábamos, pues, nosotros contra la corriente de unas aguas tan pujantes que habían abierto brecha en un muro de mil trescientos metros de espesor!...--Sin embargo, no arrostrábamos ningún peligro en aquel momento: la Rambla de la Alcaicería estaba a la sazón completamente seca, del propio modo que la de Aldáyar y otras circunvecinas. --En cambio, así que llueve en la Contraviesa, cada una de ellas es una catarata que arrolla cuanto encuentra en su camino. [Hínchanse]²⁸⁷ entonces las Angosturas hasta una elevación enorme, como un canal cuyas esclusas se hubiesen alzado...Pero, pasada la avenida, aquella calle vuelve a quedarse enjuta, y alfombrada de finísima arena...,* tal y como nosotros la recorriamos confiadamente.*

*Asombro y maravilla nos causaba, por otra parte, ver salir *de aquellas lisas y áridas paredes, bien a una altura intermedia, bien a una extraordinaria altura, como de los balcones llenos de macetas de alguna* verdadera calle, tal o cual inopinada y brusca masa de vegetación; ora opulentos moños de verdes hierbas, ora elegantísimos lirios silvestres, ora adelfas en flor, ora grandes higueras... --que primero se extendían en sentido

²⁸⁶ Referencia al célebre personaje de la obra *El burlador de Sevilla* de Tirso de Molina, retomado más tarde por José Zorrilla en su *Don Juan Tenorio*, personaje propio de un lugar con visos de ultratumba.

²⁸⁷ Tanto en la edición príncipe de 1874 como en la segunda de 1882 se lee 'hínchense', pero considero que se trata de un error tipográfico, y que el autor utiliza la forma del verbo en el presente con el pronombre personal enclítico, muy característico de su estilo, y no la forma del imperativo.

horizontal, y luego encorvaban sus ramas para mirar devotamente al cielo...²⁸⁸ --Todo lo cual acontecía* dentro de la misma caja de las Angosturas, o, como si dijéramos, en el *subsuelo* de la montaña, en aquel antro* de encantamientos, en aquel edén de trogloditas; mientras que en lo alto,* allá fuera, en los limbos de la superficie *natural* del globo terrestre, floridos almendros festoneaban del modo más gracioso los altísimos bordes del tajo, destacándose en la harto conocida claridad del día, en el mundo exterior, en la vida real, en la Alpujarra de los hombres... --Y lo cierto es,* aunque parezca mentira, que aquella remota vislumbre de la faz de la tierra, y aquel nunca probado reposo que se hallaba dentro de su seno, infundían al cabo* no sé qué especie de *plácido pavor*, semejante al que experimentan los tristes las noches que sueñan que al fin se han muerto.

Embebidos en estas observaciones y reflexiones, atravesamos muy despacio y en cosa de veinte minutos las umbrosas Angosturas de Albuñol, --que al fin comenzaron a ensancharse y perder altura* poco a poco, hasta convertirse en una rambla como cualquiera otra; con lo que nos hallamos de nuevo en plena luz y pleno calor del sol..., y bastante* gustosos de haber regresado a la superficie del planeta.

No hay costumbre más arraigada que la de vivir.²⁸⁹

²⁸⁸ El uso reiterativo de la enumeración de elementos en la descripción del paisaje, como ya se ha señalado y se puede comprobar en toda la obra, es una peculiar característica del estilo de Alarcón.

²⁸⁹ Toda la narración de la visita a las Angosturas está repleta de figuras estilísticas que crean un ambiente de arriesgada aventura 'subterránea' cuyo feliz término se cierra con una grave sentencia o aforismo, afirmación de la alegría de vivir.

Al remate de las Angosturas nos esperaban, fieles a su promesa, nuestros compañeros de viaje, entusiasmados como nosotros con lo que acababan de ver en aquella región *infra-natural*.

Juntos, pues, ya todos, atravesamos a galope la parte prosaica, o anchurosa, de la Rambla de la Alcaicería, y, a eso de las diez, cuando el rubio Febo principiaba a ser insoportable en ella, llegamos al pie de los altos montes que separan el partido de Albuñol del de Ugíjar...--¡Es decir,* que había que emprender un nuevo viaje por las nubes!--¡Mejor que mejor! ¡Así respiraríamos un aire más fresco!*

A poco que subimos, reapareció el mar a nuestra derecha... ¡El mar, de cuyas orillas teníamos que volver a alejarnos por entonces!...--¡Lástima ciertamente! ¡Estaba tan cerca en aquel instante! ¡Se hallaba tan sosegado* y tan hermoso! ¡Hacía tanto tiempo que no nos arrullaban sus olas! ¡Encerraban para nosotros tales recuerdos!... --Pero ¡qué diablo!* ya volaríamos en su busca al cabo de dos días; y, por lo pronto, aunque retirándonos siempre de él, no dejaríamos de verlo durante* toda aquella jornada...²⁹⁰

No bien subimos un poco más (girando ya hacia el norte), aparecióse nos otro antiguo conocido, solo en su solo cabo, como nunca lo había yo visto en parte alguna, y como únicamente él pudiera presentarse a tanta distancia...--Era el Pico del Mulhacén; pero el *pico* solamente, saliendo, blanco como un fantasma, por detrás de las oscuras lomas que limitaban todavía nuestro horizonte...

Ningún otro coloso de Sierra Nevada; ni tan siquiera el arrogante Veleta, osaba* hombrearse con él en aquel momento. --¡Todos permanecían ocultos y como sepultados bajo la tierra,* mientras que el viejo rey se asomaba de aquel modo a vigilar por sí mismo

²⁹⁰ El autor añade emoción al relato por medio de varias exclamaciones llenas de nostalgia por el mar, sentimiento que se rompe bruscamente con la última exclamación.

toda la Alpujarra, --a la manera (y va de símiles) de D. Pedro el Cruel, cuando salía de ronda,* solo y embozado hasta las cejas a estudiar el verdadero estado de su pueblo...²⁹¹

Por lo demás (y salva la irreverencia), aquella blanca cúspide, bastante roma por cierto, y cuya silueta tiene algo de ensilladura; al campear tan solitaria y exótica sobre las pardas cimas de la Contraviesa, lo que más verdaderamente parecía era un inmenso oso blanco, escapado de las regiones polares, que hubiera hecho alto al descubrir desde allí la Alpujarra y ver que en ella terminaba el continente europeo.*²⁹²

Formulando íbamos éstas y otras comparaciones, cuando, llegado que hubimos al Cortijo del Collado, desde donde se alcanza a ver muchísima más tierra, uno de los alpujarreños exclamó:

--¡Animo, caballeros! ¡Ya se descubre la Visa!

En efecto: a media legua de distancia, y sobre la cumbre de otro monte, más elevado todavía que el que acabábamos de subir, veíase una gran pinta negra, redonda, inmóvil, que se destacaba sobre el cielo a la manera de un astro eclipsado.

Indudablemente, era un árbol; pero *uno* nada más; tan solitario y escueto en aquella altura, como el cándido* Mulhacén lo estaba sobre la Contraviesa. --Lo uno parecía la sombra de lo otro.

La primera impresión que nos produjo aquel árbol tan aislado y tétrico, fue de lúgubre desconfianza; pues hízonos pensar en el venenoso upas de la India,²⁹³ que no deja

²⁹¹ *Don Pedro I de Castilla*, (1334-1369), el Cruel para sus enemigos, el Justiciero para sus adeptos. Su nombre ha ejercido una fuerte atracción en el imaginario popular y ha creado una gran tradición literaria en contraste con el interés, a lo largo del tiempo, de ciertos sectores del poder de oscurecer su reinado y su imagen.

²⁹² En el capítulo V de la Parte Tercera, la Contraviesa se compara con una enorme una pantera, aquí se utiliza otro símil parecido, el Mulhacén es como un oso blanco.

²⁹³ *Upas*, este término no está registrado en RAE. Es un vocablo del indonesio que significa veneno, con que se denomina a un árbol de gran tamaño que crece de 20 a 40 metros de altura, de la familia de las moráceas y originario del sur del continente asiático cuyo nombre científico es '*antiaris toxicaria*'. Posiblemente, Alarcón lo tomara directamente del original inglés de la obra de lord Byron, *Las peregrinaciones de Childe Harold*, concretamente del Canto IV donde aparece: "...This boundless upas, this all-blasting tree/ Whose roots is earth, whose leaves and branches be..." El autor conocía bien la obra de lord Byron pues

crecer ninguna planta bajo su sombra... --Pero esto era calumniar a la Encina Visa; encina benéfica si las hay, como lo demuestra* su gran popularidad por mar y por tierra.²⁹⁴

Porque es el caso que aquella encina debe el nombre que lleva a la circunstancia de ser una especie de *faro de día* para los navegantes que cruzan por delante de la Alpujarra. Descúbresela, dicen, desde enormes distancias, merced a lo conspicuo de su situación y a la energía con que su negra copa se dibuja sobre el cielo; y, en tanto que los pilotos se orientan por ella, tomándola como *punto de marcación*, cuando no como *punto de enfilación*, los viajeros alpujarreños que regresan a sus hogares aguardan a columbrarla para decir con toda seguridad y la consiguiente alegría: -«*Ya diviso mi tierra*».

Lo mismo acontece cuando se discurre a pie, a caballo o en mulo dentro de aquel laberinto de montes y valles, con poco conocimiento del país. La* Encina Visa sirve de polo* que consulta el viandante para saber fijamente dónde se halla, y hacia dónde tiene que enderezar sus pasos.*

--Debajo de la Encina se ve gente... --observó de pronto* un criado.

--Y no poca... --añadió otro.

--Y miran para acá... --agregó un tercero.

--¡Dios Santo! ¿Serán moriscos? --exclamamos nosotros, como si estuviésemos en 1569.

la cita en *De Madrid a Nápoles*, precisamente, la cita se refiere al Canto IV de la obra del poeta inglés: 'El canto IV de *La peregrinación de Childe-Harold*, que principia: 'Estaba yo en Venecia, sobre el Puente de los Suspiros, entre un Palacio y una prisión' (1954: 1331). Lord Byron a su vez pudo tomarlo de *The Botanical Garden*, la obra más conocida del físico y poeta inglés, Erasmus Darwin, abuelo del autor de la teoría de la evolución de las especies, Charles Darwin.

²⁹⁴ De nuevo, todo lo que va descubriendo en la Alpujarra, inclusive una encina, árbol muy común en la región, evoca en el autor tierras lejanas y exóticas. Unas líneas más adelante, el autor continúa su 'viaje orientalista', evocando el pasado morisco de la Alpujarra.

Y, desde que se nos ocurrió esta idea, aquel árbol viejísimo, inmemorial, contemporáneo sin duda alguna de los tatarabuelos de Aben Humeya..., adquirió a nuestros ojos una gran importancia histórica.* --Nos imaginamos, por ejemplo,* las muchas horas que el Reyecillo pasaría al pie de Encina Visa, mirando al extendido mar, a ver si asomaban por la parte de Argel o por la de Marruecos ciertos misteriosos navíos, “*con una vela colorada como contraseña*”, portadores de los auxilios que su hermano Abdalá había ido a buscar al africano continente.

¡Aquellas velas tardaron en aparecer!... Y, si al cabo pintaron en el horizonte, como manchas de sangre, más le valiera a Aben Humeya* que hubiesen desaparecido de nuevo...

Pero esto era demasiado adelantar el discurso, cuando aún estábamos a dos kilómetros de Encina Visa, donde ya nos contarían...los historiadores (pues que pensábamos hojearlos allí) todo lo que supiesen en la materia...*

Estábamos, sí, muy lejos de la empingorotada encina,* pero* habíamos subido tanto en aquellos últimos minutos, que ya veíamos en lontananza, no sólo al Mulhacén, como hasta entonces, sino a todos los príncipes y dignatarios de su imperio, empezando por el ínclito Veleta.

Es decir; que, el blanco fantasma de la Sierra, y las gallardas sombras de los moriscos reaparecieron simultáneamente ante nuestros ojos, como en virtud de* mutuo conjuro, poblando de quiméricas visiones el horizonte alpujarreño...--Y siempre ocurre lo mismo, por resultas de* no sé qué ley poética... ¡Siempre ocurre que, al contemplar aquellas nítidas montañas, todo el mundo resucita en su mente a los mahometanos

andaluces!²⁹⁵ --Diríase que Sierra Nevada es la Níobe agarena, petrificada por el espanto, para eterno testimonio de la triste suerte de sus hijos...²⁹⁶—Y por eso, sin duda, cuando Aben-Xaguar, el tío de Aben Humeya, excitaba a los moriscos a la rebelión, les decía “*que se habían visto apariencias extraordinarias de gente armada en el aire, a las faldas de la Sierra*, SEÑAL DE LIBERTAD PARA LOS MOROS...”

Por lo demás, ¡qué cuadro tan grandioso el que abarcaba en aquel momento nuestra vista! ¡Qué sencillez y qué magnificencia en las cuatro grandes masas de color que lo formaban!...--De una parte, el terso Mediterráneo, brillando como un espejo; a nuestros pies, la montuosa Alpujarra, con los pardos matices propios de la tierra; al otro lado, toda la cordillera de Sierra Nevada, deslumbrante de blancura; y, encima de todo, la bóveda azul del firmamento, coronada por el sol de la primavera!

Reverberación de agua, claroscuro de montes, candidez de nieve, turquí de cielo...: he aquí las contrastadas tintas de aquel variado panorama, que parecía resumir toda la Creación....--Y luego ¡tanta luz! ¡tanta soledad! ¡tanta alegría y tanto misterio juntos! ¡Tanta juventud en la indiferente Naturaleza, y tan funestas historias, tan lúgubres recuerdos en todo lo que se veía!...²⁹⁷

¡Ah! Si no hubiera Dios ni muerte, el alma de los hombres sería el alma del mundo; --¡alma tristísima, que acabaría por hacerlo inhabitable! --Pero, afortunadamente, hay muerte y Dios, y las casuales tristezas que las criaturas adjudicamos a nuestro globo

²⁹⁵ En este párrafo, el autor alude al poder sugestivo de la Alpujarra que, según él, evoca en ‘todo el mundo’ su legendario pasado morisco.

²⁹⁶ *Níobe*, hija de Tántalo y Dione, esposa de Anfión, rey de Tebas, del que tuvo seis hijos y seis hijas. Por mostrar desprecio hacia la diosa Leto comparando a sus hijos con los de la diosa: Apolo y Artemis, estos se vengaron de ella matando a sus hijos. Los dioses, conmovidos por el dolor de Níobe la transformaron en una roca de mármol. El símil que establece el autor entre Níobe y Sierra Nevada posee un alto valor poético. Este mismo símil lo utiliza en *El sombrero de tres picos* para describir a la señá Frasquita: “Parecía una Níobe colosal” (1993:76). En cuanto a las palabras de Aben-Xaguar, el autor se refiere a los llamados jofes o profecías musulmanas que circulaban en la época de la rebelión y que pronosticaban una segunda pérdida de España (Barrios Aguilera, 2002: 327).

²⁹⁷ En estos dos últimos párrafos, una vez más el autor nos muestra su maestría a la hora de describir un paisaje, nos recuerda la rica palestra de un pintor paisajista.

durante los breves días que moramos en él, pasan al cabo con nosotros, *sicut nubes, quasi aves, velut umbra*.²⁹⁸ ¡Vendrá un día en que nadie se acuerde de los moriscos al recorrer la Alpujarra, como nosotros no sabemos hoy qué memorias humanas evocar cerca de aquellas ruinas de Méjico, de Egipto o de la Etruria que ya carecen de historia conocida...--Nuestros libros de papel no han de ser eternos.

Llegamos, al fin, a la Encina Visa.

La gente que allí nos aguardaba eran algunos parientes y amigos de dos caballeros de Murtas que iban entre nosotros.

Contrajimos, pues, en aquel momento nuevas amistades; y, dado a Dios lo que era de Dios, nos apresuramos a dar al César lo que era del César.

Quiero decir que, después de abrazar a las personas, abrazamos también a la Encina, coetánea y amiga de todos aquellos moros y cristianos que nos traían sorbidos los sesos.

Y entonces reparamos, no sin pesar, en lo muy decrepita y pelada que se iba quedando la pobre...

¡Indudablemente, Encina Visa está en el último siglo de su existencia!

Es el triste sino de nuestro tiempo: acabar con todo lo tradicional y legendario.

--¿Quién o qué (nos dijimos) reemplazará a este Árbol cuando deje de alzar sus ramas hacia el cielo? ¿Quién o qué servirá de guía o llamará con sus brazos abiertos a los que crucen los mares de la Alpujarra?

²⁹⁸ (como las nubes, como las aves, como la sombra).

Uno de los dueños de la Encina (o sea uno de los dos propietarios del Cortijo de la Negra, a quienes* pertenece aquel monte) hallábase* allí presente. --No le dimos,* sin embargo, el mal consejo de* que fuese criando una chaparra en aquella altura, para que con el tiempo heredase y sustituyese a la Visa en su nobilísimo oficio histórico...* --Y fue que* nosotros la consideramos desde luego irremplazable. ¡Una nueva encina que allí se plantara no valdría más que un árbol de lienzo pintado de los que figuran en los teatros!...²⁹⁹

¡Hay cosas que no se heredan... --como hay otras que no se improvisan!—Y aquí tenéis planteada en un dos por tres toda la cuestión de las varias especies de monarquía, hoy que buscamos rey.*³⁰⁰

Pero continuemos*

El caserío del Cortijo de la Negra dista de allí poquísimos pasos, y está como escondido detrás del cerro que sirve de pedestal a la Encina Visa.--He dicho ya que en la Alpujarra toda vivienda humana se oculta, en lugar de exhibirse.

Pero ¿por qué se llama aquella heredad el Cortijo de la Negra? Esta negra ¿es la propia Encina Visa? --¿La apellidarían así algunos, refiriéndose a su oscura proyección sobre el cielo? --¿O el cortijo no debe su nombre a la encina, sino a alguna *negra*, de carne y hueso que lo poseyó o lo labró en tiempo de los moros?

Cuestión es ésta que inútilmente tratamos de poner en claro; y no por su opaca naturaleza; ni porque era la hora de tomar *las once*;³⁰¹ ni porque, en efecto, las tomamos

²⁹⁹ Actitud romántica del autor frente al futuro del legendario árbol.

³⁰⁰ *Amadeo de Saboya* había abdicado el trono el 10 de febrero de 1873, después de un corto reinado que comenzó en enero de 1871. Es conocida la oposición de nuestro autor al reinado de Amadeo de Saboya, según dejó ver en su famoso artículo "La Unión Liberal debe ser alfoncina", publicado en 1872, donde proclamaba la candidatura de Don Alfonso XII al trono. En el momento en que Alarcón escribe la crónica de su viaje a la Alpujarra, el país está viviendo uno de sus momentos políticos más tumultuosos, que tras la campaña electoral de la primavera dio como resultado la proclamación de la Primera República, con Estanislao Figueras como su primer presidente y Pi y Margall como jefe de gobierno. Véase Parte Segunda, cap. nota 178.

en aquel cortijo (en una hermosa y fresquísima bodega que más parecía una pagoda); sino porque nadie sabía lo cierto, --cosa frecuente en este mundo.

En cambio, nos enteramos allí (por medio de nuestros amigos los historiadores) del verdadero resultado de la embajada que el hermano de Aben Humeya llevó a Argel...-
-Porque es de advertir que los tales historiadores llegaron al Cortijo de la Negra, al mismo tiempo que nosotros, --muy bien acomodados en las alforjas, donde, como ya sabéis, acostumbraban a viajar.*

He aquí las noticias que nos dieron:

V

Noticias de Constantinopla y de otros puntos. -El Peñón de las Guájaras.

-Llegamos a Murtas.

El joven Abdalá (D. Luis de Válor, el menor de los hermanos del Reyecillo) tuvo que ir a embarcarse a Vera, en la provincia de Almería, no sin grave riesgo de ser cogido por los cristianos.

Llevábale al que entonces era, no *Rey*, --como dicen unos cronistas, ni *Bey*, como dicen otros, sino *Dey*, o Gobernador de Argel, Al-Uch-Alí (el «*Ochalí*» le llaman algunos), un presente de cautivos y una carta de su hermano, en que éste le daba parte de su elección, le demandaba socorros para la causa del Profeta, y se sometía a la obediencia del Gran Señor de todos los reyes agarenos, o sea del Sultán de Constantinopla.

³⁰¹ *Las once*, 'se refiere a la antigua costumbre de tomar un refrigerio ligero entre las once y las doce de la mañana, o a diferentes horas de la tarde, según los países.'

«Recibió el Rey de Argel a ABDALÁ como a hermano de Rey (díjonos Hurtado de Mendoza); regalóle y vistióle de paños de seda, y envióle a Constantinopla, más por entretener al hermano con esperanzas que por darle socorro».

En el ínterin, Al-Uch-Alí, que había escrito con anticipación a Constantinopla, recibía la siguiente contestación del Gran Turco, --que a la sazón lo era Selim II *el Borracho*; aquél cuyas galeras habían* de conquistar al año siguiente la isla de Chipre y ser derrotadas luego en Lepanto por D. Juan de Austria.³⁰²

«*Para el OCHALÍ Rey de Argel.*

»Recibí tu carta con la de los Moriscos de Granada. Me avisas del aparato y junta de armas que tienes hecha para su socorro. No te dispongas sin haber buena causa. Envía doscientos soldados de nación turcos, y no más, y éstos sean valerosos. Y según fuere el suceso de la guerra, así te dispongas. Y me darás aviso. Y si tal fuere, que se puede tomar tal empresa, pediré los puertos necesarios al Francés, y yo con gran poder entraré en Italia, y daré aviso al de Fez y Marruecos que entre por la parte del Poniente. Y si acaso la guerra no saliere a nuestro gusto, se dará de mano. No más. Destambor.

»SELÍN SOLIMÁN».

Al transcribir aquí esta carta, de que nos dio conocimiento Pérez de Hita, sé muy bien que no será ni con mucho una traducción puntual de la del Gran Señor. --Conozco a Pérez de Hita. --Pero hasta como documento apócrifo *en la forma* (o más bien, por serlo),

³⁰² La famosa batalla naval de Lepanto en la que D. Juan de Austria derrotó a los turcos y donde Miguel de Cervantes quedó manco, tuvo lugar en 1571. El nombre está tomado de la ciudad portuaria griega donde ocurrió la batalla, ciudad situada en el estrecho también llamado de Lepanto.

resulta curiosísima su *letra*. --Hay en ella una travesura y una inocente presunción de orientalismo que valen un imperio.³⁰³

En cuanto a su *espíritu*, completamente auténtico, como lo testifican muchas historias, despierta consideraciones algo más serias. --El plan de Selim II confirma aquella gran verdad de que no hay enemigo pequeño,* pues nos hace ver* hasta qué extremo la aventura de Aben Humeya pudo convertirse en un verdadero peligro para España, enredada entonces en guerras con Francia y otras naciones. ¡Una acción común de otomanos, franceses, argelinos y marroquíes, atacándonos a un mismo tiempo por mar y por los Pirineos, cuando todo el antiguo Reino de Granada, desde Vera hasta Gibraltar, estaba alzado al grito de ¡Viva Mahoma! y se temía otra sublevación semejante en los Reinos de Valencia y Murcia, hubiéranos puesto en indudable apuro! --¿Se hallaban acaso tan lejos aquellos días en que África y Asia enviaban periódicamente a nuestra tierra centenares de miles de guerreros?

Por fortuna para la Cristiandad, los soberanos musulmanes no dieron gran importancia a la rebelión de los moriscos alpujarreños, mientras que el sagaz Felipe II se la dio muy luego en altísimo grado, como veremos más adelante...³⁰⁴

Tardaban, pues, en venir a la Alpujarra los socorros acopiados en Argel, no obstante* haberse ya obtenido el beneplácito del emperador de Turquía; e, impaciente cuanto necesitado de ellos Aben Humeya, despachó en su busca a Fernando el Habaquí, su generalísimo (natural de Alcudia de Guadix por más señas), mientras que Abdalá se

³⁰³ Con este comentario el autor alude a la 'maurofilia' de Ginés Pérez de Hita. Por otro lado, la obra de Ginés Pérez de Hita sirvió de inspiración a Calderón para su obra *El Tuzaní de la Alpujarra*, y contribuyó a la difusión del tema morisco, particularmente, durante el romanticismo.

³⁰⁴ Alarcón participa de los valores del "dogma casticista" de la historiografía decimonónica, heredados del siglo XVI.

dirigiría, creo yo, desde Constantinopla a Marruecos, a desempeñar la segunda parte de su comisión.

El Habaquí empleó ocho días en cruzar el agua, y llegado que hubo a Argel (lo que sigue nos lo refirió Mármol),

«hizo instancia con Aluch Alí (tercer modo de escribir este nombre) para que le diese socorros de navíos y gente; poniéndole por intercesores algunos Morabitos que le moviesen a ello por vía de religión: el cual mandó pregonar que todos los turcos y moros que quisiesen pasar a socorrer a los Andaluces, que así llaman en África a los moros del Reino de Granada, lo pudiesen hacer libremente. Mas después, viendo que a la fama de este socorro había acudido mucha y muy buena gente, acordó que sería mejor llevarla consigo al Reino de Túnez: y así lo hizo¹, dejando indulto en Argel para que todos los delincuentes que andaban huídos por delitos y quisiesen ir a España en favor de los moros Andaluces, fuesen perdonados.

»De estas gentes recogió Hernando el Habaquí cuatrocientos escopeteros debajo la conducta de un turco sedicioso y malo llamado Husceyn; y, embarcándose con ellos en ocho fustas, donde metieron algunos particulares mucha cantidad de armas y municiones para vendérselas a los moros, vino con todo ello a la Alpuxarra. Con este, socorro, y con el de otras fustas, que vinieron también de Tetuán con armas y municiones, que traían mercaderes moros y judíos, los enemigos de Dios tomaron ánimo para seguir en su maldad, y...»

Pero lo que siguió diciéndonos Mármol no viene a cuento ahora... Conservemos en la memoria el nombre de ese Husceyn, turco sedicioso y malo, a quien hemos de ver figurar, acompañado de un hermano suyo peor que él, en la escena más dramática que registran los anales alpujarreños, y aprovechemos los minutos que aún hemos de

1 Y con gran fortuna, por cierto; pues conquistó todo aquel Reino en una sola batalla.

permanecer en el Cortijo de la Negra para enterarnos de un tremendo combate que hubo por entonces entre cristianos y moriscos.

Dejamos a Aben Humeya contramarchando hacia Poniente con todos sus secuaces, en tanto que el marqués de Mondéjar llegaba a los confines orientales de la Alpujarra sin encontrar en su camino más que ancianos y mujeres, y nunca aquellas falanges de moriscos armados que se disipaban ante él como la niebla.

La presencia inesperada del Reyecillo, con su ejército casi intacto, precisamente cuando *se temía recibir la noticia de que había sido deshecho por Mondéjar en el fondo de la Alpujarra, inflamó de entusiasmo a todos los rebeldes* del Valle de Lecrín y de las serranías limítrofes... Sobre todo, hacia el lado de Salobreña, se acumuló un gran número de partidas, las cuales* se establecieron en el famoso Peñón de las Guájaras, especie de ciudadela natural, situada en la cumbre de un monte escarpadísimo, circuido de tajos por todas partes, y que no tiene más acceso que una estrecha senda de un cuarto de legua de largo, mientras que dentro de sus breñas, y al amparo del Peñón, hay un llano en que pueden acampar hasta cuatro mil hombres, tan seguros como en la plaza de armas de una fortaleza.³⁰⁵

Mil moriscos escogidos, a las órdenes de Marcos el Zamar, alguacil de Játar, guarnecían aquella formidable posición, a la que se habían refugiado con sus riquezas muchas familias principales de los pueblos comarcanos, particularmente las mujeres y los niños, y donde se había reunido además gran cantidad de víveres, pólvora y balas.³⁰⁶

³⁰⁵ *Peñón de las Guájaras*, perteneciente a la Sierra de las Guájaras, situada en la vertiente sur-occidental del Valle de Lecrín. Su fama se debe a la derrota sufrida por las tropas cristianas del marqués de Mondéjar contra los rebeldes moriscos durante la guerra de Granada (1568-1570), acontecimiento llevado a la literatura por Ginés Pérez de Hita y Fernando de Herrera.

³⁰⁶ *Játar*, pequeña población perteneciente a la comarca de Alhama, en el Poniente granadino. Lugar documentado como alquería en el siglo XIV. A. Malpica Cuello, *Poblamiento y castillos en Granada* (Granada: Universidad de Granada, 1996) 31.

Para Aben Humeya, que había ido a visitar el Peñón, y dispuesto que se aumentaran algunos reparos y parapetos artificiales a sus defensas naturales, era aquélla una excelente base de operaciones, teniendo, como tenía, una exagerada idea de la firmeza del Zamar. --Así es que, seguro de encontrar allí refugio y apoyo en cualquier aprieto, se enseñoreaba de nuevo de todo el Valle de Lecrín, llegando en sus audaces correrías hasta las mismas puertas de Granada e interceptando cuantos convoyes de municiones y vituallas salían de la capital con destino al ejército cristiano.

Noticioso Mondéjar de aquel estado de cosas, y visto que en Ugíjar perdía el tiempo y el crédito en vanas negociaciones de paz con tal o cual magnate morisco de los muy pocos que aún no se habían alzado en armas, contramarchó a su vez lleno de enojo y de vergüenza y salióse de la Alpujarra por donde mismo había entrado, decidido a apoderarse del Peñón y escarmentar allí a la morisma beligerante.

Avistado que hubieron los cristianos aquella pavorosa altura, empeñóse en acometerla de frente y sin pérdida de momento el célebre D. Juan de Villarroel, hidalgo muy ganoso de gloria, que no quería ceder a nadie el lauro de tal* empresa. Opúsose el marqués, creyéndola irrealizable de aquel modo; por lo que mandó hacer alto y acampar en Guájar de Alfagüit...;³⁰⁷ pero Villarroel no desistió de su intento, bien que ya disimulándolo; y, concertado secretamente con los caballeros D. Luis Ponce de León, D. Agustín Venegas, D. Juan Velázquez Ronquillo, D. Gonzalo Oruña y D. Jerónimo de Padilla, abandonó de pronto a Guájar, y, seguido de éstos y de cuatrocientos arcabuceros que entre todos traían a soldada de sus respectivas tierras, se encaminó resueltamente hacia la codiciada posición, coronada de vistosos estandartes.

³⁰⁷ *Guájar de Alfagüit*, pequeña población del Valle de Lecrín, situada, junto con Guájar Alto y Guájar Fondón entre la Sierra de las Guájaras y la Sierra del Chaparral.

Lo escarpado del terreno obligó muy luego a apearse a los que iban a caballo y a continuar a pie tan fatigosa subida; pero, sin embargo, no hallaron al principio la gran resistencia que aguardaban. --Los de arriba parecían indecisos y amedrentados, aunque no dejaban por eso de tirotearse alguna vez, desde sus altos parapetos, con los impertérritos asaltantes.

En esto, y cuando Villarroel y sus amigos, que iban a la cabeza, se encontraban ya a media ladera del monte, precipitáronse del Peñón, como un torrente desencadenado, el Zamar y cuarenta mancebos moriscos, cayendo sobre los nuestros con la velocidad y el brio del descenso y de la carrera... La lucha fue espantosa, cuanto inútil por parte de los cristianos... Casi todos los arcabuceros emprendieron la fuga y muchos lograron salvarse; pero el resto de ellos, y los principalísimos* caballeros mencionados, empezando por Villarroel, pagaron allí con la vida su temeridad y su desobediencia...

El único de éstos que se salvó, aunque malamente herido, fue D. Jerónimo de Padilla...

«...y acabárale un moro que le iba siguiendo, si no le acudiera un esclavo cristiano: el cual (dice un cronista), apretándole reciamente entre los brazos, y echándose a rodar con él por una peña abajo, no paró hasta dar en el arroyo, donde fue socorrido».

De buena gana copiara yo aquí ahora todo lo que las historias de aquel tiempo refieren acerca de las operaciones que en los siguientes días se llevaron a cabo para ver de rendir el Peñón; pero esto no cabe en los límites de mi presente* obra, y habré de contentarme con aprovechar el sucinto resumen que otro historiador hace de tan memorables acontecimientos:

“...Este suceso (dice), que había previsto Mondéjar oponiéndose al ardimiento de Villarroel y le hizo adoptar medidas prudentes para emprender el asalto. Distribuyó sus tropas en varias Compañías; cercó el monte, y dispuso avanzar con fuerzas concéntricas hacia la altura. Los moros y moras se defendieron bravamente en la ladera con tiros y piedras, y causaron muchas bajas en las filas cristianas; mas no pudieron conservar sus posiciones avanzadas, y se replegaron a la sombra.

Acercados los asaltantes, embistieron tres veces la entrada y fueron rechazados otras tantas. Viendo el Marqués que se aproximaba la noche y que estaba indecisa la victoria, mandó retirar sus tropas y difirió el ataque postrero para el alba siguiente.

Durante la noche, el Zamar... hizo ver a los suyos la imposibilidad de resistir el ataque que esperaban, y los inclinó a abandonar la cumbre. Los caudillos, sus voluntarios y muchas mujeres salieron calladamente, y, bajando por despeñaderos y sendas de cabras, se retiraron hacia las Albuñuelas. Al amanecer ocuparon las tropas del Marqués el Fuerte, degollando a los pocos viejos y mujeres tímidas que en él habían quedado, confiadas en la clemencia del vencedor.

La caballería cristiana se lanzó en pos de los fugitivos y alcanzó y alanceó muchos moros y moras. El Zamar peleó heroicamente defendiendo una hija suya de trece años, desmayada con el cansancio de la huida. Herido en un muslo, fue cautivado y conducido a Granada, donde el Conde de Tendilla, que gobernaba en ausencia del Marqués, su padre, le condenó a morir atenaceado.”

Costosa y dolorosísima fue para los moriscos la debelación³⁰⁸ del Peñón de las Guájaras; pero inútil sin duda alguna para el éxito de la campaña de Mondéjar.—Aben Humeya y su gente, aprovechándose con singular acierto de aquella poco meditada expedición del marqués, habían vuelto a penetrar en la Alpujarra, verdadera llave estratégica de la rebelión. --Resultaba, pues, vano y* estéril cuanto el general cristiano había hecho trabajar y padecer un mes antes a sus tropas para ocupar aquellos ásperos

³⁰⁸ *Debelación*, ‘rendición’.

terrenos, tan fácilmente recobrados por el enemigo. ¡Es decir, que la sangre de las flacas mujeres y pobres ancianos sacrificados en las Guájaras había valido al Reyecillo la reconquista de lo mejor de su reino! --Cualquier batalla le hubiese costado más.

Así lo comprendió el marqués y lo murmuraron sus émulos.³⁰⁹ Aumentaron, por tanto, su despecho y su rabia contra Aben Humeya, y dio la vuelta a Órgiva, decidido a acabar de una vez, no ya con las huestes, *con la persona de aquel joven caudillo, tan emprendedor, tan sagaz, tan valeroso, y cuya incansable actividad centuplicaba sus fuerzas y sus recursos.

¡Cruzó entonces por la mente del noble general, encanecido en las virtudes y el heroísmo, un pensamiento aleve, oscuro y tortuoso!... --Determinó, digo, emplear el dinero, el espionaje y la traición para deshacerse de Aben Humeya.

Lo mismo hizo Cepión con Viriato.³¹⁰

--¡A caballo, señores, a caballo...; que se hace tarde, y nos esperan en Murtas! ¡Ya no calienta tanto el sol, y corre una brisa fresca!

Así exclamó en aquel momento, interrumpiendo la lectura, el que había de ser nuestro bondadoso huésped en el lugar a que nos dirigíamos.

--¡A caballo! --respondimos todos.

Y partimos, llevando los más gratos recuerdos de nuestra estancia en el Cortijo de la Negra.

³⁰⁹ Alusión al marqués de los Vélez, y, especialmente, a D. Pedro de Deza, presidente de la Real Chancillería de Granada, enconado enemigo de los marqueses de Mondéjar.

³¹⁰ *Cepión*, pretor romano; asesinó al caudillo lusitano mientras dormía.

No menos viva conservo la memoria de los alegres trotes, y hasta galopes, que entonces se siguieron, interrumpidos por largas paradas a fin de contemplar ésta o la otra perspectiva, y siempre a lo largo del empinado lomo del Cerrajón de Murtas.--Y fue que* aquella tarde se desarrollaron ante nuestra vista muchos de aquellos redoblados pliegues de terreno que comparé en la cumbre de la Contraviesa a los tejados de una ciudad mirados oblicuamente desde un campanario...³¹¹

Sí: durante aquella especie de viaje aerostático, vimos el interior y hasta el fondo de gran número de valles, cuajados de cortijos y de arbolado, de ya verdes viñas y de crecidas siembras:

Vimos... de *cuerpo entero*... la famosa Sierra de Gádor, llamada en otro tiempo la Sierra del Sol (como la Contraviesa se llamaba la Sierra del Aire)¹: ¡Sierra de Gádor, Eldorado de los almerienses, y aún de los granadinos, y albergue de pintorescas villas y lugares!... ¡Sierra de Gádor, cuyo pico eminente, el Sabinar, mide la respetable altura de seis mil novecientos pies!...:³¹²

Vimos, también,* entre aquella sierra y la cordillera que *seguíamos, la honda y extensa cuenca del río de Adra, frontera allí de la provincia de Almería:

Vimos a lo lejos, *dejándonosla atrás, la hechicera sombra de Berja, que dos días después casi habíamos de tocar con la mano, y, más al sur la costa de Adra, marcándonos el sitio en que se escondía esta graciosa nereida del litoral alpujarreño;

³¹¹ *El Cerrajón de Murtas*, con 1.228 metros de altitud, es la máxima elevación de la Contraviesa.

¹ De aquí ha provenido una gran confusión entre los geógrafos con *Solair* o *Xolair*, nombre que daban los Moros a *Sierra Nevada*, llamada, en efecto, *Solaria* o *Mons Solis* por los romanos; pero nunca *Montaña del Sol* y *el Aire*, como pretenden algunos escritores.—Más adelante volveremos a hablar de este asunto.

³¹² Al referirse a la Sierra de Gádor como el Eldorado, Alarcón alude a la explotación minera del siglo XIX. "Entre 1822 a 1868, las ventas proporcionan unos beneficios muy superiores a los del hierro vizcaíno cuarenta años después, mientras atraían a la sierra a veinte mil obreros". F. García de Cortázar y J. M. González Vesga, *Breve Historia de España* (Madrid: 1994) 491.

Y vimos, en fin, la Punta de Roquetas, y muchas playas y promontorios, dibujados o recortados sobre el azul del mar... «*como en los mapas de relieve*», que diría cualquier retórico irreflexivo.³¹³

Por lo demás, y fuesen cualesquiera los bellos paisajes* que divisábamos en lontananza, lo cierto era* que nos habíamos encaramado a un terreno áspero y adusto, donde reinaba todavía el invierno,* y donde hacía, en consecuencia, un frío de todos los diablos; --por lo cual nos alegramos muchísimo de llegar, como llegamos, a Murtas... antes que el sol al occidente.

VI

En Murtas. --Una noche a la antigua española. --Catalina de Arroyo

Murtas es *el reverso de Albuñol.

A Albuñol se le divisa* desde muy lejos: a Murtas no se le ve hasta que se está dentro de sus calles. --Albuñol dormita* en el fondo de una rambla, casi al nivel del mar: Murtas campea* en todo lo alto de su cerrajón, bien que* dominado y abrigado por el morro en que remata la cordillera. --En Albuñol, con estar tan bajo, tuvimos que entrar subiendo: en Murtas, con estar tan alto, entramos por encima de las chimeneas. --En Albuñol era ya verano: en Murtas era riguroso invierno. --Albuñol es blanco, alegre, risueño, luminoso: Murtas es pardo, grave, tétrico, sombrío. --Allí se huye del sol: aquí se

³¹³ *Vimos...vimos...vimos...vimos*, utiliza la repetición como recurso estilístico, al igual que en la Parte Tercera al describir la panorámica que se divisa desde la cumbre de la Contraviesa: *No se veía... no se veía... no se veía...* ambas son construcciones paralelas. Véase Parte Tercera, cap. V.

busca la lumbre. El uno respira voluptuosidad y molicie: el otro [,] esquivez y austeridad.

Aquél recuerda las ciudades del Oriente: éste las poblaciones de Castilla la Vieja.

Albuñol es un pueblo moro: Murtas, un pueblo cristiano.³¹⁴

Todo tiene su poesía especial cuando se principia a ser viejo, y yo se la encuentro muy grande a estos pueblos de tan lúgubre fisonomía, que viven azotados por las inclemencias del cielo, oyendo a todas horas el mugir de los aquilones,³¹⁵ ora abrumados de nieve, ora envueltos en niebla, y donde, sin embargo, o por lo mismo, reina tan íntimo contento en los hogares, es tan amable la vida de familia, están tan excitados todos los afectos, todas las creencias y todos los temores.

En esos pueblos tristes, (*probados* de continuo por el rigor celeste como las almas de los escogidos), hay* gran actividad en las imaginaciones, y la fe en Dios es más viva, el deseo de la gloria eterna más apremiante, y el miedo al demonio, y aún a otros espíritus que no reconoce la Iglesia, tanto mayor, cuanto más justificado se halla.—Compréndese que no crean..., por ejemplo, en duendes, brujas y aparecidos, los moradores de riente población* tendida en verde llanura, entre pájaros y flores, o reclinada frente al azul Mediterráneo, en el perfumado seno de una perpetua primavera—Pero ¿quién dejará de sentir* todo linaje de terrores allá en la región de las nubes, rodeado de sombras, entre los elementos desencadenados, y sin más consuelo ni refugio contra la hostilidad de la Naturaleza que el amor de la esposa, la piedad de los hijos y las dulces promesas que manan de los labios del señor cura?³¹⁶

³¹⁴ Todo el párrafo es un juego de antítesis para describir Murtas en total contraste con Albuñol.

³¹⁵ *Aquilones*, 'vientos fuertes del norte' (RAE).

³¹⁶ Continuación del uso de la antítesis, ahora para contrastar la idiosincrasia de los moradores de un pueblo de montaña con la de los habitantes de un pueblo marítimo. Aquí, como ya vimos en la Parte Primera cap. V, nota 73, vuelve a referirse a la teoría de Locke a cerca de la influencia del clima y el terreno como determinantes del carácter del hombre.

Por eso, hace muchos años, hablando de esto mismo, exclamé fervorosamente: «¡*Benditas sean las montañas!*». ³¹⁷ Y por eso sin duda aquella noche, la noche de nuestra llegada a Murtas pasamos horas de inefable delicia y de verdadera unción cristiana, muy más sabrosas que cuanto ofrece el Corán a la morisma, sentados al amor de la lumbre, en casa de nuestro respetable huésped y antiguo amigo (el primer caballero que os presenté a la salida de Órgiva), recibiendo merced de su hidalga obsequiosidad y espléndida cortesía, y disfrutando de la grata sociedad de su noble esposa y distinguida hija, émulas suyas en el bondadoso afán con que nos agasajaban.

Sí, señor: en aquella inolvidable casa, de aspecto señorial y solariego; en el carácter serio y cordial de la tertulia que allí se reunió; en lo que, del pueblo habíamos visto; en lo áspero y tempestuoso de la noche; en lo repuesto y clásico de la mesa a que nos sentamos; en las tradicionales complacencias que allí compartimos; en lo que se hablaba, en lo que se callaba, en lo que se sentía, en todo, finalmente, había un sabor tan latino, tan católico, tan español, tan castellano, *que acabó por olvidársenos que estábamos en la morisca Alpujarra, y que hubo hace siglos agarenos* en la Península, y hasta que existió* en la Meca un impostor llamado Mahoma...; para acordarnos solamente* de condes y obispos, de ricos-homes y ricas-hembras, de catedrales y castillos góticos, de conventos y abadías, de yelmos y lanzas, de gregüescos y gabanes, de ropillas y ferreruelos, de capas y espadas, de casacones y sombreros de tres picos, de morriones y petis, de ponchos y roses...; de España, en fin, limpia de sangre mora ni judía. ³¹⁸

³¹⁷ En *De Madrid a Nápoles*, Libro II, cap. I.

³¹⁸ Este párrafo, donde enumera todas las cualidades de la vida cristiana, además de enumerar las piezas de la vestimenta típicamente castellana del Antiguo Régimen, tiene la apariencia de 'profesión de fe de cristiano viejo'.

Por lo demás, y descendiendo a hechos reales, en mi cartera de viaje encuentro hoy los siguientes datos relativos a Murtas, recogidos aquella tarde, y aquella noche, y otras noches y otras tardes que más adelante pasamos allí:

Murtas es el mayor centro de población del juzgado de Ugíjar, --sin exceptuar a la cabeza del partido.

Tiene 3798 habitantes, casi la mitad de ellos domiciliados en los 107 cortijos y caseríos de su jurisdicción, encerrando, por consiguiente, el lugar propiamente dicho unas 2.000 almas.*

La Santa Cruz, o sea la Cruz de Mayo, es la patrona de Murtas, y el día 3 de dicho mes se la celebra con función de iglesia, toros y bailes.

Murtas es muy rico; sobre todo en vinos y almendras.

Las almendras tienen fama muy merecida en toda la provincia, por lo gordas, finas y dulces, y por lo tierno y delgado de su corteza leñosa.

El vino es excelente, aunque un poco *dus*, como todo el de aquellas tierras, y se exporta en gran cantidad, ora por el Puerto de la Ragua con destino al Marquesado del Cenet, ora por el Llano del Laujar con destino al Río de Almería.

La arriería de Murtas no reconoce rival en toda la Alpujarra, por lo activa y numerosa. --¡Asombro causa ver las interminables recuas que salen de aquel pueblo o vuelven a él, llevando o trayendo cuanto figura en la vida material de su poblada comarca y de otras circunvecinas!

Pero la principal riqueza de Murtas, y uno de los ramos más importantes de la producción alpujarreña, consiste en la fabricación de aguardiente.

Piérdese la cuenta de los alambiques que hay establecidos en el lugar y sus cercanías... ¡Baste decir que ellos y los del próximo pueblecillo de Mecina Tedel abastecen casi por sí solos de un líquido tan apetecido y solicitado... a la mitad de la provincia de Granada!...Lo cual no quita que las aguas potables de Murtas sean celebérrimas, y a justo título, por su abundancia, limpidez, exquisito gusto y eficacia digestiva.³¹⁹

Debido acaso a esto último, y a lo muy ventilado, a lo demasiado ventilado, de la eminencia que ocupa, es un pueblo sumamente saludable, que produce hombres del tamaño y del temple de los de Homero, aficionados a la caza, si bien con hurón o con reclamo, y muy dados al jamón y a los dulces.

La mayor parte de sus famosos cortijos están abrigados en los pliegues del Cerrajón, con exposición al Mediodía. Algunos tienen, pues, honores de quintas de recreo, según lo rodeados que se ven de naranjos, flores y feracísimas huertas, y sirven de habitual morada a familias ricas y de aristocráticas* inclinaciones, que prefieren aquella vida libre y solitaria a la que se llevan en el lugar.

*En cuanto al fandango que se baila en Murtas y sus cortijos, declaro que supera con mucho al de los pueblos inmediatos: 1º, Por las bellas y complicadas *mudanzas* que se hacen durante la copla: 2º, Porque se baila, tocando al propio tiempo* castañuelas, cosa rara en aquella región: Y 3º,* Porque la orquesta se compone casi siempre, no sólo de guitarra, bandurria y platillos, como en el resto de aquellas tierras, sino también de violín..., instrumento tan familiar* a los labriegos murteños como a los cultos alemanes del norte.

³¹⁹ *Murtas*, municipio situado al pie del Cerrajón del mismo nombre. Perteneciente al partido judicial de Órgiva; en su término municipal se incluyen varios núcleos de población, entre ellos, Cojáyar y Mecina Tedel. Murtas es un topónimo de origen mozárabe, deriva del lat. *myrtus* que a su vez procede del vocablo griego *mirto* (Carrascosa Salas, 1992: 439).

Finalmente: las mujeres de Murtas tienen fama de limpias y lujosas, y de no menos esforzadas y dispuestas que los hombres. —Por mi parte, aseguro de ciencia cierta que abundan* las de aspecto varonil, si bien moderado por cierta apasionada languidez, esencialmente femenina, que las hace tan seductoras como imponentes. --Melpómene hubiera podido ser de Murtas, y también Medea, y Norma, y Safo, y hasta Doña María Coronel... hasta cierto punto.³²⁰

Y de Murtas fue la célebre Catalina de Arroyo, morisca por todos cuatro costados; pero madre del beneficiado Ocaña; la cual, el día que los monjes asesinaron a éste y a los demás cristianos de aquel pueblo, pidió a gritos la muerte, alegando que ella también era cristiana...

¡Y mujeres fueron asimismo quienes se encargaron entonces de quitarle la vida!...

Por cierto que la historia recuerda que cuando la llevaban al lugar de la ejecución (que era el cementerio de la iglesia), Catalina de Arroyo «iba rezando la oración del *Anima Christi*, y murió invocando el dulce nombre de Jesús...»

¿Conocéis tragedia más sublime?

Terminada aquella noche la tertulia, a la cual asistieron, entre otras muchas personas, dos respetables sacerdotes, hermano el uno* y sobrino el otro de nuestro noble huésped de la arábica Albuñol (que así están hoy de barajadas las cosas alpujarreñas, ni más ni menos que cuando las moriscas parían allí beneficiados), hicimos y publicamos el

³²⁰ Alarcón establece una comparación entre las mujeres de Murtas y estos personajes mitológicos y legendarios para subrayar la fortaleza, tanto física como de carácter, que el autor apreciaba en ellas.

programa del día siguiente, en virtud de cuyo primer artículo todo el mundo tenía que estar a caballo antes de que saliera el sol.

Retiróse, pues, en seguida cada cual a su cuarto, a fin de aprovechar las contadas horas destinadas al sueño; pero la crítica situación en que aquella tarde habíamos dejado a Aben Humeya tenía demasiado excitada mi curiosidad para que pudiese dormirme sin averiguar qué había sido de él.

¿Llevó adelante el marqués de Mondéjar su menguado propósito de deshacerse del Reyecillo por medio del soborno y de la traición?--¿Lo consiguió efectivamente?

La contestación a estas dos preguntas la leí estando ya en la cama, y no me dejó pegar los ojos en toda la noche; o si los pegué, fue para seguir viendo lo mismo que causara antes mi desvelo...

He aquí lo acontecido.

VII

Asechanza contra Aben Humeya. --Aparece en escena Aben Aboo. --Bárbaro

tormento

Había vencido el infierno.

No bien regresó a Órgiva, el despechado marqués, pregonó la cabeza de Aben Humeya, tasándola en diez mil ducados; y fuese codicia vil de aquella suma, fuese por odio personal al joven caudillo, como ellos dijeron, el caso es que a los pocos días

presentáronse a Mondéjar un tal Miguel Aben-Zaba, de Válor, y otros parientes suyos, y le hicieron la siguiente confidencia:

Que Aben Humeya y su tío D. Fernando el Zaguer andaban de día por las vecinas sierras de Los Bérchules,³²¹ en cuyas famosas cuevas, casi inaccesibles, estaban los almacenes de la insurrección, y que por la noche solían bajar a dormir a Válor, a las casas patrimoniales del Reyecillo, o a Mecina de Bombarón, a casa de Diego López...

Pero no debo continuar sin deciros antes quién era este personaje.

Diego López, primo hermano de Aben Humeya, y descendiente como él del mismísimo Profeta Mahoma, era, en la época a que nos referimos y según opinión del grave Hurtado de Mendoza, *«un hombre tenido por cuerdo, animoso, de buena palabra, comúnmente respetado, usado al campo, y entretenido más en criar ganados que en el vicio del Lugar.»* --Lo que* no recuerdo ahora es dónde he leído que más parecía negro que blanco; y, por lo demás, de toda su historia se deduce que estaba dotado de gran fortaleza física, y que tendría de treinta y cinco a cuarenta* años cuando lo presentamos en escena.--Entre los moriscos llamábase Abdalá Aben Aboo... -La historia le reservaba el puesto de segundo y último rey de la rebelada Alpujarra.

Este hombre singular, cuyo fanatismo islamita y cuyo ardor guerrero hemos de ver rayar muy pronto en verdadera fiereza, habíase mostrado hasta entonces como indiferente y neutro en medio de la rebelión que ardía en todo el reino granadino. —Digo más:* refiere Mármol que una mañana que el ejército cristiano marchaba de Cádiar a Ugíjar, acudieron espontáneamente algunos moriscos a someterse al marqués, y que entre ellos

³²¹ *Bérchules*, nombre usado para denominar tanto al río, a la sierra como a la pequeña población perteneciente al partido judicial de Órgiva. El pequeño municipio de Los Bérchules incluye a su vez el anejo de Alcútar.

«...vino DIEGO LÓPEZ ABEN-ABOO..., y trajo consigo al sacristán de la iglesia de Mecina de Bombarón, donde era vecino, para que certificase al Marqués de Mondéjar cómo había defendido que los Monfís no quemasen la iglesia, y le había tenido escondido a él y a su mujer y hijos en una cueva hasta aquel día, porque no los matasen. -El Marqués holgó mucho con la relación del sacristán, y loó al Moro delante de los otros, diciendo que no todos los de la *Alpujarra* se habían rebelado con su voluntad; y le mandó dar luego una salvaguardia muy favorable para que nadie le enojase, y pudiese reducir todos los vecinos de aquel lugar y de fuera de él que quisiesen venir al servicio de Su Majestad».

¿Por qué había procedido hasta entonces Aben Aboo de aquella manera? ¿Cómo seguía, sin embargo, tan respetado y querido de los moros? ¿A quién era traidor? ¿A los defensores de su abuelo Mahoma, apartándose de ellos para favorecer realmente a los cristianos; o a los cristianos, fingiéndose su amigo para apoderarse y abusar de su confianza en beneficio de la causa del Profeta?

Indudablemente a los unos y a los otros. La falsedad y la perfidia estaban en la masa de su sangre: su vida constituyó un tejido de felonías, y ¡cosa rara! una vez, una sola, que no fue traidor, costóle muy caro; *tan caro, que ya renunció para siempre a la virtud, complaciéndose hasta en neutralizar las consecuencias de su único acto de lealtad..., según que vamos a ver ahora.*

Tal era el hombre cuya casa había sido señalada al marqués por los espías moriscos como uno de los albergues nocturnos de Aben Humeya...

La tempestad comenzaba a amontonar sus torvas nubes.

En virtud de aquella confidencia, Mondéjar envió una noche a cincuenta soldados, conducidos por los viles delatores, con orden de ir primero a Válor y luego a Mecina de Bombarón, sorprender dichas casas antes de que amaneciese (pues de día podrían juntarse muchos enemigos y ser la operación peligrosa), y traerle muertos o vivos a Aben Humeya y al Zaguer.

Partieron los expedicionarios con el mayor sigilo, en medio de las sombras, y treparon a Sierra Nevada...

«No hallaron en Válor-el-Alto rastro de ABEN-HUMEYA (dice Hurtado de Mendoza); pero en el Bajo oyeron chasquido de jugar a la ballesta, músicas, canto, y regocijo de tanta gente, que no la osando acometer, se tornaron a dar aviso».

Enterado de ello el marqués, dejó pasar dos o tres días, y al cabo de este tiempo (dice Luis del Mármol)

«Hizo llamar a los Capitanes Álvaro Flores y Gaspar Maldonado y les mandó que con seiscientos soldados escogidos, llevando consigo las espías, que les habían de mostrar las casas sospechosas, fuesen a los dos lugares, y los cercasen, y procurasen prender aquellos dos caudillos, o matarlos si se defendiesen, y traerle sus cabezas...; advirtiéndoles que lo primero que hiciesen fuese cercar la casa de ABEN-ABOO, donde había más cierta sospecha que estarían»...

Pero a los Capitanes les pareció «que si todos juntos llegaban a Mecina, y acaso no estaban allí, antes de pasar a Válor, corría peligro de ser avisados. Con este acuerdo, aunque no era bastante razón para pervertir la orden de su Capitán General, repartieron la gente en dos partes, Álvaro Flores fue a dar sobre Válor con cuatrocientos soldados, y Gaspar Maldonado con los otros doscientos, que para cercar la casa de ABEN-ABOO bastaban, caminó la vuelta de Mecina de Bombarón.

»Sucedió, pues, que aquella noche... ABEN-HUMEYA y el Zaguer y otro caudillo de aquel lugar, llamado el Dalay, no menos traidor y malo que ellos, acertaron a hallarse en casa de ABEN-ABOO: los cuales, habiendo estado todo el día escondidos en una cueva, en anocheciendo se habían recogido al lugar,

como inciertamente y a deshora lo habían hecho otras veces, confiados en que no irían a buscarlos allí, por estar de paces ABEN-ABOO y tener salvaguardia.

»Gaspar Maldonado llegó lo más encubiertamente que pudo, haciendo que los soldados llevasen las mechas de los arcabuces tapadas, porque con la escuridad de la noche no las devisasen desde lejos: mas no bastó su diligencia, ni el hervor del cuidado que le revolvía en el pecho, para que un inconsiderado soldado dejase de disparar su arcabuz al aire...

»Estaban los moros bien descuidados; la casa llena de mujeres y criados; y la mayor parte de ellos durmiendo...

»El primero que sintió el golpe fue el Dalay, que como más recatado y astuto, estaba con mayor cuidado: el cual, temeroso, sin saber de qué, recordó con gran priesa al Zaguer; y, corriendo hacia una ventana no muy baja, que respondía a la parte de la sierra, entre sueño y temor se arrojaron por ella, y, maltratados de la caída, se subieron a la sierra antes que los soldados llegasen. »ABEN-HUMEYA, que dormía acompañado en otro aposento aparte, no fue tan presto avisado; y cuando acudió a la fuga, ya los diligentes soldados cruzaban por debajo de la ventana; por manera que, si se arrojara como los otros, no pudiera dejar de caer en sus manos. Turbado, pues; sin saberse de terminar; dando muchas vueltas por los aposentos de la casa, y acudiendo muchas veces a la ventana, la necesidad le puso delante un remedio que le acrecentó la perdida confianza...

»Había llegado Gaspar Maldonado a la puerta de la casa, y, viendo que los de dentro dilataban de abrirla, procuraba derribarla, dando grandes golpes en ella con un madero, cuando ABEN-HUMEYA, no hallando cómo poderse guarecer, llegó muy quedo a la puerta, y, poniéndose disimuladamente enhiesto, igualado entre el quicio y la puerta, quitó la tranca que la tenía cerrada, para que con facilidad se pudiese abrir: la cual abierta, los soldados entraron de golpe, y él se quedó arrimado, sin que ninguno advirtiese lo que allí podía haber: tanta priesa llevaban por llegar a buscar los aposentos.....

»Mientras esto se hacía... ABEN-HUMEYA tuvo lugar de salir de tras de la puerta; y, arrojándose por unos peñascos que caen a la parte baja, se fue, sin que lo sintiesen».

Veamos ahora de referir qué había sido entre tanto de Aben Aboo.

Maldonado y su gente lo hallaron en uno de los aposentos de su casa, y con él a otros diez y siete moros; y, habiéndoles preguntado* si sabían de Aben Humeya o del Zaguer, dijeron que no los habían visto, y que, en cuanto a ellos, estaban reducidos a la obediencia del rey D. Felipe, en virtud de la salvaguardia que Aben Aboo había recibido del marqués de Mondéjar.

Y como no pudiese averiguar de ellos otra cosa; conociendo Gaspar Maldonado que no le decían verdad, hizo dar tormento a Aben Aboo, mandándolo colgar... cabeza abajo de la rama de un moral que había a espaldas de su casa.

«Y teniéndole colgado, que sólo se sompesaba con los calcañales de los pies (continúa Mármol); viendo que negaba, llegó a él un airado soldado, y, como por desden, le dio una coz, que le hizo dar un vaivén en vago, y caer de golpe en el suelo.

»No debió de ser tan pequeño el dolor, que dejara de hacer perder el sentido a cualquier hombre nacido en otra parte; pero este bárbaro, hijo de aspereza y frialdad indomable, y menospreciador de la muerte, mostrando gran descuido en el semblante, solamente abrió la boca para decir: -*¡Por Dios, que el Zaguer vive y yo muero!* -sin querer jamás declarar otra cosa.

»Gaspar Maldonado dejó a ABEN-ABOO en su casa como por muerto (los soldados se habían ocupado ya en robarla), y se llevó los diez y siete moros presos: con los cuales y con otros que después prendieron en el camino, y más de tres mil y quinientas cabezas de ganado que recogieron de aquellos lugares reducidos (los soldados que habían ido a Válor con Álvaro Flores no habían conseguido otra cosa), se volvieron unos y otros a Órgiva, donde, siendo reprehendidos por su Capitán General, les fue quitada la presa por de contrabando, mandando poner en libertad a los moros que tenían su salvaguardia».

Tal había sido el bochornoso resultado de aquella indigna asechanza, concebida en mal hora por el ilustre marqués de Mondéjar.

Había triunfado el infierno, como ya dije más atrás; y consistía su triunfo* en que tan insigne y generoso guerrero hubiese caído en la tentación de dejar durante algunos días la espada de Tendilla por el puñal de Vellido Dolfos;³²² en que, aún hecho este sacrificio de honra, *quedase vivo y libre Aben Humeya, el enemigo de Cristo; y en que luego se perpetrara aquel crimen de lesa humanidad en la persona de Aben Aboo, convirtiéndolo para en adelante, de tibio y disimulado auxiliar de los moriscos, en un monstruo sañudo, en un campeón infatigable, en una furia armada, espanto de su raza y de la nuestra, azote de la Cristiandad y abominación del género humano.

Sí: Aben Aboo, que acaso envidiaba y aborrecía a Aben Humeya desde que lo vio en el trono; Aben Aboo, que ignoraba y no podía concebir que el Reyecillo hubiese logrado escaparse de aquella manera tan atrevida y milagrosa; Aben Aboo, que habría podido deshacerse de él entregándolo a los cristianos; Aben Aboo, que era *avieso y traidor por naturaleza, acababa, sin embargo, de ejecutar el primer acto noble y piadoso de su vida, arrostrando una muerte segura por salvar a dos seres que detestaba, o sea por respetar en ellos las sagradas leyes de la hospitalidad...

¡No la muerte, sino el tormento más infame, había sido la consecuencia de tamaño heroísmo!--Renegó, pues, para siempre del bien, del honor, de la paz y de la dicha, y declaróse enemigo irreconciliable de todos sus prójimos, de toda virtud, de toda ley, ¡del mismo Dios! --El infierno había hecho más que triunfar: había encarnado en un hombre: tenía ya un representante en aquella guerra de exterminio.

³²² *Vellido Dolfos*, asesino de Sancho II de Castilla en el cerco de Zamora en 1072. Su nombre ha pasado a la historia como símbolo del traidor alevoso.

Siquiera Aben Humeya, en medio de su iracundia, de su soberbia, de su intemperancia, de todos los vicios que pronto lo asemejaron a Sardanápalo,³²³ había procedido hasta entonces, y procedió* siempre, impulsado por pasiones activas y positivas, por el afán de vengar a su padre, por ambición de gloria, por sed de mando, por un amor desenfrenado a las mujeres... Pero detrás de aquella figura, que hasta* los más fanáticos escritores cristianos nos presentan gallarda, amante, fúlgida, poética, *levantábase ya otra figura que parecía su sombra, su negación, su infernal contrasentido;* la figura de Aben Aboo, animada por el odio, flotando en las tinieblas, ganosa de destrucción y de infortunios.³²⁴

Resumiendo:

Aben Aboo tan luego como estuvo curado, empuñó las armas contra los cristianos, poniéndose para ello a las órdenes de Aben Humeya; esto es, del hombre que más detestaba en el mundo; pero jurándose al propio tiempo perder y exterminar a este hijo mimado del amor y de la fortuna.

La tempestad relampagueaba sobre la cabeza de los moriscos.

VIII

Toque de Diana. --Orden del día. --Mecina Tedel. --Los caballos no quieren matarse. --El Castillo de Juliana. --Jorairátar. --Recuerdos de un asesinato. --Una soirée en Cojáyar. --Casta Diva.

³²³ Véanse Parte Primera, cap. IX, nota 109 y Parte VI, cap. VIII, nota 455.

³²⁴ El autor nos presenta a este personaje como la contrafigura de Aben Humeya. Mientras que éste inspira al autor cierta simpatía, por Aben Abó no muestra ningún aprecio.

*--¡Buenos días nos dé Dios, lectores! --Lo digo porque ya debe de estar amaneciendo...

--¡Qué frío hace! ¿no es verdad?... ¡Cómo se conoce que no estamos en la costa, sino en Murtas! --Afortunadamente, encontramos* ardiendo en la chimenea una carga de leña. --¡A ver! ¡nostramo! ¡patrón! ¡queridísimo huésped! ¡Más caridad con los forasteros!... ¡Mande V. que nos echen una lágrima de cualquier cosa!...* ¡aunque sea una gota de aguardiente sin rebajar! -¿Quién se para en grados cuando el termómetro marca uno bajo cero! --Y, por lo demás,* queremos desayunarnos con gachas... ¿lo oye V.?... con gachas de las que comen los pastores; con gachas de caldo colorado y muy picante, que nos caliente el estómago antes de ponernos en camino. --¡El chocolate es bueno para las monjas!*

Tal exclamaba uno de nosotros a la mañana siguiente, mucho antes de ser de día.*

Porque ya recordaréis que según el artículo 1.º de nuestro programa, todo el mundo tenía que estar a caballo antes de la salida del sol...*

Los restantes artículos decían así:

«2º. A las seis se pasará por el lugar de Mecina Tedel.

3º. A las ocho se estará en el lugar de Jorairátar, donde nos esperan a almorzar a las nueve.

4º. A las dos se saldrá de Jorairátar.

5º. A las cuatro se llegará al lugar de Cojáyar, donde tenemos una cita.

6º. A las cinco y media se pasará otra vez por Mecina Tedel.

7º.* Y a las seis de la tarde se estará de vuelta en Murtas, a fin de comer y hacer noche».

Es decir, que aquel día recorreríamos hasta su extremo la parte septentrional del Gran Cehel; pero que, en vez de pasar más allá y saltar a los pueblos de Sierra Nevada, volveríamos grupas,* a fin de trasladarnos al otro día a la orilla del mar.--¡Con tal arte íbamos andando y desandando de norte a sur la complicada tierra alpujarreña y* aislando y dejando para lo último la expedición a la Gran Sierra y a Cádiar y a Ugíjar, importantísimos pueblos asentados a sus plantas, en las márgenes de sus bulliciosos ríos!... --El método es la mitad del encanto de esta clase de viajes.

No creáis, sin embargo, que la excursión del día a que me refiero dejó de ser interesante, y que su relato no merezca vuestra atención más cuidadosa... --Al contrario: por poco apego que nos hayáis tomado a los que la llevamos a término, os interesará muy mucho ver los grandes trabajos que nos costó, los atolladeros en que nos metimos, cómo escapamos de ellos, y las preciosas caras que contemplamos en medio de todo, a guisa de providencial recompensa de nuestros afanes. --Fue un verdadero día de prueba.

A todo esto ya nos habíamos* comido las apetecidas gachas, y los caballos piafaban* de miedo, más que de impaciencia, presintiendo sin duda los malos pasos en que los íbamos* a meter...

Sonó, pues, la voz de botasillas en la siguiente forma:* -¡En marcha, caballeros!-

³²⁵ Y hasta la noche, gentilísimas damas.

Y todo el mundo montó a caballo y picó espuelas.*

³²⁵ *Voz de botasillas*, 'En los cuerpos de caballería, toque de clarín para que los soldados ensillen los caballos' (RAE).

De Murtas a Mecina Tedel, --llamado también Mecinilla, por ser, o haber sido, el menor de los Mecinas de la Alpujarra (es decir, menor que* Mecina Fondales, Mecina Alfahar, Mecina de Bombarón, etc.), --hay menos de un cuarto de legua; y es que Mecina Tedel está agarrado a las espaldas, y como colgado, del mismo cerro en cuyas crestas se esconde Murtas.

Así fue que, a los pocos minutos de ponernos en camino, y al asomarnos a la tajada ladera que sirve de brusco remate al Cerrajón, descubrimos a nuestros pies las casas de Mecinilla, unas debajo de otras, como los peldaños de una escalinata, sin que por eso se nos alcanzara la posibilidad de bajar adonde *empezaban* los tejados.

Pero los caballos se ingeniaron a su modo, y fueron descolgándonos lentamente por una serie de trancos esculpidos en la roca (los cuales constituyen una especie de vereda retorcida, trocada luego en ondulante callejuela, que pasa por delante de la puerta de todas las casas, después de haber pasado por encima de todas las chimeneas, y que en seguida deja otra vez de ser calle para volver a convertirse en sendero), hasta que al fin quiso Dios que llegásemos a todo lo hondo, o sea al arroyo de Mecinillas, donde los animales lanzaron un relincho de triunfo...

Respiramos también nosotros, aunque menos militarmente, y entonces pudimos hablar algo acerca de Mecina, la cual, desde abajo, parecía un pueblo construido o tallado en una pared, o más bien un grupo de nidos de golondrinas pegados al ladero de aquel abismo.*

Cuatro fueron las noticias que adquirí allí acerca de la* historia, estadística y costumbres de Mecina Tedel:* 1ª. Que *le faltaban el año pasado dos habitantes para tener

mil.--2ª. Que allí murió de una fiebre maligna, después de reñir las batallas que veremos más adelante, D. Fernando el Zaguer, o sea Aben-Xaguar, el tío y protector de Aben Humeya; fallecimiento ocurrido a los pocos meses de haber exclamado Aben Aboo: -- «¡Por Dios, que el Zaguer vive y yo muero!» (¿Habría *hierbas* de por medio en aquella fiebre maligna?) --3ª. Que el Patrón del lugar es San Fernando, rey de España, cuya fiesta se celebra allí, no el 30 de mayo, como determina la Iglesia, sino el 8 de septiembre, unida a la de la Natividad de la Virgen.--Y 4ª*. Que en tan solemne día hacen los vecinos una función de *Moros y Cristianos*, y corren la pólvora como los actuales marroquíes (supongo que todo esto será allá abajo, en el arroyo), saliendo a relucir con tal motivo algunas antiguas armas y vestimentas, entre las cuales no es raro (dicen) ver* más de una prenda morisca de pura raza...³²⁶

¡Todavía!! --¡Y eso que la Alpujarra ha sido objeto de mil escrupulosos expurgos, no sólo de parte de los inquisidores del siglo XVII, sino de los anticuarios y coleccionistas del siglo XIX, representados por sagaces prenderos, vulgo *baratilleros*, granadinos!--¡Ah! Los pueblos son como el mar: a lo mejor se halla en su fondo tal o cual mísero resto de antiquísimos naufragios.

El camino que seguimos (¡a cualquier cosa se le llama *camino* en la Alpujarra!) para ir de Mecinilla a Jorairátar, es el más imaginario y menos real que recuerdo haber andado en toda mi vida. Básteos saber, como muestra, que* llegó el caso de tener que, pasar, no ya por una estrecha repisa tallada sobre un abismo, como cuando bajamos a la Cueva de los Murciélagos; sino por donde no había repisa siquiera, entre una altísima

³²⁶ *Mecina Tedel*, pequeño núcleo de población perteneciente al municipio de Murtas.

pared cóncava y un espantoso derrumbadero...--Y digo que ni siquiera había repisa, porque la senda que se destacaba ligeramente de aquella pared, (más como pintada que como esculpida en ella), era una especie de chaflán vaciado hacia la hondura en transversal pendiente, que apenas interrumpía la oblicuidad general de la ladera...³²⁷

¡Me parece estar viendo todavía aquella vereda puesta de canto, de treinta o cuarenta metros de longitud, trazada en un resbaladizo muro de color de ceniza; y recuerdo el asombro con que los forasteros nos detuvimos, exclamando:

--¡Por aquí no se puede pasar!

--Sí se puede. ¡Adelante! (contestaron los alpujarreños). --Nosotros pasamos todos los días.

--Nos aparearemos entonces...

--¡Fuera peor! Se les iría a Vds. la cabeza... No hay más que dejar a los caballos que se las compongan a su modo.

-Pero ¿dónde van a poner los pies los caballos? ¿Han de andar por la pared, como las lagartijas?

--Los caballos no quieren matarse. --Entréguense Vds. a su instinto.--Cuando ellos conozcan que no deben seguir, no darán un paso más.

--¿Y entonces? ¿Cómo retrocederemos?

--¡Ah! Entonces... entonces... --Pero, ¿a qué hablar de lo que no ha de suceder? ¡Miren Vds. cómo se pasa por aquí!...

Y el que así dijo, metió espuelas.

³²⁷ *Chaflán*, 'cara, por lo común, larga y estrecha que resulta de cortar la esquina de un sólido por un plano: *suelen hacerse chaflanes en las lunas de los espejos*' (RAE). Esta rebuscada imagen presenta la dificultad, casi inverosimilitud, del camino.

El caballo vaciló antes de echar a andar. Luego marchó con mucho tiento, cruzando las manos y los pies cual si fuera zopo,³²⁸ y sosteniéndose sobre el filo de las herraduras; pero llegado que hubo a la mitad del mal paso, o sea a lo más grave del peligro, se paró con la mayor calma y asomó la cabeza al despeñadero, como para medir su profundidad... --¡Aquel momento, fue horrible!* --Hecho esto, siguió andando, y pasó...

Excusado es decir que todos los caballos y mulos fueron pasando lo mismo. --No hay cosa peor que un mal ejemplo.

A la otra banda del arroyo de Mecinilla, cruzamos por delante del llamado Castillo de Juliana, del que sólo quedan en pie tres o cuatro ángulos sueltos de otras tantas hundidas torres.

Nadie sabe a la presente, o a lo menos yo no he podido averiguar, qué *castillo* ni qué *Juliana* fueron aquéllos.--«*Periit memoria eorum cum sonitu*», dice la Sagrada Escritura...³²⁹ Pero es aún más triste y miserable que el *sonido* esto de que el nombre sobreviva a la memoria. --Y no otra cosa acontece* con la tal *Juliana*, a pesar de haber tenido por cenotafio³³⁰ toda una fortaleza¹.

³²⁸ *Zopo*, 'dícese del pie o mano torcidos o contrahechos' (RAE).

³²⁹ 'su memoria se desvaneció con un clamor'.

³³⁰ *Cenotafio*, 'monumento funerario en el cual no está el cadáver de la persona a quien se dedica' (RAE).

¹ Hurtado de Mendoza cree que este Castillo recuerda la memoria del traidor Conde D. Julián, que poseía en este terreno algunos Estados. Mármol no hace siquiera mención del *Castillo de Juliana*. Según me informa en carta particular un ilustre escritor contemporáneo, «este nombre parece aludir a una villa Juliana: pero también pudo ser de una iglesia visigótica, erigida para guardar alguna reliquia de aquel Mártir de Bitinia que tanta devoción inspiró a España desde el siglo VI». Resultado: que no se sabe cosa alguna sobre el particular, como tampoco se sabía hace ochenta años, cuando el cura de *Torbiscón*, D. José Dionisio Granados, enviaba datos al Académico de la Historia, D. Tomás López, para el mapa del Reino de Granada, entre los cuales sólo venía una mención muy vaga del tal Castillo.

Cuando nosotros pasamos por allí, algunos perales en flor alegraban con su juventud aquellas melancólicas ruinas, despojadas por el tiempo hasta de historia...--Es cuanto puedo declarar y la verdad, advirtiéndooos que, según mis cálculos, las cosas continuarán ya así indefinidamente: expuestos los escombros del castillo* a la indiferencia pública, como un cadáver insepulto que la justicia humana no consigue identificar, y los perales dando peras, a falta de noticias, al dueño de tan romántico paraje...³³¹

Entregados íbamos a estas y otras consideraciones filosóficas, cuando renovadas dificultades del camino llamaron nuestra atención a más próximos cuidados; entre ellos, al de no perecer por el momento, bien que a la postre tuviésemos que morir algún día.... ¡Nos acercábamos a Jorairátar, y Jorairátar, está metido en los mismísimos infiernos! -- Allí se arremolinan, antes de espirar al pie de Sierra Nevada, las últimas estribaciones de la Contraviesa y del Cerrajón de Murtas, formando una especie de reducto de agrias y rotas peñas, cuyo aspecto tiene algo de terremoto en acción. Hondas grietas, negros tajos, quebrantados riscos, desgajados peñones, todo se ve allí confundido, dislocado, acumulado, superpuesto, como en una derruida obra de titanes. --¡Nada más terrible y majestuoso!

Sobre el mismo pueblo hay un enorme peñón desprendido, suelto, amenazante, próximo siempre a caer y aplastarlo todo... -Los alpujarreños llámanle antonomásticamente, y como en son de lúgubre vaticinio, el Peñón de Jorairátar.--¿Quién

³³¹ El castillo de Juliana fue construido frente a la antigua alquería árabe de Mecina Tedel para defensa, refugio y vigilancia de la zona y de los caminos de acceso. Contrario a lo que pensaba Alarcón, existen noticias tempranas de esta fortaleza y se sabe que su origen es anterior a la época nazarí (Carrascosa Salas, 435 y 440).

lo subió a aquella altura? --Yo quiero creer que Sísifo en persona,³³² y que la inmensa mole no tornó a rodar a lo hondo,* porque en aquel crítico instante *los dioses se fueron...* y Sísifo quedó indultado *ipso facto* --como todos los demás penados del paganismo *cuando se descubrió que Júpiter era un Dios de mentirijillas...

Pero todavía no me explico cómo Jorairátar fue fundado, a sabiendas, debajo de aquella espada de Damocles...³³³ --¡Bien es verdad que, aún hoy mismo, al pie del Vesubio se reedifican pueblos que siete veces destruyó la lava!...* -- Por lo visto, puede aplicarse al *temor* lo que Horacio dijo de la *esperanza*:

*Vitæ summa brevis spem nos vetat inchoare longam.*³³⁴

Jorairátar, adonde al fin llegamos con vida, tiene 1900 habitantes.³³⁵

Su riqueza principal consiste en la cosecha de aceite, del cual hay allí varios molinos, --cuyo nombre propio de *almazaras* siento que vaya estando en desuso en muchas provincias de España.*

Produce además bastante vino, y tiene muchísima arriería, aunque ni lo uno ni lo otro hasta el extremo de competir con el poderoso Murtas...

Y aquí terminan mis datos estadísticos.--

³³² *Sísifo*, en la mitología griega, hijo de Eolo y Enáreta, por su gran astucia y habilidad, logró engañar a Zeus varias veces por lo que fue condenado a subir una gran piedra a lo alto de una colina perpetuamente ya que al llegar arriba la piedra se le escapaba de las manos y volvía a rodar colina abajo. H. J. Rose, *Mitología griega* (1970) 86.

³³³ *Espada de Damocles*, representa la inestabilidad de la fortuna, tema basado en un cuento moral popular de la Antigüedad.

³³⁴ Horacio, *Odas*, I, 4, 15: (la brevedad de la vida nos impide aferrarnos a una larga esperanza).

³³⁵ *Jorairátar*, pequeño núcleo de población perteneciente al municipio de Ugijar, en el partido judicial de Órgiva. Topónimo de origen árabe está ubicado en las cercanías de la rambla del Agua y del río Yátor, en el extremo noreste de la antigua taha del Gran Cehel (Carrascosa Salas 440).

Encima del pueblo se ven aún las ruinas de un castillo moro. Así nos lo contaron, al menos... Nosotros no las visitamos.--

Y, a propósito de moros: en Jorairátar, hay también función de *Moros y Cristianos* el día de la fiesta del pueblo; --lo cual quiere decir que allí se juega con recuerdos históricos como el siguiente:*

Cuando se alzaron los moriscos de aquel lugar, y los monfíes tenían ya reunidos en la iglesia a todos los cristianos para matarlos, el beneficiado Francisco de Navarrete, varón muy estimado por sus virtudes, aún entre la misma gente agarena, pidió la gracia de *doce horas más de vida*, tanto para él como para sus infelices compañeros.

Accedieron a ello los moriscos, aplazando la ejecución para la siguiente mañana, y el beneficiado aprovechó aquellas doce horas para confesar a sus fieles y disponerlos, por medio de un sermón, a una muerte cristiana.

«El tiempo que le sobró de la noche (añade la Historia) estuvo de rodillas, puesto en oración, pidiendo al cielo misericordia de sus culpas».

Llegado con el día el momento del sacrificio, los verdugos, queriendo dar otra muestra de afecto y reverencia a tan digno sacerdote, preguntáronle qué clase de muerte prefería.

-Degollado -contestó el noble mártir.

Y degolláronlo efectivamente.

Con el sacristán no fueron tan considerados.

«Al Sacristán (dijeron los Moriscos), que con mucho cuidado apuntaba la falta de los que no íbamos a misa los Domingos y días de fiestas, y castigaba a los muchachos que no querían aprender la Doctrina cristiana, cuando estaba borracho, quitadle asimesmo la cabeza y echadla en una tinaja de vino, y entregad después el cuerpo a los muchachos para que le den tantas pedradas como él les dio azotes.»

«Dicho esto (concluye Mármol), los enemigos de Dios ejecutaron luego la inicua sentencia.»

¡También era aquello jugar a *Moros y Cristianos*!

Pero vamos a otra cosa.*

El nombre de Jorairátar, áspero y feroz como el terreno convulso que lo lleva, despertó aquella mañana profundos ecos en mi memoria y en mi corazón,* haciéndome recordar los primeros años de mi vida.

Era yo, en efecto, muy niño, cuando una noche triste, la noche de Todos los Santos, víspera del día de Difuntos, --allá, en lo alto de Sierra Nevada, a mitad de camino entre la Alpujarra y Guadix, en la Venta del Puerto de Ferreira, donde estaban detenidos varios trajinantes, a causa de la mucha nieve que caía, --un hombre terrible, aceitero de oficio, llamado por el vulgo El Tuerto de Jorairátar,* había matado malamente, de una puñalada alevosa y atroz, a otro pasajero, natural de Lorca, dejándolo clavado en la mesa en que cenaba con él....

Aquel asesinato fue muy sonado en Guadix, cuyo Juzgado* siguió el consiguiente proceso, y sobre todo en mi casa, por ciertas razones especiales. -Pasé yo, pues, mucho tiempo oyendo hablar a todas horas de tan bárbara escena; y aquella fúnebre y clásica noche; aquella venta solitaria, incomunicada con el resto del mundo por la nieve; aquel

matador, aquel cadáver y aquellos testigos (que siguieron allí encerrados y juntos otros dos días), aquella circunstancia de ser tuerto el asesino, y aquel salvaje nombre del pueblo de su naturaleza..., todos los accidentes, en fin, del sangriento crimen, excitaron* de tal modo mi imaginación infantil, que la palabra Jorairátar, llegó a parecerme* sinónima de *infierno*.

Pero es más... (y ved cómo se compaginan y a la postre forman una sola novela los incongruentes episodios de la vida humana). Entonces se presentó en Guadix* un distinguido caballero alpujarreño, joven y brioso, natural de Jorairátar, a fin de amparar en su triste situación al encarcelado reo, ahijado y antiguo servidor de su familia; y estuvo en mi casa; trabó amistad con mi buen padre; lograronse* perdones; impetráronse gracias, y con todo ello se consiguió* que el Tuerto, en lugar de ser ajusticiado, fuese a presidio por *diez años con retención*, --que era en aquel tiempo la pena inmediata a la de muerte.

Pues bien: al cabo de más de treinta años de no haber vuelto a parecer por Guadix aquel caballero ni sabídose más de él en mi casa, y cuando ya habían pasado nueve desde que mi amado padre* cerró los ojos a este mundo; al llegar yo a Jorairátar, en virtud de* contingencias de mi propia vida, y preguntarle al respetable anciano en cuya casa estábamos convidados a almorzar «si tenía idea de un joven (de cuyo nombre no me acordaba) que en tal año fue a Guadix a interesarse por un reo, etc., etc.», * halléme* con la siguiente contestación, que me llegó al alma:

--¡Aquel joven... soy yo! ¡ yo sé que V. es hijo de un amigo mío de quien no tengo noticias hace más de treinta años.

Enterado que hube al anciano* de la melancólica parte que correspondía a la *eternidad* en aquel período de *tiempo...*, fijóse* luego la conversación en el sangriento drama de la Venta de Ferreira.

--¿Y qué fue del Tuerto? -pregunté.

--Estuvo muchos años en presidio, (respondióme nuestro anfitrión), y, al cabo de ellos, vino a Jorairátar: dedicóse a las labores del campo, dando muestras de arrepentimiento y hombría de bien; pero no le favoreció la suerte; y hace pocos meses que ha muerto* sumamente viejo, pobre y desdichado... --Ya llevaba algún tiempo de vivir de la caridad pública.

Yo respiré, cual si despertara de una pesadilla.

Y desde aquel momento Jorairátar, me pareció menos lúgubre y espantoso.

Mucho contribuyeron también a ello las cariñosas atenciones de nuestro huésped, la dulce presencia de sus hijas, la alegría que reinó en el almuerzo, y la riente hermosura de aquella mañana de primavera que inundaba de luz y embalsamaba con su aliento la gozosa estancia en que tan claros habían reaparecido a mis ojos los distantes días de la niñez...

Por lo demás, nuestro huésped de Jorairátar, era el hermano mayor, en armas y en edad, de nuestro huésped de Albuñol, lo cual explica también nuestra presencia en aquella casa. El caudillo de la costa nos había enviado al caudillo de la montaña, escribiéndole antes alguna de aquellas cartas a lo Pérez de Hita, medio árabes, medio

españolas, con que los alpujarreños de una misma sangre se confieren y delegan el alto ministerio de la hospitalidad respecto de tales o cuales peregrinos...*

Lo mismo hacían los frailes en la añeja España; por lo que las personas aceptas a una orden religiosa podían recorrer toda la península de convento en convento, sin necesidad de ir a dar con sus huesos en ninguna posada de mala muerte...--Y lo propio ocurre* en el Desierto de Sahara, donde es frecuentísimo* que las caravanas vayan precedidas de un emisario del jefe dominante en cada región, a fin de disponerles... lo más difícil o imposible de hallar por el dinero así en el África de siempre como en la España de ayer, como en la Alpujarra de hoy: un alojamiento más soportable que la Posada del Francés de Órgiva.*

*De todo lo cual se deduce que el actual prurito europeo de establecer en todas partes buenos *hoteles*, * fondas y *restaurants* traerá consigo la desaparición absoluta de los santos placeres de la hospitalidad activa o pasiva.

¡Es la triste ley de estos tiempos! Nuestra época parece encargada por el Antecristo de acabar con las más puras satisfacciones del alma humana.

--«¡*Dad posada al peregrino!*»... decían ayer el catecismo cristiano... y el moro.

--«¡Que se vaya a la fonda!»... --contestarán mañana moros y cristianos.*

Y tendrán razón hasta cierto punto.*

A las cuatro de la tarde; es decir, dos horas después de lo establecido en el programa del día, salimos de Jorairátar, totalmente reconciliados con aquel fiero lugar, donde tan bien lo habíamos pasado todos... y yo particularísimamente. --¡Es muy dulce

poder reír de corazón después de haber llorado dentro del alma..., y es más dulce todavía heredar amistades de nuestros padres, ¡herencia bendita, que viene a ser un reflejo* de su honra!

Decía que salimos de aquel pueblo con dos horas de retraso. Resultó, pues, que, por mucho que apretamos a las cabalgaduras, ya oscurecía cuando dimos vista a Cojáyar, --lo cual consistió también en que rodeamos mucho..., a fin de pasar por el Cortijo de los Naranjos...

Cojáyar, es un lugarcillo de 579 habitantes, dependiente de Jorairátar en lo eclesiástico, y famoso por sus riquísimos higos que constituyen su principal cosecha. --El patrón del pueblo es San Antonio, pero se celebra el 9 de septiembre.---Y no sé más.*

Tampoco puedo decir cosa alguna del aspecto exterior de Cojáyar; puesto que,* mientras subimos desde la estrecha rambla de su nombre al alto cerro en que está situado, hízose noche completa, y por cierto una noche tan oscura como boca de lobo.

En cambio, mucho y muy bueno pudiera contar de la agradabilísima velada que pasamos en casa del excelente amigo con quien estábamos citados... (Y digo *velada*, porque fueron cerca de tres horas las que estuvimos allí, en medio de su familia, esperando a que saliera la luna para continuar nuestro viaje...)--Pero me reduciré a* meras indicaciones de los componentes de aquel cuadro, tal y como en este momento se lo representa mi memoria.

Figuraos todas las tinieblas nocturnas sobre los misteriosos montes de la Alpujarra; figuraos, en uno de los negros pliegues de esos montes, un pueblo solitario, casi desconocido del mundo, sin alumbrado ni sereno, y sumergido en el silencio más hondo, cual si fuesen ya las dos o las tres de la madrugada; figuraos una casa de ese

pueblo, cerrada y muda como todas las demás, y al parecer invadida, si no por la muerte, por su hermano el sueño; y figuraos, en fin, dentro de esa casa una tertulia como las del mundo civilizado; su camilla con *brasero, su alegre quinqué, una amabilísima señora, cuatro señoritas a cuál más guapa y más discreta, un afortunado novio (que hoy ya es marido), delicadas labores, libros modernos, chispeantes conversaciones, amor en unos ojos, en otros melancolía, en otros jubilosa indiferencia, sonrisas en todos los labios, buenas ausencias hechas a personas queridas (por quienes luego hemos emparentado aquellas damas y yo),* y, en el fondo del cuadro, unos viajeros que aguardan la salida de la luna para seguir su peregrinación a través de espantosos breñales y del frío y* desamparo de la noche...

Así fue: a cosa de las nueve nos avisaron que la *Casta Diva*³³⁶ había aparecido en el humilde horizonte de Cojáyar...; y, acompañados de ella, o más bien acompañándola nosotros en su melancólico viaje; después de darnos muchas veces por muertos en los malos pasos que ya conocéis, y sobre todo en la famosa vereda puesta de canto y en las cuestas de Mecinilla, llegamos al fin a Murtas sanos y salvos y muy satisfechos de nosotros mismos, aunque yertos de frío, rendidos de cansancio y cayéndonos de sueño.

Eran las once y media de la noche.

--¡Orden del día para mañana! (díjose entonces, más militar que parlamentariamente) --Levantarse al romper el día. --Oír misa de alba... (era domingo, y *Domingo de Ramos* por más señas).--Montar a caballo al salir el sol.--Viaje a Turón. --

³³⁶ *Casta Diva*, Nombre usado para designar poéticamente a la luna; sacado del acto I, esc. 4, de la conocida de la ópera *Norma* de Bellini compuesta en 1831. Ya hemos tenido ocasión de comprobar la gran afición de Alarcón al *bel canto* italiano. Véase nota 70.

Almorzar allí.--Excursión a Adra. --Caminata por la orilla del mar.--Llegada a Albuñol..., etc., etc., etc.

Total: --ocho o nueve leguas de camino.--Pero ¡qué leguas tan bien empleadas!
¡Qué seductora perspectiva! ¡Al fin íbamos al mar!... ¡Cómo deseábamos que amaneciera!*

FIN DE LA PARTE CUARTA*

PARTE QUINTA*

LA ORILLA DEL MAR

I

*Cortijeros y cortijeras. --De Murtas a Turón. --Acerca de los higos. -- De
cómo mi primo clavó clavos*

Asomó al fin por *las doradas puertas del Oriente*,³³⁷ que se decía en mejores tiempos, el día de nuestro viaje al mar. --Llegó, sí, aquel día tan suspirado; --y transcurrió; --y desapareció muy luego para siempre, como todos los de nuestra falaz existencia... --Pero en verdad os digo,³³⁸ aunque ello os parezca inverosímil, que, si grande es el entusiasmo con que lo vimos amanecer, mayor es aún la satisfacción con que lo recuerdo en este instante. --¡Tan lejos estuvo de defraudar nuestras esperanzas, y de aventuras tan honrosas (para nuestros caballos especialmente) es hoy *memorable fecha!

Mas procedamos con el debido orden; a cuyo efecto, volvamos a principiar este capítulo.

Cuando salimos de Murtas, que no fue tan temprano como se había dispuesto la noche anterior, entraban en el lugar numerosas bandadas de hombres, mujeres y niños, unos a pie, otros en mulos,* jumentos o caballos, y todos vestidos con esmero. --Era la población de los 107 cortijos antes mencionados, que acudía a la *Función de las Palmas* o sea a * *Misa de los Ramos*, como allí se dice.

En aquellas alturas hacía un frío espantoso. Las campesinas llevaban, pues, echada sobre la cabeza, a guisa de manto, la falda del zagalejo;³³⁹ y como quiera que los tales zagalejos estén todos forrados de bayeta verde, amarilla o encarnada, y debajo de ellos aparece* otra saya de la misma tela, y por lo general del mismo color, aquellas mujeronazas, airosas y gallardas de suyo, resultaban sumamente bellas y elegantes...,

³³⁷ Colofón de toda la Parte Cuarta: el autor se encuentra claramente inmerso en un ambiente oriental al utilizar la metáfora para referirse al este o levante.

³³⁸ Alarcón se va acercando a la celebración de la Semana Santa y parafrasea el lenguaje del evangelio, tan conocido para él por sus estudios en el seminario de Guadix. Véase también nota 236, donde utiliza el mismo tipo de lenguaje.

³³⁹ *Zagalejo*, 'Refajo o falda corta de vuelo que usan las lugareñas para abrigo debajo de la falda y encima de las enaguas' (RAE).

suponiendo que se las considerase desde el punto de vista artístico... y desde lejos, por añadidura. --Ya que no la estatuaria gentil, traían a la imaginación la pintura mural cristiana, o sea aquellos grandes frescos en que tan frecuente es ver vestidas de un solo color las épicas mujeres de la Biblia.³⁴⁰ --En cuanto a los cortijeros, llevaban una especie de tabardo *y un sombrero de extensas alas.³⁴¹ --Con semejante equipo, más parecían soldados de Felipe II que descendientes de los moros.³⁴² --Y a la verdad, su abolengo era aquél y no éste, como ya demostraremos en su día...

Pero tampoco va ahora la relación a mi gusto. --Principiemos por tercera vez.

El camino de Murtas a Turón se reduce casi todo a una pendientísima cuesta, de tres cuartos de legua de longitud, que termina en la rambla de este último nombre.³⁴³

Nosotros, previo el oportuno acuerdo, anduvimos a pie aquellos tres cuartos de leguas, *a fin de entrar en calor*; lo cual no fue maravilla que consiguiéramos al poco rato; pues, a medida que descendíamos, subía la temperatura, adelantaba la estación, cambiaba la flora y se enriquecía la fauna...; de modo y forma que, cuando llegamos a lo hondo, nos vimos rodeados de tropicales pitas y otras plantas costeñas... ¡y de moscas de 1872!

(¡Ahora es cuando va esto en regla!)

Una vez en aquella calurosa rambla, montamos a caballo; y, en la primera trotada, recorrimos como un kilómetro de sus gruesas arenas; en la segunda,* bastante más difícil,

³⁴⁰ En la descripción de las mujeres de camino a la función religiosa, el autor deja de lado el exotismo oriental para recurrir a la imaginería cristiana, más en consonancia con la celebración a que se alude y con el carácter religioso que poco a poco va adquiriendo la obra.

³⁴¹ *Tabardo*, 'prenda de abrigo ancha y larga, de paño tosco, con mangas bobas que se usa en el campo' (RAE).

³⁴² El autor nos ha pintado un cuadro costumbrista de la Alpujarra del XIX al mismo tiempo que recrea el pasado al comparar a los cortijeros alpujarreños con los soldados que lucharon contra la rebelión de los moriscos. En esta comparación se alude a la repoblación cristiana de la Alpujarra después de la expulsión de los moriscos.

³⁴³ *Turón*, pequeño municipio perteneciente al partido judicial de Órgiva en cuyo término municipal se incluyen también los núcleos de población o cortijadas de Los Casimiro, Los Moras y La Noria.

subimos a un empinado monte; y, ya en lo alto de él, descubrimos que, a la parte opuesta, es decir, a la parte del Mediodía, estaba hendido de alto a bajo por una frondosísima cañada, llena toda de verdura, de árboles en flor y de seculares higueras...

¡Eran las ilustres higueras de Turón!

Nosotros no pudimos menos de saludarlas con profundo respeto.* ¡Llevábamos tantos años de admirar sus productos, sus obras, sus hijos... (sus higos he querido decir)!* --Sentimos, pues, al verlas una emoción análoga a la del viajero que visita en escondido villorrio a la modesta madre de un célebre hombre público.*

Por lo que toca a los higos en sí, su reputación no puede ser más merecida, y yo espero que con el tiempo salve los Pirineos y se extienda por toda Europa.³⁴⁴ --Son más chicos que los de Smirna y mayores que los de Cosenza;³⁴⁵ y, por su delicadeza y dulzura, recuerdan los de *Tusculum*, tan celebrados por el cónsul M. T. Varrón,³⁴⁶ en su libro *De re rustica*, y tan* apreciados todavía en los mercados de Roma con el nombre de *Higos de Frascati*. --Sabido es que Frascati ocupa el mismo lugar en que existió la antigua Túsculo.³⁴⁷ --En cuanto al paladar de los hombres, se ve que siempre es el mismo.

Macrobio, *Præfectus cubiculi* de Teodosio el Joven, hace notar, en sus curiosísimas *Saturnales*,³⁴⁸ que la higuera es el único frutal que no echa flores, y luego

³⁴⁴ El cultivo de la higuera en la Alpujarra ha pasado a constituir una fuente de ingresos secundaria en beneficio del cultivo del viñedo y del almendro, también productos tradicionales de la montaña mediterránea (Carrascosa Salas 156).

³⁴⁵ *Smirna*, ciudad de Turquía, de gran tradición literaria al ser considerada la cuna de Homero, una de las cumbres del Parnaso aparece en *La Araucana* de Alonso de Ercilla y en las *Poesías* de Herrera: “. Cosenza, ciudad de Calabria, Italia, en cuyos muros cayó el rey visigodo Alarico en el año 410 durante el saqueo de Roma.

³⁴⁶ *Marco Terencio Varrón*, 116-27 a. C., prolífico escritor romano que compuso obras de variada índole, desde poesía a tratados de filosofía moral, biografías, tratados de historia literaria, de agricultura, cuadros históricos y compilaciones arqueológicas. Jean Bayet, *Literatura latina* (Barcelona: Ariel, 1975) 196.

³⁴⁷ *Frascati*, ciudad italiana, cerca de Roma, muy conocida por sus vinos. Alarcón ya la menciona en su obra *De Madrid a Nápoles*.

³⁴⁸ *Macrobio*, escritor romano del siglo V a C. En su obra *Saturnales*, dos interlocutores alaban los conocimientos retóricos, astronómicos y arqueológicos. En ella también interpreta las leyendas mitológicas desde el punto de vista monoteísta pagano. Obra interesante y rica en enseñanzas (Bayet, 1975: 494). Macrobio fue mayordomo (*præfectus cubiculi*) del emperador Teodosio el Joven.

clasifica a la *higuera blanca* entre los árboles de buen agüero y a la *higuera negra* entre los árboles fatídicos protegidos por los dioses del Averno.³⁴⁹ --Afortunadamente para Turón, allí se dan lo mismo los higos blancos que los negros y por consiguiente, sus habitantes no se hallan... indefensos* del todo, sino, a lo sumo, en la llevadera situación en que el maniqueísmo nos suponía a todos los humanos.³⁵⁰

Mucho más cómodo fuera, sin duda alguna, para los moradores de Turón no tener que habérselas sino con higueras blancas; como los maniqueos se habrían alegrado de que el principio del bien reinase sin rival en el mundo; pero ¡ah!... la felicidad absoluta* es imposible aquí abajo, --y hasta sería inconveniente, según nuestra *Sagrada Teología. -
-Continuemos, pues., viviendo y escribiendo.*

Aquella fértil y deliciosa cañada sirve como de triunfal *avenida* a Turón, y desde que se entra en ella, forma uno completo juicio de la riqueza del lugar a que conduce, como las hileras de monumentos y sepulcros de la *Vía Apia* anunciaban antiguamente al viajero todo el poderío y majestad de Roma.*

Turón, adonde llegamos a las diez (cuando, según el programa del día, debíamos de haber llegado a las ocho), tiene 2.903 habitantes, incluso los de la cortijada de Guarea, que consta de veintiuna casas, y los del caserío de Diétar, que se compone de catorce.³⁵¹ Es un pueblo sumamente alegre, de apacible temperatura, defendido a un

³⁴⁹ *Averno*, 'lago de Italia cerca de Nápoles, de donde salen emanaciones sulfurosas. Se consideraba como la entrada de los Infiernos, y en sus orillas se encontraba el antro de la sibila de Cumas. (*Eneida*.)' (RAE).

³⁵⁰ El maniqueísmo representaba la vida como una lucha entre dos principios iguales, el del Bien y el del Mal.

³⁵¹ *Guarea*, posiblemente sea una deformación de Huarea. Hoy se conocen el castillo de Huarea y la punta de Huarea, situados ambos en las proximidades de la Rábita y El Pozuelo, en la Alpujarra costera. El caserío de Diétar, hoy conocido como 'cortijo de Diétar', el topónimo corresponde al nombre de Détiar, una de las doce alquerías que constituían la antigua taha de *Sahil* o el Gran Cehel.

propio tiempo de los vientos del norte y de los de África por los cerros que lo rodean, y más costeño ya que serrano. --Además de sus clásicos higos, produce almendras, trigo y cebada. También* beneficia minas de plomo; y, en fin, su nombre tiene el alto honor de ser de origen latino: --Turobriga, diz que se llamaba antaño.³⁵²

Debido quizás a esta etimología romana, los moriscos turonenses se singularizaron entre todos los de la Alpujarra por la benignidad con que trataron a los cristianos el día del alzamiento de aquel lugar...

«...Los del lugar de Turón (dice la Historia) recogieron diez y ocho cristianos que allí vivían, y, porque los Monfíes no los matasen, los acompañaron hasta Adra y los pusieron en salvo con todos sus bienes muebles»...

Ahora: si más adelante los islamitas de aquel pueblo quitaron la vida al famoso Capitán Diego Gasca, ya hemos visto que se les dio harto motivo para ello; y bien caro les costó; pues (según la historia añade)

«...los soldados que se hallaron presentes mataron luego al matador y a los que con él estaban; y se airaron tanto viendo el desdichado suceso de su capitán, que sin otra consideración tocaron arma a gran priesa, y, dando, igualmente en los vecinos armados y desarmados, mataron ciento veinte de ellos, y robaron el lugar, captivaron todas las mujeres y niños, y, dejando ardiendo las casas, volvieron a su alojamiento y repartieron la presa...».

¡Mal año para las higueras blancas!

³⁵² Diz, (ant. y popular en algunos sitios). 'Dice o dicen' (RAE).

*Admirablemente lo pasamos en Turón: tan admirablemente, que, cuando caímos en la cuenta de que teníamos que continuar nuestra jornada, eran ya las dos de la tarde... *

--¡Las dos de la tarde... y, según el programa primitivo, debíamos haber salido de Turón a las diez o las once de la mañana!

Los verdaderamente perjudicados por un retraso tan considerable, éramos mi primo y yo. --A los demás expedicionarios les sobraba todavía tiempo para realizar sus planes y cumplir sus compromisos, reducidos a trasladarse directamente de Turón a Albuñol, distante de allí unas tres leguas, y a llegar a esta villa antes de las ocho de la noche. --Así es que fumaban tranquilamente,* arrellanados en sendas butacas....--¡Pero nosotros teníamos necesidad, capricho, voto,* palabra comprometida, resolución formada, de ir a Adra aquel mismo día, amén de tanta obligación* como los demás de estar en Albuñol a las ocho en punto, si no queríamos ser los últimos de los huéspedes, de los comensales, de los amigos, de los caballeros y de los hombres!...

Es decir, que nosotros, para acudir a ambas partes, y, suponiendo que sólo nos detuviéramos una hora en Adra, tendríamos que andar ocho leguas en cinco horas... ¡por caminos alpujarreños!...

--¡Imposible, señores, imposible! (nos dijeron los hijos del país.) --No les queda a Vds. más remedio que renunciar a una de las dos cosas: o a ir a Adra esta tarde, o a estar en Albuñol a las ocho.

--¡Cómo imposible! (prorrumpí lleno de asombro y de despecho.) --¿Nos creen ustedes unos mandrias³⁵³ a los del otro lado de la Sierra,* porque hemos nacido en terreno llano?

--¡Completamente imposible; a menos que hubiesen Vds. nacido águilas!

³⁵³ *Mandria*, 'apocado, inútil' (RAE).

--¡Conque* es imposible! (volví a exclamar desesperadamente.) --¡Y me lo decís ahora!

Aquellos crueles se encogieron de hombros, sin poder disimular la risa. --Mi desesperación era para ellos un triunfo. Desde por la mañana temprano habían estado prediciendo que los *novicios* acabaríamos por renunciar a aquel descabellado proyecto de ir a Albuñol pasando por Adra.

--¡Estoy perdido!... --me dije, pues, con desconsuelo.

Y miré en torno mío, como buscando un rincón del mundo en que ocultar mi vergüenza.

Entonces observé que unos ojos estaban fijos y como clavados en mí desde lo hondo de la sala, con una expresión indefinible...

Eran unos grandes ojos moriscos, llenos de luz y de energía, que indudablemente me interpelaban, me reconvenían, me pronunciaban un discurso, protestaban, en suma, contra todo lo que allí se estaba hablando...

Eran los ojos de mi primo; --de aquel primo mío, *más semítico que jafético*, que me acompañaba desde las orillas del Genil, y a quien ya calificué, en la [Parte Primera] de esta obra, de «*camarada tradicional e indispensable de mis reiteradas excursiones a caballo por aquella Provincia*». ³⁵⁴

Eran los ojos de mi primo Pepe; --que no es mi primo en realidad, pero a quien considero hace veinticinco años como a un hermano del corazón,* según que también

³⁵⁴ Véase Parte Primera, cap. I. Nótese, además, la insistencia del autor en describir a su amigo como "moro bautizado" y de "ojos moriscos". De este modo describe también a otros de sus compañeros de viaje. Véase Parte Cuarta, cap. I, nota 259. En la Parte Quinta, concretamente en los capítulos I, II, III y IV, (o sea, cuatro de los cinco de que consta esta Parte) el autor deja de ser el único protagonista del viaje; aquí introduce a otro personaje, al que llama su 'primo'.

expuse entonces, y acerca del cual añadido ahora que, si llego a sobrevivirle, no montaré a caballo nunca sin rezar un Padre Nuestro por su alma de moro bautizado...*

¡Eran, sí, sus ojos los que relucían en el fondo de la sala!

Tan luego como reparé en aquella mirada fulgurante, me acerqué a él con cierto disimulo; hícele seña de que me siguiese, y, llegado que hubimos a la pieza inmediata, le hablé y me contestó en estos términos:

--José, tú tienes algo que decirme...

--Sí.

--Y lo que tienes que decirme es que *tú y yo podemos* ir a Adra esta tarde...

--¡Sí!

--Y estar en Albuñol a las ocho de la noche...

--¡Sí!!

--Probando de este modo a los hijos de la Alpujarra...

--¡Sí!!! ¡Sí!!!

--Que aún hay hombres capaces de hacer marchas como las de Aben Humeya...

Mi primo se contrajo como un epiléptico al oír estas palabras; volvióse rápidamente hacia una pared; dio en ella dos o tres golpes con el puño, cual si clavase un clavo, y repitió, con el acento de un entusiasmo arrebatador:

--¡Eso! ¡Eso! ¡Eso!

--Pues calla, y sígueme.

Siguióme sin rechistar.

Cuando mi primo *clava clavos*, todo está dicho.

Bajamos a la cuadra, y nos pusimos a arreglar nuestros caballos sin ayuda de nadie.*

Pero en tal momento* se nos presentó aquel viejo del Albaicín que desempeñaba el alto cargo de *criado mayor* de la expedición, y nos dijo, medio riendo y medio llorando:

--Yo quiero ir con Vds...

--¿Adónde?

--A Adra y ¡al fin del mundo! Yo sé el camino de la costa.

--Pues ¿quién le ha dicho a V. que nosotros vamos a Adra? --exclamó mi primo.

--Yo, que me lo he figurado.

--¡Mal hecho!

--No lo he podido remediar, D. José.

--A propósito, Pepe... (dije yo* entonces):--¿conoces tú el camino?

--No tiene pérdida... ¡En bajando siempre, de fijo llegaremos al mar!...

--Eso es indudable... --repuse yo filosóficamente.*

--¡A lo menos, así viajan los hombres de *nuestra hechura*! --añadió él con toda la gracia que Dios le ha dado.

--Y el camino de la costa, desde Adra a la Rábita ¿lo conoces?—le pregunté, mirándolo de hito en hito.*

--¡Tampoco! --Pero, en siguiendo la orilla del mar hacia Poniente...

--No me digas más... --Pues, señor:* veo que los años no pasan por ti...—exclamé, abrazándole.*

--Sin embargo, (observó el criado): hay *puntas*³⁵⁵ muy malas que evitar, y hace falta conocer las sendas que las atajan...^{*} máxime viajando de noche, como Vds. viajarán desde la Torre de Guarea³⁵⁶ en adelante. Pero yo conozco toda la costa..., por haber sido carabinero...^{*}

--¿Carabinero, o contrabandista? -preguntó mi primo.

--Las dos cosas, D. José.

--Pues a caballo, abuelo... (grité yo);^{*} y no diga una palabra a nadie. --Nosotros, Pepe, saldremos por la puerta del corral, como D. Quijote.

--Me parece muy bien; pero antes debemos dejar un recado a esos inicuos.

--Es verdad. Así no detendrán su marcha por esperarnos. Lo mejor es escribirles.

Y, diciendo y haciendo, escribimos con lápiz en una tarjeta las siguientes líneas:

«Son en Turón las dos y diez minutos. --Salimos para Adra. --Procuren ustedes estar en Albuñol antes que nosotros».

“Dos moriscos.”^{*} 357

Como veis, el desafío era horrible. ¡Teníamos que morir o vencer.

Entregamos la tarjeta a otro criado; montamos a caballo, y partimos.

Cuando ya íbamos andando, oímos la voz de los alpujarreños, que nos gritaban desde un balcón:

--¡Hasta mañana, caballeros! ¡Buen viaje! ¡Que duerman Vds. bien en Adra!

³⁵⁵ *Punta*, ‘lengua de tierra, generalmente baja y de poca extensión, que penetra en el mar’ (RAE).

³⁵⁶ *Torre de Guarea*, por torre de Huarea. Situada en el núcleo de población llamado Castillo de Huarea, en el límite de la provincia de Granada con la de Almería, por lo que es la última torre nazarí construida en la costa granadina (Malpica Cuello, *Poblamiento* 203).

³⁵⁷ Siguiendo con el tópico del orientalismo, el autor se autodenomina también ‘morisco’. Alarcón alardea de arabismo, rasgo típico de romanticismo, y en consonancia con la actitud de Zorrilla que “gustaba llamarse árabe granadino” (Carrasco Urgoiti, *El moro* 345).

--¡Hasta esta noche a las ocho! --respondimos* nosotros melodramáticamente.

Y metimos espuelas.

II

Viaje aéreo. --Vista de Berja

No hay hombre cuerdo a caballo.

(Adagio español.)

Una vez fuera de Turón, nuestro primer cuidado fue repartir el tiempo de que podíamos disponer.

--De aquí a Adra (dijimos) hay tres leguas de montaña, con muchas más cuestas abajo que cuestas arriba, lo cual es un gran inconveniente para correr a caballo... No podremos, pues, andarlas en menos de tres horas; y eso, apretando muy de veras. Pongamos tres horas menos cuarto. --De Adra a Albuñol hay cuatro leguas, casi todas de playa o rambla, con algunas puntas o promontorios que bajar y subir... --Supongamos que las andamos en dos horas y media, aunque en la arena se camina detestablemente... --Nos quedan treinta minutos que dedicar a Adra, a fin de ver al amigo que nos espera, documentar nuestro paso por allí y dar algún descanso a los caballos... --¡Poco es! Necesitamos ganar otro cuarto de hora desde aquí hasta Adra, yendo en dos horas y media...

--¡Imposible! (exclamó el antiguo carabinero.) ¡Todo lo que han dicho Vds. es imposible!

--¡Anciano! Eso... ya nos lo advirtieron los renegados de Turón..., * (contestó mi primo)

--¡Pero precisamente se trata de hacer imposibles! --Son las dos y cuarto... ¡A las cinco menos cuarto... en Adra!

--¡Encomiéndose V. a Dios, abuelo! --añadí yo, por vía de resumen.

Y pusimos los caballos al galope.

Afortunadamente, éstos eran ya muy maestros en punto a caminos de la Alpujarra. De lo contrario, no hubiéramos podido, o habría sido peligrosísimo para ellos y para nosotros, hacerles trotar y galopar por donde trotaron y galoparon aquel día; que fue (para decirlo de una vez) *por todas partes*; cuesta abajo, cuesta arriba, sobre peñascos, entre breñas, por altas cumbres y por inclinadísimas laderas de espantosos derrumbaderos... *

Sin embargo, pronto nos dimos cuenta de que no adelantábamos todo lo que queríamos, todo lo que necesitábamos... --En primer lugar, a lo mejor, teníamos que bajar trancos o peldaños de escaleras naturales que conducían a los profundos infiernos, y por las que no se podía menos de ir al paso... --En segundo lugar, nos perdimos una vez, tomando la senda de un cortijo por el camino de Adra... --Y en tercer lugar, hacía mucho viento, lo llevábamos de cara, y su violencia era horrorosa en las desamparadas cimas de aquellos montes, últimos ya del continente, y, como tales, entregados a toda la saña de los vendavales marinos.

Pero nosotros no cejábamos por eso... Quiero decir, nuestros caballos no cejaban. Antes parecían poseídos de un vértigo, o enterados de lo que ocurría. --Así es que volaban materialmente.

Algunas veces, y a causa de las revueltas del camino, les cogía el aire de flanco... Entonces corrían de bolina, como los buques; esto es, medio tendidos hacia el flanco opuesto, con una rapidez y violencia indescriptibles...

No le iba tan bien al pobre criado. Su caballo valía menos que los nuestros. Así es que empezó por quedarse atrás... Luego vimos volar un sombrero, arrebatado por el aire... En seguida desapareció el jinete, sin duda en busca del sombrero, y ya no divisamos más que el caballo, atado a una chaparra... allá... en una loma que nosotros habíamos pasado hacía algunos minutos... Y, por último... (esto es cruel, pero cierto), no volvimos a saber* más ni del sombrero, ni del jinete, ni del caballo; --hasta que, al día siguiente por la tarde, presentóse en Albuñol el antiguo carabinero, a pie, con un pañuelo atado a la cabeza y llevando a remolque al pobre animal, que se había quedado cojo para toda su vida.

Pero volvamos a nosotros. --Nosotros corríamos, como digo, en lucha con el viento, a una altura inmensa sobre el nivel del mar, y ya muy próximos al fin de la Tierra... ¡No se concebía que hubiera medio humano de bajar de donde estábamos adonde teníamos que bajar efectivamente!

¡Parecía más bien que nos proponíamos lanzarnos a los ámbitos del aire cuando *se nos acabara* la Península, alta por allí como una inconmensurable ciudadela!...--Ello es que marchábamos, casi rectamente ya, por las elevadísimas mesetas de una serie de lomas, con dirección al Mediterráneo, cuya soledad azul se dilataba a nuestros pies, a modo de campiña* sin límites vista desde las murallas de encumbrada ciudad...*

¡El mar! ¡El mar! Su olor, sus brisas, su frescura, su movimiento, su ruido... ¿A qué deciros más? ¿No encierran estas palabras un poema?

Y, sin embargo, aún el demonio de la poesía tentaba mi imaginación, mostrándole en otros lados nuevos reinos para el deseo, nuevas lontananzas seductoras...

De todo ello lo que más ^{*}atrajo mis miradas, en medio de aquella vertiginosa carrera, fue una hermosísima población que estuvimos viendo sin cesar a nuestra izquierda, al otro lado de un hondo barranco, como a una legua de distancia en ocasiones, amorosamente guarecida en el seno de Sierra de Gádor y rodeada de oscuros bosques, de verdes siembras, de relucientes aguas, de todos los encantos de una naturaleza propicia.

Era la acaudalada Berja, la antigua Virgi de los romanos, la Medina Barcha de los moros, aquélla de quien se decía hace siglos que *cada casa tenía un jardín*, lo cual acontece también hoy; aquélla a quien el gran poeta árabe Ibn-Aljathib llama «sitio risueño para el placer de la vista y lazo de seducción para el pensamiento; nube fecundante, Darain¹ de preciosos aromas, campo rico, harem seguro, hermosura manifiesta y oculta». ³⁵⁸

--Pepe, (dije yo a mi primo, corriendo como íbamos:) ¿ves aquel delicioso pueblo, que blanquea y reluce a la luz del sol, entre densas masas de verdura, como una joya medio escondida en un canastillo de olorosas hierbas y gayas flores?... Pues es Medina Barcha, a cuyas puertas se riñó aquella sangrienta batalla entre el marqués de los Vélez y Aben Humeya en que ambos ejércitos quedaron destrozados, teniéndose que retirar éste a Válor y aquél a Adra... --¿No te parece ver todavía correr por aquellos cerros al temerario

1 Nombre de un puerto de la Arabia en el Golfo Pérsico, por donde se hacía gran comercio de aromas.-- (Nota del Sr. Simonet.)

³⁵⁸ *Berja*, antigua capital de taha del mismo nombre y, desde el siglo XIX, cabeza de partido judicial. Ciudad de interés histórico- arqueológico. Alarcón nos la presenta como otro *locus amoenus* alpujarreño y lugar exótico oriental.

morisco, al descendiente del Profeta, al rey de la Alpujarra quien, según dice Hurtado de Mendoza, era fácil distinguir entre todos en lo recio de los combates, *por ir siempre vestido de colorado y precedido de su Estandarte Real?*

--¡Pedro! yo no tengo ojos más que para mirar al sol, (contestó mi primo:)--Yo no veo más sino que se inclina mucho a Poniente... ¡Yo no veo más sino que hay que estar en Albuñol a las ocho, o ir a esconder nuestra vergüenza en un monasterio!

--Pepe, (repliqué yo, poniéndome de pie en los estribos, para mayor solemnidad:)-
-Esas tus nobles palabras pasarán a los siglos venideros. Yo las escribiré en letras de molde, ya que no de oro, con la historia de estas descomunales hazañas que estamos realizando; y además, para que tu gloria sea completa, te dedicaré el capítulo. --No puedo hacer más por ti.

Mi primo soltó... primero la carcajada y luego las riendas; quitóse el sombrero, y, con él y con ambos brazos, dirigió un saludo al firmamento, como haciéndolo testigo de mi generosa promesa.

Entre tanto, su caballo, viéndose libre del freno, salía enteramente desbocado, y el mío detrás de él, sin que por eso se cuidase Pepe de recobrar las bridas; pues tenía de antiguo esa costumbre de abandonarlas en los momentos de gran entusiasmo y de regir entonces su cabalgadura con las rodillas y los talones, como los jinetes marroquíes...

¡Yo no sé de qué modo me arrebató más mi primo; si haciendo esto, o *clavando clavos!**

Las tres y media eran cuando trepamos al fin a la última cadena de montes, y empezaron a aparecer ante nuestros ojos, quiero decir, a nuestros pies, las playas

alpujarreñas y las almerienses... ribeteadas todas por* unas amarillas fajas de arena, a lo largo de las cuales corría la movible orla de blanca espuma de que a su vez estaba *ribetado* el mar...*

El Cabo de Gata, a lo lejos; más acá la Punta de Roquetas, la de Balerma, y la de Dalias; barquichuelos pescadores en el undoso piélago;³⁵⁹ grandes buques cruzando en lontananza; la costa de África allá enfrente, como vaga sombra, velada a la sazón por tenue bruma; una inmensidad azul abajo; otra inmensidad azul arriba; el sol eterno, transponiendo del Mediterráneo al Océano, en busca de la remota América... --he aquí un resumen, tan rápido como las circunstancias lo exigen, de lo que vimos desde aquellas postrimeras cumbres...

Porque la verdad es que nosotros no pensábamos *más que en Adra, en verla aparecer, en llegar a ella, en llegar a tiempo... Sabíamos que estábamos materialmente sobre sus tejados, aunque todavía a media legua de distancia, o más bien de elevación; pero hasta que la viésemos con los ojos no nos era lícito descansar...*. -¡Podía haber cambiado de sitio; podíamos habernos equivocado nosotros y hallarnos a muchas leguas de donde creíamos; podía no haber existido nunca Adra sino en nuestra imaginación!

Descubrimos finalmente a la misma, mismísima playa* que servía de base al encumbrado último cerro de aquella erguida sierra, y Adra no pudo ya por menos de dejarse ver...--¡Sí! Allí estaba; a solas con el mar; debajo de nosotros; en un pequeño arenal amarillento; con sus grandes fábricas de fundición, cuyas altísimas chimeneas quedaban muchísimos metros por debajo de nuestros talones;* con sus azoteas blancas;* con sus ingenios de azúcar; con su empinado barrio antiguo; con su llano barrio moderno;

³⁵⁹ *Undoso*, '(del lat. *undosus*), que se mueve haciendo ondas' (RAE). Poética forma de referirse al oleaje del Mediterráneo. Véase Parte Primera, cap. V, nota 71, donde el autor emplea el mismo lenguaje.

con sus casas de un solo piso; con sus campos plantados de caña dulce; con su opulento río a lo lejos, donde se descubre* la histórica alquería en que se bañaban los aristocráticos moros de Berja; con algún vaporcillo y otros buques de menor cuantía en su desabrigado puerto; con su aspecto, en fin, mixto de ciudad cubana, inglesa y berberisca...³⁶⁰

--¡Loado sea Dios, que nos ha permitido ver a Adra! --dijimos entonces, deteniendo los caballos para que respirasen un poco.

¡Eran las cuatro menos cuarto!--¡Habíamos andado más de lo convenido, más de lo imaginable!

Pero aún faltaba lo peor; que era bajar, y bajar de prisa. --¡Es decir, que* aquella última media legua (*un kilómetro a vuelo de pájaro) podía entretenernos una hora; y, entonces, ¡adiós todo lo adelantado!

--¡Pie a tierra! -dijimos, por consiguiente, después de aquel corto respiro. ¡Ayudemos a los caballos a bajar!

Nos apeamos, en efecto, y nos precipitamos de cabeza por aquel cerro abajo; quiero decir, nos precipitamos de *pies*, sin hacer caso alguno de senderos y veredas, buscando siempre la línea más recta posible, ora deslizándonos como los torrentes sobre las peñas, ora brincando de una en otra como las cascadas, y arrastrando detrás de nosotros a los caballos, --que acabaron también por cerrar los ojos al peligro y dar todos los saltos que les exigieron nuestros imperiosos tirones. --¡Indudablemente, los nobles brutos* tenían ya en nosotros una fe ciega!

³⁶⁰ *Adra*, es el municipio más occidental e importante de la Alpujarra almeriense. Véase Parte Primera, cap. IV, nota 64. De su pasado industrial, del XIX, conserva aún la torre de los Perdigones y la fundición de San Andrés; también cuenta con interesantes monumentos histórico-arqueológicos (Carrascosa Salas 291).

Resultado: a las cuatro y media entrábamos en Adra...--¡Habíamos andado las tres leguas de sierra en dos horas y cuarto!....--¡Habíamos ganado un cuarto de hora sobre nuestros últimos cálculos, no obstante* la avaricia con que los hicimos!...

Podíamos vencer.

III

Una hora en Adra

En Adra, como en Murtas, era domingo, y los marineros y pescadores estaban tan aseados y compuestos a la orilla del mar, como los labriegos y pastores que habíamos encontrado aquella mañana en lo alto del Cerrajón. --Pero el traje variaba mucho. Los hijos de la calurosa Adra vestían, si a aquello puede llamarse estar vestidos, anchos y blanquísimos zaragüelles, llevando sobre los hombros una anguarina de paño negro con su correspondiente capucha.³⁶¹ --Parecían moros de Levante.

Todos se hallaban de asueto y holganza... ¡Y nosotros, por puro gusto, nos habíamos impuesto aquel día la ruda faena de tan fatigosa expedición! -Los miré, pues, con envidia, y tuve lástima de nosotros. --¡Tal es el perpetuo contrasentido de la naturaleza humana!

También sentí como una especie de recrudescimiento de amor hacia el mundo abierto, público y conocido, hacia el siglo XIX, hacia la civilización moderna, cuyos goces nos faltaban* hacía algunos días, y de los* cuales nos hablaban aquella villa tan

³⁶¹ *Zaragüelles*, ('Del ár. *Sarāwīl*, calzones, bragas) 'Especie de calzones anchos y afollados en pliegues, que se usaban antiguamente, y ahora llevan las gentes del campo en Valencia y Murcia'. *Anguarina*, 'especie de gabán antiguo de paño burdo, sin mangas ni cuello que en tiempo de agua y frío usaban los labradores de algunas comarcas' (RAE).

industriosa, aquel olor a carbón de piedra, aquellos barcos en que se podía ir a todas partes, aquellas olas que había yo surcado tantas veces... hasta sin barco, cuando tomaba baños de mar en Almería, en Málaga, en Motril o en Almuñécar ...* -Causóme, sí, mucho disgusto* pensar que a la noche volvería a esconderme en el montuoso laberinto de la Alpujarra para poner de nuevo entre mí y el mundo redobladas barreras de montes y abismos, y todas las tinieblas de la incomunicación y el misterio...³⁶²

Mas luego pensé en nuestros amigos de allí; en Albuñol, donde nos esperaban; en aquella apuesta que íbamos a ganar sin remedio; en el proyectado viaje a Sierra Nevada; en lo que sería pasar la Semana Santa en aquellas alturas; en el desenlace de la tragedia morisca...; y, acto continuo, resucitaron todos mis entusiasmos anteriores, enojóme Adra, como la ciudad al cortijero, causáronme tedio y fastidio todas las perspectivas del mundo civilizado, y suspiré más que nunca por las soledades de la Alpujarra.

Barajando en mi imaginación tan encontrados pensamientos, y mi primo no sé cuáles en la suya, atravesamos al trote casi toda la villa, hasta llegar a cierta posada que nos habían dicho encontraríamos a lo último de la *Carrera*.

Una vez en aquel establecimiento, cuyo nombre no recuerdo ahora, nuestro primer cuidado fue encargar (del modo que se encargan las cosas cuando se quiere que se hagan) que tratasen a nuestros caballos a cuerpo de... caballos de rey, marcando al mozo el riguroso método con que había de refrescarlos, pensarlos (yo he dicho en otro tiempo “*piensarlos*”)* y darles agua, --todo ello en el preciso término de tres cuartos de hora.³⁶³

³⁶² Si en Murtas el autor disfrutaba del aislamiento característico de los pueblos de montaña, del retiro del mundanal ruido, en Adra agradece el bullicio y la modernidad, al menos por unos momentos, para volver inmediatamente después, en el párrafo siguiente, a ensalzar el ‘ascetismo’ y paz de la ‘vida retirada’ de la montaña.

³⁶³ *Pensar*, (de pienso), ‘echar pienso a los animales’ (RAE).

En seguida fuimos a casa de un excelente y discretísimo amigo que nos había esperado toda la mañana, y que ya no contaba con vernos aquel día; el cual nos dio una carta para nuestros amigos de Albuñol, certificándoles que habíamos estado aquella tarde en Adra. Su digna esposa tuvo por su parte la amabilidad de poner unos barboquejos³⁶⁴ a nuestros sombreros, a fin de que no se los llevase el aire de las playas... (Aquella señora ha muerto ya, cuando escribo estas líneas...) Y, habiendo tomado allí vino muy caliente con azúcar, medio eficaz de restaurar nuestras fuerzas, nos despedimos de la que nunca más habíamos de volver a ver en este mundo.

A continuación nos llegamos al telégrafo (!) y pusimos varios despachos, recogiendo cuidadosamente los recibos, a fin de mostrarlos también a la noche en Albuñol. --Si hubiera habido telégrafo hasta esta villa, ¡qué de cosas habríamos hecho decir a los alambres!

Finalmente, por consejo reiterado de nuestro buen amigo, tomamos un guía (muy *andarín*, según nos dijeron, aunque *hombre de mar*, como era del caso), para que nos indicase las puntas que debíamos evitar, impidiendo así que nos metiéramos en ciertos parajes, al parecer respetados por las olas, donde repentinos golpes de mar han hecho perecer a algunos viajeros imprudentes.

Arreglado todo esto, nos dirigimos a la posada en busca de los caballos...

¡Maldición! -¡Los caballos no estaban en la posada!³⁶⁵

³⁶⁴ *Barboquejos*, 'cinta con que se sujeta por debajo de la barba el sombrero o morrión para que no se lo lleve el viento' (RAE).

³⁶⁵ Con esta exclamación y las siguientes, el autor trata de infundir suspense a la aventura, además de variedad narrativa con la interpolación del 'pequeño melodrama' que nos va a presentar a continuación y cuyo protagonista es el guía.

Pero no había por qué asustarse de tal modo. --En aquel mismo instante los vimos asomar por lo alto de la *Carrera*. --Venían de que les pusiesen* algunos clavos que les faltaban en las herraduras; --oficiosa precaución del mozo,* digna por cierto de aplauso y recompensa...

--¡Quién sabe (dijimos) si este pequeño retraso nos habrá evitado una completa derrota!...

Eran las cinco y cuarto largas.

A las cinco y media estábamos ya a caballo.

Habíamos perdido el cuarto de hora ganado en el camino. --Nos quedaba el tiempo tasado (según nuestro primitivo presupuesto) para llegar a Albuñol a la hora de la cita...

--Mucho tienen Vds. que correr... ---exclamó con penosa desconfianza el amigo a quien allí habíamos visitado.*

--¡Ca! ¡No llegan! --le había dicho ya por lo bajo el posadero.

--Espero llegar antes, --contesté yo, metiendo espuelas.

--¡O antes... o nunca! --añadió mi primo, arrancando detrás de mí.

El guía iba corriendo a lo lejos, por la playa en que desemboca la *Carrera*, haciéndonos señas de que lo siguiéramos.

¡Desgraciado! ¡No sabía él en qué berenjenal *se había metido!

IV

Playas y puntas --¿Llegamos o no llegamos?

Tan luego como salimos de Adra, enderecé a mi primo el siguiente discurso, al compás del galope de nuestros caballos:

--¡Pepe! Acabamos de estar en la antigua Abdera, importante colonia fenicia... Acabamos de hollar la primera tierra que pisaron San Torcuato y los demás Varones Apostólicos, discípulos de Santiago el Mayor, cuando desembarcaron en Andalucía, a fin de propagar la fe de Cristo... Desde aquí penetraron en la Alpujarra, y, pasando el Puerto de la Ragua, se encaminaron a Guadix, nuestra ciudad natal, desde donde se repartieron por otras comarcas, y de este modo, según habrás leído, u oído leer, en la Lección Sexta del Oficio de San Torcuato, que con tal solemnidad se celebra en la catedral de nuestro pueblo, Cecilio llegó a ser obispo de Granada (*Illiberi*), Tesifón, de Berja (*Virgii*), Segundo, de Ávila (*Abulæ*), Indalecio, de Almería (*Urci*), Esignio, de Cazorla (*Cartejæ*) y Eufrasio, de Andújar (*Illurturgi*), quedándose Torcuato en Guadix (*Acci*), que es, por ende, la silla episcopal más antigua de toda España.³⁶⁶

--Antójaseme (dijo mi primo) que eso de Ávila debe ser “Abla”, la villa de la provincia de Almería en que estuvimos hace años...

--Lo mismo he pensado yo alguna vez; pues, en efecto, parece raro que todos los Varones Apostólicos se quedasen en Andalucía la Alta, y que Segundo se fuese solo a

³⁶⁶ Pequeña sinopsis de la introducción del cristianismo en España, destacando que Guadix fue la primera diócesis de España.

Castilla la Vieja. Pero la verdad es, querido primo, que en Ávila, donde yo he vivido dos días,* hay una célebre, antiquísima iglesia de San Segundo, y que San Segundo, según todas las historias, fue el primer obispo de aquella ciudad...

--¡Yo no he estado en Castilla! --replicó mi primo con arrogancia.*

--¡Ya lo sé, Pepe!--Pues, como te iba diciendo, o como te pensaba decir, esta playa en que nos encontramos es además la última tierra de España que pisó Boabdil el Chico... ¡Aquí se embarcó para África el desventurado rey; y de aquí salieron también luego millares de moriscos, expulsados del suelo que habían cubierto de flores!... Pero otro día hablaremos de la expulsión... Te contaré, en cambio, ahora la tremenda aventura del Daud, de que todavía se acordarán las arenas que recorremos en este instante. El Daud, Pepe, era uno de los jefes de los monfíes, el cual, antes de la rebelión de Aben Humeya, pensó ir a África en busca de auxilios para principiarla por cuenta propia. Vino, pues, a Adra, a fin de embarcarse, y siguiéronlo algunas mujeres, que decían tener prisa *de ser moras en libertad*... Viendo que no pasaba ningún barco, el Daud alquiló el de un pescador morisco, llamado Nohayla: pero éste se lo contó a su amo, que era cristiano legítimo, llamado por más señas Ginés de la Rambla..., y el tal* Ginés hizo entonces agujerear la barca y tapar los agujeros con cera...

--¿Y qué? ¿Se ahogaron todos?

--¡No, señor!* ¡Ninguno! Porque haz de saber que los agujeros se destaparon a muy poca distancia de la orilla, y a los gritos de las mujeres acudieron... lo mismo cristianos que moros y salvaron a todos los náufragos. --El que* se ahogó por entonces fue el proyecto de insurrección; pues el Daud, en su fuga por la playa, perdió una bolsa de papeles que pusieron en claro* todos los planes de los moriscos.

Durante este coloquio, nuestros caballos traían *entre manos* una cuestión no menos interesante, que nos estorbaba adelantar cuanto* deseábamos.

La mar estaba algo revuelta, y sus olas, después de llegar a la rompiente de aquella playa tan suave, se extralimitaban, por decirlo así, extendiéndose tierra adentro en dilatadas sábanas de hirviente espuma que pasaban a veces bajo los pies de los nobles brutos.

Veíanse, pues, éstos a lo mejor metidos en medio del mar, rodeados por todas partes de un agua que rugía, que los golpeaba y que les olía de distinto modo que la de los ríos...

Los pobres eran del interior de la provincia, y no habían visto nunca a aquel monstruo inconmensurable que parecía pugnar por tragárselos. Justificábase,* por consiguiente, que, no obstante* el dominio que ya ejercíamos sobre ellos, de su noble condición y de la confianza que les inspirábamos, temblasen, se retemiesen,³⁶⁷ marchasen contraídos, sin quitar ojo de las olas, y que, al verlas venir, diesen unas brascas huidas de costado, que nos hacían perder mucho tiempo, ya que de manera alguna los estribos...

Para allanar semejante dificultad, tuvimos que acometerla de frente, obligando a los caballos a caminar algunos segundos, no ya a lo largo de aquella ancha orla de espuma, sino mar adentro, de cara al enemigo, como si pretendiésemos que vadeasen toda la extensión del Mediterráneo con dirección a la costa de África. Ellos se resistieron al principio por la buena, y como dándonos razones; pero nuestros halagos y nuestra autoridad acabaron por convencerlos, y entraron en el agua hasta que les llegó a las corvas. --Entonces los paramos, y cuando hubieron resistido dos o tres de aquellas

³⁶⁷ *Retemiesen*, no en RAE. Quizás el autor quiso decir 'se reteniesen', del verbo reflexivo retenerse, con el sentido de que los caballos se detenían o se contenían por miedo.

embestidas, muy flojas* por cierto en una playa tan mansa y tan reciente (el Mediterráneo se ha retirado de Adra cerca de un kilómetro en los últimos cincuenta años), respiraron con satisfacción y como diciéndonos que ya estaban tranquilos.

Los habíamos curado de espanto efectivamente, y, en adelante, lo mismo les importó galopar sobre espuma que sobre arena.

A todo esto, el marinero que habíamos tomado como guía, y que recuerdo era un hombre muy alto (circunstancia rara en los andarines), nos llevaba todavía alguna delantera..., gracias a lo poquísimo que hasta entonces habían andado nuestros caballos.

Revolaban acá y acullá algunas gaviotas, indicio de borrasca, y el guía, corriendo, volando materialmente por la orilla del mar, con sus anchurosos zaragüelles y su anguarina de flotantes mangas, blancos aquéllos y negras éstas, parecía a lo lejos otro pájaro marino, mensajero de desventuras.

Los caballos, libres ya de todo miedo, no tardaron en recobrar el tiempo perdido, y volaban a su vez en demanda de una fragosa punta, o prolongación de las sierras alpujarreñas, que se adelantaba al remate de aquel angosto arenal, para luchar cuerpo a cuerpo con las olas, cerrándonos completamente el camino. --¡Los pobres animales creían sin duda que iba a terminar allí nuestra jornada!

En cambio, el guía principió a flaquear... De vez en cuando se paraba, volvía la cabeza hacia nosotros, se limpiaba el sudor y tornaba a salir corriendo fatigosamente.*

En tal momento, vimos que una mujer bajaba, o, mejor dicho, se precipitaba de roca en roca desde lo alto de aquella punta, como para atajarnos el paso, levantando los brazos al cielo con la mayor angustia o cruzando las manos con desesperación...

Ninguna actriz, ningún pintor ha imaginado nunca actitudes más dramáticas y conmovedoras. Parecía aquella mujer el numen de los peligros, el genio de los naufragos, la divinidad de aquel promontorio, que deploraba* con anticipación todos los desastres que la tempestad traería consigo...

El guía, tan luego como la hubo visto, torció su rumbo Y encaminóse hacia ella con redoblada celeridad, dándole grandes voces, como si a su vez quisiese prevenir alguna desgracia...

Nosotros arrancamos también a todo escape en la misma dirección y llegamos al propio tiempo que él al pie de la enhiesta punta, en cuya ladera se había detenido la aparecida, atajada por una cortadura de las rocas.

El hombre del mar no estaba menos aterrado y afligido que la mujer de la montaña.

--¿Qué sucede? -gritó él desde lo hondo.

--¿Qué pasa? -gritó ella desde lo alto.

--¿Qué tienes, mujer? ¿Qué tienes? --añadió aquél, trepando por las peñas.

--¿Y el niño? ¿Qué le pasa a nuestro hijo? --preguntó ésta con desgarrador acento.

--¡Malhaya seas, mujer! (exclamó entonces el hombre.) --¡Buen susto me has dado!

Y se sentó en el suelo, reventado, jadeante, bañado de sudor.

--El niño viene detrás de mí... (añadió en seguida.) --Míralo por donde asoma...

En efecto: allá, lejísimos, se veía un puntillo blanco que corría por la arena de la playa.

--¿Lo ves, condenada?... ¿Lo ves?*

--Sí: lo veo. --¡Ay! ¡Dios me perdone! (exclamó entonces la pobre madre, poniéndose en cruz.) --¡Al verte venir de esa manera creí que el mar se había tragado al chiquillo!

--¡Ca!... (repuso el marinero.)--Yo voy de guía. --¡Mira! Aquí te dejo el capote. --Baja por él sin matarte... ¡Y hasta mañana, si Dios quiere!

Así diciendo, se levantó con gran trabajo, y echó a correr como un autómeta.

El supuesto andarín estaba destrozado.

--¡Alto! (le dijimos entonces nosotros, que ya subíamos también el promontorio arriba.)-- Usted se queda aquí con su mujer y con su hijo. ¡Demasiado han padecido Vds. ya hoy por nuestra causa! --De todos modos, ni V., ni la misma Atalanta, podrían seguirnos al paso que vamos a tomar ahora.³⁶⁸

El hombre se resistió, lloró, nos suplicó que le permitiéramos continuar acompañándonos; pero, vista nuestra tenacidad y nuestras monedas, hubo de reducirse a especificarnos, magistralmente por cierto, qué puntas podían doblarse sin peligro, siguiendo la orilla del agua, y cuáles había que cortar, pasándolas por encima.

Enterados de todo, nos despedimos de él y de su mujer, que al fin había logrado incorporársele; y escapamos hacia la cumbre, provistos, a falta de guía, de una infinidad de bendiciones muy dulces, muy tiernas y muy baratas.

--Aunque ya no lleguemos a tiempo, no me importa, --murmuré cuando estuvimos solos.

--¡Hay que llegar, sin embargo! --exclamó mi primo con más energía que nunca.

Pero creí notar que me ocultaba alguna cosa...

³⁶⁸ *Atalanta*, personaje de la mitología griega; hija de un rey de Esciros, célebre por su agilidad en la carrera. Declaró a la multitud de sus pretendientes que sólo concedería su mano a aquel que la venciese en la carrera.

¿Si serían lágrimas?*

Dominada aquella punta, descubrimos a nuestros pies otra playa sumamente angosta, pero larguísima, a cuyo remate había un nuevo promontorio, coronado por una torre.

Era la Torre de Guainos.³⁶⁹

En un tiempo fue torre *de moros*: hoy es *de carabineros*... --¡Siempre el hombre preparándose contra el hombre!

En un abrir y cerrar de ojos bajamos a aquella playa, la recorrimos de un extremo a otro y llegamos al pie de la torre.

Entre el cerro que la sostiene y el alborotado mar quedaba en seco una estrecha faja de arena, como ya* nos lo había anunciado el guía...

Pasamos, pues, por aquella especie de istmo, y salimos a otra playa.

Al comienzo de ella estaba el Caserío de Guainos, consistente en una sola hilera de casas, delante de las cuales había un largo porche, que les servía de soportal a todas, cubierto de zarzos* y sostenido por enormes pilastras blancas.

Ni en las casas, ni en el porche, ni en parte alguna, se veía alma viviente. --Sin duda por ser domingo; y *Domingo de Ramos*, los pescadores que allí habitan se habían ido a Adra a oír misa y a echar una cana al aire. --Éramos, pues, en aquel momento (¡oh melancolía!), profanos visitantes de una población desierta.*

¡Pero nosotros nos bastábamos y sobrábamos a nosotros mismos, como suele decirse!... --Pepe: ¿te acuerdas? --Al cruzar a escape por debajo de aquel cobertizo, cuya

³⁶⁹ Torre de Guainos, construida en el siglo XIII, en la época nazarí (Carrascosa Salas 291).

elevación sería lo menos de seis metros, agachaste la cabeza cuidadosamente; y yo, que corría detrás de ti, solté una ruidosa carcajada.

--¿Por qué te agachas? --te pregunté.

--¡Porque esta tarde (respondiste) me parece que voy a dar con la frente en el mismo cielo, y me creo capaz, si me lo mandas, de descolgar el sol y traértelo para que lo apagues!

--Lo de traérmelo, (contesté yo) estaría bien hecho, José mío; pero lo que es de apagarlo ¡guardárame muy mucho! --Precisamente estoy observando que él va a tardar muy poco en apagarse por sí mismo, dejándonos a oscuras en estos arrabales del planeta.

Así dije, viendo que, en efecto, el sol principiaba a descender al occidente.

--¡Podemos impedir que se nos ponga!... (replicaste tú.)--¿No marchamos en su misma dirección?-- ¡Pues corramos tanto como él!

--¡Pepe! (tuve entonces la honra de explicarte:)* el sol anda *sobre la tierra* setecientas cincuenta y cinco leguas por hora. --Lo único que podríamos hacer, fuera pedirle a Dios que lo parase en nuestro obsequio, como lo paró en obsequio de Josué; pero ni nuestro viaje ni nosotros somos dignos de merced tan señalada...

--¡Pues, en tal caso, metamos espuelas!—fueron tus últimas palabras.

Todavía no sé, amigos lectores,* qué más espuelas quería aquella tarde mi primo que metiésemos. Los pobres caballos no podían portarse mejor. El terreno huía bajo sus pies como la sombra de una nube..., y, no obstante las detenciones que sufrimos al principio, habíamos andado una legua en menos de media hora.

A los pocos momentos (cerca de las seis en el reloj de mi primo...--El mío se había parado tenazmente...) se puso el sol detrás de la sierra de Gualchos...³⁷⁰

Al verlo desaparecer, sentí que me abandonaba la esperanza de triunfar. ¡Quedábanos tres leguas de tierra desconocida que recorrer entre las sombras de la noche, sin más guía, camino ni sendero que las revueltas olas del mar, de las cuales teníamos que alejarnos muchas veces para enfrascarnos en las breñas de los promontorios!...

Entonces comprendí toda la temeridad de nuestra empresa. --De día hubiera sido difícil: de noche era mortal, desesperada, irrealizable.--Pero ya no había más remedio que seguir marchando.

El crepúsculo fue largo aquella tarde, y, durante él corrimos espantosamente... Mas, cuando cerró la noche, los bramidos del viento, el rugido del mar y la oscuridad absoluta llegaron a imponer también a mi primo.

Lo digo, porque callaba mucho y arreaba poco.

--¿A qué hora salió anoche la luna en Cojáyar? --preguntó al fin con voz desapacible.

--¡A las nueve!... (le contesté.)* Lo cual quiere decir que saldría a las siete para estas playas; pues* tú sabes que en los breves horizontes de aquellos barrancos no se ve el sol ni la luna hasta que ya están casi en el zenit...

Mi primo volvió a callar.

³⁷⁰ *Sierra de los Gualchos*, debe referirse a una elevación perteneciente a la sierra de Lújar cuyo nombre toma de la villa de Gualchos, perteneciente al partido judicial de Motril y situada al pie de la sierra de Lújar.

Poco después, y en el momento en que íbamos a pasar cierta * punta por la parte de abajo, creyendo que era de las que se prestaban a ello, oímos una voz que gritaba sobre nuestra cabeza:

--¿Adónde van Vds.? ¡Por ahí no se pasa!

Levantamos los ojos, y, a los reflejos del mar, vimos el brillo de un fusil entre las rocas de aquel promontorio.

--Pues ¿por dónde se pasa? --preguntamos nosotros.

--¡Por aquí arriba! (contestó otra voz más lejos.) --¡Ahí no hay camino!

¡Ahí no hay más que agua!

-¿Y quiénes son ustedes? -gritó mi primo con tanto recelo como osadía.

--Esa es otra conversación... --repuso el primero que había hablado.

Y sonó un pito.

--¡Estoy!--dijo la segunda voz.

La oscuridad era densísima.

--Son carabineros...--advertí yo a mi primo.

--¡Poco pitar!... (exclamó entonces éste con mucha sorna.) ¡No somos contrabandistas!

--¡Aunque fuesen Vds. el mismo diablo, lo primero es que no se ahoguen!--dijo una tercera voz a nuestro lado, en medio de nosotros, * como si el que hablaba hubiera surgido de la tierra.*

Y luego agregó, cambiando de tono como un ventrílocuo, y con acento de bajo profundo:

--Buenas noches, caballeros.

Era un carabinero del reino, y pronto fueron cuatro los que nos rodeaban en las tinieblas.

--¿Adónde se va tan tarde? --nos preguntaron afectuosamente.

--A Albuñol. (respondimos.)* --¿Nos queda mucho? --Dos leguas y media. A las nueve estarán ustedes allí. --Pero ¡cuidado con las puntas! Esta noche hay que evitarlas casi todas. La mar está muy mala, y como no se calme a la salida de la luna, las olas llegarán a lo alto de nuestras torres.

--¡A las nueve! --pensé yo, con la angustia que podréis imaginaros.

--Vengan ustedes por aquí... --añadió otro de aquellos buenos hombres.

Y nos condujeron a una vereda que pasaba por encima del promontorio.

Luego que nos hubimos despedido de ellos.

--¿Has oído? --le pregunté a mi primo.

--¡Adelante! --contestó éste, sacando fuerzas de flaqueza, o confiando en algo que no se me alcanzaba.

Corrió él, pues, a toda brida, sin saber por dónde, y yo lo seguí maquinalmente, sin más aliento que el que me prestaba su tenacidad inquebrantable, muy parecida al fatalismo mahometano.³⁷¹

Y así cruzamos playas, doblamos puntas, saludamos torres, cortamos promontorios, durante no sé cuánto tiempo, en medio de la orfandad llamada noche,* entre los bramidos del viento y el estruendo de las olas, entregados al instinto de los caballos, aunque sin dejarlos descansar un momento, y esperando a cada instante que un tropezón en las cuestas arriba, un resbalón en las cuestas abajo, o un hundimiento de la

³⁷¹ El fatalismo, como doctrina que niega el libre albedrío, se sitúa en las antípodas de la doctrina cristiana.

floja arena que a veces atravesábamos entre golfos de espuma, pusiese fin a aquella insensata carrera.

Yo había perdido la conciencia de la hora que podría ser.

Una vez se la pregunté a mi primo, y éste me contestó en unos términos tan elevados* y grandiosos, que dióme vergüenza de volver a preguntársela.

--¡La hora que sea es!* (me dijo.) --Nosotros no podemos andar más de lo que andamos *--Lo que haya de suceder... ¡está escrito!

--No hubiera hablado mejor un árabe.³⁷²

Pero pronto se encargó el cielo de sacarme de dudas, o sea de acabar con mis esperanzas...

El horizonte empezó a blanquear hacia Levante... --Es decir... ¡iba a salir la luna!...

--Suponiendo (pensé) que anoche saliera a las siete, esta noche le toca salir a las ocho menos cuarto. Es así que aún no hemos llegado a la Rábita, y que desde la Rábita a Albuñol hay una legua; luego... ¡imposible llegar a Albuñol a las ocho! ¡Imposible!... ¡imposible!... como nos dijeron en Turón! ¡Imposible, como nos lo dijo también el antiguo carabinero, antes de que se lo llevara el aire! -¡Llegaremos a las nueve, como nos anunciaron los carabineros en activo servicio!

En aquel momento apareció la luna, plena, hermosa, rutilante, indiferente a todas las inquietudes humanas, y, por lo tanto, sin reparar siquiera en la mía.

³⁷² Recordemos que los protagonistas de esta aventura son dos 'moriscos', por lo tanto, se justifica la mención de dos de sus proverbiales características.

Pero el mar se calmó a su vista como por arte de magia, y empezó a jugar mansamente con sus luces y a devolverle sus cariñosos besos... (El mar y la luna se entienden hace muchos siglos.)

--¡Entramos en la Rambla de Albuñol! (gritó en esto mi primo, que corría siempre delante...) --Pero ¿dónde está la Rábita?

--¡Ésta no es la Rambla de Albuñol! ¡Éste es el Barranco del Muerto! --contestó una voz en los aires, o sea en lo alto de una roca.

Era la voz del carabinero encargado de guardar aquel portillo o callejón de la Alpujarra, que mi primo había tomado por la desembocadura de la gran rambla o *boulevard* que ya conocéis...

--¿Y cuánto hay desde este fúnebre* barranco a la Rambla de Albuñol? --pregunté yo tímidamente.--Media legua, -contestó el carabinero.

¡Media legua más! ¡Es decir, que nos faltaba legua y media de camino! --¡Y ya eran las ocho, a juzgar por la luna!

--¡Pepe! ¡Pepe! --grité, una vez echada aquella cuenta, al parecer infalible.

Pero mi primo no me oía. Mi primo volaba de nuevo por la orilla del mar adelante.

--¡Se ha vuelto loco! (dije.) --¿Adónde va ya de ese modo?

Y continué gritándole, al par que lo seguía:

--¡Pepe! ¡Pepe!

--¿Qué quieres? -respondió él desde muy lejos.

--¡No corras! ¡Ya hemos perdido la apuesta!

--¡No se sabe! ¡Sígueme! ¡Allá veo la Rábita!

--¡Pepe! ¡Son las ocho y cuarto!

--Sígueme, te digo... ¡Estamos en la Rambla de Albuñol!

Aquella vez no se equivocaba...

La naciente luna alumbraba el torreón árabe de la Rábita, sus casas, sus iglesias y los barquichuelos de los pescadores, mientras que a nuestra izquierda se extendía, negra y misteriosa, la mayor de las ramblas alpujarreñas...

Desde* allí hasta Albuñol hay una legua corta,* toda por terreno llano, expedito y no sujeto a equivocaciones ni riesgos de ninguna especie.

--Descansemos aquí un poco, -dijo mi primo parando su caballo a la entrada de la rambla.

--Podemos descansar cuanto quieras... (respondí tristemente:) -- ¡De todos modos, ya ha pasado la hora!

--¿Pues qué hora piensas tú que es?* --replicó él con indiferencia.

--¡Mucho más de las ocho! ¿No ves la luna?

--¡Sí que la veo!... Pero ¿no me has dicho tú mismo que en Cojáyar sale mucho después que aquí?

--Bien,* pero esta noche sale aquí y en todas partes tres cuartos después que anoche. La luna retrasa con relación al sol.*

--Eso ya lo he entendido...*Mas figúrate que no son dos horas, sino tres, las que tarda siempre la *casta diva* en llegar desde este dilatado horizonte al angostísimo de Cojáyar...* ¡En tal caso, no serían las ocho todavía!*

--¿Qué estás diciendo?

--¡Ni yo mismo lo sé! (contestó mi primo, descubriendo al fin una emoción extraordinaria.) ¡Me he propuesto no mirar la hora hasta que lleguemos a las puertas de Albuñol, y, aunque me muera, no la miro antes! --¡Pero sé que hemos corrido muchísimo! ¡Sé que el tiempo se nos ha hecho muy largo! ¡Sé que la noche aflige y que la luna engaña!... --En fin... * ¡me da el corazón que todavía vamos a llegar a tiempo!

--¡Pues en marcha, Pepe, aunque revienten los caballos!...

--¡En marcha, sí! ¡Este es el último galope!

El último fue; pero bueno.

Diríase que los caballos se alegraban de huir del mar, o que pronto reconocieron aquella rambla, cuyas aguas habían bebido tres días antes...--Ello es que sus fuerzas parecieron renovadas; y que corrieron como exhalaciones por aquel arenal arriba.

Minutos después apareció a nuestros ojos Albuñol, reclinado en su cerro, argentado por la luna, y tachonado de mil puntos de oro...

Aquellos puntos de oro* eran las luces de sus calles... y de sus casas... --De consiguiente, * no podía ser muy tarde.

--Mira el reloj, Pepe... (dije entonces)*. --Estamos llegando...--¡Si han dado las ocho, yo no entro en Albuñol!*

--Tómalo, y míralo tú mismo...--respondió* con acento supersticioso.

Yo lo cogí con mano trémula: volví su esfera hacia la luna, y lancé un grito de admiración y de alegría.

¡No eran más que las siete y media!

--¡Las siete y media! (exclamé frenéticamente.) ¡Hemos triunfado!

--¡Me lo figuraba! (respondió Pepe.) ¡Somos los primeros hombres del mundo!

Y saludó al cielo con su ademán acostumbrado.

Mas entonces di yo otro grito espantoso.

--¿Qué es eso? -exclamó mi primo, viniendo hacia mí.

--¡Pepe, somos los últimos hombres del mundo! --¡Tu reloj está también parado!

Mi primo no replicó al pronto una palabra. Cogió el reloj; se lo llevó al oído; conoció que en efecto no andaba; se lo metió en el bolsillo; quitóse el sombrero; se encaró con la luna, y la insultó descomedidamente.*

Pero en aquel instante oímos *lejano ruido a nuestra izquierda, esto es, hacia la Rambla de Aldáyar, que, como sabéis, confluye allí con la de Albuñol...

--¡Calla! (pronunció sordamente mi primo, tendiéndose sobre el cuello del caballo para oír mejor.) ¡Son ellos!

--¿Cómo ellos?

--Sí: nuestros *enemigos*,* que llegan ahora de Turón... --¿No los oyes hablar? ¿No sientes las pisadas de sus caballos? --¡Por cierto que no se dan ninguna prisa!

--¡Entonces, es muy temprano! --Por lo visto, tu reloj se paró aquí mismo al propio tiempo que nosotros.

--¡Temprano o tarde, nos cabía* al menos la gloria de entrar en Albuñol antes que ellos!...

--Eso no tiene duda...Pero, por si acaso, no entremos hasta cerciorarnos de que no son otros caminantes* los que por allí vienen...Es decir: cerciorémonos, de que nuestros enemigos no están ya dentro de Albuñol...*

--Cerciorémonos,--repitió mi primo.

Y, penetrando algunos pasos en la Rambla de Aldáyar, gritó resueltamente:

--¿Quién vive?

Confusas voces nos contestaron al principio, y luego se oyeron grandes risotadas.

--¿Qué gente? -volvimos a preguntar.

Una mezcla de aplausos y silbidos fue entonces la única respuesta.

--¿Oyes, Pepe? ¡La injusticia humana empieza a dudar de nuestra gloria! --Ésos que silban creen que no hemos pasado por Adra...

--¡Lo que yo oigo es que aprietan el paso para cogernos la delantera y entrar en Albuñol antes que nosotros!... --¡Sígueme! ¡Sígueme! --Esa gente sabe mucho.

Y, mientras esto decía mi primo, galopábamos ya hacia la moruna villa.

Un minuto después estábamos en brazos de nuestro amadísimo huésped.

--¿Qué hora es? --le preguntamos con un ansia febril, antes de saludarlo.

--¡La que quiera que sea... ¿Qué nos importa? (contestó él bondadosamente.) --El caso es que lleguen Vds. bien... --¿Y los compañeros?

--Ahí vienen... --Pero ¿qué hora es? ¡Necesitamos saberlo!

--Las ocho menos diez minutos, -respondió nuestro huésped, mostrándonos su reloj.

Mi primo y yo nos abrazamos, locos de alegría.

En aquel momento sonó ruido de caballos a la parte afuera...

¡Eran nuestros enemigos,* *que llegaban después que nosotros!*

Que explicamos en plena tertulia todo lo ocurrido; que nuestros compañeros de viaje empezaron efectivamente* por poner en duda que hubiésemos estado en Adra; que los documentos que llevábamos acabaron por convencerlos de lo contrario; que entonces nos celebraron y felicitaron con la mayor nobleza; que los hijos del país nos admiraron y elogiaron también muchísimo, diciendo que no había ejemplo de una caminata semejante; que mi primo y yo no cabíamos de orgullo en el pellejo; que comimos como ogros, que no nos acostamos sin abrazar y besar a nuestros caballos, y que aquella noche dormimos como Napoleón después de la batalla de Austerlitz, o como Castaños después de la batalla de Bailén, son cosas que se caen de su peso y que no tengo para qué contaros...³⁷³

Pero lo que sí me cumple referiros, a riesgo de que no lo creáis, es que no me dormí sin reunir antes en torno de mi lecho a los historiadores y celebrar con ellos una nueva consulta...

Érame absolutamente indispensable estudiar a fondo aquella misma noche la gran campaña del marqués de los Vélez contra Aben Humeya, o por mejor decir, de Aben Humeya contra el marqués de los Vélez, en que ambos compitieron en heroísmo, y que cierra brillantemente la historia militar del reyezuelo de la Alpujarra...

³⁷³ En la batalla de Austerlitz, ocurrida en la ciudad de Brno, República Checa, en 1805, Napoleón venció a los emperadores de Rusia y Austria; la victoria del general Castaños contra los franceses en Bailén, ciudad en la provincia de Jaén, tuvo lugar en 1808. Se puede comprobar la fascinación de Alarcón por la figura de Napoleón y, también, las frecuentes alusiones a la Guerra de la Independencia, no sólo en este libro sino también en otras obras del autor. En este caso, para establecer, de nuevo, una desigual comparación entre su sentimiento de triunfo tras conseguir completar felizmente su aventura, y el sentimiento que debieron experimentar estos dos personajes tras sus históricas victorias.

Pues bien: he aquí en rápido y sustancioso resumen la historia *de aquellos seis meses de continuas batallas, últimos de la vida del que fue bautizado con el nombre de D. Fernando de Valor y murió con el nombre de Muley Mahomet Aben Humeya...*

V

*Historia pura.**

Conoció Felipe II que no bastaban los esfuerzos hechos hasta entonces para reprimir la insurrección de los moriscos, y, midiendo prudentemente la importancia que podían llegar a tener, pensó en trasladarse a Granada a fin de dirigir la guerra por sí propio: pero disuadiéronle de ello caracterizados personajes eclesiásticos, y acordó que fuera en su nombre, con muchas y muy buenas tropas, su hermano natural D. Juan de Austria, mozo entonces de veinticuatro primaveras.

Mientras llegaba o no el príncipe, acontecieron horrores en uno y otro campo. — Los cristianos diéronse a robar, matar y violar en los pueblos moriscos no alzados en armas y que en premio de su fidelidad tenían seguros del marqués de Mondéjar. Aún hicieron algo más inicuo y feroz: ¡asesinaron a 110 moros principales que estaban presos como rehenes en la cárcel de la Cancillería de Granada!...—En cambio...Pero ¿qué digo *en cambio?*...³⁷⁴ ¡en buena ley de guerra y por justo y merecido desquite, los vecinos de Valor, que entonces no estaban en armas alzáronse furiosos, atacaron una columna de 800 hombres, los mejores del ejército cristiano, mandados por Antonio Ávila y Álvaro de

³⁷⁴ *Pero ¿qué digo en cambio?* Se trata de una figura retórica empleada para contradecir lo antes dicho, reafirmando así el enunciado que sigue.

Flores, los vencieron en campo abierto y luego los degollaron impiamente!...—No sólo estos dos famosos capitanes, sino también más de 500 de sus soldados murieron a manos de los vengativos y valerosos paisanos de Aben Humeya.

Éste propagaba en tanto la rebelión por toda la tierra de Almería hasta el río Almanzora; recibía hombres y armas de Marruecos y de Argel, y diseminaba a sus mejores caudillos por todo el terreno sublevado para que lo mantuviesen en pie de guerra.*

“Al Maleh (dice Lafuente Alcántara) encomendó el Marquesado del Zenete y la frontera de Guadix, Baza y Río Almanzora; a ABEN-ABOO, sano ya de la mutilación bárbara que antes referimos, el partido de Poqueira y Ferreira; al XAVA la Taha de Órgiva; a ABEN-MEQUENUN las de Lúchar y Sierra de Filábres y Gádor, a GIRÓN DE ARCHIDONA y al RENDATÍ el Valle de Lecrín y Costa de Motril y Almuñécar, y a otros, diferentes partidos, entregándoles patentes con sello real. -Les dio instrucciones para que esquivasen batallas campales y fatigasen al enemigo con marchas rápidas y con una continua movilidad; les encargó que sublevasen de grado o por fuerza cuantos lugares pudiesen recorrer, y nombró como consejeros y administradores de recursos de guerra a su tío D. HERNANDO el Zaguer, al DALAY, a MOCARRAF, vecino de Ugíjar, y al HABAQUÍ. -Sólo ABEN-FARAX quedó excluido, porque aspiraba a destronar a ABEN-HUMEYA, y este deseaba haberle a las manos y ahorcarle.”

Despidióse D. Juan de Austria del rey su hermano en los jardines de Aranjuez, y llegó a Iznalloz, el 12 de abril de 1569, asistido de su célebre ayo Luis Quijada y fiando sus mejores esperanzas de triunfo en el famosísimo Capitán General don Luis Fajardo, Marqués de los Vélez, de quien su ilustre soldado Ginés Pérez de Hita nos dejó hecho el siguiente homérico retrato:*

«El Marqués D. Luis (dice) era muy gentil hombre; tenía doce palmos de alto; era de recios y doblados miembros; tenía tres palmos de espalda y otros tres de pecho; fornido de brazos y piernas; tenía la pantorrilla gruesa, bien hecha; al modo de su talle, el vacío de la pierna, delgado de tal manera que jamás pudo calzar bota de cordovan justa, si no fuese de gamito de Flandes: calzaba trece puntos de pie, y más: era tan bien trabado y hecho, y tan doblado, que no se echaba de ver lo que era de alto. Era de color moreno cetrino, los ojos grandes rasgados, lo blanco de ellos con unas vinzas de sangre, de espantable vista. Usaba la barba crecida, y peinada: alcanzaba grandísimas fuerzas: cuando miraba enojado, parecía que le salía fuego de los ojos: era súbito, valiente, determinado, enemigo de mentiras... Era grande hombre a caballo; usaba siempre la brida; parecía en la silla un peñasco firme. Cada vez que subía a caballo, le hacía temblar y orinar. Entendía bien cualquier clase de freno. Su vestido de monte era pardo y verde y morado. Las botas que calzaba habían de ser blancas, abiertas, abrochadas con cordones. Era larguísimo gastador. Tenía cuatro despensas de grande gasto, una en Vélez el Blanco, otra en Vélez el Rubio, otra en las Cuevas y otra en Alhama. Era muy sabio y discreto; en burlas y en veras extremado. Tenía de costumbre oír misa a la una del día, y a las doce, de suerte que los capellanes no lo podían sufrir. Comía una vez al día, y no mas, y aquella comida era tal que bastaba a satisfacer cuatro hombres, por hambre que tuviesen. En la comida no bebía más que de una vez, mas aquella buena con agua y vino muy templado, y esto era acabando de comer. De noche era su negociar, y así, se iba a dormir cuando los otros se levantaban. Siempre andaba con su capa, cobijado solamente las espaldas, ceñida espada y daga, y esto era de noche. De día se ocupaba sólo en tirar al blanco, ora con escopeta, ora con ballesta, y en cuerpo: si era verano, siempre sin gorra; y si era invierno, con un sombrero de monte muy pespuntado... La lanza que él llevaba era tal, que hartó liaría un criado suyo que llevarla al hombro, y el Marqués la meneaba cual si fuese un junco delgado... Tenía muchos perros y aves de volatería... Cuando había de ir a monte, aguardaba que hiciese mal tiempo, que nevase o lloviese, o hiciese grande aire; y esto por haber a sus gentes robustas, como él lo era».*

Pasemos por alto las grandes fiestas que hicieron a D. Juan de Austria cuando entró en Granada, y digamos únicamente que salieron a recibirlo “más de cuatrocientas mujeres cristianas, de las maltratadas por los moriscos en la Alpujarra, viudas y

huérfanas, se presentaron en traje humilde, llorosas y con los cabellos esparcidos, pidiendo venganza... »--“*Espectáculo industriosamente preparado...*”—añade el historiador de quien tomamos estas noticias.

En compensación, “apenas D. Juan hubo descansado (dice luego), dio audiencia a una comisión de los Moriscos, los más ricos y principales, quienes se quejaron de los agravios de las Autoridades cristianas y de los insultos y desmanes con que la soldadesca ultrajaba a todos los de su raza.”

A los pocos días llegó el Duque de Sesa, nuevo consejero que le enviaba el prudente Felipe para los casos arduos de política y guerra, y celebráronse varios consejos, a que asistieron, además de los jefes militares, el presidente Deza, el arzobispo y otras autoridades civiles.*

»Hubo contestaciones acaloradas (dice Lafuente) sobre la terrible medida, propuesta por DEZA y por el DUQUE de expulsar incontinenti del Reino de Granada a todas las familias moriscas que permanecían bajo la fe de los Tratados. Oponíase a esta proscripción general el benigno MARQUÉS DE MONDÉJAR; y D. JUAN, que vio discordes los ánimos, y que era poco propenso a adoptar resoluciones fecundas en infortunios sin la debida madurez, excusó dar su voto sobre la despoblación, y se limitó por entonces a organizar su ejercito.”

Falta le hacía; pues las gentes de Aben Humeya dominaban casi completamente el antiguo Reino de Granada desde los confines de Málaga hasta el extremo de la Sierra de Almería, exceptuando únicamente las capitales, y habían derrotado a las tropas cristianas

en el puerto que comunica a la Alpujarra con Guadix, en Frigiliana y en otros puntos, dando muerte a muy valerosos capitanes y a compañías enteras de soldados.³⁷⁵

El propio Aben Humeya llevó su audacia hasta el punto de atacar a Berja, con diez mil hombres, sin considerar que ya estaba establecido allí el formidable marqués de los Vélez con su cuartel general y con las mejores tropas de su ejército...

Pero oigamos a Lafuente Alcántara, cuya historia es en este punto un animadísimo resumen de la de Luis del Mármol. —Dice así:*

“El de los Vélez, que sabía los propósitos de ABEN-HUMEYA por unos espías moros sorprendidos dos días antes y condenados al tormento, estaba apercebido para la defensa. Fue, sin embargo, tan furioso el ímpetu de los Moros, y mayormente el de unos aventureros berberiscos (que llevaban en la cabeza guirnalda de flores para significar que pelearían hasta morir mártires de su secta), que arrollaron a fuego y hierro una compañía de manchegos mandada por un Capitán de nombre Barrionuevo, y estuvieron casi al alcance de la persona misma del Marqués.

»Saltó éste atropelladamente sobre su caballo y marchó a la plaza de armas. Aquí se defendieron bravamente quinientos arcabuceros a las órdenes de los Capitanes D. Rodrigo de Mora, D. Juan y D. Francisco Fajardo. --ABEN-HUMEYA recargó con fuerzas que rompieron la posición de estos valientes. -- En este conflicto, el Marqués de los Vélez salió por un portillo y llamó la atención de los enemigos por retaguardia. --Este lance amilanó a los agresores y los hizo aflojar en el ataque. --Los Cristianos recobraron su posición, y atacando con nuevo ímpetu rechazaron a los Moros y les hicieron retirarse hacia Dalias y Andarax con pérdida de mil quinientos hombres.

»A pesar de este triunfo, el Marqués consideró falsa su posición y se replegó a Adra.

»ABEN-HUMEYA se retiró hacia Cádiar y Válor a rehacer su gente y reponerse del anterior descalabro.

³⁷⁵ *Frigiliana*, villa situada ‘en los confines de Málaga’, pertenece la Axarquía, la comarca más oriental de la provincia, entre las sierras de Tejeda, Almijara y Alhama, y el mar Mediterráneo. “El Peñón de Frigiliana fue un refugio de los moros de la sierra de Bentomiz” (Caro Baroja 164).

»Otro suceso próspero ocurrió por estos días e inspiró no poco desaliento a los Moriscos. --El Comendador Mayor de León arribó a la Costa de Vélez con una escuadra de veinticinco galeras, traídas de Italia, para favorecer la empresa de la reducción....

“Asistido por D. Juan de Requesens, marino ilustre, y por otros Capitanes y señores de Málaga, desembarcó con los tercios de Nápoles en Torrox, y recibió refuerzos de la misma ciudad y de otras villas. -Ordenado su campo, practicó un reconocimiento y dispuso acometer por tres puntos simultáneamente; por la loma de Puerto Blanco, por la cumbre y por la cuesta (11 de Junio).

»Era la subida agria, y la resistencia de los Moros tenaz y ventajosa: hasta las Moriscas peleaban con aliento varonil. Casi todos los veteranos de Italia, acaudillados por D. Pedro de Padilla, fenecieron en la vanguardia. Otros muchos Capitanes esforzados hallaron la muerte en la penosa subida, hasta que, esforzándose los Capitanes de Vélez, Cerezo y Vozmediano, y el Alférez malagueño Caraveo, penetraron en el fuerte, donde los enemigos tenían un vasto campamento de chozas y tiendas. --Este suceso hizo desmayar a los Moros y abandonar sus enriscadas posiciones: muchos escaparon por derrumbaderos y sendas estrechísimas; otros fueron pasados a cuchillo. Quedaron cautivas hasta tres mil personas de ambos sexos. El despojo de seda, oro y plata, perlas, granos y bestias fue considerable. --La gente de Loja, Alhama y Alcalá la Real, acaudillada por el Corregidor D. Gómez de Figueroa, y la de Archidona por el ilustre poeta, amigo de Cervantes, D. Luis Barahona de Soto, se presentaron en número de ochocientos hombres a pie y a la gineta momentos después de conseguida la victoria; y como su presencia era ya innecesaria, recorrieron los Lugares comarcanos saqueando y matando.

»ABEN-HUMEYA se propuso alentar a sus soldados y hacerles olvidar los anteriores sucesos acometiendo empresas de mejor éxito. Despachó al Maleh con cuatro mil hombres hacia el río Almanzora; puso en insurrección completa todos los Lugares de esta comarca y se hizo dueño de los castillos y peñas bravas que aún se conservaban del tiempo de la Conquista. Los destacamentos cristianos de los castillos de Oria, Las Cuevas y Serón opusieron alguna resistencia; pero esta última plaza, la más importante de aquella tierra, se rindió después de ser derrotado D. Enrique Enríquez, que acudió de Baza con socorro, y de ser preso el Alcaide defensor Diego de Mirones por las fuerzas del Maleh y de un Capitán intrépido llamado el Mecebe.*

“Entre tanto, se agitaba entre los Consejeros de Granada la cuestión de si era o no conveniente expulsar sin tregua ni dilaciones a las familias moriscas que permanecían tranquilas en la ciudad, aunque propicias a la insurrección. --El Gobierno de FELIPE II sancionó esta medida terrible, y encomendó a D. JUAN su rápida ejecución.

»En efecto: el 23 de Junio amanecieron puestos sobre las armas todos los batallones de la guarnición de Granada y los destacamentos de los Lugares de la Vega. En seguida se promulgó bando general mandando a todos los Moriscos acudir a sus parroquias respectivas. Las familias enteras obedecieron llenas de terror y persuadidas de que les amenazaba un infortunio extraordinario, y quizás la muerte. El presidente Deza, a quien se comunicó el recelo que aquejaba a los infelices proscriptos, les dio seguridades de vida, y comisionó a D. Alonso de Granada Venegas para que los tranquilizase.

»Permanecieron los Moriscos encerrados en la iglesia toda la noche y custodiados por guardias en las puertas, y a la mañana siguiente los fueron trasladando entre gente armada a los salones del Hospicio. Una gruesa columna de tropa, a cuya cabeza estaban D. JUAN DE AUSTRIA, el Duque de Sesa, el Marqués de Mondéjar, Luis Quijada y el Licenciado Bribiesca Muñatones, se extendía por todo el Triunfo, desde la Puerta de Elvira hasta el edificio de la Casa de los locos. El Caballero Francisco Gutiérrez de Cuéllar estaba allí con una oficina formando el padrón de los que eran conducidos.

»D. JUAN, que había calmado la inquietud de los proscriptos, tuvo que deplorar un suceso funesto. El Capitán de Sevilla, Alonso Arenallo, dispuso llevar los Moriscos de una parroquia, precedidos de un Crucifijo en el asta de una lanza cubierto con un velo. Los desventurados que veían aquella insignia, y las Moriscas que caminaban llorando detrás, creyeron que eran conducidos al cadalso, y una de ellas exclamó:--¡Oh desventurados de vosotros, que os llevan como corderos al degolladero! ¡Cuánto mejor os fuera perecer en las casas donde nacisteis! --Con este hecho hubo ya algunas alarmas, hasta que, al llegar a la puerta del Hospicio, un Carrachel, llamado Velasco, dio un palo a un morisco joven medio loco: éste le hirió con un ladrillo que halló a la mano: acudieron los alabarderos al alboroto, y, creyendo que el herido era D. JUAN, mataron al morisco y trataron de hacer lo mismo con los restantes. --Presentóse D. JUAN y apaciguó el tumulto, y mandó al historiador Luis del Mármol y a D. Francisco de Solís la ejecución de algunas medidas que evitasen tales desórdenes.

»Con la más exquisita vigilancia, para refrenar las intenciones aviesas de la soldadesca, fueron encerrados todos los moriscos de Granada y de su Vega útiles para la guerra, quedando por entonces los viejos, las mujeres, los niños, muchos artesanos útiles y otros que tuvieron favor o medios de gratificar a los agentes subalternos. Fue (dice Mármol) un miserable espectáculo ver tantos hombres de todas edades, las cabezas bajas, las manos cruzadas y los ojos bañados de lágrimas, con semblante doloroso y triste, viendo que dejaban sus regaladas casas, su familia, su patria, su naturaleza, sus haciendas y tanto bien como tenían... Quedó grandísima lástima a los que habiendo visto la prosperidad, la policía y el regalo de las casas, cármenes y huertas, donde los Moriscos tenían todas sus recreaciones y pasatiempos, y desde a pocos días lo vieron todo asolado y destruido.»

»Mientras D. JUAN y sus Consejeros se ocupaban en expulsar los Moriscos de Granada y su Vega, ABEN-HUMEYA hacía una correría gloriosa por los lugares del Río Almanzora, y se proporcionaba reclutas, armas y caballos. --Satisfecho del buen resultado de su incursión, regresó al Láujar de Andarax para organizar nuevas huestes y dar algún respiro a sus voluntarios.

»Desde su guarida escribió a D. JUAN DE AUSTRIA, a D. Luis de Córdoba y al Marqués de los Vélez, quejándose de los inhumanos tormentos a que la Inquisición había sometido a D. ANTONIO DE VÁLOR, su padre, y a D. FRANCISCO, su hermano¹: se declaraba él mismo único responsable de la guerra promovida, y se brindaba a entregar ochenta cautivos en cange de sus dos caras personas: amenazaba ejercer crueles represalias si no se mitigaba la persecución de su familia.

»Celebróse consejo para decidir si era o no conveniente contestar, y, después de algunos debates, se acordó que el mismo D. ANTONIO DE VALOR escribiese a su propio hijo manifestándole que era tratado con dulzura, y que, eran inexactos los informes sobre su tormento.

»Tranquilizado ABEN-HUMEYA con estas noticias, partió de Andarax con fuerzas respetables, y se encaminó hacia Almería con ánimo de ocuparla. --D. García de Villarroel, que supo su designio, se

¹ Este otro hermano de ABEN-HUMEYA estaba también preso en las cárceles de la Cancillería desde antes de la Rebelión de los Moriscos, sin que conste por qué causa. —No se le confunda con ABDALÁ o D. Luis, el menor de los hermanos, que estaba en África, como sabemos, procurando socorros, o tal vez rehenes, como asegura Pérez de Hita, para responder de la conducta del REYECILLO con los auxilios que se le enviaban. — (N. del A.)

emboscó junto a Güécija, sorprendió la división enemiga y desbarató los proyectos de ABEN-HUMEYA. -

-La concentración de los rebeldes hacia Almería permitió hacer al Capitán D. ANTONIO DE CÓRDOBA una correría en el Valle de Lecrín, en cuyos lugares sostuvo, con ventaja a veces, con pérdida otras, varias escaramuzas.

»En esto (Julio), el Marqués de los Vélez, que, desde su retirada de Berja continuaba en Adra, recibió órdenes del Gobierno para acelerar sus operaciones en la Alpujarra. Para ello allegó numerosos refuerzos y partió hacia Ugíjar.

»Enterado ABEN-HUMEYA de sus movimientos, destacó a su tío el Zaguer y al Hosceyn, Capitán turco, con cinco mil hombres, a disputar el paso del barranco de Lucainena; pero estos Moriscos fueron rechazados, y el Marqués volvió a ocupar segunda vez a Ugíjar.

»Sentido ABEN-HUMEYA de este revés, y afligido con la muerte del Zaguer, que sucumbió en Mecina de Tedel a impulso de una fiebre maligna, reunió sus voluntarios en Válor y se jactó de desalojar en breve al de los Vélez de sus posiciones. Ofendido el Marqués de tal provocación, tomó la delantera en el ataque y partió en busca de los rebeldes. Trabóse una escaramuza bastante porfiada en las inmediaciones de Válor, y en ella cedieron los Moriscos. --Los Cristianos siguieron al alcance de los fugitivos al través de quebradas y barrancos, y sólo hallaron el cadáver de Diego de Mirones, el Alcaide de Serón, y el de un morisco llamado Alguacil, a quienes ahorcaron para entretener a los perseguidores».*

«Neutralizaron las consecuencias de estas ventajosas escaramuzas algunos refuerzos de Turcos, Argelinos y Moros. Entusiasmados por las exhortaciones de sus morabitos, desembarcaron en ocho fustas y se pusieron a las órdenes de Hosceyn. --ABEN-HUMEYA se rehizo con esta gente, reiteró sus correrías y paralizó las operaciones del Márques de los Vélez. --Animados al mismo tiempo los moros del Valle de Lecrín, acometieron al Padul (21 de agosto) en número de dos mil hombres, y empeñaron una batalla formal con algunas compañías acantonadas en la población a las órdenes de D. Juan Chacón, vecino de Antequera, Pedro de Vilches, de Jaén, y Juan Chaves, de Trujillo. Los Moros ganaron bravamente terreno, e incendiaron casi toda la población.

»Los Cristianos resistieron en un reducido recinto, y D. Martín Pérez Aróstegui, natural de Vergara, se defendió heroicamente en un torreón aislado, con cuatro criados cristianos y tres moriscos

amigos. --La noticia llegó a Granada, y al punto volaron en su socorro fuerzas de caballería e infantería. --
Con esta noticia los Moros se replegaron a la Sierra, dejando casi todo el Padul reducido a escombros.”*

Por aquel tiempo Felipe II llamó a Madrid al marqués de Mondéjar, a fin de que le informase acerca de los disgustos que mediaban entre el altivo marqués de los Vélez y D. Juan de Austria, y, cumplido este encargo por el noble descendiente del gran Tendilla, fue nombrado Virrey de Valencia, y después de Nápoles...¹

»Mediaron entre tanto (concluía diciendo Lafuente Alcántara), sangrientas escaramuzas hacia Cuevas de Vera, en Albacete de Órgiva y en el Valle de Lecrín, hasta que la Guerra cambió de aspecto con la muerte de ABEN-HUMEYA...»

--¡Doblemos la hoja! (exclamé al llegar a este punto.) --¡No es cosa de enterarse del trágico fin del Reyecillo por extractos y referencias!... --Pasado mañana saldremos para Sierra Nevada, y allí, contemporáneos y testigos presenciales de los hechos, es decir, los historiadores del siglo XVI,* nos los referirán con todos sus lúgubres accidentes...* --
Descansemos entro tanto.

Dije; y, dando las buenas noches al joven* Lafuente Alcántara, me dormí como el último de los mortales, bien que para soñar con la Sierra, con Cádiar, con la Semana Santa, con el Mulhacén, con Ugíjar, con la muerte de Aben Humeya, con la muerte de

¹ Es decir, que se alejó definitivamente del teatro de la Guerra de los Moriscos.—A este propósito considero oportuno recomendar la lectura de una *Carta del Marqués de Mondéjar para el Señor Arzobispo de Granada*, publicada por primera vez hace muy pocos meses (el 15 de Enero de 1874) en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. --Es una defensa que el MARQUÉS hace de su conducta (tachada de demasiado contemplativa con los Moriscos), y que me ha afirmado más y más en mis opiniones acerca de aquellos sucesos. — (N. del A.)

Aben Aboo, y con todas las demás interesantes perspectivas que me presentaba el gran viaje que va a ser objeto de la Sexta y última Parte de la presente obra.*

FIN DE LA PARTE QUINTA.*

PARTE SEXTA*

LA SEMANA SANTA

EN SIERRA NEVADA

I

Lunes Santo. --Descansamos en Albuñol. --Cosas de la luna. --Martes Santo.

--Nos trasladamos a Murtas. --Preparativos para la peregrinación a Sierra

Nevada

“Día de mucho, víspera de nada”, dice el adagio; y, en efecto, el día que se siguió a nuestra inolvidable correría por la orilla del mar constituye una especie de entreacto en la peregrinación a que íbamos dando término.*

Por varias razones; por ser día de la Encarnación,* por estar cansadísimos de tres jornadas consecutivas, y porque necesitábamos preparar* nuestro espíritu *y nuestros caballos para la solemne expedición a los pueblos de Sierra Nevada, dedicamos aquel día al reposo, y a ordenar y guardar en el archivo de la memoria todo lo que hasta entonces habíamos visto y sentido en la Alpujarra.--Con esto; con oír misa; con rehabilitar al viejo ex carabinero, y con dar un paseo a pie por la rambla, se nos fueron sin sentir las horas

del Lunes Santo* del año de gracia 1872, dejándonos ya que no recuerdos de exorbitantes aventuras, la plácida memoria de una paz y una tranquilidad impropias de esta desdichada vida.

A la noche nos obsequió el cielo con una magnífica tempestad, que duró desde las siete hasta las diez, y cuyos majestuosos truenos, repetidos por todos los montes y valles de la Contraviesa en retumbantes y prolongados ecos, simulaban el cañoneo más espantoso de que pueden tener idea los nacidos.--Era la propia tormenta conjurada la noche anterior por* la súbita salida de la luna... --Indudablemente,* los enconados elementos habían vuelto a encontrarse de manos a boca; y, no llegando esta vez la Tiple de los cielos a punto de meterse por medio y poner paz,³⁷⁶ habían desnudado los aceros y trabado aquella descomunal refriega...*

Yo no sé quién saldría vencedor, ni si llegaría a morir alguno de ellos. --Lo que sé es que, cuando nos acostamos, todo había concluido... El más profundo silencio reinaba en la naturaleza, turbado solamente por el oficioso lloriqueo de las chorreras que afluyen a la rambla; la luna (diosa del lunes) se paseaba* con la mayor calma por las soledades del ya despejado firmamento, sin darse por entendida de lo que había pasado. --¡Y eso que el mar había sido uno de los combatientes! ¡Eso que el mar es su amante, como sabe todo el mundo! ¡Eso que la muy taimada había presenciado el fin de la contienda,* oculta detrás de un cortinaje de nubes! ¡Eso que probabilísimamente ella habría tenido la culpa de todo!...³⁷⁷ --Pero la luna es la luna..., y mi primo Pepe no le había dicho más que la verdad al insultarla la noche anterior tan descomedidamente.*

³⁷⁶ El autor utiliza un símil como recurso retórico al establecer una analogía entre el fenómeno meteorológico y un suceso bélico, además de la figura estilística de la prosopopeya con la personificación de la luna como la *tiple* ('soprano, la voz humana más aguda') de los cielos.

³⁷⁷ Se continúa la personificación de los elementos a los que se les otorga sentimientos y comportamiento humanos. Recurso estilístico empleado por Alarcón para amenizar poéticamente la descripción de una tormenta.

Y es cuanto recuerdo* del Lunes Santo.

La Iglesia, por su parte, había conmemorado aquella mañana, en el evangelio de la misa, una de las últimas escenas de la vida del Salvador,--vida que ya tocaba a su fin mortal, o sea,* a su complemento entre los hombres.

La escena era la siguiente, según San Lucas, traducido por el Padre Scio,³⁷⁸ de quien por la tarde, a fuer de³⁷⁹ buenos católicos, nos complacimos en leer la autorizada y muy anotada versión, proponiéndonos hacer lo mismo los días siguientes hasta que terminase la Semana Santa...*

*«Y una mujer pecadora que había en la ciudad, cuando supo que estaba (Jesús) a la mesa en casa del Fariseo, llevó un vaso de alabastro, lleno de ungüento.

Y poniéndose a sus pies en pos de él, comenzó a regarle con lágrimas los pies, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y le besaba los pies, y los ungía con el ungüento.

Y cuando esto vio el Fariseo que le había convidado, dijo entre sí mismo: Si este hombre fuera profeta, bien sabría quién y cuál es la mujer que le toca: porque pecadora es.

Y Jesús le respondió...

--Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. Mas como no tuviesen de qué pagarle, se los perdonó a entrambos... Por lo cual te digo que perdonados le son a ésta sus muchos pecados, porque amó mucho.

Y dijo a ella: Perdonados te son tus pecados».*

³⁷⁸ *Padre Scio*, Felipe Scio de San Miguel (1738-1796), religioso escolapio español; fue pedagogo, traductor y biblista. Realizó una traducción íntegra de la Biblia al castellano por encargo del rey Carlos III; fue preceptor de Fernando VII, a quien dedicó la traducción de la Biblia.

³⁷⁹ Véase nota 159.

El Martes Santo fue también día de pocos acontecimientos, o mejor dicho, de pocas novedades; pero fuélo, en cambio, de grande emoción y de inmensa expectativa en las filas expedicionarias... --¡Era la víspera de la excursión a Cádiar, y del asalto a la Sierra!

A fin de emprender esta excursión y este asalto desde más cerca y con más horas útiles a nuestra disposición, aquel día nos trasladamos a Murtas. --Así quitábamos de en medio tres leguas que nos eran conocidas, e íbamos a dormir, como quien dice, a la frontera de lo desconocido.

No tengo, pues, para qué narrar* aquel nuestro segundo viaje de Albuñol a Murtas, el más tranquilo, descansado y racional de cuantos realizamos en la Alpujarra. --Básteos saber que lo emprendimos a *hora muy cómoda; que caminamos al paso que quisieron las bestias, y que no nos salieron al encuentro ni los moriscos, ni los historiadores, ni los prehistóricos habitantes de la Cueva de los Murciélagos.

En cambio, vimos por doquier las huellas de la horrible tempestad de la noche anterior.

El día estaba regular; pero se nublaba a veces...; y aquellos nublos parecían síncope de la naturaleza, --reminiscencias de su último sobresalto...

En las Angosturas notamos señales de haber pasado por allí mucha agua... -- ¡Todavía daba miedo aquel sitio! -Olía* como a pólvora.

La Encina Visa había perdido durante la tormenta infinidad de hojas y hasta gran parte de una rama... * --¡La pobre no está ya para tales jaleos!

El intrépido mar, a la distancia que lo divisamos desde aquellas alturas, nos pareció dormido. --¡Se hallaría descansando de la batalla!

El viento no respiraba siquiera... --¡Por lo visto, él había sido el muerto!³⁸⁰ --“*No se movía el elemento*”..., como suele decirse en aquel país.

En cuanto a la Sierra... ¡ah! la Sierra, habíase vestido de limpio para recibarnos en toda regla al día siguiente. --Estaba, sí, recién nevada, y sus faldas de encaje bajaban hasta los pueblos en que debíamos *andar las Estaciones* el Jueves Santo...

Pero a propósito de faldas:

Aquel día iban con nosotros (en lugar de graves señores como otras veces) dos o tres gallardos mancebos * en estado de merecer, los cuales llevaban en el ojal las primeras *rosas de olor de la costa*, --destinadas, según entendimos, a tal y cual señorita de Murtas y de Sierra Nevada...

No tengo más que decir en este punto... ¡Apreciad vosotros ahora, según vuestra edad, vuestro sexo y el estado sanitario de vuestra alma, todo el simbolismo de aquel mensaje que le enviaba la primavera al invierno; todo lo expresivo y tierno de aquel regalo que iban a hacer los ribereños del mar a las hijas de las perpetuas nieves; todo lo que significaban aquellas flores en manos de la gentil adolescencia!...

Consuélnense, pues, los viejos... y los filósofos... y los desgraciados: --El mundo no lleva trazas de acabarse. --Afortunadamente para la poesía, para el arte, para la propagación de nuestra especie y para la guerra, siempre habrá jóvenes nuevos, y por consiguiente amadas nuevas, nuevos madrigales, nuevos idilios, nuevos amorcillos que pintar, nuevas Venus que esculpir, nuevos casamientos y nuevos bautizos a que ser convidados, y nuevos mozos que entren en quintas cuando determine la ley...³⁸¹

Alguien lo ha dicho:

³⁸⁰ Personificación del viento y, seguidamente, de la sierra.

³⁸¹ Cadena de enumeraciones, rasgo típico del estilo alarconiano.

Por mucha gente que muera
 Desengañada de amores,
 Tendrá cada Primavera
 Tantos pájaros y flores
 Como tuvo la primera.³⁸²

Al oscurecer llegamos a Murtas.

Ya estaban allí, procedentes de sus respectivos pueblos, otros amigos que debían acompañarnos* a Cádiz y a la Sierra...

--En la Sierra está nevando... (nos dijeron); pero el sol se ha puesto por claro, y mañana hará buen día.

A cuál noticia era mejor.

En Murtas nos aguardaba además, como siempre, la inagotable bondad de aquella obsequiosa familia que ya nos había albergado otras dos noches bajo su techo. --Pasamos, pues, las horas de la velada en la grata compañía de tanto buen amigo, y disponiéndolo y concertándolo todo para emprender la marcha a la mañana siguiente muy temprano; --después de lo cual, dimos fondo en el Puerto del Sueño..., situado en el Continente del Olvido, frente a* la Isla de la Locura.³⁸³

Pasaron luego a esta isla nuestras almas, escapándose de nuestros cuerpos,* y allí anduvieron vagando hasta el amanecer, rodeados de fantasmas y los monstruos más o menos terribles;* cuál de ellas* luchando con una pesadilla, negra como las panteras de

³⁸² Décima quintilla que correspondía originalmente al poema "Mañana será otro día" de Alarcón de 1863; más tarde modificado bajo el título de: "A Petra, de nueve años" para su definitiva incursión en las *Obras Completas* del autor.

³⁸³ Lenguaje alegórico tomado de la *Divina Comedia* de Dante, empleado para embellecer el relato de un quehacer cotidiano.

Java;³⁸⁴ cuál* hablando con sus muertos queridos; cuál* persiguiendo ensueños de gloria, de justicia y de felicidad; cuál* en plácido coloquio con el dulce objeto de un amor imposible; cuál,* en fin, departiendo con la benigna muerte, acerca de cosas que nunca acertó a comprender en este infierno de la vida...*

Quiero decir que nos dormimos y soñamos.³⁸⁵

Pero antes de dormir y de soñar, leímos el Evangelio* de aquel segundo día de Semana Santa.

La parte propia del Martes Santo, era este melancólico pasaje:

«Y el primer día de los Ázimos, cuando sacrificaban la Pascua, le dicen sus Discípulos: -¿Dónde quieres que vayamos a disponerte para que comas la Pascua?

Y envía dos de sus Discípulos y les dice: -Id a la ciudad, y encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua: seguidle.

Y en donde quiera que entrare, decid al dueño de la casa: El Maestro dice: ¿Dónde está el aposento en donde he de comer la Pascua con mis discípulos?

Y él os mostrará un cenáculo grande, aderezado: disponed allí para nosotros» -(*San Marcos*, cap. XIV.)

¡Con qué majestad y con qué sencillez a un mismo tiempo se iba preparando la epopeya de los siglos!*

³⁸⁴ Nueva referencia al exotismo del lejano Oriente, también rasgo típico del Romanticismo. Con anterioridad el autor ha mencionado el vocablo 'upas', nativo de la lengua de la isla de Java. Véase Parte Cuarta, cap. IV.

³⁸⁵ Siguiendo con la alegoría, a imitación del viaje de Dante, Alarcón continúa presentando al lector la prosaica actividad del descanso nocturno. Las referencias a la obra de Dante son frecuentes en esta obra. Véanse Parte Primera, cap. X, Parte Segunda, caps. I y V.

II

Miércoles Santo. -Vista panorámica de Sierra Nevada

Eran las ocho de la mañana. Llevaba el sol dos horas de estar sobre el horizonte, y nosotros habíamos andado ya una legua, o sea la mitad del camino que media entre Murtas y Cádiar.

El día estaba magnífico. --Era uno de esos días puros, *radiantes, que suelen seguir a otro de nevada, cual si el astro-rey los dedicase al placer de contemplar la nieve, de enamorarla, de seducirla, de hacerle reír y llorar a un mismo tiempo; --días solemnes y melancólicos, alegres y tristes, como el primero de la paz después de una larga guerra; como aquél en que Noé desembarcó del Arca; como el de la muerte de vuestro peor enemigo; como el del casamiento de vuestra última hija; como la convalecencia después de la Extrema Unción; como unas segundas nupcias; como la libertad tras el cautiverio; como la toma de posesión de una gran herencia; como el regreso a la patria; como la tardía hora de la justicia; como el del estreno de una pierna de palo, etc., etc.

Por encargo de los alpujarreños que iban con nosotros, hacía ya algunos minutos que nuestras miradas no se extendían más allá de las crines de los caballos, pues querían que contemplásemos entero, de golpe, de una ojeada sola, en el momento crítico y oportuno, el sublime espectáculo que nos aguardaba...*

A la hora susodicha, este momento estaba llegando, y prueba de ello era que,* después de haber bajado y subido muchas cuestas pequeñas, llevábamos un largo rato de no hacer más que subir...

De pronto observamos que ya no subíamos...

--¡Alto! (exclamaron entonces nuestros amigos.) ¡Vista a la derecha! ¡Mirad ahora cuanto queráis!

Nosotros obedecimos y miramos...

Toda Sierra Nevada estaba ante nuestros ojos. Toda Sierra Nevada... ¡toda!...; desde la base hasta las cúspides, sin colinas intermedias, y solamente separada ya de nosotros por las amplias y profundas cuencas de los pujantes ríos de Cádiz y de Yátor...

¡Toda Sierra Nevada...; desde el boquete de Tablate, por donde entramos ocho días antes en el recinto alpujarreño, hasta más allá de Laroles, punto extremo a que se dirigía nuestra peregrinación!--¡Toda Sierra Nevada, extendiéndose de Poniente a Levante en una línea de once leguas, como un descomunal anfiteatro, en cuyo ciclópeo graderío se asentaban más de cuarenta pueblos!--¡Toda Sierra Nevada, *alzada sobre inmensos pedestales de color de violeta; con su zócalo recamado* de anchas franjas de verdes siembras;* hendida acá y acullá,* de arriba abajo, por relucientes chorros de agua cristalina; cubierta, a trechos de bosques que parecían bordados en las laderas de los barrancos, y blanca y resplandeciente al fin, desde su media altura hasta las excelsas cumbres, cual si fuera de bruñida plata!...--¡Maravilloso templo en verdad, levantado allí por el Creador para morada de las cuatro estaciones!

¡Declarémoslo!...^{*} ¡No basta haber visto a Sierra Nevada por el otro lado, esto es, por el lado de Granada, y de Guadix, para tener idea de su grandeza y de su hermosura! -- Allí no hay modo de contemplar de una vez y a corta distancia toda la cordillera: allí no se presentan nunca de frente y en orden de batalla todas sus cimas. --Granada no ve más que el señorío del Veleta: Guadix nada más que el reino patrimonial del Mulhacén. ¡Ni la una ni la otra ciudad descubre a un mismo tiempo todo el vasto imperio presidido por este viejo rey! Entre el Mulhacén y el Veleta se interpone por aquella parte, a lo menos para el espectador, el formidable espolón o contrafuerte que, adelantándose hasta el Molinillo, entiba³⁸⁶ en los cimientos de Sierra Arana, y aquel espolón separa el horizonte accitano del granadino, partiendo la perspectiva de la Sierra en dos mitades casi iguales...--Pero por el lado de la Alpujarra la antigua Orospeida se muestra de cuerpo entero, cabal, íntegra, desnuda, pródiga de sus encantos, --a la manera de^{*} deidad mitológica que, no recelando ^{*}ser vista por nadie, discurre como su madre la parió, o sea en cueros vivos^{*} (¡las cosas claras!), por los sagrados bosques paganos...^{*} ³⁸⁷

Así es que en aquel punto y hora quedó satisfecha por completo mi curiosidad de tantos años acerca de cómo sería Sierra Nevada por la banda del sur, y formé completo juicio de la forma, estructura y respectiva proporción de sus ingentes moles...

^{*}Alzado sobre aquel desmesurado catafalco, cuya magnificencia tenía algo de fúnebre y mucho de triunfal, enseñoreábase el Mulhacén en perpetua apoteosis, sin reconocer otro rival en Europa que los formidables Alpes...--¡El Mulhacén!... No hay palabras ni habría pincel [con que]^{*} poder dar idea de la pureza inmortal, de la

³⁸⁶ *Entiba*, descansa

³⁸⁷ Anteriormente, Alarcón ha calificado a la Alpujarra de odalisca, ahora la identifica con una divinidad pagana. El autor parece estar describiendo la belleza de una escultura clásica esculpida por un "cincel gentilico" (Florensa 50).

transparencia empírea,³⁸⁸ de la claridad seráfica, con que se destacaba allí la nieve sobre el cielo. Lo blanco y lo azul, al demarcar sus plácidos límites y trazar el nítido perfil de la suprema cima, se regalaban mutuamente unos resplandores tan suaves, o casaban de tal modo la candidez con la limpieza, la inocencia con la claridad, lo inmaculado con lo infinito, lo reciente con lo eterno, lo intacto con lo intacto, que parecíame tener ante los ojos la realidad inefable de cuanto soñó Murillo al vestir de azul y blanco sus *Purísimas Concepciones*.³⁸⁹

Yo no sé en qué consistiría, como razón física o moral, lo que acabo de intentar decir: no sé si en que la silueta de la Sierra se proyectaba sobre el mágico turquí del cielo que más amo en el mundo; no sé si en que yo estaba acostumbrado a mirar aquella silueta de norte a sur, y a la sazón la miraba de sur a norte (lo cual determina siempre un cambio en el tono de los celajes recortados por las nieves);³⁹⁰ no sé si en que aquellos días empezaba la primavera; no sé si en que era Miércoles Santo; no sé, en fin, si en que ya uno va para viejo...* Lo que sé únicamente es que aquel ósculo purísimo que le daba la nieve al cielo tuvo para mí en tal instante algo de extraordinario y sobrenatural, que en vano intentaría definir una pobre pluma...

³⁸⁸ *Empíreo*, celestial, divino

³⁸⁹ Aquí aparecen rasgos del imaginario cristiano en la descripción de Sierra Nevada que culmina con la mención de los 'celestiales' colores de las vírgenes de Murillo, frente a las descripciones orientalista y clásica utilizadas con anterioridad por el autor para describir Sierra Nevada. En este capítulo y en el siguiente, como en toda la Parte Sexta, Sierra Nevada se convierte en lugar cristiano, léase, paraíso, templo, o *Monumento* de Semana Santa. En efecto, más adelante se menciona "el espectáculo divino de la Sierra"; o "la sublime serenidad de su excelsitud" y se continúa en el capítulo III calificándola de 'inconmensurable templo', 'nuestro monumento de Semana Santa'. También, en el capítulo V vuelve a insistir en el carácter religioso de Sierra Nevada al calificarla de templo una vez más, y al añadir la idea de peregrinación: "Hablo de Sierra Nevada, calificada ya como templo por nosotros varias veces durante aquella larga peregrinación"; o también al referirse a ella como "altar inconmensurable". Parafraseando de nuevo a Alarcón se puede decir que en esta ocasión el autor utiliza el 'pincel cristiano' para pintar el cuadro de Sierra Nevada (Florensa 50).

³⁹⁰ *Celaje*, '(De cielo). Aspecto que presenta el cielo cuando hay nubes tenues y de varios matices' (RAE).

Mons Solis (Monte del Sol), y de aquí Solaria, denominaron también los romanos a la que oficialmente llamaban Orospeđa.--Lo de Solaria o Mons Solis referíase sin duda a que el sol ilumina y deja de iluminar sus crestas media hora antes de haber salido y media hora después de haberse puesto para todas las comarcas adyacentes. --De lo de Orospeđa no recuerdo el origen.³⁹¹

Los árabes corrompieron el nombre de Solaria y llamaron a la Sierra Nevada, ora Solair, ora Xolair; mientras que los españoles cristianos de la Edad Media, entre ellos D. Alonso el Sabio,³⁹² descompusieron erróneamente el Solair de los moros y apellidaron a aquella cordillera la “Sierra del Sol y el Aire (Sol-air)¹.”

«Maravilla de la tierra, de donde brotan treinta y cuatro ríos y arroyos», llámala el gran poeta mahometano-andaluz Ibn-Aljathib, en la introducción a la *Yhatha*. --«Madre de Andalucía», la había llamado yo en el Valle de Lecrín.* --«*Venere genitrice*» la llamo ahora en italiano...³⁹³

Pero sigamos describiendo.*

A la izquierda del Mulhacén gallardeaba el Picacho de Veleta, virrey de Lanjarón y de Órjiva; señor feudal de Granada y su campiña,* presunto heredero de la corona de

³⁹¹ El topónimo Orospeđa es mencionado por los geógrafos romanos de origen griego, Tolomeo y Estrabón. Al parecer es un vocablo de origen griego: *oros* y *paidos* y significa ‘el que pone fin a los llanos’. En la época romana se denominaba así a todo el sistema penibético: “...el monte que arrancando desde Almansa, sigue hasta Segura y Alcaraz; allí se divide en dos ramales, el uno que forma Sierra Morena, y va a meterse al mar en Ayamonte, y el otro que tuerce a mediodía y va a formar las Alpujarras y la Sierra de Ronda hasta meterse en el Mediterráneo en Gibraltar”. Miguel Cortés y López, *Diccionario geográfico-histórico de la España Antigua Tarraconense, Bética y Lusitana. Con la correspondencia de su regiones, ciudades, montes, ríos, caminos, puertos e islas a las conocidas en nuestros días*. Tomo III, (Madrid, 1836: 258). Alarcón llama Orospeđa a Sierra Nevada sin embargo hoy en día, con este topónimo se identifica Sierra de Segura y no Sierra Nevada.

³⁹² En el siglo XIX se utilizaba indistintamente el nombre de Alonso o Alfonso.

¹ Ya hemos dicho más atrás que Sierra de Gádor y la Contraviesa son respectivamente las Sierras del Sol y el Aire.

³⁹³ Véanse Parte Primera, cap. II. *Venere genitrice*, literalmente: madre de Venus, aquí empleada con el sentido de generatriz, madre; En italiano es también el nombre del Templo de Venus de Roma, construido por Julio César en el año 46 a. Cristo.

Sierra Nevada,* y digno ciertamente de su tratamiento de Alteza (¡era tan alto!); --así como el Mulhacén (por ser mayor) merecía a todas luces el de Majestad. (*Major. --vel magis, sive magé.*)³⁹⁴

Otras respetables cumbres descollaban en la gigante cadena: verbigracia, la Alcazaba, Tajos Altos, la Caldera, el Cerro de los Machos, el Pico del Almirez, etc.; y por cierto que nos dolió muchísimo que estos Infantes no tuviesen nombres* más poéticos y graciosos... --En cambio, hubimos de reconocer que, en cuanto a estatura,* ninguno desmentía su estirpe, pues todos medían de 12 a 12,300 pies sobre el nivel del mar.* --Del Veleta ya hemos dicho que se alza 12,680;* Y, por lo que toca al Mulhacén, hartos sabréis que pasa de los 12,800; lo cual equivale, en términos modernos, a como tres kilómetros y medio de altura.*

«Pero ¿qué es mi pobre Mulhacem (escribía yo hace años en medio de los Alpes) comparado con el Mont-Blanc? ¡Colocad sobre la cúspide de Sierra Nevada otra sierra de cuatro mil novecientos pies de elevación, y tendréis la cumbre que estamos contemplando!»

Y luego añadía:

«¡Verdaderamente, el Mont-Blanc pudiera ser todavía un poco más alto!--La cumbre del Himalaya, sin ir a otro Planeta, mide veintiocho mil pies de elevación; es decir, casi doble estatura que el Mont-Blanc. --¡Y aún el mismo Himalaya podría tener algunos metros más! --¡Y, aunque llegase a las estrellas fijas, cualquiera conseguiría sin grande esfuerzo imaginárselo un poco mayor!...»

Y terminaba diciendo:

«Pero yo no debía revelar al público estos secretos, ni disminuir con tales reflexiones la importancia de mi viaje.»³⁹⁵

³⁹⁴ *Major vel magis, sive magé*, (el mayor o el más o el plus).

³⁹⁵ Se trata de su libro *De Madrid a Nápoles* que, como se ha podido comprobar, es una importante fuente de datos para la composición de la presente obra.

Lo mismo digo hoy; --y, ateniéndome a esta última observación, y para que volváis a venerar la sierra alpujarreña, agregaré ahora: que, aunque finita, su altura casi dobla la del Guadarrama², tan respetado por los matritenses; y que, ya que no de otra cosa, el Mulhacén y el Veleta pueden jactarse de que (según ya he dicho varias veces) ni en el resto de España ni en el resto de Europa haya otros montes tan altos como ellos, fuera de sus progenitores los Alpes... --¡Algo es algo!

Por lo demás, *los titanes de hielo de la Alpujarra no gozan *en su encumbrado solio³⁹⁶ de toda la seguridad que podría * suponerse....--Lejos de ello, * ¡en qué se ven de refrenar a los pueblos que se les suben * a las barbas por todas partes, sin consideración alguna a la nieve de los siglos!

Sobre todo, a orillas del consabido Barranco de Poqueira la cosa nos pareció* muy formal..., bien que al propio tiempo ofreciera un aspecto muy cómico, --según que ya habíamos observado más detalladamente desde el Puerto de Jubiley...¡Figuraos que, hacia aquella parte, trepaban por lo alto de una vastísima ladera, casi vertical, uno detrás de otro y convenientemente *distanciados* (que diría un militar puro), tres o cuatro lugarcillos, con sus campanarios a la cabeza, todos en dirección al mismísimo Picacho como batallones escalonados en masa que fueran al asalto de la nevada cúspide!...

Aquellos batallones (digo, aquellos pueblos) se llamaban* Pampaneira, Bubión, Poqueira y Alguástar. --Algo más cerca, veíamos gatear por otra ladera arriba, con análogo intento,* y a mucha mayor altura, al famoso Trévez, llevando en pos de sí toda la Taha de Pitres...; pero estos otros escaladores no podían inspirar ya tanto cuidado, pues

2 En el Guadarrama no hay ninguna cumbre que llegue a 7,700 pies de elevación sobre el nivel del mar. Su famoso Puerto no excede de 5,780.

³⁹⁶ *Solio*, 'trono, silla real con dosel' (RAE).

tenían que habérselas con la inaccesible mole del Mulhacén. --Por último: enfrente y a nuestra derecha se descubrían, en ademán más pacífico (y como grupos de espectadores sentados en las gradas de aquel descompasado anfiteatro), unos veinte pueblos más, entre los cuales se contaban todos aquéllos en que habíamos de *andar las Estaciones* al día siguiente...

Sí; allí estaban: primero, Busquístar, Tímar, Lobras y Jubiles;--luego, los dos Bérchules, en una extraordinaria altura; --debajo de ellos, Yátor, mirándose en su río; --encima, Yegen (donde dormiríamos aquella noche), chico y verde como un oasis; --en seguida, Mecina de Bombarón, el pueblo de Aben Aboo, --y enfrente Válor, el señorío de Aben Humea; --más al este, Nechite; --a sus pies, Mecina Alfahar; --allá arriba, Mairena; a continuación, Júbar; --más alto aún, Laroles; --y, sobre Laroles, el Puerto de la Ragua, temeroso tránsito al horizonte de Guadix; --y debajo de Laroles, Picena; --y debajo de Picena, Cherín, ya casi en la llanura; --y allí la cuenca de un río, prolongación de un inclinado barranco; --y, al otro lado del barranco, la provincia de Almería, representada por Alcolea, Lucainena y Darrícal, que ya pertenecen a Sierra de Gádor; --y, entre Sierra de Gádor y Sierra-Nevada, la entrada del alto llano del Laujar, de la Taha de Andarax, de la residencia de Boabdil, del Zagal, de Cid Hiaya y de Aben Humea, ¡del lúgubre escenario donde este último encontró tan desdichada muerte!

Nada más lejos de mi ánimo que describir aquí uno por uno, los veintiseis lugares citados.* --¡Fuera cuento de nunca acabar!... --Ya iremos a algunos de ellos...; y, por lo que toca a los restantes, habréis de contentaros con saber su nombre y su situación... --Mas no puedo prescindir de hacer desde luego especialísima mención de cierta ilustre villa que contemplábamos en aquel momento a gran distancia, y que habíamos de visitar

dos días después...--¡Ugíjar, la antigua ciudad, la verdadera metrópoli de la Alpujarra, acababa de aparecer también a nuestros ojos, pero no encaramada en un monte, ni escondida en una rambla, ni opresa en un barranco, como los demás pueblos de aquel enmarañado país, sino aristocráticamente extendida al pie de la Sierra, en un terreno casi llano, en medio de una tierra feracísima, con su horizonte propio, cercado de montañas ajenas, y, en fin, ni más ni menos que las poblaciones *del mundo*!...

El más impaciente, deseo de visitar a Ugíjar nos acometió en aquel instante, al hacernos cargo de su situación, y necesario fue todo nuestro respeto a los itinerarios preestablecidos, para que dejásemos transcurrir todavía dos soles antes de pasear nuestros corceles y mulos por su encantadora campiña y llanas calles.*--En cambio, había llegado el momento de dirigirnos, antes de subir a la Sierra,* a dos pueblos que no figuran entre los que acabamos de citar; a dos pueblos que no descubríamos desde aquel viso, precisamente porque eran los que más cerca se hallaban de nosotros; a Cádiar y Narila, en suma, que, como quien dice, estaban escuchando la conversación...

Cádiar, patria y residencia habitual de D. Fernando el Zaguer, y algunas veces corte del mismo Aben Humeya; y la diminuta Narila, que, según veremos, viene a ser como el Trianon de aquel Versalles,³⁹⁷ quedaban escondidos en lo hondo del foso que nos separaba de la Sierra y tapados por algunos montículos que se prolongan entre los lechos de los ríos Cádiar y Yátor...*

-¡Bajemos a Cádiar! -gritóse en las filas luego que hubimos saciado nuestros ojos en la contemplación de la gran cordillera.

³⁹⁷ *Trianon de Versalles*, Se trata de un castillo construido dentro del recinto de Versalles por Luis XIV entre 1670 a 1687. Este nombre es históricamente conocido por haberse firmado allí el tratado de paz que puso fin a la Primera Guerra Mundial. En efecto, el Tratado de Trianon fue firmado en 1920 por los aliados y por Hungría, sucesor del imperio austro-húngaro.

--¡Sí!... ¡Sí!... ¡Bajemos a Cádiar! -repetí yo, pasando de una devoción a otra, o sea recordando que en Cádiar principia el terrible drama intitulado “*Aben-Humeya*”, escrito por el ilustre Martínez de la Rosa.³⁹⁸

Pero antes de bajar y de convertir por ende mi atención a los espectáculos humanos, torné a abarcar con la vista el espectáculo divino de la Sierra, a la cual pedí perdón de todas las puerilidades humorísticas que me complacía en deducir* de su aspecto verdaderamente augusto... Y la Sierra, con la sublime serenidad de su excelsitud, dióme a entender que ella está fuera del alcance de toda irreverencia mundana, y que no se había enterado siquiera de que yo andaba por el mundo...

Entonces fue cuando verdaderamente sentí todo el peso de su poderío; y no sin terror pensé en que aquella misma tarde mediría mis débiles fuerzas* con las suyas, al escalar sus inconmensurables laderas, como hormiga *que se aventura a curiosear por el lomo de un elefante.

Bajando hacia Cádiar, pasamos por el renombrado Portel.

Llámase así una encrucijada de cuatro veredas, o más bien de dos (la que sigue el correo para ir de Órjiva a Ugíjar y la que va de la costa, al promedio de la sierra), que se cortan en ángulo recto en una depresión de la divisoria que baja del Mulhacén y que separa los ríos de Cádiar y de Yátor...

El Portel es, por consiguiente, la posición más estratégica que se pudiera desear para una emboscada; y harto lo han comprendido en todos tiempos desde los guerreros de mayor nombradía hasta los ruines malhechores,* desde el marqués de Mondéjar hasta los

³⁹⁸ Véase Parte Primera, cap. IX, nota 113.

monfíes, desde Aben Humeya y Aben Aboo hasta las partidas de ladrones de la época presente, (o, mejor dicho, de la época de nuestros padres; --pues hoy no se oye hablar de robos en la Alpujarra). --Pero la fama del Portel no disminuye por eso, y todo el mundo pasa por aquel sitio, como nosotros pasamos, esto es, evocando las inultas³⁹⁹ sombras de tantos como lo habrán regado con su sangre en pugna religiosa, en guerra de independencia, en lucha civil o a manos de vulgarísimos bandoleros.

Fuera ya del triste paraje, descubrimos un horizonte desahogado y riente, olivares inmensos y un sonoro y espumante río...--¡Nos acercábamos a Cádiar!

No faltó quien nos *revelase** entonces cuál de los vetustos olivos que vimos en los alrededores del lugar era segurísimamente la famosa *olivera* a cuya sombra, según los historiadores, fue coronado Aben Humeya rey de Granada... --Sin embargo, nosotros, en la duda de si habría alguna equivocación de por medio, saludamos aquel árbol de una manera equívoca... y continuamos nuestro camino.

A todo esto, ya no se veía el Mulhacén. --Habíamos bajado tanto para llegar a lo hondo de la cuenca que separa a Sierra Nevada del resto de los montes alpujarreños, que otras alturas de segundo orden nos impedían, como más próximas a nuestras narices, divisar las cumbres verdaderamente soberanas...--Tampoco las divisamos luego desde Cádiar... --¡Es decir, que al Mulhacén se le distingue a una distancia de sesenta leguas; se le distingue desde la Mancha; se le distingue desde el Estrecho de Gibraltar; se le distingue desde el interior del Imperio de Marruecos... ¡y no se le ve desde el humilde pueblo en que nace!...

³⁹⁹ *Inultas*, 'impunes, no vengadas' (RAE). Véase Parte Primera, cap. IX, nota 109.

*Nemo propheta est in patria sua.*⁴⁰⁰

III

*Sigue el Miércoles Santo. --Cádiar. --Una tragedia. --El drama de Martínez de la Rosa.
-- Cosas de los historiadores. --Narila. -Por la señal... de la Santa Cruz... --Yátor*

Poco después de las nueve llegamos a Cádiar.

El aspecto de este lugar... (¡asombro causa que ni siquiera sea villa, cuando tantas ciudades quisieran tener su historia y su hermosura!...) el aspecto de Cádiar, digo, es de lo más pintoresco, noble y principal que puede darse, partiendo siempre del principio de que se trata de una población de 2,354 almas... Más que un pueblo agrícola y ganadero, (y no es otra cosa), parece lo que fue hace trescientos años; una residencia de príncipes, una mansión de placeres; un Aranjuez, un Versalles, una Capua...⁴⁰¹

Todo esto, se entiende, visto por fuera, y considerando en conjunto, como nosotros consideramos ahora, sus grandes casas rodeadas de huertas y jardines, sus oscuros olivares, su refulgente río, sus floridos campos; la poética bruma que se resistía a dejar las alamedas, el radiante azul del cielo a que no lograba subir aquella bruma, y el alegre sol que plateaba las cercanas nieves, doraba los edificios, relucía en las aguas, argentaba la misma niebla y convertía en penachos de colores las columnas de humo de

⁴⁰⁰ (Nadie es profeta en su tierra).

⁴⁰¹ *Aranjuez, Versalles*, residencias campestres de los reyes de España y Francia respectivamente, *Capua* histórica ciudad situada al sur de Italia, cerca de Nápoles, construida cerca de la antigua *Casilinum* que fue fundada, al parecer, por los etruscos en el siglo VI a. C; fue la antigua capital de la Campania; ciudad opulenta y refinada, fue lugar de asueto de los patricios romanos.

los hogares... --Visto después por dentro, Cádíar nos pareció lo que cualquier otro pueblo campestre de su categoría estadística...

Sin embargo, aún entonces, encontramos algunas casas tan majestuosas, otras construidas en situación tan a propósito para gozar de los encantos de aquel* valle y de la Sierra, sobre todo, tan cuidadosamente rodeada de huertas y jardines, y tan en contacto con un carmen o huerto, cercado de muros que servían de sostén a lujosas parras..., que Cádíar, siguió siendo el Cádíar de mi fantasía, y todos los personajes históricos que pululaban en mi memoria tuvieron holgado albergue en que alojarse.

¡En cuanto a nosotros, éramos esperados precisamente en aquella gran casa de las huertas y los jardines!...--Una vez en ella, y no bien hubimos contemplado sus amplias y bien dispuestas habitaciones, disfrutado de sus deliciosas vistas sobre el valle y sobre las faldas de Sierra Nevada, y recorrido el jardín de los lujosos parrales (todo ello antes, al mismo tiempo y después de ser remediados con un exquisito almuerzo por el noble señor que allí vivía, y a quien Dios recompense tanta liberalidad,* así como a sus gallardas hijas, a sus diligentes hijos y demás deudos);* una vez, digo, que formé completa idea de la ventajosísima situación que ocupaba aquel edificio para poder gozar a un mismo tiempo de la sociedad y de la soledad, del trato de los hombres y de los placeres del campo, no me cupo ya duda de que estábamos en una casa construida sobre los cimientos de aquélla en que nació y vivió casi siempre el opulento D. Fernando el Zaguer, o sea Aben-Xaguar, tío y protector del Reyecillo...

No soy yo dado a esta clase de conjeturas; pero en la ocasión a que me refiero casi* tenía la evidencia de no equivocarme. *Ningún otro sitio hay en Cádíar, que pudiera haber preferido para edificar su morada un príncipe tan poderoso, espléndido y sibarita

como el Zaguer; ninguno más adecuado para asiento de un palacio al gusto de los moros; ninguno más apartado y más seguro a un tiempo mismo; ninguno más deleitable y solo, al par que más confundido en apariencia con el resto de la población... --Y por lo demás, todos los árboles seculares de aquellos hermosos huertos que rodean la casa eran otros tantos mudos testigos, prontos a declarar en favor de mis sospechas...

Si, pues, aquélla había sido la mansión de don Fernando el Zaguer, y a éste lo heredó Aben Humeya, como aseguran las historias, ¡estábamos en una de las casas del rey alpujarreño!..., y hasta* ¡quién sabe si en la que sirvió de escenario a la segunda de las tres lúgubres tragedias que forman la trilogía de su destino!...

La primera de estas tragedias nos era* ya conocida: fue aquélla que tuvo por desenlace el bárbaro tormento de Aben Aboo. --La tercera, en que Aben Humeya muere con la augusta tranquilidad de los personajes de Esquilo, nos aguardaba* más adelante. -- Íbamos, pues, a presenciar en Cadiar la segunda,* cuyo *argumento es la desastrada muerte de Muley Carime o sea de Miguel de Rojas, padre de la primera -y única legítima -esposa del Reyecillo.

No fueron* empero los historiadores quienes aquella vez nos ayudaron* a rasgar los velos del tiempo y resucitar lo pasado... --(Los historiadores tratan aquel misterioso suceso a medida de su mayor o menor aversión a los moriscos... --Según unos, el mismo Aben Humeya asestó el primer golpe contra su suegro; según otros, lo mandó matar; según otros, y según la tradición, lo indujo a que se matara con su propia mano...) --¡Un poeta... iba a ser entonces* nuestro asesor y guía!

Pero cuenta que el tal poeta era* el primer escritor granadino del siglo XIX; era* nuestro venerable y llorado maestro; era, en fin,* D. Francisco Martínez de la Rosa; -el

cual, después de haber leído todas las crónicas de la Alpujarra y de estudiar maduramente las circunstancias del caso, lo expuso y analizó* con gran elevación de juicio en su ya citado drama *Aben-Humeya*. --¡Ciertamente que, obligado por las exigencias del arte, altera el orden y sucesión de varios hechos, y además nos presenta al Reyecillo muy fiel a su primitiva esposa, cuando ya sabemos lo que pasaba en este punto, y le supone una hija adolescente, que mal podía tener a la edad de veintitrés años; --pero nada de esto impide que las causas del parricidio estén allí dilucidadas magistralmente y con severa imparcialidad histórica.

Hojeemos, pues, su admirable drama, sin perjuicio de oír luego a los principales cronistas, cuando se trate de la consumación material del crimen..., sacrificio..., o lo que fuere, llevado a cabo por Aben Humeya.

El teatro representa una caverna. (Esto es de rigor escénico para conspirar.)

Es el día de la proclamación de D. Fernando de Valor como rey de Granada y de Córdoba.

El alfaquí o sacerdote musulmán, ha arengado a los moriscos, y luego añade:

ALFAQUÍ. -No basta que rompáis vuestras cadenas: es preciso que levantéis otra vez el trono de Alhama... El que destina el cielo para cimentarlo de nuevo, es un caudillo de sangre real y de la misma estirpe del Profeta...

EL PARTAL. -¡No puede ser otro sino Aben-Humeya!

MUCHOS MORISCOS. -¡Él es! ¡Él es!

ABEN-ABOO. -¡Aún no hemos desenvainado el acero, y ya buscamos a quien someternos!

ABEN-FARAG. -No faltarán valientes que nos guíen a la pelea. ¿Hemos menester más?

ABEN-ABOO. -Cuando hayamos borrado, a fuerza de honrosos combates, las señales de nuestros hierros; cuando seamos dueños de algunos palmos de tierra en que zanjar a lo menos nuestros sepulcros; cuando podamos siquiera decir que tenemos patria, los que logren sobrevivir a tan larga contienda podrán a su salvo elegir Rey... y aún entonces no debiera ser la corona ciega don del acaso, sino premio del triunfo.

ABEN-HUMEYA. -Por mi parte, Aben-Aboo, ni aún aspiro a ese premio; y puedo de buen grado cederle a otros... Los Aben-Humeyas tienen su puesto seguro; siempre son los primeros en las batallas.

Paréceme que esto basta como dibujo de los caracteres.*

En el segundo acto, el teatro representa la Plaza de Cádiar.

Es la terrible Nochebuena de 1568, la noche de la matanza de los cristianos de aquel lugar por los implacables monfíes.

Muley Carime, el suegro de Aben Humeya, acaba de salvar* la vida a un muchacho, y tres de los feroces asesinos están censurando aquel hecho del antiguo Miguel de Rojas.

—He aquí sus palabras:*

MORISCO 1º. -¡Lástima es que haya tomado nuestros vestidos!... Mejor le asentaba el traje castellano.

MORISCO 2º. -Se lo ha quitado esta noche, por no morir con sus amigos...; pero lo habrá guardado para mejor ocasión...

MORISCO 3º. -¿Y quién tiene la culpa? ¡Nosotros! ¿Por qué le hemos dejado escapar?

Aben Aboo y Aben Farag los dos mortales enemigos de Aben Humeya, entran en la plaza; oyen aquel diálogo*, y pregunta[n]

ABEN-FARAG. -¿A quién?

MORISCO 1º. -Al hijo de un castellano...

MORISCO 2º. -Que ha salvado Muley Carime.

ABEN-FARAG. -¡Muley Carime!

MORISCO 2º. -¿Y por qué lo extrañas?... Nada más natural... Ha sido toda su vida el más vil esclavo de los cristianos.

ABEN-FARAG. -No habléis de él en esos términos... Debéis tratarlo con más respeto... ¿No es suegro de vuestro Rey?

MORISCO 3º. -¡De nuestro Rey!

MORISCO 1º. -Si se vuelve como Carime, poco le durará el serlo.

ABEN-ABOO. -Eso es... ¡Echar fieros a sus espaldas y después temblar en su presencia!

ALGUNOS MORISCOS. -¡Nosotros!

ABEN-ABOO. -¿Pues no acabáis de decirlo? Con una palabra de Muley Carime, se os ha caído el puñal de las manos.

MORISCO 1º. -Si no se hubiera tratado de un niño...

ABEN-FARAG. -Tienes razón, amigo... Su padre tal vez degolló al tuyo.

MORISCO 1º. -Su hijo le vengará.

Se van los tres moriscos, y Aben Aboo le dice entonces a Aben Farag estas filosóficas palabras:

ABEN-ABOO. -¡Miserables! Su furor se enciende y se apaga como lumbrarada de sarmientos.*

La equívoca conducta de Muley Carime, llamado Miguel de Rojas entre los cristianos;* sus inteligencias con el Capitán General de Granada; sus trabajos para impedir el progreso de la rebelión, etc., etc., proporcionan muy luego a Aben Aboo y a Aben Farag la ocasión que buscaban de asestar el golpe de muerte a la popularidad del Reyecillo.

Leamos.*

Es el tercero y último acto del drama.

Aben Aboo y Aben Farag se presentan a media noche en la cámara real, donde tenían siempre libre acceso, y, avanzando «*con paso lento y misterioso*», cada uno se coloca a un lado de Aben Humeya.

ABEN-ABOO. -Te traemos, Aben-Humeya, una nueva fatal...

ABEN-FARAG. -Y nos vemos forzados a traspasar con ella tu corazón.

ABEN-HUMEYA (*con suma presteza*). -¿Ha muerto mi padre?

.

ABEN-ABOO. -Han tratado de vendernos con la traición más negra...

ABEN-HUMEYA. -¿Y por qué temes descubrirla?

ABEN-ABOO. -Si temo, es sólo por ti...

ABEN-HUMEYA. -¡Por mí! Haces mal, Aben-Aboo, en tomarte ese cuidado.

Si hay peligros, los arrostraré. Si hay culpables, sabré castigarlos.

ABEN-ABOO. -Mucho tiempo te ha de temblar la mano antes que descargues el golpe...

ABEN-HUMEYA. -Decid el nombre del reo, y el rayo no será más pronto.

ABEN-ABOO. -Muley Carime... ¿Qué es eso? ¿Mudas de color?-- ¡Vuelve en ti, Aben-Humeya!...

ABEN-FARAG. -Me da lástima verte así...

ABEN-HUMEYA. (*Quédase, durante unos momentos, desconcertado y confuso; pero, recobrándose luego, dice con tono grave*): --¿Y en qué indicios se funda tan extraña sospecha?

ABEN-ABOO. --¡Ojalá que no fuesen más que indicios! Hubiéramos podido cerrar los ojos...

ABEN-FARAG. --No son indicios, sino pruebas.

ABEN-HUMEYA. --¿Pero son ciertas?

ABEN-FARAG. -Irrefragables.

ABEN-HUMEYA. --¿Hay testigos?

ABEN-ABOO. --Uno.

ABEN-HUMEYA. --¿Y ese le acusa?

ABEN-ABOO. --No; que le condena.

ABEN-HUMEYA. --Puede engañarse...

ABEN-ABOO. --No puede.

ABEN-HUMEYA. -O desear su perdición...

ABEN-ABOO. --A toda costa quisiera salvarlo.

ABEN-HUMEYA. --¿Es amigo suyo?

ABEN-ABOO. -- Aún más

ABEN-HUMEYA.--¿Quién es, pues?

ABEN-FARAG. --¡Él mismo!-- Puedes guardar esa carta, si quieres... Ya es público su contenido.

(Entrega un papel a ABEN-HUMEYA, quien lo lee para sí, dejando entrever su turbación. -ABEN-ABOO y ABEN-FARAG le observan con el mayor ahínco; en tanto que él permanece inmóvil, con los ojos clavados en la carta.)

ABEN-HUMEYA *(en un momento de distracción, mientras está cavilando)*.

- --¡Desventurada!... No te engañaba el corazón... ¡Bien tienes que llorar!

ABEN-FARAG. --Ved cómo aún conservaban esperanzas de volvernos a someter al yugo...No aguardaban sino un momento de flaqueza para remachar nuestros grillos.

ABEN-ABOO. --Mas, por lo menos, no puede tachársele de ingrato... No te echaba en olvido, Aben-Humeya... Solicitaba tu indulto, y se proponía salvar a tu familia a costa de tu libertad... El ejemplo de Boabdil, disfrutando en África sus infames tesoros, parecía tentador a los ojos del pérfido...

ABEN-HUMEYA *(con tono severo)*. --¡Basta! --¿Cómo ha caído en vuestras manos este pliego?

ABEN-FARAG. -Lara, que era el portador, le ha dejado en el camino.

ABEN-HUMEYA. -¿Dónde le habéis hallado?

ABEN-FARAG *(con frialdad)*. --Sobre su cadáver.

ABEN-ABOO. --Por cierto que no deja ni asomo de duda: el delito está patente: el mismo reo lo ha sellado con su mano...

ABEN-FARAG. --Y debe en breve sellarlo con su sangre.

ABEN-ABOO. --¿Hay alguien que lo dude? Todo lo hemos aventurado por salir de tan odiosa esclavitud... ¡y dejaríamos expuesta nuestra suerte a las tramas de algunos traidores! Nadie será osado a proponérselo: no sabríamos nosotros tolerarlo.

ABEN-HUMEYA. --Tampoco tolero yo advertencias ni amenazas... Ya habéis cumplido con vuestro deber: yo cumpliré con el mío --Idos.

ABEN-ABOO. --No ha sido nuestra intención dirigiros advertencias ni amenazas... ¿Mas empezáis tan pronto a reputar como insulto el recordaros vuestros juramentos?

ABEN-HUMEYA. --No los he echado en olvido, para que sea menester recordármelos.

ABEN-ABOO. --Quién vacila al cumplirlos, no está ya lejos de olvidarlos.

ABEN-HUMEYA. --Aún menos lejos está de castigar a un insolente.

¡Idos!... ¡Idos! (*Apártase, descubriendo su ira. FARAG coge del brazo a ABEN-ABOO y se lo lleva consigo*)

¡Tal y tan horrible fue la situación en que Aben Humeya llegó a verse!

Todos los historiadores están de acuerdo en ello: Miguel de Rojas, su suegro, apoderado y tesorero general, era traidor a la causa de Mahoma, que tanta sangre y tantas lágrimas estaba costando ya a los moriscos; y él, como descendiente* del Profeta, y rey alzado por millares de guerreros, tenía la obligación de defender antes que nadie...

Veamos los sentidos términos en que el triste caudillo [se]⁴⁰² definió aquella situación luego que se encontró solo. --Son fragmentos de un monólogo en que Martínez de la Rosa revela todo su talento dramático.

ABEN-HUMEYA. --¿Qué has hecho, desgraciado, qué has hecho... ¡Me has entregado indefenso en manos de mis enemigos!... --Pero no lo habrás hecho impunemente, no. ¡Yo arrojaré tu cabeza sangrienta a la cara de esos audaces!.....

⁴⁰² El pronombre reflexivo se aparece en ambas ediciones del autor, sin embargo, considero que se trata de una errata.

*Tal vez es eso lo que con más afán anhelan... ¡Desean verme sonrojado al pronunciar el nombre del reo, y que vuelva a mi casa lleno de dolor y vergüenza, para hallar, en vez de consuelo, las quejas y reconvenciones de mi afligida esposa!... --No: viva, viva... --Es preciso salvar al padre de mi mujer... y que el gozo de mis enemigos no sea tan colmado.

Pero ¿de qué arbitrio valerme?... Ellos se apresurarán a divulgar la Traición... ¿Cómo los desmiento? La más leve contradicción, la menor demora me perdería a los ojos de un pueblo arrebatado, suspicaz, que acaba de romper sus hierros, y que sufre a duras penas aún la sombra de mando... --En vez de salvarle yo, me llevaría consigo en su caída... ¡Pues perezca, perezca él solo!

Mas no acierto a salir de este círculo fatal: la mancha de su castigo va a recaer sobre mi esposa, sobre mis hijos, sobre mí... Va a morir siendo el blanco de la ira del cielo, de las maldiciones de cien pueblos, de los insultos de una turba desenfrenada... ¡Y yo, su amigo, su huésped; yo, que aún hoy mismo le apellidaba *padre*, tendré que firmar su muerte, que presenciara, que aplaudirla! --No; no podría yo sobrevivir a humillación tan grande: es forzoso impedirla a toda costa!... ¡Un medio!... ¡un medio!... ¡uno solo... sea cual fuere..., y le abrazo al instante!

(Volviéndose hacia el aposento de MULEY CARIME.)

Ah! No es tu vida, miserable; no es tu vida la que detiene y embaraza mis pasos. ¡Te arrastro como un cadáver que me han atado estrechamente al cuerpo...! --¿Y por qué no me desprendo de él? --Puedo y debo hacerlo. --Lo haré. --No más indecisión; no más dudas: ¡de un solo instante puede depender mi suerte! Antes que esos malvados tengan tiempo de volver en sí; mientras deliberan y traman el plan para perderme, confundamos sus proyectos con un golpe decisivo... --¡No me pedíais ahora mismo, no me intimabais con tono imperioso la muerte del culpable? --Pues bien: aguardad un instante; voy a dejaros satisfechos... Mas llevará consigo vuestras esperanzas y las hundirá en el sepulcro! --¡Aliatar! ¡Aliatar!

(Preséntase el esclavo negro)

¿Dónde están los demás esclavos?

ALIATAR. --En el patio del castillo.

ABEN-HUMEYA. --¿Estás solo?

ALIATAR. --Solo.

ABEN-HUMEYA. --¿Nadie nos oye?

ALIATAR. --Nadie

ABEN-HUMEYA. --Ve, y despierta a Muley Carime... Que venga al punto... Aquí le aguardo.

Hemos llegado a la gran escena del drama. —Leedla íntegra, os lo aconsejo; tanto más cuanto que en nada se opone a la verdad histórica.*

ESCENA VI.

ABEN-HUMEYA (*recostado en unos almohadones*). --MULEY CARIME (*entrando*).

MULEY CARIME. --¿Qué motivo tan urgente te ha obligado a llamarme a estas horas?

ABEN-HUMEYA. --Un asunto muy grave que tengo precisión de consultaros.

MULEY CARIME. --Y has querido aprovechar el silencio y la soledad de la noche... o tal vez ese asunto importante debe estar resuelto antes que raye el día...

ABEN-HUMEYA (*señalando el reloj de la sala*). --Mirad allí... mirad!

MULEY CARIME. --Acaba de dar la una...

ABEN-HUMEYA. --Pues antes que dé otra hora, ya ese grave asunto habrá terminado.

MULEY CARIME. --¡Terminado!

ABEN-HUMEYA. --Y para siempre

(*Quédase en silencio algunos instantes*)

MULEY CARIME. -Me parece que estás muy pensativo, Aben-Humeya... A pesar de tus conatos, veo claramente que te aflige una grave pena.

ABEN-HUMEYA. --Es un secreto fatal...

MULEY CARIME. --¿Y por qué tardas en confiármelo?

ABEN-HUMEYA. --No tengáis tanto afán por saberlo... Siempre tiene que pesar sobre mi corazón, y no vais a poder con él.

MULEY CARIME. --Mas ¿qué secreto es ese? ¡Ah! Bien te lo había yo dicho: ni el engrandecimiento ni el poder acaban por darnos en el mundo un solo día feliz: has perdido la paz del ánimo, has comprometido tu suerte, lo has comprometido todo por un pueblo inconstante, que te abandonará cuando apremie el peligro...

ABEN-HUMEYA. --¡Y al que he jurado defender... aun a costa de mi vida!... ¿Lo habéis oído, Muley Carime?... ¡*Aun a costa de mi vida!*...

MULEY CARIME. --¿Y a qué fin me diriges esas palabras?

ABEN-HUMEYA. --Os ruego meramente que las peséis.

MULEY CARIME. --No te comprendo.

ABEN-HUMEYA. --Pues ahora vais a comprenderme. --Todo lo he sacrificado por redimir del yugo a estos pueblos... Vos mismo acabáis de decirlo..., y ellos, a su vez, han depositado en mí su confianza, su poder, su futura suerte... ¿Cumplirán sus promesas? --¡Dios, lo sabe!--Yo sé que cumpliré las mías.

MULEY CARIME. --¿Y quién te dice...

ABEN-HUMEYA. --No me interrumpáis. -Yo tengo un *padre* anciano, *cuya vida me importa mucho más que mi vida*... Está entre las garras de mis enemigos, cargado de cadenas, con la cuchilla a la garganta... Lo sé; lo sabía cuando di la señal contra sus verdugos, ¡y ellos saben también el modo de vengarse de mí!

MULEY CARIME. --Mas ¿por qué te anticipas a sentir las desgracias antes de que sucedan?...

ABEN-HUMEYA. --Escuchadme un instante: voy a concluir. --Yo he agravado el peligro en que se halla *mi padre*: cada golpe que descargo puede acelerar su muerte; y, sin embargo, *no he vacilado un punto*. -- ¡Pensad, pensad vos mismo *si habrá algo en el mundo que pueda contenerme!*

MULEY CARIME. --¿Por qué me echas esas miradas? ¿Que quieres decirme con ellas?

ABEN-HUMEYA. --Ya que os he mostrado hasta el fondo de mi corazón, voy a consultaros sobre aquel grave asunto..., y adivinaréis desde luego cuáles pueden ser las resultas. --En nuestro mismo seno hay un traidor...

MULEY CARIME. --¡Un traidor! ¿Lo sabes de cierto?

ABEN-HUMEYA. --De cierto. Vos mismo vais también a quedar convencido.

--¿Qué castigo merece?

MULEY CARIME. --¿Tiene hijos?

(ABEN-HUMEYA se queda callado.)

¿No me contestas, Aben-Humeya?

ABEN-HUMEYA. --No los tendrá mañana.

MULEY CARIME *(aparte)* --¡Qué recuerdo, Dios mío!...

ABEN-HUMEYA. --Parece que os turbáis...

MULEY CARIME. --No por cierto... Compadezco a ese desdichado... ¡Soy padre como él!

ABEN-HUMEYA. --Bien se echa de ver que os inspira mucha compasión... ¿Sabéis por ventura quién sea?

MULEY CARIME. --¿Y cómo quieres que lo sepa?...

ABEN-HUMEYA. --Recapacitad un poco... Recorred vuestra memoria... Tal vez el corazón os ayudará también...

MULEY CARIME. --Más fácil sería que tú me lo dijese...

ABEN-HUMEYA. --¿Queréis forzarle a ello?

MULEY CARIME. --Yo no te esfuerzo: antes te lo suplico.

ABEN-HUMEYA. --Y, por mi parte, haría el mayor sacrificio, a trueque de evitarlo.

MULEY CARIME. --¿Y por qué te cuesta tanto pronunciar el nombre del reo?

ABEN-HUMEYA. --¡Porque al salir de mi boca, lleva consigo la sentencia de muerte!

MULEY CARIME. --¡La sentencia de muerte!

ABEN-HUMEYA. --Y en el mismo instante.

MULEY CARIME (*con voz alterada*). --Mucho me compadece ese desgraciado; te lo confieso... Mas, puesto que estás empeñado en decirme su nombre...

ABEN-HUMEYA. --Al contrario: no vais a oírlo.

MULEY CARIME. --¿No?

ABEN-HUMEYA. --Vais a verlo con vuestros propios ojos.

(ABEN-HUMEYA le muestra abierta la carta. MULEY CARIME la aparta con la mano.)

MULEY CARIME. --Basta.

(Pausa. Luego, mirando a ABEN-HUMEYA, y señalándole el aposento de su mujer, dice:)

¿Eres tú el único depositario de este secreto?

ABEN-HUMEYA. --También lo saben otros.

MULEY CARIME. --¿Quién?

ABEN-HUMEYA. --Aben-Aboo y Farag.

MULEY CARIME. --Ya sé la suerte que me espera.

ABEN-HUMEYA. --¿La sabéis?

MULEY CARIME. --Y la aguardo tranquilo.

ABEN-HUMEYA (*echa una ojeada alrededor de la sala; saca del seno un pomo de oro; lo abre y se lo da*). --Tomad, y salvaos.

(Vuelve al otro lado el rostro, y se arroja sobre los almohadones)

MULEY CARIME (*toma el pomo de oro, bebe el veneno y clava los ojos en ABEN-HUMEYA. Después se acerca a él y le dice*): --Tú reinarás.

Hasta aquí Martínez de la Rosa. Lo que sigue después es pura invención suya, y está en contradicción con lo que las historias refieren acerca de las causas que motivaron la muerte de Aben Humeya y sobre las circunstancias del hecho en sí.

Tampoco aparece en ninguna parte que la muerte que éste dio a Muley Carime fuese la que acabamos de ver; pero el que fuera una u otra no importa nada al propósito con que he copiado las anteriores escenas. Lo que yo he querido probar es que Aben Humeya, considerado desde el punto de vista de su posición, de sus compromisos, de sus juramentos, de sus deberes, tuvo la misma obligación de matar a su suegro que Lucio Junio Bruto de condenar a sus hijos, que Felipe II de procesar al suyo, y que Guzmán el Bueno de hacer lo que hizo por su religión y por su patria; y eso creo haberlo probado enteramente.⁴⁰³ --El poeta, el dramaturgo, no me ha suministrado más que su elocuencia para definir y analizar el tremendo caso; pero el caso, esto es, la traición de Muley Carime, consta, como ya he dicho, en las páginas de la Historia.

«Miguel de Roxas; (cuenta Mármol, hablando de las diferencias que hubo entre los Moriscos acerca del punto en que debían establecer su base de operaciones)... Miguel de Roxas y los de Uxixar querían que fuese allí, porque andaban ya en tratos sobre las paces... El Gorri y otros, que aborrecían la paz, que se compraba con sus cabezas (pues siendo principales caudillos y autores de la maldad, tenían por cierto que se había de ejecutar en ellos el rigor de la justicia), no querían ponerse en parte que *pudieran ser acorralados*...

»Mas el Gorri, y el Partal, y el Seniz le tomaron luego aparte (a ABEN-HUMEYA), y entre temor y malicia le hicieron creer que su suegro le engañaba; y que, teniendo trato hecho con el Marqués de

⁴⁰³ *Lucio Junio Bruto*, patricio romano, fue uno de los fundadores de la República de Roma y su primer cónsul. Según la leyenda, condenó a muerte a sus dos hijos por conspirar para restituir la monarquía. En cuanto a *Felipe II*, (1527-1598), Alarcón alude al hecho de que arrestó a su hijo Carlos, el malogrado príncipe heredero, acusado de complicidad en un presunto atentado de sucesión contra el rey. *Guzmán el Bueno*, (1258-1309), Alfonso Pérez de Guzmán, capitán castellano. Pagó la defensa de Tarifa con la vida de su hijo pues refirió la muerte de su hijo a la entrega de la ciudad. El autor pone estos tres ejemplos de personajes históricos que antepusieron el bien de la patria al bien personal para establecer una analogía entre el comportamiento de éstos y de Aben Humeya.

Mondéjar, andaba por meterlos a todos en parte donde los pudiese coger en una red, y quedarse él con el dinero y plata que tenía en su poder (recordaréis que era el tesorero general): y *pudo ser que dixesen verdad*».

Hurtado de Mendoza no dedica a todo este asunto más que las siguientes líneas:

«...A pocos días *mandó* matar al suegro y dos cuñados, *porque no quisieron tomar su ley*: dejó la mujer; perdonó la suegra, porque la había parido, y quiso gracias por ello, como piadoso».

Finalmente, Mármol, que siempre deprime cuanto puede el carácter de Aben Humeya, refiere de este modo la consumación del sacrificio o castigo del cuitado Miguel de Rojas:

«...Le indignaron tanto (los Moriscos a ABEN-HUMEYA, contándole las traiciones de aquél), que, sin más averiguación, violando la ley del parentesco, acordó de matar a su suegro; y enviándole a llamar a su casa, le aguardó con una ballesta armada a la puerta, acompañado de los otros malvados, y errando el tiro (porque el Miguel de Roxas, en viéndole encarar hacia él, se metió despavorido debajo de la ballesta, y la saeta fue por alto), el Seniz acudió con otro tiro, que lo atravesó entrambos muslos, y luego todos con las espadas le acabaron de matar.

»De aquí nacieron grandes enemistades entre los parientes del muerto y ABEN-HUMEYA: el cual repudió luego la mujer, y juró que no había de dejar hombre de ellos a vida; y el mismo día del homicidio siguió también a Diego de Roxas, su cuñado, por unas barranqueras abajo para matarle... Mató a Rafael de Arcos, mancebo de aquel linaje, y a otros, de donde se recreció tratarle la muerte a él, y dársela, como diremos en su lugar».

Toda esta relación podrá ser exacta; pero hay un punto en ella que me resisto a creer, y es lo de la saeta disparada por el Reyecillo contra Muley Carime. --Semejante acto desdice del carácter aristocrático y caballeresco de Aben Humeya. Antójaseme, pues, que lo inventaron sus enemigos, y que Mármol se apresuró a consignarlo para rebajar la siempre artística figura del descendiente de Mahoma. Aún así,* observad que, en medio de todo, resulta que éste no llegó a herir por sí mismo a su suegro... --

Convengamos en que únicamente «*lo mandó matar*» como dice el veraz y austero Hurtado de Mendoza.

Y de cualquier manera, ¡a bien que nosotros no tenemos* responsabilidad alguna en aquel suceso..., ni tratamos de hacer* el panegírico del yerno de Muley Carime! --

Aben-Humeya estaba muy lejos de ser un santo: antes era muy* desenfrenado libertino, a cuyo lado no había mujer segura, como fuera guapa, según veremos *al estudiar las verdaderas causales de su muerte...—Además, a estas horas* Miguel de Rojas hubiera fallecido ya de todos modos... ¡Han pasado tres siglos de reloj desde que le descubrieron sus malas artes!* --Y, en fin, en el Valle de Josafat se liquidarán todas estas cuentas.

Montemos, pues, a caballo: despedámonos de la encantadora Cádíar, y trasladémonos al próximo lugarcillo de Narila.

En Narila (576 habitantes) *sólo nos detuvimos* una hora.⁴⁰⁴

Casi toda ella la pasamos con el *cura, quien se hallaba en su* iglesia disponiendo el Monumento para el día siguiente (Jueves Santo), sin miedo alguno a los sectarios de Mahoma (que ya llevaban más de trescientos años de no parecer por la Alpujarra), y

⁴⁰⁴ *Narila*, Pequeño núcleo de población perteneciente al término municipal de Cádíar.

satisfecho y agradecido a Dios de que todavía no se hubiese encarnizado en sus ovejas otro enemigo de la fe, muy más fiero y temible hoy que los moros: el llamado* *monstruo de la impiedad*.* (Fueron sus palabras.)*

Nuestra* conversación sobre este punto salió a propósito de unos retratos de D. Felipe el Hermoso y de Doña Juana la Loca, fundadores de aquel templo, y que por ende figuraban en el retablo* del Altar Mayor.

--¿Cómo se salvarían estos retratos y este retablo de las sacrílegas devastaciones de los monjes?, --le preguntamos al señor cura.

--¡No sé! ¡Muchas veces me lo he preguntado a mí propio! --nos respondió el padre de almas.

--Y es tanto más extraño, (repusimos nosotros), cuanto que aquí mismo, dentro de esta iglesia, aquellos bárbaros mataron a su antecesor de V., que se llamaba Cebrián, y a todos los cristianos de Narila.

--¡Ya lo sé! --respondió el señor cura.

Y de aquí provino todo lo demás que hablamos, cuyo tema fue: investigar qué era peor; si el fanatismo y los errores religiosos de los africanos y asiáticos,* o la indiferencia y descreimiento absoluto de los europeos* del siglo XIX. --Todos convinimos en que esto era peor que aquello para la propia dignidad del espíritu humano o de lo quier[a] que sea la conciencia del hombre...*

Por cierto que entre las cosas que allí se contaron, fue una el martirio del cura de la villa de Félix, durante la propia rebelión de 1568; martirio tan noble y tan *privilegiado*, que nunca pudo ensoñarlo mejor el alma seráfica de un paladín de Cristo...

Escuchad, aunque seáis incrédulos, y sentiréis lo que yo sentí; esto es, sentiréis envidia del martirizado, suponiendo que el martirizado no fuera también incrédulo.*

Los *monfíes despojaron de sus ropas al sacerdote cristiano,* y lo persignaron con unas cortantes navajas, diciendo así: “Por la Señal... de la Santa Cruz... “(y le abrieron una sangrienta cruz en la frente) “de Nuestros... Enemigos... “(y le cruzaron la boca con otras dos heridas) “Líbranos, Señor, Dios Nuestro...” (y le rasgaron el desnudo pecho de alto a abajo y de un lado a otro), “en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...” (y hendieron sus carnes a todo lo largo y ancho de su cuerpo).

--Amén, --dijo el mártir; y cerró los ojos a esta vida.

Había llegado el momento de que los apartásemos también nosotros de las cosas de este valle de lágrimas...y de todos los valles habidos y por haber.*

Quiero decir: había llegado el momento de que emprendiéramos la ascensión a Sierra Nevada, donde debíamos pasar el resto del día a solas con la augusta naturaleza, en la vecindad del cielo, y en íntimo coloquio con el Criador de moros y cristianos, de deístas y de ateos, y de todas las demás variedades del humano espíritu...

Emprendámosla efectivamente...; pero no habíamos subido el primer escalón de la cordillera, cuando nos encontramos en otro alegre y pintoresco pueblecillo, todavía perteneciente al valle más que a la montaña...

Era Yátor, lugar de 717 almas, situado a orillas de su impetuoso río; Yátor, cantado por Zorrilla en su *Poema de Granada*;⁴⁰⁵ Yátor, muy digno ciertamente de tan gloriosa mención y de que nosotros nos hubiéramos detenido en él...

Pero ya era imposible resistir más tiempo a la atracción de la gran Sierra...

⁴⁰⁵ *Poema de Granada*, Véanse notas 48 y 220.

--¡Arriba! ¡arriba!... --resonaba a todo lo largo de la cabalgata...

¡Arriba! ¡arriba! os digo yo a mi vez en el presente instante... --¡*Sursum corda!*⁴⁰⁶

¡Subamos llenos de religiosa unción las gradas del inconmensurable templo que tenemos ante la vista!

[IV.]*

En Sierra Nevada. --Vislumbres de África. --Las Tinieblas. --Miserere

*(Capítulo copiado literalmente de las notas de mi cartera de viaje)**

¡Ah! Dejadme, deseos y cuidados...

Dejadme que tranquilo aquí respire

Estos aires purísimos, delgados,

Y que de Dios la omnipotencia admire...¹

... *Lo imponente, lo terrible, lo asombroso, principia desde nuestro primer paso.

No bien hemos echado a andar, ya estamos escalando la gigante mole, y sus ciclópeos estribos nos presentan escalonadas las recias olas de arcilla y de arena que hace

⁴⁰⁶ *Sursum corda*, 'alcemos los corazones', expresión del lenguaje perteneciente al ritual de la misa, en concreto al prefacio de la misa, al que los fieles respondían: "Habemus ad Dominus", (los tenemos levantados hacia Dios).

1 Estos versos, y los demás que van insertos en el presente capítulo, son una sentidísima, aunque desaliñada Oda; inédita en mi entender, que escribió a Sierra-Nevada el Sr. D. Baltasar Lirola, natural de Dalias, canónigo que fue del Sacro-Monte de Granada, muerto al poco tiempo de componerla, hará cosa de veinte años. Debo a la buena amistad de Sr. D. Antonio Rivas Ortiz, de Albuñol, la copia manuscrita que posee de dicha Oda; y, al publicar algunos de sus versos, llenos de poesía sencilla, natural, legítima, como las flores del campo, rindo un homenaje de admiración y simpatía al malogrado poeta alpujarreño que tan hondamente sintió las maravillas de la gran *Sierra*.

miles de años están bajando sin cesar de los flancos de la Sierra a impulso de los aluviones.

Nuevas cadenas de enmarañados cerros han nacido a sus pies, formadas con aquellos enormes arrastres. Los impetuosos ríos se llevan además continuamente otra inmensa cantidad de arena y de arcilla que va a sumergirse en el fondo del mar; y, sin embargo, la antigua *Orospeda* no se desgasta, al parecer: sus mermas no se notan: diríase que su corpulencia no disminuye... --¿Es que las montañas viven, crecen, se renuevan como los seres orgánicos? --¿En virtud de qué ley, más fisiológica que geológica? --¿O es meramente que nosotros no podemos apreciar su decrecimiento, su lenta ruina, y llegará una época en que no exista Sierra Nevada; en que sus pizarras y calizas se hayan derretido, al modo que hoy se derriten sus nieves? --¡Qué sé yo!...; --lo cual es mejor que saber lo cierto, como indudablemente lo sabrán los geólogos.

Pero ¡véase cuán audaz es la fantasía humana!* ¡Apenas hemos puesto* el pie en la Sierra, y ya la hemos destruido completamente; ya la hemos reducido a polvo; ya la queremos borrar del mapa... ¡Donosa manera de principiar su apología, de dar una idea de su excelsitud, de reverenciar su magnificencia!

Por fortuna, ella sabe defenderse a sí propia y poner respeto al más atrevido caminante.-- Mirad, si no, estos abismos que nos rodean, y vedlos llenos de colosales agujas, pirámides, obeliscos y todo género* de monumentos puntiagudos... --¡Son trabajos de Hércules del agua infatigable, dedicada siglos y siglos a impedir que esos abismos se terraplenen! Semejantes monumentos no se han formado por acumulación o agregación o concreción de materia, sino por desbaste paulatino:⁴⁰⁷ cada una de esas inmensas

⁴⁰⁷ *Desbaste*, 'Acción y efecto de desbastar. Estado de cualquier materia que se destina a labrarse, después que se ha despojado de las partes más bastas. Estar en desbaste una piedra'. Con este sentido Alarcón utiliza esta palabra al referirse a la

estalacmitas ha sido esculpida por el cincel de los torrentes y labrada luego por el buril de las mansas lluvias: son como aquellos monotes llamados por los franceses *damas* y que los españoles llamamos *testigos*, que quedan de pie en un desmonte, para indicar la antigua altura del terreno.* Todos agrupados,* ofrecen el aspecto de una catedral gótica, cuyos agudos chapiteles contemplásemos a vista de pájaro.

De la propia suerte, ciertas* angostísimas calzadas que ligán unos estribos con otros, y por las cuales caminamos con gran* miedo, semejan largos botareles encargados de sostener* el empuje de las lomas superiores, o más bien istmos que separan profundísimas simas,* predestinadas a formar con el tiempo una sola.*

Ya estamos a una respetabilísima altura...; pero todavía no es tiempo de volver de cabeza para admirar los panoramas que se van desarrollando debajo de nosotros... --Aquí fue sin duda donde exclamó el poeta alpujarreño:*

La cabra montaraz cruza, salvando
 Los bosques, las malezas, el torrente...
 Y en un puntal la cierva rebramando
 Al ciervo llama de ramosa frente.

formación de las estalacmitas y no como cree Martínez Kleiser en su edición de las *Obras Completas* de Alarcón, p. 1629b cuando elimina ese específico y bien pensado término y lo sustituye por desgaste.

¡Salve! ¡Ya pisamos nieve!... Pero es nieve de estos últimos días: no es nieve perpetua. --El imperio de Flora, Ceres y Pomona alcanza hasta aquí, y por eso se ven todavía pueblos* en estos alrededores y a este mismo nivel...⁴⁰⁸

Por ejemplo: mirad* allí, a nuestra izquierda, el diminuto y frondoso Yegen, adonde bajaremos a dormir esta noche, después de haber hollado los eternos hielos...--

*Considerado desde aquí, se diría que es un ramo de flores y olorosas hierbas depositado por un amante en el regazo de la blanca Solair.⁴⁰⁹

Y aún aquí mismo... ¡ved *qué rozagantes lirios silvestres se atreven aun* a abrir sus azulados cálices en las hendiduras de las rocas! ¡Ved qué infinidad de graciosas y aromáticas plantas! --Todo exhala ya el vigoroso olor de las grandes sierras;* olor a salud y vida; olor a la savia inmortal que su corazón, siempre joven, reparte luego por las llanuras en ocultos veneros o en descubiertos ríos...*

¡Oh, cómo el pensamiento se engrandece

Marchando por la senda solitaria!--

Aquí el espino o la abulaga crece:

Allí la fuerte encina centenaria:

Más allá el sauce de dolor fallece

Junto a la desmedrada parietaria...

exclamaba Lirola... tal vez en este propio sitio.

⁴⁰⁸ Alusión mitológica a las divinidades clásicas latinas. *Ceres*, diosa de la agricultura, enseñó a los hombres a cultivar la tierra. *Flora*, diosa de la primavera, de las flores y los jardines, y *Pomona*, diosa de la fruta, árboles frutales y huertas. Alarcón emplea aquí la figura semántica de la metonimia como recurso estilístico.

⁴⁰⁹ *Yegen*, descripción poética del lugar, empleando una metáfora, además de la personificación de la sierra; rasgos característicos del estilo del autor a lo largo de toda la obra.

Porque, en efecto: encinas, espinos y sauces figuran en el magnífico arbolado que estamos viendo, además de nogales, almeces y cuantos árboles enumeramos en Lanjarón.⁴¹⁰ --Sólo sigue faltando el tétrico pino, símbolo obligado de las montañas septentrionales, que, por lo visto, no se ha acomodado a vivir en esta gozosa cordillera,* de cuya verdadera frondosidad, asombrosa en una altura tan extraordinaria, únicamente puede formarse cabal juicio en los colindantes barrancos, verdes y deliciosos, como otros tantos paraísos terrenales.*

Altísimos castaños los sombrean...

La oropéndola allí cuelga su nido:

Las parleras urracas picotean

El fruto en sus espinas guarecido:

Por encima las águilas otean,

Y los cuervos repiten su graznido,

Y bandadas de tórtolas azules

Arrullan en madroños y abedules.

¡Ah! Repitémoslo: el sol alpujarreño puede más que la Sierra. La Sierra no tiene aquí su espada... la terrible espada de todas las sierras, que es el aire norte. --Por el contrario: [¡] la noble Orospeña sirve aquí de escudo a una primavera continua, impidiendo que la hiera el cierzo con su agudo puñal de dos filos!

⁴¹⁰ *Almez*, (Del ár. *Al-mais*.) 'árbol de la familia de las ulmáceas, de unos doce a catorce metros de altura, tronco derecho de corteza lisa y parda, copa ancha, hojas lanceoladas y dentadas de color verde oscuro, flores solitarias y cuyo fruto es la almeza' (RAE).

Sin embargo... principia a refrescar: quiero decir, principiamos a helarnos. --
 Estamos llegando a* las regiones del perpetuo invierno...

Ya no descubrimos más que nieve por todas partes...

La alta vegetación se ha despedido de nosotros... --Ya no se ve un árbol por
 ningún lado...

Nadie puede pedirnos que subamos más... ¡Para estar en marzo y al día siguiente
 de una nevada, ya hemos subido bastante!... ¡demasiado tal vez!

Nos encontramos indudablemente a la misma altura en que Lirola exclamó con
 acento medroso:

Mas ya se enrisca el áspero sendero...

Y se corta tal vez... tal vez se pierde...

¡No obstante lo cual, el poeta de Dalías siguió adelante!...

Pero él viajaba en julio, y se dirigía al Picacho de Veleta: mientras que nosotros
 no vamos por aquí a parte alguna, pues el Mulhacén es ahora inaccesible,* ni sabemos ya
 por dónde meter los caballos que no se los trague la nieve...

Hagamos, pues, alto: volvamos la cabeza, y contemplemos el mundo de los
 hombres.

El Atlántico mar al Occidente...

El mar Mediterráneo al Mediodía...

Y en la morisca tierra que está enfrente

Las crestas de la inculta Berbería...

Estos cuatro versos son el resumen de lo que llegó a ver Lirola.

Nosotros debemos confesar que no vemos tanto.

Verdad es que Lirola hablaba ya desde el Veleta, y nosotros no estamos sobre el Mulhacén.*

No vemos, pues, el océano Atlántico... --Pero vemos una extensión inmensa del Mediterráneo; vemos la costa de África, desde el Estrecho de Gibraltar hasta los confines de Argel; vemos las nevadas cumbres del Atlas, del monte gemelo de esta sierra; vemos bordado en el agua azul todo el litoral antártico de nuestra gran península, como no es fácil verlo sino en un mapa; y vemos, en fin, toda la Alpujarra a nuestros pies, --más ampliamente que desde la cumbre de la Contraviesa, puesto que nos hallamos a mucha mayor altura; --pero en la misma forma* que entonces, es decir, como un mar cuyas olas son cadenas sucesivas de encrespados cerros; como un mar que se hubiese petrificado de pronto en medio de una furiosa tempestad...

De todo esto lo que más nos sorprende, seduce y enamora, es la tierra de África... --¡Cuán clara y distintamente se percibe a la simple vista! Palmo a palmo (salva la hipérbole) pudiera dibujarse el contorno de su litoral* sobre el agua y de sus montes sobre el cielo. --Algunos puntos blancos se destacan de aquella perspectiva bosquejada en el horizonte...

--Serán casas, quintas, sepulcros, morabitos... ¡quién sabe!...

Pero de lo que no cabe duda es de que aquello es *El Moro*... de que aquello es la *infanda Libia*, de que aquello es África... El África a que fue a morir, ciego y pobre, el valeroso Rey Zagal: el África en que pasó Boabdil la segunda parte de su vida: el África

que devoró a D. Sebastián de Portugal y a la flor de los guerreros lusitanos: [¡] el África en que tres siglos después se presentó un caudillo español, el memorable O' Donnell, a recordar a los príncipes de Marruecos que aún existía aquel Reino Castellano contra el cual nunca podría prevalecer el islamismo!...⁴¹¹

Sí: ¡allí está África!... ¡Cuán cerca... pero cuán lejos de nosotros! ¡África, mirándonos siempre, siempre a nuestra vista, pero separada de España, no por ese lago azul del Mediterráneo, sino por la negra inmensidad de sus destinos! --Es la vecindad inútil y acerba (perdonadme la comparación) de los que estuvieron un tiempo unidos y luego se divorciaron para *in æternum*: que se ven y no se hablan-; se escuchan y no se comunican; tal vez se aman... y preferirían, sin embargo, mil muertes a reconciliarse. --O más bien, es la vecindad de dos vástagos, de distinto sexo,* de familias tradicionalmente contrarias,* ambos afables y garridos; que nacen en una misma calle, pasan su vida tropezándose a todas horas, y mueren sin haberse jamás saludado... --Edgardo y Lucías, Romeos y Julietas, que nunca llegan a cantar un dúo.⁴¹²

⁴¹¹ Recorrido por nombrados hechos históricos relacionados con el norte de África, primero haciendo referencia a la historia del Reino de Granada al mencionar a El Zagal (véase Parte Primera, cap. IV nota 1 del autor en p. 17 y nota 4 del autor en p. 18) y a Boabdil, (véase Parte Primera, caps. III y IV); a continuación alude a la historia de Portugal en la figura del mítico rey Sebastián I (1554-1578), muerto en la batalla de Alcazarquivir junto a la flor de la nobleza lusitana durante la campaña de ayuda de éste al sultán de Marruecos, Muley Ahmed. Este evento se conecta con la historia de España por el hecho de que las tropas de Felipe II capitaneadas por el Duque de Alba ocuparon Portugal tras la muerte de su rey, iniciándose así un periodo de ochenta años de unificación de la Península Ibérica. Finalmente, Alarcón se refiere a la campaña de África llevada a cabo entre 1859 y 1860, acontecimiento al que ya se ha referido en varias ocasiones. *Infanda Libia*, 'indigna de ser mencionada'. Esta referencia literaria proviene de la Canción I de Fernando de Herrera: "Tú, infanda Libia, en cuya seca arena / murió el vencido rey lusitano / i s'acabó su generosa gloria, / no estés alegre i d'ufanía llena,..." V. Roncero López, V. ed., *Poesías*, por Fernando de Herrera (Madrid: Cátedra, 1992) 407. Poema donde se rememora la batalla de Alcazarquivir, acaecida en 1578, y la gran derrota que supuso para Portugal. Al referirse a estos eventos el autor trata de subrayar el destino común, las relaciones cercanas, la historia compartida entre la Península ibérica y el norte de África.

⁴¹² *Edgardo y Lucía*, los trágicos personajes de la novela de Walter Scott, *La novia de Lammermoor*, escrita en 1819 y que inspiró a Gaetano Donizetti (1797-1848) la composición de su ópera trágica *Lucía de Lammermoor*. Alarcón crea una analogía entre las relaciones de España y el norte de África, y la de estos famosos personajes literarios. Al establecer esta comparación, el autor se muestra pesimista sobre el futuro de tales relaciones, si consideramos que las relaciones entre los citados personajes no sólo son conflictivas sino que culminan en tragedia. Recuérdese la actitud ambivalente de muchos autores del XIX, con respecto a África, a lo moro; v. g. el erudito malagueño Francisco Simonet, citado por Alarcón, y a quien califica en la edición de 1874 de "consumado arabista cuando dulce poeta cristiano". Véase A. C. Parte Primera, Cap. I, p.11, línea 8. Francisco Simonet fue uno de los creadores del estereotipo moro del XIX, y quien, junto a Cánovas del Castillo y Estébanez Calderón, formaba el círculo arabista-orientalista de la España de la mitad del siglo XIX.

Conque* acordémonos de nosotros mismos.

El sol principia a caer al occidente, y, si no nos damos prisa a bajar de estas espantosas soledades antes de que oscurezca, podremos vernos muy apurados.

Dichosamente, no se trata de descender a lo hondo, ni mucho menos.--Yegen, donde hemos de hacer noche, se encuentra todavía a una grande altura; *a media sierra*, que dicen los pastores.--Por consiguiente, mañana tendremos adelantado lo peor del trabajo para recorrer los elevados pueblos en que andaremos las Siete Estaciones de Semana Santa, a pueblo por Estación.

Despidámonos, pues, del Mulhacén, repitiendo los melancólicos versos con que termina el canto de Lirola; versos en que profetizaba su próxima muerte, y en que se descubren abismos de soledad y de tristeza. --Dijo así:

¡Nieves, adiós, y tempestad y truenos!...
 ¡No me veréis ya más... que la corriente
 De mi vida, volando huye sin frenos,
 Y ya su fin el corazón presiente!
 ¡Es tan triste morir!... Mas yo, a lo menos,
 Podré morir en paz, tranquilamente,
 Sin que de nadie la aflicción deplore...
 ¡Ay!... ¡No tengo en el mundo quien me llore!

Ya se ha ocultado el sol del Miércoles Santo. --Mil ochocientos treinta y nueve años hace que se puso del propio modo tras el monte Carmelo, llevándose el último día

de los que en la vida del Redentor precedieron a su voluntario sacrificio. --Al día siguiente Él mismo se entregaría a sus verdugos... Al otro, sufriría la muerte en Cruz, para sellar con su sangre unas doctrinas que pronto habían* de regenerar el espíritu de los hombres (o por lo menos, de los europeos) rescatándolo de la servidumbre de los sentidos, hoy enseñoreados otra vez de la llamada civilización de Occidente.*

Aquella tarde, la tarde del Miércoles Santo de* hace diez y nueve siglos, no presentía la especie humana, al ver ponerse el sol, cuán grandioso y memorable en la perpetuidad de los tiempos había de ser el día siguiente... -Hoy, la Iglesia, instituida sobre el Misterio* de que mañana es *efeméride solemnísimas, reza ya, y canta, y llora, y agradece, y bendice (todo a la par), la Pasión y Muerte de Jesucristo.

Sí: a estas horas; en este lúgubre momento, las sombras de la noche principian a caer sobre los templos católicos, como cayendo van sobre esta encumbrada Sierra en que nosotros peregrinamos con tan religioso terror... *--Allí, como aquí, ha terminado la hora de *Vísperas** y se aproxima la hora de las *Tinieblas*.

Aquí, un tenue crepúsculo queda en el cielo, que apenas nos permite ver por dónde andamos al través de estas fragosidades, ásperas como los senderos de la vida...-- Allí... ¿quién *ignora lo que está pasando? ¿Quién no ha sido hasta actor, cuando niño, en aquella representación sublime y candorosa?* ¿Quién lleno de miedo y de mística compunción, no ha golpeado las puertas del templo al oscurecer de este luctuoso día? -- Recordemos, recordemos,* lo que pasa allí, trasladándonos con el pensamiento a los serenos años de la niñez.*

El coro ha rezado ya *Maitines y Laudes*.⁴¹³ En el *Tenebrario* triangular ardían hace poco quince velas; catorce de ellas amarillas y la de en medio blanca...; pero al fin de cada Salmo se ha apagado una, en memoria de cómo fueron apartándose de Jesús, primero sus atribulados Discípulos, y luego las dos piadosas Mujeres que, más animosas qué ellos, lo acompañaron hasta la Cruz... --Ya no arde más que una vela, la vela blanca, la que se llama *Vela María*... --Es la personificación de la Madre del Crucificado, cuando se quedó sola al lado de su [expirante]⁴¹⁴ Hijo. --*Stabat Mater dolorosa, juxta Crucem lachrymosa*...⁴¹⁵

Además de esta única luz que queda en el *Tenebrario*,⁴¹⁶ alumbran todavía el templo las seis velas del Altar Mayor, representación de los seis Profetas que anunciaron la Venida del Mesías...

--Pero el Coro reza los doce versículos del Cántico de Zacarías «*Benedictus*»..., y a cada verso apágase una de aquellas seis luces del Tabernáculo.

¡Apagáronse ya todas!... --El beso de Judas, recordado por la Antífona, ha sido el soplo de muerte.

Ya no arde en la Iglesia otra luz que la *Vela María*...--¡Esta no se apaga jamás!... -
-Sin embargo, una mano piadosa la oculta, aunque encendida..., y las *Tinieblas* reinan en la Casa de Dios.

⁴¹³ *Maitines y Laudes*, oraciones de la mañana, *Maitines* oración que se reza a primera hora de la mañana y *Laudes*, se reza antes de comenzar la jornada laboral; son palabras pertenecientes al *oficio divino* o *liturgia de las horas* dentro del rito católico; *Vísperas*, oración del atardecer.

⁴¹⁴ Tanto en la primera edición de 1874 como en la segunda de 1882 aparece 'espirante', según la norma del siglo XIX; puesto que el autor se refiere a Cristo moribundo, he cambiado la palabra por expirante, según la norma actual. El mismo criterio se ha seguido en las páginas siguientes donde el autor utiliza este verbo.

⁴¹⁵ *Stabat Mater dolorosa, juxta Crucem lacrimosa*, Se trata del comienzo de un conocido himno medieval, la cita completa es: "*Stabat Mater dolorosa / juxta Crucem lacrimosa / dum pendebat Filius*." (Estaba la Madre dolorosa, junto a la Cruz llorosa, en que pendía su Hijo). La letra de esta plegaria ha inspirado a muchos compositores, entre ellos Joseph Haydn, Antonio Vivaldi y Giuseppe Verdi.

⁴¹⁶ *Tenebrario*, 'candelabro triangular con quince velas escalonadas de cera amarilla, con un pie muy alto que se utilizaba en Semana Santa en los oficios o ceremonias religiosas'.

¡Pavoroso momento! --El clero y los fieles están de rodillas ante los enlutados altares, rezando el *Miserere* como reos contritos...⁴¹⁷ --*Tibi soli peccavi...* le dicen al Criador con el Rey Profeta. --Y los golpes de pecho retumban en la oscuridad del santuario...⁴¹⁸

¡*Miserere!* --digamos asimismo, desde las cumbres de la edad y de esta sierra,* nosotros, pecadores también... y también arrepentidos de haber llevado a Cristo a la muerte en Cruz...: *usque ad mortem; mortem autem crucis...*⁴¹⁹ ¡*Miserere!* --repitamos, bajando los disformes escalones de esta montaña, en medio de las sombras que nos rodean, yertos de frío y con el alma puesta en el Autor de lo criado, cuya mirada nos sigue sin duda alguna en el oscuro laberinto de nuestra existencia.

*Terminado el *Miserere* de la Iglesia, el vicario del coro reza en voz baja una última oración; y, cuando ésta concluye, los capitulares golpean fúnebremente la madera de sus sillas; a lo que los muchachos responden aporraceando las puertas del templo; todo ello para representar el tumulto que armarán mañana los soldados y verdugos en las calles de Jerusalén, así como el terremoto que seguirá pasado mañana a la muerte de Jesucristo. --Por hoy, todo se ha acabado.

¡Oh! Sí... ¡todo!--*Es noche completa en Sierra Nevada, y en Jerusalén, y en el templo, y en todos los corazones cristianos...

⁴¹⁷ *Miserere*, comienzo del conocido salmo bíblico 51 tanto en la tradición cristiana como judía es una plegaria de confesión y arrepentimiento. También se refiere a la ceremonia y canto solemne que se hace de este salmo en Semana Santa. Desde el Renacimiento hasta el presente, multitud de compositores han creado música para dicho salmo, v. g., Gregorio Allegri en el siglo XVII; Wolfgang Amadeo Mozart (1756-1791) quien, en 1769, transcribió el *Miserere* de Allegri después de haberlo escuchado sólo una vez, y Felix Mendelssohn (1809-1847) en 1831. En el siglo XIX también da título una de las leyendas de Gustavo Adolfo Bécquer.

⁴¹⁸ *Tibi soli peccavi*, (contra ti sólo he pecado), cita tomada del tercer verso del *Miserere* y es, también, el título de una partitura de Gaetano Donizetti.

⁴¹⁹ *Usque ad mortem; mortem autem crucis*, (hasta la muerte, y muerte de cruz). Procede de la epístola de San Pablo a los filipenses, cap. 2: "Y hallado en la condición como hombre, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz". De gran tradición en el ritual católico; forma parte del salmo de penitencia del Jueves Santo.

Así llegamos a Yegen, sumido también en *tinieblas* de una y otra clase*... *

[V.]*

Jueves Santo. --Yegen, primera Estación. --Válcor, segunda. --Nechite, tercera. --Mecina-Alfahar, cuarta. --Mairena, quinta --Júbar, sexta. --Laroles, sétima

Clareaba apenas el día siguiente cuando ya estábamos de pie.

Habíamos dormido a las mil maravillas en casa de unos gentilísimos recién casados, que nos cedieron su flamante lecho, y* a quienes otorgue Dios tanta ventura (hasta la edad más inverosímil por lo avanzada) como abrigo, satisfacción y descanso encontramos nosotros en aquel novísimo hogar, cuya dirección disputaba todavía el alegre Cupido al grave Himeneo, y donde, sin embargo, aquella noche rindióse principalmente culto a los dioses Lares, protectores de la hospitalidad...⁴²⁰

Por lo que hace a nuestro madrugón, estaba muy justificado. ¡Era tanto lo que teníamos que andar, que ver y que sentir durante aquel clásico día! --Así es que la orden de botasilla se dio sin pérdida de tiempo.⁴²¹

Acto seguido, y mientras ensillaban los caballos, nos dirigimos a la iglesia...

Hallábase ésta todavía cerrada; pero, habiéndosenos dicho que la abrirían muy pronto, dimos en el ínterin un paseo profano por las calles y las afueras de Yegen, --tarea

⁴²⁰ Himeneo, divinidad griega protectora del matrimonio y los dioses Lares son las divinidades romanas protectoras de la familia, del entorno doméstico, del hogar. Con esta referencia a los dioses paganos del amor, del casamiento y de la familia, el autor alude al estado del joven matrimonio, utilizando la figura retórica de la metonimia para adornar la narración.

⁴²¹ *Orden de botasilla*, Véase Parte Cuarta, cap. VIII, nota 325.

que estuvo despachada en breves momentos, y que nos suministró materia para escribir en nuestra cartera de viaje los renglones siguientes:

“Yegen, lugar de 1,210 almas está sumamente elevado en las andamiadas de la Sierra; pero tan defendido de los vientos del norte, y tan a merced del sol y del ambiente de África, que en él hallamos,* entre brillantes chorros de nieve derretida que bajan de las vecinas cumbres, granados en flor, opulentos olivos, y hasta naranjos llenos de fruto.

Encima del pueblo abundan los castaños, los nogales y las encinas; pero más notable que todo esto, es un *Nacimiento de agua*, que hay a la salida del lugar por la parte de oriente. ¡Casi un río brota al pie de una roca gigantesca, y, no bien acaba de brotar, cuando ya mueve dos colosales piedras de molino! --El agua es riquísima, y, según dicen, crea además otras riquezas en los barrancos y cañadas a que da riego...--¡Oh!* *Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija*. --Al lado de Sierra Nevada no puede haber necesidades.”

Cerca de las seis abrieron la iglesia.

El *Monumento* no estaba todavía armado, pero ya se veían por el suelo algunos preparativos para su composición; y en cuanto a los **Oficios* del día, díjosenos que tardarían aún tres horas* en principiar.⁴²² -Ardía, con todo, pendiente del techo de aquella pobre nave, la lámpara de aceite que denota la continuidad del culto en los templos de que no se han incautado los *gobernantes** de este insensato siglo y aquello bastó para que entendiésemos haber visitado allí* la Primera Estación.---¡No se podía exigir más a unos pobres viajeros!*

⁴²² *Oficios*, ceremonia religiosa que se celebra durante la Semana Santa, concretamente el Jueves Santo y el Viernes Santo.

Con lo que montamos a caballo, y partimos...

¡En aquel instante salía el sol por el Llano del Laujar!

*Pange lingua...*⁴²³

Era el sol del Jueves Santo, del día más grande de la Iglesia; día de tanto gozo, de tanta majestad, de tanta gala como el del *Corpus*; día en que los sacerdotes y los altares se despojan de sus crespones de duelo, sin embargo* de conmemorarse también la Prisión de Jesús, y visten de *blanco*, para solemnizar la Institución de la Eucaristía, que, según el Apóstol, «*es la misma blancura de la luz eterna de la Gloria*».—Ya véis que todavía se me conoce que he sido seminarista.*

Sí: la Iglesia, agitada por contrapuestos afectos, destina las Horas canónicas de este día a diferentes ceremonias, a cuál más augusta. —Esposa de Jesucristo y Madre del género humano, tiene a un mismo tiempo que llorar al Redentor y que celebrar la Redención; tiene que acusarse a sí propia (en nombre de la raza de Adán, congregada en el hogar de su Fe) de haber derramado la sangre del Hijo del Eterno, y tiene que cantar su triunfo, su libertad, su emancipación, dando gracias al Sacrificador y a la Víctima, a Abraham y a Isaac, al Padre que consintió en rescatarnos a tanta costa, y al Divino Cordero que fue precio del rescate...

Así, al menos, lo exponen, según mis recuerdos, en sus inmortales escritos, los Padres de la Iglesia, y tal es la significación de la solemnísima Misa que se canta la

⁴²³ *Pange lingua*, Comienzo del famosísimo canto de adoración y alabanza compuesto por Santo Tomás de Aquino en el siglo XIII, que se canta en las celebraciones católicas de Semana Santa y del *Corpus Christi*.

mañana del Jueves Santo.-- Aquella Misa es, no ya la conmemoración, sino la viva representación de la Cena en que Jesús se inmoló por los hombres; en que legó su Cuerpo y su Sangre a la Comunión de los fieles, en que estableció la Ley de Gracia. Por eso tanto júbilo, tanta fiesta, tanta pompa, pocos momentos antes del dolor y el luto que luego reinan en el templo...; por eso el *color blanco* y la riqueza de ornamentos y vestiduras; por eso aquel triunfal repique de campanillas de plata con que se acompaña todo el *Gloria in excelsis Deo*;⁴²⁴ por eso la elevación del *Monumento* «con aparato regio de *persona Real*» que previene la Liturgia; por eso el lujo y los vistosos trajes de colores que aquella mañana lucen* en el templo las hijas de Sión (nuestras hijas, hermanas y mujeres, quiero decir), enlutadas Verónicas a la tarde, errantes por la calle de la Amargura...(Léase "calle de la Montera" o "Carrera de San Jerónimo," si la escena se figura en Madrid.)*

Sin embargo: aún en aquella Misa tan solemne y fastuosa, la Iglesia, en medio de su mayor alborozo, recapacita en el cruel martirio que le espera a Jesús y, para demostrarlo, no da a besar la *Paz* a nadie, «por aborrecimiento al beso de Judas», ni quiere que el sacerdote persigne el altar antes de leer el último Evangelio, sino que *se persigne a sí mismo*, como prueba de la orfandad en que va quedando la Casa Santa.

¡Oh!⁴²⁵ ¡Qué delicadeza y qué grandiosidad a un propio tiempo en todas estas sagradas alegorías! ¡Qué abismos de ternura en todos los ritos de la Religión Católica!... -
- *Los que así no lo proclamen,* no han visto por dentro el ceremonial de nuestras catedrales y basílicas,* sino por fuera, como cerrado libro, como plegada flor, como callada esfinge. --Podrán haber oído, por ejemplo, la música de los Salmos; pero no han

⁴²⁴ Título y principio del himno de alabanza católico cantado en los servicios litúrgicos del domingo y otras solemnidades de la Iglesia. Está basado en el Evangelio de San Lucas (2, 14). Conocido popularmente como *Gloria*.

⁴²⁵ A continuación comienza la apología del catolicismo; en esta segunda edición del autor se presenta de forma moderada en contraposición a la apasionada apología presentada en la edición de 1874. Véase A. C.

entendido la letra: podrán saber de memoria la misma letra; pero no se han penetrado de su espíritu. Tienen ojos y no ven; tienen oídos y no oyen..., ni tan siquiera en materia artística y literaria...*

Muy lejos estábamos nosotros de las grandes catedrales en que otros años habíamos visto conmemorar con tanta pompa la Institución de la Eucaristía: muy lejos de aquellos suntuosos *Monumentos* que, en Sevilla, en Toledo, en Granada, en Guadix..., sirven de trono y de prisión a Jesús Sacramentado, durante la tarde y la noche del Jueves Santo, y en que todo es luz y blancura, excelsitud y refulgencia... Pero, en compensación, la mañana que digo, en el momento de salir el sol (o más bien dicho, en el momento de *entrar* en la Alpujarra por aquel boquete que da paso a la Taha de Andarax), cielos y tierra ofrecieron a nuestros ojos y a nuestra imaginación el cuadro más grandioso que haya cantado nunca las alabanzas del Autor del mundo.*

Hablo de la Sierra, --en medio de la cual nos hallábamos, viéndola desarrollarse a nuestros pies en descomunales laderas, que descendían a profundos abismos, y perderse al propio tiempo sobre nuestra cabeza en las soledades del espacio...* --;Hablo de Sierra Nevada calificada ya como* *templo* por nosotros varias veces durante aquella larga peregrinación!

La Sierra, pues, vestida, como la Iglesia, de blanco y plata, en señal de triunfo; alzada, a modo de* catafalco dispuesto para una apoteosis, sobre escalones de ricos mármoles,* cubiertos de flores y olorosas hierbas; reverberante toda de claridad seráfica, como los iluminados Sagrarios, y alzando, en fin, al firmamento sus inmaculadas nieves, inaccesibles a todo contacto humano, puras como las oraciones de los ángeles, era para nosotros aquella mañana un altar inconmensurable en que oficiaba la Naturaleza

rindiendo culto a su Criador; era la Mesa del *Convite* en que el Tiempo y la Eternidad se unieron para siempre; era el pináculo en que la Tierra se despedía del Cristo* que la había habitado treinta y tres años; era el propiciatorio en que los siglos reverenciaban el aniversario de aquel supremo instante; --era nuestro *Monumento* de Semana Santa.

Pero volvamos al Tiempo; volvamos al mundo; volvamos a nuestro viaje; volvamos a los moros.*

Salía, dije, el sol del Jueves Santo por el llano del Laujar en el mismo instante* que nosotros nos poníamos en camino...

¡Triste, fatídico, de mal agüero era el punto que había escogido el astro-rey para presentarse aquel día en la Alpujarra. --La entrada del Llano del Laujar que teníamos ante la vista fue siempre el tránsito de los reyes desgraciados. Por allí cruzó el Zagal para ir del trono al confinamiento y después del confinamiento a la expatriación; por allí entró Boabdil en su retiro temporal cuando perdió el Reino Granadino, y por allí salió para dejar definitivamente la tierra de España; por allí, en fin, penetró un día Aben Humeya en la Taha de Andarax, en lo mejor de su edad y de su fortuna, ¡muy ajeno el mísero de que en la Taha de Andarax le aguardaba la muerte... y de que sólo volvería a salir de allí su exhumado cadáver cuando lo desterrarán de la propia huesa!...

Y lo cierto es que el mismo* sol tenía ya algo de rey desgraciado... ¡Estábamos en la víspera de su mortal desmayo, de su pavoroso eclipse de tres horas enfrente de la Cruz,

durante las cuales diz que exclamó San Dionisio Areopagita: «¡*Vel auctor naturæ patitur; vel mundi machina dissolvitur!*»⁴²⁶

En cuanto a nosotros, caminábamos precisamente hacia el extremo oriental de la Sierra, hacia Levante,* hacia Jerusalén, de donde venía el sol; y, bien que no pudiésemos* llegar en todo el día a la ciudad de Herodes,* por mucho que corriéramos, era indudable que, cuando menos, habríamos avanzado hacia ella, al final de la jornada, cosa de veinte kilómetros...;--lo cual, si no un viaje completo, siempre constituiría un pedazo de viaje a los Santos Lugares.*

Como estáis viendo, los moriscos habían perdido el pleito para nosotros no bien amaneció el Jueves Santo. ¡Inútilmente tratábamos de reducir nuestra imaginación a que se interesase por su suerte! A fuer de caballeros cristianos,* no teníamos ya entrañas ni fantasía sino para sentir y representarnos todo lo que a la sazón sentía y se representaba la Iglesia...

Es decir: que, habiendo pensado estudiar* en Sierra Nevada la muerte del Reyecillo, investigar sus causas, instruir, en suma, el correspondiente proceso,* no hallábamos manera de principiarlo en tan santos días...* ¡Parecíanos una profanación!

Pero, ¡qué diablo!* todavía teníamos tiempo por delante, y ya se nos ocurriría *algún pretexto honroso para salir* de tal apuro...--Continuamos, pues, nuestra marcha a lo largo de la Sierra, y pocos minutos después estábamos en Válor.

⁴²⁶ *Vel auctor naturæ patitur vel mundi machina dissolvitur*, (o el autor de la naturaleza aguanta, o la máquina del mundo desaparece). San Dionisio de Areopagita, siglo I d. Cristo, discípulo de San Pablo. Nombre con que se denomina el Colegio Seminario del Sacromonte de Granada, que consta de la Iglesia Colegial, dedicada a San Cecilio, fundada en 1607; de la Abadía, construida entre los siglos XVII y XVIII; el Colegio Viejo de San Dionisio de Areopagita, del siglo XVIII y el Colegio Nuevo que data del siglo XIX.

Válor, el lugar de señorío de Aben Humeya;⁴²⁷ el que le dio nombre durante el período cristiano de su vida; tal vez su tierra natal (o nació allí o en Granada: lo cierto no lo sé); el pueblo, en fin, donde tenía* una casa solariega (de que no quedan ni vestigios), está situado, entre dos barrancos muy frondosos, en cierta especie de descanso de las pendientes de la Sierra.*

Para llegar a la población y a sus cuatro barrios (llamados el Portel, la Jarea, Cohijar y Cantarranas) hay que pasar un hondo torrente que corta el camino, y que es la defensa natural de Válor y el* origen de su importancia, en la guerra del siglo XVI como punto estratégico. --Sobre aquella cortadura existe un puente peraltado de forma árabe, de un solo ojo, levemente apuntado a la manera de ojiva, como los del llano de Tetuán. --Si aquella obra no es del tiempo de los moros (que tampoco lo sé), cuando menos es copia exacta* de otro puente que ellos tendrían allí.

1,952 habitantes encierra hoy el antiguo feudo del que en mal hora dejó de llamarse D. Fernando de Válor; y, según mis noticias, lo más notable que pasa allí anualmente es una gran función de *Moros y Cristianos* que hacen los jóvenes del pueblo el día 14 de agosto, y a la cual acuden espectadores de toda la Alpujarra (hasta de Berja y de Dalías), atraídos por la fama de *divertidísima* que goza aquella fiesta... --¡La Humanidad es un abismo sin fondo!

Conque* ¡basta de historias profanas!—Así dijimos entonces, y así repetimos ahora...*-- Habíamos llegado a las puertas del templo católico de Válor, o sea a nuestra

⁴²⁷ *Válor*, Actualmente el término municipal de Válor está comprendido por los núcleos urbanos de Válor, Nechite, ambos antiguas alquerías durante la etapa nazarí, y Mecina Alfahar.

Segunda Estación, y deber nuestro era conmemorar la historia de la grandiosa Revolución Cristiana, dejándonos de moriscos antiguos y modernos.*

*En la iglesia de Yegen, al amanecer de aquel solemne día, habíamos considerado, como era de rigor, el momento augusto de la Cena, y traído a la memoria, por consiguiente, el himno de Santo Tomás a la Eucaristía (*Pange lingua*).* –*También habíamos recordado allí la humildad (imitada todavía una vez al año por nuestros Pontífices y Reyes) con que Jesús lavó los pies a sus Discípulos después de la Cena, lo cual hizo comprender a San Pedro que aquellos eran los últimos adioses del Hijo de María, dando ocasión a este sublime diálogo:*

--«Señor, ¿adónde vas»

Respondió Jesús:

--Adonde yo voy, no me puedes ahora seguir: *mas me seguirás después*.

Pedro le dice:

-¿Por qué no te puedo seguir ahora? El alma pondré por ti.

Jesús le respondió:

-¿Tu alma pondrás por mí? En verdad, en verdad te digo: Que no cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces».

(San Juan, cap. XIV.)

Así habló el Cristo, y salió en busca de la muerte.

¡Qué majestad, qué tristeza y qué inefable dulzura en esta despedida! --Es la despedida del Maestro, el Codicilo de su amor y sus predicaciones;⁴²⁸ la citada por el primer mártir a los que más tarde morirían también por su doctrina. --«*Me seguirás después...*»*

Estas palabras de Jesús a San Pedro resumen en profecía toda la historia de la Iglesia, todo el Martirologio cristiano..., --del cual forman parte los tormentos sufridos en 1568 y [1569] por tantos y tantos sacerdotes de la Alpujarra.* ⁴²⁹

Hasta aquí lo que habíamos leído en Yegen aquella mañana....

En Válor, consideramos la patética escena denominada la Oración del Huerto: aquel momento de expectativa del martirio, en que Jesús «*empezó a entristecerse y angustiarse*»; --aquellas palabras dirigidas a Pedro y a los hijos del Zebedeo: «*Triste está mi alma, hasta la muerte*»; --aquel trance doloroso en que, puesto de rodillas, exclamó. «*Padre, si quieres, traspasa de mí este cáliz; mas no se haga, mi voluntad, sino la tuya*»; --aquel sudor, «*como gotas de sangre, que corría hasta la tierra*»; y la llegada de Judas, «*uno de los doce, con gran tropel de gente, con espadas y palos, de parte de los Príncipes de los Sacerdotes*»; --y el beso del traidor Discípulo; --y la Prisión de Jesús; --y, por fin, el instante en que, «*desamparándole los demás Discípulos, huyeron todos*¹».

La Pasión había principiado.

⁴²⁸ *Codicilo*, '(Del latín *codicillus*, d. de *codex*, -*icis*, código.) Antiguamente, y hoy en Cataluña, toda disposición de última voluntad que no contiene la institución del heredero y que puede otorgarse en ausencia de testamento o como complemento del mismo (RAE)'.

⁴²⁹ Se ha corregido la fecha de 1669 que aparece en la edición de 1882.

¹ Las palabras subrayadas son de San Lucas y San Marcos.

De Válor a Nechite, para donde salimos inmediatamente, hay menos de una legua, bien que muy dificultosa. --Sería, pues, cosa de las nueve cuando llegamos a esta nuestra Tercera Estación.

Por el camino fuimos reparando en que ya estábamos a retaguardia de Ugíjar, de la antigua ciudad, de la consabida metrópoli de la Alpujarra. --Días antes la habíamos visto, como quien dice, de frente: después la flanqueamos a cierta distancia por la izquierda: a la sazón nos encontrábamos a su espalda; y, por último, al día siguiente, entraríamos en ella por el flanco derecho. --¡Creeríase que la rondábamos, que la bloqueábamos, que íbamos estrechando su cerco, a la manera de sitiadores o de amantes!

¡Y cuán imponente aparecía a aquella distancia, relativamente a los demás pueblos comarcanos! --Su verde y matizada vega dilatábase allá abajo, al pie de los austeros montes que la circundan, como una sonrisa de la Naturaleza, y, en medio de aquella graciosa campiña, divisábanse los nobles edificios y tendidas calles de la capital del viejo corregimiento, de la actual cabeza del propio partido judicial que recorriamos, de la tierra clásica de los curiales, del pueblo, en fin, más a propósito para representarnos, como nos representaba a lo lejos, la parte *jurídica* de la Pasión, las casas de Anás, de Caifás, de Herodes y de Pilatos, la Sinagoga, el Pretorio, los Jueces, los Escribas, los Fariseos, los soldados de Roma mezclados con las turbas judías, y las turbas judías gritándole al Pretor romano: «¡Perdona a Barrabás y crucifica a Jesús Nazareno!»...

¡Lo cual demuestra nuevamente que aquel día no había manera de hacernos ver otra cosa que escenas de Semana Santa! --Por fortuna, y para desagravio de la villa de Ugíjar (comparada por nosotros con la deicida capital de Judea),* veinticuatro horas después recorrimos sus calles, precisamente a la hora de la Crucifixión, y nos hallamos

con un pueblo tan cristiano como el que más,* no menos dolido *que ningún otro de lo que en aquel instante estaba pasando en el Gólgota...

Pero volvamos adonde estábamos; que tiempo nos queda para hablar de Ugíjar en su punto y hora correspondientes.*

En Nechite habían principiado ya los *Oficios*. --Tuvimos, sin embargo ocasión de saludar un momento en la sacristía a nuestro antiguo* amigo el señor cura, como lo saludo nuevamente desde aquí. --En cuanto a sus 415 feligreses, casi todos se hallaban también en la iglesia..., *jugándose la vida en ello; no en verdad porque pudiesen temer* otra feroz carnicería como la que hicieron los monfíes en los cristianos de aquel lugar el 25 de diciembre de 1568, sino porque la iglesia estaba, y creo que estará todavía, hundiéndose materialmente...

En el propio estado hallamos* después la de Mairena; también* por falta de algunos reales en que están *presupuestadas*..., digo, presupuestas,* las obras que habría que hacer para restaurar ambos templos (12,000 las de Nechite y 31,000 las de Mairena)...⁴³⁰

--¡Ah, señora España! (exclamamos entonces.)* ¡Mucho apresurarse a arrojar de la Alpujarra a los moriscos, como enemigos de nuestra Fe: mucho obligar a aquella tierra, con el hierro y con el fuego, a ser católica: mucho lamentarse hoy nuestros hombres de Estado de los progresos de la impiedad: mucho decir que el descreimiento religioso es la carcoma de la actual civilización: mucho consignar en nuestros presupuestos grandes partidas para *reparación de templos*: mucho sacar a los pueblos exorbitantes

⁴³⁰ La actual iglesia de Nechite, dedicada a su patrona, la Virgen de la Antigua, es una pequeña capilla. La iglesia parroquial original data de 1504, y se reconstruyó, al igual que la de Mairena, entre 1606 y 1610. En cuanto a la iglesia parroquial del Santo Cristo de la Luz de Mairena se comenzó a construir a mediados del siglo XVII (Carrascosa Salas 678 y 681).

contribuciones..., y he aquí dos feligresías que vanamente piden un día y otro que se les conserve la Casa de Dios, --único refugio que pueden hallar en sus tribulaciones los menesterosos que todavía no pertenezcan a la *Internacional*!

Por lo que respecta a los pobres párrocos, el llamado Gobierno se abstiene también de pagarles su dotación y la del culto... * --¿Qué le importa al Gobierno que los españoles tengan o no tengan ideas religiosas? ¿Qué le importa que tengan o no tengan principios morales? ¡Habría visto el Gobierno tantos pueblos que vivan y prosperen sin lo uno y sin lo otro! ¡Habría visto tantas sociedades, tantas civilizaciones, basadas en la negación de la inmortalidad del alma!...

--«¿*Qué falta hace Dios, existiendo la Guardia Civil?*»... (dirán acaso nuestros actuales gobernantes.)* --«¡*Y hasta, sin Guardia Civil!*...» (añadirán a fuer de liberales a la española.)*

--«¡*Con armar al pueblo, cada ciudadano defenderá su dicha como pueda!*...»* -- «¡*Justo!* --(responderán* los leones, los tigres y los chacales del desierto.) ¡*Así vivimos nosotros!*». ⁴³¹

Sin embargo: a fin de que nada falte a las funciones de Semana Santa que voy describiendo, ocurreseme *convertir esta página en una bandeja, ponerme a dar en ella golpecitos con la pluma, y exclamar, dirigiéndome a los católicos que sean millonarios:

--¡Para reedificar las iglesias de Mairena, y de Nechite!...

⁴³¹ Crítica de las ideas socialistas y marxistas que circulaban por España en el momento en que el autor escribe esta obra, "...época azotada por el frenesí ideológico", momento caracterizado "por las violentas luchas ideológicas". Sergio Beser, *Leopoldo Alas: Teoría y crítica de la novela española* (Barcelona: Editorial Laia, 1972) 87. Véase Parte Segunda, cap. V, donde defiende su postura sobre la religión católica. Recuérdese que precisamente en febrero de 1873 se proclama la Primera República.

A todo esto, nosotros habíamos rezado la susodicha Tercera Estación en lo que queda de la iglesia de Nechite, y considerado allí a Jesús en casa de Anás.

Anás había sido Sumo Sacerdote de los Judíos; pero ya no lo era. Sin embargo, tenía una hija casada con Caifás, el cual* acababa de comprarle a Herodes aquel pontificado en una gran suma de dinero¹; y sin duda por esta razón, y por respeto a sus canas y a las dignidades que había ejercido, condujeron a Jesús a su presencia antes que a la del Sumo Sacerdote en activo servicio; --o tal vez el mismo Caifás, por deferencia y obsequio a su suegro, se lo ordenó así al comandante de aquella gavilla².

«Y Pedro le seguía a lo lejos.

Y habiendo encendido fuego en medio del atrio, y sentándose ellos alrededor, estaba también Pedro en medio de ellos.

Una criada, cuando le vio sentado a la lumbre, lo miró con atención, y dijo: --Y éste estaba con él.

Mas él lo negó, diciendo: --Mujer, no le conozco.

Y un poco después, viéndole otro, dijo: --Y tú de ellos eres.

Y dijo Pedro: --Hombre, no soy.

Y pasada como una hora, afirmaba otro y decía: --En verdad éste con él estaba; porque es también galileo.

Y dijo Pedro: --Hombre, no sé lo que dices.

Y en el mismo instante, cuando él estaba aún hablando, cantó el gallo». --(San Lucas, cap. XXII.)

«Y Pedro se acordó de la palabra que le había dicho Jesús: 'Antes de que cante el gallo me negarás tres veces'.

Y habiendo salido fuera, lloró amargamente». --(San Mateo, cap. XXVIII)

¹ Así lo refiere San Jerónimo.

² Estas conjeturas son del Padre Scio.

Entre tanto, Anás interrogaba a Jesús sobre sus discípulos y sobre su doctrina, sin obtener más que esta contestación:

«Yo manifiestamente he hablado al mundo: yo siempre he enseñado en la Sinagoga y en el Templo, adonde concurren los Judíos, y nada he hablado en oculto. ¿Qué me preguntas a mí? Pregunta a aquéllos que han oído lo que yo les hablé: he aquí éstos saben lo que yo he dicho».*

Y Anás lo envió atado al Pontífice Caifás».

Entre Nechite y Mecina Alfahar (nuestra Cuarta Estación) media tan poca distancia como mediaría entre la casa de Anás y la de Caifás.

Algunos expositores se inclinan a creer que suegro y yerno vivirían en dos departamentos diferentes de un mismo edificio; y he aquí que precisamente Mecina Alfahar viene a ser el piso bajo de Nechite.

En efecto: estos dos lugares están situados el uno encima del otro, como la actual villa napolitana de Resina sobre el antiguo Herculano, sepultado por las lavas del Vesubio; y, a la manera que allí no hay más que sumergirse en una especie de escalera de palacio encantado para ir del pueblo vivo al muerto, así, para trasladarse de Nechite a Mecina, todo se reduce a bajar, durante seis u ocho minutos, unos escalones tallados por las aguas en las escarpas de la Sierra.⁴³²

Y muerto, o sea deshabitado, parecía igualmente Mecina Alfahar. Sus 382 hijos hallábanse todos reunidos en la iglesia, guardando el más profundo silencio, sólo

⁴³² *Escarpia*, 'clavo con cabeza acodillada, que sirve para sujetar bien lo que se cuelga' (RAE). Nueva analogía entre un lugar alpujarreño y una villa italiana, como se ha visto a lo largo de toda la obra, el punto de referencia para este tipo de analogías es su libro *De Madrid a Nápoles*.

interrumpido por el chisporroteo de las velas... --El Sacramento había sido ya encerrado en el «Sagrario abscondito».* Jesús estaba prisionero.*

Porque ya sabréis que* Caifás, muy poseído de su papel de Sumo Sacerdote, que tanto dinero le había costado, viendo que Jesús no respondía a los testigos falsos que declaraban contra él, preguntóle airadamente:

«¿Eres tú el Christo, el Hijo de Dios bendito?

Y Jesús le dijo: --Yo soy: y veréis al Hijo del hombre, sentado a la diestra del poder de Dios, venir con las nubes del cielo.

Entonces el Sumo Sacerdote, rasgando sus vestiduras, dijo; --¿Habéis oído la blasfemia? ¿Qué os parece?

Y le condenaron todos ellos a que era reo de muerte.

Y algunos comenzaron a escupirle, y cubriéndole la cara lo daban golpes y le decían: --Adivina.

Y luego por la mañana, teniendo Consejo los Príncipes de los Sacerdotes con los Ancianos y los Escribas y todo el Concilio, haciendo atar a Jesús, le llevaron y entregaron a Pilato». -(San Marcos, cap. XV.)

La explicación histórica de esto que* leímos y consideramos en la iglesia de Mecina Alfahar, *era que, formando entonces parte Jerusalén del Imperio Romano (Pompeyo la conquistó sesenta y cuatro años antes de Jesucristo), los Sumos Sacerdotes judíos habían dejado de ser Jueces de Apelación en lo criminal, y de tener derecho de vida o muerte. --Semejante* derecho correspondía ya al Pretor, o sea al Procurador o Gobernador que Roma* tenía en aquella provincia, el cual era hacía seis años un tal Poncio Pilato, o Pilatos, probablemente natural de la misma ciudad del Tiber,* y de fijo

tan disipado, escéptico y sibarita como todos los que hacían fortuna *bajo los auspicios del más corrompido de los Césares.

--¡Vamos, pues, a * casa de Pilatos! --exclamamos nosotros, saliendo con dirección a Mairena.

Para llegar a Mairena, distante de allí una legua escasa, tuvimos que subir muchísimo; pues este pueblo es quizás el más alto de la parte oriental de Sierra Nevada. Sin embargo, hacía tanto calor en aquellas lomas batidas de frente por el sol de Mediodía, que fuenos preciso descansar una hora en el pintoresco* Barranco de las Parras, a la sombra de unos arbolillos sin dueño, hijos naturales de un despeñado y sonoro torrente...—Y al propio tiempo almorzamos...--¡Porque a los caminantes no les obliga el ayuno!*

En Mairena, lugar de 987 almas,* y nuestra Quinta Estación, nos aguardaban algunos amigos procedentes de Laroles, que se habían adelantado hasta allí, con galante solicitud, a fin de acompañarnos luego a su pueblo, --donde debíamos pernoctar. --Por señas que, entre estos amigos, había uno de quien tengo que hacer especial mención; *pues trajo a mi memoria* *otra fisonomía* de la Semana Santa; su fisonomía *urbana* y *moderna*,* por decirlo así...

Era el tal un antiguo camarada mío de lecturas, polémicas y paseos melancólicos; que había residido en Guadix largos años, y que luego se había vuelto a la Alpujarra, donde nació, a esperar la vejez en medio de los suyos; el cual, al presentármese en aquel

extremo de la Sierra, parecía encargado de advertirme cuán cerca me encontraba* ya de mi horizonte nativo... y de aquella amada tierra en que juré hacer* el viaje que ya estaba terminando..., de aquella vieja Acci¹ en que habíamos pasado juntos tantísimos Jueves y Viernes Santos, cuando él era joven y yo adolescente...

Y, en efecto: no bien lo hube abrazado en las fragosidades alpujarreñas, donde* tan selvática figura nos daban* nuestros equipos montaraces, acudieron a mi imaginación* los tiempos en que conmemorábamos anualmente, con una regularidad casi litúrgica, la Pasión y Muerte del Redentor; ambos vestidos de ceremonia, como todo el *señorío* de Guadix;* de frac y en cuerpo *desde por la mañana hasta la noche; sin quitarnos los guantes blancos, el Jueves, ni los negros, el Viernes, sino para hacer aquella única comida diaria en que eran de rigor las natillas, el huevo-mol, el arroz con leche y otras dulces compensaciones del ayuno y de la vigilia; recorriendo a todas horas las once iglesias abiertas allí al Culto, o sea *andando las Estaciones* incesantemente..., la primera vez por amor a Dios, y las restantes por amor a las jóvenes... de aquel tiempo; formando parte de todas las procesiones, como hermanos que éramos de las principales cofradías, y muy satisfechos y orgullosos si, por ventura, resultábamos elegidos en ellas mayordomos para el año siguiente... --¡Oh! ¡Aquello sí que era estar en Semana Santa! ¡Aquello sí que era vivir! ¡Aquello sí que era ser hombres!...

No carecía, con todo, Mairena de títulos locales a la veneración de los romeros cristianos que acabábamos de llegar a sus puertas. Por el contrario: ningún pueblo de la Alpujarra recuerda un martirio tan imponente y grandioso, tan en consonancia con el de nuestro Divino Redentor, y cuya conmemoración fuese tan oportuna como el que padeció en 1568 el cura de aquel lugar bajo el poder de los monfíes...

¹ Nombre primitivo de Guadix.

He aquí los sentidos términos en que lo refiere un cronista de aquel tiempo¹:

«Hubo en Mairena una sola muerte, del bachiller Xauriqui², cura; pero digna de un gran soldado de Cristo.

»De la manera que los sedientos, si tienen poca agua, la beben muy despacio por engañar la sed, que no pueden matar, éstos, deseosos de sangre de cristianos, en la de uno que tenían se entretuvieron, por recrear más su crueldad, que no podían satisfacer.

»Primero le atormentaron con hambre quince días, dándole de comer pocas onzas de pan de alcandía. Al tiempo de su muerte le entregaron a la ira y escarnio de muchachos y mujeres. Después, abiertos los brazos, en modo de cruz, y atado a una higuera, le abrieron el costado derecho con una lanza. De allí con dos saetas le clavaron el vientre y pecho. Luego le cortaron las piernas. Tendido en el suelo tras esto, le sembraron de pólvora el cuerpo, e hinchieron la boca, y con la mecha del arcabuz pegaron fuego. La poca ánima que le quedaba con dos balas se la arrancaron. No solo como leones rabiosos se enrudelecieron sobre el vivo; despedazaron, como sacios buitres, el cuerpo muerto y echáronlo a los perros».

«*Me seguirás después*», había dicho Jesucristo a San Pedro. —Y San Pedro, al cabo de treinta y dos años, padeció efectivamente la muerte en cruz.

«*Me seguirás después*», había dicho al propio tiempo a todo el que lo quisiera oír.--Y, diez y seis siglos más tarde, un humilde sacerdote de la Alpujarra *seguía* también a Jesús; veíase crucificado en su santo nombre, y recibía en el costado derecho la lanzada de otro Longinos...⁴³³

¹ *Vida y hechos de Pío V, Pontífice romano, dividido en seis libros, con algunos notables sucesos de la Cristiandad de su Pontificado*, por D. Antonio de Fuenmayor. En Madrid, por Luís Sánchez. Año de 1595.

² Debe de ser Jáuregui. —Mármol escribe Geuregui.

⁴³³ *Longinos*, Según el Evangelio apócrifo de Nicodemo, fue el centurión romano que traspasó el costado de Cristo con una lanza. En el Evangelio de San Juan, 19:33-37 se encuentra el origen de la leyenda de la Santa Lanza, de gran tradición en la Cristiandad junto a la leyenda del Santo Grial.

¡Lisonjero martirio en verdad! ¿Qué mejor empleo de esta triste vida que perderla de semejante modo? --¡Creer en Cristo, Hijo de Dios vivo, y morir por Él y como Él... ¿qué mayor ventura? ¿qué mayor gloria?

Haciendo estas reflexiones, habíamos llegado* al Pretorio de Jerusalén, o sea a la casa del Gobernador de la Provincia Romana de Judea: --quiero decir; habíamos entrado en la iglesia de Mairena, donde nos tocaba considerar lo acontecido la primera vez que Jesús fue presentado a Pilatos.

Los Sacerdotes, Escribas y Prefectos del Templo judío se habían quedado a la puerta del Pretorio, por no contaminarse entrando durante de Pascua en* casa de un gentil, en* casa de un hombre impuro, en* casa de un *enemigo de Dios*; que tal era para ellos el Gobernador romano, el verdadero dueño de Jerusalén, el representante de aquel poderoso Imperio que había dado a Herodes Antipáter el Reino de los Macabeos sesenta y cuatro antes; que se lo había conservado a su hijo Herodes el Grande hasta su muerte, y que luego había dividido la Judea en cuatro pequeños reinos (Tetrarquías), repartiéndolos entre las personas que fueron más de su agrado. --No se había enojado, pues, Poncio ante aquel escrúpulo de los que en realidad eran siervos de Roma; y, pues que ellos no querían entrar en el Pretorio, él salió a la puerta, y les preguntó:

--«¿Qué acusación traéis contra este hombre?

Respondieron y le dijeron:

Si éste no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado. Pilatos les dijo entonces:

--Tomadle allá vosotros, y juzgadle según vuestra ley.

Y los judíos le dijeron:

--No nos es lícito a nosotros matar a alguno.

Volvió, pues, a entrar Pilatos en el Pretorio y llamó a Jesús, y le dijo:

--¿Eres tú Rey de los Judíos?

Respondió Jesús:

--¿Dices tú esto de ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?

Respondió Pilatos:

--¿Soy yo acaso Judío? --Tu nación y los Pontífices te han puesto en mis manos: ¿qué has hecho?

Respondió Jesús:

--Mi Reino no es de este Mundo. Si de este Mundo fuera mi Reino, mis Ministros sin duda pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos: mas ahora mi Reino no es de aquí.

Entonces Pilatos le dijo:

--¿Luego Rey eres tú?

Respondió Jesús:

--Tú dices que yo soy Rey. Yo para esto nací, y para esto vine al Mundo, para dar testimonio a la verdad: todo aquél que es de la verdad escucha mi voz.

Pilatos le dice:

--¿Qué cosa es verdad?¹

Y cuando esto hubo dicho, salió otra vez a los Judíos y les dijo: --Yo no hallo en el ninguna causa².

Mas ellos insistían diciendo:

--Tiene alborotado el pueblo con la doctrina que esparce por toda la Judea, comenzando desde la Galilea hasta aquí.

Pilatos, que oyó decir Galilea, preguntó si era galileo.

Y cuando entendió que era de la jurisdicción de Herodes, lo remitió a Herodes, el cual a la sazón se hallaba también en Jerusalén.»

¹ “Quizá profesaba Pilato la secta de los Pirrónicos,” dice el P. Erra.

² Hasta aquí San Juan, cap. XI: lo que sigue es de San Lucas, cap. XXII.

¡Con tan desdeñosa compasión y tal aire de superioridad e indiferencia trató el escéptico romano a Jesucristo y a sus acusadores! ¡Tan pueril debió de parecerle aquella pugna de dos religiones; a él, que de seguro no creía en ninguna y que cuando preguntaba «¿*Qué cosa es verdad?*», volvía la espalda sin aguardar la respuesta; sin considerarla posible!

¡Ah! ¡Cuán lejos estaba de imaginar el delegado de Tiberio que aquella altiva y prepotente civilización que él representaba; aquel Imperio Romano que daba leyes al mundo; aquella teogonía helénica que aún existía para las letras y para las artes, desaparecería de la faz de la tierra al cabo de tres o cuatro siglos, precisamente por falta de espíritu religioso, por falta de fe, por falta de Dios; y que entre tanto, la doctrina predicada por aquel humilde galileo, que él acababa de enviar a Herodes como una galantería política, imperaría en Roma, se extendería por todo el globo terráqueo, y serviría de cimiento a otra civilización, prodigiosa hasta en sus errores!

¡Y cuán lejos estaban también de imaginar aquellos sacerdotes hebreos, aquellos escribas, aquel Tetrarca de Galilea, aquellas turbas de Jerusalén, que el reo cuya muerte pedían a gritos era el porvenir del mundo, y que ellos, su descendencia, el pueblo judío, toda su raza, empezarían a pagar treinta años después el* crimen de haberlo desconocido y crucificado, quedándose como se quedarían sin templo, sin ciudad, sin patria, sin ley, para peregrinar eternamente por extrañas naciones, huéspedes molestos y despreciados en todas partes, verdaderos parias de la Humanidad, leprosos de la Historia, abominación del Cielo y de la Tierra!⁴³⁴

⁴³⁴ Esta reflexión de Alarcón que Manuel de la Revilla calificaría de “patética” parte del prejuicio antisemita sobre el destino de los judíos como errantes por castigo divino, que se remonta a una antigua interpretación de la Diáspora judía del año 70

Cuando empezó a refrescar la tarde, nos trasladamos de Mairena a la aldea de Júbar, compuesta de 46 casas y en cuya humilde iglesia nos correspondía rezar la Sexta Estación.

En cuanto al camino que anduvimos para llegar allí, no nos ofreció nada de particular, o, por mejor decir, nada nuevo. --¡Siempre el mismo espectáculo maravilloso! ¡Siempre la Sierra, levantándose sobre nosotros a la izquierda hasta invadir los cielos, y despeñándose a la derecha hasta encontrar el profundo lecho de los ríos; siempre nosotros avanzando hacia el Oriente, a media ladera de la empinada montaña; siempre la Alpujarra a nuestros pies, el mar a lo lejos, y, allende el mar, la costa de Berbería; siempre una grandiosa soledad, un inmenso horizonte, y un sol que parecía no lucir más que para nosotros..., o sea para que nosotros contempláramos aquel dilatado panorama sin accidentes humanos, aquel mapa sin fecha, aquel teatro del mundo, cuyos actores iba a buscar nuestra fantasía a través de diez y nueve siglos!

Llegados a Júbar, y una vez en su iglesia, el más gigantesco drama se desarrolló ante nuestra imaginación, ya que no ante nuestros ojos. ¡Parecíanos estar viendo aquellas series de vastas pinturas murales o de enormes tapices que cubren las amplias paredes de los claustros de algunas catedrales, representando escenas de la Pasión!...

d. Cristo, después de la segunda destrucción de Jerusalén por las tropas de Tito, general romano y emperador, más tarde, de Roma. El hecho de incorporar este antiguo prejuicio a su obra dio pie a que el autor fuese tachado de "intolerante de siete suelas.... enemigo implacable... de los judíos" (M. Kleiser¹⁸).

Herodes¹, alegrándose de ver a Jesús Nazareno, de quien tanto había oído hablar, y exigiéndole que haga* delante de él algún prodigio; --Jesús, callando tenazmente hasta desconcertarlo; -el Tetrarca, despreciándolo al fin, y devolviéndoselo, vestido de blanco, a Pilatos* en señal de irrisión; --la mujer de Pilatos pidiendo entre tanto a su marido que de ningún modo castigue* a Jesús y asegurándole que *toda aquella noche ha sido* atormentado su corazón gravemente en sueños por causa de aquel justo*; --Pilatos, empeñado en salvarlo a toda costa y diciendo a los judíos que opten entre el perdón del facineroso Barrabás y el de Jesús; --Barrabás preferido y puesto en libertad por los Sacerdotes y el pueblo hebreo; --Jesús azotado, vestido de escarlata, coronado de espinas y provisto de un cetro de caña, asomado por Pilatos al balcón del Pretorio, para ver si sus enemigos se contentan con aquel dolor y aquel escarnio del Nazareno, toman la cuestión a burla y lo dejan vivir; --los judíos, contestando al «¡*Ecce Homo!*» del compasivo romano, con aquel tremendo aullido: «¡*Crucifícale!*» que había de resonar en todas las edades; --Pilatos, en fin, vencido al cabo por el miedo al suspicaz y terrible emperador Tiberio, con cuya ira le amenazan los sacerdotes, lavándose las manos en presencia del pueblo antes de firmar la sentencia...: --tales fueron los cuadros que se representó nuestra mente en la iglesia de Júbar, al oír al clérigo que predicaba el Sermón de Pasión repetir estas palabras del Evangelio de San Mateo:

«Y viendo Pilatos que nada adelantaba, sino que crecía el alboroto, tomando agua, se lavó las manos delante del pueblo, diciendo:

¹ Herodes Antipas, Tetrarca de Galilea, nombrado por Tiberio. --Era hijo de Heródes el Grande, el que decretó la Degollación de los Inocentes. --Estaba enemistado con Pilatos, y éste, para reconciliarse con él, tuvo la galantería de enviarle a JESÚS y de cometerle el conocimiento de su causa. --Pilatos y Herodes se reconciliaron, en efecto, aquel día.

--Inocente soy yo de la sangre de este Justo. Allá os lo veáis vosotros.

Y respondiendo todo el pueblo, dijo:

--SOBRE NOSOTROS Y SOBRE NUESTROS HIJOS SEA SU SANGRE».

«Después de esto (díjonos el Padre Erra, cuya admirable historia llevábamos también a mano) vistieron a Jesús con sus ropas, y, puesta la Cruz sobre sus hombros, fue llevado al monte Calvario, para quitarle la vida en el suplicio».

Serían las cinco de la tarde cuando salimos de Júbar, con dirección a Laroles, postrimer pueblo de la provincia de Granada por aquella parte, término de nuestra jornada, y Última Estación que teníamos que andar; --pero Estación solemnísimas, compuesta de otras Siete, denominadas el *Via Crucis*.⁴³⁵

Dicho se está que en aquellos altos senderos de la Sierra, lo mismo que en los templos que íbamos visitando, los recuerdos sagrados del día y todo lo que con ellos se relacionaba eran nuestra única preocupación y el principal asunto de nuestras conversaciones. Así, pues; a la salida de Júbar hablamos mucho (paréceme estar oyendo aquella plática) acerca de la suerte que cupo sobre la tierra a algunos de los personajes que más figuraron en la parte casual y externa de la Pasión de Jesucristo; y por cierto que* nos causó disgusto, extrañeza, mística indignación, verdadero escándalo..., el ver cuán humana y sublunar y pedestremente siguieron rodando por este mundo los Jueces del Redentor, sin imaginarse el tremendo papel que debían representar sus nombres en la

⁴³⁵ *Vía Crucis*, (Camino o Estaciones de la Cruz). También se conoce como Vía Dolorosa.

perpetuidad de los tiempos, a causa de haber terciado en la Crucifixión de aquel galileo, irrisoriamente llamado «*Rey de los Judíos*».

¡Sobre todo, lo que las historias cristiana y gentílica aseguran de que este* Herodes acabó sus días en España, pugnaba con todos nuestros sentimientos religiosos, patrióticos y poéticos! --Que Poncio Pilatos volviese a Roma al año siguiente de la muerte de Jesús, y luego morase en Francia desterrado por otros motivos, y falleciese en Vienne, ciudad del Delfinado,* como cualquier otro *mortal, ya tenía algo de cruel, de sacrílego, de abominable...; ¡pero pasara!... ¡Allá se las compusieran los franceses!... -- Pero que un Herodes (¡el hijo del que mandó degollar a San Juan Bautista y el mismo que mandó entregar a Cristo* al ludibrio de la chusma!) viviese y muriese en paz en nuestra noble y piadosa tierra... ¡era una ferocidad sin ejemplo de la Madre Historia, --a quien no podíamos perdonarle aquel insulto hecho a la Madre Patria...

Bajaba entre tanto el sol a Poniente,* y principiaba a hacer frío en las desamparadas alturas que íbamos recorriendo. —Todos nos pusimos muy tristes.* --En nuestro corazón, como en la iglesia, aquel día no era ya *Jueves Santo*;* era *Viernes*... --- Quiero decir, que ya sentíamos* la fúnebre tristeza del aniversario de la muerte de Jesucristo, en virtud del patético y solemne cómputo, llamado *Vísperas*,* que enlaza melancólicamente* los júbilos y los dolores de la Cristiandad, haciendo que cada sol, al ponerse, dedique algunos de sus reflejos a un «*mañana*,» reflejo a su vez de un “*ayer*” pasado hace siglos.* --En suma: nuestra alma vivía ya en el día siguiente,* en la calle de la Amargura, en el Gólgota, en la Crucifixión, en el Entierro...*

Entregados íbamos a estas fantasmagorías, cuando de pronto, y como obedeciendo a un misterioso* conjuro, apareció ante nosotros, a un cuarto de legua de distancia, en *terreno más bajo que el que a la sazón recorriamos, un espectáculo asombroso, increíble, que nos pareció sobrenatural, y cuyo recuerdo durará tanto como nuestra vida... --¡Ningún poeta, ningún artista, ningún creyente, ningún místico, fue jamás tan afortunado como nosotros en aquel instante!...

He aquí lo que vimos, casi con lágrimas en los ojos...

Empezaré por declarar* que era pura y simplemente, el lugar de Laroles; esto es, una población mucho más extensa que las últimas que habíamos visitado, y situada de tal modo, que desde la altura por donde caminábamos* descubríamos a vista de pájaro* hasta el suelo de sus prolongadas calles, -- por las que no circulaba alma viviente...*

En cambio, fuera del pueblo, por el lado que mira a la Sierra, divisábase una apretada columna de seres humanos,* que, apoyándose todavía en las últimas casas del lugar, se dirigía hacia una eminencia no muy distante, donde *hormigueaba otra gran muchedumbre, como si aguardase la llegada de aquel numeroso cortejo...*

Éste avanzaba sin cesar, aunque muy lentamente, y los últimos rayos del sol nos permitieron distinguir,* de trecho en trecho, en medio de aquel cordón de seres humanos, algunas banderas, algunos puntos brillantes (que parecían armas) y algunas extrañas figuras levantadas en alto, alrededor de las cuales se apiñaba más y más la multitud, como si aquellas figuras fuesen los trágicos protagonistas de lo que allí pasaba.*

¡Misericordia de Dios! ¡Aquello era una representación material de lo mismo que estábamos pensando! ¡aquello era la visión profética del día siguiente! ¡aquella era Jerusalén! ¡aquél era el camino del Gólgota!... ¡Nuestra Última Estación había adquirido

los caracteres de la realidad! ¡Las escenas de la *Calle de la Amargura*, el *Via Crucis*, la cuesta del Calvario, y, en esta cuesta, el Divino Mártir y los dos malhechores Gestas y Dimas,* rodeados del pueblo judío y de los soldados de Roma, habían aparecido milagrosamente ante nuestros ojos, tal como los iluminó el sol del Viernes Santo hace más de diez y ocho siglos!...

Habréis adivinado, como nosotros adivinamos muy luego, que lo que teníamos ante la vista era una *Procesión de Pasos de Semana Santa* que se dirigía desde Laroles a una ermita situada en las afueras del pueblo; procesión en que irían sacerdotes de ahora.* Cofradías con banderas cristianas,* faroles levantados en alto, e imágenes de la Magdalena, de San Juan, de la Virgen María y de *Jesús-con-la-Cruz-a-cuestas*...

¡Pero haceos cargo de la situación de ánimo, del paraje y del momento en que nosotros columbramos aquel espectáculo, y adivinaréis también el efecto que nos causó! ¡Nunca un simulacro pudo llegar a tal grado de verosimilitud! ¡Aquello no parecía una representación, sino la misma cosa representada, la tragedia viva y fehaciente!...

S. P. Q. R. (*Senatus Populus -Que Romanus*),⁴³⁶ decían a nuestros ojos aquellos estandartes; y, en pos de ellos* creíamos ver marchar: primero a Gestas, el mal ladrón; luego a Dimas, el que se arrepintió en la Cruz y reconoció a Jesucristo; luego a Jesús, cayendo y levantando, ayudado por Simón Cirineo; aquí a la Verónica, saliéndole al paso y enjugándole el sudor y la sangre del rostro con el legendario lienzo; allí a las otras mujeres que le seguían llorando, y a las cuales dijo el Salvador: --«*Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos*»...; y, en torno de los sentenciados, a los verdugos, y, al frente de la comitiva, al centurión, y, cerrando la marcha, a los lanceros romanos, con Longinos entre ellos, y, detrás de toda aquella turba,

⁴³⁶ *Senatus Populus -Que Romanus*, (Senado y Pueblo Romano).

a la angustiada Madre, traspasado el pecho por la espada del dolor, pero magnánima y valerosa, como sabiendo que los pecadores necesitábamos de sus lágrimas al par que de la sangre de su Hijo...--El *Pasmo de Sicilia* de Rafael, los cuadros del divino Morales y de Sebastián del Piombo, todo el arte cristiano estaba allí ante nuestra vista, animado, palpitante, auténtico, llenándonos de santo pavor, de inmensa piedad, de punzantes remordimientos, de un amor sin límites* al que dio su vida por la felicidad del género humano.⁴³⁷

Entre tanto se había puesto el sol;* y las luces de los faroles y de los cirios comenzaban* a brillar entre las primeras sombras del crepúsculo; y el gentío se movía ya* en sentido contrario que antes...-- ¡Dijérase que *todo estaba consumado*, y que los deicidas regresaban en busca de sus hogares para esconderse en ellos con el horror y la duda dentro del alma! --Pero no era esto: era que la procesión* volvía a Laroles, después de haberse detenido un momento en la colina de la ermita... --mientras que nuestra cabalgata bajaba* por el otro lado hacia el mismo pueblo...

Ya era noche cerrada cuando penetramos en el lugar. --La procesión llevaba algunos minutos de estar de vuelta en el templo. Las mujeres, vestidas de oscuro, circulaban por las calles con sendos rosarios en la mano y con la más religiosa* tristeza en el rostro. Los hombres, envueltos en sus capas, capotes o anguarinas,⁴³⁸ se arremolinaban en grandes grupos, como preguntándose: --«¿Qué hemos hecho? ¿Si éstos que llegan a caballo serán los soldados de Tito que vienen a destruir la Ciudad y el Templo hasta no dejar piedra sobre piedra?»

⁴³⁷ *El divino Morales*, Luis de Morales, (1509-1586), pintor renacentista español nacido en Badajoz, apodado 'el divino' por el tema religioso de su obra. Sebastián del Piombo, Sebastiano Luciani, (1485-1547), pintor renacentista italiano nacido en Venecia, conocido como Sebastiano del Piombo por haber sido el encargado de los sellos de plomo (piombo en italiano) del Vaticano. Famoso por sus retratos, pinturas religiosas y mitológicas.

⁴³⁸ *Capotes y anguarinas*, *capote*, 'capa ancha y con mangas, usado especialmente por los militares'. *Anguarinas*, véase Parte Quinta, cap. III, nota 361.

Nosotros nos apeamos en la puerta de la iglesia parroquial,* rezamos nuestra Última Estación, y nos dirigimos a la casa en que se nos aguardaba....

¿Qué más os diré sobre aquel inolvidable Jueves Santo?

Todavía acuden a mi memoria dolorosas* reminiscencias de emociones vivísimas, todas ellas en consonancia con la santidad del día... --Pero tengo que concluir.

Me limitaré, pues, a daros alguna idea de lo que callo.

Recordaréis que la víspera pernoctamos en un hogar reciente e hicimos colación en compañía de un matrimonio nuevo. --Aquella noche, por la inversa, paramos en una casa de añeja historia, y cenamos con unos esposos ancianos, cuyos hijos y nietos moraban allá, en lo hondo de la Alpujarra, a* la orilla del mar, lejos de su vista, bien que felices, cuanto se puede ser en este mundo; --lo cual bastaba asimismo a la felicidad de los abuelos.

Vivían éstos, por consiguiente, solos en el hogar en que habían pasado tantos años; hogar que ya empezaba a apagarse, hogar que se apagó bien pronto... --(Cuando esto escribo, ha muerto el viejo y noble caballero que nos albergó aquella noche...)

Y allí, en aquella extremidad de la Sierra, al pie del Puerto de la Ragua (temeroso camino de Guadix, paso estratégico de los moros y región en que se han helado tantos viajeros), aquel anciano y yo* conmemoramos a algunos vivos y a algunos difuntos que habían establecido cierta especie* de parentesco entre la ciudad y el lugar que separan las eternas nieves... --Estaba allí, por ejemplo, alguien que* tenía enterrado en Guadix al que le dio el ser, y en Laroles al que le dio la vista... --¡Había, sí, mucho que amar, mucho que

recordar, mucho que agradecer en aquella melancólica velada! --¡Y hoy, como veis, se ha aumentado el número de los muertos!... --*Requiescant in pace*.⁴³⁹

Ya muy tarde, nos asomamos a un balcón, a fin de contemplar la Alpujarra a luz de la luna. ¡Era la última vez (acaso en toda nuestra vida) que podríamos disfrutar de aquel grandiosísimo espectáculo!...--A la mañana siguiente bajaríamos de Sierra Nevada, con dirección a la costa y de vuelta ya para el mundo...

Pero ¿qué hoguera, qué incendio, qué volcán de luz era aquel que divisábamos como a tres leguas de distancia, en medio de los montes alpujarreños? ¿Era un pueblo que ardía? ¿Era una isla de fuego en medio de un mar de tinieblas? ¿Era un túmulo inmenso, el túmulo de Cristo, adornado de millares de blandones? ¿Era otra visión profética del Viernes Santo?

Pronto supimos a qué atenernos.--Aquel ascua de oro era el lugar de Jorairátar, iluminado profusamente por sus devotos moradores, a fin de que los pueblos y cortijos comarcanos supiesen que aquella noche, a las nueve,* se predicaba allí el *Sermón de la Soledad*...

Para que forméis idea del número de luces que producían* semejante iluminación, os diré que en todas las ventanas, balcones y azoteas de cada una de las casas del lugar ardía a aquella hora (según nos explicaron) una apretada hilera de caracoles llenos de aceite y provistos de una torcida; --¡lo cual significa que pasarían de diez mil aquellas luminarias!

Figuraos lo que sentiríamos en tal momento: Figuraos el laberinto de oscuros montes que había a nuestros pies; figuraos la indecisa claridad de la luna, mezclada con

⁴³⁹ *Requiescant in pace*, (en paz descansen).

las sombras de la tierra, refulgiendo en la despejada atmósfera y reverberando en el lejano mar; figuraos a esta misma luna, sola en el espacio como un alma en pena; figuraos la religiosa tristeza de aquella noche, después de los santos* recuerdos que habían llenado toda nuestra jornada,* y figuraos, por último, aquellos miles de luces, que parecían estrellas bajadas del cielo para hacer compañía a María en las negras horas de su *Soledad*, y no extrañaréis el místico idealismo que se apoderó de nuestra alma...*

Entre tanto, las nieves de la Sierra, aquel *Monumento* que, según nosotros, servía en la Alpujarra* de Solio, de Cárcel y de Sepulcro a Jesús Sacramentado, continuaban brillando,-- como habían de brillar* toda la noche, --al modo de* las luces de los *Sagrarios* en los grandes templos de la Cristiandad...

¡Toda la noche, sí!... --Y, durante ella, este padre sin ventura no dejó* un solo momento de mirar de hito en hito, con los ojos del corazón,* aquel esplendoroso altar de puras nieves, velándolo piadosamente* hasta el amanecer, y buscando, entre los ángeles que lloraban el Sacrificio del Señor, la faz idolatrada de la tierna hija que acababa de arrebatarme la muerte...*

Y aquí ya no hay palabras con que* seguir hablando de la noche del Jueves Santo.⁴⁴⁰

⁴⁴⁰ Explícita alusión a la muerte de su hija, como sabemos, una de las razones principales de su viaje. Véase Prolegómenos, p. 8. En la edición de 1874, al contrario de la edición de 1882, el autor no hace mención directa y personal de la muerte de su hija. Véase A.C. Una velada alusión a este triste suceso en la vida del autor también aparece en Parte Tercera, cap. III.

VI

El Viernes Santo. --Cuadro sinóptico de la Alpujarra y de la presente obra.

Al coger hoy la pluma para reseñaros este supremo día de nuestra excursión por la Alpujarra, --durante el cual vimos, con los ojos de la imaginación, desenlazarse y concluirse las grandes historias que habíamos recordado en sus valles y montes, --se me representa, y paréceme contemplar en lontananza, el siguiente vastísimo *Cuadro*, alegórica suma de todo aquel viaje, de todo lo que en él pensamos, soñamos y sentimos, de todo lo que ha sido y es la tierra alpujarreña, de todo lo que constituye el fondo de la presente obra.

Mirad.* Una inmensa Cruz campea en los aires, en lo más alto de Sierra Nevada, mostrando sus brazos abiertos al continente africano, como en ademán de conjuro fulminado contra el islamismo. --En aquella Cruz expira el Salvador del mundo. --Son las tres de la tarde del Viernes Santo.

A cada lado del Árbol de la Redención hay otra cruz más pequeña, en las cuales están clavados dos criminales, dos malhechores, dos facinerosos; pero que no son Dimas y Gestas, sino dos reyes moriscos, dos renegados, dos descendientes de Mahoma,* que recibieron el agua del bautismo y luego se bañaron en sangre cristiana. --El de la derecha, el que ocupa el lugar del buen ladrón, es aquél que, no sólo dijo haber delinquido* por vengar a su padre, sino* que se declaró cristiano a la hora de la muerte: es Aben Humeya.

--El de la izquierda es el perpetuo traidor, la personificación del odio, el réprobo impenitente: Diego López Aben Aboo.

Detrás de la Cruz de Jesucristo se ven de un modo vago, cual si fuesen reflejos de ella o espejismos crepusculares, otras cruces indecisas que se desvanecen y pierden en el espacio, en número infinito, y de las cuales penden, ora desnudos, ora vestidos con ropa talar, unos desconocidos, aunque históricos personajes... --Son los sacerdotes alpujarreños martirizados por los monfíes.

La aureola de luz seráfica que rodea la faz de Cristo se refleja en el lívido rostro de aquellos mártires que *lo siguieron después*. --La Iglesia los ha reconocido como Héroes de la Fe cristiana. --Los semblantes de Aben Humeya y Aben-Aboo permanecen en la sombra del pecado; pero en los ojos del primero, alzados hacia Jesús moribundo, empiezan a lucir el arrepentimiento y la esperanza...

A los pies de todas aquellas cruces, y formando varios grupos en las agrias laderas de la Sierra, se ven millares de cadáveres; aquí de caballeros castellanos; allí de turcos y moros; ora de moriscas pasadas a cuchillo con sus pequeñuelos en los brazos; ora de cristianas asesinadas al pie de los altares... --Arden más abajo iglesias y mezquitas.-- Véanse pueblos derruidos, despoblados, arrasados completamente. --Luego se divisa el Mediterráneo, cubierto de bajeles atestados de moriscos y judíos... Los barcos zozobran al peso de los desterrados; hasta que al fin se hunden..., y el mar queda cubierto de náufragos que desaparecen poco a poco... --¡Ancianos, niños, mujeres... todos son pasto de las olas!

D. Juan de Austria, el marqués de Mondéjar, el de los Vélez y el duque de Sesa, en devota actitud, están sobre una colina, vuelta la espalda a los expulsados hebreos y musulmanes, y adorando al Crucificado....

--«Padre mío, perdónalos, que no saben lo que se hacen», --exclama Jesús luchando con la agonía.

--¡Nosotros no perdonamos! --responden a lo lejos Felipe III y los Inquisidores.

En otro lado, casi un siglo más atrás, Isabel la Católica, el arzobispo Hernando de Talavera, el conde de Tendilla y otros capitanes de la Conquista de Granada intervienen también por los moriscos, aconsejan la tolerancia y la persuasión, esperan redimirlos por el amor y la caridad...*

Pero allí acontece lo mismo: Cisneros y los dos Dezas les responden implacablemente:

--«¡Nulla est Redemptio!»⁴⁴¹

Y expira Jesús; y queda despoblada la Alpujarra; y la soledad y la miseria hacen su guarida del* inmenso ámbito recortado a nuestro alrededor por la corva cuchilla del horizonte.

Y el *Cuadro* principia a desvanecerse, a disolverse, a transformarse...

Y son los días de este siglo... --Penachos de humo flotan sobre los barcos que cruzan por delante de la Alpujarra. --El ferrocarril silba a lo lejos. --La raza vencedora puebla ya las tahas morunas y reedifica los pueblos que habitaron los árabes... --Lo único que no se reedifica son las antiguas iglesias cristianas. --La exportación de frutos y la industria minera van enriqueciendo el país... --Pero turbas más feroces, más impías, más antiespañolas, más anticristianas que los agarenos, pululan en los desiertos de la

⁴⁴¹ Véase Parte Tercera, cap. I, nota 189. En este contexto: (No hay redención).

incredulidad, sedientas de pillaje y de exterminio, de oro y de sangre, de groseros goces y de salvaje independencia. --La *Internacional* va apoderándose de España.

Y he aquí que una voz exclama entonces: --¡*Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos* en que había moros y cristianos; en que cada cual luchaba y moría por su fe; en que el idealismo dirigía las acciones humanas; en que esta corta vida era como un torneo en que se disputaban los hombres el derecho a la inmortalidad; en que el alma era señora del cuerpo, y no su esclava y su cautiva; en que todos se consideraban iguales, no porque todos se creyesen dioses, sino porque todos sabían que no eran nada ni nadie ante Dios; y en que el Error consistía, no en desconocer (como se desconoce ahora) que tenemos espíritu, y que nos espera otra vida, y que Dios nos aguarda en ella, sino únicamente* en la elección de los medios para lograr tan altos fines!... ¡*Dichosa edad, sí, y dichosos siglos aquéllos*⁴⁴² en que había mahometanos y judíos en España, en lugar de ateos o de pirrónicos, y en que se sublevaban los pueblos por su fe propia, y no, como hoy, por la hacienda ajena!⁴⁴³

Esto dice aquella voz...; --y, mientras sus ecos se pierden en el vacío, el cuadro se desvanece de nuevo...

Y ya no queda ante mis ojos, de tanto como vi y medité en la Alpujarra, sino las descoloridas páginas de un libro --que también se llevará el aire...

⁴⁴² *Dichosa edad sí, y dichosos siglos aquéllos*, tópico renacentista de tradición clásica grecolatina que ensalza las excelencias de una mítica edad dorada, recogido por Cervantes en el famoso discurso sobre la Edad de Oro de Don Quijote ante Sancho y los perplejos cabreros de Sierra Morena: Parte I, cap. XI. Éste es un ejemplo más de las muchas referencias a la obra de Cervantes que encontramos en el presente libro de Alarcón.

⁴⁴³ Este párrafo y el anterior expresan las ideas de Alarcón sobre la filosofía marxista que surge en el XIX. Ideas que, según hemos podido comprobar, el autor ha ido intercalando a lo largo del texto.

VII

Bajada a Ugíjar. --Pasamos por Picena y Cherín. --Ugíjar en Viernes Santo y en los demás días del año. --El Cortijo de Unqueira. --Las Tres de la tarde. --Muere Jesús entre dos ladrones.

Acabáis de ver el *Cuadro* que nos ofreció la Alpujarra al *anochecer* del Viernes Santo de 1872...

Pero como para vosotros, lectores, todavía no ha *amanecido* aquel día solemne; como nos habéis dejado en las alturas de Sierra Nevada, dentro del lugar de Laroles, viendo transcurrir las fúlgidas horas de la noche del Jueves Santo, y como es deber mío no prescindir ni un momento de vuestra compañía hasta que termine esta peregrinación, voy a deciros de qué manera fuimos al cabo a Ugíjar, tradicional metrópoli de la Alpujarra; en qué paraje y de qué modo pasamos la tristísima hora de las Tres de la tarde,* y cuál fue en realidad el fin que tuvieron Aben Humeya y Aben Aboo, a quienes hemos visto en la precedente sinopsis hacer el papel de Dimas y de Gestas y expiar sus crímenes al propio tiempo que Jesús expiaba los del linaje humano...* --Voy, en una palabra, a descomponer el *Cuadro* que acabo de pintar, y a referiros por separado cada uno de sus tremendos episodios.

*Serían las seis de la mañana cuando partimos de Laroles y emprendimos la bajada de la Sierra.

Nos dirigíamos a Ugíjar; pero nuestro ánimo era únicamente pasar por en medio de la población, sin extendernos a estudiarla, pues no nos parecía el Viernes Santo día a propósito para curiosear profanamente en un pueblo cristiano, cuyos moradores estarían entregados completamente a sus obligaciones religiosas.

--Si hoy nos paramos en alguna parte, (dijimos desde luego), será en solitarios cortijos, y a la noche iremos a dormir a Murtas, donde ya se nos trata en familia.

Había amanecido un día hermosísimo, asaz impropio de sus lúgubres recuerdos... Sin embargo, sobre el Mulhacén se veía una nubecilla torva, que bien podía presagiar un eclipse y un terremoto para las Tres de la tarde...

A la media hora de camino (bajando siempre), pasamos por el lugar de Picena, cuyo número de habitantes era casi inútil averiguar aquel día en que podían aumentarse con los muertos... --como diz⁴⁴⁴ que sucedió en Jerusalén cuando expiró Jesús: que «se dejaron ver muchos difuntos que habían vuelto a tomar sus cuerpos»... --(San Mateo, capítulo XXVII). --Con todo, nosotros, siguiendo nuestra costumbre, inquirimos allí que Picena, a las siete de la mañana, tenía 936 habitantes, incluso aquéllos que estaban trabajando en lo hondo de las minas de Sierra de Gádor, o sea en los mismísimos Infiernos.

Después de otro descenso de media legua, llegamos a la planta baja de la Alpujarra...: Esto es, a la llanura de Ugíjar.* —Sierra Nevada pertenecía ya a... nuestra historia.

⁴⁴⁴ Diz, Véase nota 352.

Estábamos en Cherín.⁴⁴⁵

Cherín, cuya población es algo más numerosa que la de Picena (979 habitantes), hállase situado en muy* riente posición, a orillas de un río que fluye entre pacíficas alamedas, después de haber bajado despeñado de las alturas del Puerto de la Ragua...

Este río, llamado en todo lo alto río de Laroles; en seguida río de Picena; río de Cherín en aquel sitio, más abajo río de Lucainena, y que acaba por ser el caudaloso río de Adra, constituía, en el paraje en que a la sazón nos encontrábamos, la frontera de las provincias de Granada y de Almería; y nosotros nos solazamos mucho rato en pasar de una margen a otra, o en marchar por en medio de la corriente, a igual distancia de ambas orillas, diciendo: --«Ahora estamos en Granada... --Ahora estamos en Almería...-- Ahora no estamos en ninguna parte...»: lo cual reconozco que no estuvo bien hecho; pues era jugar con la autoridad* de los *límites*, --respetables e interesantes siempre, como los aniversarios, como las edades críticas, como cada 31 de diciembre, o como las Columnas de Hércules del sepulcro..., --en las cuales unos leen «*Plus ultra*» y otros «*Non plus ultra*» antes de pasarlas, o sea cuando están vivos..., pero que todos pasan al fin con los ojos cerrados y más amarillos que la cera, como si temieran alguna cosa...

Nuestro buen amigo el joven médico de Cherín nos hizo descansar algún tiempo en aquel pueblo.--Verdaderamente no teníamos prisa. --Además, en Cherín teníamos que resolver* sobre si subiríamos o no a la próxima Taha de Andarax, cuyo camino arranca allí mismo...; optando al fin por la negativa, en atención a que (según nuestros informes)

⁴⁴⁵ *Cherín*, pequeño núcleo de población perteneciente al término municipal de Ugíjar.

ni en el Laujar, ni en el Presidio, ni en el Fondón quedaban rastros algunos de Aben Humeya¹, ni de Boabdil, ni del Zagal, ni de Cid Hiaya; en atención también a la santidad del día, que entibiaba en nuestro espíritu todo entusiasmo poético por los musulmanes, y en atención, por último, a que ya nos íbamos cansando de rodar por valles y montes...*

Nos encaminamos, pues, desde Cherín hacia Ugíjar, que era, en aquel punto y hora, el principal objeto de nuestra curiosidad y nuestras ansias, y de la que sólo nos separaban ya dos o tres colinas muy suaves... Pero nos habíamos detenido tanto tiempo en las andanzas de aquella mañana, que ya marcaban las doce nuestros relojes y el padre sol,* cuando descubrimos, en medio de amenísimos* campos, la insigne residencia de los antiguos corregidores; aquella población que calificaba Mármol hace trescientos años de* «*Ciudad no menos noble que las otras del Reino de granadino*».

--¡Al paso, señores, y armas a la funerala; que hoy* es Viernes Santo!...-⁴⁴⁶
exclamamos entonces respetuosamente.

Y penetramos en Ugíjar con el mayor recogimiento y compostura.

En efecto: eran las doce. --Así nos lo advirtió el árido, triste, cadavérico ruido de la *carraca* de madera que en aquel día fúnebre da las horas en las torres de los templos;⁴⁴⁷

¹ En el *Laujar* hay una calle denominada de «Aben-Humeya», en la cual encuéntrase cierta casa,-- propia hoy de los herederos de D. Antonio López, --que dicen está edificada en el solar de la en que ABEN-HUMEYA fue asesinado. --Es una casa relativamente moderna, sin ningún carácter ni accesorio monumental. Ignórase, pues, si la tradición tiene algún fundamento.

⁴⁴⁶ *Armas a la funerala*, 'Manera de llevar las armas los militares en señal de duelo, con las puntas hacia abajo' (RAE)..

ruido que parece formado por el choque de muchos huesos de muerto, y con el cual recuerda a cada instante la Iglesia a los fieles *el leño de la Cruz*; --así como el silencio de las campanas, (que representan a los Apóstoles) significa de qué manera callaban éstos a la sazón o estaban ocultos en la ciudad deicida...

Según habíamos convenido, cruzamos por en medio de la villa de Ugíjar, (entrando por Levante y saliendo por el sur), sin detenernos en ella. *—Las calles, limpias y bien empedradas; la plaza, llana, extensa con soportales; las casas, de simpático aspecto en su generalidad, muchas de ellas con grandes balcones, tras de cuyos cristales blanqueaban elegantes cortinillas, que se levantaban a veces para mostrarnos una bonita, curiosa y aristocrática cabeza de mujer..., todo, todo en aquella población tenía el carácter *aseñorado* (palabra de mi tierra) correspondiente a los títulos históricos de la actual cabeza de partido,⁴⁴⁸ --elevada a ciudad por Boabdil cuando residió en la Alpujarra, y degradada más tarde de esta categoría por los cristianos, sin duda para borrar aquel recuerdo del Rey Chico.

La absoluta soledad y el consiguiente silencio que reinaban* en las calles y en la plaza, cuyas tiendas estaban cerradas, como supondréis,* decían muy alto cuán a rigor se llevaba en aquella ilustre villa la santificación del Aniversario de la Muerte de Jesús. --En la iglesia habían terminado los *Oficios* y cantándose las *Vísperas* con la anticipación que aquel día es de rúbrica, y en seguida los sacerdotes habían desnudado los altares, en recuerdo de cómo los judíos desnudaron a Cristo para crucificarlo y se repartieron sus vestiduras y echaron suertes sobre su túnica inconsútil...--Así nos lo dijeron algunos

⁴⁴⁷ *Carraca*, 'Instrumento de madera en que los dientes de una rueda, levantando consecutivamente una o más lengüetas, producen un ruido seco y desapacible' (RAE). Vocablo utilizado ya en Parte Primera con la acepción de antiguo medio de transporte marítimo. Véase nota 67.

⁴⁴⁸ Ugíjar fue centro jurídico administrativo de la Alpujarra desde el siglo XIV al siglo XVII. En el siglo XIX, fue nombrada cabeza de partido por el Real Decreto del 21 de abril de 1834 promulgado por Isabel II. Tras la reforma judicial de 1965, Ugíjar dejó de ser cabeza de partido pasando a depender del partido judicial de Órgiva (Carrascosa Salas 188 y 499).

naturales* de Ugíjar que habían estado por la mañana en los *Oficios* y salido luego a Cherín a aguardarnos: por todo lo cual no entramos en la iglesia, que ya estaría* sola y huérfana... como las demás* del orbe católico, --y dímonos prisa a evacuar aquel pueblo que profanaban y perturbaban en tal día* las pisadas de nuestros caballos.

Pero no era cosa de alejarnos* así de Ugíjar, la población más calificada del territorio alpujarreño. --Nos detuvimos, pues, una media hora,* aunque sin echar pie a tierra, en las márgenes de su río..., todavía a la vista de sus últimas casas..., y allí, a la fresca sombra de algunos arbolillos, platicamos extensamente sobre el estado actual de la villa, y hasta leímos varios apuntes relativos a su noble historia.*

He aquí el resumen de aquella sesión extramuros.*

La antigua plaza fuerte de Uxíjar encierra hoy 3,432 habitantes, incluso los que moran en los ciento catorce* cortijos, molinos, etc., de su jurisdicción y en los caseríos de la Cantera y de Montoro (o río de Yátor), situado el primero a media legua y el segundo a una legua de la villa, y cada uno compuesto de unas cuarenta casas.

Desde hace cuatro años, hay en Ugíjar una fábrica de filatura de seda (con doscientas operarias, establecida por unos industriales de Lyon de Francia) que va haciendo revivir en todas aquellas tierras la cría de la preciosa oruga y de los morales y moreras que la nutren. --Los campos producen todo lo necesario al consumo de la población. Expórtase algún aceite, del cual hay varios molinos. En las ramblillas defendidas por la Sierra se ven cada día más naranjos, bien que no en el terrible barranco

de Nechite, por donde a veces baja encañonado un aire frigidísimo, sin el cual aquellos terrenos serían casi tan templados como la costa.*

El carácter principal y culto que siempre ha distinguido a Ugíjar se revela en muchas cosas, además de las ya apuntadas. --Su hermosa iglesia fue en otro tiempo colegiata, con sus correspondientes canónigos. --Había además un convento de frailes, cuyo local subsiste. --Abundan las casas antiguas de aire nobiliario. --Hay alumbrado público de noche, y un sereno..., cosas ambas muy de notar en la Alta Alpujarra.* --El casino, que tiene fama de excelente, está suscrito a dos periódicos conservadores (*La Época* y *La Política*), y en sus salones se dan con frecuencia bailes de sociedad! --La iglesia del ex-convento está habilitada para teatro, en el que suelen funcionar algunas compañías de la legua.⁴⁴⁹ --El correo es diario.--La estación telegráfica de que se sirven (la de Berja) sólo dista tres o cuatro horas. --¡Los domingos hay misa de once! --Las gentes *se visten*, o sea se componen, para ir a paseo. --Éste, en el invierno, es a la ermita de San Antón, pasando cerca del cementerio. --[En] el verano, el señorío va por las tardes a la magnífica Fuente del Arca, y, a la noche, toma el fresco en un paseo de acacias que hay a la puerta de la iglesia parroquial.* --En tiempo del corregimiento paseaban los *Cuellos* (así se llamaban los caballeros, o currutacos) en los soportales de la plaza a la hora de la siesta, mientras llegaba la de ir a la fuente susodicha. --Hoy los *flaneadores* prefieren como lugar de *parada* cierta esquina que hay entre la Plaza de la Constitución y la de los Caños.⁴⁵⁰

⁴⁴⁹ *Compañías de la legua*, Pequeñas compañías de teatro deambulantes que representaban en pueblos o al aire libre, generalmente formadas por actores desconocidos o de segunda categoría. Alarcón alude a éstas en la "Historia de mis libros" al hablar de su primer contacto con la poesía de Espronceda y Zorrilla en Guadix.

⁴⁵⁰ *Flaneadores*, 'De flanear, (fr. *flâner*) galicismo por callejear', callejeros, paseantes (RAE).

Hasta aquí la Ugíjar de ahora. --Hojea sus antiguos anales* equivaldría a revolver toda la historia de la tierra alpujarreña.

Afortunadamente, no hay para qué hacerlo: el presente libro va lleno del nombre de aquella villa, y, además, poco pudieran ya interesaros ciertos pormenores en las postrimerías de esta obra.* --Me limitaré, pues, a referiros un solo hecho, que tiene algo que ver con su parte histórica y dramática.*

Cuando estalló la rebelión de los moriscos, había en Ugíjar* una alcaldía mayor, dependiente del Corregimiento de Granada, con jurisdicción en toda la tierra alpujarreña.* Era entonces alcalde* el licenciado León, quién,* avisado por el abad mayor, maestro D. Diego Pérez, de que iban a alzarse los agarenos, publicó un bando para que todos los cristianos se refugiasen en la iglesia, *pena de la vida* (!), a fin de librarse* de mil turcos y berberiscos que marchaban contra aquel pueblo. --Esta exageración y simpleza produjeron* la incredulidad consiguiente, y los cristianos se reían diciendo que «¡por dónde iban a ir los turcos a Ugíjar!»

¡No fueron, en verdad, turcos... (por entonces; que luego sí) los que entraron en la confiada villa alpujarreña...; pero fueron monfíes, capitaneados aquella vez por Aben Aboo, que tenía agravios que vengar de las autoridades civil y eclesiástica! --Aben Humeya, que lo supo, y como grande amigo que era del abad y de otros cristianos de Ugíjar, viendo el peligro en que se hallaban, montó a caballo en Válor y corrió aceleradamente a su defensa... --Pero, cuando llegó, ya era tarde. --El abad, seis canónigos, el alcalde mayor y doscientos treinta y dos cristianos más habían muerto degollados..., el mismo día en que conmemora la Iglesia la Degollación de los Inocentes...

Aben Humeya increpó con terribles frases a su primo Aben Aboo a la vista de aquellos* horrores, en tanto que lloraba piadosamente al abad y a sus otros amigos...

Aben Aboo le volvió la espalda con desvío.*

¡La fatalidad mostró siempre empeño en alimentar* un lago de sangre entre los dos descendientes de Mahoma que reinaron en la Alpujarra!

De los campos de Ugíjar (que atravesábamos poco después, alejándonos ya definitivamente de la que fue ciudad) pudiera decirse lo que el gran poeta árabe-español Ibn-Aljathib dijo de la vega de Guadix en su *Descripción del Reino de Granada*: «que allí todo languidecía, excepto el aura de la Primavera»; --inspiradísima frase, que es más una melodía que un concepto.

Efectivamente, los campos de Ugíjar, labrados en anchurosas paratas,⁴⁵¹ compiten en amenidad (ya que no en extensión) con los primeros del mundo. --¡Qué rozagantes trigos! ¡Qué variedad de frutales! ¡Qué infinidad de flores!

Además: sus legumbres,* tienen fama en muchas leguas a la redonda... --Pero nosotros no llegamos a probarlas. --¡Estaría escrito!

Discurriendo sobre estas cosas, pasamos por delante del Cortijo de Unqueira.

El sol se había nublado. Aquella nubecilla que vimos por la mañana sobre la cumbre del Mulhacén cubría ya todo el firmamento...

Eran las dos de la tarde...

⁴⁵¹ *Parata*, '(Forma andaluza mozár. de *parada*) Bancal pequeño y estrecho, formado en un terreno pendiente, cortándolo y allanándolo para sembrar o hacer plantaciones en él' (RAE).

--Detengámonos aquí... (nos dijo el dueño del Cortijo de Unqueira, que iba con nosotros).^{*} Esperemos en esta soledad a que pase la suprema hora de las Tres; la hora de Nona; la hora en que murió Jesús.--¡Parece mal afanarse en tales momentos por nada de la vida!^{*}

A la puerta de aquel cortijo había muchos naranjos. Su opimo⁴⁵² fruto y un poco de pan casero,^{*} fue lo único que consentimos en tomar allí como parvedad, sin embargo de nuestra inmunidad de caminantes...^{*}

Ayunábamos.--¿Qué menos podíamos hacer como homenaje a la memoria del Bienhechor del mundo?^{*}

*Ecce lignum crucis.*⁴⁵³

La tremenda hora iba a sonar en el reloj de los siglos.

Desde las doce hasta las tres, o sea^{*} de la hora de Sexta a la de Nona, durante las cuales Jesucristo luchó con la Muerte, reinaron las tinieblas sobre la Tierra: el sol y la luna aparecieron eclipsados, «no de un modo natural (que era imposible), sino como privados de vida por el horror y el duelo» (dice un Santo Padre). «Las estrellas brillaban como en medio de la noche. Un frío espantoso reinaba en la árida cima del Calvario»...--añaden los Santos Libros.

Y Jesús pronunciaba de vez en cuando, desde el Árbol de la Redención, las últimas palabras de su Testamento.

⁴⁵² *Opimo*, '(Del latín *opimus*), rico, fértil, abundante' (RAE).

⁴⁵³ *Ecce lignum crucis*, (He aquí el madero de la cruz).

En la Alpujarra llovía...

Dijérase que el Cielo y la Tierra se habían reunido para llorar juntos.

Por delante del Cortijo de Unqueira vimos cruzar varios curas, en distintas direcciones, todos ellos a caballo y muy de prisa...

Parecían los Discípulos de Jesús, corriendo atribulados por las cercanías de Jerusalén en aquel temeroso instante...

Eran sacerdotes que se trasladaban de un pueblo a otro, a leer la Pasión y a predicar, a fin de que no faltase en ninguno de ellos quien representase el luto de la Iglesia al expirar el Hijo del Eterno Padre.

Flectamur genua... --¡Arrodillémonos!... Exclamó en esto un noble anciano que nos acompañaba desde la Sierra.*

Eran las Tres.*

--«¿Ha muerto tan pronto?» --exclamó Pilatos, cuando el senador romano Joseph de Alimatea le pidió el cuerpo de Jesús para enterrarlo antes de que se pusiera el sol.⁴⁵⁴

⁴⁵⁴ *Joseph de Alimatea* o Arimatea. Según la tradición cristiana era el propietario de la tumba donde fue depositado el cuerpo de Cristo. Era judío, no romano, y desempeñaba el cargo de decurión (jefe de una decuria o milicia) del Imperio romano. Su nombre está asociado a la leyenda del Santo Grial. Fue tema de una pintura del artista renacentista italiano Pietro Perugino, (1450-1523).

--¡Sí, Pilatos, magistrado de la impía Roma; sí, sacerdotes de la antigua ley hebrea; sí, pecadora raza de Adán: Jesús ha muerto... ¡El Sacrificio se ha cumplido! --¡El mundo acaba de transformarse!—Tal pudo contestar el senador al prefecto romano.*

¡Sí! había muerto Jesús,* y en la cumbre del Gólgota sólo respiraban* ya una angustiada Madre, Madre también del género humano; el dulce Apóstol que pugnaba* por apartarla del pie de la Cruz, y dos malhechores, Dimas y Gestas, arrepentido el uno e impenitente el otro, luchando ambos con los pavorosos crepúsculos de la eternidad...*

Así lo había visto, con los ojos de la devoción y como si fuera un hecho presente, el anciano que nos acompañaba; y por eso sin duda repitió las palabras que en aquella hora sonaban en todas las iglesias de la Cristiandad:

--¡Jesús ha muerto!... *Flectamur genua*.

Todos nos arrodillamos.*

VIII

Crímenes y muerte de Aben Humeya

Al Reyecillo nuevo levantado
La muerte merecida allí le dieron:
A manos de los Turcos fue acabado,
De los que por ayuda ellos trajeron¹

¹

Véase la nota de la página 70. —Estos versos son también de aquel español que estaba cautivo en la goleta el año de 1574. [Parte Primera, cap. IX, p. 48 de esta edición. Nota 1 del autor]

Seguía lloviendo, y a nosotros nos sobraba tiempo para ir a Murtas, en donde, por respeto religioso,* no queríamos entrar hasta que fuera de noche...

Había, pues, llegado el momento oportuno de hojear el proceso de aquellos dos grandes malhechores que representaban desde por la mañana en nuestra imaginación el papel de Dimas y de Gestas. Había, sí, llegado el caso de juzgar los delitos de Aben Humeya y de Aben Aboo, y de ver la manera cómo los expiaron. --¡Dimas y Gestas nos perdonarían que los convirtiéramos de criminales judíos en criminales moros!

Tomada esta determinación, encendióse lumbre en el cortijo, y cedimos la palabra a los historiadores...

Sean ellos también quienes se encarguen de relataros aquí la última tragedia de la trilogía que suspendimos al salir de Cádiar.

“Después de su memorable campaña de Vera, «D. HERNANDO DE VÁLOR (dice D. Diego Hurtado de Mendoza) tornó a *Andarax*, donde, como asegurado de su fortuna, vivía ya con estado de Rey, pero con arbitrio de tirano, señor de haciendas y de personas... Con todo esto, duró algunos días, que le hacían entender que era bien quisto, y él lo creía, ignorante de su condición, hasta que el vulgo empezó a tratar de su manera, de su vida, de su gobierno, todo con libertad y desprecio, como riguroso y tenido en poco. Apartáronse de su servicio, descontentas, algunas cabezas que tomaron avilantez... Quejábanse los Turcos, entre otros muchos, que, habiendo dejado su tierra por venir a servirle, no los ocupaba donde ganasen... Mas él, espacioso, irresoluto hasta su daño, tanto dilató la respuesta, que se enemistó con ellos, habiéndolos traído para su seguridad, y después proveyó fuera de tiempo».

Otras nubes se amontonaban sobre la cabeza del Reyecillo. Los parientes de su difunto suegro Muley Carime y de su repudiada primitiva esposa, y sobre todo un tal

Diego de Arcos (hermano de aquel Rafael de Arcos, a quien mató el propio Aben Humeya), no omitían medio de desacreditar y perder al que había sido el verdugo de su familia (los Arcos eran deudos de los Rojas), y propalaban que andaba en tratos con los cristianos sobre la manera de rendirse; --calumnia en cuya corroboración* exhibían dos documentos que *aparentemente* lo comprometían mucho.

Eran un *pasaporte*, firmado y sellado por él, en favor de cierto* cristiano que conducía pliegos a Granada, y una carta, toda de su puño, dirigida al alcaide de Güéjar, enviándole otras para que las remitiese a aquella ciudad.

El romanceador Alonso del Castillo *escribía poco después las siguientes palabras: «Cuentan los Moros haber sido (dichos papeles) principal* ocasión por la cual los moros y turcos de Berbería acordaron de matar a este *D. Hernandillo de Válor*»... Sin embargo, no podían ser más inocentes aquellos documentos; pues, según confiesa el mismo romanceador, y reconocen todos los cronistas, habían sido redactados cuando Aben Humeya escribió a D. Juan de Austria quejándose de que hubiesen dado tormento a su encarcelado padre; ocasión en que, muy lejos de hablarle de paz, le amenazaba con no dejar un cristiano a vida... --Pero el alcaide de Güéjar, descontento sin duda del Reyecillo, «guardó aquella carta (dice Mármol) para *calumniarle* con ella», y, unida al pasaporte, fue un arma terrible en poder de los Arcos y los Rojas.

Leamos ambos papeles, incluidos en el *Cartulario* del mencionado Alonso del Castillo. --Son dos muestras curiosas de la mala gramática* y ortografía de Aben Humeya y de su piedad filial.

Decía así el pasaporte:

«Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. Del estado grande, renovado por la gracia de Dios, con generosidad e ánimo valeroso, de Muley Mahamad Aben Omeya, Gobernador e Rey de los creyentes (¡que Dios haga victorioso e sea servido de remediar con él a los del Poniente que suscitaron la ley de Dios!).

»Se hace saber que este mozo es xpiano (cristiano) de los de la fortaleza de Xeron, el cual lleva unas cartas de Su Alteza a la cibdad de Granada; por tanto, el que lo estorbare, o ascondiere o matare, e cualquiera que lo viere en cualquier lugar que entrare, le favorezca e ayude, porque va en provecho de los moros e de los xpianos, como es en las usanzas de los Reyes.

»E lo firma por su mandado, siendo testigo de ello Mahamad Aben Gebela.

»Y está firmado al fin deste pasaporte una rúbrica e palabra que dice: *Esto es verdad*»

La carta era del tenor siguiente:

«Los loores a Dios. Del estado grande, virtuoso, renovado por Muley Mahamad Aben Omeya, Rey (¡qué Dios haga victorioso!), salud e Dios e su gracia e bendición que desea a su especial amigo, el Alcaide Xoaybe de Güéjar.

»Hermano mío, la merced que os pido es que esta carta mía, que vos será dada en castellano, la enviéis a mi padre, e guardaos no alcéis mas alzaría ninguna hasta que venga respuesta della de mi padre. E después de esto yo os daré orden de lo que debéis de hacer, e por Dios os encargo seáis hombre de secreto e prestamente os iré a ver, e proveeré todo aquello que os cumpliere.

»E salud e gracia e bendición de Dios sea con vosotros».

Se ve que estos documentos, --si inocentes y hasta loables, conocido el sentimiento que los dictó y visto* el resultado que produjo la correspondencia a que se referían¹, --se prestaban a funestas interpretaciones, por poca* mala fe que hubiese en

¹ Véanse las páginas 323 y 324 de este libro. [Parte Quinta, cap. V, pp. 496-497 de esta edición.]

quien los comentara, y esta mala fe no era sino mucha en el bando morisco que conspiraba contra Aben Humeya.

«Tomó además parte activa en la conjuración, (dice Lafuente Alcántara) Diego López Aben Aboo, que ambicionaba el mando». --¡Es decir, que* Aben Aboo se quitaba ya la máscara!... --Era natural: los odios, los rencores, las ambiciones y las envidias acaban siempre por concertarse en contra del enemigo o del estorbo común. --¡Aben Humeya estaba perdido sin remedio!

Tiempo era, por lo demás, de que dejase de vivir aquel insensato, juguete de sus pasiones, manchado de sangre, entregado a la molicie y la concupiscencia como Baltasar y Sardanápalo,⁴⁵⁵ y que parecía no luchar ya en las batallas sino para asegurarse el impuro goce de las veintidós mujeres que, según unos, y cuarenta, según otros, tenía en su casa del Laujar cuando estalló al fin sobre su frente la cólera divina... –

Apresurémonos, pues, a decir* cómo se originó y realizó* la catástrofe, no sin advertiros que, aunque el lance parece inventado por un poeta, es una historia ciertísima, que refieren unánimemente* todos los cronistas de aquellos sucesos.

Tenía Aben Humeya un amigo y confidente con quien gustaba mucho de platicar sobre amoríos. --Llamábase Diego Alguacil, y era morisco, natural de Ugíjar.

Un día cometió éste la ligereza y la ruindad de revelarle que era amante* correspondido de una prima suya, «viuda, mujer que fuera de Vicente de Roxas, pariente

⁴⁵⁵ *Baltasar y Sardanápalo*, reyes de Babilonia y Asiria respectivamente, ambos con fama de disolutos. Véase nota 109. Alarcón vuelve a echar mano del personaje Sardanápalo en la Parte Cuarta, cap. V, también, para presentar una analogía entre éste y Aben Humeya. Aquí, una vez más, el autor establece una comparación entre el rey morisco y éstos para poner de relieve el carácter depravado de Aben Humeya y así justificar su violento final.

de Roxas, suegro de Aben Humeya; mujer igualmente hermosa y de linaje (dice Hurtado de Mendoza); buena gracia, buena razón en cualquier propósito; ataviada con más elegancia que honestidad; diestra en tocar un laúd, cantar y bailar a su manera y a la nuestra; amiga de recoger voluntades y conservarlas».

Esta viuda llamábase Zahara, si hemos de creer a Pérez de Hita¹; el cual conviene también en que era muy hermosa.

«Hermosa a la maravilla (escribe); * gran música de voz y de tañer a la morisca y a la castellana..., y danzaba extremadamente».

«Y tanto le supo decir (continúa luego el mismo), que ABEN-HUMEYA, de oídas, quedó de ella muy amartelado y con encendido deseo de verla: y así, disimulando, le rogó (sin mandar como pudiera) que la trujese a su casa, porque la quería ver, y que en ello le haría gran servicio.

»Aben-Alguacil, arrepentido ya de haber alabado tanto a su dama, sufriendo su pena, aquella noche la llevó a casa del REYECILLO, adonde, a su ruego, danzó y tañó...»*

Resultado de esta entrevista, fue que la mora Zahara no volvió a salir de las habitaciones del Reyecillo, quien «usó de ella como amiga» (dice Hurtado de Mendoza); mientras que Diego Alguacil desapareció de Andarax, tan receloso de que Aben Humeya lo matara, como resuelto a matarlo él en cuanto pudiese.

En lo que no están de acuerdo los historiadores es en la manera de calificar los resentimientos de Alguacil y de Zahara con el tirano alpujarreño. --Según Pérez de Hita, que es el más romántico de todos, «la hermosa mora quedó a su pesar con el Reyecillo, no cesando de llorar aquella fuerza que se le hacía». --Según Hurtado de Mendoza, «avisó la viuda a su primo, mostrando descontentamiento; ofendida, entre tantas

¹ Los demás historiadores no dicen su nombre.

mujeres², de no ser tenida por una de ellas». -«Otros (dice Mármol) entendieron que la causa del enojo que tenía con él (Diego Alguacil con Aben Humeya) no eran celos, sino punto de honra, afrentado de que siendo mujer principal, que podía casar con ella, la traía por manceba».

Como quiera que fuese (que lo cierto es muy difícil de inquirir cuando la verdad se esconde en el corazón de una mujer, y de una mujer muerta hace tres siglos), las historias no dejan después lugar a la duda en que Zahara, resentida con Aben Humeya por carta de más o por carta de menos, suministró a Alguacil los medios de matar al Reyecillo.

Veamos las trazas de que se valió, dignas ciertamente de una mujer ofendida... y mora por añadidura.

ABEN-HUMEYA, «que no se fiaba de los Turcos, ni estaba bien con ellos (dice Mármol)..., los había enviado a la frontera de *Órgiva*, a orden de ABEN-ABOO. Sucedió, pues, que, como estos hombres viciosos eran todos cosarios, ladrones y homicidas, donde quiera que llegaban hacían muchos insultos y deshonestidades... Y como fuesen muchas quejas de ellos a ABEN-HUMEYA, escribió sobre ello a ABEN-ABOO encargándole que lo remediase: el cual le respondió que los Turcos no hacían agravio a nadie, y que si alguna desorden hiciesen, él la castigaría. Sobre esto fueron y vinieron correos de una parte a otra; y así de lo que se trataba como de la indignación que ABEN-HUMEYA tenía contra los Turcos, avisaba por momentos la Mora a Diego Alguacil».

Decidió al fin el Reyecillo enviar a los turcos contra Motril, al mando de Aben Aboo; y escribió a éste que se pusiera en marcha con ellos hacia las Albuñuelas, donde ya

² “Mujeres propias” quiere decir aquí el historiador.

le alcanzaría otro correo que le designase* el punto a que debía dirigirse y todo lo que tenía que hacer.

«Y como estos correos (prosigue Mármol) pasaban forzosamente por *Ugíjar*, y la MORA avisaba a Diego Alguacil de los despachos que llevaban, éste y Diego de Arcos salieron al camino a esperar al portador de la anunciada última orden, y lo mataron, quitándole el pliego. Y, contrahaciendo la orden Diego de Arcos (que había sido secretario de ABEN-HUMEYA y firmado algunas veces por él); donde decía que ABEN-ABOO fuese con los Turcos a dar sobre Motril, puso que los llevase a Mecina de Bombarón, y que después de tenerlos alojados..., los desarmase y hiciese degollar a todos, valiéndose de cien hombres que le llevaría Diego Alguacil; y que lo mismo hiciese con Diego Alguacil después que se hubiese aprovechado de él».

Esta carta apócrifa fue enviada inmediatamente a Aben Aboo con persona segura, y poco después llegó Diego Alguacil a la cabeza de cien hombres que los Roxas y los Arcos le habían reunido en Ugíjar, y dijo al antiguo Diego López:

«Aquí me tienes con la gente que sabes; pero entiende que yo no pienso intervenir en semejante crueldad, pues los Turcos son personas que han venido a favorecernos; por lo que trato de avisarles la traición de ABEN-HUMEYA, a fin de que provean lo que se ha de hacer con este hombre ingrato, voluntario y perverso, a quien yo estoy cansado de servir».

De manera alguna se comprende que un moro tan astuto como Aben Aboo, enterado, lo mismo que toda la Alpujarra, de los ruidosos amores del rey con la prima y amada de Alguacil, y de la fuga de éste, y de sus vengativos planes, no cayese en la cuenta de que todo aquello era una maquinación del ultrajado amante contra su

aborrecido rival... --Porque ¿cómo podía haber dado Aben Humeya una comisión tan delicada (ni ninguna otra) a su mayor y más reciente enemigo?...

Además, la terrible orden que Aben Aboo recibió* poco antes, no estaba escrita ni firmada de puño del rey... ¿Cómo pudo, pues, considerarla auténtica el cauteloso Diego López? --¿Acaso no conocía la letra ni la firma de su primo y señor, con quien se carteaba diariamente? --¡Imposible suponerlo...; pero razón de más para prevenirse! -- ¿Las conocía? --¡Pues ya veía que no eran suyas! --¿Sería acaso porque reconoció la mano de Diego de Arcos, antiguo secretario real? --¡Pero Diego de Arcos estaba también fugitivo y rebelado contra el déspota alpujarreño desde que éste le mató un hermano!

La historia no se ha detenido a dilucidar este punto, y dice, muy superficialmente, que Aben Aboo, creyendo cierta la orden escrita y veraces las palabras de Alguacil, participó de la indignación de éste contra Aben Humeya... --Yo juraría, sin embargo, que Aben Aboo no fue engañado ni* un solo instante por Diego Alguacil, aunque lo aparentara; y que, al contrario,* contribuiría con todas sus fuerzas a engañar y exasperar a los turcos. --¡Aben Aboo era aquel demonio que, según dijimos más atrás, seguía a Aben Humeya como la sombra al cuerpo, desde la horrible escena en que, por su causa, dejó de ser hombre y se convirtió en monstruo!

Pero prosigamos.

“Hablando se hallaban todavía de aquel asunto los dos moriscos, «cuando acertó a pasar (dice Mármol) por delante de la puerta donde estaban, HUSCEYN, Capitán Turco, y llamándole a él y a CARACAS, su hermano, ABEN-ABOO les mostró la carta: los cuales avisaron a otros Alcaldes Turcos: y, alborotándose todos entre temor y saña, comenzaron a bravear cargando las escopetas y diciendo: ¿qué, aquello merecían los que habían dejado sus casas, sus mujeres y sus hijos por venirlos a socorrer? --Y

apenas podía ABEN-ABOO apaciguarlos, diciéndoles estuviesen seguros, porque no se les haría el menor agravio del mundo...

»Tratóse allí luego que no convenía que reinase aquel hombre cruel... sino que le matasen a él y cryasen otro Rey...; y sin perder tiempo nombraron a ABEN-ABOO, harto contra su voluntad, a lo que mostró al principio. Mas luego, aceptó el cargo y honra que le daban, con que le prometieron de matar luego a ABEN -HUMEYA».

La anterior escena ocurrió en Cádiar, a prima noche.

De allí al Laujar de Andarax, donde residía el rey, acostumbraban los moriscos a poner cuatro horas.

Era aquella misma noche. --«*Antes del amanecer...*» dice Pérez de Hita.

Ignórase el día fijo: sólo se sabe que corría el mes de octubre de 1569.

El Laujar yacía en la quietud del descanso, ya que no en la del sueño...

«*Los Caudillos y Capitanes más amigos de ABEN-HUMEYA, con dos mil moros, repartían la guardia cada noche... teniendo barreadas las calles del Lugar, de manera que nadie pudiese entrar en él sin ser visto o sentido*». --Esto dice Mármol; a lo cual añade Hurtado de Mendoza que Aben Humeya, aquella noche, última de su vida, tenía «*veinte y quatro hombres dentro en casa, cuatrocientos de guardia, y mil y seiscientos alojados en el lugar*».

Velaban pues, muchos por la seguridad del Reyecillo; el cual, después de haber pasado la mayor parte de la noche en una *zambra*, o baile moruno, acababa de entrar en su casa y de recogerse en sus habitaciones.

Por asistir a aquella fiesta, no había partido hacía ya algunas horas en busca de los que conspiraban contra él; --pues hay que advertir que a eso de las once, cuando se dirigía al baile, recibió un aviso de todo lo que se urdía en Cádiz...

«Pero él no había querido decir nada» (refiere Mármol); bien que, desde que lo supo, *«tenía dos caballos ensillados y enfrenados... y más de trescientos moros de guardia al derredor del Lugar para caminar antes que amaneciese. Después, cansado de festejar, se había ido a su posada...»*

No dio, sin embargo, la orden de que se retirasen los que toda la noche le habían estado aguardando con el pie en el estribo; lo cual significa que sólo se proponía descansar algunos instantes, creyendo sin duda que el Destino le consentiría, como otras veces, aquella tardanza en acudir a la defensa de su amenazada vida...

Dormitaba, pues, Aben Humeya a eso de las tres de la madrugada.

«En el aposento había una hacha de cera ardiendo», dice Pérez de Hita.

Dos mujeres (así lo aseguran todos los historiadores) acompañaban al desgraciado en el último sueño de que había de despertar..., y una de ellas era la viuda de Vicente Rojas, la prima y amada de Diego Alguacil, la mora Zahara..., la Helena de aquella Troya en miniatura.

¡Pero Zahara no dormía!... ¡Zahara estaba despierta, --como Judith la noche que mató a Holofernes!⁴⁵⁶

⁴⁵⁶ *Helena de Troya y Judith*, el autor establece una comparación entre el papel de la morisca Zahara en el destino fatal de Aben Humeya con el desempeñado por Helena con respecto a París (véase nota 53) y el de la heroína judía Judith con respecto a Holofernes, general de Babilonia.

Entre tanto, los conjurados de Cádiar avanzaban en medio de las sombras nocturnas, seguidos de cuatrocientos hombres por mitad turcos y moriscos.

«*Con silencio caminaron hasta Andarax*»... --depone* Hurtado de Mendoza.

Y, en efecto, ya hacía rato que la tierra de Andarax cruzaban; tierra «*cuyo aire (al decir de un* poeta moro) inclinaba a la molicie: tierra (continúa diciendo) estrecha de términos y contornos, áspera de caminos, copiosa en sepulturas y cavernas, falta de alegría y lugares de recreo, y cargada de tributos*¹»...

Llegó, al fin, aquel ejército de blancos fantasmas a las guardadas* puertas del Laujar.

«*Aseguraron la centinela, como personas conocidas*», --observa Hurtado de Mendoza.

Es decir, que daría la cara Aben Aboo, el primo y allegado del rey, y, por consiguiente, el más traidor de todos los que allí iban... --A lo menos, siempre acontece así en casos tales.

«*Pasaron el cuerpo de guardia (sigue diciendo el noble historiador); entraron en la casa...; quebraron las puertas del aposento*».

Figurémonos aquel despertar de Aben Humeya. --Delante de él estaban, juntos por la primera vez, pero estrechamente unidos por el odio, sus más implacables enemigos: el torvo Aben Aboo, que ambicionaba el trono; Diego de Arcos, que había jurado vengar a su hermano y todas las demás ofensas de su familia; Diego Alguacil el injuriado amante de Zahara, y Husceyn y Carácax, los terribles capitanes turcos que tan quejosos e irritados se mostraban hacía ya tiempo... ¡Todos, sí, todos se hallaban en su

¹ Ibn-Aljathib.

presencia, armados, irreverentes, descompuestos, amenazadores, en vías ya de hecho, pues que habían osado derribar la puerta!...*

Sin embargo, «ABEN-HUMEYA les habló con semblante de rey», --dice Pérez de Hita.

«Halláronle desnudo y medio dormido (continúa por su parte Mendoza); y, vilmente, entre el miedo y el sueño y las dos mujeres; estorbado de ellas, especialmente de la VIUDA..., que se abrazó con él (abrazo de Dalila para impedirle la defensa),⁴⁵⁷ fue preso... y atáronle las manos con un almaizar (especie de toca o faja morisca)».

«No hizo resistencia»... -«Ninguno hubo que tomase las armas ni volviese de palabra por él»... -«¡Faltó maestro a ABEN-HUMEYA (prorrumpe al llegar a este punto el insigne D. Diego)...; porque ni supo proveer y mandar como Rey, ni resistir como hombre!»

En cambio, el mismo que así habla va a hacernos ver que, cuando menos, aquel infortunado supo morir.

«Juntáronse (dice) Aben-Aboo, los Capitanes y Diego Alguacil... a tratar del delito y la pena, en su presencia. Leyéronle y mostráronle la carta (la orden contrahecha de asesinar a los turcos), que él, como inocente, negó. Conoció la letra del pariente de Diego Alguacil: dijo que era su enemigo; que los Turcos no tenían autoridad para juzgarle; protestóles, de parte de Mahoma, del Emperador de los Turcos y del Rey de Argel, que le tuviesen preso, dando cuenta de ello y admitiendo sus defensas...

»Mas la razón tuvo poca fuerza con hombres culpados, prendados en un mismo delito, y codiciosos de sus bienes. Saqueáronle la casa; repartieronse las mujeres,

⁴⁵⁷ *Abrazo de Dalila*, Empleo de la figura semántica de la sinécdoque para resaltar la traición de la morisca. Sansón, el personaje bíblico traicionado por Dalila, se menciona en Parte Primera, p. 31.

dineros, ropa; desarmaron y robaron la guardia; juntáronse con los Capitanes y Soldados, y otro día de mañana¹ determinaron su muerte.

»Eligieron a ABEN-ABOO por cabeza en público, según lo habían acordado en secreto, aunque mostró sentimiento y rehusarlo, todo ello en presencia de ABEN-HUMEYA; el cual dijo:

»QUE NUNCA SU INTENCIÓN HABÍA SIDO SER MORO; MAS QUE HABÍA ACEPTADO EL REINO POR VENGARSE DE LAS INJURIAS QUE A ÉL Y A SU PADRE HABÍAN HECHO LOS JUECES DE REY Don Felipe, ESPECIALMENTE QUITÁNDOLE UN PUÑAL Y TRATÁNDOLE COMO A UN VILLANO, SIENDO CABALLERO DE TAN GRAN CASTA, PERO QUE ÉL ESTABA VENGADO Y SATISFECHO...: QUE, PUES HABÍA CUMPLIDO SU VOLUNTAD, CUMPLIESEN ELLOS LA SUYA.

»CUANTO A LA ELECCIÓN DE Aben-Aboo, QUE IBA CONTENTO, PUES SABÍA QUE HARÍA PRESTO EL MISMO FIN:

»QUE MORÍA EN LA LEY DE LOS CRISTIANOS, EN QUE HABÍA TENIDO INTENCIÓN DE VIVIR, SI LA MUERTE NO LE PREVINIERA».

»*Ahogáronle dos hombres (Diego Alguacil y Diego de Arcos, según Mármol: Aben Aboo y Alguacil, según Lafuente Alcántara), uno tirándole de una parte y otro de la cuerda que le cruzaron en la garganta (Pérez de Hita dice que lo ahorcaron con una toca). --Él mismo (añade) se dio la vuelta, como le hiciesen menos daño: concertó la ropa; cubriose el rostro...*»

Aben Humeya acababa de cumplir veintitrés años.

«*Le sacaron muerto (cuenta otro historiador), y le enterraron en un muladar, con el desprecio que merecían sus maldades...*»

¹ Es decir, al amanecer de aquel día, dos o tres horas después de prenderlo.

Sin embargo; algunos meses después, a la conclusión de la Guerra de los Moriscos, y despoblada ya la Alpujarra, «*tuvo noticia el SEÑOR D. JUAN (dice Pérez de Hita, refiriéndose a D. Juan de Austria) de cómo estaba enterrado en Andarax D. FERNANDO DE VÁLOR el que había sido Rey, y cómo había muerto cristiano, y atento a esto, mandó su Alteza que los huesos suyos fuesen llevados a Guadix a enterrar*»...

Lo único que la historia vuelve a saber de la mora Zahara es que, seis años después de terminada la guerra, la vieron en Tetuán «*casada, a ley de maldición con el propio Diego Alguacil*». --Así lo refiere Luis del Mármol.

Hurtado de Mendoza la desprecia soberanamente y no vuelve a nombrarla.

IX

Reinado y muerte de Aben Aboo

Vamos al Mal Ladrón.

Aben Humeya había reinado diez meses...

Aben Aboo reinó otros diez.

Cumplióse, pues, en esta parte, como en todo, la especie de emplazamiento que aquél le dirigió en su última hora, cuando le dijo: -«*En cuanto a ti, ABEN-ABOO, muero contento; pues tendrás mi mismo fin*».

El nuevo rey pidió a los soberanos de Argel y de Turquía la confirmación de su nombramiento, y, obtenido que la hubo, intitulóse Muley Abdalá Mahamud Aben Aboo, Rey de los Andaluces, adoptando la siguiente divisa: «*No pude desear más, ni contentarme con menos.*»

Su reinado principió bajo muy buenos auspicios para la causa morisca. Conociendo el asesino de Aben Humeya que tenía que hacer olvidar su crimen por medio de grandes acciones, puso cerco a la villa y fuerte de Órgiva; derrotó y rechazó al duque de Sesa, que había salido de Granada con muchas tropas en auxilio de los sitiados, y tomó el fuerte y la villa después de otros señaladísimos combates.

Pero su estrella no tardó en nublarse para siempre. El joven D. Juan de Austria salió al fin a campaña¹, alcanzó memorables victorias por la parte de Huéscar y de Almería (bien que perdiendo delante de Serón a su ayo y amigo el célebre Luis Quijada); redujo o aniquiló a los moriscos de todas aquellas tierras, y apareció, en fin, cubierto de laureles, por el lado oriental de la Alpujarra, decidido a apagar de una vez la rebelión en su mismo foco. --Volvió a la carga al propio tiempo el Duque de Sesa por el lado de Poniente..., y Aben Aboo, cogido entre dos fuegos, vióse obligado a refugiarse con sus adictos en las alturas de Sierra Nevada.

Sin embargo; todavía no hubiera sido fácil a los capitanes cristianos enseñorearse del territorio alpujarreño, si otras armas mucho más afiladas que las que ellos esgrimían no vinieran a herir de muerte la insurrección. Todos los moriscos de Granada y de su vega fueron expulsados de sus hogares y confinados a distantes provincias de España, sin consideración alguna a edad, clase ni sexo, después de haber sido desposeídos de sus

¹ FELIPE II se lo había prohibido hasta entonces.

casas, tierras y tesoros: ¡tremenda medida, muchas veces anunciada y hasta iniciada, pero cuya definitiva ejecución llenó de espanto a los alpujarreños!⁴⁵⁸

Además; los parientes y amigos de Aben Humeya, indignados, terribles, atentos sólo a la venganza, trataban ya con los cristianos; hacían que millares de moros depusieran las armas y volviesen a la obediencia de las autoridades granadinas, y habían llegado a mermar tanto el ejército de Aben Aboo, que éste hubo de pensar también en rendirse, y entró en negociaciones con D. Juan de Austria. --Pero luego calculó que de todas maneras sería ahorcado, y, en señal de que daba por rota la capitulación convenida, asesinó al que había servido de negociador en aquellos tratos, al venerable Havaquí, el más insigne general de las huestes moriscas, cuyos restos yacen también en Guadix.

Vengaron esta muerte y la de Aben Humeya los vecinos de Álora matando a un hermano de Aben Aboo, llamado comúnmente el Galipe: abandonáronlo también, por resultas de aquella misma felonía, los pocos adeptos principales con que contaba; y hacia el mes de octubre de 1570 (diez meses después de su solemne proclamación) vióse reducido el antiguo Diego López a capitanear trescientos o cuatrocientos facinerosos, encastillados con él en las cimas de Sierra Nevada, escondidos en aquellas cuevas de los Bérchules, tan fáciles de defender como imposibles de tomar por la fuerza, y expuestos a morir de hambre y de frío en el invierno que ya principiaba...

Así las cosas, aconteció que los parientes de Aben Humeya² y las autoridades granadinas consiguieron atraerse también (asegurándole que sería perdonado) al único partidario importante que le quedaba a Aben Aboo; partidario que gozaba a la sazón de

⁴⁵⁸ La expulsión los moriscos del Reino de Granada y su dispersión por los otros reinos peninsulares fue decretada por Felipe II en 1570. Alarcón trata de este acontecimiento histórico en la Parte Quinta, cap. V, p 185.

² Lo dice Lafuente Alcántara.

toda su confianza; pero que tenía con él antiguos resentimientos y estaba ya fatigado de vivir como una bestia feroz en aquellos inaccesibles parajes. --Llamábase Gonzalo el Xenix¹, y había capitaneado monfíes al principio de la guerra.

El Xenix (a quien, con grandes precauciones, conseguía ver un platero de Granada, nombrado Francisco Barredo, --que era el que manejaba la intriga), prometió que el mismo día que recibiera la Cédula Real con su indulto entregaría el cadáver de Aben Aboo a la persona que se la llevara. Fue, pues, a Granada Barredo, y, recogido que hubo la orden, tornó a la Sierra y citó al Xenix al sitio en que solían avistarse...

Pero cedamos aquí la palabra a nuestro inimitable Hurtado de Mendoza:

«Llegado el Xeniz, y vista la Cédula, la besó, y puso sobre su cabeza: lo mismo hicieron los que con él venían y despidiéronse dél (de Barredo), fueron a poner en ejecución lo concertado. --Francisco Barredo se volvió al castillo de Vérchul, porque allí le dijo el Xeniz que le aguardase.

»Gonzalo el Xenix y los demás acordaron, para hacerlo a su salvo, que sería bien que uno de ellos fuese a ABDALÁ ABEN-ABOO, y de su parte le dijese que la noche siguiente se viese con él en las Cuevas de Vérchul, porque tenía que platicar con él cosas que convenían a todos.

»Sabido por ABEN-ABOO, vino aquella noche a las Cuevas, solo con un Moro, de quien se fiaba más que de ninguno; y antes que llegase a las Cuevas, despidió veinte tiradores que de ordinario le acompañaban; todo a fin que no supiesen adónde tenía la noche.

»Saludóle Gonzalo el Xeniz, diciéndole: --“ABDALÁ ABEN-ABOO, *lo que te quiero decir es, que mires estas cuevas, que están llenas de gente desventurada, así de enfermos como de viudas y huérfanos...* --Y luego le manifestó resueltamente: *Ser las cosas llegadas a tales términos, que si todos no se daban a merced del REY, serían muertos, y destruidos; y haciéndolo, quedarían libres de tan gran miseria*».

¹ ZENIX y SENIX escriben varios historiadores — Nosotros seguimos a Hurtado de Mendoza.

«Cuando ABEN-ABOO oyó las palabras del Xeniz, dio un grito, que pareció se le había arrancado el alma, y, echando fuego por los ojos, le dijo: “*¿Cómo, Xeniz! ¿Para esto me llamabas? ¿Tal traición me tenías guardada en tu pecho?... No me hables más, ni te veo yo.*” --Y diciendo esto, se fue para la boca de la Cueva...

»Mas un moro, que se decía Cubayas, le asió los brazos por detrás, y uno de los sobrinos del Xeniz le dio con el mocho de la escopeta en la cabeza, y le aturdió; y el Xeniz le dio con una losa y le acabó de matar.

»Tomaron el cuerpo, y, envuelto en unos zarzos de cañas, le echaron la cueva abajo, y esa noche le llevaron sobre un macho a Vérchul adonde hallaron a Francisco Barredo...

»De allí lo llevaron a Cádiar (dice por su parte Luis del Mármol), y, porque no oliese mal, habiéndole de llevar a Granada, le abrieron y le hinchieron de sal...

»Juan Rodríguez de Villafuerte Maldonado, Corregidor de Granada y del Consejo, que por orden del Duque de Arcos había ido a asistir a la reducción de aquellas gentes..., mandó que Leonardo Rotulo y Francisco Barredo llevasen a Granada, el Cuerpo de ABEN-ABOO y los Moros reducidos.

»Entraron en la Ciudad con gran concurso de gente, deseosos de ver el cuerpo de aquel traidor que había tenido nombre de Rey en España.

»Delante iba Leonardo Rotulo, y luego Francisco Barredo a la derecha, y a la izquierda el Xeniz con la escopeta y alfanje de ABEN-ABOO: todos tres a caballo.

»Luego seguía el CUERPO, sobre un bagaje, enhiesto y entablado debajo de los vestidos, de manera que parecía ir vivo...

»Detrás de todos iban los Moros reducidos, con sus bagajes y ropa...

»Y a los lados la cuadrilla de Luis de Arroyo, y de retaguardia Jerónimo de Oviedo... con un estandarte de caballos.

»De esta manera entraron por la Ciudad, haciendo salva los arcabuceros, y respondiendo la artillería de la Alhambra, y fueron hasta las casas de la Audiencia, donde estaban el Duque de Arcos y el presidente D. Pedro de Deza, y los del Consejo, y gran numero de caballeros y de ciudadanos.

»Apeáronse... y subieron a besar las manos al Duque y al Presidente, a quien el Xeniz hizo su acatamiento y entregó el alfanje y la escopeta de ABEN-ABOO, diciendo *que hacía como el buen pastor, que no pudiendo traer a su señor la res viva, le traía el pellejo.*

»Tomó el Duque las armas, agradeciendo a todos tres lo bien que se habían gobernado en aquel negocio, y ofreciéndoles que intercedería con su Majestad para que les hiciese particulares mercedes.

»Mandó luego arrastrar y hacer cuartos el cuerpo de ABEN-ABOO, y la cabeza fue puesta en una jaula de hierro sobre el arco de la Puerta del Rastro, que sale al camino de las Alpujarras, donde hoy está...

»Y pusieron (concluye Hurtado de Mendoza) un título en ella, que decía:

«ESTA ES LA CABEZA
DEL TRAIADOR DE ABÉNABO.
NADIE LA QUITE, SO PENA
DE MUERTE.»

La Guerra de los Moriscos estaba terminada. --Sólo nos faltaba enterarnos de su total expulsión, y de cómo se despobló y repobló la Alpujarra...

Pero ya eran las cuatro y media de la tarde en el Cortijo de Unqueira;* había cesado de llover, y teníamos que marcharnos a Murtas.

Dejamos, pues, para el día siguiente, último de nuestro viaje, aquel funesto epílogo de tan lamentables historias, y nos pusimos en camino.

Volvimos a pasar por Cojáyar y por Mecina Tedel, que respiraban la profunda tristeza propia de aquella tarde (tristeza en que no entraba por nada la muerte de Aben

Humeya y de Aben Aboo); y, ya oscurecido, llegamos a Murtas, cuya plaza éranos forzoso atravesar para dirigirnos a nuestro alojamiento...

Hallábase ésta llena de gente, y todas las casas tenían *iluminación*. --Las puertas de la iglesia estaban abiertas de par en par..., pero no se veía nadie dentro de su espaciosa nave... -Dijérase que era la vacía estancia de donde acababan de sacar un muerto...

Y no era otra cosa. --En una calle vecina (dicho se está que nosotros íbamos ya a pie) encontramos un magnífico entierro... --En el ataúd, que tenía grandes cristales por todos lados, se veía tendido el cadáver de un hombre como de treinta y tres años de edad, de incomparable hermosura, envuelto en un sudario que parecía tejido por los ángeles. Las personas que iban en el cortejo alumbraban con blandones... Tristísimas plegarias, fúnebres quejas resonaban a la cabeza del duelo. --Era la procesión del *Entierro de Cristo*.

Poco después alzóse un viento espantoso... un huracán horrible de los que tan frecuentes son en el Cerrajón de Murtas.

Todas las iluminaciones se apagaron... La iglesia (adonde ya había regresado la Procesión) cerróse inmediatamente, y el sacristán se llevó* las llaves, como las de una casa deshabitada... Y un fuerte aguacero que principió a caer en seguida, dejó completamente desiertas las oscuras calles del lugar, en el que sólo se oyeron ya durante toda la noche los aullidos lastimeros del aire y el sollozo continuo de la lluvia...

FIN DE LA PARTE SEXTA.*

EPÍLOGO

LA EXPULSIÓN DE LOS MORISCOS

Amaneció (como no podía menos) el día siguiente.

Miré el almanaque, y vi que era el 30 de marzo de 1872.

Reinaba en España D. Amadeo de Saboya.

Los alpujarreños andaban muy atareados con unas elecciones de Diputados a Cortes, que iban a principiarse a los dos o tres días...

Aquellos alpujarreños no tenían nada que ver con los moriscos que sobrevivieron a Aben Humeya y a Aben Aboo; sino que eran descendientes de los castellanos, extremeños, gallegos y leoneses que repoblaron la desierta Alpujarra, después de la paz:..., o de los alemanes y flamencos que inmigraron también allí cuando se colonizó Sierra Morena.⁴⁵⁹

Es decir, que todos los fantasmas evocados por mi imaginación durante aquel largo viaje, así los del tiempo de Tiberio como los del tiempo de Felipe II, habíanse desvanecido completamente. ¡Ni un judío, ni un romano, ni un inquisidor, ni un morisco

⁴⁵⁹ Alarcón se refiere a la segunda repoblación del Reino de Granada (la primera, tras la conquista de Granada no afectó apenas a la Alpujarra) comenzada en 1570 por Felipe II, después de la expulsión y repartimiento de los moriscos granadinos vencidos y dispersados por todos los reinos de la Corona. Barrios Aguilera señala que "...este proceso repoblador significó la radical sustitución de la preexistente población morisca [...] por otra viejo-cristiana sensiblemente menor"[...] las permanencias de moriscos tras la expulsión nunca alcanzaron el diez por ciento repartido a lo largo y ancho de todo el territorio[...]" (González Alcántud, *Pensar* 25).

se veía ya por ninguna parte! En la Alpujarra, como en el resto de España, sólo había cristianos puros..., pero de estos a la moderna, más semejantes en su generalidad a los tibios gentiles contemporáneos del escéptico Pilatos que a los supersticiosos clérigos y soldados de fines del siglo XVI. --Parecíame que acababa de despertar de un sueño, o de sanar de una locura.

El día había amanecido lo que se suele llamar *revuelto*; ora claro, ora nublado, ora triste, ora alegre...; --día *vario*, como la realidad de nuestra vida y como el destino de los pueblos; --día desapacible y escalofriado, como el alma y cuerpo de los que madrugan contra su voluntad; --día, en fin, en que el sol, con tanto salir y ocultarse entre las nubes, parecía jugar a muertes y a resurrecciones; --verdadero Sábado de Gloria, mixto de las tristezas del Viernes Santo y de los júbilos de la Pascua.

Nuestra caravana acababa de disolverse a las puertas de Murtas. Los alpujarreños se habían marchado a sus respectivos pueblos a prepararse para la lucha electoral, y hasta mis dos primitivos compañeros de viaje (atentos a generosos cuidados) habíanse despedido también de mí por algunos días... --al cabo de los cuales (dicho sea aquí de paso, por si no se me presenta ya ocasión de advertíroslo) irían a buscarme a Albuñol, desde donde saldríamos juntos de la Alpujarra, por la orilla del mar, en demanda de la culta ciudad de Motril y de su conocida diligencia...⁴⁶⁰

Caminaba yo, pues, enteramente solo la melancólica mañana que digo. --Mi rumbo, en definitiva, era hacia el mencionado Albuñol, donde daría fondo aquella misma noche, poniendo así término a mis exploraciones alpujarreñas; pero de camino (aunque

⁴⁶⁰ La diligencia de Motril fue el medio de transporte utilizado por Alarcón para el primer tramo de su viaje que le llevó de Granada a la Venta de Tablate. Véase Parte Primera, cap I. Esta primera etapa del viaje en la diligencia de Motril forma parte del título de la obra en la primera edición de 1874: *La Alpujarra. Sesenta leguas a caballo precedidas de seis en diligencia*.

rodease un poco) quería tocar en la villa de Albondón, a fin de hacer la prometida visita a su simpático señor cura, --de quien supongo no os habréis olvidado...⁴⁶¹

Todo esto estaba muy bien: el plan no podía ser mejor..., y yo saboreaba a mis anchas la plácida tristeza propia de los epílogos venturosos y de todo lo que termina a medida de nuestros deseos...; --mas ¿quién era aquel hombre que, hacía ya media hora, marchaba detrás de mí, a pie, agarrado a la cola de mi caballo, diciéndome cosas fatídicas y desagradables, y cuyo aspecto me infundía un terror indefinible?

Aquel hombre se me había aparecido en el momento de quedarme solo y de perder de vista a Murtas, sin que pudiera yo precisar cómo ni por dónde llegó a incorporármese. --Cuando reparé en él, ya estaba a mi lado, dirigiéndome la palabra.

--¡Hoy va V. a perecer! --fue la frase con que me avisó su presencia.

Volvíme asustado, como si hubiera oído el silbido de una serpiente, y me encontré con que llevaba a remolque a un hombre joven todavía, pobre y suciamente vestido, con chaqueta, pantalón largo y alpargatas; flaco y pálido como la misma muerte; con barba de unos quince días, que le tiznaba toda la parte inferior del rostro; de grandes y hermosos ojos negros, ancha boca, propensa a reír de una manera cínica y amarga; nariz, frente y cejas de puras y correctas proporciones, y un aire, en fin, en toda su figura, de artista mendigo, de proscrito vagabundo, casi, casi de *judío errante*...⁴⁶²

⁴⁶¹ El cura de Albondón aparece en la Parte Tercera, cap. II.

⁴⁶² La leyenda del judío errante posee una larga tradición dentro de la mitología cristiana con connotaciones antisemitas en algunos casos. Tema universalmente tratado en la literatura, la pintura, la música y el cine. La leyenda se remonta a la Edad Media y se extiende por toda Europa en los siglos siguientes. Se recoge en la literatura occidental ya en el siglo XV; aparece en la literatura de cordel en el siglo XVII en España y, en el siglo XIX, con el Romanticismo, su figura se populariza más aún en un famoso grabado de Gustave Doré y da título a la también famosa novela de Eugène Sue (1804-1857), *El judío errante*. Alarcón debió conocer tanto la obra de Eugène Sue como el grabado de Gustave Doré.

--¿Quién es V.? --le dije.

--¿Pues no me conoce V.? --exclamó, sin dejar aquella sonrisa, yerta como la de un cadáver.

--Tiene V. razón... Yo he visto esa cara en alguna parte...

--¡Me vio usted anoche! Soy el *propio* de Albuñol que les llevó a Vds. el correo a Murtas.⁴⁶³

--¡Es verdad! --pensé, tranquilizándome por entonces.

--Y como llevamos el mismo camino... --prosiguió diciendo.

--¡Ah! ¿V. regresa también a Albuñol?... ¿Y qué hablaba usted de *perecer*? --interroguéle, procurando dar el mismo tono a aquellas dos preguntas.

--Decía que, con la mañana que hace, no debía V. ir a Albondón por la Contraviesa...

--¿Pues?...

--¡A no ser que quiera usted que se lo lleve el aire, o morir helado! --¡Eso va en gustos!...

Yo no le contesté al pronto. El lenguaje de aquel hombre me repugnaba profundamente. Su estilo, su acento, sus ademanes, su gesticulación, todo era insultante en él..., acaso sin poderlo remediar. --Sólo la intención resultaba sana.

Digo esto último,* porque algunos momentos después, al llegar al lomo de la Contraviesa, nos envolvió una horrible ventisca que me obligó a hacer alto.

--Veo que tiene V. razón, --(le dije entonces).-- Pero es el caso que yo no sé otro camino...

⁴⁶³ *Propio*, mensajero.

--Eche V. por aquí... (respondió él inmediatamente, dejando la cola y cogiendo las riendas de mi caballo). --Estos barrancos, aunque sea* rodeando un poco, conducen también a Albondón.

--Bien; sí...; ¡pero suelte V. las riendas! --prorrumpí yo descompuestamente.

El hombre se rió; dejóme pasar, y repuso:

--Lo único que le podrá suceder a V. en estos barrancos es que caiga un aguacero, salgan los arroyos y se lo lleven a V. de cabeza al mar...

--¡Tristes ideas tiene V., buen hombre! --no pude menos de decirle, disimulando algo mi mal humor.

--¡No tan tristes como los caminos de la Alpujarra! —(replicó él con la misma ironía de siempre.) --¡A ver cuándo hacen Vds. aquí carreteras y ferrocarriles, para que sepamos lo que es una *rueda*! ¡Viejo hay en estos contornos que no ha visto en toda su vida ni un coche, ni una galera, ni un carro...; nada, en fin, que ruede; y el que ha visto esas cosas ha sido porque ha estado en Motril o Almería!⁴⁶⁴ --¡Por supuesto que lo mismo da auestas que al hombro!... ¡De todas maneras... aguaderas!...

Y al pronunciar esta última frase, adelantóse para mostrarme la cara, en la cual vi una mueca lúgubre y espantosa, que indudablemente quería ser, y era en efecto, la caricatura de la Muerte.

El tal hombre volvió a causarme un miedo pueril, ridículo, fantástico..., pero no menos incómodo por eso...

⁴⁶⁴ Por primera vez aparece un personaje que alude al estado de negligencia de la Alpujarra en el siglo XIX, personaje cuya existencia fluctúa entre la realidad y la fantasía, y que acaba por confundir se con otro fantasma del pasado al finalizar su periplo en el cementerio de Albuñol.

¡Acababa de representárase cierto horrible monigote de trapo que, en mi ciudad natal, amanece ahorcado de tal o cual balcón la mañana del Sábado de Gloria, representando el castigo que se dio a sí mismo el desesperado Judas Iscariote!...*

Apreté, pues, al caballo en cuanto pude, y dejé atrás a mi acompañante.*

La idea de tomar por los barrancos en lugar de seguir por la Contraviesa había sido muy oportuna. --Tan luego como descendí un centenar de metros por aquellas laderas, encontréme en unos valles abrigadísimos y ricos de vegetación, donde no llovía ni hacía aire, si bien estaban cubiertos de una techumbre de nubes sumamente bajas, que parecían toldos de lona tendidos sobre morunos patios llenos de macetas...⁴⁶⁵

Una vez libre del *propio*, y en tanto que me engolfaba* en aquellos amenos parajes, mi imaginación y mi juicio, o sea la razón y el miedo,* entablaron el siguiente diálogo, que demuestra cuán tristes vapores y dolorosas resonancias quedaban aún en mi cabeza, por resultas de tantas y tantas historias como había recordado en la Alpujarra.

EL MIEDO.*--¿Quién será ese hombre que me sigue desde Murtas?⁴⁶⁶

LA RAZÓN---Desde luego es el *propio* que nos envió de Albuñol nuestro mejor amigo, y, por consiguiente, una persona de toda confianza...

EL MIEDO--¡Pero eso no quita para que pueda ser un alma del otro mundo!... Ni por un momento se me ha ocurrido ver en él un ladrón, ni un asesino, ni un espía... Mis recelos pertenecen al orden sobrenatural...

⁴⁶⁵ El autor vuelve a introducirse en un mundo oriental, exótico y, por tanto, ficticio.

⁴⁶⁶ En cuanto al contenido, aquí vemos una especie de 'monólogo interior' en que Alarcón-narrador-sujeto literario se debate entre lo racional y lo irracional; en cuanto a la forma, el autor utiliza el diálogo para desdoblarse en dos personajes que representan los dos aspectos contrapuestos de su lucha interior, una disputa en la que al final se impone la razón sobre el sentimiento.

LA RAZÓN--Pues Judas no puede ser... Judas era rubio.

EL MIEDO--¿Será el demonio?

LA RAZÓN--¡Ca! ¡Para bromas está hoy Lucifer! --Cristo se halla a estas horas en los infiernos, en busca de las almas que esperaban su santo Advenimiento y que han de acompañarlo en su gloriosa Resurrección... ¡No hay miedo de que el príncipe de las tinieblas se aparte de allí un solo instante!

EL MIEDO--Entonces, puede que sea aquel* Francisco Barrero, el que dispuso la captura y muerte de Aben Aboo.

LA RAZÓN--¡Qué disparate!--A Barredo lo mataron en Tetuán en un convite... Por consiguiente, no pensará en venir* a la Alpujarra.

EL MIEDO--Entonces, puede que sea Aben-Farax, el verdugo de los sacerdotes alpujarreños, el que ambicionaba el trono de Aben Humeya...⁴⁶⁷

LA RAZÓN--¡Sí, que le da un aire!... Pero Farax había cambiado mucho de fisonomía cuando murió...

EL MIEDO--Pues ¿cómo murió?

LA RAZÓN--Murió de viejo, pidiendo limosna a los cristianos por las calles de Granada. Mas, antes, sufrió un tormento de que ese hombre no conserva señal alguna. Sus propios amigos, así que creyeron haberlo matado, cosa que no consiguieron, deshiciéronle el rostro, magulládoselo con piedras, y dejáronlo tan desfigurado y horrible, que nadie hubiera podido reconocerlo, si él mismo no fuese diciendo a todo el mundo su nombre, --más deseoso tal vez de que le dieran la muerte que el pedazo de pan que ponían en su mano!

⁴⁶⁷ *Aben Farax*, Véanse Parte Primera, caps. IX y X, y Parte Cuarta, cap. II.

EL MIEDO--¡Nada! no es Aben Farax... --Sigamos pensando... --¡Como no sea Aben Comixa; aquél que les vendió a los Reyes Católicos la persona y la hacienda de Boabdil!...

LA RAZÓN--Tampoco lleva eso camino...--¡A Aben-Comixa lo mataron en África después de haber sufrido tantas metamorfosis que no le quedaría* gana de transformarse de nuevo! --Primero, abjuró la Ley de Mahoma y se hizo fraile francisco, bajo la protección de Doña Isabel y de D. Fernando: luego, renegó la fe de Jesucristo y entró al servicio del rey de Bugía, que lo nombró gobernador de Argel: en seguida, trató de entregarle al conde Pedro Navarro esta codiciada ciudad, y, entonces los argelinos lo cosieron a puñaladas.⁴⁶⁸

EL MIEDO--¿Quién será?

LA RAZÓN--¿Quién ha de ser? ¡Un *propio*! ¡Un vecino de Albuñol!

EL MIEDO--Mejor es creerlo así.

A todo esto, el miedo, la razón y yo habíamos llegado* a una rambla estéril y melancólica, y dado vista a un pueblecillo con que no contaba, --quiero decir; de que no tenía noticia alguna...

Componíase de unas cincuenta o sesenta casas; pero casi todas ellas estaban en ruinas, sin que tampoco se descubriera alma viviente en las que permanecían de pie.

⁴⁶⁸ *Bugía*, o *Bujía*, 'ciudad portuaria de Argelia localizada en el golfo del mismo nombre'. Fue conquistada para Castilla en 1510 por el conde Pedro Navarro y fue perdida en 1558 a favor del imperio otomán. Pedro Navarro (Navarra, 1460-Nápoles 1528), conde de Oliveto, marino y experto ingeniero militar al servicio de Fernando el Católico, participó en las guerras de Italia (1501-1507) y en las campañas de África (1508-1511) y más tarde, en 1515, pasó al servicio del rey de Francia, Francisco I.

¡Era una muestra viva de los lugares que quedaron despoblados después de la Expulsión de los Moriscos!--¡Qué silencio! ¡qué soledad!...*

Parecía una Nínive en miniatura.⁴⁶⁹

--¿Cómo se *llamaría* este pueblo? --me pregunté interiormente.

Y paré el caballo, para que bebiese agua en un arroyo sin objeto que atravesaba alegremente aquellos solitarios parajes.

--¡Se llama la Cortijada de los Puñaleros! --díjome, en son de respuesta, una voz harto conocida...

¡El *propio* se hallaba a mi lado, mirándome de hito en hito, riéndose fúnebremente, y... adivinándome los pensamientos!

--¿Es V. andarín? (exclamé.) ¡Yo lo hacía a usted a media legua de distancia!

--Por andarín me tienen sin duda, cuando me envían de *propio*,--respondióme, muy satisfecho de aquella nueva lección que me daba.

Y luego prosiguió:

--La rambla en que estamos lleva el mismo nombre de los Puñaleros. --En cuanto a esas casas que ve V., casi todas *siguen desocupadas*. --¡Cualquiera diría que en otro tiempo pasó por aquí el cólera!... --Pues no, señor. --¡Quien pasó por aquí fue la guerra! -
-Ahora: lo que yo no sabré decir es si los puñaleros de que se trata fueron cristianos o moriscos...

--¡Hola! ¿Usted también?... --exclamé maravillado.

--¡Yo también!, --me interrumpió el desconocido, adivinando el resto de mi frase.

Y se cruzó de brazos, como retándome a una polémica.

⁴⁶⁹ *Nínive*, 'capital de la antigua Asiria, situada a orillas del río Tigris; símil de este paraje con la mítica ciudad, ambos desaparecidos. Nínive se encontraba situada cerca de la actual ciudad de Mosul en Irak, concretamente en la región montañosa llamada Kurdistán. Región actualmente repartida entre Irak, Turquía e Irán.

No había más remedio que transigir.

Indudablemente, se trataba de un hombre muy listo, muy vivo de genio, muy sin ventura, y muy mal educado; pero inocente de todo punto. --Su rostro revelaba más tristeza que maldad. --Ya me iba acostumbrando a él.

--¿Conque también V. es aficionado* a las cosas pasadas? --díjele medio amistosamente.

--¡[Ya]⁴⁷⁰ lo creo! (respondió con la viveza de una ardilla.) --Mire V.: cuando los 400,000* moriscos del Reino de Granada fueron internados en otras provincias de España, quedaron despoblados 400 lugares, entre ellos todos los de la Alpujarra, y, para repoblar unos y otros, vinieron 12,542 familias de Extremadura, de Galicia, de Castilla la Vieja y de los montes de León; pero, pareciendo poca aquella gente, sólo se repoblaron 270 lugares, correspondiendo a los de este territorio los siguientes cupos: Bérchules, 48 familias. --Ugíjar, 110. --Nechite, 26. --Mecina Alfahar, 25. --Laujar, 152. --Alcolea, 35. --Presidio de Andarax, 80. --Fondón, 64. Bayanreal, 47. --Cherín, 13. --Laroles, 77. --Picena, 42. --Darrícal, 24. --Mairena, 44. --Berja, 200. --Jubiles, 16. --Trevélez, 24. --Válor, 73. --Narila, 25. --Cádiar, 35. --Yegen, 21. --Mecina de Bombarón, 85.--Almejíjar y Notaez, 32. --Tímar y Lobras, 20. --Cástaras y Nieves, 36. --Murtas y Turón, 50. --Cojáyár, 15. --Poqueira, 70. --Pitres, 49. --Capileira, 16. --Aliacar, 16. --Ferreirola, 16.--Mecina Fondales, 16. --Fondales, 15. --Pórtugos, 56. --Atalbéitar, 10. --Padules, 45. --Canjáyár, 66. --Almocita, 31. --Ohanes, 36. --Béires, 41. --Dalías, 83. --Adra, 25. --Órgiva, 130.--Cáñar, 35. --Benisalte, 12. --Soportujar, 30. --Soites, 14. --Caratáunas, 16. --Bayaces, 12. --Benisier, 15. --Busquístar, 33...--*Albuñol, no está en el libro.

⁴⁷⁰ Tanto en 82 como en 74, aparece 'yo', sin embargo considero que es una errata.

--¿En qué libro? --pregunté yo, asombrado de aquella singular erudición y de aquella prodigiosa memoria.

--En la *Relación Auténtica de la creación de la Renta de Población del Reino de Granada*, compuesta por D. Manuel Núñez de Prado, veedor y contador de la Alhambra. Granada, 1755¹.

--¿Y V. ha leído esa obra?

--Naturalmente.

--¿Cómo naturalmente?

--Es claro: por razón de oficio.

--Pues ¿qué oficio es el de V.?

El hombre se encogió de hombros y no me contestó. --Al cabo de unos instantes, prosiguió diciendo de este modo:

¹

«Quedó este Reino, por la Expulsión de los Moriscos, tan falto de Población y de gente, que muchos Lugares estaban yermos, sin un solo vecino, otros con muy pocos; no había quien cultivase los campos; los arbolados y viñas se perdían por falta del beneficio ordinario, y todo el trato y comercio estaba aniquilado...

En el Consejo y Junta de Granada se dispuso poblar 259 Lugares; según la población que cada uno debía tener, se dispusieron otras tantas casas, señalando a cada uno tierra calma competente, viñas y arbolado, con título de Suerte de población...»

«Se deslindaron y aparearon términos, y se señaló una Suerte para el Beneficiado y otra parte para el e estuviesen asistidas y servidas las iglesias...»

«No cabe en lo posible referir el gasto y la providencia que hubo para conducirlos (a los colonos) y asentarlos en las poblaciones; las prevenciones que se hicieron de pan, harina, trigo, cebada y otras semillas, bueyes, caballos y mulas, para el servicio de las nuevas poblaciones; y todo a costa de la Real Hacienda.»

A cada uno de los pobladores se le dio una casa, solamente con la obligación de pagar un real de año, y una Suerte de población sencilla o con ventaja, que se entiende dos sencillas, con obligación de pagar el quento de todos los frutos...»

(Todo ello en virtud de Real Cédula, su fecha en San Lorenzo, a 31 de Mayo de 1572.)

«Ningún poblador ha de ser natural del Reino de Granada...

»Han de ser obligados a hacer en los Lugares de la Marina, o en los que fuere menester, para su seguridad y guarda, un cercado o reducto de tapias... y han de tener todos los pobladores espadas, y con ella un arcabuz o ballesta, con sus aderezos, rodela, o alabarda, o partesana, o otras armas semejantes, enhastadas».

(Todas estas noticias son del mismo libro citado por el *propio*. --El señor D. Pascual de Gayángos posee un ejemplar de él.)

--Así que me aprendí el libro de memoria, se lo vendí a un baratillero de Granada que pasó por aquí. --Había sido de mi padre; pero yo lo hallé muy defectuoso. --Faltan en él muchos pueblos, que sin duda se repoblaron después; y, por la inversa, figuran algunos que ya no existen. -- ¡Los pueblos se mueren con el tiempo, como las personas!

--¿Sabe V., amigo, que es V. un hombre muy particular?

El *propio* se rió de una manera más triste, pero también más afable que solía, y murmuró dolorosamente:

--Eso dicen; ¡que soy un hombre muy particular!

--¡Particularísimo! --repuse yo, volviendo a mis cavilaciones.

Y metí espuelas al caballo.

Pero no había dado cuatro pasos, cuando sonó un tiro, y luego otro, y luego, dos o tres seguidos, todos ellos en las altas laderas que limitaban aquella rambla.

Mi caballo se paró por sí mismo, y hasta quiso retroceder.

Yo miré al *propio*, más alarmado que nunca, y como pidiéndole cuenta de aquello.

El *propio* se reía espantosamente.

--¡Qué bárbaros! (decía.) --Se han anticipado lo menos una hora.

--¿De qué bárbaros habla V.? --exclamé yo, requiriendo mi revólver.

--De los cortijeros de estas cercanías.

--Pues ¿qué hacen?

--¿No lo oye V.? ¡Apenas son las nueve, y ya tocan a Gloria!

--¡Tocan a Gloria! --repetí maquinalmente...

Y *mis ojos se llenaron de lágrimas.--¡Ay! ¡no sólo es Sábado Santo cuando las campanas *tocan a Gloria*! ¡También habían tocado en Madrid hacía menos de un mes!*

471

Transcurrió un minuto.* --Quitéme el sombrero, y recordé los versos con que principia el *Fausto*.⁴⁷²

--¡Brutos! (seguía gritando el *propio*, respondiendo con fuertes carcajadas a los tiros que sonaban por todas partes.) ¡Bestias! ¿No veis que todavía no son las diez? ¿No veis que aún falta una hora para el *Gloria in excelsis Deo*?

A pesar mío, me eché a reír.

--¿Es V. de iglesia? -le pregunté a aquel energúmeno.

--Casi, casi... --me respondió con cierto énfasis.

--¡Es el demonio! --volví a pensar, más sobresaltado que nunca.

Y disparando al aire, como salva de honor a Cristo resucitado,* los seis tiros de mi revólver (lo cual aumentó el terror de mi cabalgadura)* eché a correr a toda brida, y me encaramé en la montaña próxima, por donde erré perdido mucho tiempo, hasta que el repique triunfal de unas hermosas campanas sirvióme de norte para descubrir la villa de Albondón¹.

⁴⁷¹ Velada referencia a la muerte de su hija.

⁴⁷² El drama de Goethe comienza con una amarga lamentación del personaje acerca de su necesidad de saber: "... ¡Ay! He estudiado ya Filosofía, Jurisprudencia, Medicina y también, por desgracia, Teología, todo ello en profundidad extrema y con enconado esfuerzo. Y aquí me veo, pobre loco, sin saber más que al principio."

¹ *Albondón*, Villa de 3,216 habitantes, hállase situada en una ladera de la *Contraviesa*, a una legua de *Albuñol*.

Dos horas después, mi amigo el señor cura y yo departíamos de sobremesa en su bendita casa, --en tanto que los hijos de Albondón seguían atronando el espacio con salvas, repiques, vivas, coplas de fandango, tañer de guitarras, largo tiempo mudas, y todo género de demostraciones de júbilo por la Resurrección de Cristo.

--¡Le repito a V., señor cura, que hoy he viajado con el demonio! (decíale yo muy seriamente.) Pero ¡mírelo V.! ¡Por allí asoma!...

En efecto: a través de los cristales de un balcón próximo, acababa de ver penetrar en la plaza del pueblo a mi siniestro acompañante.

El cura se echó a reír.

--Conozco a ese pobre hombre... --dijo luego.

--¿Quién es?

--¡No creo deber decírselo a V. ahora!* -- Nuestros amigos se lo dirán *esta tarde en Albuñol.

--Pero, en fin...

--¡Ni una palabra más! --Bástele a V. por el momento saber que es una persona honrada.

--Me resigno a esperar,* señor cura.

Rodó luego la conversación sobre la Expulsión de los Moriscos, único asunto que me preocupaba ya en la Alpujarra, y, después de una larga controversia, en que salieron a relucir todas las apuntaciones de mi cartera de viaje, quedaron en pie, a mi juicio, los hechos siguientes:

1.^o* Que «todos los moriscos del Reino de Granada que se sometieron fueron trasladados a distantes comarcas y los que se ocultaron fueron cazados como fieras y

entregados al verdugo. --Muchos lograron escaparse (continuaba diciendo el texto); pero el amor de la patria los trajo de nuevo a Andalucía, donde² fueron quemados. La situación de aquéllos que fueron llevados al interior de España fue peor que la esclavitud. Hablar la lengua árábica, tocar un instrumento morisco, etc., eran crímenes que se castigaban con galeras...»³.

2.º Que los moriscos que prefirieron irse a África a ser internados en la Península, «pasaron a Berbería, sirvieron a ABDEL-MELIC Rey de Fez, bajo el nombre de *Andaluces*, y contribuyeron eficazmente a la derrota y muerte del Rey de Portugal D. Sebastián junto al río de Alcázar-Quivir⁴.”

3.º Que, cuando Felipe III decretó la expulsión definitiva de todos los moriscos de España, ascendían éstos a más de un millón de personas⁵, de las cuales el Bando real exceptuaba a los muchachos de menos de cuatro años que quisieran quedarse, a no oponerse sus padres o tutores: que, al principio, no hubo padre que consintiera en ello; pero que, después, cuando supieron la triste suerte que les aguardaba donde quiera que iban (en Italia y Francia los rechazaban o perseguían considerándolos moros: en África, Asia y Turquía los maltrataban y despedían considerándolos cristianos), vióse a muchos vender sus hijos antes de embarcarse: que el mismo Bando perdonaba seis familias en cada lugar de cien casas, *para conservar en el Reino los conocimientos prácticos de Agricultura y Labranza*: pero que los exceptuados optaron por irse, *besando la arena de*

² Suprimo aquí una elipse inconveniente.

³ Schack, *Poesía y Arte de los Árabes en España y Sicilia*, trad. por Valera.

⁴ Lafuente Alcántara, *Historia de Granada*.

⁵ Creo oportuno recordar aquí que los Judíos expulsados de España por los REYES CATÓLICOS pasaron de doscientos mil.

*las playas, embarcándose al son de instrumentos y saltando a las naves con grande regocijo*¹.

4.º Que esta expulsión total principió por el Reino de Valencia, cuya numerosísima población morisca, a pesar de haberse comprometido a alzarse en armas al mismo tiempo que los granadinos, no secundó el movimiento de Aben Humeya: que, así que los moriscos valencianos vieron cuán mal se les pagaba la traición que habían hecho a sus correligionarios y su fidelidad a Felipe II y Felipe III, se sublevaron, reproduciendo las matanzas y sacrilegios de los antiguos monfies y la denodada resistencia de los guerreros alpujarreños; pero que ya era tarde..., y fueron muy en breve reducidos y presos, viéndoseles apiñados, desnudos y hambrientos morir en nuestras playas o en aquéllas a que se les conducía, en medio del más absoluto desamparo...; de tal modo que se calcula en *cien mil* el número de los que perecieron aquellos días en España, en el mar, o en las inhospitalarias costas en que se les desembarcaba².

5.º Que estos espantos tuvieron previamente la sanción de uno de los más ilustrados reyes de Francia, --Francisco I, - quien *motejaba a Carlos V porque toleraba a los moriscos en sus Estados, siendo Emperador y Rey Católico*; pero que, en cambio, el gran cardenal Richelieu, al saber que Felipe III había expulsado novecientos mil de sus más laboriosos súbditos, dijo que era «*el consejo más osado y bárbaro de que hace memoria la historia de todos los anteriores siglos*».⁴⁷³

¹ Janer, *Condición social de los Moriscos de España*, Memoria premiada por la Real Academia de la Historia.

² Janer, *Ibidem*.

⁴⁷³ Según Julio Caro Baroja, en su conocido estudio *Los moriscos del Reino de Granada. Ensayo de historia social*, fueron los viajeros franceses del XVIII los primeros en difundir la idea de que la expulsión de los moriscos había afectado a España política y económicamente (2003: 203).

Y 6.º Que el cardenal de Richelieu debía de tener razón, visto que Campomanes, el insigne estadista, dice que *«el punto de decadencia de nuestras manufacturas puede fijarse desde el año de 1609 en que tuvo principio la Expulsión de los Moriscos»*;⁴⁷⁴ y visto además que Fray Pedro de San Cecilio, varón muy docto y santo, los llama «gente aplicada, continua en el trabajo, enemiga de la sociedad, que con *su ejemplo obligaban a trabajar a los cristianos viejos, cultivar sus heredades y labrarlas*».

--¡Duéleme (dijo el señor cura cuando acabé de fijar estos hechos) verlo a V. dar la razón a los moriscos contra los cristianos!

--¡A mí también me duele tener que hacerlo! (respondí.) Yo hubiera querido que prevaleciese el primer pensamiento de Isabel la Católica; que hubieran empleado* la tolerancia, el amor y la persuasión para convertir a los moros a la Fe Cristiana; que se les hubiese hecho conocer y adorar todas las excelencias de la Doctrina de Jesús, y que la mansedumbre, la caridad, la paciencia, el perdón de los enemigos, el sublime principio de *alteri ne faceris quod tibi fieri non vis*,⁴⁷⁵ la humildad, la santificación de la pobreza, todos los tesoros del Evangelio, hubieran brillado a los ojos de los infieles, en lugar de las hogueras y de las armas.--De este modo, no sólo los hubiésemos conservado* para nuestra tierra y ganado para el Cielo, sino que nuestra acción evangelizadora y civilizadora hubiera transcendido a África, ¡a ese desdichado continente tan vecino a nuestras costas, cerrado a toda luz, a toda esperanza, a toda felicidad digna del espíritu humano! ¡De este modo también, hubiéramos impedido que por la misma puerta por donde salieron* de España, primero los judíos y luego los musulmanes, diese entrada en ella a este* horrible

⁴⁷⁴ Para Julio Caro Baroja, la extendida teoría de que el deterioro económico de España parte de la expulsión de los moriscos se fundamenta en la leyenda sobre los moriscos como los únicos cultivadores de las artes y oficios manuales en los reinados de Carlos I y Felipe II (2003: 191).

⁴⁷⁵ El aforismo latino, (No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti), de gran tradición en el derecho y ética occidentales; v. g. está recogido en el pensamiento político del filósofo inglés, Thomas Hobbes (1588-1651). Alarcón lo emplea también en sus *Juicios artísticos y literarios*.

descreimiento religioso que va trocando a los pueblos en manadas de bestias feroces! --

Sí, señor cura: la intolerancia, la violencia, la crueldad de nuestros reyes austriacos y el mal encaminado celo de nuestros sacerdotes; el fanatismo y la sed de mando* de la Inquisición: la supersticiosa repugnancia y la bárbara sevicia con que tratamos a aquellos hermanos (y ya compatriotas nuestros) que vivían en el error, fueron causa de que el puro venero del Cristianismo se dividiera en dos corrientes, y de que por una fluyese en adelante su espíritu humanitario, liberal, democrático, consolador y redentor de los humildes y afligidos, y por la otra la autoridad del dogma y el dogma de la autoridad!...

Llámele V. Reforma; llámele V. Revolución; llámele V. Racionalismo; llámele V. Impiedad... ¡Todo es para mí la misma cosa! ¡todo es para mí el divorcio que sobrevino entre la Iglesia y la Civilización, desde el momento en que una mal entendida defensa de la Fe (la defensa que se hizo por medio de persecuciones, de expulsiones, de tormentos y de hogueras), dio margen a que inteligencias enfermizas, hombres de más pasión que sínéresis y discernimiento, mirasen la Religión del Crucificado con una prevención que sólo debieron inspirarles los que abusaban de su sagrado nombre! --¡Jesús no arrojó del templo las Tablas de la Ley, sino a los mercaderes! --Sin embargo, lo repito; los insensatos filósofos posteriores al Renacimiento, y sobre todo los del siglo pasado, confundieron la Religión con los tiranos que la explotaban y contradecían, y de aquí la situación a que hemos venido; de aquí esta orfandad en que va quedando el género humano en nuestra culta Europa; de aquí el descreimiento que V. y yo deploramos tanto; de aquí la rebelión de los pobres, de los tristes, de los menesterosos, de los tullidos de la Piscina..., no ya diciendo: «¡Viva Jesús, *que nació en un pesebre!*», sino diciendo: «¡Viva

el Becerro de Oro!...»; de aquí, en fin, la pavorosa *Internacional*, última fórmula y apocalíptico derrumbamiento de este edificio social que lleva veinte siglos de existencia!

--Y ¿qué remedio?... --exclamó el digno sacerdote, con el generoso ímpetu de un mártir.

--No veo más que uno..., y ese...

--¿Qué?

--Está en manos de la Iglesia...

--No me sorprendería... Pero, en fin... Explíquese V. más claro.

Mediaron unos instantes de silencio, al cabo de los cuales añadí:

--La receta no la he inventado yo... Pensadores más profundos la formularon hace tiempo... y ¡usted, debe conocerla! Por mi parte, no es tampoco ésta la primera vez que la proclamo... Once años han pasado desde que, al escribir la historia de otro viaje por el estilo de éste¹, procuré que todas sus páginas fuesen una indicación de ese mismo remedio a la enfermedad que corroe las entrañas del mundo latino...

--Pero, en fin, ¿cuál es el remedio?

Yo me acerqué al padre de almas, y le dije tres palabras al oído...² *

El cura no me respondió nada, ni pestañeó siquiera... --Su actitud era sublime.

Y así pasaron no sé cuántos segundos.

--Conque adiós, señor cura, (exclamé entonces, respetando como debía aquel prolongado silencio.) Me marchó... es muy posible que no nos veamos más... --Voy a dejar la Alpujarra, postrimer escenario de la gran Cruzada Nacional contra los moros...; y,

¹ DE MADRID A NÁPOLES.

² Al publicarse esta segunda edición, puedo repetir en voz alta, sin escándalo de nadie, lo que en 1872 sólo me atreví a decir en voz baja...—Las tres palabras que pronuncié al oído del cura de Albondón fueron las siguientes: “*Democratizar la Iglesia.*”

al tiempo de partir, y a pesar de lo que acabo de decirle a V., vuelvo a ser poeta, y repito las últimas palabras que pronuncié ayer mañana al abandonar a Laroles: «¡DICHOSA EDAD Y SIGLOS DICHOSOS AQUÉLLOS EN QUE HABÍA MOROS Y CRISTIANOS; EN QUE CADA CUAL LUCHABA Y MORÍA POR SU FE; EN QUE EL IDEALISMO DIRIGÍA LAS ACCIONES HUMANAS: EN QUE ESTA CORTA VIDA ERA COMO UN TORNEO EN QUE SE DISPUTABAN LOS HOMBRES EL DERECHO A LA INMORTALIDAD³ ...!» --Adiós, señor cura; adiós...

--Adiós, ¡y Él le acompañe! --díjome con infinita tristeza, recibíendome en sus paternales brazos.

Y partí.

Una hora después, el *propio* y yo asomábamos por la cumbre del monte a cuyas faldas se recuesta Albuñol.

Era la primera vez que entraba yo en la sarracena villa por aquellas alturas, y también la primera en que aparecía ante mis ojos su cementerio, mucho más alto que las ramblas por donde habíamos caminado hasta entonces e invisible desde ellas por consiguiente...

Aquel mudo recinto, aquel otro Albuñol, cuyo hambriento suelo habrá de tragarse poco a poco a todos los amigos de que iba a despedirme, *está situado a la izquierda del pueblo, en una triste y melancólica soledad. --Altas hierbas ocultan casi por completo las negras cruces plantadas sobre una y otra sepultura, y sólo en una de sus elevadas tapias se ve un grupo de estos nichos de moda..., que no sé para qué ni por qué *se inventaron,*

³

Véase la página 409 de este libro. (P. 584de la presente edición.)

pues que nadie ha de ser tan feroz que vaya a contemplar* el esqueleto de sus muertos queridos...

En cuanto al Albuñol viviente, mostrábaseme más bello y animado que nunca, coronado de flores, vestido de luz por el expirante sol del Sábado de Gloria, y cobijado por un purísimo cielo de primavera, en que flotaban algunas pintadas nubes, como pabellones* de gala, pregoneros del alborozo de aquel día...

--Yo tomo por aquí, si V. no me manda otra cosa, --díjome entonces el *propio*, rompiendo el silencio que, sin duda por encargo del señor cura, había guardado desde que salimos de Albondón.

Y, al pronunciar aquellas palabras, me designaba con el dedo una tortuosa vereda... que no conducía a la villa.

--Vaya V. con Dios...--le contesté, no sin que aquella nueva excentricidad del misterioso personaje me llamara mucho la atención.

Quedéme, pues, en la altura, para observar hacia dónde se encaminaba, y lo fui siguiendo con la vista..., ¡más y más asombrado a cada instante, al reparar que se dirigía al cementerio!

Llegó efectivamente a la puerta de la fúnebre morada. Llamó, y le abrieron... Volvióse entonces hacia mí, como adivinando que yo no me había movido de aquel sitio; saludóme familiarmente con la mano, y penetró en la mansión de los muertos...

Era el sepulturero de Albuñol.

FIN.

NOTAS COMPLEMENTARIAS

(Los números de cada entrada remiten al número de la nota al pie de página que complementan)

Prolegómenos

1. En efecto, tras la batalla de Vicálvaro, en la revolución de 1854, el Duque de Rivas fue nombrado nuevo presidente del gobierno por el general Fernández de Córdoba, con objeto de fortalecer la causa moderada. Sin embargo, su presidencia duró escasamente dos días tras ser acusado de formar un gabinete conservador y rechazado con violentas protestas por el pueblo que pedía a Isabel II el regreso de Espartero (A. Sánchez, 1995:18).
2. Don Fernando de Córdoba y Válór, caballero veinticuatro de Granada, es decir, uno de los regidores perpetuos de Granada. El día de Nochebuena de 1568 fue proclamado en Béznar, pueblo del Valle de Lecrín, rey de los conjurados moriscos con el nombre de Muley Muhammad Aben Humeya, (Alarcón, siguiendo a Hurtado de Mendoza, escribe: Muley Mahomet Aben Humeya, p.47 de esta edición) más comúnmente llamado Aben Humeya por los cristianos. Véase, la Parte Primera, capítulo VIII: “Quién era Don Fernando de Válór”. Para su retrato Alarcón recurre a los historiadores del siglo XVI. A lo largo de la obra, y particularmente en este capítulo, el autor nos muestra su simpatía hacia dicho personaje.
3. Este académico... correspondiente de la Historia aparece también en *El sombrero de tres picos* como contertulo en el molino del tío Lucas y como uno de los admiradores de la molinera: “Es una estatua de la antigüedad helénica’, observaba un abogado muy erudito, académico correspondiente de la Historia”. Eva Florensa, ed., *El sombrero de tres picos*, por Pedro Antonio de Alarcón (Barcelona: Crítica, 1993) 75. Académico correspondiente: ‘miembro no numerario por

residir en distinto lugar de aquel en que la Academia celebra sus sesiones'. Florensa señala que Manuel de Góngora en *Antigüedades de Andalucía* afirma la historicidad de este personaje: "éste [Garduña] y el abogado académico son dos verdaderas fotografías". También pone de relieve la presencia de una figura muy parecida en *El niño de la bola*: "académico correspondiente [en este caso, no de la historia] de la Lengua y Doctor *in utroque jure*, llamado por más señas D. Trajano Pericles de Mirabel y Salmerón" (Florensa 191).

5. La Hermandad del Santo Sepulcro de Guadix fue fundada en el siglo XVI tras el asentamiento de las órdenes religiosas de los franciscanos y de los dominicos en la ciudad. Concretamente, la hermandad del Santo Sepulcro estuvo ligada desde el principio al convento de Santo Domingo. Para más información sobre el tema, véase el libro de Santiago Pérez López *Las cofradías de Semana Santa en Guadix* (Guadix: Exm. Ayuntamiento de Guadix, 1999).

7. Esta expresión aparece en muchas de las obras del autor. En *El sombrero de tres picos*: "ahorcó los hábitos en aquel punto y hora" (Florensa 77); "desde el punto y hora en que perdía la única fe que era vida de su alma, empezaba a convertirse en un hombre nuevo" (Florensa 126). En *El Capitán Veneno*: "Se educó en colegios, como interno, desde el punto y hora en que lo destetaron" (Florensa 126). En *El escándalo*: "¡Perdone usted, y considere que desde el punto y hora en que Matilde me reveló y demostró que Gabriela me amaba, ya no fui dueño de mi voluntad!" (M. Kleiser 526). También la vemos en *La Pródiga*: "...como el artista misántropo, desde el punto y hora que la vio, se había reconocido vasallo póstumo de aquella heroína rebelada contra el mundo" (M. Kleiser 784), o también: "y el desprecio que sentía hacia las glorias políticas y cortesanas, precisamente en el punto y hora que ya no pensaba de aquella manera" (M. Kleiser 771).

8. La accidentada geografía de la Alpujarra ha sido unas de las principales razones de su desconocimiento a lo largo de los siglos. "Tierra remota de Al -Andalus", "región de ásperas

montañas”, según los cronistas árabes de la Edad Media. Zona eminentemente rural que era desconocida para los castellanos y que apenas aparece en las crónicas cristianas. En el año 1487 aparece por primera vez en relación a los tratados de la guerra de Granada, y en el año 1489 dentro del marco de las capitulaciones como región otorgada en señorío a Boabdil. A este desconocimiento contribuyó el hecho de no haber sido zona conquistada por los cristianos hasta la rebelión de los moriscos, según señala Carmen Trillo San José en su artículo “Una región de ásperas montañas”, recogido por J. A. González Alcantud en *Pensar La Alpujarra*, 1996: 38. El historiador Diego Hurtado de Mendoza en su obra *Guerra de Granada* la describe así: “Alpujarra llaman toda la montaña sujeta a Granada, como corre de levante a poniente prolongándose entre tierra de Granada y la mar, diez y siete leguas en largo, y once en lo más ancho, poco más o menos: estéril y áspera de suyo, sino donde hay vegas; pero con la industria de los moriscos (que ningún espacio de tierra dejan perder), tratable y cultivada, abundante de frutos y ganados y cría de sedas” (1986: 42). A partir de la Guerra de Granada, la Alpujarra aparece en las crónicas de los historiadores del siglo XVI y, especialmente la obra de Ginés Pérez de Hita: *La Guerra de los moriscos*, haría célebre la región al dar origen a toda una literatura sobre el reino de Granada. Efectivamente, la Alpujarra es una de las comarcas españolas que más ha despertado a través de los siglos, el interés de los historiadores, científicos, literatos y cronistas...de los más diversos países (Carrascosa Salas 15).

9. Al tratar de la invasión árabe de la Península Ibérica hay que tener en cuenta tanto la situación del norte de África, es decir, “la organización del paso del Estrecho”, y el proceso de expansión musulmana por el Mediterráneo. Otro factor a considerar es “la falta de una resistencia organizada al invasor” debido a la división del poder dentro del reino godo hispánico. Carmen Trillo San José, *La Alpujarra. Historia, arqueología y Paisaje. Análisis de un territorio en época Medieval* (Granada: Diputación Provincial de Granada, 1992) 23.

11. “[Napoleón]...acababa de ceñirse la corona de Carlomagno y de trasfigurar completamente *la Europa*”. Eva Florensa, ed., *El Sombrero de tres picos*, por Pedro Antonio de Alarcón (Barcelona: Crítica, 1993) 67. “El aspecto de la bóveda estrellada, en la cual distinguiría entonces a un mismo tiempo todos los astros que esmaltan los cielos de *la América del Norte*, de *la Europa entera*, de *Asia*,” (M. Kleiser 217). “Harto se ha disputado sobre si los Escipiones enterrados en aquel lugar sean o no son los mismos que conquistaron el África y la España” (M. Kleiser 1281). “La vida del campamento; sus ocios y peligros; las noches de soledad bajo la tienda; la tarde después de la batalla; el himno de triunfo; las agonías durante el combate; la oración fúnebre de los que sucumban; el aspecto y costumbres del extraño pueblo que tendremos enfrente; lo que no dice la historia, ni refieren los partes, ni adivinan los periódicos; la historia privada, profana, particular, de la guerra; todo esto compondrá el libro vario, desaliñado, improvisado, heterogéneo, que entreví desde que formé la resolución de acompañar *al África* a nuestros soldados” (M. Kleiser 832).

14. Así relata Hurtado de Mendoza el origen de estos salteadores “(monfíes los llamaban en lengua morisca)”: “Había en el reino de Granada costumbre antigua, como la hay en otras partes, que los autores de delitos se salvaran, y estuviesen seguros en lugares de señorío; cosa que mirada en común, y por la haz, se juzgaba que daba causa a más delitos, favor a los malhechores, impedimento a la justicia, y desautoridad a los ministros de ella. Pareció por estos inconvenientes, y por ejemplo de otros estados, mandar que los señores no acogiesen gentes de esta calidad en sus tierras; confiados que bastaba sólo el nombre de justicia, para castigarlos donde quiera que anduviesen. Manteníase esta gente con sus oficios en aquellos lugares, casábanse, labraban la tierra, débanse a vida sosegada. También les prohibieron la inmunidad de las iglesias arriba de tres días; mas después que les quitaron los refugios, perdieron la esperanza de seguridad, y diéronse a vivir por las montañas, hacer fuerzas, saltar caminos, robar y matar” (*Guerra de Granada*, 1986: 33). Las hazañas de los “feroces monfíes alpujarreños” las relató el escritor granadino Manuel Fernández y González (1821-1888) en su novela *Los Monfíes de Las Alpujarras*, paradigma de la literatura de tendencia orientalista del siglo XIX. Según indica Max Aub en *La prosa española del XIX*, publicado en México en 1962,

Fernández y González nació en Sevilla y se educó en Granada, donde estudió Derecho y Filosofía. Fue muy popular escritor de folletines a la francesa, escribió más de quinientas novelas.

20. División territorial de la Alpujarra, que data de mediados del siglo XIV. “A finales del siglo XVI Mármol describe una Alpujarra parcelada en tahas, división administrativa nazarí” (Trillo San José 66). Tenía carácter político y fiscal principalmente, aunque estaba basada en la geografía del terreno en la mayoría de los casos. Esta demarcación territorial permaneció, con algunas alteraciones, hasta la expulsión de los moriscos y siguió denominándose así hasta el siglo XVIII. Y, aunque deja de poseer carácter administrativo, sin embargo se ha conservado probablemente gracias a que el territorio que la compone corresponde generalmente a una zona de iguales características. Una taha suele incluir terreno de montaña y de vega. Para más información sobre la taha alpujarreña, véase el mencionado trabajo de Trillo San José, pp.62-123. Por otro lado, nuestro autor nos proporciona una concisa explicación de los términos taha, clima, cora y alauz en la Parte Segunda: “La taha de Órgiva”, capítulo III.

26. El Puerto de la Ragua “está situado a 2.000 metros de altitud; comprende los términos municipales de Ferreira por la parte del Marquesado, Bayárcal y Faroles en la parte de La Alpujarra; es la divisoria entre las provincias de Granada y Almería”, según la información proporcionada por Miguel A. Martín Medina en su ponencia “Caminos arrieros”, recogida en (G. Alcantud, *Pensar* 198).

27. Ventisquero, ‘sitio en las alturas de los montes, donde se conserva la nieve y el hielo’.

“...ventisqueros u ollas de nieve, de los que rara vez se ve libre la montaña, con el aspecto de manchas, que no desaparecen ni aun en los días de máximo calor. Estas manchas vistas desde abajo parecen pequeñas, como lunares blancos en el anca de una pantera, son inmensos campos cuando se acerca uno a ellos.” Así se describe en la *Guía para viajeros por España y lectores en casa* de Richard Ford (Viñes, *Granada* 99).

28. Lanjarón se encuentra situada al este de Órgiva. Durante la época nazarí formaba parte de la taha o clima de Ferreira, tras la conquista del reino de Granada pasó a formar parte del Valle de Lecrín. En el siglo XIX se separó del Valle de Lecrín y pasó a erigirse en cabeza de partido de la Alpujarra Alta Occidental hasta que Órgiva asumió definitivamente dicha categoría por Real Orden de 24 de agosto de 1839 bajo el reinado de Isabel II (1830-1904), por lo que hoy en día forma parte del Valle de Lecrín. Sobre la cuestión de si Lanjarón pertenece o no a la Alpujarra, Carrascosa Salas argumenta que la proximidad de Lanjarón a los pueblos de Órgiva, Cáñar, Soportújar, Carataunas y el barranco del Poqueira hace suponer que la inclusión de Lanjarón en el Valle de Lecrín, según se constata en el libro de Población y Apeo de Lanjarón y en otros documentos de los siglos XVI y XVII, puede considerarse mayormente de carácter administrativo y convencional, no geográfico. Además, Lanjarón “forma parte, geológicamente hablando, del llamado manto tectónico del Mulhacén, dentro del cual se integran las unidades de Soportújar y Lanjarón”. Finalmente, Carrascosa Salas añade que el terreno tan escabroso que separa a Lanjarón del Valle de Lecrín, baste con citar las profundidades de Tablate, es un factor importante para que los habitantes de Lanjarón se hayan considerado siempre alpujarreños aunque administrativa y judicialmente sean parte del Valle de Lecrín (C. Salas 47).

29. La taha de Órgiva está situada en el extremo oeste de la Alpujarra. Limita al oeste con Lanjarón, al este con la taha de Poqueira y al sur está rodeada por el río Guadalfeo. Órgiva es el primer pueblo de la Alpujarra Alta Occidental, accediendo por Lanjarón. Por este el lugar entró el Rey Católico a la Alpujarra para sofocar la rebelión mudéjar del año 1500. A finales del siglo XVI Luis del Mármol pintaba la taha de Órgiva así: “es tierra fértil, llena de muchas arboledas y frescuras, y por ser templada, se crían naranjos, limones, cidros y todo género de frutas tempranas, y muy buenas hortalizas en ella. La cría de seda es mucha y muy buena, y hay hermosísimos pastos para los ganados, y muchas tierras de labor, donde los moradores de los lugares cogen trigo, cebada, panizo y alcondia, y la mayor parte dellas se riegan con el

agua del río y de las fuentes que bajan de aquellas sierras. Hay en esta taha quince lugares que los moriscos llaman alcarías, cuyos nombres son: Pago, Benizalte, Sórtes, Cáñar, el Fex, Bayárcar, Soportújar, Caratanuz, Benizeyes, Lexur, Barxar, Guarros, Luliar, Faragenit y Albacete de Órgiva” (Trillo San José, 71). En el siglo XIX, Pascual Madoz apunta la siguiente información sobre la población de Órgiva: “Cabeza de partido del mismo nombre, con 4428 habitantes. Está situada en un extenso valle, formado por las vertientes meridionales de Sierra Nevada, y su clima es calurosísimo en el estío...” (Sánchez Picón 231-232). Véase también la Parte Segunda de esta obra: “La taha de Órgiva”. En el año 2004 del Órgiva contaba con una población aproximada de 5,175 habitantes según el censo de dicho año.

33. La Guerra de África estalló en noviembre de 1859 y terminó en mayo de 1860 con la victoria del ejército español a las órdenes del general Leopoldo O'Donnell (1809-1867), conde de Lucena y duque de Tetuán. Alarcón se alistó como soldado voluntario en las filas del batallón Ciudad Rodrigo a las órdenes del general Ros de Olano.

35. Esta crónica de la guerra obtuvo un éxito inmediato y dio fama y holgura económica al autor, fue: “el mayor éxito editorial conocido hasta entonces en España. Al publicarse, difundió su nombre por todos los ámbitos de la Patria...no es, pues, de extrañar que la edición de 50.000 ejemplares lanzada por Gaspar y Roig se agotase al parecer, ni que los primeros 90.000 duros que produjo creciesen pronto hasta la cifra gigantesca de casi cuatro millones de reales”. “D. Pedro Antonio de Alarcón. Un viaje por el interior de su alma y a largo de su vida” (M. Kleiser xiii).

37. Esta misma visión negativa de Madrid aparece en otras obras Alarcón: “Aquí hacen alto todos los viajeros que van de paso al porvenir, al reino fantástico de la ambición, o los que vuelven de la miseria y del crimen... todos vienen a vivir algún tiempo a esta inmensa casa de huéspedes”(M. Kleiser 1675); “todos dicen muy principalmente aquella gran verdad de que Madrid es una casa de huéspedes, donde no hay familia, ni hogar, ni casa, ni recuerdos, ni veneración, ni tradición, ni costumbres, ni *religión*..., en el sentido lato de la palabra” (M. Kleiser 168).

Parte Primera

41. El autor señala que dicha venta estaba situada en un lugar geográficamente muy estratégico por ser el puente sobre el barranco de Tablate, desde los primeros asentamientos de pobladores de la zona —y sigue siéndolo actualmente— paso natural de Granada hacia la costa. En el siglo XIX, los viajeros de la Alpujarra realizaban el empalme con la diligencia de Motril en la venta de Tablate, lugar que describe Alarcón de esta forma: “Aquel paraje es un foco de caminos (un *fondac*, que dirían los moros), donde se cruzan todos los días los viajeros y trajinantes de la costa, los de Granada, los del Valle y los alpujarreños..., y, para la Alpujarra, sobre todo, la tal venta hace el oficio, ya que no de puerta, de aduana o portazgo avanzado sobre las vías oficiales de los hombres”. Con la modernización de los medios de transporte, esta venta continuó siendo el lugar de parada obligatoria para los usuarios de los autobuses de línea en ruta entre Granada capital, la costa y la Alpujarra. En el año de 1957 se levantó una ermita en uno de los extremos del puente para honrar a la Virgen de las Angustias, patrona de Granada, y de ahí el nuevo nombre de la antigua Venta de Tablate.

44. Sor Ana de San Jerónimo, “hija de D. Pedro Verdugo y doña Isabel de Castilla, Condes de Torre-Palma, vecinos de Granada, nació en Madrid en 1696, se educó en la biblioteca de su padre, hombre muy versado en lenguas y en erudición sagrada y profana. Recibió una instrucción no común aún en los que por su estado profesan las ciencias. A los tres años de edad ya mostraba claros indicios de sus extraordinarias dotes, según revela la anécdota que cuenta el editor de su obra: “Estaba aun en la cama una mañana, por cuya pieza venía a pasar un Médico para visitar a una criada de sus padres, ella se tapó la cara, y el médico creyéndole dormida lo dixo al paso; quando volvió de su breve visita, le dijo la niña: ‘Yo no quiero, que penséis/ Que me tapo de vos hoy, / Sino que penséis, que estoy/ durmiendo y no me miréis’; redondilla tan ajustada a medida, y consonantes en una niña que apenas empezaba a hablar, admiró juntamente a todos, para conservarla en la memoria”. La obra de Sor Ana de San Jerónimo fue publicada

en Córdoba en el año 1773, bajo el título de *Obras poéticas de la madre Sor Ana de San Jerónimo, religiosa profesa del Convento del Ángel, Franciscas Descalzas de Granada*. “En la oficina de Juan Rodríguez, Calle de la Librería. Año de MDCCLXXIII”. La edición corrió a cargo de “un apasionado suyo”, (quien además sufragó los gastos de la edición) y se identifica en la carta enviada a la abadesa del convento del Ángel, como “un hermano de esta su Religiosa Comunidad”. En dicha carta, el impresor justifica la publicación de la obra de la religiosa en los siguientes términos: “...que no menos por su ejemplar virtud, que por su elevado numen poético fue sin duda la Heroína de su Sexo; y de su Siglo, yo embelesado en la sublimidad de sus conceptos' y en la Oportuna Erudición Sagrada, con que los adorna... ellas son obras ciertamente, que solas ellas pueden servir de digna parentación de la difunta...” (*Obras poéticas*, 1773) 1- 2.

45. Llanos de Armilla. En época de Alarcón estos llanos eran usados por el ejército para los ejercicios de entrenamiento de la tropa de Guarnición de Granada. Actualmente se encuentra en ellos la infraestructura, pistas y campo de vuelo de la Base Aérea de Armilla.

47. La comparación de Granada con Damasco posee una rancia tradición que comienza con los historiadores, geógrafos y viajeros árabes de la Edad Media: “Una de las excelencias de Granada es que su tierra admite una siembra en pos de otra siembra y da unos pastos tras otros durante el año... Su vega dilatadísima, semejante a la campiña de Damasco, es el cuento de los viajeros y la conversación de las veladas” (Viñes, *Granada* 62).

64. Carrascosa Salas en su ya mencionado libro *La Alpujarra* delimita el marco geográfico de la Alpujarra en cuatro comarcas: Alpujarra Alta Oriental, Alpujarra Alta Occidental y Alpujarra Baja o de la Costa y Alpujarra Almeriense. Esta comarca se divide, a su vez, en El Valle de Andarax y Los campos de Berja, Dalías y El Ejido (113 y siguientes). “Al efectuarse la reforma judicial y la consiguiente ordenación del territorio en provincias por los Reales Decretos de 10-11-1833 y 21-4-1834, respectivamente, La Alpujarra quedó configurada en cinco partidos judiciales (Albuñol, Orjiva, Ujijar, Berja y Canjáyar), los tres primeros pertenecientes a la provincia de Granada y los dos últimos a la de Almería” (C. Salas 630).

70. Esta misma frase ya apareció en un capítulo titulado “Entreacto” de su primera novela *El final de Norma*, (capítulo que el autor no incluyó en su refundición de la novela para la edición de sus *Obras Completas*): “En seguida, después de un instante de desconsuelo, hay cuatro gemidos dolorosos, penetrantes, de una dulzura que parte el alma y que, *sempre crescendo*, según muere la esperanza, van escalando el cielo” (Montesinos 73). En una de las cartas escritas desde París para el periódico “Occidente” Alarcón expresa su forma de sentir la música, calificándose a sí mismo de melómano (Montesinos 85).

73. “*Son lágrimas de las cosas*”. La cita completa es: “*sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt*”. Virgilio, Eneida, I. ‘Son lagrimas de las cosas porque los eventos y las cosas mortales tocan el alma’. Esta cita, usada por el autor en varias ocasiones, pertenece al libro I de *La Eneida* de Virgilio (70 a.C.-19 a. C.) Esta expresión latina, muy del gusto en el siglo XIX la emplea Ramón Rodríguez Correa en el prólogo que hace a primera edición del volumen *Cosas que fueron* de Alarcón. En este prólogo Rodríguez Correa explica el sentido del “lema de Virgilio: “dar idea de ese mundo de melancolías en que se cierne el espíritu, recordando tiempos que huyeron, a presencia de los mudos objetos que fueron testigos de risueños planes y desengaños alegrías” (M. Kleiser, 1668). Alarcón la cita al comienzo del cuadro de costumbres, “Las ferias de Madrid”: “*Sunt lacrimae rerum.*” (M Kleiser 1677). Esta expresión la encontramos también en *De Madrid a Nápoles*: “Eran las diez de la mañana, de una hermosa mañana rica de sol, y en cuantas calles penetramos, -casi todas desiertas-, oímos resonar más de un piano al través de las celosías de los balcones. [nuevo párrafo] No sé por qué; aquella música matutina me hizo envidiar la vida de los habitantes de Sion, y suspirar por una paz y una dicha de que acaso carecen también ellos... [nuevo párrafo] *Sunt lacrimae rerum*, o son melancolías de caminante, que no necesitan explicación.” P. A. de Alarcón, *De Madrid a Nápoles*, 16 de julio 2006 <http://www.cervantesvirtual.com/serlet/SirveObras/>. Cita que el autor elimina en la edición que preparó para sus *Obras Completas*.

También la utiliza Juan Valera en su *Correspondencia*: “*Sunt lacrimal rerum*, querido Don Serafín, y si le escribo a usted casi siempre de broma, es por no fastidiarle con mi llanto, no porque me falten ganas de llorar.” (Carta escrita desde Río de Janeiro, el 3 de agosto de 1853, a su amigo Serafín Estébanez Calderón, “El Solitario” (1799-1867), andaluz, como él, y conocido autor de los cuadros costumbristas *Escenas andaluzas*. Juan Valera, *Correspondencia* (Madrid: Imprenta Alemana, 1913) I, 196.

75. Aparece en Montesquieu, en su obra *De l'Esprit des lois* y en la teoría de las sensaciones de Locke. En España se hacen eco de esta teoría Feijoo en su *Teatro crítico* y el Padre Isla en *Fray Gerundio de Campazas*. En el siglo XIX sigue estando en auge por influencia de Hippolyte Taine especialmente; en España la recoge, entre otros, Alcalá Galiano en su prólogo a *El moro expósito* del Duque de Rivas.

76. Pensil. En *De Madrid a Nápoles*, al describir el paisaje de la campiña francesa, el autor emplea el mismo símil: “Ya en adelante, seguimos casi siempre las orillas del Saona, caudaloso río, sembrado a veces de pintorescas islas, que parecen otros tantos pensiles” (M Kleiser 1202).

77. Lord Byron, nacido George Gordon el 22 de enero de 1788, sexto lord Byron. Ocupó un escaño en la Cámara de los Lores en el año 1809. De carácter liberal y rebelde, fue un entusiasta viajero, visitó España, Portugal, Grecia e Italia, donde se instaló tras su exilio voluntario y permanente de Inglaterra en 1816. Su obra se caracteriza por una serie de contradicciones: “lirismo y cinismo, soledad y exhibicionismo, introversión y tiranismo” (Liberatori 124). Su influencia en el movimiento romántico europeo fue decisiva. El poeta inglés es frecuentemente citado por P. A. de Alarcón en sus obras. De hecho, en *De Madrid a Nápoles*, obra escrita en el año 1862, nuestro autor sigue considerando a lord Byron su ídolo: “Y aquí me permitiréis que ceda la palabra a lord Byron, quien os dirá en su lenguaje divino cosas que yo he sentido y pensado, pero que no acertaría a expresar seguramente. [nuevo párrafo] Porque lord Byron pasó también una tarde en estos mismos sitios, mirando de hito en hito a los Alpes y disponiéndose

a atravesarlos... [nuevo párrafo] En esto nos parecemos lord Byron y yo y otra porción de gente que se habrá encontrado en la misma situación” (M. Kleiser 1234). Sin embargo, en *La Pródiga*, última novela de Alarcón se percibe la contradictoria atracción del autor hacia lord Byron pues, por un lado, lo acusa de la perdición de su heroína: “fueron los poemas del terrible lord Byron los que me arrastraron al abismo de la duda” (M. Kleiser 827). Por el otro, muestra su admiración al poeta cuando compara, por boca de la Pródiga, a Guillermo de Loja, su amante, con él: “...y en esa expresiva cabeza, semejante a la de lord Byron...” (Liberatori 124).

81. Respecto a las antiguas puertas de Granada, en el año 1846 José Jiménez-Serrano, secretario de la comisión de monumentos históricos y artísticos de la provincia, escribía en su *Manual del artista y del viajero en Granada* que “Granada en tiempo de los árabes estaba fuertemente defendida: la rodeaba una gruesa muralla fuertemente defendida con 1.030 torres y veinte puertas. [...] Las puertas han desaparecido muchas, quedando solo el nombre de algunas, como la Real y la del Pescado, y en uso solo las siguientes: la de Bibarrambla, la de Elvira, la del Sol, la de Bid-el-Aujar hoy de las Granadas, la de Fajalauza, la de Monaita o de la Bandera y la de la Alcazaba” (Jiménez. Serrano 11).

83. El Albaicín, llegó a alcanzar una población de 10.000 habitantes en época nazarí. “Sus casas eran grandes, provistas de patios y huertos regados por “estanques y pilones de agua corriente”. Contaba con una suntuosa mezquita, situada en el centro del barrio, “de ella quedan algunos vestigios en un patio contiguo a la iglesia de El Salvador”. El autor de *El libro del viajero en Granada*, nos informa de la decadencia del barrio en su tiempo: “Casi todo el Albaicín está convertido en un montón de ruinas” (Lafuente Alcántara 73).

87. La muerte de D. Alonso de Aguilar ha sido cantada en el Romancero. Su vida militar como caballero cristiano en la conquista de Granada la recrea literariamente Ginés Pérez de Hita en la *Historia de los bandos de Zegríes y Abencerrajes*, obra que se caracteriza por una gran riqueza de detalles y por el colorido en la descripción de batallas y personajes. “diremos algunas cosas del buen caballero D. Alonso de Aguilar; cómo le mataron los Moros en Sierra Bermeja, con algunos Romances de su historia”

(Blanchard-Demouge 306-307). El autor relata la historia de la sublevación de los moros de la Alpujarra en 1500 y cómo Fernando el Católico encargó a este caballero reprimir la rebelión en la que perdió la batalla y la vida. “Y desta batalla y su muerte se dixo aquel romance muy antiguo que entonces se cantó, que dize así: “Estando El Rey Don Fernando / en conquista de Granada, / donde están Duques y Condes / y otros señores de salva/Con valientes Capitanes / de la nobleza de España / de que la uvo ganado / a sus Capitanes llama; / Quando los tuviera juntos / desta manera les habla: / quál de vosotros, amigo, / yrá a la sierra mañana / al poner el mi pendón / encima del Alpuxarra? / [...] y con el temor que tienen / a todos tiembla la barba, / sino fuera a D. Alonso / que de Aguilar se llamava / [...] Don Alonso ya cavalga / con quinientos de cavallo / y mil infantes llevaba; / Comienza a subir la sierra / que la llamavan Nevada / [...] la batalla se comienza / muy cruel y ensangrentada; porque los Moros son muchos/ tienen la cuesta ganada; / Aquí la caballería / no podía hazer nada; / y así con grandes peñascos / fué en un punto destroçada / Aunque quedan muchos muertos / en una rambla y cañad, / tantos cargan de los Moros / que los Christianos matavan / [...] Sólo queda Don Alonso, / su compañía es acabada, / pelea como un león / mas su esfuerço no vale nada / Porque los Moros son muchos / y ningún vagar le davan; / en mil partes ya herido, / no puede mover la espada; / De la sangre que ha perdido / Don Alonso se desmaya; / al fin cayó muerto en tierra / a Dios rendiendo su alma [...] (Blanchard-Demouge 308-309). Una prueba de la popularidad del Romancero entre los románticos del XIX, es la reproducción que hace el autor francés Charles Davillier de este conocido romance en su obra *Viaje por España* de 1874.

88. También en las biografías del siglo XIX sobre Diego Hurtado de Mendoza, se le compara con el otro gran historiador de Roma: “...no se engaña / Si a Mendoza llama España / El Salustio de su historia” en *La Alhambra* 3, II (1842):145-146.

94. Píndaro (518 A.C - 438 A. C.) está considerado como uno de los mayores poetas de la Grecia antigua. Compuso lírica coral para ser cantada con acompañamiento musical, por coros de jóvenes, con ella logró expresar “la unidad nacional preservada por la religión y la lengua común, y por la tradición recuperada de los juegos olímpicos panhelénicos”. Se ha conservado sólo una cuarta parte de su obra que consta de cuarenta y cuatro odas triunfales en honor de los

vencedores de los cuatro grandes juegos nacionales: olímpicos, pitios, itsmios y nemeos. La fama de la primera oda se debe Aristófanes quién apreció el hecho de que glorificara los juegos olímpicos sobre los otros juegos nacionales y tratara la historia de Pelops, su fundador. Así comienza la oda *A Hierón de Siracusa, vencedor de la carrera ecuestre*: “Lo mejor, el agua. Y el oro como juego incandescente se destaca de la noche sobre la soberbia riqueza. Mas si es cantar unos juegos lo que anhelas, no busques ya de día con tu mirada por el cielo desierto un astro esplendoroso más ardiente que el sol, y no podremos hablar de certamen más ilustre que el de Olimpia” (*Olímpica* I, I). Esta cita debió de ser muy popular entre los escritores del XIX ya que la vemos también en “Un poco de crematística”

(Meditación) de Juan Valera: “En nuestra época tratan las gentes de rehabilitar la materia en el buen sentido de la palabra, y la purifican como pueden. La materia al fin es obra de Dios, y, aunque algo pervertida por el pecado, no es cosa tan abominable como se asegura [...]. Por eso no me parece mal que vayamos puliéndola, perfeccionándola, hermo세ándola y sutilizándola en este mundo. Para pulirla suelen los hombres, en ciertos países adelantados, lavarse ya todos los días, costumbre rara, cuando no desconocida de la cristiandad, ciento o doscientos años hace, y contra la cual aún fulminan sus anatemas el piadoso señor Veuillot y otros santos padres. Por eso no se comprendía bien la significación del principio de aquella oda de Píndaro: Alto don es el agua”. “Un poco de crematística”,

(Meditación), II, Juan Valera, 21 de julio 2006 <http://www.cervantesvirtual.com/serlet/SirveObras/>>

Y también en el escritor y periodista José Ortega Bonilla, padre del filósofo José Ortega y Gasset, concretamente en su obra *Viñetas del sardinero*: “Un sueño en plena Mancha” (Monólogo), XIII:

169: “Acerqueme y pedí algo de beber. Agua me trajeron de un pozo que allí cerca había y que por su negra boca echaba un vaho húmedo que daba gozo. [...] y luego sentí deseo de dar entretenimiento al estómago con algo más sólido que el licor de Hipocrena, y del cual yo nunca fui partidario, aun cuando dice Píndaro aquello de que ‘*alto don es el agua*’, [...], 21 de julio, 2006 <http://www.cervantesvirtual.com/serlet/SirveObras/>>

104. Alcibiades, célebre general y político ateniense (450-404 a C), de brillantes cualidades, pero ambicioso y sin moralidad, discípulo predilecto de Sócrates. Convertido, más bien por interés que por convicción en jefe del bando democrático, arrastró a su patria a la azarosa expedición de

Sicilia. Fue nombrado jefe de la misma, pero poco después, acusado de la sacrílega mutilación de las estatuas de Hermes, tuvo que huir, refugiándose junto al sátrapa (gobernador de una provincia entre los antiguos persas) Tisafernes. Sirvió algún tiempo a Lacedemonia contra su propia patria, reconciliándose luego con Atenas y, finalmente, murió en el destierro, asesinado por orden del sátrapa de Bitinia.

105. Estas recompensas fueron dadas también a otros moriscos granadinos que lucharon en el bando cristiano: “El Rey don Fernando les hizo a los cavalleros Vanegas grandes mercedes y privilegios, que pudiesen llevar armas, y assí mismo a los Alabezes y Aldoradines, sabiendo cuánto ellos hizieron en su servicio, y porque se les diesse la tierra” (Blanchard-Demouge 290).

115. Charles Didier, escritor, periodista y diplomático nacido en Ginebra en el año 1805. Gran viajero dejó plasmadas las experiencias de su viaje a España en 1836 en el libro *Un año en España* (París, 1837). Su extenso artículo sobre la Alpujarra: “Un viaje a la Alpujarra en 1836” fue publicado en 1845 en la revista francesa *Revue de Deux Mondes* y editado en traducción por Miguel Carrascosa Salas en 1993 para la “Colección Sierra Nevada y la Alpujarra”. En cuanto a la relación geográfica e histórica que Alarcón hace del Puente de Tablate, cabe añadir que, en efecto, el puente se encuentra “situado sobre un estrecho tajo de unos cien metros de profundidad, cuyas paredes parecen tocarse en algunos puntos” y ha sido construido y destruido sucesivamente numerosas veces a través de su larga historia. Hasta en año 1996 subsistía aún el viejo puente, obra tosca que data del siglo XVII, y que aún se conserva como reliquia del pasado. El puente nuevo data del año 1859 y supuso un elemento clave para la red de comunicación entre Granada y la costa. Finalmente, el actual puente de Tablate fue terminado en el mes de noviembre de 1996. Se encuentra emplazado entre los términos municipales de El Pinar y Lecrín para agilizar el movimiento de tráfico de la zona y reducir la distancia entre Lecrín y Motril a 45 kilómetros. El

nuevo puente ya no pasa por el histórico tramo de la Venta de las Angustias, antigua Venta de Tablete, julio 2006 <http://www.monumentalnet.org> .

119. Efectivamente, “En 1774 no la casualidad: la inspiración Divina, hizo beber a un anémico con escasa esperanzas de vida el agua de uno de los manantiales tenida antes como nociva por perjudicar la vegetación, y habiendo con su uso continuado por algunos días obtenido la salud, repiten otros su ejemplo con idénticas y diferentes enfermedades, alcanzando el mismo resultado y a la vez la confirmación del tesoro descubierto, tanto como remedio de crónicas dolencias ante4s resistidas a los demás agentes terapéuticos, cuanto como recurso posible de satisfacer con sus ingresos en la vida, parte de las atenciones de los vecinos. Conociendo las ventajas de sus aguas fue aumentando el número de enfermos que visitaban Lanjarón en el estío hasta 1817 en que llegó a la atención del Gobierno tanto el valor de sus remedios terapéuticos y por evitar los abusos de su administración se creó su actual Establecimiento Balneario de planta construido en 1819 y nombrado médico director para que se encargara del establecimiento y del estudio y observación de cuanto a su ‘hidrología médica correspondiera’ ”, en (Manuel Medina Estévez, *Monografía de las aguas y baños minero-medicinales de Lanjarón*, 1864: 225).

En la época en que Alarcón la visitó Lanjarón era una pequeña aldea con una única calle. La explotación de las aguas de Lanjarón con fines medicinales no se inició hasta finales del siglo XIX con la construcción de un edificio que aún forma parte de su actual balneario. En el siglo XX se estableció una industria de embotellado para la comercialización de sus aguas minerales.

Actualmente, Lanjarón cuenta con una población autóctona de 3. 756, habitantes, según datos del año 2005.

120. “*The liver is the lazaret of the bile, / but very rarely executes its function, / For the first passion stays there such a while, / That all the rest creeps in and from a junction, / Life knots of vipers on a dunghill’s soil,-- / Rage, fear, hate, jealousy, revenge, compunction,-- / So that all mischiefs spring up from this entrail, / Like earthquakes from the hidden fire call’d “central,”* *Don Juan*, II, CCXV. El origen de la palabra lazareto se remonta a la Edad Media, a la creencia de que Lázaro, el hermano de Marta y María, resucitado por Jesucristo, había muerto de lepra, de ahí que esta enfermedad se conociera también como el mal de San Lázaro. En el siglo

XII, durante las Cruzadas, se creó una orden religiosa militar para el cuidado de los leprosos bajo la advocación de San Lázaro.

122. Posiblemente Alarcón conocía las obras sobre la zona, tanto del botánico austriaco Moritz Willkoman de 1847 sobre su visita en 1845, en la que comenta sobre la variedad de flora del lugar y de su clima desde subtropical a alpino, como la escrita por Charles Boissier: *Viaje botánico al Sur de España durante el año 1837*, donde dice que “con una mirada se recorre su escala desde las altivas cimas, eterna morada de la escarchas, hasta el jardín de las Hespérides” (1995: 12). Aquí se describe Lanjarón como “una frontera, un paraíso vegetal y un espacio modelado por las aguas (1995:11).

123. Dante Alighieri (1265-1321). El gran poeta italiano fue testigo de las luchas intestinas entre güelfos y gibelinos en la Florencia del siglo XIV. Cantor del amor imposible por Beatriz Portinari en los inmortales sonetos de su obra *Vita nuova* y, especialmente, en el grandioso poema alegórico, “meditación moral y teológica”, escrito en tercetos, *La Divina Comedia*, que consta de tres partes: “Infierno”, “Purgatorio” y “Paraíso”. El XIX rescata a Dante del olvido en que había caído desde el Renacimiento. El segundo romanticismo lo consideraba “como una de las lumbreras indiscutibles de la poesía occidental”. En España, en 1868 Hartzenbusch reimprimió la traducción del “Infierno”, la cantiga preferida de la *Divina Comedia*, hecha por Pero Fernández de Villegas en 1515. Es precisamente el comienzo del Canto III del “Infierno” la cita de Alarcón: “por mí se va a la ciudad doliente, / por mí se va al eternal dolor, / por mí se va con la perdida gente...”, en (Ángel Crespo, ed., *Comedia. Dante Alighieri* (Barcelona: Planeta, 1990:15).

Parte Segunda

131. El valle de Las Batuecas dista catorce leguas de Salamanca y ocho de Ciudad Rodrigo. La proverbial simpleza de sus moradores dio lugar a la popular expresión *estar en las Batuecas* que quiere decir estar distraído; tener el pensamiento en cosa diferente de la que se trata. Es sinónimo de ignorancia y simplicidad, tal vez recordando el estado de atraso de sus habitantes. “Los llamaban *los beodos de España*. Hace siglo y medio, decir que uno era un *batueco* o que *se había criado en las Batuecas* era ponerle al nivel de un cafre o de un hotentote. Sus habitantes llevaban fama de salvajes. Se decía, sin razón, que los batuecos eran salvajes gentiles y entregados al culto del diablo. Algunos llegaron a afirmar que vivían desnudos. Una vieja tradición aseguraba que la región de las Batuecas había permanecido olvidada durante siglos, hasta que una doncella y un paje de la casa de Alba la descubrieron de nuevo. Este fabuloso descubrimiento tuvo lugar, según unos, en el reinado de los Reyes Católicos y, según otros, en el de Felipe II. Sobre ello escribió Lope de Vega su comedia *Las Batuecas del Duque de Alba*, en cuya introducción trató Menéndez y Pelayo (tomo XIV, de sus *Obras Completas*, página 364 y siguientes) de este asunto con su acostumbrada erudición. A las Batuecas aludió Montesquieu cuando, creyendo todas las patrañas, escribía: ‘Ellos (los españoles) han hecho inmensos descubrimientos en el Nuevo Mundo, y no conocen aún su propio continente. Hay en sus ríos puntos que aún no han sido descubiertos, y en sus montañas, naciones que les son desconocidas’.

El padre Feijoo, en su trabajo ‘Fábula de las Batuecas y países imaginarios’ (*Teatro Crítico Universal*, tomo IV, discurso X), contribuyó decisivamente a deshacer las fábulas sobre las Batuecas, y entre ellas la que afirmaba que esta región había sido descubierta en tiempo de Felipe II” (Iribarren 134). Esta comarca es nombrada en el libro de Antonio Ferres y Armando López Salinas *Caminando por Las Hurdes*, 1974, p. 22 y siguientes.

147. Alarcón no menciona las opiniones sobre el significado de Alpujarra de Miguel Casiri: ‘Castillo medieval’; de Sebastián de Miñano, quien apunta el origen árabe de la palabra. Nuestro autor tampoco menciona el “Compendio de Vocablos Árabes”, anexo del *Diccionario de la Lengua Castellana* de Antonio de Lebrija, reimpresso en Gerona en el año 1800, donde se señala que

Alpujarra significa ‘tierra de guerreros’. En resumen, Carrascosa Salas señala que “las distintas versiones [...del vocablo Alpujarra] podrían recomponer una descripción bastante aproximada a la realidad acerca de esta región, ya que, en su conjunto responden a las características históricas, geográficas, antropológicas y culturales de una tierra dura, levantisca y agresiva como ha sido la Alpujarra en épocas pretéritas” (C. Salas 23). Para más información sobre este punto, véase la obra de Carrascosa Salas p. 21 y siguientes.

154. En este caso es Napoleón el enemigo de Cristo: “¡El [Napoleón] debía de ser quien arrancaba al Papa de la Silla de San Pedro y lo paseaba así por el imperio francés, como el pueblo judío paseó al Redentor por las calles de la ciudad deicida!” (M. Kleiser 118).

155. Varios autores del siglo XIX, entre ellos el historiador Modesto Lafuente, confirman que la frase pertenece a la obra de M. de Pradt *Memories historiques sur la Revolution d’Espagne*, París, 1816. Por su parte, el historiador inglés Michael J. Quin, en su libro sobre el reinado del Fernando VII señala que “M. de Pradt dijo que en los Pirineos comenzaba África” (Iribarren 610).

161. No existe unanimidad en cuanto al origen de la expresión noche toledana. Iribarren recoge tres diferentes opiniones, pero, según él, el verdadero origen se encuentra en el *Tesoro de la Lengua Castellana*, de Sebastián de Covarrubias. Para Covarrubias, se llama noche toledana a la que se pasa de claro en claro, sin dormir, porque los mosquitos persiguen a los forasteros, que no están prevenidos de remedios como los demás. Otra opinión se encuentra en el *Vocabulario de Refranes* del siglo XVII de Correas, quien fija su origen en una tradición de las mozas [necias] de Toledo quienes, en la noche de San Juan, permanecían a la escucha de la primera palabra que oían en la calle a partir de las doce, pensando que con el que se nombrase se habían de casar (Iribarren 170-171).

165. Alarcón hace referencia al derribo de la Columna de Vendôme por la Comuna de París, que la consideraba un monumento erigido a la división del proletariado. La columna de Vendôme fue

erigida en París en 1806 a 1810 en memoria de las victorias de Napoleón Bonaparte en Europa. Fue derribada el 16 de mayo de 1848 “como un reto lanzado a los bárbaros de la clase media que cifran su gloria en la humillación de las naciones ajenas”, en Luis Carreras, *París a sangre y fuego. Jornadas de La Comuna* (Barcelona, 1871) 56.

166. Pedro Romero Mendoza, en su obra *Siete ensayos sobre el romanticismo español*, señala que los románticos se jactaban de su falta de educación académica. En cita a pie de página añade: “¿No había dicho lord Byron, con filosófico desdén, que la ciencia es un cambio de ignorancia?” (*Manfredo*, acto II, escena IV)” (1966:271).

171. “Pues como esta ciudad era donde más seda se recogía por la mucha que se cría en su Alpujarra; por lo qual la llama Rasis Tierra del sirgo, que quiere decir de la seda” (C.Salas 551).

178. La Revolución de 1868 fue la primera revolución burguesa ocurrida en España. Las tropas reales de Isabel II fueron derrotadas en la batalla de Alcolea. Acontecimiento que tuvo como resultado el destronamiento de Isabel II, la Regencia del general Serrano y, finalmente, la elección de Amadeo de Saboya como sucesor de Isabel II en 1871. El reinado de Amadeo de Saboya constituyó un periodo de gran agitación política y social que desembocó en el establecimiento de la Primera República en 1873. Durante los once caóticos meses de régimen republicano ostentaron la presidencia Estanislao Figueras, Francisco Pi y Margall, Nicolás Salmerón y Emilio Castelar.

180. La obra de Charles Davillier, (1823-1883) contiene 309 grabados de Gustave Doré, (1833-1883). Ambos románticos franceses, visitaron España en el año 1862 con el propósito de “reflejar, inventariar una España que empezaba a desaparecer”. Especialmente les atraía Granada, donde se instalaron para explorar hasta sus “menores rincones y arrabales”. Según cuenta Davillier en su obra, no querían dejar Granada sin ver antes “el Mont-Blanc de Andalucía”, los “Alpes” de Andalucía, para el viajero romántico inglés Sir Arthur de Capell Brooke, quien estuvo en España

entre 1826 y 1827 y visitó Sierra Nevada (Viñes 70). Los grabados de Doré muestran su interés por los personajes típicos y los monumentos de la ciudad, por Sierra Nevada y la Alpujarra. Esta obra fue traducida al inglés y supuso un nuevo éxito para sus autores (Viñes, 190-191).

183. Eugenio Hartzenbusch, (1806-1880), escritor madrileño, autor de los dramas románticos de tema histórico: *Los amantes de Teruel*, *Doña Mencía*, *Alfonso el Casto* y *La jura de Santa Gadea*

Parte Tercera

189. Efectivamente, esta locución latina se encuentra v. g. en Espronceda, en *Sancho Saldaña*: “...--Sí, hijo mío—añadió Zacarías con su voz melosa, acercándose al corro que ya se había formado alrededor de Usdróbal--, aquí cada uno tiene que mirar por sí, y de otro modo no hay santo que le socorra: nulla est redemptio” (Antón Andrés 73). También se emplea en la edición de Cánovas del Castillo de *Escenas andaluzas* de Estébanez Calderón aparece en la ‘Dedicatoria quien quisiere’: “...y si al volver y virar en redondo no me lees con algo de apetito y sabor, date por precito y relapso en materias españolas, que para ti *nulla est redemptio* y estás excomulgado a mata candelas.” Este empleo se explica por la influencia del siglo de Oro en los autores del siglo XIX. La famosa locución aparece en *El laberinto de Creta* de Tirso de Molina, y en Cervantes, entre otros. En la obra de Julio Cejador y Frauca, *La lengua de Cervantes: Gramática y diccionario de la lengua castellana en el ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, aparece la siguiente entrada: “Nula. I, 25, 111 Quien ha infierno, nula es retencio [“quia in inferno nulla est redemptio”, latinajo estropeado por Sancho]. / *Etim.* Nullus= ninguno”. Y al comentar la etimología del vocablo *nula* expone que dicha expresión fue la respuesta del Papa a un “cardenal que se quejaba de que Miguel Ángel le hubiera puesto en el Infierno al pintar los Novísimos: ‘si te pintara en el purgatorio, yo te sacaría a fuerza de sufragios; pero en el infierno *nulla est redemptio*” (Madrid, 1906: 781).

200. Sobre el tema del caciquismo en la España de siglo XIX, sistema de gobierno surgido de la deformación del sistema democrático liberal establecido por la Constitución de 1837, Emilio Castelar, último presidente de la I República, escribía: “ El ministro de la Gobernación pesa como un yugo sobre el gobernador, el gobernador sobre el alcalde, el alcalde sobre los electores; las diputaciones, hechura de los gobiernos, desaparecen ante los consejos, hechura de los gobiernos; los jueces y fiscales, los administradores y estanqueros, los guardamontes, los portazgueros, los peones, los dependientes de los ministerios de Gracia y Justicia, de Gobernación, de Fomento, de Hacienda, son otros tantos muñidores de elecciones, que ofrecen escuelas, caminos, perdón de multas, olvidos de sucios expedientes, a los electores ministeriales y amenazan con causas, prisiones, multas, persecución, a los electores independientes.

De suerte que cada elección es una calamidad, cada comicio un mercado, cada elector un esclavo, cada ministro un sultán, cada candidato un fomentador de la pública inmoralidad, cada acta un padrón de escándalo y de ignominia; y la red bajo la cual todo esto sucede es la centralización administrativa que, en vez de servir de escudo a los pueblos, se convierte en arma de guerra, esgrimida por los gobiernos para falsear la voluntad del cuerpo electoral y traer diputados dispuestos para abandonar al mismo poder que lo creen débil y entregar palabra y voto al partido que les prometa mayores bienes y más duradera influencia, porque la corrupción que cae de los gobiernos sobre los comicios, sube en vapores pestilentes, de los comicios a los congresos y de los congresos a los gobiernos y con sus letales miasmas a todos los ahoga”. (Recogido por Miguel Artola en “Partidos y programas políticos”, 1808-1936), agosto

2007 <http://www.andalucia.cc/adn/0797ar.htm>

208. Primavera médica. “Don Robustiano Somoza, en cuanto asomaba marzo, atribuía las enfermedades de sus clientes a la Primavera médica, de la que no tenía muy claro concepto; pero como su misión principal era consolar a los afligidos y solía satisfacerles esta explicación climatológica, el médico buen mozo no pensaba en buscar otra. La Primavera médica fue la que postró en cama, según son Robustiano, a la Regenta, que se acostó una noche de fines de marzo con los dientes apretados sin querer, y la cabeza llena de fuegos artificiales. Al día siguiente, saliendo de sueños poblados de larvas, comprendió que tenía fiebre (Sobejano 110).

220. *Granada*, obra compuesta entre 1845 y 1852, “es el poema orientalista largo más importante del romanticismo español” a pesar de no estar acabado; dista mucho de ser la obra maestra que se propuso crear su autor, aunque ejerció una importante influencia en la literatura de la segunda mitad del XIX. El tema central es la conquista del reino de Granada por los Reyes Católicos (Carrasco 364-365).

237. En la actualidad, el término municipal de Albuñol está constituido por los núcleos de población de Albuñol, El Cortijo Bajo, Los Chaulines, La Ermita, el Pozuelo, Haza de la Mora y La Rábita. Está situado al pie de La Contraviesa y a orillas del Mar Mediterráneo. La antigua Rambla de Albuñol se denomina actualmente Rambla de Tranco y la configuran a su vez, las ramblas de Ahijón y de Aldabar. En su orografía, además del famoso desfiladero llamado Las Angosturas, destacan los Cerros del Gato, de Los Gálvez, de La Ermita. Albuñol es un pueblo agrícola y marítimo. Hacia finales del siglo XVII, los repobladores de la zona formaron numerosas cortijadas que nombraron con sus apellidos, que se conservan actualmente, tales como Los Rivas, Los Gálvez, Los Morenos, etc. Su época de mayor desarrollo demográfico, agrícola y comercial comenzó al término de siglo XVIII, debido al cultivo de viñedos, higueras y almendros, que se transportaban desde el puerto de La Rábita a distintos mercados nacionales e internacionales. Dicho desarrollo continuó a lo largo del siglo XIX a decir de la información que nos proporciona Alarcón (C. Salas 177y 234-237-238).

238. También toca el tema de las golondrinas el romántico Martínez de la Rosa, que incluye en su drama *Aben Humeya* el siguiente romance sobre el moro desterrado Aben Hamet, y donde el autor expresa sus propias emociones de desterrado: “Una y otra primavera,/ errando triste en la playa,/ las golondrinas veré/ dejar la costa africana,/ cruzar el mar presurosa,/ Tender el vuelo a Granada,/ y el nido tal vez labrar en el techo de mi casa...”(Carrasco 210-211).

246. Índice Histórico de Diputados. Congreso de Diputados, enero 2009

<http://www.congreso.es/portal/page/portal/Congreso/Congreso/SDocum/ArchCon/SDHistoDipu/SDIndHistDip>

Parte Cuarta

258. La despoblación de Albuñol se inicia con la pérdida de los viñedos de la Alpujarra Baja que acabó con la industria y comercio de la comarca en el último tercio del siglo XIX; el siglo veinte se caracteriza por el abandono general que provocará la masiva despoblación de la Alpujarra en la década de los 60. A partir de los años 80, la zona se empieza a revitalizar impulsada por la industria turística y una revitalización del cultivo de viñedos y de cultivos extra-tempranos de alto rendimiento. En cuanto al número de núcleos de población de la zona también se ha reducido con respecto al de la época de la visita de Alarcón a la Alpujarra.

269. Para un estudio completo del tema de los mártires de la Alpujarra, véase la introducción de Manuel Barrios Aguilera, “Un ensayo de revisión historiográfica de los martirios de las Alpujarras de 1568”, a la obra del padre Francisco Hitos, *Mártires de la Alpujarra en la rebelión de los moriscos (1568)* (Granada: Universidad de Granada, 1993). La obra de Hitos está pensada, según declara su propio autor, para “...preparar el terreno, y ayudar a que se solicite de Roma la beatificación de los Mártires”. En el trabajo citado se recoge, además, una importante bibliografía sobre este tema y otros relacionados con la historia de los moriscos del reino de Granada. Para una detallada bibliografía sobre el tema, véase también el estudio preliminar de Joaquín Gil Sanjuán a la edición de Paula Blanchard-Demouge de *La guerra de los moriscos* de Ginés Pérez de Hita, Granada, 1998.

272. “Las disensiones entre estos dos caudillos impiden extraer los frutos de sus victorias... La insurrección se aviva, pues los buenos oficios de Mondéjar son negados por la innecesaria dureza de Fajardo” (Barrios Aguilera, 2002:329).

275. El médico psiquiatra colombiano Harold López Méndez en su obra, *España desconocida; La Alpujarra: rincón misterioso*, dedica un capítulo a personajes ilustres nacidos en la Alpujarra. Indica que a mediados del siglo XIX los hacendados de la comarca envían a sus hijos a Granada a educarse en la universidad, donde se forma “toda una pléyade de sacerdotes, médicos, y abogados...y muchos de ellos escalan puestos relevantes en la vida provincial” y nacional. El autor Incluye una lista de estos prohombres pero no menciona a los conocidos de Alarcón (1967:143-144).

303. Francisco Márquez Villanueva en su obra *El problema morisco (desde otras laderas)*, argumenta que la maurofilia que se percibe tanto la obra de Ginés Pérez de Hita como en *El Abencerraje y la bella Jarifa*, en el relato *Ozmín y Daraja*, inserto en el *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán o la historia del morisco Ricote en el *Quijote*, por ejemplo, no “es un anticipado pintoresquismo romántico sino la humanización reivindicadora de la herencia oriental y un repudio de eventuales soluciones violentas” al problema morisco. Y que la novela morisca “responde a la continua presencia islámica en el discurso de los españoles sobre sí mismos” (174). Como dato curioso es de señalar que Cervantes toma el nombre de su personaje del valle de Ricote donde, al parecer los moriscos estaban asimilados a la población cristiana. Sin embargo, lo contrario parece indicar el hecho de que se leyera un bando de expulsión el 19 de octubre de 1613, orden que fue una de las más tardías. Por otro lado, Caro Baroja apunta que por medio del personaje Ricote se dan a entender algunos aspectos del estado de la cuestión morisca, por ejemplo, que la vuelta de los moriscos fue un hecho corriente, que dentro de la población morisca existían diferentes grados

de aceptación y asimilación a la fe católica y que también que se daban casos de relaciones entre “las moriscas jóvenes y los mancebos cristianos, algunas de carácter esporádico e ilegítimo y otras de matrimonio legítimo” (2003:206). En cuanto al tratamiento del morisco en la obra de Cervantes, Caro Baroja señala ejemplos en *El coloquio de los perros* y en *Persiles y Segismunda* de personajes moriscos con rasgos de avaricia, lujuria o cicatería, que son los tópicos frecuentes en la época para calificar a los moriscos (2003:189-190).

304. Según Julio Caro Baroja, el “complejo nacionalista y religioso” del siglo XVI está representado por Menéndez Pelayo en el siglo XIX. Este estereotipo sigue influyendo hoy en día cuando se defiende la expulsión de los moriscos basándose en el peligro que suponían en la época y se exageran las consecuencias que para la posteridad hubiese ocasionado su permanencia en España (2003:5).

305. El valor estratégico de muchos ‘peñones’ de la geografía del Reino de Granada fue de gran importancia en la Guerra de Granada y dieron muchos problemas a los cristianos. Uno de ellos, el Peñón de las Guájaras fue el escenario de una sangrienta batalla entre las huestes cristianas y los mil moriscos apalancados en él al mando de Marcos el Zamar, alcalde de Jatar. El peñón fue tomado por el marqués de Mondéjar tras un descalabro de los cristianos en el que pereció el noble don Luis Ponce de León. Otro peñón estratégico fue el de Frigiliana, en la parte más occidental del reino que fue refugio de los moriscos de la sierra de Bentomiz, en la provincia de Málaga (Caro Baroja, 2003:164). Véase nota 348.

312. “Casi una octava parte de la producción mundial de plomo entre 1862-1910 procede del sur de España, donde la galena extraída en la primera mitad del XIX alcanzaba unos niveles de riqueza metálica insuperable. La ley Elhuyar de 1825 y las grandes facilidades naturales para su

explotación potenciaron, en un primer momento, los filones de las sierras de Gádor y Almagrera.”

(Fernando García Cortázar, F. y González Vesga, J. M., *Breve Historia de España* (Madrid: Alianza, 1994) 491. Más información y bibliografía sobre el tema en Carrascosa Salas p. 550.

320. Melpómene, en la mitología griega, una de las nueve hijas de Zeus, musa de la tragedia; se la representa con rica vestimenta, de grave aspecto y mirada severa. Medea, también en la mitología griega, maga y sacerdotisa de Hécate, educada por su tía Circe. Casada con Jasón, jefe de los argonautas a quien ayudó a apoderarse del vellocino de oro, abandonada por éste, se vengó matando a sus propios hijos. Norma, sacerdotisa perteneciente a la clase social celta de los druidas, que eran además de sacerdotes, poetas, magos, filósofos, médicos y astrónomos. Safo, poetisa griega nacida en Lesbos en el siglo V a. C. Autora de epitalamios, himnos y elegías de los que sólo se conservan fragmentos. Doña María Coronel, su nombre está asociado a la historia de las luchas civiles del siglo XIV entre los partidarios de Pedro I de Castilla y Enrique de Trastámara. Esposa de Juan de la Cerda, enemigo de Pedro I, quien lo mandó matar. Tras la muerte de su esposo, ingresó en el Convento de Santa Clara. Cuenta la leyenda que Pedro de Castilla la requería de amores y que Doña María, para librarse de su acoso, decidió desfigurarse el rostro arrojándose aceite hirviendo. Arrepentido D. Pedro, ordenó que se le devolviera un solar arrebatado a su marido, en el cual Doña María ordenó construir el convento de Santa Inés.

326. Mecina Tedel, “antiguo barrio árabe de Murtas, ubicado en la parte alta de la rambla de Cojáyar” (C. Salas 440).

331. “De los castillos situados en zonas alejadas de la costa, se conoce el de Juliana, documentado en el siglo VIII en al-Muqtabis III. Se halla en el borde de la carretera comarcal de Murtas a Ugíjar, en una elevación sobre la rambla de Cojáyar, frente al actual pueblo de Mecina

Tedel, en el término municipal de Murtas” (Malpica Cuello, *Poblamiento y castillos en Granada* 180).

333. Damocles, cortesano de Dionisio, tirano de Siracusa, fue invitado por éste a un espléndido banquete. De repente advirtió una espada suspendida del techo por un solo cabello, gravitando sobre su cabeza. Esto, según se le explicó, representaba la vida de su anfitrión, en continuo temor de ser asesinado (Rose 295).

Parte Quinta

347. “También he ido a *Frascati*, (en camino de hierro), y allí he visto muchas *villas* lujosísimas, donde veranea la aristocracia clerical de *Roma*, mientras el Papa reside en su casa de campo de *Castel-Gandolfo*...” / Cerca de *Frascati* se hallan las ruinas de *Túsculo*, antiquísima ciudad... Catón era natural de *Túsculo*. Allí tenía también Cicerón su *Casa de Campo* favorita. Hoy sólo hay que admirar en aquellos lugares...las hermosas vistas que desde [el convento de Camaldulenses] se disfrutaban y las higueras en que se cosechan todavía los famosos higos de que habla Macrobio” (M. Kleiser 1454).

366. En su obra *De Madrid a Nápoles*, Alarcón pone en boca del Papa Pío IX el siguiente comentario sobre su ciudad natal: “¡Guadix! ... Catedral insigne...Silla de San Torcuato” (M. Kleiser 1460).

Parte Sexta

382. Efectivamente, estos versos corresponden a la décima estrofa de dicho poema compuesto en junio de 1863. Poema inserto en el volumen titulado *Poesías* de Alarcón, y publicado en la imprenta central a cargo de V. Saiz, en Madrid, en el año 1878. Esta composición fue modificada para la edición de las *Obras Completas* del autor, donde aparece con un título diferente: “A Petra,

de nueve años”. El poema termina con la siguiente quintilla: *Conque así, querida mía, / hazte mujer sin recelo, / espera, sueña, confía...; / que, mientras exista el cielo, / mañana será otro día* (M. Kleiser 291).

389. En el capítulo XXX de *El sombrero de tres picos*, al describir a la corregidora Alarcón declara que “era de plácida y severa hermosura, más propia del pincel cristiano que del cincel gentílico” (Florensa 150).

406. Esta expresión que ya había utilizado Alarcón en *De Madrid a Nápoles*, al hablar de Guadix y de su catedral que, según el autor, ejerció gran influencia en su alma infantil y juvenil: “...En ella recibí mis primeras impresiones artísticas... Así, pues, las maravillas de la tierra, [el] sentimiento de las artes, el *sursum corda* de la poesía, se manifestaron en mi existencia en horas de mística devoción... (M. Kleiser 1447).

412. Francisco Simonet, nacido en Málaga al igual que Cánovas del Castillo y Estébanez Calderón, llegó a ser uno de los máximos representantes del arabismo español de fin del siglo XIX. El orientalismo de éstos se caracteriza por una combinación de “catolicismo y patriotismo que les lleva a crear una imagen estereotipada de lo moro como sinónimo de atraso y dejación. Especialmente, Simonet pasó de un filo-islamismo de juventud a un total y ‘esquizoide’ rechazo del mundo islámico” (G. Alcantud, *Lo moro* 121-122-123).

417. El verso completo es: “*Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam team*”, (Ten piedad de mí, oh Dios, según tu gran misericordia).

418. El verso completo es: “*Tibi soli peccavi et malum coram te feci: ut iustificeris in sermonibus tuis, et vincas cum iudicaris*”, (Contra ti sólo he pecado, y he hecho el mal delante de ti: para que seas justificado en tus palabras y venzas cuando seas juzgado).

423. La primera estrofa del himno litúrgico es: “*Pange, lingua, gloriósi Córporis mystérium. / Sanguínisque pretiósi, quem in mundi prétium, / fructus ventris generósi Rex effúdit géntium*”,

‘Canta, oh lengua, el misterio del cuerpo glorioso y de la sangre preciosa que el Rey de las naciones, fruto de un vientre generoso, derramó como rescate del mundo’. La conclusión de este himno litúrgico conocido universalmente es *Tantum ergo*, cuya primera estrofa completa es: *Tantum ergo Sacramentum, / venerémur cernui:/ et antiquum documentum/ novo cedat rítui;/ praestet FIDES suppleméntum/ sénsuum deféctui.*” Veneremos pues, inclinados tan gran Sacramento; y la antigua figura ceda el puesto al nuevo rito; la fe supla la incapacidad de los sentidos.’

448. Por Real Decreto de 21 de abril de 1834, las provincias del territorio nacional se subdividen en partidos judiciales. La Alpujarra quedó entonces dividida en siete partidos judiciales con cabeza de partido en Órgiva, Ugíjar, Albuñol, Motril, Berja, Canjáyar y Gércal. Con la reforma judicial de 1965 promulgada en el Decreto 3.338 del 11 de noviembre de 1965, los siete partidos judiciales en que estaba dividida la Alpujarra quedaron reducidos a tres, con centros de comarca en Berja, Cajáyar, Gércal, Motril y Órgiva. Como consecuencia de esta reforma, Ugíjar dejó de ser cabeza de partido pasando a depender judicialmente de Órgiva (C. Salas 498-499).

449. “Espronceda y Zorrilla me habían servido de modelos hasta entonces. Los cómicos de la legua, que solían hambrear en Guadix por tiempos de feria, me recitaban de memoria los cantos de aquellos dos famosísimos vates” (M. Kleiser 4).

Epílogo

459. El proceso de expulsión comenzó el 2 de noviembre de 1570. Caro Baroja menciona los pormenores de la expulsión y corrobora la información que Alarcón toma de Mármol sobre los detalles del procedimiento de la expulsión del primer grupo de moriscos de la capital, que en número de 5.500 salieron del Hospital Real de Granada (2003:181). Véase Parte Quinta, cap. V. p. 186. Por otro lado, Caro Baroja, siguiendo de nuevo a Mármol (cuya información sobre la expulsión de los moriscos de Granada y su repartición por otras tierras de Castilla confirma en su

mayoría el detallado estudio de Bernard Vincent publicado en 1970) y a Saavedra Fajardo, señala que en Granada capital quedaron muchos moriscos (2003:181-182).

462. La leyenda del judío errante tiene precedentes literarios en las leyendas bíblicas asociadas a los nombres de Caín y Abel y de Moisés que recogen la tradición de la inmortalidad como maldición y castigo divinos. En esta tradición se funden muchas otras leyendas como la leyenda del judío que ofendió a Cristo por lo que fue castigado a viajar eternamente, que fue la que se consolidó en el siglo XIII.

La novela de Sue simboliza a la clase obrera condenada a una eterna fatiga sin compensación. Esta obra acentuó el movimiento socialista de las reivindicaciones obreras.

472. Se trata del universalmente conocido drama sobre el destino del hombre de Goethe (1749-1832), basado en el personaje medieval, Johannes Fausto y su mítico pacto con el diablo. De gran tradición en la cultura occidental. En 1588, el poeta inglés Christopher Marlowe, (1564-1593), lo emplea como tema su drama *El doctor Fausto*. También aparece como tema de las óperas *La condenación de Fausto* de Berlioz y *Fausto* de Gounod.

475. Esta cita se encuentra concretamente en su discurso de entrada en la Real Academia: “De la moral en el arte”: “Empiezo por declarar (a cuenta de concesiones que habré de hacer muy luego) que para mí la Moral verdadera es la predicada por Jesucristo, la redentora del alma, la de la humanidad, la de la paciencia, la de la caridad, la del perdón de las injurias, la que dijo: *alteri ne feceris quod tibi fieri no vis*” (M. Kleiser 1753).

APARATO CRÍTICO

El número inicial de cada entrada remite a la página correspondiente. [Para mis comentarios uso la letra “Arial narrow”; el texto de Alarcón aparece en letra “Times New Roman”]

- 74 Pedro Antonio de Alarcón, *La Alpujarra. Sesenta leguas a caballo precedidas de seis en diligencia*, Miguel Guijarro, Madrid, 1874.
- 82 Pedro Antonio de Alarcón, *La Alpujarra*, segunda edición, Pérez Dubrull, Madrid, 1882.

* 159. *La Alpujarra* 82 *La Alpujarra. Sesenta leguas a caballo precedidas de seis en diligencia* 74

* 160. En señal de agradecimiento a su hospitalidad, dedicó la primera edición de esta obra El autor 82
y a los demas hijos de la Alpujarra que lo agasajaron en aquella noble tierra dedica este libro en señal de
agradecimiento á su generosa hospitalidad El autor 74

PROLEGÓMENOS

* 161. andaba buscándome las vueltas 82 me andaba buscando las vueltas 74

* 161. a ayudar a los siglos 82 a ayudarle a los siglos 74

* 161. (con melancólico acento) 82 (con el más melancólico acento...) 74

* 162. no obstante 82 a pesar de 74

* 162. (tal fue la expresión de aquel genio fósil) 82 (tal fue la fórmula de aquel genio sin alas) 74

* 162. Sierra-Nevada 82 Sierra 74

* 164. perpetuo 82 [falta en 74]

* 165. los ganados que les dan alimento y los abastecen de lana, las leñas que los calientan el invierno 82
las leñas que calientan sus hogares, los ganados que les dan alimento y los abastecen de lana 74

* 166. siquiera 82 remotamente 74

* 166. dramáticos 82 románticos 74

* 167. la Sierra es infranqueable todo el año, menos algunos 82 la Sierra no es franqueable en todo el año,
sino algunos 74

* 168. con el Ejército, hoy casi legendario, 82 con aquel ejército (hoy ya casi legendario) 74

* 168. XV al XVI 82 XV al XVII 74

* 169. que relaté 82 que forman 74

* 169. ¿Cómo no? 82 [Falta en 74]

* 169. profundísima 82 una profunda 74

* 169. hondo 82 profundo 74

-
- * 170. mi 82 un 74
- * 170. hallándome 82 encontrándome 74
- * 170. aquella 82 esta 74
- * 170. al melancólico viaje que se va a leer 82 a este melancólico viaje 74
- * 171. mis días sin paz 82 [Falta en 74]
- * 171. para asuntos propios 82 [Falta en 74]
- * 171. Vadío de Casa-Tejada (Extremadura) 82 [Falta en 74]
- * 172. 1 PARTE PRIMERA 82 PRIMERA PARTE 74
[Falta en 82. La siguiente cita aparece como epígrafe encabezando la Primera Parte en 74]
- HOMERO.__ Aunque yo me hubiera matado a fuerza de imaginar fábulas alegóricas, todavía habría podido suceder que la mayor parte de las gentes hubiesen tomado la fábula en un sentido demasiado próximo, sin buscar más lejos la alegoría.
- ESOPO.__ Eso me alarma... ¡Me horrorizo al pensar si irán a creer los lectores que los animales han hablado verdaderamente, como lo hacen en mis apólogos!
- HOMERO.__ Es un temor muy chistoso...
- ESOPO.__ ¡Toma! Si ha llegado a creerse que los dioses han dicho las cosas que vos les haceis decir, ¿por qué no se había de creer que los animales han hablado de la manera que yo les hago hablar?
- HOMERO.__ ¡Ah! No es lo mismo. Los hombres aceptan que los dioses sean tan locos como ellos; pero no admiten que los animales sean tan sabios.
- (FONTENELLE.__ *Dialogues des Morts.*) 74
- * 172. Era el 19 de marzo 82 Era la mañana del 19 de marzo 74
- * 172. llegada 82 entrada 74
- * 172. en la zona 82 en el hemisferio 74
- * 172. aquel amigo 82 aquel excelente amigo 74
- * 172. a asuntos propios... 82 a asuntos propios; __ asuntos que, dicho sea de paso, respetaré y omitiré completamente. 74
- * 172. cierto primo mío 82 cierto primo mío, accediendo a mis súplicas, 74
- * 172. [falta en 82] después de hacer minuciosamente el plan de viaje 74
- * 173. a seis leguas de Granada 82 esto es, a seis leguas de Granada, al pie del flanco occidental de la gran Sierra... 74
- * 173. que nos dejaría en aquella venta 82 que dejaríamos (o más bien nos dejaría a nosotros) en aquella vente 74
- * 173. el camino de la Alpujarra ... 82 [falta en 74]
- * 173. o, por mejor decir, llevaba en mi maleta las obras de... 82 [falta en 74]
- * 173. (testigos presenciales los tres e historiadores *d'après nature* de la Rebelión y Guerra de los Moriscos), 82 testigos presenciales los tres e historiadores especiales de la Rebelión y Guerra de los Moriscos: 74
- * 173. con más un sinnúmero de apuntes sacados de libros y manuscritos españoles y árabes, nacionales y extranjeros, referentes a la Alpujarra, y debidos a la pluma de cronistas, poetas, militares, académicos, golillas, diplomáticos, inquisidores, prelados, ministros y hasta reyes... [sigue la larga lista de autores, que en la edición de 74 forma parte del texto, aquí, en nota a pie de página] 82 D. DIEGO HURTADO DE MENDOZA, Caballero, LUIS DEL MÁRMOL CARVAJAL, Andante en corte, y GINÉS PÉREZ DE HITA, poeta y soldado; testigos presenciales los tres e historiadores especiales de la Rebelión y Guerra de los moriscos: D. FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA, el preclaro apologista de Zoraya, vulgo Doña Isabel de Solís, y autor del drama titulado Aben-Humeya: MAHOMA, autor de El Corán: CONDE, historiador de la Dominación de los Árabes en España: WASHINGTON IRWING y WILLIAM PRESCOTT, orgullo entrambos de su patria y de la nuestra: Los dos hermanos LAFUENTE ALCÁNTARA... MIGUEL, el gallardo historiador granadino, y EMILIO, el discreto colector y traductor de las Inscripciones árabes de Granada: MR. DOZY, D. JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS, el renombrado historiador de Los Judíos en España: D. FLORENCIO JANER, cuyo trabajo sobre los moriscos fue justamente premiado por la Academia de la Historia: MR. ROMEY y MR. SACY, sabios extranjeros, enamorados de la España moruna: D. PASCUAL DE GAYANGOS, nuestro ilustre orientalista, acompañando, a fuer de buen traductor, a AL-MAKARI, historiador árabe del siglo XVII: D. FRANCISCO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, cuyo sabio estudio sobre los Mudéjares le valió el ingreso y un laurel en la Academia de la

Historia: D. JOSÉ MORENO NIETO, el antiguo Catedrático de árabe, actual Rector de la Universidad de Madrid, tan versado en las cosas de los infieles como en las de los fieles: D. AURELIANO FERNÁNDEZ GUERRA, insigne literato, y al par investigador erudito de las antigüedades romanas de Granada: Los hermanos D. JOSÉ y D. MANUEL OLIVER, que pronto demostrarán de nuevo, con un libro sobre la Granada árabe, toda la profundidad de sus estudios: D. FRANCISCO SIMONET, consumado arabista cuanto dulce poeta cristiano. Todos los demás ACADÉMICOS DE LA HISTORIA y así los pasados, como los presentes, como algunos de los futuros: El alemán SCHACK, seguido de su galano traductor el eminente literato D. JUAN VALERA: CASIRI el siro-maronita, Bibliotecario que fue del Escorial: ABU-ZACARÍA, botánico y filósofo agareno: IBN-ALJATHIB, poeta, geógrafo e historiador, príncipe de los ingenios árabe-granadinos: BEN-KATIB-ALCATALAMI, ABU-SOFIAN, ABULFADHL-BEN-XAFAT-ALCAIRAWANI, y ABULATAHIA, altísimos poetas mahometanos, de quienes ya os recitaré algunos versos: ABEN-RAGID, historiador concienzudo, muy mentado por los demás: IDRISI, el gran geógrafo musulmán: IBN-HAYYAN, XERIF, ALEDRIX, ABU-HARIRAT, y otros escritores orientales, cuyas obras han sido traducidas por los Sres. Gayangos, Fernández y González, Moreno Nieto, Oliver, Simonet, Mr. Dozy y demás arabistas mencionados: El Veedor y Contador de la Alhambra en 1753, D. MANUEL NÚÑEZ DE PRADO, autor de una Relación Auténtica sobre la repoblación de La Alpujarra y otras tierras después de la expulsión de los moriscos; obra importantísima, que hojaremos en lugar oportuno: MIÑANO, -maltrecho todavía de resultas de la brillante Corrección fraterna de D. Fermín Caballero, y el merecedor de otra por el estilo, D. PASCUAL MADOZ, ambos geógrafos a la antigua: D. JUAN BAUTISTA CARRASCO, el geógrafo a la moderna: El insigne naturalista D. SIMÓN DE ROJAS CLEMENTE, sapientísimo autor de la Historia natural de Granada, etc., etc.: D. MANUEL DE GÓNGORA, el anticuario infatigable, ingenioso autor de las Antigüedades prehistóricas de Andalucía: El Beneficiado ALONSO DEL CASTILLO, morisco de origen, Intérprete de Felipe II y Romanceador del Santo Oficio, cuyo Cartulario, publicado en 1852 por la Academia de la Historia, contiene algunas cartas de ABEN-HUMEYA y ABEN-ABOO, sumamente interesantes: MIGUEL DE LUNA, morisco también, historiador muy embustero, pero muy divertido por lo mismo: HERNANDO DE BAEZA, de quien mi malogrado amigo Emilio Lafuente publicó, poco antes de morir, curiosísimas páginas, bajo el título de Relaciones de los últimos sucesos del Reino de Granada: HERNANDO DEL PULGAR, Cronista de los Reyes Católicos, El Licenciado FRANCISCO BERMÚDEZ DE PEDRAZA, El CURA DE LOS PALACIOS, El Maestro GABRIEL RODRÍGUEZ ESCABIAS, FRAY MARCO DE GUADALAJARA, CÓRDOBA Y PERALTA, SALAZAR Y CASTRO, ROBLES, ZURITA, ALONSO DE PALENCIA, y otra infinidad de cronistas, poetas, militares, golillas, diplomáticos, inquisidores, prelados, ministros y hasta reyes, autores de manuscritos de todo linaje referentes a la Alpujarra, de los cuales algunos han sido publicados en la Colección de documentos inéditos y los demás esperan todavía la luz pública en los Archivos Municipales de Granada y de Guadix, en el gran Archivo de Simancas, en la Biblioteca del Escorial, en la Nacional, en la de Palacio, en la de la Academia de la Historia, en la del Duque de Osuna, etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc. (1). ¡Personal inmenso y lucidísimo! ¡Comitiva digna de un sabio de primer orden! ¡Estado Mayor que me haría pasar a vuestros ojos por el Generalísimo de todos los autores aplicados, laboriosos y concienzudos habidos y por haber, si yo no tuviese ahora la honradez de confesar que... no todos los escritores susodichos me eran familiares; sino que... francamente... a unos sólo los conocía de vista; a otros sólo de oídas; a éste por citas que insertaba aquél; a aquél por referencias que hacía éste; a algunos por simples extractos de sus obras; a muchísimos bajo la fe de traducciones ajenas, y a varios de ellos por meros informes de caritativos amigos, más estudiosos que yo, a quienes había importunado, y sigo importunando, con incesantes preguntas orales y epistolares...!

(1). Nota a pie de página: En Londres, en el Museo Británico, había hace algún tiempo una obra inédita, del Jesuita las Casas, sobre la Rebelión de los Moriscos y su total expulsión. De desear fuera que se publicara. 74

* 174. Habéis de convenir, amados lectores, en que no iba mal acompañado a la Alpujarra 82 Pero sea como quiera, habéis de convenir, amadísimos lectores en que no iba a la Alpujarra mal acompañado 74

* 174. [falta en 82] Un cadáver misántropo 74

* 174. hermosísima 82 hermosa 74

* 174. preludios 82 anuncios 74

* 175. nuestros 82 muchos 74

* 175. los moros en 1492 y los moriscos en 1570 82 los moros y los moriscos 74 {Cap. II}

* 176. del histórico 2 de enero 82 del 2 de enero 74

-
- * 176. la continua decadencia 82 la constante decadencia 74
- * 176. mas no era cosa de entretenerse en tales consideraciones yendo en diligencia 82 mas no es cosa de entretenerse en descripciones prolijas cuando se viaja en diligencia 74
- * 176. estaban hechas 82 están hechas 74
- * 176. por escritores de punta; y púseme a contemplar, antes de abandonarlos, los humildes Llanos de Armilla 82 por escritores de punta, como acontece con la de Granada... [punto y aparte] Prefiero, pues, hablar, antes de abandonarlos, de los humildes Llanos de Armilla 74
- * 177. desiertos 82 desierto 74
- * 177. y otros 82 todos los 74
- * 177. escapados 82 disparados 74
- * 178. Yo sé, por lo menos, de alguno que, si hablase... 82 [falta en 74]
- * 178. Pero dejémonos de divagaciones y tristezas 82 [falta en 74]
- * 178. bien que procurando siempre, en su marcha oblicua, dejarla a la izquierda 82 aunque procurando siempre dejarla a la izquierda en su marcha oblicua 74
- * 178. la española y la berberisca 82 [falta en 74]
- * 179. norte 82 [falta en 74]
- * 179. más alta 82 eminente 74
- * 179. Recordábame en primer lugar 82 Se comprende desde luego que es el mismo 74
- * 179. por fea 82 [falta en 74]
- * 179. el nombre del que en mal hora engendró al muy pronto rebelado Boabdil 82 el nombre del escarnecido padre del rebelado Boabdil 74
- * 179. Y recordábame luego la razón y motivo por que tan excelso monte llegó a ser homónimo de tan cuitado rey ... 82 [falta en 74]
- * 179. [falta en 82] Pues bien: 74
- * 180. en paraje 82 en un paraje 74
- * 180. debajo de él... 82 al pie de él, [punto y aparte:] cual humo leve de quemado incienso 74
- * 180. ufana todavía de poseer 82 conservando todavía 74
- * 180. nobilísima 82 [falta en 74]
- * 180. que viene a ser 82 que es 74 {Cap. III}
- * 181. El suspiro del Moro 82 El suspiro del Moro. -Granada a lo lejos.- Adioses de Boabdil.- Palabras de Carlos V. 74
- * 181. innumerables 82 numerosos 74
- * 182. como limosna 82 como una limosna 74
- * 184. y mirando colérica a Granada, / huyó vencida, pero no domada.- 82 [falta en 82 el resto del poema y los comentarios que le siguen.] y mirando colérica a Granada, / huyó vencida, pero no domada.- / Como el reo de muerte que a la vida / y al sol y al cielo con afán profundo / da el adiós de suprema despedida... / así BOABDIL, lanzado de aquel mundo / en que dejaba su ilusión querida, / «¡Adiós!» dijo con aye moribundo; / e inclinando la frente sobre el pecho, / huyó también, en lágrimas deshecho... / Y tras él, en confuso torbellino / partieron todos; y del sol la lumbré / vio, de polvo entre un ancho remolino, / desbocada correr de cumbre en cumbre, / huyendo de su lóbrego destino, / a aquella fastuosa muchedumbre, / a quien la desventura daba en arras / un rincón en las agrias Alpujarras (1). Estos antiguos versos míos (que estoy muy lejos de admirar) representan en este libro, no un ardid de mi pereza, sino un principio artístico y literario, que no deja de ser honesto, en virtud del cual me ha repugnado tratar dos veces un mismo asunto. [nuevo párrafo] Y es que detesto las variaciones y las variantes. Para mí, los músicos que escriben dos o tres arias de tenor, a escoger, para una misma ópera, demuestran que no han sentido verdaderamente ninguna. -Es convertir el arte en oficio. [nuevo párrafo] Y lo mismo digo de las segundas nupcias... de las mujeres. [punto y aparte] Pero volvamos al *Suspiro del Moro* 74 [La eliminación de este comentario era indispensable para ser consecuente, pues es de todos sabido cómo Alarcón rehacía continuamente su obra, especialmente en el año 82 cuando preparaba la última edición para sus *Obras Completas*. Además de estar en consonancia con la intención del autor de eliminar párrafos digresivos de este tipo que rompen la cohesión del texto. Por otro lado, en 82 se suprimen también comentarios frívolos como este sobre la mujer que se casa en segundas nupcias]
- * 185. le daría el postrer adiós, prescindimos por un instante del derecho histórico, del interés patrio y de la conveniencia particular que asistían a sus vencedores... y sólo tuvimos entrañas para compadecer tamaña desventura... 82 le daría el postrer adiós, sólo tuvimos entrañas para compadecer su desdicha, *fuesen cualesquiera sus delitos y los de su raza*, que diría a este propósito un escritor trascendental, y

prescindiendo también (momentáneamente) del derecho histórico, del interés patrio y de la conveniencia particular que asistían a sus vencedores... 74

* 185. [falta en 82] (lo repito en prosa) 74

* 185. presentaba 82 representaba 74 {Cap. IV}

* 186. brascas mudanzas 82 contrastados cambios 74

* 186. sin verdura, sin árboles, sin riscos, sin arroyos, sin nieves 82 sin árboles, sin riscos, sin arroyos, sin nieves y sin verdura 74

* 186. terrenos... 82 terreno [punto y aparte] 74

* 188. respecto de sus pasos 82 ni respecto de sus pasos 74

* 193. (1) Diego de Torres, *Relación del origen y suceso de los Xarifes*. (Sevilla, 1586), pág. 102: “Y como los enemigos fuesen hiriendo de continuo en ellos, en breve espacio estaba el río lleno de ombres y cavallos muertos, unos a hierro y otros ahogados: murió en esta batalla el Zogoví. No con pequeña admiración se puede decir que le fue la fortuna contraria, pues le rodeó la muerte en defensa del Reino ajeno, no aviendo osado morir defendiendo el suyo propio.” Lafuente Alcántara especifica más el caso, tal y como yo lo refiero. 82 (1) Torres, *Historia de los Jarifes*. 74

* 195. silfos ganosos 82 silfos bullidores ganosos 74 {Cap. V}

* 195. (donde se muda tiro) es una rica, alegre y aseada villa 82 (donde se releva tiro) es una rica villa 74

* 196. sus pueblos 82 todos sus pueblos 74

* 197. quemada 82 despoblada y quemada 74

* 197. reducto 82 un reducto 74

* 197. Digo más: sus presentes moradores 82 De modo que sus presentes moradores 74

* 197. "aunque para Vds. se reduzca a un mero trámite! 82 “aunque para ustedes sea un trámite” 74

* 197. [falta en 82] [nuevo párrafo:] Y, sin embargo, conste que el Padul es una villa alegre y aseada, donde además tuvimos la siempre agradable sorpresa de encontrar a un amigo, último inmigrante en aquella tierra de inmigrados. 74

* 197. allí 82 [falta en 74]

* 197. vése el emplazamiento de la Laguna 82 está la Laguna 74

* 198. Y, por otra parte, sabíamos que, 82 [falta en 74]

* 198. cautivaban mucho 82 iban cautivando poderosamente 74

* 199. [falta en 82] [nuevo párrafo] Conste 74

* 200. por Byron 82 por la pintura byroniana 74 {Cap. VI}

* 201. “de su ciudad de Granada” 82 *de su ciudad de Granada* 74

* 203. decían 82 dicen 74

* 204. [en cita a pie de página:] “barrear las calles” era lo que nosotros llamamos ahora “hacer barricadas” 82 [en el texto] (así se llamaba entonces hacer barricadas) 74

* 204. añade 82 continua 74

* 204. cuando toda la razón estaba 82 cuando venía toda la razón 74

* 205. aquella sublime confianza 82 aquel sublime rasgo 74

* 207. [el párrafo que comienza con D. Juan Valera, incluida la cita de éste, aparece en nota a pie de página en 74]

* 207. “Cuando éste fue a Granada 82 [fuera de cita en 74]

* 209. de la Rebelión 82 [falta en 74]

* 211. las columnas 82 la columna 74

* 211. [falta en 82] como no se engaña nunca en estas materias 74

* 211. del verdadero significado 82 [falta en 74]

* 212. en cada hogar moruno 82 en cada una de éstas 74

* 218. pero, así y todo 82 A pesar de esto 74 {Cap. VII}

* 218 y en la propia solemnidad especial de esta Misa. 82 y en que esta Misa habría sido de primera clase. 74

* 219. [falta en 82] [Entre el párrafo que acaba así: ‘y los primeros astros al alma que va de la tierra al cielo.’ y el párrafo que comienza con: ‘Quedamos en que habíamos salido de Dúrcal.’ están insertados los siguientes párrafos:] Por lo demás, aquel pueblo, importantísimo en su clase, encerraba suficientes recuerdos históricos para que yo pudiera escribir aquí muchas y muy entretenidas páginas. Habréis de permitirme, sin embargo, que no me meta en tal cosa. La Alpujarra nos llama hace ya harto tiempo, y nos hemos detenido demasiado en la exposición de las causas de la Rebelión de los moriscos, *ad usum* de los que no las recordasen. [nuevo párrafo] Aquella exposición era absolutamente precisa para la inteligencia del sentido general de esta obra (que a mí

mismo no se me alcanza), y sobre todo para poner a su debida luz las romancescas figuras de ABEN-HUMEYA y ABEN-ABOO, a quienes me propongo retratar, no como historiógrafo, sino como mero artista... [nuevo párrafo] Pero (quede dicho de una vez para siempre) yo no escribo, ni por asomos, la crónica de la Alpujarra, sino la crónica de lo que un viajero entristecido vio, pensó y recordó en aquel rincón del mundo, referida con el propio desconcierto de sus marchas, de sus conocimientos y de sus impresiones. [nuevo párrafo] Esto me obligará únicamente a ir señalando con el dedo uno y otro paraje del camino, diciéndoos, como un epitafio ambulante: -«Aquí fue tal ciudad». -«Aquí yace tal héroe». 74 [la eliminación del primer párrafo es otra prueba de la poda que se propone el autor; la supresión del segundo, además, obedece a la distancia temporal con que edita el autor, que hace innecesario el comentario.]

* 220. y a su pie 82 a cuyo pie 74

* 220. exclamo también ahora.—Y no digo más, porque considero que, para celebrar las virtudes de una Sierra, basta con semejante invocación, sobre todo después de haber cantado Píndaro 82 repito ahora... [nuevo párrafo] Y esta acceso lírico no pasa nunca de aquí; pues considero que, para cantar las virtudes de un peñasco, basta con semejante exclamación; sobre todo, después que Píndaro ha dicho 74

* 220. Por otra parte, 82 Creo además conveniente 74

* 220. lisonjas poéticas 82 galanterías 74

* 220. mismísimo cerro de 82 mismo

* 220. supernos 82 propios 74

* 221. etc., etc., etc...! 82 [falta en 74]

* 221. En fin: 82 [falta en 74]

* 222. ninguna copla, a pesar de ser tan aficionados a cantarlas todos los andaluces... 82 cantar a las gentes. 74

* 223. señoril 82 encopetada 74

* 223. ¡Ah! el hombre ama poco la casa: 82 [falta en 74]

* 223. mientras que 82 [falta en 74]

* 223. La taberna, el café, el casino, el club, el círculo comprueban mi tesis. 82 [falta en 74]

* 223. estas reflexiones tan edificantes 82 esta última reflexión tan edificante y cristiana 74

* 223. Porque 82 ¡Ah! 74

* 224. --¡Perdonen las susodichas *mujeres propias* la ferocidad con que les doy esta noticia, que tampoco deben olvidar los *hombres propios*! 82 [falta en 74]

* 224. Pero ¡ah! 82 [falta en 74]

* 224. es lo que digo! 82 [falta en 74]

* 224. que todos los pobres 82 a todos los que desheredó la fortuna 74

* 224. que han perdido toda 82 despojados de toda 74

* 224. benevolencia, todo respeto, todo temor, todo lazo interno 82 benevolencia, de todo respeto, de todo temor, de todo lazo interno 74

* 224. Pero, dejémonos de elegías, y continuemos nuestra relación. 82 [falta en 74]

* 225. y de consiguiente nosotros también pasamos, 82 [falta en 74]

* 225. toda la extensión del Valle 82 todo el Valle 74

* 225. miraba 82 daba 74

* 225. ¡Oh! ¡Bien hicieron nuestros abuelos los Moros en denominar a aquel valle 82 Era verdaderamente

* 226. a lo lejos 82 [falta en 74]

* 226. estaríamos subiendo 82 subiríamos 74

* 226. al punto por donde íbamos 82 a las filas 74

* 226. sin divisarlo, aunque no dictaba de nosotros tres mil metros 82 sin verlo, aunque cruzamos a dos kilómetros de él 74

* 227. y en el cual pasó 82 Allí fue donde pasó 74 {Cap. VIII}

* 228. cuya mayor singularidad 82 singularidad que

* 228. pues éranse que se eran 82 [punto y aparte] Eran 74

* 228. esclavo negro 82 esclavo 74

* 228. sin que la nieve del camino mostrase huellas 82 [punto y aparte] La nieve del camino no ofrecía huellas 74

* 228. por él 82 por allí 74

* 229. tenía 82 era de 74

* 229. en mal perjeñada mula 82 en una mula 74

-
- * 230. gran 82 una 74
 - * 230. estremeci6se convulsivamente el joven 82 estremeci6se el joven de un modo convulsivo 74
 - * 230. en ministros 82 en los ministros 74
 - * 230. entonces, la mano al fugitivo 82 pues, la mano al sacerdote 74
 - * 230. con pasmosa naturalidad 82 [falta en 74]
 - * 233. [falta en 82] As6 las cosas 74
 - * 237. [falta en 82] Ahora 74
 - * 237. nuestro protagonista 82 [falta en 74]
 - * 238. el que algunos hab6an tachado en otro tiempo 82 el que tal vez fue tachado por algunos 74
 - * 238. comenzaba a 82 hab6a de 74
 - * 238. negro 82 [falta en 74]
 - * 238. —Quiero decir: cerremos los libros de Historia, entremos tambi6n en B6znar inmediatamente, procurando no perderle de vista ni un solo instante... 82 Entremos en B6znar detr6s de 6l... 74
 - * 239. para llegar adonde nos esperan los caballos de silla que han de conducirnos tambi6n a la suspirada Alpujarra 82 [falta en 74]
 - * 239. minutos 82 instantes 74 {Cap. IX}
 - * 239. daba 82 nos dio 74
 - * 239. el mencionado viernes 82 [falta en 74]
 - * 239. menos cuatro a6os 82 como por ensalmo 74
 - * 239. ya por dos veces hab6a yo cre6do encontrarme... 82 yo cre6a encontrarme... 74
 - * 240. Conque describamos a B6znar 82 [falta en 74]
 - * 240. venturas 82 emociones 74
 - * 240. y montar a caballo 82 [falta en 74]
 - * 240. este 82 aquel 74
 - * 241. Y, si no, deten6os a estudiar un momento 82 Estudiad, si no, 74
 - * 241. Las encontramos 82 Encontr6moslas 74
 - * 241. que es como si dij6ramos en andas o literas de viaje 82 [falta en 74]
 - * 241. despu6s 82 [falta en 74]
 - * 241. [falta en 82] Ya veis que, en pago de vuestra indulgencia, he defendido a la raza latina y maltratado cruelmente a sus 6mulas del Septentr6n. [nuevo p6rrafo] Confiado ahora en el agradecimiento de que, por ende, os supongo pose6dos, voy a volver en busca de nuestros 6mulos del Sur, los fieros islamitas, esperando me dispens6is no los trate con tanto rigor como a los paisanos de Shakespeare, de Mikiewicht, de Go6the, de Thorwaldsen, de Gogol y ¡¡de Bismark!! -No es prudente enemistarse a la vez con todo el mundo. 74
 - * 241. Con lo cual, ya es tiempo de que volvamos a pensar en los Moriscos... 82 [falta en 74]
 - * 245. prob6is, tanto mejor; pues 82 demostr6is, me importar6 poqu6simo; que 74
 - * 245. defensor 82 el defensor 74
 - * 245. si sufre nuevas interrupciones 82 si ahora sufre una muy larga interrupci6n 74
 - * 246. [falta en 82] El Picacho de Veleta, por ejemplo, s6lo espera para decirnos «As6 soy por el rev6s» a que nos pongamos de puntillas, como hizo el Renzo de Manzoni para descubrir desde la llanura de Pav6a la catedral de Mil6n... 74
 - * 246. esperan 82 aguardan 74
 - * 247. Dicho se est6, pues, 82 [falta en 74] {Cap. X}
 - * 248. A6n 82 [falta en 74]
 - * 248. que m6s me preocupaba en aquel viaje 82 de que m6s suelo ocuparme en esta obra 74
 - * 248. de tan honda 82 aquella 74
 - * 248. dram6tico y hasta 6pico 82 interesante 74
 - * 248. (que referir6 m6s adelante) del temerario ABEN-HUMEYA 82 [falta en 74]
 - * 249. y, para la Alpujarra 82 [nuevo p6rrafo] Para la Alpujarra 74
 - * 249. Tanto es as6, que, mientras la Diligencia, despu6s de aligerarse de nuestro peso, segu6a 82 En prueba de ello, la Diligencia, no bien nos dej6 en tierra, sigui6 74
 - * 249. nosotros nos desoj6bamos contemplando extasiados 82 [falta en 74]
 - * 249. cierto caminito que 82 mientras que nuestro camino 74
 - * 249. de Lanjar6n..., de 6rgiva, de... Pero no seamos impacientes, y entremos en la Venta 82 de Lanjar6n... [nuevo p6rrafo] Pero entremos en la Venta 74

* 250. y que en tan gustosa operación fuimos agradabilísimamente sorprendidos por un noble y apuesto caballero que, en representación de sus poderosos parientes, llegó en nuestra busca para introducirnos en la Alpujarra...82 [nuevo párrafo] En tan grata operación nos hallábamos (si ustedes gustan, lectores, se mejorará), cuando llegó en busca nuestra, para introducirnos en la Alpujarra (y procedente de aquel florido lugar de Pinos del Valle que nos había parecido a lo lejos un nido de amores), el primero de los distinguidos alpujarreños que habíamos de tener el honor de conocer en nuestra expedición. [nuevo párrafo] Éste era un ilustrado y amabilísimo joven, tan bizarro como discreto, a quien no tardamos en querer muy de veras... 74

* 250. Reciba de nuevo aquel ilustrado y amable joven (ingeniero por más señas) el afectuoso saludo que allí le dirigimos; 82 Reciba, pues, el afectuoso saludo que le dirijo en estos renglones... 74

* 250. Perdonadme este ex-abrupto... 82 Disimuladme este ex abrupto. 74

* 250. [falta en 82] como 74

* 250. [falta en 82] Es una debilidad disculpable en un convalesciente. Es una vaciedad más del presente libro,-- que en nada puede perjudicaros. 74

* 251. Porque habéis de saber que a mí me sucede lo contrario que a Anteo: Anteo recobraba su vigor al sentar los pies en la tierra, y yo recobro la salud y la alegría tan luego como monto a caballo. ¡Paréceme que, al poner el pie en el estribo, reivindico mi libertad, como el pájaro que se escapa de la jaula!... Y tal es mi entusiasmo en este punto, que muchas veces me he propuesto la cuestión de si el hombre nacería realmente para centauro, y el caballo será su complemento providencial.... [nuevo párrafo] En equivalencia, inclínome a creer que el hombre es el complemento del caballo... --Y, si no, decidme: ¿qué viene a ser este noble animal sin un jinete encima? ¿No os parece un ser miserable, como el hotentote sin religión, ropa ni ley? ¿No habéis reparado en la ufanía con que el caballo soporta y luce al caballero, una vez ajustada entre ellos la alianza? ¿Habéis visto cómo se enardece y apasiona en la guerra, cómo se da tono en la entrada triunfal del héroe que lo rige, o cómo gallardea al pasar bajo los balcones de la mujer que ama su socio?-- ¡En los tres casos, diríase que el engreído cuadrúpedo procede y trabaja por cuenta propia! 82 Pero, ya que he entrado en materia, elevaré la cuestión y diré que a los simples mortales nos sucede lo contrario que a Anteo. Anteo recobraba su vigor cuando tocaba con los pies en la tierra, y nosotros solemos recobrar la salud y la alegría tan luego como nos vemos a caballo, con la ascética soledad de los montes a nuestra disposición... [nuevo párrafo] Y no es aquello de [nuevo párrafo] ¡Un caballo! ¡Un caballo y campo abierto.../ y déjame frenético correr!.../ que dice a gritos el Adam de El Diablo Mundo... [nuevo párrafo] No. Ya no siente nadie la superabundancia de vida del héroe de Espronceda, ni necesidad, como él, de desbravar su alma... [nuevo párrafo] Es pura y simplemente que, al poner el pie en el estribo, parécenos que reivindicamos nuestra libertad, como el pájaro que se evade de su jaula. [nuevo párrafo] ¡Ah! No lo dudéis: el hombre nació para centauro, y, por consiguiente, el caballo es su complemento providencial. [nuevo párrafo] En equivalencia, el hombre es el complemento del caballo. [nuevo párrafo] Y, si no, decidme: -prescindiendo de la cuestión estética, -¿comprendéis a este noble animal sin un jinete encima? ¿No os parece un ser miserable, como el hotentote sin religión, ropa ni ley? ¿No habéis reparado en la ufanía con que lleva el caballo al caballero, una vez ajustado entre ellos el consorcio, o sea el tratado ofensivo y defensivo? ¿Habéis visto un corcel en la guerra, en la entrada triunfal de un héroe, o pasando por la calle donde vive la novia del jinete... es decir, de su asociado? -En los tres casos diríase que el engreído cuadrúpedo procede por cuenta propia. 74

* 251. final 82 de todo 74

* 252. al remate de una majestuosa 82 al acabar una brillante 74

* 252. [falta en 82] un 74

* 253. la 82 esta 74

* 253. procedamos con calma: dejemos lo mejor para lo último, y comencemos por leer los datos históricos y estadísticos que llevamos en cartera 82 [nuevo párrafo] Ante todo, descartemos los datos históricos y estadísticos, como muy ajenos al cuadro que me propongo bosquejar 74

* 253. a la ligera 82 [falta en 74]

* 253. Primer hecho: 82 [aparece al final de la relación del hecho en 74]

* 254. Segundo hecho 82 Primer hecho 74

* 255. [falta en 82] Poned 74

* 255. sobre el nivel del mar, 82 de elevación 74

* 255. álzase 82 [falta en 74]

* 255. feudatario del Mulhacén, inaccesible Gran Señor de aquel imperio. 82 feudatario del inaccesible Gran Señor de aquel imperio 74

-
- * 256. hay, aunque desde aquí no las vemos 82 colocad, aunque no las veáis 74
 - * 256. llenas de misteriosas lagunas 82 donde hay misteriosas lagunas 74
 - * 256. De esa especie de plataforma se desgaja 82 Desgajad, de esa especie de plataforma 74
 - * 256. otro 82 un nuevo 74
 - * 256. (de nieve) 82 de nieve 74
 - * 256. En medio de este monte fórmasse una segunda meseta, donde se hallan 82 Suponed, por último, en medio de este monte una segunda meseta, donde se encuentran 74
 - * 256. Y, por último, 82 [falta en 74]
 - * 256. llega con su frente a donde 82 principia donde 74
 - * 256. superposición de montes colosales 82 [falta en 74]
 - * 257. [falta en 82] ya 74
 - * 259 extendido 82 trazado 74
 - * 259. y que el rótulo era 82 y que en el rótulo se leía 74
 - * 260. Fin de la Parte Primera 82 Fin de la Primera Parte 74
 - * 261. PARTE SEGUNDA 82 SEGUNDA PARTE 74
 - * 266. ningún 82 un 74 {Cap. II}
 - * 268. dentro de cuatro tablas 82 dentro de aquellas cuatro tablas 74
 - * 269. por cerrarnos de nuevo 82 por estorbarnos de nuevo 74
 - * 270. ¿Quién pudo nunca responder de sus pensamientos? 82 ¿Quién es arbitro de sus pensamientos? 74
 - * 270. concluía 82 acababa 74
 - * 270. contemplábamos 82 estábamos contemplando 74
 - * 270. Cobraron entonces nuevo ímpetu nuestros deseos 82 Entonces cobraron nuevo brío nuestras ansias 74
 - * 271. los 82 sus 74
 - * 271. escritos por estos dos autores 82 [falta en 74]
 - * 271. prorrogarán 82 prorrogarían 74
 - * 271. menos de pertenecer a aquel 82 ser sino de aquel 74
 - * 272. el libre uso 82 el uso 74
 - * 274. contestes 82 contextes 74 {Cap. III}
 - * 274. cuando los sarracenos 82 en los tiempos en que los Moros 74
 - * 274. que existía 82 de ella 74
 - * 274. M. Sacy 82 Mr. Sacy 74
 - * 277. como verdad de a folio, en Diccionarios geográficos, Enciclopedias, Guías y toda clase de itinerarios pintorescos 82 en Diccionarios geográficos, Enciclopedias, Guías y toda clase de itinerarios pintorescos, como una verdad de a folio 74
 - * 278. contenía 82 contenían 74
 - * 278. exceptuando a los que, por haber nacido en la banda occidental de Sierra de Gádor, tienen razón en creerse alpujarreños 82 exceptuando a los nacidos en la banda occidental de Sierra de Gádor: que tienen razón en creerse alpujarreños 74
 - * 278. encerrado en una especie de rectángulo 82 encerrado luego, como en un rectángulo, 74
 - * 278. todo lo incluido 82 todo lo que queda 74
 - * 278. [falta en 82] todo lo que sería un solo valle, a no existir la Contraviesa 74
 - * 278. casera, que divide la Península española en Mancha... 82 consuetudinaria que, creó o delimitó la Mancha... 74
 - * 279. Rioja, Maragatería, Vera de Plasencia, Vega de Pas, Tierra de Barros, Tierra de Campos, Alcarria, Loma de Úbeda, Río-Almanzora, y en otras innumerables circunscripciones tan extraoficiales como la Alpujarra 82 la Rioja, la Maragatería, la Vera de Plasencia, la Vega de Pas, la Alcarria, la Loma de Úbeda, y otras muchas comarcas tan extraoficiales como la alpujarreña 74
 - * 279. hablar 82 ocuparse 74
 - * 279. en línea recta 82 en línea perpendicular 74
 - * 279. [falta en 82] ya que no completamente, hasta sumar las *sesenta leguas a caballo* prometidas en el programa o título de esta obra 74 [La supresión de este comentario y el cambio en el título de la obra son una prueba más de la intención del autor de eliminar todo lo que considera superfluo en la edición 74]
 - * 280. menos árido 82 menos árido y pedagógico 74

-
- * 280. Tal historia que no ha sido compuesta todavía por nadie; 82 --historia que hasta la presente no ha compuesto nadie; 74
- * 280. cosa tan corriente en esta clase de trabajos, que, con ocasión de lo mucho que he tenido que leer para escribir el presente capítulo, he gozado extraordinariamente al ver rodar de obra en obra, plagiadas *ad pedem literae*, páginas enteras, llenas de erudición, que cada autor presentaba como de cosecha propia..., o, por lo menos, guardándose muy bien de decir que eran de cosecha ajena... 82 cosa muy corriente en esta clase de trabajos...; --tan corriente, que, con motivo de lo que he tenido que leer para escribir esta capítulo, me he divertido lo que no es decible viendo rodar de obra en obra páginas enteras, que cada escritor presentaba como de su cosecha, bien que sin decirlo, pero sin decir tampoco que eran cosecha ajena, y cuyo primitivo verdadero autor no he podido averiguar hasta ahora... 74
- * 280. Conque 82 Con que 74
- * 281. pues ya estaban embebidos 82 considerando ya embebidos 74
- * 281. gran número de judíos 82 un gran número de judíos 74
- * 281. Con 82 En 74
- * 281. estigmatizó 82 incluyó 74
- * 282. dominación islamita 82 dominación de nadie 74
- * 283. cuéntanla 82 cuéntase 74
- * 283. tan libres como al principio 82 [falta en 74]
- * 283. mismísimos 82 [falta en 74]
- * 284. [falta en 82] un 74
- * 284. Refiérome a 82 Tal fue 74
- * 285. enrevesado 82 revesado 74
- * 286. ya tuvimos ocasión de hablar en la primera parte 82 ya hablamos en la Primera Parte
- * 286. Y, como también referimos allí con detenimiento 82 Y como ademas hayamos bosquejado allí poco después 74
- * 286. sin decir que la Alpujarra comprende hoy [. . .] Total: 115.000 almas, poco más o menos 82 sin dar alguna idea de la actual *División territorial de la Alpujarra*. --Seré muy breve. [nuevo párrafo] La comarca de este nombre comprende (según mi ya expuesta teoría): [nuevo párrafo] En la PROVINCIA DE GRANADA: /Todo el Partido judicial de *Ujijar*, / todo el de *Albuñol*, / y casi la mitad del de *Órgiva*. / Y en la PROVINCIA DE ALMERÍA: Una mitad del Partido judicial de *Canjáyar*, / incluyendo estas dos poblaciones y la muy considerable de *Adra*,--que es el Puerto alpujarreño. / Total:--unos sesenta y cinco pueblos, o cabezas de Distrito municipal; otros treinta o cuarenta lugarillos y aldeas sin Ayuntamiento propio; más de quinientos caseríos y cortijadas (muchas de ellas compuestas de veinte y hasta treinta domicilios); más de dos mil (!) cortijos y casas de campo, y unos cuatrocientos grupos de chozas y cuevas pastoriles, especie de aduares encaramados en lo alto de la *Sierra*. / Suma, por consiguiente, la población de toda la Alpujarra ciento quince mil almas,--poco más, poco menos. /Con lo cual han terminado mis explicaciones.--¡Mentira me parece! --El resto...lo irá juzgando el lector por sí propio en los lugares respectivos. 74
- * 288. [falta en 82] (que eran seis) 74 {Cap. IV}
- * 288. [falta en 82] (que éramos cuatro) 74
- * 288. en una misma casa 82 en un mismo cuarto 74
- * 289. [falta en 82] 74 de nuestro carácter
- * 289. o que esos 82 o esos 74
- * 289. Y, 82 [falta en 74]
- * 289. a la Patria un gran servicio si buscara, adquiriera y diese 82 un servicio mas a la patria buscando, adquiriendo y dando 74
- * 289. hallar 82 encontrar 74
- * 289. podrá 82 podría 74
- * 289. nadie se atreva a objetarme nada, pues 82 [falta en 74]
- * 290. lo que había hecho en otros siglos 82 lo que había hecho en el siglo VIII y en el siglo XVI 74
- * 290. e indomables hijos 82 y sus indomables hijos 74
- * 290. repetidas veces 82 una y otra vez 74
- * 290. en recóndita cueva 82 en una cueva 74

-
- * 290. Ni creáis que hoy día de la fecha evoco los recuerdos de 1808 a 1814 con ánimo de 82 Ni creais que hoy dia de la fecha muéstrome yo tan celoso guardador y panegirista de los recuerdos de 1808 a 1814, con la indigna intención de 74
- * 290. extemporáneo propósito 82 trivial propósito 74
- * 290. [falta en 82] Y aunque alguien lo intentara algun dia... yo espero en Dios que, sin necesidad de previas excitaciones, hasta las piedras de los caminos se hallarán siempre dispuestas en España á levantarse contra los invasores, por numerosos que fueren y lleguen á donde llegaren nuestras desventuras... 74
- * 290. amor patrio 82 amor de la patria 74
- * 290. contra los impíos y blasfemos que reniegan de la idea de patria 82 contra los españoles que reniegan de la patria misma 74
- * 290. contra los españoles (porque también hay españoles entre ellos) que discuten 82 contra los que discuten 74
- * 291. atentados 82 horrores 74
- * 292. sesenta 82 ciento sesenta 74
- * 293 [falta en 74, nuevo párrafo]
- * 294. y vengo a los tiempos presentes 82 y continúo 74
- * 294. Y en la disposición 82 como en la disposición 74
- * 294. recuerdo que, cuando nos dirigíamos al campo 82 recuerdo... [nuevo párrafo]; Y vaya si es delicioso lo que voy a decir!—Pero el Arte no reconoce ciertas leyes: el Arte era liberal ántes de que hubiese liberales en el mundo. Recuerdo, digo que cuando nos dirigíamos al campo 74
- * 295. [falta en 82] [nuevo párrafo] Ahora: si yo me excediese a tanto; si, con el solo objeto de hacer sentir a mis lectoras la misma respetuosa admiración que nosotros experimentamos entonces hacia aquellas nobles hechuras del supremo Artífice, indicase yo aquí, cuando menos, el sexo y la edad de las dos *personas* susodichas; si yo pintara solamente... [nuevo párrafo] Pero bueno está lo bueno.—*Transeamus*.
- * 296. conozco 82 que tengo el honor de tratar 74
- * 297. 1º, 2º, 3º, 4º. 82 Primero, Segundo, Tercero, Cuarto. 74
- * 297. [falta en 82] Descargada así mi conciencia, réstame consignar (no como noticia, sino como otra cosa que yo ignoraba también, y que, por consiguiente, me ha cogido de relance) que, -- según aseguran los arabistas que andan hoy revolviendo las obras del geógrafo Idrisi, de Ibn-Aljathib, de Ibn-Hayyan y de otros escritores musulmanes, --la capital del *Clima* de que formaban parte las *Tahas de Órgiva, Pitres y Poqueira* residió durante muchísimo tiempo el Ferreirola... en ese lugar tan modesto a la presente, que sólo cuenta unos seiscientos habitantes...[nuevo párrafo] No lo olviden los actuales moradores de *Albacete de Órgiva*, y procuren ver terminada pronto la carretera. 74
- * 297. Con que [. . .] y volvamos a las afueras de Órgiva 82 Conque [. . .] y volvamos en busca de nuestros lectores; pues no está bien, me parece, dejarlos así plantados y solos, en las afueras de un lugar desconocido. [nuevo párrafo] Decía, lectores, que orgivenses y forasteros habíamos salido al campo. 74
- * 297. [falta en 82] todas 74
- * 297. y por entre numerosísimos 82 y numerosísimos 74
- * 298. aquella tarde 82 a la sazón 74
- * 298. una gran cosecha de trigo, cebada y centeno 82 una gran cosecha de cereales.
- * 298. mucho 82 [falta en 74]
- * 298. ¿No es verdad que, aún tratándose de ríos, estas injusticias claman a los cielos? 82 Esto clama a los cielos, ¿no es verdad? 74
- * 299. [falta en 82] red tan enmarañada, que, a fuerza de idas y venidas, vueltas y revueltas, multiplicó por el número seis la maxima logitud de la Alpujarra 74
- * 299. tuvimos el gusto , al día siguiente y en otras ocasiones, de considerar varias veces 82 durante la prosecución de nuestro viaje habíamos de considerar varias veces 74
- * 299. para más adelante 82 para mejor ocasión 74
- * 299. que... [nuevo párrafo] Pero este asunto merece párrafo aparte 82 que [división de página con decoración] uno de los pueblos 74
- * 299. mi obra titulada 82 cierto libbrejo titulado 74
- * 300. Añádase que 82 ITEM 74
- * 300. prefería 82 preferiría 74
- * 300. esto 82 este 74

-
- * 301. hablaré algo de la Taha de Pitres, con referencia a las noticias que me comunicaron los orgivenses y al tenor de lo que yo veía o había de ver a lo lejos... [nuevo párrafo] Taha de Pitres se llamaba antaño [...] 82 he nombrado la Taha de Pitres.—Así se llamaba antaño [...] 74
- * 301. enclavados en cosa 82 que comprenderán cosa 74
- * 301. del siglo presente 82 de este siglo 74
- * 301. que moros y judíos legaron a los cristianos 82 que les legaron los moros y los judíos 74
- * 301. ¡Ah! 82 [falta en 74]
- * 301. según malas lenguas 82 [falta en 74]
- * 302. sírvele de foso a esta muralla el pujante Río de Trevélez 82 sírvele de foso a esta muralla y de nueva defensa a la patria de cierto antiguo amigo mío, ex-Diputado a Cortes por más señas, el pujante Río de Trevélez 74
- * 302. con tanto hablar 82 con estas y las otras 74
- * 302. y tuvimos que dar la vuelta hacia la villa moruna 82 y hacía rato que caminábamos hacia la villa moruna 74
- * 302. Cuántos, cuántos 82 Cuántos 74 {Cap. V}
- * 303. [falta en 82] y sin saber a qué atribuir aquella súbita visita de tanta luz, de tanta melodía, de tanta inocencia, de tanta piedad, de tanta sencilla y tierna serenata a la *Reina y Madre de los desterrados hijos de Eva*... 74
- * 303. los tales rapazuelos 82 [falta en 74]
- * 303. Si conserváis 82 Los que conservéis 74
- * 303. todo esto al oír a los *seis* niños 82 esto mismo oyendo a los *seis* niños 74
- * 304. En cuanto a lo demás, pronto conocimos que allí no había nada de peregrino, sino que aquello era el *Rosario*..., el cual, en la sana y bendita Alpujarra, sigue visitando todas las noches, en tiempo de Cuaresma, las principales casas de cada pueblo, 82 Por lo demás, pronto supimos que en aquella sublime escena no había nada de insólito, sino que era el mismo *Rosario* que visita todas las noches, en aquel santo tiempo de Cuaresma, ciertas y ciertas casas de la Villa 74
- * 304. [falta en 82] ¡Oh vida segura, la mansa pobreza, / dávida santa desagradecida! (Juan de Mena)
- * 304. no lo veía yo 82 no lo veíamos 74
- * 306. y paso a otro orden de lamentaciones 82 [nuevo párrafo] Pero aquí se me ocurre otro orden de lamentaciones 74
- * 306. ¡Yo no le mandé a nadie que dejara de ser católico, apostólico, romano, o lo que fuese, para convertirse en ateo, materialista y bestia, como ya va siendo la plebe urbana de toda Europa! 82 Yo no le mandé a nadie con mi voto que dejase de ser católico apostólico romano. 74
- * 306. [falta en 82] con mi voto 74
- * 306. conciencia 82 conciencia individual 74
- * 306. [falta en 82] Por lo demas, yo sabía que el establecimiento de la libertad de cultos, en una tierra donde no se profesa más religión positiva que la católica apostólica romana, --y donde, como en todos los países constituidos, el Gobierno, o sea la propia Nacion, tiene que subvenir a todas las necesidades colectivas, así materiales como morales, de los ciudadanos (a la instrucción pública, a la administración de justicia, a la seguridad personal, a la defensa del territorio, a la beneficencia, a la conservación de monumentos, etc., etc., etc.), --no daría otro resultado que hacer ver al mundo, para mengua y confusion de los impíos y de herejes, que el Catolicismo era la única religión de las españoles, y que éstos lo profesaban y su gobierno lo protegía, no ya en virtud de una despótica intolerancia, como en tiempos de Felipe II, sino en virtud de la propia libertad política, por aclamacion popular, porque tal era la explícita y terminante voluntad de los pueblos. 74
- * 307. ni se traduzca en actos que vulneren el derecho y la libertad de otro 82 [falta en 74]
- * 307. Es decir: yo voté en contra de toda persecución, de toda crueldad, de toda inhumanidad fundada en la intolerancia religiosa... nuestra o ajena; pero no en contra de que el Estado procurase catequizar y convertir mansamente a todos los infieles del mundo, comenzando, para ello, por pagar, y defender y difundir el culto y el clero católicos, a cuya religión pertenece la casi totalidad de los españoles... 82 [falta en 74]
- * 307. tal y como 82 como 74
- * 307. arrepentidísimo 82 arrepentido 74
- * 307. a los que... sabían más que yo 82 a los que sabían más que yo 74
- * 307. cuyos honores hacía cierta dama 82 presidido por una dama 74
- * 307. y señor 82 [falta en 74]

-
- *307. [falta en 82] en favor de otro ex-diputado por aquel país y queridísimo amigo mío, a quien los orgivenses aguardaban de un momento a otro; 74
- * 307. brindis, paradojas, anécdotas; 82 brindis, anécdotas, paradojas; 74
- * 308. En fin: mi último recuerdo de aquella noche... 82 [falta en 74]
- * 308. Pero esto merece también capítulo aparte. 82 [falta en 74]
- *311. perdiéndose en los desiertos de la Libia 82 perdiéndose en el desierto 74
- * 311. de seres, de cosas, 82 [falta en 74]
- * 312. Parte Segunda 82 Segunda Parte 74
- * 313. PARTE TERCERA 82 TERCERA PARTE 74
- * 313. El acto de aparejar 82 [falta en 74]
- * 315. quién 82 cuál 74
- * 315. el más guapo 82 un valiente 74
- * 315. el último que seguía agazapado 82 el más rezagado 74
- *315. Y todo el mundo se halló de pie 82 Y todo el mundo se encontró de pie 74
- * 317. tengo por seguro que 82 de seguro que 74
- * 318. Pues bien: 82 Ahora bien: 74
- * 318. Conque 82 Con que 74
- * 318. Conque 82 Con que 74
- * 318. en resumen 82 en sustancia 74
- *318. máxime habiendo quien se atrevía a hacer aquel viaje a caballo 82 (*Señales de aprobación en la izquierda*) 74
- * 319. [falta en 82] (*Aplausos. El mozo vuelve a llenar las copas.*) y 74
- * 319. y que si los jinetes de Murtas se atrevían a prescindir del mulo era porque ya estaban muy avezados a aquellos peligros 82 (*Rumores*) 74
- * 319. consentir que lo corrieran solos aquellos dos o tres amigos que ya estaban a caballo... 82 conducir a una muerte segura (*Sensación*) a aquellos que dos o tres amigos que ya se encontraban a caballo 74
- * 319. [falta en 82] (*Aclamaciones*) 74
- * 319. [falta en 82] (*Estrepitosas salvas de aplausos.*)
- *319. [falta en 82] (*Tumulto: confusion._ Las voces de “¡A beber! ¡a beber!” impiden que se oiga a los oradores.*)
- * 319. Al llegar aquí la controversia, movióse gran tumulto en la Cámara, y las voces de “¡A beber! ¡A beber!” impidieron que se siguiera oyendo a los oradores 82 [falta en 74]
- * 320. 1º, 2º, 3º, 4º, 5º, 6º, 7º y 8º 82 Primero, Segundo, Tercero, Cuarto, Quinto, Sétimo y Óctavo 74
- * 320. trancos 82 tramos 74
- * 320. al Río Grande 82 al *soi dissant* Río Grande de Órgiva 74 {Cap. II}
- * 230. nuestros buenos amigos de Órgiva. 82 los buenos amigos de aquella villa. 74
- * 230. a pensar en nosotros mismos, 82 a nuestra propia consideración, 74
- *230. la emprendida ruta 82 el emprendido sendero 74
- * 320. Pintiparada ocasión es ésta, 82 Ninguna ocasión mejor 74
- * 320. Tratábase, como quien no dice nada, de tres jefes de... tribu, 82 Era, como si dijéramos, tres Jefes de Tribu, 74
- * 320. de larga fecha 82 de antemano 74
- * 320. habré de referirme con el debido agradecimiento 82 habré de mencionar, penetrado de agradecimiento, 74
- * 320. de Murtas 82 de nuestras reiteradas idas a Murtas 74
- *322. su sangre 82 su casta 74
- * 322. Conque en marcha 82 [falta en 74]
- * 322. _ ¡Caballeros! ¡ Al trote, 82 Con que trotemos ya, 74
- * 322. (gritó de repente el padre Cura); [falta en 74]
- * 322 así llegaremos 82 y lleguemos 74
- * 322. [falta en 82] (*Trotamos*) [nuevo párrafo]...de aquella montaña, 74
- * 322. en cuya cima nos aguarda 82 donde nos espera 74
- * 322. [falta en 82] (*Tropezón*) 74

*322. al cual hemos de subir.... yo no sé cómo, y de donde luego tendremos que bajar....yo no sé cuándo, pues todo ello depende de la doble y terrible prueba a que vamos a someter a nuestras cabalgaduras!... 82
¡Hombre! ¿Empezamos ya? [nuevo párrafo] Pues, sí señor, vamos a subir al *Puerto de Jubiley*, y a bajarlo, poniendo así a prueba nuestra cabalgaduras. 74

*322. [falta en 82] Pero aún habremos de trepar hoy a una cordillera más elevada... [punto y aparte] (*Principiamos a vadear al río*) [punto y aparte] Y esa cordillera más elevada....esa cordillera..._ ¡Demonio de río! ¡Vaya si es impetuoso! ¡Se marea uno de mirar sus ondas! [nuevo renglón] (*Salimos a la otra orilla.*) ...esa cordillera más elevada que tenemos que subir es la célebre *Contraviesa*, espina dorsal de la *Alpujarra*... [nuevo renglón] (No se ve un mulo para un remedio. Todos se han quedado atrás.) [punto y aparte] “Trotamos, pues, trotamos”... como se dice en *El Desierto* de Mr. David; y el que venga atrás que arree, como suele decir el vulgo... [punto y aparte] (*Trotamos.*) [línea completa de puntos suspensivos y corte con motivo decorativo en el texto. Comienzo de párrafo] _Oye tú, muchacho: canta una copla. ¡Para eso te llevamos a grupos desde el río!... [punto y aparte] _Señorito, es Semana Santa de Pasión... [punto y aparte] _Dice bien el muchacho: que no la cante. [punto y aparte] _Muchacho, cuántos años tienes? [punto y aparte] _Voy a entrar en quintas, señorito. [punto y aparte] _Y ¿de dónde eres? [punto y aparte] _ ¿Yo? De aquel cortijo que están ustedes viendo. _ Vaya... queden ustedes con Dios, y Dios se lo pague._ Yo tomo por esta vereda... [punto y aparte] (El muchacho se apea, y canta a lo lejos:) [punto y aparte] “Dame tu amor o me mato, / dicen unos ojos negros. / Y dicen unos azules: / Dame tu amor o me muero” [punto y aparte] _ ¡Espera, muchacho...espera! [punto y aparte] _ ¿Qué mandan ustedes? [punto y aparte] _ ¿De qué color tiene los ojos tu novia? [punto y aparte] _Ya... de ninguno. [punto y aparte] _ ¿Cómo de ninguno? [punto y aparte] _ ¡Ya lo creo! ¡Se murió el año pasado...[punto y aparte] _ Muchacho, anda con Dios. [punto y aparte] Trotamos, sí, trotamos... [nuevo párrafo con separación decorativa del texto] Pero os oigo exclamar que, trotando de este modo, vemos muy pocas cosas... [nuevo párrafo] Teneis razón: mas, ¿qué nos interesan ya ni las corrientes que atravesamos, ni las asperezas de menor cuantía en que nos metemos..., si de lo que hoy se trata, como os he dicho, es de subir, primero al Puerto de Jubiley, y ver desde allí, de una sola ojeada, todo el ámbito Alpujarreño, toda su armazón de montes, y todo lo demas que os oculto ahora para que os cause luego más sorpresa?...

* 322. _ ¡Al trote! ¡Al trote! _ 82 _ ¡Adelante, pues! ¡Adelante! 74

* 322. _ respondimos todos los expedicionarios metiendo espuelas 82 [falta en 74]

* 323. Y al cabo de pocos minutos, estábamos al pie de la montaña a que da nombre el susodicho Puerto 82
Pero ¡ah! Ya no se puede correr... [punto y aparte] ¿Qué digo correr? ¡Ya no se puede siquiera andar como Dios manda... [punto y aparte] Llegó el instante de prueba._ ¡Ahora o nunca, señores caballos! [punto y aparte] En cuanto a nosotros, recemos el *Credo*... [punto y aparte] ¡Ha principiado el escalamiento y el asalto del *Puerto de Jubiley*! 74

* 323. _ dijo entonces uno. 82 [falta en 74]

*323. _ Estamos subiendo... 82 Seguimos subiendo 74

*323. _ exclamó otro. 82 [falta en 74]

* 323. (proclamó el autor s de estas líneas, apelando a su gran repuesto de adjetivos, como Sancho apelaba al de refranes). 82 [falta en 74]

* 323. Todo esto era verdad: pero también lo era que el pícaro Puerto de Jubiley se mostraba cada vez más digno de su alto renombre. 82 Pero no desconozcamos por esto que el Puerto de Jubiley se muestra también digno de su fama. 74

* 323. (Nosotros supusimos desde luego que lo diría por aquel.) 82 Yo debo suponer que lo diría por éste. 74

*323. [falta en 82] ¡Eso es escribir! ¡Eso es lo que se llama pintar con la pluma! 74

* 324. cielo 82 suelo 74

* 324. exclama por su parte el inmortal D. Pedro Calderón de la Barca, refiriéndose a estas mismas encumbradas breñas, 82 ¡Por tan alta manera cantó el inmortal D. Pedro Calderón de la Barca estos mismos encumbrados breñales, 74

* 324. será 82 es 74

* 325. Sierra Nevada, de la cual estábamos alejándonos 82 La insuperable cordillera, de la cual nos tocaba entonces alejarnos, 74

* 326. de vuestra benévola atención 82 de lo que quiera que hayáis pagado por este libro 74

* 327. angosto 82 exiguo 74

* 327. en tal laberinto de rocas y arbustos 82 [falta en 74]

*327. Y como, por otra parte, desde la cúspide de aquel *cerrajoncillo*, más rabioso que elevado, no se descubriría sino a trozos el gran panorama alpujarreño, que tanto deseábamos contemplar (y que según el Cura, contemplaríamos a nuestro sabor pocas horas después desde la más despejada cumbre de la *Contraviesa*), nos dimos prisa a cruzar tan desabridos peñascales...; con lo que muy luego notamos que el pobre Jubiley se daba por vencido, o sea que ya habíamos comenzado a descender por su otra banda. 82 Contentámonos, pues, con haber visto desde aquel cerrajoncillo, más rabioso que elevado, la banda septentrional de la *Alpujarra* (el resto ya lo veríamos a las pocas horas desde lo alto de la *Contraviesa*), y principiamos a descender... 74

* 327. El único alto que hicimos fue en presencia del famoso *Peñón del Gallo*, a fin de oírlo cantar... 82 Al cruzar por enfrente del *Peñón del Gallo*, nos detuvimos un momento, a fin de oírlo cantar; 74

* 327. vosotros 82 [falta en 74]

* 327. canta 82 cacarea 74

* 327. perforado 82 horadado 74

* 328. el curso de 82 [falta en 74] {Cap. III}

* 330. del amargo destino 82 su amargo destino 74

* 330. perpetua 82 [falta en 74]

* 330. [falta en 82] perpetua 74

* 330. digamos 82 veamos 74

* 330. venía 82 acababa 74

* 330. a nuestra izquierda 82 más arriba 74

* 331. varios 82 los 74

* 331. acerca de 82 relativos a 74

* 331. relacionada con 82 que recuerda 74

* 331. quiero decir, acerca de 82 o sea a 74

* 331. [falta en 82] (*Los viajeros se apean de los caballos, y leen, al par que descansan, muellemente recostados en la verde hierba._ Los Lectores por antonomasia les prestan atención, o leen también asomados por encima del hombro del que lleva la voz cantante._ Los Criados, de pie, apoyados en sus escopetas, hacen grandes esfuerzos por entender algo._ Las cabalgaduras pacen tranquilamente._* TABLEAU. [nuevo párrafo con separación con motivo decorativo] UNO DE LOS VIAJEROS (*leyendo*)._ 74

* 331. [dos líneas de puntos sustituyen al texto de 74 en 82] UN CRIADO (*dirigiéndose a otro*)._ Dime: ¿Dónde ha pasado eso? [punto y aparte] EL OTRO CRIADO._ ¡Qué ganso eres! ¿Pues no lo estás oyendo? ¡En Tetuán!... [punto y aparte] EL CRIADO MAYOR._ ¡Callad, zopencos! ¡Qué Tetuán ni qué calabaza! ¿No veis que ha dicho “*Lanjarón*”? ¡Perros moros! ¡Harto me enteré yo ayer tarde de lo que hablaban los amos sobre sus herejías!... [punto y aparte] UN VIAJERO._ Pues se enteraría usted también de que los cristianos del mismo *Lanjarón* volaron una mezquita llena de moros... [punto y aparte] EL CRIADO MAYOR._ Señorito,.. Dispense usted. ¡No es lo mismo!... [punto y aparte] OTRO VIAJERO._ Ahora es cuando ha dicho usted la verdad... ¡NO ES LO MISMO! [punto y aparte] EL VIAJERO LEYENTE (*Continuando*)._ 74

* 331. [dos líneas de puntos sustituyen al texto de 74 en 82] UN ALPUJARREÑO._ “*Ferreirola*” habrá querido decir el Autor. [punto y aparte] OTRO._ Sí; porque *Ferreira* cae al lado allá de *Sierra Nevada*... [punto y aparte] OTRO._ Es verdad, pero en aquel tiempo *Ferreirola* se llamaba también *Ferreira*... [punto y aparte] EL CRIADO MAYOR._ Señoritos, ¿traigo el *gato*? [punto y aparte] LOS VIAJEROS._ ¿Qué gato? [punto y aparte] EL CRIADO MAYOR._ El del vino... [punto y aparte] LOS VIAJEROS._ ¡Quita allá, hombre!... ¡Vino en ayunas!... Bebed vosotros... y dejadnos en paz. [punto y aparte] EL LEYENTE (*prosiguiendo*)._ 74

* 331. [falta en 82] UN VIAJERO._ ¿Quién dice eso? [punto y aparte] EL LEYENTE._ Luis del Mármol... [punto y aparte] EL VIAJERO._ Entonces, debe de ser verdad... pues nunca favorece en nada a ABEN HUMEYA. [punto y aparte] EL LEYENTE (*continuando*) 74

* 332. [falta en 82] LOS LECTORES POR ANTONOMASIA (*con indignación.*) _ ¡Alto ahí! ¡Esto es un engaño manifiesto! Nosotros no sabíamos... [punto y aparte] EL AUTOR DE ESTE LIBRO._ Sé lo que vais a decirme, y tengo preparada la contestación. Lo que me vais a decir es que 74

* 332. que causó a mis compañeros de viaje 82 que os ha causado 74

* 332. siendo lo peor del caso que yo la sabía y debí participársela en el Valle de Lecrín cuando nos encontramos al joven D. FERNANDO DE VÁLOR en compañía de aquella Morisca tan hermosa que, al decir de los historiadores, sólo era su querida... 82 LOS LECTORES._ ¡Sí, señor! ¡Eso mismo!... [punto y aparte] EL AUTOR._ Pues lo peor del caso es que yo lo sabía, y que debí participároslo en el Valle de Lecrín cuando encontramos al joven D. FERNANDO DE VÁLOR en compañía de aquella morisca tan

hermosa, que, al decir de los historiadores, sólo era su querida... (LOS LECTORES *se miran con asombro.*) 74

*332. decírselo 82 decíroslo 74

*332. condené luego 82 condeno ahora 74

*332. falta en 82] (LOS LECTORES *principian a calmarse.*) 74

*332. [falta en 82] (*Todos escuchan con creciente interés.*) 74

*333. [falta en 82] (*Profunda emoción en todos*) 74

*333. [falta en 82] (*Risas.*) 74

*333. [falta en 82] (*Estupor general._ Pausa.*) 74

*333. [falta en 82] (Al pronunciar el AUTOR estas últimas palabras, dando muestras de hallarse muy conmovido, le dicen afectuosamente) [punto y aparte] LOS LECTORES._ Perdone usted... Estamos satisfechos... Puede continuar la lectura. [punto y aparte] (*El AUTOR se tranquiliza: todos se sientan otra vez sobre la hierba, y aquel prosigue de este modo, después de unos instantes de meditación:*) 74

*333. o sea, la víspera de su Coronación 82 Recordareis que aquel momento era la víspera del día de su coronación. 74

*334. Mas dejemos hablar a Pérez de Hita 82 Mas, pues tenemos a mano a Pérez de Hita 74

*334. El fue quien nos refirió aquel día 82 dejémosle referir a su modo 74

*334. Y él es quien debe referirnoslo ahora 82 [falta en 74]

*334. He aquí sus palabras: 82 (*Lee.*)_ 74

*335. y por eso reviste unas formas tan severas, clásicas y elegantes 82 y así resulta ella de severa, clásica y elegante 74

*335. la comunica 82 la transmite 74

*336. Oigamos ahora a otros declarantes: 82 [falta en 74]

*336. ¡de la *Contraviesa*, jorobado lomo de la *Alpujarra*, cuyo escalamiento debía hacernos olvidar aquella tarde todas las proezas del asalto dado por la mañana al *Puerto de Jubiley!* 82 [falta en 74]

*337. para cerca de una tercera parte 82 para más de la cuarta parte 74

*337. [falta en 82] procurando que nadie sino ella oyese tan brusca y extravagante interpelación... 74

*338. la risa huyó del rostro de la esposa estéril 82 la risa se heló en el festivo rostro de la Ventera 74

*338. [falta en 82] y que sus ojos se nublaron 74

*339. [falta en 82] ... (Pero ¿qué digo *al fin?* ¡Aquel *fin* fue sólo *de la primera parte!*) _Quiso Dios de todas maneras, 74

*339. Y pusimos 82 Ello es que pusimos 74

*339. de la rarísima particularidad de no haber encontrado 82 de una particularidad muy rara: y era: que no habíamos encontrado 74

*339. La alta meseta 82 A pesar de la meseta 74

*339. como de peana 82 de asiento 74

*339. no impide que sus habitantes recelen 82 diz que sus habitantes recelan 74

*339. elegante 82 hermoso 74

*339. en el punto más peligroso 82 en el puesto de mayor peligro 74

*339. creo que se nombra, y de su solidez y enormidad, 82 recuerdo ahora que se nombra,_ del cual 74

*340. conviene 82 se debe 74

*340. [falta en 82] rudo 74

*340. [falta en 82] tan prodigiosamente 74

*340. hermoso 82 [falta en 74]

*340. reinaba en la villa 82 respiraba la villa 74

*340. era su aspecto 82 encontramos todo su aspecto 74

*340. de dos o tres indígenas 82 de aquellos de sus moradores 74

*340. por lo inmerecida, su actual decadencia oficial 82 como toda desgracia inmerecida, su decadencia oficial 74

*340. creciente 82 actual 74

*340. y, en fin, 82 y, finalmente, 74

*341. nuevas razones 82 otras tantas razones 74

*341. mi 82 nuestra 74

*341. y lo son hoy para que me complazca 82 y hacen que me complazca 74

*341. seguimos caminando 82 caminamos 74

-
- * 341. nuestros amorosos requiebros y tiernos abrazos a 82 el amor que nos inspiraron 74
- * 342. se hallara a la sazón sobre aquel meridiano. 82 pasara a la sazón por aquel meridiano. 74
- * 342. nuevo peñón 82 otro peñón 74
- * 343. una especie de avanzada 82 un prólogo, o, por mejor decir, 74 {Cap. IV}
- * 343. septentrional 82 del Norte 74
- * 345. [falta en 82] por ventura 74
- * 345. [falta en 82] declaro asimismo (y también lo hubiérais declarado vosotros) 74
- * 345. [falta en 82] sino de modo y forma que se entendiese que aquella cordillera está casi toda cubierta de ár boles... y de árboles muy productivos por cierto. [nuevo párrafo] Rectifico, pues, y digo (aunque limitándose todavía a la falda que íbamos subiendo, _ la cual es la menos rica, por ser la que mira al Septentrion que 74
- * 346. a cuyo prototipo da nombre cierta villa de Ohanes, distante de aquí una jornada de mal camino, 82 cuyo prototipo lleva el nombre de la villa de Ohanes, 74
- * 346. no fue ni será 82 no es 74
- * 346. *ipso facto* 82 por consiguiente 74
- * 346. pobres 82 [falta en 74]
- * 346. paulatinamente 82 poco a poco 74
- * 346. envejece y 82 [falta en 74]
- * 346. ocurre 82 acontece 74
- * 346. Y ni por casualidad siquiera tiene la desdicha de figurar 82 Ni tan siquiera es su destino figurar 74
- * 346. [falta de 82] (como si se dijese un *hilo de perlas*) 74
- * 347. no sólo entre sí, sino 82 entre sí y 74
- * 347. [falta en 82] Yo, como liberal y como católico, estoy por que haya conventos. Para mí, la mayor de las tiranías es privar a los mortales del derecho de escoger sus compañeros de peregrinación por este valle de lágrimas y de encerrarse con ellos, lejos del vano tumulto de una sociedad atea, a conferenciar con Dios sobre el quid de todo lo criado y sobre el *esse, fuisse, fore*, que dice uno de los Santos Libros. [nuevo párrafo] Pero, amigo: 74
- * 348. y, como quiera que los ingleses y los rusos son herejes 82 y como aquellos ingleses, rusos y alemanes de que hablamos en Béznar son todos unos herejes 74
- * 348. acontece que compran dichas cajas de uvas alpujarreñas, y 82 [falta en 74]
- * 348. [falta en 82] [(1) nota a pie de página:] *I write this perfectly aware that England is the country of beautiful teeth, and above all of clean teeth. I have also seen german, Danish, polish, Swedish and Russian teeth that could be compare to a pearl necklace. Putting aside every consideration I am obliged to be a party man, and must write what suits my feelings and those of my race. (To what race do I belong?)* 74
- * 348. [falta en 82] ..., y yo he aprovechado gustosísimo esta nueva ocasión de hacer la causa de la raza latina contra sus rivales del Continente, a fin de que mi libro tenga su lado trascendental. _ No quiero que se me tache de autor frívolo y sin sustancia en unos tiempos en que tanto abundan los filósofos. 74
- * 351. en que tengo la honra de escribir 82 en que escribo 74 {Cap. V}
- * 351. no obstante 82 a pesar de 74
- * 351. [falta en 82] (pues de algo habría de servirnos trepar, como treparíamos el *Miércoles Santo*, a la *Sierra Nevada de la Península Española*), 74
- * 353. [falta en 82] del rayo visual 74
- * 354. las espesas capas 82 la espesa capa 74
- * 354. disimularon 82 disimuló 74
- * 354. [falta en 82] Sólo en la Cordillera cuya cima coronábamos hacía una hora _siempre a caballo, a fin de ganar otro metro de altura y de ir buscando lo miradores más eminentes _, escondíanse catorce pueblos, ora colgados de sus cumbres, ora guarnecidos en lo profundo de sus barrancos, ora asomados al mar por las ramblas y laderas de la costa. _ Dichos pueblos se llaman *Mecina-Tedel, Múrtas, Turón, Albondón, Albuñol, Sorvilán, Polópos, Rubite, Oliar, Bárgis, Alforfón, Fregenite, Alcázar y Torbiscón*. [nuevo párrafo] Por éste último ya habíamos pasado aquella mañana. _ A *Alforfón* y *Albuñol* los veríamos aquella misma tarde. _ *Múrtas, Mecina-Tedel y Turón* formarían parte de nuestra inmediata excursión al Cerrajón de Múrtas y a la Costa. _ *Albondón* sería objeto de un viaje especial, e inolvidable por todo extremo. _ A los demás lugares de la *Contraviesa* no habíamos de llegar a ir, si bien pasaríamos por la jurisdicción de casi todos ellos al abandonar la *Alpujarra*. [nuevo párrafo] En cambio, nuestra ansia investigadora no perdonó (como veréis en su día), ni siquiera uno de los pueblos de Sierra Nevada correspondientes al Distrito de *Ugíjar*... [nuevo

párrafo] Y es que estos otros pueblos y la *Taha de Andarax* (enclavada ya en la Provincia de Almería; pero de la cual veíamos claramente la descubierta entrada), tenían para nosotros el encanto de haber sido el teatro de las más célebres hazañas y aventuras de ABEN-HUMEYA y ABEN-ABOO, _ de quienes seguíamos acordándonos a todas horas. 74

* 354. a la costa 82 al mar 74

* 354. lo cual 82 lo que 74

* 354. por lo tanto, también 82 por consiguiente 74

* 354. bien que no en línea recta 82 [falta en 74]

* 356. hacía menos calor 82 hacía fresco 74 {Cap. VI}

* 356. encerraba 82 revestía 74

* 356. [falta en 82] ...que os aconsejo leáis, puesto que os servirá de clave para entender todas mis pasadas y futuras descripciones de la comarca alpujarreña: 74

* 356. [falta en 82] ni por asomos 74

* 356. ni tampoco basta 82 digo más: no basta tampoco 74

* 357. falta en 82] de manera alguna 74

* 357. rasgos principales 82 rasgos, en su entonación pictórica, en su género poético, en su influjo sobre la imaginación 74

* 357. [falta en 82] de huraño 74

* 357. [falta en 82] comúnmente 74

* 357. [falta en 82] Tales al menos os las representáis, como yo, en este instante, recordándolas amorosamente, y poblándolas (con la propia inspiración bebida en ellas) de mil creaciones suaves, lánguidas, indecisas, vaporosas, impalpables... 74

* 357. a la decoración 82 a todas las decoraciones 74

* 358. olorosas 82 fragantes 74

* 358. no obstante 82 a pesar de 74

* 358. [falta en 82] Pero, en medio de todo, hago mal en acalorarme tanto; pues ni estoy defendiendo a la Alpujarra contra ningún injusto agresor; ni tengo deseo de malquistarme con otros montes, que también amo mucho; ni se trata de probar que el reverso de Sierra Nevada sea el más bello país montuoso de Europa; sino pura y simplemente de discernir una diferencia y explicar en qué consiste. [nuevo párrafo] Pues bien: concluiré haciéndoos notar que, 74

* 358. En resumen, 82 [falta en 74]

* 358. Aquellas montañas han sido personificadas siempre 82 Los bardos de aquellas montañas las personifican siempre 74

* 359. soñaba una cosa distinta 82 estaba soñando una cosa diferente 74

* 359. [falta en 82] El uno soñaba que lo habían hecho rey, pero que no sabía serlo; _ por lo que se alegró mucho cuando despertó y se vio libre de aquel cuidado y de aquella esclavitud... [nuevo párrafo] Otro soñaba que se había encontrado, en el mes de Julio, un tesoro de innumerables miles de millones, a pesar de lo cual seguía viviendo como cuando era pobre, pues no se le ocurría en qué gastar el dinero; pero que, llegado el Invierno, sintió frío, y encargó que le hiciesen, para su exclusivo uso, trescientas sesenta y cinco capas. [nuevo párrafo] Otro soñaba que se había muerto y estaba ya camino de la Gloria; de cuyas resultas se apesará luego extraordinariamente cuando despertó y vido que se hallaba todavía en este mundo... 74

* 359. uno, por ejemplo, 82 otro 74

* 359. bastante 82 muy 74

* 360. [falta en 82] Soñaba, en fin, no sé cual de los durmientes, que un pobre soldado, tenido por medio loco, se estaba examinando de ética ante un tribunal compuesto de *El Valle de Lecrín, La Contraviesa, La Costa, y Sierra Nevada*, y que, habiéndole preguntado esta última: [nuevo párrafo] _ ¿Quién le parece a usted más grande y quién preferiría usted ser: Alejandro Magno, o D. Quijote de la Mancha? _ ¡D. Quijote de la Mancha! _ contestó sin vacilar el soldado. [nuevo párrafo] Miráronse los Examinadores, inclinando la cabeza en señal de asentimiento, y dieron al soldado la nota de *nemine discrepante*; pero el público que presenciaba los exámenes se reía entre tanto a mandíbulas batientes. [nuevo párrafo] Irritóse con esto *Sierra Nevada*, hasta ponerse más roja que cuando reverberan en su faz los últimos resplandores del ocaso, y, levantándose tan alta como es, prorrumpió en este brillante apóstrofe: [nuevo párrafo] _ ¡Reíd, almas frías! ¡Reíd, mientras que los Quijotes os compadecen de tal manera que, por listos y aprovechados buzos que seáis, nunca lograréis medir las profundidades del mar de su desprecio, ni menos robarles las riquísimas

perlas, tamañas como nueces, con que Dios se sirve hermosear y consolar el alma de los deshacedores de agravios! [línea de puntos y nuevo párrafo] Con que terminemos. 74

* 360. En fin: todos dormían y soñaban; y, advertido de esto el orador, no se ofendió en manera alguna, sino que se durmió también a pierna suelta 82 Visto que todos dormían, el orador, lejos de enfadarse, se durmió también... 74

* 360. [falta en 82] fuese 74

* 360. el 82 aquel 74

* 360. Por consiguiente, los únicos seres animados que quedaron de pie 82 Quedaron, pues, únicamente de pie 74

* 361. [El capítulo VII de la Parte Tercera en 82 corresponde al primer capítulo de la Cuarta Parte en 74] {Cap. VII}

* 361. [falta en 82] y hacer, en fin, todo lo posible por 74

* 361. por recorrer comarcas 82 a comarcas 74

* 361. por acercarnos 82 [falta en 74]

* 361. realidad... 82 realidades. 74

* 361. [falta en 82] ya 74

* 362. [falta en 82] Pero 74

* 362. española 82 alpujarreña 74

* 362. [falta en 82] _Eso demuestra_ observó uno galantemente_ toda la benignidad del clima de esta Costa. A *Guadix* nunca llegan las golondrinas antes del día de San Felipe y Santiago... [nuevo párrafo] _Es cuando generalmente pasan la *Sierra* por aquella parte, _replicó el Sacerdote._ A *Granada*, que es tierra más baja y menos fría que *Guadix*, llegan mucho más temprano, en busca de sus antiguos nidos. 74

* 362. otro 82 el otro 74

* 363. la atmósfera 82 la siembra 74

* 364. llevar 82 llevarles 74

* 364. [falta en 82] Todavía tuvimos que volver a subir a las regiones del perpetuo Invierno antes de bajar definitivamente a las del perpetuo Verano; 74

* 364. Después de salvar las últimas defensas 82 pero, una vez salvada aquella última defensa 74

* 365. hallamos 82 encontramos 74

* 365. de antiquísima 82 de una antigua 74

* 365. Antes de solazarnos en aquella apetecida rambla, aún tuvimos que bajar [...] 82 Mas no hablemos todavía de aquella apetecida Rambla; que, antes de llega a ella, aún hemos de bajar [...] 74

* 365. como lúgubre resto de dogal 82 a modo de resto del dogal 74

* 365. pues que ya está unido por los siglos de los siglos 82 yendo como va ya unido 74

* 367. mucho parecido 82 un extraordinario parecido 74

* 368. Pero, hablando en verdad, no era aquella la mejor ocasión para detenernos en tales estudios... 82 Pero mañana hablaremos de tales cosas 74

* 368. Bastaba por entonces a nuestra dicha el haber acabado de bajar y no tener que volver a subir; 82 Contentémonos a la presente con haber acabado ya de bajar y no tener por hoy que volver a subir; 74

* 368. bastaba el hallarnos en la Rambla de Ahijón, que es como allí [...] 82 contentémonos con encontrarnos en la Rambla de Ahijón, que es como aquí [...] 74

* 368. bastaba, finalmente el estar [...] 82 contentémonos, finalmente, con estar [...] 74

* 369. Conque demos aquí punto, mis queridos lectores, a la historia de aquel Segundo día de viaje (como nosotros se lo dimos mentíndonos en la cama), y dejemos para la historia del día siguiente el estudio y pintura de la semi africana villa de Albuñol 82 Con que buenas noches, lectores._ Vamos a acostarnos; que tiempo tendremos mañana de estudiar la villa de Albuñol. 74

* 369. Parte Tercera 82 Tercera Parte 74

* 370. PARTE CUARTA 82 CUARTA PARTE 74

* 370. Había yo dejado abiertas las maderas de mis balcones para despertarme en cuanto fuera de día. 82 Habíamos dejado abiertas las maderas de los balcones para despertarnos en cuanto fuera de día. 74

* 370. macetas de que aquellos balcones estaban llenos 82 macetas que aquellos balcones adornaban 74

* 371. saqué de las alforjas a lo historiadores, geógrafos y poetas relativos a la Alpujarra que me acompañaban *in extensum* o en extracto 82 cogimos nuestros historiadores, geógrafos y poetas relativos a la Alpujarra 74

* 372. oculares 82 [falta en 74]

-
- * 372. innumerables 82 que tanto abundan 74
 - * 372. en que me hallaba 82 en que nos encontrábamos 74
 - * 373. En cambio 82 [falta en 74]
 - * 373. Es el Mediterráneo 82 [falta en 74]
 - * 375. falta en 82] bastante más de lo que es lícito saber en estos tiempos a todo un señor Alcalde Constitucional 74
 - * 375. en mis apuntes y autores 82 en muchos autores 74
 - * 375. de memoria 82 [falta en 74]
 - * 376. otro admirable libro 82 el admirable libro 74
 - * 377. Y nada más llegué a saber aquel día ni sé hoy acerca de la historia de Albuñol 82 Y ya no sé más de la historia de Albuñol 74
 - * 377. de Torbiscón 82 de la de Torbiscón 74
 - * 377. En punto a estadística, solo puedo deciros que la población de 82 [falta en 74]
 - * 378. Volvamos a lo natural y a lo pintoresco 82 [falta en 74]
 - * 378. [falta en 82] hermano del joven Alcalde que ya conocemos, e hijo de un venerable anciano, Administrador del dicho Conde y respetado Néstor político de la comarca... (a todos los saludo cariñosísimamente: ¡fueron todos ellos tan buenos con nosotros!...)—un distinguido moro bautizado, vuelvo a decir, 74
 - * 379. de las cinco partes del mundo 82 de las otras cuatro partes del mundo 74
 - * 379. de las plantas de aquella parte de la costa 82 de las plantas que crecen precisamente en aquella parte de la costa 74
 - * 379. idea 82 una idea 74
 - * 379. [falta en 82] Manos a la obra 74
 - * 381. [falta en 82] Interrupción importantísima 74
 - * 381. Conque 82 Con que 74
 - * 383. villas y ciudades moriscas 82 poblaciones moriscas 74
 - * 383. Igual apiñamiento gracioso de casas 82 El mismo gracioso apiñamiento de casas 74 //
 - * 383. ásperas cuestas 82 pendientes cuestas 74
 - * 383. He aquí Albuñol 82 [falta en 74]
 - * 383. diré que 82 [falta en 74]
 - * 384. y de lo que toca a los cortijeros y cortijeras 82 De los cortijeros y cortijeras 74
 - * 384. Porque habéis de saber que no fue esta vez la única 82 Porque habéis de saber que, según indiqué antes, no fue aquella la última vez 74
 - * 384. Y esto último 82 Y eso 74
 - * 385. el antiguo campo 82 los antiguos campos 74
 - * 385. en él 82 en ellos 74
 - * 385. y que de Adra 82 y que de esta villa 74
 - * 386. [como ha procedido a lo largo de todo el primer capítulo, el autor utiliza la primera persona del singular mientras que en 74 utiliza la primera persona del plural] {Cap. II}
 - * 386. He aquí lo que me contaron, cuando hube cogido el hilo de la historia de Aben Humeya por el punto en que lo dejé la víspera. 82 He aquí lo que averiguamos. 74
 - * 388. al comienzo de este viaje 82 en la Primera Parte de este relato 74
 - * 389. un 82 este 74
 - * 391. me relató 82 nos refirió 74
 - * 391. no obstante 82 a pesar de 74
 - * 391. moro 82 [falta en 74]
 - * 391. Mediaban ya, pues, 82 Habían, pues, estallado 74
 - * 392. se contradecían 82 se producían 74
 - * 392. ¡Contradicción respetable en medio de todo!... Pues el uno de ellos 82 Y es que el uno de ellos 74
 - * 393. (volviendo a meterlos en las alforjas) 82 [falta en 74]
 - * 394. [falta en 82] lo cual no niegan sus propios adversarios: 74 {Cap. III}
 - * 394. [falta en 82] Considero tan esencial y característico de la Alpujarra contemporánea lo que acabo de decir, que no he creído deber callarlo. — Aquella familia no es ya solamente política: cuarenta años de victorias o reveses la han elevado a histórica. 74

* 394. de esta familia histórica incorporado ya 82 de ella que había ido de Turón a Albuñol a incorporarse 74 //

* 394. debo añadir que 82 [falta en 74]

* 394. afecto 82 cariño 74

* 394. [falta en 82] Por todas estas consideraciones, 74

* 395. algunos 82 parte 74

* 395. resto 82 algunos 74

* 395. nosotros 82 [falta en 74]

* 395. el más espantoso despeñadero que pueda imaginarse. 82 un espantoso despeñadero, o más bien un verdadero tajo. 74

* 395. cuya doble inclinación 82 cuya posición colgada a inclinación sobre el derrumbadero 74

* 395. [falta en 82] no 74

* 396. podréis formaros alguna vaga idea de lo que fue bajar 82 no podréis formaros idea de lo que es bajar 74

* 396. objetos de que fue guardadora hasta el recientísimo año de 1868, y que entonces le dieron gran celebridad, o sea, los esqueletos y momias, la corona de oro, las vestimentas de esparto, las hachas de piedra, los cuchillos de esquisto, las vasijas de barro, las cucharas de madera, los punzones de hueso y las demás cosas de que habla mi sabio amigo y paisano D. Manuel de Góngora y Martínez en su notable obra titulada *Antigüedades prehistóricas de Andalucía...* 82 curiosos objetos que le han dado celebridad. 74

* 397. [falta en 82] así 74

* 397. de vuestra confianza, ¡oh mis lectores! 82 de la confianza de los lectores 74

* 397. creo de mi deber participaros que, por resultas de sus investigaciones y estudios, el señor Góngora vino en conocimiento de que la Cueva de los Murciélagos había sido el enterramiento de una raza primitiva, prehistórica, errante por la Alpujarra Dios sabe cuándo; o una morada de los aborígenes de aquella tierra; tribus trogloditas, que, por lo que él calcula, ignoraban hasta el cultivo de los campos.... Es decir, ¡que, según el Sr. Góngora, los objetos arriba apuntados tendrían sobre cuarenta mil años de fecha!...—“Más de cuatro mil años”—dice mi valeroso amigo. 82 [este párrafo se extiende a cinco páginas en 74] creo interesante, y hasta necesario, ponerlos aquí al corriente de todo lo que significa aquella cueva. [nuevo párrafo] Su verdadera fama data del año de 1868, en que mi amigo D. Manuel de Góngora y Martínez, Catedrático de la Universidad de Granada, publicó su notable libro titulado *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*.—Hasta entonces sólo había sido famosa dentro de la Alpujarra, si bien hacía ya algún tiempo que hablaban mucho de ella los anticuarios de la Provincia, y tal cual otro de Madrid. [nuevo párrafo] Según el citado libro, en el año 1831, un tal Juan Martín, propietario de las próximas *Majadas de Campos*, logró penetrar el primero en la Cueva de los Murciélagos, a fuerza de arrojo y de paciencia, y avanzando por las hendiduras y filetes de la roca. Una vez dentro, vio que formaba un recinto semicircular; que varios peñascos obstruían el paso a otro boquete interior, y que el suelo estaba cubierto con espesa capa de guano, acumulado allí por los murciélagos durante muchos siglos. Juan Martín aprovechó para sus tierras aquel fecundo abono; y, como viniesen poco a poco a ensanchar la senda que al antro conducía las continuas visitas de amigos y conocidos, llegó éste a servir para encerrar ganados. [cita directa de Góngora Martínez] “En este tiempo (continúa el Sr. Góngora) se hubo de encontrar en la Cueva alguna muestra de mineral plomizo, cuya abundancia y riqueza se fantaseó al gusto del deseo, en alas de la afición que tienen los naturales a exploraciones mineras; lo cual bastó y sobró para que en el año de 1857 se formase una Compañía, al intento de beneficiar la Cueva como depósito de minerales. [nuevo párrafo] “Dióse principio a las exploraciones despejando la entrada interior de los peñascos que la obstruían; cuando de repente se ofreció a la vista de los mineros un anchurón, y antes de llegar a él, en una corta mina y en un sitio especial y como privilegiado, tres esqueletos, uno de los cuales, de hombre seguramente, ceñía ruda diadema de oro puro de veinte y cuatro quilates y peso de veinte y cinco adarmes, cuyo valor intrínseco es el de sesenta escudos.” [nuevo párrafo] Sigue luego el Sr. Góngora refiriéndose a los magníficos planos y láminas que acompañan a su obra, por lo que tengo que tomarme el trabajo de extractar su interesantísimo relato. —Resulta de él que la caverna consta de varias estancias o anchurones sucesivos, puesto que aquella vasta concavidad se reduce o se agranda en irregulares formas con la libertad propia de las construcciones naturales; que todos estos antros suman una longitud de ciento treinta metros por veinte de anchura máxima, y que en unos u otros se han hecho los descubrimientos siguientes: [nuevo párrafo] Otros esqueletos, puesto el cráneo de uno de ellos entre dos peñones y al lado un gorro de esparto, y doce cadáveres más, colocados en semicírculo, alrededor de un esqueleto de mujer, admirablemente conservado, vestido con túnica de piel, abierta por el

costado izquierdo y sujeta por medio de correas enlazadas, mostrando collar de esparto, de cuyos anillos pendían sendas caracolas de mar, excepto el anillo del centro, que ostentaba un colmillo de jabalí labrado por un extremo. [nuevo párrafo] “El precitado esqueleto de la diadema (dijeron al Sr. Góngora) vestía corta túnica de tela finísima de esparto; asimismo los otros, aunque algo más toscas; sendos gorros de la propia materia, cuales doblado su cono, cuales de forma semiesférica; y el calzado, también de esparto, alguno primorosamente labrado. [nuevo párrafo] “Había junto a los esqueletos cuchillos de esquisto; instrumento y hachas de piedra; cuchillos y fechas con puntas de pedernal pegados a toscos palos con betún fortísimo, hasta el punto de romperse antes el asta que el betún, muy bastas, pero cortantes armas de guijarro y otras guardadas en bolsas de esparto; vasijas de barro, como el que se encuentra en otras sepulturas del Reino granadino...; un gran pedazo de piel extremadamente gruesa; cuchillos y punzones de hueso y cucharas de madera, trabajadas a piedra y fuego, con el cazo ancho y prolongado y el mango sobremanera corto y con agujero para llevarlas colgadas. [nuevo párrafo] “En diferentes parajes de la cueva... encontraron los exploradores sobre cincuenta cadáveres, todos con sus calzados y trajes de esparto, a estilo de las cotas de malla, sendas armas de piedra y hueso como las ya descritas, y un alisador de piedra... [nuevo párrafo] “Cerca de sí tenía cada cual de los esqueletos tal y tal... (aquí se hace referencia a una lámina de la obra) un cesto o bolsa de esparto, cuyo tamaño variaba de seis a quince pulgadas, dos llenos de cierta arenosa tierra negra, que tal vez fueran alimentos carbonizados por la acción del tiempo, y otros varios cestillos o bolsitas con mechones de cabellos, o flores, o gran cantidad de adormideras y conchas univalvas.” [nuevo párrafo] Repito que todo lo preinserto se lo contaron al Sr. Góngora, el cual dedujo que “la sequedad del lugar, el nitro de que estaban revestidas las paredes u otro agente difícil de señalar había conservado perfectamente los cadáveres, trajes y utensilios”, y les calculó desde luego *más de cuatro mil años de antigüedad*, advirtiéndolo de paso que los esqueletos estaban cubiertos de carne momia, y las vestiduras y cestos conservaban sus primitivos colores. [nuevo párrafo] Refiramos ahora en breves palabras, no ya lo que le contaron a mi excelente amigo, sino lo que él mismo vio con sus propios ojos en la visita que hizo a la *Cueva* en Marzo de 1867. [nuevo párrafo] Halló en primer lugar que la empresa minera, desesperanzada de hallar plata y oro, se había contentado humildemente con beneficiar el nitro que tanto abunda allí dentro: halló también a la puerta de la gruta (donde oportunamente se había formado a fuerza de barrenos una plazoletilla) los pilones en que se elaboró esta sal, y, cerca de ellos, el depósito del agua y una caldera; y halló, en fin, que en todos estos puntos se veía una espesa capa formada por los residuos de los trajes y por las cenizas de los esqueletos que los mineros habían machacado para obtener la mayor cantidad posible de nitro. [nuevo párrafo] Con el entusiasmo, la laboriosidad y la inteligencia que distinguen al Sr. Góngora, armóse de brújula y cinta de medir, penetró en la gruta, sacó el plano de todas sus cavidades, y hasta tuvo la fortuna de encontrar algún resto más o menos conservado de huesos, de trajes y utensilios de esparto y de vasijas de barro cocido, convenciéndose de paso de lo peligroso que era permanecer allí mucho tiempo:—¡A poco más, las emanaciones del nitro asfixian materialmente al voluntarioso anticuario! [nuevo párrafo] No contento con lo que recogió y observó entonces, e imposibilitado de detenerse en la *Alpujarra* muchos días, envió muy luego a su hijo mayor, D. Fernando a hacer excavaciones en lo hondo del despeñadero, en busca de los objetos que los primeros descubridores de la *Cueva* pudiesen haber arrojado a él; y el joven Góngora, mozo de gran instrucción, talento y valentía, a quien también tengo el gusto de conocer, (1): {[nota a pie de página] Cuando se imprimen estas líneas, el joven Góngora ha sido arrebatado por la muerte a las esperanzas de sus admiradores.—Sirva esta nota de cariñoso pésame al padre y de humilde epitafio al hijo} llevó a su padre una gran cantidad de barro antiguos, hechos pedazos, pero sumamente curiosos. [nuevo párrafo] Y todo ello confirmó a éste en la idea de que la *Cueva de los Murciélagos* [. . .] 74

* 397. no pecar de muy crédulo 82 no ser muy crédulo 74

* 398. afecciones 82 ilusiones 74

* 399. habían seguido 82 siguieron 74 {Cap. IV}

* 399. comparaciones tan adecuadas y gráficas 82 alguna comparación tan adecuada y gráfica 74

* 399. altísimo 82 [falta en 74]

* 399. una angosta y profundísima trinchera 82 un angosto y profundísimo desmonte 74

* 399. tajada 82 tajado 74

* 400. elevadísima 82 altísima 74

* 400. convenceros 82 persuadiros 74

* 400. no sentís la vida del siglo 82 no respiráis la vida de la tierra 74

* 400. nótase, en fin, en el fondo de aquel simétrico tajo, algo fúnebre 82 algo, en fin, de subterráneo 74

* 400. subterráneos 82 [falta en 74]

-
- * 400. inesperado tránsito extra-natural 82 inesperado pasadizo 74
- * 400. [falta en 82] tránsito de la 74
- * 400. menos de 82 unas 74
- * 400. Los siglos que ha tardado en hacerla no pueden calcularse... 82 Los siglos que ha empleado para hacerla no se pueden calcular. 74
- * 400. como atleta reventado de fatiga 82 como un atleta fatigado 74
- * 401. enjuta y alfombrada de finísima arena 82 enteramente enjuta y alfombrada de una finísima arena 74
- * 401. Tal y como nosotros la recorriamos confiadamente 82 [falta en 74]
- * 401. [falta en 82] Semejante fenómeno debe de consistir, a mi juicio, en la excesiva pendiente de todo el territorio Alpujarreño (bien que esta inclinación se advierta poco en aquel sitio), y en la calidad caliza y cavernosa de las peñas que encajonan allí la *Rambla de la Alcaicería*; como también se me ocurre que la formación de la *Cueva de los Murciélagos* puede datar del tiempo en que esta Rambla trabajaba por aquellas alturas, época en la cual habría probablemente un lago entre el *Cerrajón de Murtas* y la *Contraviesa*...--Y si me equivoco en estas suposiciones, y los geólogos me excomulgan, bien empleado me estará, por haberme metido a hablar de lo que no sé. [nuevo párrafo] Ahora: lo que sí sé, pues salta a la vista, es que, durante la apertura de aquel hondo camino, los aluviones encargados de tan lenta operación fueron rellenando de tierra vegetal (y de un fango cuyo aspecto me recordó el *tuff* o toba volcánica de Nápoles) todas las anfractuosidades de las rocas; de cuyas resultas ¡y aquí ya estoy en mi terreno!)[. . .] 74
- * 401. Asombro y maravilla nos causaba, por otra parte, ver salir 82 [. . .] causa asombro y maravilla ver salir a lo mejor, 74
- * 401. alguna 82 una 74
- * 401. acontecía 82 acontece 74
- * 401. antro 82 escondrijo 74
- * 401. en lo alto 82 allá arriba 74
- * 401. Y lo cierto es, 82 Y la verdad es, 74
- * 401. que se hallaba dentro de su seno, infundían al cabo 82 que encontráis en su seno, inspiran por último 74
- * 402. y perder altura 82 [falta en 74]
- * 402. bastante 82 ciertamente 74
- * 402. Es decir, 82 [falta en 74]
- * 402. ¡Mejor que mejor! ¡Así respiraríamos un aire más fresco! 82 [Falta en 74]
- * 402. sosegado 82 tranquilo 74
- * 403. ¡qué diablo! 82 [falta en 74]
- * 403. durante 82 en 74
- * 403. limitaban 82 se destacaban 74
- * 403. osaba 82 atreviase a 74
- * 403. ¡Todos permanecían ocultos y como sepultados bajo la tierra, 82 !Todos quedaban allá atrás, sumidos bajo el horizonte, 74
- * 403. salía de ronda, 82 se escabullía 74
- * 403. que hubiera hecho alto al descubrir desde allí la Alpujarra y ver que en ella terminaba el continente europeo. 82 que se había detenido en lo alto de los montes de la Alpujarra al encontrarse con que allí se acababa el Continente. 74
- * 404. cándido 82 [falta en 74]
- * 404. como lo demuestra 82 de donde procede 74
- * 405. la 82 [falta en 74]
- * 405. sirve de polo 82 es la estrella polar 74
- * 405. [falta en 82] ,si por ventura ha perdido su camino... 74
- * 405. de pronto 82 en esto 74
- * 405. Y, desde que se nos ocurrió esta idea, aquel árbol viejísimo, inmemorial, contemporáneo sin duda alguna de los tatarabuelos de Aben Humeya..., adquirió a nuestros ojos gran importancia histórica. 82 Y entonces, aquel árbol adquirió a nuestros ojos gran importancia histórica. [punto y aparte] Ya nos habían dicho que era viejísimo, inmemorial, contemporáneo sin duda alguna de los tatarabuelos de ABEN-HUMEYA... [punto y aparte] --*Encina Visa* ha existido siempre,--fue la fórmula de que se valió uno de los alpujarreños. 74
- * 405. --Nos imaginamos, por ejemplo, 82 Natural era, pues, imaginarse, como nosotros nos imaginamos, 74

-
- * 405. ABEN-HUMEYA 82 REYECILLO 74
- * 406. Pero esto era demasiado adelantar el discurso, cuando aún estábamos a dos kilómetros de *Encina-Visa*, donde ya nos contarían... los Historiadores (pues que pensábamos hojearlos allí) todo lo que supiesen en la materia... 82 Pero esto es ya demasiado hablar...--Todavía no hemos llegado a Encina Visa.--¡Quién sabe las noticias que allí nos esperan!—Apretemos a los caballos... ¡y Dios sobre todo! 74
- * 406. Estábamos, sí, muy lejos de la empingorotada Encina; 82 Efectivamente: aún estábamos a dos kilómetros de la Encina Visa. 74
- * 406. pero 82 sin embargo 74
- * 406. en virtud de 82 cual si obedeciesen a un 74
- * 406. por resultas de 82 en virtud de 74
- * 408. a quienes 82 a que 74
- * 408. hallábase 82 encontrábase 74
- * 408. No le dimos 82 No le aconsejamos 74
- * 408. el mal consejo de 82 [falta en 74]
- * 408. oficio histórico 82 ministerio 74
- * 408. Y fue que 82 Y es que 74
- * 409. Y aquí tenéis planteada en un dos por tres toda la cuestión de las varias especies de Monarquía, hoy que buscamos rey. 82 [falta en 74]
- * 409. Pero continuemos 82 [falta en 74]
- * 409. [En este punto comienza el capítulo VI de la Cuarta Parte en la edición 74]
- * 409. He dicho ya 82 Ya he dicho 74
- * 409. en las alforjas, donde, como ya sabéis, acostumbraban a viajar. 82 en los capachos de las provisiones, que era donde acostumbraban a viajar... 74
- * 411. habían 82 debían 74 {Cap. V}
- * 411. pequeño 82 despreciable 74
- * 411. pues nos hace ver 82 haciéndonos ver 74
- * 412. no obstante 82 a pesar de 74
- * 413. [falta en 82] más 74
- * 414. los rebeldes 82 sus parciales 74
- * 414. de partidas, las cuales 82 de rebeldes, los cuales 74
- * 415. tal 82 aquella 74
- * 416. y los principalísimos 82 y todos los 74
- * 416. presente 82 modesta 74
- * 417. vano y 82 [falta en 74]
- * 417. [falta en 82] sino 74
- * 418. Y fue que 82 Y es que 74
- * 419. también 82 [falta en 74]
- * 419. [falta en 82] nosotros 74
- * 419. [falta en 82] y 74
- * 419. los bellos paisajes 82 los paisajes amenos y deliciosos 74
- * 419. era 82 es 74
- * 419. reinaba todavía el invierno 82 era todavía pleno Invierno 74
- * 420. [falta en 82] la antítesis o 74 {Cap. VI}
- * 420. divisa 82 distingue 74
- * 420. dormita 82 se encuentra 74
- * 420. campea 82 se halla 74
- * 420. bien que 82 aunque 74
- * 421. hay 82 reina 74
- * 421. Compréndese que no crean..., por ejemplo, en duendes, brujas y aparecidos los moradores de riente población 82 ¿Quién ha de creer en duendes, y aparecidos, por ejemplo, en una riente población 74
- * 421. Pero ¿quién dejará de sentir 82 ¿Y quién ha de dejar de sentir 74
- * 422. [falta en 82] tan castizo 74
- * 422. y que hubo hace siglos agarenos 82 y que jamás hubiese habido árabes 74
- * 422. y hasta que existió 82 y que hubiera existido 74
- * 422. para acordarnos solamente 82 para no acordarnos más que 74

-
- * 422. 2.000 almas 82 dos mil almas 74
- * 424. 82 elegantes 74
- * 424. [falta en 82] Por señas que el amo de uno de estos cortijos, hombre de felicísimas ocurrencias, cuando se cansa de estar solo, toca una bocina o caracol marino, cuyo son y significado, o sea cuya música y letra, conoce ya toda la comarca. [punto y aparte] –Esta noche hay baile en el *Cortijo de Los M...*--dicen al oír aquella señal los moradores de los más apartados caseríos. [punto y aparte] Y todo el mundo se viste de fiesta; prepáranse cabalgaduras, y pocas horas después el *Cortijo de Los M...* se viene debajo de reales mozas, de arrogantes mancebos y del correspondiente Estado Mayor de padres y madres. 74
- * 424. tocando al propio tiempo 82 acompañándose con 74
- * 424. 1º [. . .], 2º [. . .], 3º [. . .] 82 Primero [. . .], Segundo [. . .], Tercero [. . .] 74
- * 424. instrumento tan familiar 82 El violín es tan familiar 74
- * 424. Por mi parte, aseguro de ciencia cierta que abundan 82 Lo que yo puedo asegurar es que abundan 74
- * 425. [falta en 82] [nota a pie de página] (1) Ya ha muerto 74 {cap. VII}
- * 427. Lo que 82 [falta en 74]
- * 427. de treinta y cinco a cuarenta 82 unos treinta y cinco o cuarenta 74
- * 427. Digo más 82 Pero es más 74
- * 428. [falta en 82] como vamos a ver 74
- * 428. según que vamos a ver ahora 82 [falta en 74]
- * 430. habiéndoles preguntado 82 preguntándoles 74
- * 431. consistía su triunfo 82 su triunfo consistía 74
- * 432. [falta en 82] el golpe hubiese fallado, 74
- * 432. [falta en 82] malo 74
- * 432. procedió 82 procedería 74
- * 432. hasta 82 aún 74
- * 433. [falta en 82] (aunque indudablemente peligrosa para la moral) 74 //
- * 433. su sombra, su negación, su infernal contrasentido 82 como su sombra, como su negación, como su infernal contrasentido 74
- * 433. [falta en 82] (Pero ahora caigo en que no os he dado los buenos días.—74 {Cap. VIII})
- * 433. encontramos 82 encontráis 74
- * 434. ¡Mande V. que nos echen una lágrima de cualquier cosa!... 82 ¡Mande usted que echen una lágrima de cualquier cosa a estos pobres lectores!...
- * 434. Y, por lo demás, 82 Y, por lo que hace a nosotros, 74
- * 434. [falta en 82] Con que volvamos al programa 74
- * 434. Tal exclamaba uno de nosotros a la mañana siguiente, mucho antes de ser de día 82 [falta en 74]
- * 434. Porque ya recordaréis que, según el artículo 1º de nuestro programa, todo el mundo tenía que estar a caballo antes de la salida del sol... 82 Sabéis ya, pacientísimos lectores, que, según el primer artículo de nuestro Programa para el día siguiente todo el mundo tenía que esta a caballo antes de salir el sol... 74 [este párrafo aparece al comienzo del capítulo en 74]
- * 434. 2.º 3.º 4.º 5.º 6.º 7.º 82 [faltan en 74]
- * 434. grupas 82 pies atrás 74
- * 434. andando y desandando de Norte a Sur la complicada tierra alpujarreña y 82 [falta en 74]
- * 435. habíamos 82 hemos 74
- * 435. piafaban 82 piafan 74
- * 435. íbamos 82 vamos 74
- * 155. Sonó, pues, la voz de botasillas en la siguiente forma: 82 [falta en 74]
- * 55. 1Y todo el mundo montó a caballo y picó espuelas. 82 [falta en 74]
- * 435. es decir, menor que 82 [falta en 74]
- * 436. la cual, desde abajo, parecía un pueblo construido o tallado en una pared, o más bien, un grupo de nidos de golondrinas pegados al ladero de aquel abismo. 82 [falta en 74]
- * 436. la 82 su 74
- * 436. de Mecina Tedel 82 [falta en 74]
- * 436. [falta en 82] Mecina Tedel 74
- * 437. 1.º 2.º 3.º 4.º 82 Primera, Segunda, Tercera, Y cuarta 74 [los números ordinales aparecen siempre en letra en 82 y con numerales en 74]

-
- * 437. (dicen) ver 82 ver, dicen, 74
- * 437. Básteos saber, como muestra, que 82 Básteos una muestra: [nuevo párrafo] 74
- * 438. ¡Aquel momento, fue horrible!... 82 [falta en 74]
- * 439. Y no otra cosa acontece 82 Y esto acontece 74
- * 439. expuestos los escombros del Castillo 82 los escombros del Castillo expuestos 74
- * 440. [falta en 82] según su costumbre 74
- * 440. cuando se descubrió que Júpiter era un Dios de mentirijillas. 82 [falta en 74]
- * 441. ¡Bien es verdad que, aún hoy mismo, al pie del Vesubio, se reedifican pueblos que siete veces destruyó la lava!... 82 ¡Verdad es que en las faldas del Vesubio se reedifican hoy pueblos siete veces aniquilados por la lava!
- * 441. siento que vaya estando en desuso en muchas provincias de España. 82 [falta en 74]
- * 441. el siguiente 82 éste 74
- * 443. Pero vamos a otra cosa 82 [falta en 74]
- * 443. [falta en 82] no solo por hacer nacido en aquel pueblo cierto insigne Prelado a quien mucho amo y reverencio, y un ex-Diputado a Cortes con cuya amistad me honro, sino que trajo a mi mente un lúgubre recuerdo [. . .] 74
- * 443. llamado por el vulgo *El tuerto de Jorairátar* 82 llamado *El Tuerto de Jorairátar* (así lo nombraba el vulgo) 74
- * 443. cuyo Juzgado siguió 82 donde se siguió 74
- * 443. todos los accidentes, en fin, del sangriento crimen, excitaron 82 todo aquello excitó 74
- * 443. llegó a parecerme 82 parecíame 74
- * 444. se presentó en Guadix 82 llegó a Guadix 74
- * 444. lograronse 82 negociáronse 74
- * 444. se consiguió 82 se logró 74
- * 444. habían pasado nueve desde que mi amado padre 82 hacía cerca de diez años que mi buen Padre 74
- * 444. en virtud de 82 en virtud de una serie de 74
- * 444. etc. etc., 82 etcétera, etc., etc., 74 //
- * 444. halléme 82 encontréme 74
- * 444. Enterado que hube al anciano 82 Enterado que lo hube 74
- * 444. fijóse 82 recayó 74
- * 445. y hace muy pocos meses que ha muerto 82 y este año pasado ha muerto 74
- * 445. respecto de tales o cuales peregrinos... 82 respecto de unos peregrinos. 74
- * 445. y lo propio ocurre 82 y lo mismo pasa 74
- * 445. frecuentísimo 82 muy frecuente 74
- * 446. un alojamiento más soportable que la *Posada del Francés* de Órgiva. 82 un alojamiento soportable. 74
- * 446. [falta en 82] En la *Alpujarra*, pues, el viajero tiene que vivir, o recibiendo merced de sus hospitalarios hijos, o como nosotros vivimos en la *Posada del Francés* de Órgiva. 74
- * 446. el actual prurito europeo de establecer en todas partes buenos *hoteles*, 82 la moderna propagación de buenos hoteles, 74
- * 446. moros y cristianos 82 en todas partes 74
- * 446. hasta cierto punto 82 los que esto digan 74
- * 446. que viene a ser un reflejo 82 que parece un legado 74
- * 447. Y no sé más 82 [falta en 74]
- * 447. Tampoco puedo decir cosa alguna del aspecto exterior de Cojáyar; puesto que 82 No puedo decir más de Cojáyar, pues 74
- * 447. me reduciré a 82 me contentaré con 74
- * 447. [falta en 82] su 74
- * 448. (por quienes luego hemos emparentado aquellas damas y yo) 82 [falta en 74]
- * 448. y 82 [falta en 74]
- * 448. [falta en 82] ¡Y cuánto, y cuán a poca costa, va a divertirse y a gozar y a aprender ahora el que leyere, si sigue abandonando sus más sagradas obligaciones por acompañarnos en nuestro viaje! 74
- * 448. Parte Cuarta 82 Cuarta Parte 74
- * 449. PARTE QUINTA 82 QUINTA PARTE 74

-
- * 449. [falta en 82] la 74
 - * 450. unos a pie, otros en mulos 82 ora a pie, ora en mulos 74
 - * 450. o sea a 82 o 74
 - * 450. aparece 82 aparezca 74
 - * 450. [falta en 82] con esclavina 74
 - * 451. un kilómetro de sus gruesa arenas; en la segunda, 82 un buen trozo de sus arenas; en otra, 74
 - * 451. profundo respeto 82 profundísima veneración 74
 - * 451. he querido decir 82 quise decir 74
 - * 452. a la modesta madre de algún célebre hombre público 82 a los modestos padres de un grande hombre público 74
 - * 452. tan 82 muy 74
 - * 452. no se hallan ... indefensos 82 no se hallan indefensos 74
 - * 453. la felicidad absoluta 82 el bien absoluto 74
 - * 453. [falta en 82] misma 74
 - * 453. viviendo y escribiendo 82 [falta en 74]
 - * 453. todo el poderío y majestad de Roma 82 toda la gloria y la importancia de Roma 74
 - * 453. También 82 [falta en 74]
 - * 454. [falta en 82] Los honores de Turón nos fueron hechos (todo esto es francés puro) por aquel mi antiguo discípulo y noble amigo que nos acompañaba hacía tres días, y por otro respetabilísimo caballero, cuyo hijo primogénito figuraba ya también entre los expedicionarios.—Ambos querían llevarnos a su respectiva casa; y, para transigir tan generosa contienda, dividimosnos en dos secciones, tocándome a mí recibir merced de mi discípulo, o, por mejor decir, de sus venerables padres,—¡que Dios le conserve muchos años! 74
 - * 454. Admirablemente lo pasamos en Turón: tan admirablemente, que, cuando caímos en la cuenta de que teníamos que continuar nuestra jornada, eran ya las dos de la tarde... 82 Admirablemente lo pasamos unos y otros convidados: tan admirablemente, que, cuando nuestra sección, que era la más ejecutiva, cayó en la cuenta de buscar a la otra, a fin de emprender la marcha, eran ya las dos de la tarde... 74
 - * 455. fumaban tranquilamente 82 los encontramos fumando tranquilamente 74
 - * 455. [falta en 82] hecho 74
 - * 455. amén de tanta obligación 82 y tanta obligación 74
 - * 455. a los del otro lado de la Sierra 82 [falta en 74]
 - * 455. Conque 82 Con que 74
 - * 456. que no es mi primo en realidad; pero a quien considero hace veinticinco años como un hermano del corazón 82 más que primo mío por el corazón, 74
 - * 456. por su alma de moro bautizado. 82 por su alma mora... 74
 - * 457. sin ayuda de nadie 82 por nosotros mismos. 74
 - * 458. en tal momento 82 en tal instante 74
 - * 458. dije yo 82 díjele 74
 - * 458. filosóficamente 82 equivocadamente 74
 - * 458. mirándolo de hito en hito 82 [falta en 74]
 - * 458. Pues, señor: 82 ¡Comprendido! 74
 - * 458. exclamé abrazándole 82 [falta en 74]
 - * 458. atajan... 82 cortan... 74
 - * 459. Pero yo conozco toda la costa..., por haber sido carabinero... 82 Pero yo he sido Carabinero, y conozco toda la Costa. 74
 - * 459. (grité yo) 82 --exclamé yo —74
 - * 459. “Dos moriscos” 82 [falta en 74]
 - * 459. respondimos 82 contestamos 74
 - * 461. los renegados de Turón..., 82 en Turón. 74 {Cap. II}
 - * 461. por altas cumbres y por inclinadísimas laderas de espantosos derrumbaderos... 82 por las cumbres y por las laderas de los más espantosos derrumbaderos... 74
 - * 462. Y, por último... (esto es cruel, pero cierto), no volvimos a saber 82 Después... no volvimos a saber 74
 - * 462. a modo de campaña 82 como una campaña 74
 - * 462. de encumbrada ciudad 82 de una ciudad 74

-
- * 463. [falta en 82] me enamoró y 74
- * 464. [falta en 82] (1) [nota a pie de página] Aquella promesa hecha por mí a mi primo, y aceptada por él en un momento de buen humor, es la causa de que yo quebrante aquí, de la manera que estáis viendo, respecto de su amadísima persona, una regla de conducta que me tracé desde el comienzo de este libro, cual fue no *poner en escena* individual y determinadamente a mis compañeros de expedición, temeroso de ofender su modestia, puesto que ellos no están avezados a este oficio mío, que me obliga a hacer habilidades ante el público. —Pero yo cumplo todas mis palabras; hasta las que doy en broma... --Tenga, pues, paciencia mi primo y resígnese a correr mi misma suerte en la posteridad, como tantas veces la corrió en esta vida.
- * 464. ribeteadas todas por 82 rematadas todas en 74
- * 465. estaba *ribeteado* el mar... 82 concluía o empezaba el mar... 74
- * . [falta en 82] por el momento 74
- * 465. no nos era lícito descansar... 82 no habíamos de descansar 74
- * 465. Descubrimos finalmente la misma, mismísima playa 82 Asomámonos finalmente a la misma playa 74
- * 465. cuyas altísimas chimeneas quedaban muchísimos metros por debajo de nuestros talones; 82 cuyas altísimas chimeneas parecían obeliscos del tiempo de Sesóstis; 74
- * 465. con sus azoteas blancas 82 [falta en 74]
- * 466. se descubre 82 se encuentra 74
- * 466. ¡Es decir, que 82 [falta en 74]
- * 466. [falta en 82] que apenas resultaría 74
- * 466. los nobles brutos 82 [falta en 74]
- * 466. no obstante 82 a pesar de 74
- * 467. cuyos goces nos faltaban 82 cosas todas que no veíamos 74 // {Cap. III}
- * 467. los 82 las 74
- * 467. hasta sin barco, cuando tomaba baños de mar en Almería, en Málaga, en Motril, en Almuñecar... 82 [falta en 74]
- * 468. mucho disgusto, 82 cierta tristeza 74
- * 468. (yo he dicho en otro tiempo “pensarlos”) 82 [falta en 74]
- * 469. Venían de que les pusiesen 82 Los habían llevado a ponerles 74
- * 469. oficiosa precaución del mozo 82 oficiosidad del mozo 74
- * 470. exclamó con penosa desconfianza el amigo a quien allí habíamos visitad. 82 exclamó nuestro amigo con penosa desconfianza. 74
- * 470. en que berenjenal 82 en la que 74
- * 472. donde yo he vivido dos días 82 [falta en 74] {Cap. IV}
- * 472. con arrogancia 82 [falta en 74]
- * 472. se lo contó a su amo, cristiano legítimo, llamado por más señas Ginés de la Rambla..., y el tal 82 le avisó a su amo, que era cristiano, y se llamaba GINÉS DE LA RAMBLA, si mal no recuerdo. 74
- * 472. señor 82 [falta en 74]
- * 472. El que 82 Lo que 74
- * 472. pusieron en claro 82 ponían al descubierto 74
- * 473. cuanto 82 todo lo que 74
- * 473. justificábase, 82 No era mucho, 74
- * 473. no obstante 82 a pesar de 74
- * 474. aquellas embestidas, muy flojas 82 aquellos envites, muy desmayados 74
- * 474. fatigosamente 82 [falta en 74]
- * 475. que deploraba 82 deplorando 74
- * 475. ¿Lo ves, condenada? ... ¿Lo ves? 82 ¿Lo ves? 74
- * 477. ¿Si serían lágrimas? 82 Puede que fuese una lágrima. 74
- * . de arena, como ya 82 de arena. Ya 74
- * 477. zarzos 82 zarzas 74
- * 477. profanos visitantes de una población desierta. 82 dueños absolutos de la Costa.
- * 478. (tuve la honra de explicarte:) 82 [falta en 74]
- * 478. Todavía no sé, amigos lectores, qué 82 No sé qué 74
- * 479. (le contesté) 82 [falta en 74]
- * 479. pues 82 [falta en 74]

-
- * 480. cierta 82 una 74
- * 480. una tercera voz a nuestro lado, en medio de nosotros, 82 una tercera voz detrás de nosotros. 74
- * 480. como si el que hablaba hubiera surgido de la tierra. 82 [falta en 74]
- * 481. (respondimos) 82 [falta en 74]
- * 481. orfandad llamada noche 82 orfandad de la noche 74
- * 482. elevados 82 [falta en 74]
- * 482. ¡La hora que sea es! 82 La que sea es, 74
- * 482. [falta en 82] O llegamos o no a la hora de la cita. El resultado dirá. 74
- * 483. fúnebre 82 respetable 74
- * 484. Desde 82 De 74
- * 484. corta 82 [falta en 74]
- * 484. piensas tú que es? 82 crees que es? 74
- * 484. Bien; 82 Sí; 74
- * 484. La luna retrasa con relación al sol. 82 [falta en 74]
- * 484. Eso ya lo he entendido... 82 [falta en 74]
- * 484. Mas figúrate que no son dos horas, sino tres, las que tarda siempre la casta diva en llegar desde este dilatado horizonte al angostísimo de Cojáyar... 82 Pues figúrate que no fuesen dos horas, tres, las que tardara anoche la Casta Diva en llegar al cielo de Cojáyar... 74
- * 484. ¡En tal caso, no serían las ocho todavía! 82 [falta en 74]
- * 485. En fin... 82 [falta en 74]
- * 485. Aquellos puntos de oro 82 [falta en 74]
- * 485. De consiguiendo, 82 [falta en 74]
- * 485. (dije entonces) 82 [falta en 74]
- * 485. ¡Si han dado las ocho, yo no entro en Albuñol! 82 [falta en 74]
- * 485. respondió 82 dijo 74
- * 486. descomedidamente. 82 malamente. 74
- * 182. [falta en 82] un 74
- * 182. *enemigos* 82 *compañeros* 74
- * 486. cabía 82 cabe 74
- * 487. de que no son otros caminantes 82 de que son ellos, y no otros caminantes, 74
- * 487. Es decir: cerciorémonos de que nuestros enemigos no están ya dentro de Albuñol... 82 [falta en 74]
- * 488. enemigos 82 amigos 74
- * 488. efectivamente 82 [falta en 74]
- * 489. he aquí en rápido y sustancioso resumen la historia de 82 he aquí el rápido y sustancioso resumen que el más joven de los escritores allí congregados me hizo de todo lo que sabían los demás acerca de 74
- * 489. [falta en 82] No dejéis de leerlo, por mucha prisa que tengáis. —Considerad que alguna razón me asistirá para insertarlo íntegro, cuando no reparo en su extensión, a pesar de lo muy sobrado que estoy de materia para completar este volumen. 74 [Cap. V]
- * 489. Historia pura 82 Historia pura.—Felipe II acuerda dar el mando del ejército granadino a su hermano D. JUAN DE AUSTRIA.—Ferocidades de los Cristianos.—Ferocidades de los Moriscos.—Crece la insurrección.—D. JUAN DE AUSTRIA en Granada.—Sus primeras medidas.—Preparativos de ABEN-HUMEYA.—Ventajas de éste.—EL MARQUÉS DE LOS VÉLEZ lo rechaza delante de Berja.—Retrato del MARQUÉS DE LOS VÉLEZ.—Recobra el REYECILLO el terreno perdido.—Proscripción de los Moriscos de la Capital y de su Vega.—Carta de ABEN-HUMEYA a D. JUAN DE AUSTRIA, quejándose de lo que en Granada se hacía con su padre D. ANTONIO DE VÁLOR.—Nuevas victorias del REYECILLO.—Es llamado a la corte el MARQUÉS DE MONDÉJAR. 74 [Con respecto a 74, este capítulo presenta cambios importantes en la organización del texto. El autor reduce las citas textuales tomadas de Lafuente Alcántara; resume él mismo la historia que compagina con las citas del historiador.]
- * 490. [En los párrafos de arriba Alarcón hace un breve resumen de la historia de Lafuente Alcántara] 82 Habla don Miguel Lafuente Alcántara (*Historia de Granada*, tomo IV, cap. XIX). [Alarcón cita textualmente el mencionado capítulo de la historia de Lafuente Alcántara] 74
- * 490. [como parte de la completa reestructuración del capítulo V, el retrato del marqués de los Vélez aparece casi al principio del capítulo] Despidióse d. Juan de Austria del Rey su hermano en los jardines de Aranjuez, y llegó a Iznalloz, el 12 de Abril de 1569, asistido de su célebre ayo Luis Quijada y fiando sus mejores esperanzas de triunfo en el famosísimo Capitán General Don Luis Fajardo, Marqués de los Vélez, de quien su ilustre soldado Ginés

Pérez de Hita nos dejó hecho el siguiente homérico retrato: 82 Pero interrumpamos un momento a Lafuente Alcántara, y, por vía de ilustración a su reseña histórica, intercalemos aquí el retrato de cuerpo entero que del famoso D. LUIS FAJARDO, MARQUÉS DE LOS VÉLEZ, nos ha legado Ginés Pérez de Hita, soldado suyo, como ya sabemos.—Es una obra maestra digna ciertamente del original: 74

*490. [falta en 82] Tal era el guerrero cristiano con quien a la sazón tenía que habérselas ABEN-HUMEYA. [punto y aparte] Dejemos ahora a Lafuente Alcántara continuar su relación. 74

*492. [con estos tres cortos párrafos, el autor vuelve a resumir la historia citada textualmente de Lafuente Alcántara en 74]

*493. [el breve resumen que Alarcón hace aquí arriba tampoco aparece en 74]

*494. [falta en 82] [aquí aparece el párrafo de la historia de Lafuente Alcántara: “Las ventajas de los Moriscos y la soberbia y perseverancia de ABEN-HUMEYA [...] Con estas miras reforzó las guarniciones de Oria y los Vélez y encomendó este Partido a D. JUAN DE HARO.” 74.

*497. [falta en 82] Por segunda vez tenemos que interrumpir a Lafuente Alcántara. [punto y aparte] La escaramuza de que acaba de hablarnos nos recuerda la célebre calaverada con que el MARQUÉS DE LOS VÉLEZ puso término a sus hazañas de aquel día (3 de Agosto de 1569), y que tanto le criticaron sus émulos. [punto y aparte] Fue el caso que, terminada la lucha por haberse dispersado los Moriscos, el MARQUÉS llegó, persiguiéndolos, a las excelsas cumbres de *Sierra Nevada*, sin más acompañamiento que dos o tres caballeros principales que lo seguían penosamente a una gran distancia. [punto y aparte] “Iba (o solía ir, según un testigo presencial) en su caballo bayo, encubertado a la bastarda, con muchas plumas encima de la testera; el cual iba poniéndose con tanta furia, lozanándose y mordiendo el espumoso freno con los dientes que, señoreando aquellos campos, representaba bien la pompa y ferocidad del Capitán General que llevaba encima...” [punto y aparte] Poco antes de llegar a lo alto, reventó aquel caballo tan pujante; pero el MARQUÉS tomó otro, en el cual atravesó las eternas nieves, al oscurecer, por el *Puerto de Loth* o de la *Tabla*, y descendió a *Lacalahorra*, Capital del *Marquesado del Cenet*, que forma parte del Partido de Guadix. Allí pasó la noche (probablemente en el Castillo, que aún existe, del Duque del Infantado), y, a la mañana siguiente, tornó a salvar la *Sierra* y regresó a *Válora*, con gran cantidad de vituallas... [punto y aparte] Anduvieron, pues, injustos sus rivales al deducir de todo esto “que perdió la acción del día precedente, puesto que tuvo que irse a dormir a *Lacalahorra*”...—¿Qué sabe nadie lo que el famoso DON LUIS DE FAJARDO tendría que hacer en aquella Villa; ni si llegó a pegar los ojos en toda la noche; ni si lo citaron; ni si iría meramente en busca de víveres frescos para su única y descomunal comida diaria? —No hay nada más torpe e inconsiderado que el odio. [punto y aparte] Continúa Lafuente Alcántara: 74

*498. [falta en 82] [en 74, aparecen tres párrafos más del capítulo de la Historia de Lafuente Alcántara: “Ocurrían a la sazón graves desavenencias entre el MARQUÉS DE LOS VÉLEZ, orgulloso y engreído en demasía [...] habiendo cumplido este mandato, fue nombrado Virey de Valencia, y después de Nápoles...” 74

*498. es decir, los historiadores del siglo XVI, 82 [falta en 74]

*498. lúgubres accidentes... 82 siniestros pormenores 74

*498. joven 82 [falta en 74]

*499. la presente obra. 82 esta obra. 74

*499. PARTE QUINTA 82 QUINTA PARTE 74

*500. PARTE SEXTA 82 SEXTA PARTE 74

*500. en la peregrinación a que íbamos dando término 82 en la presente historia 74

*500. por ser día de la Encarnación, 82 por ser la clásica festividad de la Encarnación del Señor; 74

*500. necesitábamos preparar 82 éranos indispensable preparar 74

*500. [falta en 82] nuestro cuerpo 74

*501. del Lunes Santo 82 del 25 de Marzo 74

*501. [falta en 82] Por último: 74

*501. conjurada 82 que conjuró 74

*501. por 82 [falta en 74]

*501. ¡Indudablemente, 82 Por lo visto, 74

*501. refriega... 82 contienda... 74

*501. la luna (diosa del lunes) se paseaba 82 y la luna se paseaba 74

*501. contienda 82 refriega 74

*501. y mi primo no le había dicho más que la verdad al insultarla la noche anterior tan descomedidamente. 82 [falta en 74]

*502. Y es cuanto recuerdo 82 Y no recuerdo más 74

* 502. o sea, 82 [falta en 74]

* 502. La escena era la siguiente, según San Lucas, traducido por el Padre Scio, de quien por la tarde, a fuer de buenos católicos, nos complacimos en leer la autorizada y muy anotada versión, proponiéndonos hacer lo mismo los días siguientes hasta que terminase la Semana Santa... 82 Y nosotros, a fuer de cristianos, obligados, aunque estuviésemos de viaje, a meditar en los Misterios de la solemne Semana que había dado principio, nos detuvimos y deleitamos mucho en aquella conmemoración. [punto y aparte] He aquí las palabras de San Juan: [nuevo párrafo] “Jesús, seis días antes de la Pascua, vino a Bethania, en donde había muerto Lázaro, al que Jesús resucitó. [punto y aparte] Y le dieron allí una cena: Martha servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa. [punto y aparte] Entonces María tomó una libra de ungüento de nardo puro de gran precio, y unció los pies de Jesús, y le enjugó los pies con sus cabellos, y se llenó la casa del olor del ungüento.” (1) [nota a pie de página] traducción del Padre Scio. 74

* 502. [falta en 82] Y, a la noche, hojeando el Nuevo Testamento leímos en el Evangelio de San Lucas aquel otro suceso tan análogo, ocurrido con cuatro días de anterioridad, y no casa de Lázaro, sino casa de Simón el Leproso. 74

* 502. [falta en 82] Quien podía saberlo nos manifestó entonces que, según San Agustín, San Bernardo, y por otros Santos Padres, esta cena y esta mujer fueron las mismas de que habla San Juan, y a que se refiere San Marcos cuando nos dice: [nuevo párrafo] “Llegó una mujer que traía un vaso de alabastro de ungüento muy precioso de nardo de espique, y quebrando el vaso, derramó el bálsamo sobre su cabeza. [punto y aparte] Y algunos de los que había allí, lo llevaban muy a mal entre sí mismos, y decían: ¿A qué fin es este desperdicio de ungüento? Pues pudiera venderse este ungüento por más de trescientos denarios, y darse a los pobres. Y bramaron contra ella. [punto y aparte] Mas Jesús dijo: --Dejadla. ¿Por qué la molestáis? Buena obra ha hecho conmigo. [punto y aparte] Porque siempre tenéis pobres con vosotros: y cuando quisiéreis, les podéis hacer bien: mas a mí no siempre me tenéis. [punto y aparte] Hizo ésta lo que pudo: se adelantó a ungir mi cuerpo para la sepultura.” [nuevo párrafo] Finalmente: el Teólogo que dirigía aquel piadoso estudio, lo terminó con las siguientes palabras: [punto y aparte] --San Agustín y otros Doctores de la Iglesia opinan que la hermana de Lázaro de que habla San Juan, la mujer pecadora a que se refiere San Lucas, y la mujer innominada e incalificada de que hacen mención San Marcos y San Mateo, son una sola persona, a saber: María de Magdalo, la pecadora arrepentida que siguió a Jesucristo desde Galilea a Jerusalén y presencié su muerte en unión de María Santísima y de María de Cleofás. En compensación, otros Santos Padres creen que las Cenizas fueron dos; dos las mujeres que ungieron a Jesús con bálsamo de espiga de nardo, y ninguna de ellas la Magdalena; --pero los artistas y poetas han optado siempre en sus obras por la interpretación de San Agustín. 74

* 503. narrar 82 referir 74

* 503. [falta en 82] una 74

* 503. ¡Todavía daba miedo aquel sitio! --Olía 82 ¡Todavía daban miedo!! --Olían 74

* 503. había perdido durante la tormenta infinidad de hojas y hasta gran parte de una rama... 82 había perdido bastantes hojas y parte de una rama durante la tormenta... 74

* 504. [falta en 82] de Albuñol 74

* 505. que debían acompañarnos 82 que debían también formar parte de la expedición 74

* 505. en el Continente del Olvido, frente a 82 entre el Continente del Olvido y la 74

* 505. Pasaron luego a esta isla, nuestras almas, escapándose de nuestros cuerpos, 82 Desembarcaron luego en ésta nuestras almas 74

* 505. rodeados de fantasmas y monstruos más o menos terribles; 82 al arbitrio de los fantasmas y monstruos que la pueblan; 74

* 505. cuál de ellas 82 quién de nosotros 74

* 506. cuál 82 quién 74

* 506. cuál 82 quién 74

* 506. cuál 82 quién 74

* 506. cuál 82 quién 74

* 506. con la benigna muerte acerca de las cosas que nunca acertó a comprender en este infierno de la vida... 82 con la benigna muerte, al otro lado de la tumba, acerca de las cosas que no se le alcanzaron en este globo--llamado La Tierra, como pudiera haberse llamado El Agua, o La Piedra, Joaquina, o California,-- y al que Dios sabe cómo denominarán los habitantes de Vénus..., si los tiene... 74

* 506. leímos el Evangelio 82 cumplimos nuestros deberes de cristianos leyendo el Evangelio. 74

-
- * 506. [falta en 82] [punto y aparte] “*Esta mujer ha ungido mi cuerpo para la sepultura*”, había dicho JESUS a los Apóstoles el día precedente... [punto y aparte] Aquel día señalaba el lugar en que debía notificarles su Sacrificio, y hacerles donación de su Cuerpo y de su Sangre 74
- * 507. [falta en 82] espléndidos 74 {Cap. II}
- * 507. pues querían que contemplásemos entero, de golpe, de una ojeada sola, en el momento crítico y oportuno, el sublime espectáculo que nos aguardaba... 82 librándonos así de ver poco a poco el sublime espectáculo que nos aguardaba y que querían contemplásemos entero, de golpe, de una ojeada, en el momento crítico y oportuno... 74
- * 508. y prueba de ello era que, 82 [falta en 74]
- * 508. [falta en 82] monumento incomparable 74 [en 74, al referirse Sierra Nevada como monumento, los adjetivos que el autor utiliza para describirla son de género masculino: hendido, cubierto y blanco; mientras que en 82 al eliminar ‘monumento incomparable’, los adjetivos aparecen en forma femenina: hendida, cubierta y blanca]
- * 508. con su zócalo recamado 82 recamado luego su zócalo 74
- * 508. de verdes siembras 82 de amenísima verdura 74
- * 508. acá y acullá, 82 a veces 74
- * 509. ¡Declarémoslo!... 82 A nadie sorprenda que nuestra admiración llegase a tal extremo. 74
- * 509. a la manera de 82 como 74
- * 509. [falta en 82] llegar a 74
- * 509. o sea en cueros vivos 82 [falta en 74]
- * 509. [falta en 82] ...de la Literatura y del Arte. 74
- * 509. [falta en 82] Con que prosigamos nuestra descripción. 74
- * 509. [conque en 82 pero preferimos la versión de 74 con que por considerar que no se trata de una conjunción ilativa o consecutiva sino de una construcción de relativo. El mismo tratamiento se sigue a continuación: ‘con que se destacaba’]
- * 510. si es que ya uno va para viejo... 82 si es que uno va ya para viejo... 74
- * 511. la había llamado yo en el Valle de Lecrín. 82 la llamé yo en la Primera Parte de este libro. 74
- * 511. Pero sigamos describiendo. 82 ... y continuó. 74
- * 511 y su campiña 82 [falta en 74]
- * 512. de Sierra Nevada 82 de la *Sierra* 74
- * 512. y por cierto que nos dolió muchísimo que estos Infantes no tuviesen nombres 82 Mucho nos dolió que estos Infantes (que diríamos en España) no tuviesen unos nombres 74
- * 512. en cuanto a estatura 82 [falta en 74]
- * 512. pues todos medían de 12 a 12,300 pies sobre el nivel del mar. 82 pues todos ellos medían de doce a doce mil trescientos pies de altura sobre el nivel del mar. 74
- * 512. se alza a 12,680. 82 se eleva doce mil seiscientos ochenta. 74
- * 512. Y, por lo que toca al Mulhacem, hartó sabréis que pasa de los 12,800; lo cual equivale, en términos modernos, a tres kilómetros y medio de altura. 82 En cuanto al *Mulhacem*, pasa de los doce mil ochocientos; que es, como si dijéramos, de tres kilómetros y medio de altura. 74
- * 513. [falta en 82] y volviendo a nuestra contemplación, 74
- * 513. no gozan 82 no gozaban aquella mañana 74
- * 513. podría 82 pudiera 74
- * 513. ello 82 eso 74
- * 513. ¡en qué se ven de refrenar a los pueblos que se les suben... 82 ¡en qué se veían de tener a raya a los pueblos que se les subían... 74
- * 513. nos pareció 82 parecía 74
- * 513. se llamaban 82 debían ser 74
- * 513 con análogo intento 82 con un intento análogo 74
- * 514. uno por uno, los veintiseis Lugares citados. 82 el aspecto particular de ninguno de los Lugares citados. 74
- * 515. llanas calles... 82 mansas calles. 74
- * 515. antes de subir a la Sierra, 82 [falta en 74]
- * 515. entre los lechos de los ríos Cádíar y Yátor... 82 entre los lechos del Cádíar y del Yátor... 74
- * 516. que me complacía en deducir 82 que solía deducir 74
- * 516. pensé en que aquella misma tarde mediría mis débiles fuerzas 82 pensé que a la tarde mediríamos nuestras débiles fuerzas 74

-
- * 516. al escalar sus inconmensurables laderas como hormiga 82 y correríamos por sus inconmensurables laderas como la hormiga 74
- * 516. ruines malhechores, 82 simples malhechores; 74
- * 517. revelase 82 indicase 74
- * 519. de aquel 82 del 74 {Cap. III}
- * 519. tanta liberalidad 82 el bien que nos hizo 74
- * 519. y demás deudos; 82 a y todos sus deudos las atenciones que nos prodigaron; 74
- * 519. casi 82 [falta en 74]
- * 519. [falta en 82] En efecto, 74
- * 520. hasta 82 [falta en 74]
- * 520. era 82 es 74
- * 520. nos aguardaba 82 nos aguarda 74
- * 520. Íbamos, pues, a presenciar en Cádiar la segunda 82 Ahora vamos a presenciar la segunda 74
- * 520. [falta en 82] lastimoso 74
- * 520. no fueron 82 no serán 74
- * 520. aquella vez nos ayudaron 82 esta vez nos ayuden 74
- * 520. [falta en 82] cuál lo recarga de negras tintas; cuál pasa sobre él rápidamente; cuál lo atenúa con generoso criterio; cuál llega casi hasta admirarlo... 74
- * 520. iba a ser entonces 82 va a ser hoy 74
- * 520. el tal poeta era 82 ese poeta es 74
- * 520. era 82 es 74
- * 520. era, en fin, 82 es 74
- * 521. del caso, lo expuso y analizó 82 del presente caso, lo expone y analiza 74
- * 522. Paréceme que esto basta como dibujo de los caracteres. 82 [falta en 74]
- * 522. salvar 82 salvarle 74
- * 522. He aquí sus palabras: 82 [falta en 74]
- * 522. aquel diálogo 82 aquellas palabras 74
- * 523. [falta en 82] [punto y aparte] Aben-Farag.--¿Y quién nos quita de aprovecharnos, a la primera ocasión favorable, de ese carácter impetuoso? ¡Quién sabe! Quizá este último lance pudiera sernos útil. Ya empiezan a murmurar de Muley Carime: no será difícil trocar la desconfianza en odio... 74
- * 523. Miguel de Rojas entre los cristianos; 82 [falta en 74]
- * 523. [falta en 82] ahora la admirable escena que constituye el nudo de aquel enredo pavoroso. 74
- * 526. y él, como descendiente 82 y que él, el descendiente 74
- * 526. [falta en 82] Hasta aquí, pues, y prescindiendo de los accesorios literarios, la Historia y el drama se dan la mano completamente. 74
- * 526. Son fragmentos de un monólogo 82 Es un monólogo 74
- * 527. [falta en 82] ¿Y por qué dudo ni un momento siquiera? Nos ha vendido... ¡Pues que muera! ¿Cabe nada más justo?—Este ejemplar contribuirá también a impedir otras tentativas culpables, cerrará la boca a mis émulos, afirmará mi trono... [punto y aparte] Mas ¿es seguro que lo afirme?... En mi familia, en mis hogares, va a mostrarse a los pueblos indignados el primer traidor a la patria: desde el mismo cadalso llamará *hijos suyos* a mis propios hijos!... 74
- * 528. Hemos llegado a la gran escena del drama. —Leedla íntegra, os lo aconsejo; tanto más cuanto que en nada se opone a la verdad histórica. 82 ¿No es verdad que os sentís arrebatados, como yo, por este sombrío torrente de pasiones? ¿No es verdad que, lejos de fatigaros, os complacerá la lectura de la escena de ABEN-HUMEYA con MULEY CARIME? —Pues aún podemos leerla sin escrúpulo de ninguna clase, dado que no se opone en nada a la verdad histórica. —Cuando el autor se aparta de ella y se entrega ya a su propia fantasía, nosotros lo abandonaremos a nuestra vez, y daremos oídas a Hurtado de Mendoza ya Mármol. 74
- * 534. Aún así, 82 [falta en 74]
- * 534. no tenemos 82 no nos alcanza 74
- * 534. ni tratamos de hacer 82 ni nos hemos propuesto hacer 74
- * 534. muy 82 un 74
- * 534 [falta en 82] pasado mañana 74
- * 534. a estas horas 82 a la hora que es 74
- * 534. sus malas artes! 82 sus manejos! 74

-
- * 534. [falta en 82] que, como ya dije, viene a ser un delicioso apéndice de Cádiz —de la cual dista dos o tres kilómetros— 74
- * 534. sólo nos detuvimos 82 sólo estuvimos 74
- * 534. [falta en 82] señor 74
- * 534. su 82 la 74
- * 535. llamado 82 [falta en 74]
- * 535. [falta en 82] y el racionalismo 74
- * 535. (Fueron sus palabras) 82 [falta en 74]
- * 535. Nuestra 82 La 74
- * 535. y que por ende figuraban en el retablo 82 que vimos en el retablo 74
- * 535. de los africanos y asiáticos 82 de los Musulmanes 74
- * 535. europeos 82 filósofos 74
- * 535. para la propia dignidad del espíritu humano a de lo que quier que sea la conciencia del hombre... 82 [falta en 74]
- * 536. aunque seáis incrédulos, y sentiréis lo que yo sentí; esto es, sentiréis envidia del martirizado, suponiendo que el martirizado no fuera también incrédulo. 82 [falta en 74]
- * 536. [falta en 82] feroces 74
- * 536. al Sacerdote Cristiano 82 al digno Sacerdote 74
- * 536. y de todos los valles habidos y por haber 82 [falta en 74]
- * 537. [tanto en 82 como en 74 aparece erróneamente como capítulo V] {**Cap. IV**}
- * 537. (*Capítulo copiado literalmente de las notas de mi cartera de viaje.*) 82 [falta en 74]
- * 537. [falta en 82] Ved 74
- * 538. ¡véase cuán audaz es la fantasía humana! 82 [falta en 74]
- * 538. hemos puesto 82 acabamos de poner 74
- * 538. género 82 orden 74
- * 539. son como aquellos monotes llamados por los franceses *damas* y que los españoles llamamos *testigos*, que quedan de pie en un desmonte, para indicar la antigua altura del terreno. 82 [falta en 74]
- * 539. Todos agrupados 82 Todas agrupadas 74 [se refiere a las estalacmitas]
- * 539. ciertas 82 estas 74
- * 539. gran 82 tanto 74
- * 539. largos botareles encargados de sostener 82 botareles lanzados por el espacio para sostener 74
- * 539. profundísimas simas 82 dos profundas simas 74
- * 539. [falta en 82] Aquí fue sin duda donde exclamó el poeta alpujarreño: [nuevo párrafo] A un lado del espantoso precipicio/ la muerte en el abismo nos retrata,/ y con mugiente, atronador bullicio,/ a otro lado la inmensa catarata... 74
- * 539. Aquí fue sin duda donde exclamó el poeta alpujarreño: 82 [Esta frase aparece antes en 74, concretamente al final del párrafo anterior y como introducción a la siguiente estrofa que se elimina en 82: A un lado el espantoso precipicio/la muerte en el abismo nos retrata,/ y con mugiente, atronador bullicio,/a otro lado la inmensa catarata] 74
- * 540. El imperio de Flora, Ceres y Pomona alcanza hasta aquí, y por eso se ven todavía pueblos 82 ¡Aún llega aquí el imperio de Flora, Ceres y Pomona! Aún hay también pueblos 74
- * 450. mirad 82 ved 74
- * 450. [falta en 82] Saludémoslo, pues, ya con cariño. 74
- * 450. [falta en 82] todavía 74
- * 450. aun 82 [falta en 74]
- * 540. [falta en 82] andaluzas 74
- * 540. por las llanuras en ocultos veneros o en descubiertos ríos... 82 por felicísimas comarcas. 74
- * 541. [falta en 82] resplandeciente de luz y alegría. 74
- * 541. de cuya verdadera frondosidad, asombrosa en una altura tan extraordinaria, únicamente puede formarse cabal juicio en los colindantes barrancos, verdes y deliciosos como otros tantos paraísos terrenales. 82 [nuevo párrafo] Pero su verdadera frondosidad, asombrosa en una altura tan extraordinaria como la que ya tocamos, debemos admirarla en estos barrancos deliciosos, que constituyen otros tantos paraísos terrenales. 74
- * 542. Estamos llegando a 82 Estamos en 74
- * 542. pues el Mulhacén es ahora inaccesible, 82 [falta en 74]

-
- * 543. y nosotros no estamos sobre el Mulhacem... 82 y nosotros estamos únicamente a media ladera del *Mulhacem*. 74
- * 543. pero en la misma forma 82 pero mostrándose a nuestros ojos de la misma manera 74
- * 543. el contorno de su litoral 82 la silueta de su costa 74
- * 544. de distinto sexo, 82 [falta en 74]
- * 544. [falta en 82] cada uno de un sexo, 74
- * 545. Conque 82 Con que 74
- * 546. unas doctrinas que pronto habían 82 aquellas doctrinas que habían 74
- * 546. (o, por lo menos, de los europeos), rescatándolo de la servidumbre de los sentidos, hoy enseñoreados otra vez de la llamada civilización de Occidente. 82 que habían de rescatarlo de la servidumbre de la materia; que habían de hacerlo digno de la inmortalidad. 74
- * 546. la tarde del Miércoles Santo de 82 la tarde del Miércoles, 74
- * 546. instituida sobre el Misterio 82 fundada sobre el sublime Misterio 74
- * 546. [falta en 82] la 74
- * 546. [falta en 82] en este momento, digo, el Coro de las catedrales acaba de rezar las *Vísperas* del Jueves Santo. 74
- * 546. ha terminado la hora de las *Vísperas* y 82 [falta en 74]
- * 546. [falta en 82] que sea católico, 74
- * 546. candorosa? 82 pavorosa? 74
- * 546. Recordemos, recordemos 82 Veamos, pues, 74
- * 546. trasladándonos con el pensamiento a los serenos años de la niñez. 82 [falta en 74]
- * 548. desde las cumbres de la edad y de esta Sierra, 82 desde esta soledad augusta, 74
- * 548. [falta en 82] “*Cor mundum crea in me, Deus* (exclamemos fervorosamente): *et spiritum rectum innova in visceribus meis.*” 74
- * 548. ¡Oh! Sí... ¡todo! 82 [falta en 74]
- * 549. en tinieblas de una y otra clase... 82 en las *Tinieblas*. 74
- * 549. [falta en 82] [Punto y aparte] ¡Silencio!... Ni una palabra más. –Mañana será otro día. 74
- * 550. VI 82 VI 74 [en ambas ediciones del autor aparece como capítulo VI, pero ha de ser el capítulo V]
- * 550. que nos cedieron su flamante lecho, y 82 [falta en 74] {Cap. V}
- * 550. hallamos 82 encontramos 74
- * 550. ¡Oh! 82 [falta en 74]
- * 550. [falta en 82] Sagrados 74
- * 550. díjosenos que tardarían aún tres horas 82 tardarían aún tres o cuatro horas 74
- * 550. los *gobernantes* 82 los revolucionarios 74
- * 550. y aquello bastó para que entendiésemos haber visitado allí 82 y aquello fue bastante para que rezáramos allí 74
- * 550. ¡No se podía exigir más a unos pobres viajeros! 82 confiando en que nuestra calidad de viajeros influiría para que el Todopoderoso acogiese unas oraciones tan anticipadas. 74
- * 551. sin embargo 82 a pesar 74
- * 551. Ya véis que todavía se me conoce que he sido seminarista 82 [falta en 74]
- * 552. que aquella mañana lucen 82 que lucen aquella mañana 74
- * 552. Léase “calle de la Montera” o “Carrera de San Jerónimo”, si la escena se figura en Madrid.) 82 [falta en 74]
- * 552. [falta en 82] Reconózcalo el mundo entero: reconózcanlo todas las edades, todas las llamadas civilizaciones, todas las Gentes, todas las variedades que ha ofrecido la piedad humana en la duración de los siglos y en la extensión del Planeta: aún prescindiendo de la parte dogmática, reservada a la Fe, y hasta de su moral y de su filosofía, de que se han aprovechado también otras religiones, el Catolicismo, considerado *objetivamente*; considerado en lo que tiene de humano, de artístico, de poético; considerado como únicamente pueden considerarlo los ateos, los impíos, los escépticos, los deístas, los gentiles, los herejes, y los cismáticos, es la composición ideal más inspirada y maravillosa que se ha cimentado sobre la tierra. –La imaginación y el sentimiento de los mortales no han revestido jamás formas tan sublimes como las que constituyen el culto externo, las ceremonias, el simbolismo literario, pictórico, plástico, dramático, musical y escénico del ritual romano, y forman la Liturgia de nuestras catedrales. –Lo que allí se reza, lo que allí se canta, lo que allí se representa, excede a cuanto la poesía pudo soñar en tiempo alguno. 74
- * 552. proclamen 82 reconozcan 74

-
- * 552. el ceremonial de nuestras Catedrales y Basílicas, 82 el ceremonial católico 74
- * 553. y no oyen... ni tan siquiera en materia artística y literaria... 82 y no oyen, como dice la Sagrada Escritura. 74
- * 553. Autor del mundo 82 Omnipotente 74
- * 553. [falta en 82] en las regiones etéreas, en la inmensidad que sólo recorren las almas de los justos... 74
- * 553. como 82 de 74
- * 553. a modo de 82 como 74
- * 553. de ricos mármoles 82 de mármoles preciosos 74
- * 554. Cristo 82 Hijo de Dios 74
- * 554. volvamos a los Moros. 82 [falta en 74]
- * 554. instante 82 momento 74
- * 554. mismo 82 [falta en 74]
- * 555. caminábamos precisamente hacia el extremo Oriental de la *Sierra*, hacia Levante, 82 caminábamos precisamente hacia Levante, hacia el extremo oriental de la *Sierra* 74
- * 555. y, bien que no pudiésemos 82 y adonde nosotros, ya que no pudiéramos 74
- * 555. a la ciudad de Herodes 82 [falta en 74]
- * 555. corriéramos, era indudable que, cuando menos, habríamos avanzado hacia ella, al final de la jornada, cosa de veinte kilómetros...; --lo cual, si no un viaje completo, siempre constituiría un pedazo de viaje a los Santos Lugares. 82 corriésemos, nos habríamos, cuando menos, acercado tres o cuatro leguas al remate de la jornada... --lo cual, si no un viaje completo a los Santos Lugares, siempre sería algo... 74
- * 555. A fuer de caballeros cristianos 82 como buenos cristianos 74
- * 555. Es decir: que, habiendo pensado estudiar 82 Habíamos pensado recordar 74
- * 555. [falta en 82] y 74
- * 555. principiarlo en tan santos días... 82 principiar... 74
- * 555. ¡qué diablo! 82 en fin, 74
- * 555. [falta en 82] al día siguiente 74
- * 555. pretexto honroso para salir 82 medio de salir 74
- * 556. el pueblo, en fin, en donde tenía 82 el pueblo en que tenía 74
- * 556. de descanso de las pendientes de la *Sierra*. 82 de remanso de la *Sierra*. 74
- * 556. y el 82 [falta en 74]
- * 556. copia exacta 82 imitación 74
- * 556. conqué 82 Pero 74
- * 556. Así dijimos entonces, y así repetimos ahora... 82 [falta en 74]
- * 557. Habíamos llegado a las puertas del templo católico de Válor, o sea a nuestra SEGUNDA ESTACION, y deber nuestro era conmemorar la historia de la grandiosa Revolución Cristiana, dejándonos de Moriscos antiguos y modernos. 82 Hemos llegado al templo de Válor. Recemos la SEGUNDA ESTACION. 74
- * 557. [Falta en 82] Según indicamos ya, hablando de Yegen, nuestras Horas, esto es, nuestra devociones de aquel día, no podían coincidir, como hubiéramos deseado, con las Horas de la Iglesia, del propio modo que las Horas de la Iglesia no coinciden tampoco con las de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. – Verbigracia: La Iglesia, a fin de poder acudir a las diversas solemnidades del Jueves Santo, conmemora la CENA por la mañana, y el LAVATORIO o MANDATO a las tres de la tarde, cuando todo ello ocurrió a la noche (1). [nota a pie de página:] “Cuando vino la tarde”, dice San Mateo.—“Después de puesto el Sol”, interpretan los expositores. [fin de nota a pie de página] Y nosotros, para poder andar las Estaciones en los Sagrarios de las siete poblaciones distintas (a falta de una sola población que encerrase los siete Sagrarios), teníamos que ir anticipando más aún, y hasta confundiendo en cierto modo, el cumplimiento de nuestras obligaciones religiosas. 74
- * 557. En la Iglesia de Yegen, al amanecer de aquel día, habíamos considerado, como era de rigor, el momento augusto de la Cena, y traído a la memoria, por consiguiente, el Himno de Santo Tomás a la Eucaristía (*Pange, lingua*, etc.) 82 En Yegen, pues, habíamos considerado, como recordaréis, el momento augusto de la CENA, y cantado, por consiguiente, el Himno de Santo Tomás a la EUCARISTIA (*Pange lingua*); hecho lo cual, meditamos también en aquel sublime coloquio de sobremesa, último que JESUS tuvo con sus Discípulos antes de marchar a la muerte... 74
- * 557. [falta en 82] Todos lo conocéis; pero siempre es grato y saludable al alma hojear los Evangelios, y de obligación además en Semana Santa, aunque se tengan muy leídos.

* 557. También habíamos recordado allí la humildad (imitada todavía una vez al año por nuestros Pontífices y Reyes) con que JESUS lavó los pies a sus Discípulos, después de la Cena, lo cual hizo comprender a San Pedro que aquellos eran los últimos adioses del Hijo de María, dando ocasión a este sublime diálogo: 82 Terminada la CENA, había lavado JESUS los pies a sus Discípulos, dando al mundo este soberano ejemplo de humildad que Reyes y pontífices imitan una vez al año. [nuevo párrafo] Después les había anunciado que uno de ellos le entregaría; y como todos se mirasen asombrados, encaróse con Judas Iscariotes y le dijo: -- *"Lo que haces, hazlo presto."* [punto y aparte] Mas ninguno de los que estaban a la mesa supo por qué se lo decía. [punto y aparte] Y Judas salió. [nuevo párrafo] Solo ya JESUS con sus Discípulos fieles, pronunció estas imperecederas palabras: *"Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis los unos a los otros, así como yo os he amado... En esto conocerán todos que sois mis Discípulos, si tuviéreis caridad entre vosotros"* [nuevo párrafo] Adivinando entonces San Pedro que JESUS los dejaba y que aquellos eran sus solemnes adioses, le dijo: 74

* 557. [falta en 82] Por ultimo, dirigiéndose a todos, añadió, entre otras cosas no menos supremas, las siguientes afectuosísimas expresiones: [nuevo párrafo] *"No os dejaré huérfanos: vendré a vosotros... / Si me amáis, guardad mis mandamientos... / La paz os dejo: mi paz os doy. No os la doy como la da el mundo... / Estas cosas os he hablado estando con vosotros... / Levantaos, y vamos de aquí."* 74

* 557. Así habló el CRISTO, 82 [falta en 74]

* 558. [falta en 82] [nota a pie de página:] Cuando, fortificado por virtud del Espíritu Santo, ofrecerás tu vida y la sacrificarás por tu amor." --(Nota del Padre Scio.) 74

* 558. --del cual forman parte los tormentos sufridos en 1568 y 1669 por tantos y tantos Sacerdotes de la Alpujarra. 82 [falta en 74]

* 558. [falta en 82] *Tristis est anima mea usquead mortem.* 74

* 558. aquella mañana... 82 antes de salir... 74

* 559. (comparada por nosotros con la deicida capital de la Judea) 82 [falta en 74]

* 560. y nos hallamos con un pueblo tan cristiano como el que más, 82 y nos encontraríamos con un pueblo tan cristiano, morigerado y pacífico como el que más, 74

* 560. [falta en 82] por cierto 74

* 560. que tiempo nos queda para hablar de Ugíjar en su punto y hora correspondientes. 82 [falta en 74]

* 560. antiguo 82 [falta en 74]

* 560. [falta en 82] y todos 74 //

* 560. no en verdad porque pudiesen temer 82 no porque tuviesen que temer 74

* 560. hallamos 82 encontramos 74 //

* 560. también 82 y lo uno y lo otro 74

* 560. digo, presupuestas, 82 [falta en 74]

* 560. (exclamamos entonces) 82 [falta en 74]

* 561. el llamado Gobierno se abstiene también de pagarles su dotación y la del culto!... 82 el Gobierno tiene buen cuidado de no pagarles su dotación ni la del culto... 74

* 561. (dirán acaso nuestros actuales gobernantes.) 82 --dirá acaso el Gobierno. 74

* 561. (añadirán, a fuer de liberales a la española.) 82 --añadirá, si es un Gobierno eminentemente liberal. 74

* 561. [falta en 82] --se ha proclamado ya recientemente. 74

* 561. responderán 82 habrán respondido 74

* 561. [falta en 82] en este instante 74

* 562. el cual 82 que 74

* 563. [falta en 82] Cuando esto hubo dicho, uno de los ministros que estaban allí dio una bofetada a Jesús, diciendo:--¡Así respondes al Pontífice! Jesús le respondió:--si he hablado mal, da testimonio del mal: mas si he hablado bien, ¿por qué me hieres? 74

* 564. guardando el más profundo silencio, sólo interrumpido por el chisporroteo de las velas... 82 en el más profundo silencio. 74

* 564. [falta en 82] No se notaba más señal de vida que el fulgor y el chisporroteo de las velas del Monumento. 74 //

* 564. Jesús estaba prisionero. 82 Jesús estaba ya prisionero para la Iglesia como para nosotros. --Nuestras devociones principiaban a coincidir con las Horas canónicas. 74

* 564. Porque ya sabréis que 82 [falta en 74]

* 564. La explicación histórica de esto que 82 Esto 74

-
- * 564. [falta en 82] [punto y aparte] Y 74
 - * 564. Semejante 82 Este 74
 - * 564. Roma 82 Tiberio 74
 - * 564. ciudad del Tiber, 82 ciudad de Roma 74
 - * 565. [falta en 82] a las márgenes del Tiber 74
 - * 565. a 82 en 74
 - * 565. pintoresco 82 [falta en 74]
 - * 565. --Y al propio tiempo almorzamos...--; Porque a los caminantes no les obliga el ayuno! 82 [falta en 74]
 - * 565. almas 82 habitantes 74
 - * 565. [falta en 82] a pesar de la solemnidad de aquel día, o más bien a causa de su misma solemnidad...: 74
 - * 565. memoria 82 imaginación 74
 - * 565. moderna 82 [falta en 74]
 - * 566. me encontraba 82 encontrábame 74
 - * 566. juré hacer 82 me juré un día hacer 74
 - * 566. en las fragosidades alpujarreñas, donde 82 en aquellas asperezas en que 74
 - * 566. nos daban 82 ofrecíamos a la vista con 74
 - * 566. imaginación 82 memoria 74
 - * 566. de Guadix 82 de la ciudad 74
 - * 566. [falta en 82] gentil 74
 - * 568. Haciendo estas reflexiones, habíamos llegado 82 A todo esto, nosotros habíamos llegado 74
 - * durante la Pascua en 82 en tiempo de Pascua 74
 - * 568. en 82 [falta en 74]
 - * 568. en 82 [falta en 74]
 - * 570. el 82 su 74
 - * 572. exigiéndole que haga 82 pidiéndole que hiciese 74
 - * 572. vestido de blanco, a Pilato 82 a Pilato, vestido de blanco 74
 - * 572. castigue 82 castigase 74
 - * 572. ha sido 82 había sido 74
 - * 573. de JESUCRISTO; y por cierto que 82 de Nuestro Señor Jesucristo; y que 74
 - * 574. este 82 [falta en 74]
 - * 574. ciudad del Delfinado, 82 ciudad del que luego fue Delfinado, 74
 - * 574. [falta en 82] simple 74
 - * 574. (¡el hijo del que mandó degollar a San Juan Bautista y el mismo que mandó entregar a CRISTO 82 (¡el mismo que mandó degollar a San Juan Bautista y entregar a CRISTO 74 [rectificación de datos en 82]
 - * 574. Bajaba entre tanto el sol a Poniente, 82 Acercábase el Sol al ocaso, 74
 - * 574. Todos nos pusimos muy tristes 82 [falta en 74]
 - * 574. [falta en 82] Como acontece a todos los caminantes cuando ven que termina su carrera el astro del día, nosotros recogimos en aquel momento nuestra imaginación, apartándola de erráticos devaneos, de antisociales correrías por el tiempo y el espacio y de aventureras excursiones por las soledades del campo, del mar, y del firmamento, para fijarla en el mundo social, en el tiempo presente, en el objeto de nuestro viaje, en la expectativa del lugar en que íbamos a hacer noche. --Hasta el águila busca tímidamente su nido al oscurecer. [nuevo párrafo] Laroles fue, por tanto, desde aquel punto y hora, la única perspectiva que acariciaron nuestros deseos; --Laroles, sus casas, sus chimeneas encendidas, sus costumbres españolas, su Semana Santa eclesiástica, su templo, su gente; su vida actual, en fin, en que poder sumar y confundir la nuestra... [nuevo párrafo] Otro fenómeno psicológico contribuía a que ya diésemos por terminada la batalla de aquel día tan grande, tan deseado, tan fecundo en emociones, y a que nos despidiéramos del Jueves Santo cuando su Sol no había traspuesto todavía el horizonte... 74
 - * 574. aquel día no era ya *Jueves Santo*; 82 había dejado ser *Jueves*: 74
 - * 574. Quiero decir, que ya sentíamos 82 Sentíamos ya, pues, 74
 - * 574. del patético y solemne cómputo llamado *Vísperas*, 82 de aquel profético procedimiento, llamado *Vísperas*, 74
 - * 574. melancólicamente 82 melancólica y tiernamente 74
 - * 574. dedique algunos de sus reflejos a un “mañana,” reflejo a su vez de un “ayer” pasado hace siglos. 82 dedique algo de sus reflejos a un “*mañana*” que pasó y desapareció hace ya muchos siglos... 74
 - * 574. En suma: nuestra alma vivía ya en el día siguiente, 82 Nuestra alma vivía en el día siguiente; 74

-
- * 574. en el Entierro... 82 en las Tres de la tarde... 74
 - * 575. misterioso 82 [falta en 74]
 - * 575. [falta en 82] un 74
 - * 575. por declarar 82 por deciros 74
 - * 575. desde la altura por donde caminábamos 82 desde aquella altura 74
 - * 575. a vista de pájaro 82 [falta en 74]
 - * 575. por las que no circulaba alma viviente... 82 en las que no se veía alma viviente. 74
 - * 575. de seres humanos 82 de gente 74
 - * 575. [falta en 82] también 74
 - * 575. como si aguardase la llegada de aquel numeroso cortejo. 82 como aguardando la llegada de aquel misterioso cortejo. 74
 - * 575. nos permitieron distinguir, 82 nos dejaron percibir 74
 - * 575. como si aquellas figuras fuesen los trágicos protagonistas de lo que allí pasaba. 82 como si fuesen los trágicos protagonistas de lo que quiera que allí pasaba. 74
 - * 576. los malhechores Gestas y Dimas 82 los malhechores que debían ser crucificados con ÉL, 74
 - * 576. de ahora 82 [falta en 74]
 - * 576. cristianas 82 [falta en 74]
 - * 576. aquellos estandartes; y en pos de ellos, 82 aquellas banderas, y en pos de ellas 74
 - * 577. sin límites 82 infinito 74
 - * 577. Entre tanto, se había puesto el sol; 82 Y se puso el sol; 74
 - * 577. comenzaban 82 comenzaron 74
 - * 577. ya 82 [falta en 74]
 - * 577. Pero no era esto: era que la Procesión 82 Pero no era más sino que la Procesión 74
 - * 577. --mientras que nuestra cabalgata bajaba 82 mientras nosotros bajábamos 74
 - * 577. con la más religiosa 82 y una religiosa 74
 - * 578. Nosotros nos apeamos en la puerta de la Iglesia parroquial, 82 Nosotros penetramos en la iglesia, 74
 - * 578. dolorosas 82 numerosas 74
 - * 578. a 82 en 74
 - * 578. yo 82 nosotros 74
 - * 578. que habían establecido cierta especie 82 que habían constituido siempre a nuestros ojos una especie 74
 - * 578. Estaba allí, por ejemplo, alguien que 82 Había entre nosotros quien 74
 - * 579. a las nueve, 82 [falta en 74]
 - * 579. producían 82 constituirían 74
 - * 580. santos 82 seculares 74
 - * 580. toda nuestra jornada 82 todo el día 74
 - * 580. y no extrañaréis el místico idealismo que se apoderó de nuestra alma... 82 para bordar su manto de luto, para reflejarse en sus celestiales lágrimas... 74
 - * 580. en la Alpujarra 82 [falta en 74]
 - * 580. habían de brillar 82 brillarían 74
 - * 580. al modo de 82 como 74
 - * 580. este padre sin ventura no dejó 82 los padres sin ventura no dejarían 74
 - * 580. del corazón 82 del alma 74
 - * 580. Altar de puras nieves, velándolo piadosamente 82 Altar de la EUCARISTÍA, velándolo de rodillas 74
 - * 580. de la tierna hija que acababa de arrebatarme la muerte... 82 de los tiernos hijos que les arrebató la muerte... 74
 - * 580. con que 82 para 74
 - * 581. Mirad. 82 [falta en 74] {Cap. VI}
 - * 581. sino dos Reyes moriscos, dos renegados, dos descendientes de MAHOMA, 82 Son dos Reyes moriscos; son dos renegados; son dos descendientes de MAHOMA, 74
 - * 581. no sólo dijo haber delinquido 82 dijo haberlo hecho 74
 - * 581. sino 82 y 74
 - * 583. y la caridad... 82 [falta en 74]
 - * 583. del 82 en el 74

-
- * 584. únicamente 82 [falta en 74]
 - * 585. de la tarde 82 [falta en 74] {Cap. VII}
 - * 585. linaje humano... 82 género humano... 74
 - * 586. [falta en 82] ¡A caballo, pues!... y tened paciencia algunos momentos más; que ya nos falta poco, muy poco, para completar las sesenta leguas del programa de este viaje. 74
 - * 586. Esto es, a la llanura de Ugíjar. 82 [falta en 74]
 - * 587. muy 82 una 74
 - * 587. autoridad 82 solemnidad 74
 - * 587. teníamos que resolver 82 discutimos largo rato 74
 - * 588. a que nos íbamos cansando de rodar por valles y montes... 82 a que (como ya habéis visto en el capítulo precedente) la muerte del REYECILLO y la de su sucesor ABEN ABOO tenían ya marcado otro lugar en el escenario de la presente obra... 74
 - * 588. Pero nos habíamos detenido tanto tiempo en las andanzas de aquella mañana, que ya marcaban las doce nuestros relojes y el padre sol, 82 Pero con todo esto se nos había ido la mañana, y ya serían las doce 74
 - * 588. amenísimos 82 amenos 74
 - * 588. que calificaba Mármol, hace trescientos años, de 82 de que decía Mármol hace tres siglos que era 74
 - * 588. hoy 82 [falta en 74]
 - * 589. Falta en 82] pero pasando por sus principales calles y por su gran Plaza... 74
 - * 589. el consiguiente silencio que reinaban 82 el silencio consiguiente que encontramos 74
 - * 589. como supondréis 82 por supuesto 74
 - * 590. naturales 82 hijos 74
 - * 590. estaría 82 estaba 74
 - * 590. las demás 82 todas las 74
 - * 590. en tal día 82 [falta en 74]
 - * 590. Pero no era cosa de alejarnos 82 Pero no nos alejemos 74
 - * 590. Nos detuvimos, pues, una media hora, 82 Detengámonos, 74
 - * 590. y, allí, a la sombra de algunos arbolillos, platicamos extensamente sobre el estado actual de la villa, y hasta leímos varios apuntes relativos a su noble historia. 82 y hablemos otro poco acerca de su presente y de su pasado. 74
 - * 590. He aquí el resumen de aquella sesión extramuros. 82 Lo que la solemnidad del día nos ha impedido curiosear dentro del pueblo, curioseémoslo en las afueras: *aquí que no pecamos*, como se dice vulgarmente. 74
 - * 590. ciento catorce 82 114 74
 - * 591. aquellos terrenos serían casi tan templados 82 aquel terreno sería casi tan templado 74
 - * 591. en la alta Alpujarra 82 en aquella región 74
 - * 591. parroquial 82 [falta en 74]
 - * 592. [falta en 82] Por último: a Ugíjar llegan todos los libros nuevos que se publican en España, Francia y Alemania, o sea las últimas palabras de la Literatura, de la Ciencia y de la Filosofía, merced a la incansable estudiosidad de un hombre de gran talento y ventajosísima posición, que vive encerrado en aquella Villa, siguiendo a solas todas las cuestiones que agitan el espíritu humano en este vertiginoso siglo. [nuevo párrafo] El ser el día que era nos impidió conocer y visitar a aquel modesto sabio, cuyo nombre oíamos pronunciar a cada instante en la Alpujarra, y a quien hubiéramos querido rendir el homenaje de nuestra respetuosa curiosidad... --Pero el hombre pone y Dios dispone. 74
 - * 592. Hasta aquí la Ugíjar de ahora 82 [falta en 74]
 - * 592. Hojear sus antiguos anales 82 Hojear los anales de Ugíjar 74
 - * 592. de esta obra 82 de una tan larga lectura 74
 - * 592. que tiene algo que ver con su parte histórica y dramática. 82 [falta en 74]
 - * 592. en Ugíjar 82 allí 74
 - * 592. la tierra alpujarreña 82 la Alpujarra 74
 - * 592. era entonces Alcalde 82 Era Alcalde Mayor entonces 74
 - * 592. quien, 82 el cual, 74
 - * 592. de librarse 82 de defenderse 74
 - * 592. esta exageración y simpleza produjeron 82 esta exageración produjo 74
 - * 593. aquellos 82 tantos 74

-
- * 593. con desvío. 82 [falta en 74]
 - * 593. en alimentar 82 en mantener 74
 - * 593. Además: sus legumbres 82 En cuanto a las legumbres 74
 - * 594. --Detengámonos aquí... (nos dijo el dueño del *Cortijo de Unqueira*, que iba con nosotros.) 82 El dueño del *Cortijo de Unqueira* iba con nosotros. [punto y aparte] --Detengámonos aquí--nos dijo--74
 - * 594. ¡Parece mal afanarse en tales momentos por nada de la vida! 82 [falta en 74]
 - * 594. y un poco de pan casero 82 y un poco de bacalao, que se mandó a buscar a *Ugíjar* 74
 - * 594. como parvedad , sin embargo de nuestra inmunidad de caminantes... 82 por vía de refección, a pesar de nuestra inmunidad de caminantes... 74
 - * 594. ¿Qué menos podíamos hacer como homenaje a la memoria del Bienhechor del mundo? 82 [falta en 74]
 - * 594. o sea 82 [falta en 74]
 - * 595. ¡Arrodillémonos!... exclamó en esto un noble anciano que nos acompañaba desde la *Sierra*. 82 --Arrodillémonos, sí 74
 - * 595. Eran las Tres. 82 Son las Tres. 74
 - * 596. Tal pudo contestar el Senador al Prefecto romano. 82 [falta en 74]
 - * 596 . ¡Sí! Había muerto JESÚS, 82 Ha muerto JESÚS 74
 - * 596. respiraban 82 respiran 74
 - * 596. pugnaba 82 pugna 74
 - * 596. de la eternidad... 82 de la agonía. 74
 - * 596. Así lo había visto, con los ojos de la devoción y como si fuera un hecho presente, el anciano que nos acompañaba; y por eso sin duda repitió las palabras que en aquella hora sonaban en todas las iglesias de la Cristiandad: [punto y aparte] --¡Jesús ha muerto!... *Flectamur genua*. [punto y aparte] Todos nos arrodillamos. 82 [falta en 74]
 - * 597. por respeto religioso, 82 [falta en 74] {Cap. VIII}
 - * 598. calumnia en cuya corroboración 82 en corroboración de cuya calumnia 74
 - * 598. cierto 82 un 74
 - * 598. [falta en 82] hablando de estos papeles, 74
 - * 598. (dichos papeles) principal 82 la principal 74
 - * 598. gramática 82 [falta en 74]
 - * 599. visto 82 [falta en 74]
 - * 599. por poca 82 a poca 74
 - * 600. ¡Es decir, que 82 [falta en 74]
 - * 600. Apresurémonos, pues a decir, 82 Veamos 74
 - * 600. y realizó 82 [falta en 74]
 - * 600. no sin advertiros que, aunque el lance parece inventado por un poeta, es una historia ciertísima, que refieren unánimemente 82 Es una historia que parece inventada por un poeta; pero es una historia ciertísima, referida unánimemente por 74
 - * 600. que era amante 82 cómo era el amante 74
 - * 601. (escribe) 82 (dice) 74
 - * 601. [falta en 82] y dijo..." --una canción en lengua castellana. 74
 - * 603. que le designase 82 designándole 74
 - * 604. recibió 82 recibiera 74
 - * 604. ni 82 [falta en 74]
 - * 604. al contrario 82 por el contrario 74
 - * 607. depone 82 declara 74
 - * 607. de un 82 del 74
 - * 607. guardadas 82 [falta en 74]
 - * 608. pues que habían osado derribar la puerta!... 82 desde el instante en que osaron derribar la puerta!... 74
 - * 615. en el *Cortijo de Unqueira*; 82 [falta en 74] {Cap. IX}
 - * 616. y el Sacristán se llevó 82 llevándose el Sacristán 74
 - * 616. Parte Sexta 82 Sexta Parte 74

-
- * 620. Digo esto último, 82 Dígolo, 74
 - * 621. sea 82 [falta en 74]
 - * 622. Iscariote 82 Iscariotes 74
 - * 622. y dejé atrás a mi acompañante. 82 y lo dejé atrás. 74
 - * 622. me engolfaba 82 solazaba mi vista 74
 - * 622. o sea la razón y el miedo, 82 [falta en 74]
 - * 622. [EL MIEDO Y LA RAZÓN en 82 no aparecen en 74 como los protagonistas del diálogo]
 - * 623. aquel 82 [falta en 74]
 - * 623. no pensará en venir 82 no tiene a qué venir 74
 - * 624. le quedaría 82 le habrá quedado 74
 - * 624. el miedo, la razón y yo habíamos llegado 82 había llegado 74
 - * 625. ¡Qué silencio! ¡qué soledad! 82 [falta en 74]
 - * 626. Conque también V. es aficionado 82 Con que usted es también aficionado 74
 - * 626. 400.000 82 cuatrocientos mil 74
 - * 626. [falta en 82] En cuanto a 74
 - * 629. [falta en 82] sin saber por qué 74
 - * 629. ¡Ay! ¡no es solo el Sábado Santo cuando las campanas *tocan a Gloria!* ¡También habían tocado en Madrid hacía menos de un mes! 82 [falta en 74]
 - * 629. Transcurrió un minuto 82 Transcurrieron unos instantes 74
 - * 629. como salva de honor a Cristo resucitado, 82 [falta en 74]
 - * 629. aumentó el terror de mi cabalgadura) 82 puso el colmo al terror del caballo), 74
 - * 630. ¡No creo deber decírselo a V. ahora! 82 Nunca me perdonaría usted el que se lo dijese ahora. 74
 - * 630. [falta en 82] a usted 74
 - * 630. a esperar 82 [falta en 74]
 - * 630. 1º, 2º, 3º, 4º, 5º, 6º 82 Primero, segundo, tercero, cuarto, quinto y sexto 74
 - * 633. hubieran empleado 82 se hubiera empleado 74
 - * 633. hubiésemos conservado 82 habríamos conservado 74
 - * 633. por donde salieron 82 que salieron 74
 - * 633. diese entrada en ella a este 82 entrara en ella este 74
 - * 634. la sed de mando 82 la ambición de poder 74
 - * 635. [nota a pie de página] Al publicarse esta segunda edición, puedo repetir en voz alta, sin escándalo de nadie, lo que en 1872 sólo me atreví a decir en voz baja... --Las tres palabras que pronuncié al oído del Cura de Albondón fueron las siguientes: “*Democratizar la Iglesia.*” 82 [falta en 74]
 - * 636. [falta en 82] como en el espacio de dos años ya se ha tragado a algunos, 74
 - * 636. ni por qué 82 [falta en 74] //
 - * 636. se inventaron 82 se han inventado 74
 - * 637. pues que nadie ha de ser tan feroz que vaya a contemplar 82 pues lo cierto es que a nadie se le ha ocurrido todavía ir a contemplar 74
 - * 637. pabellones 82 cortinajes 74